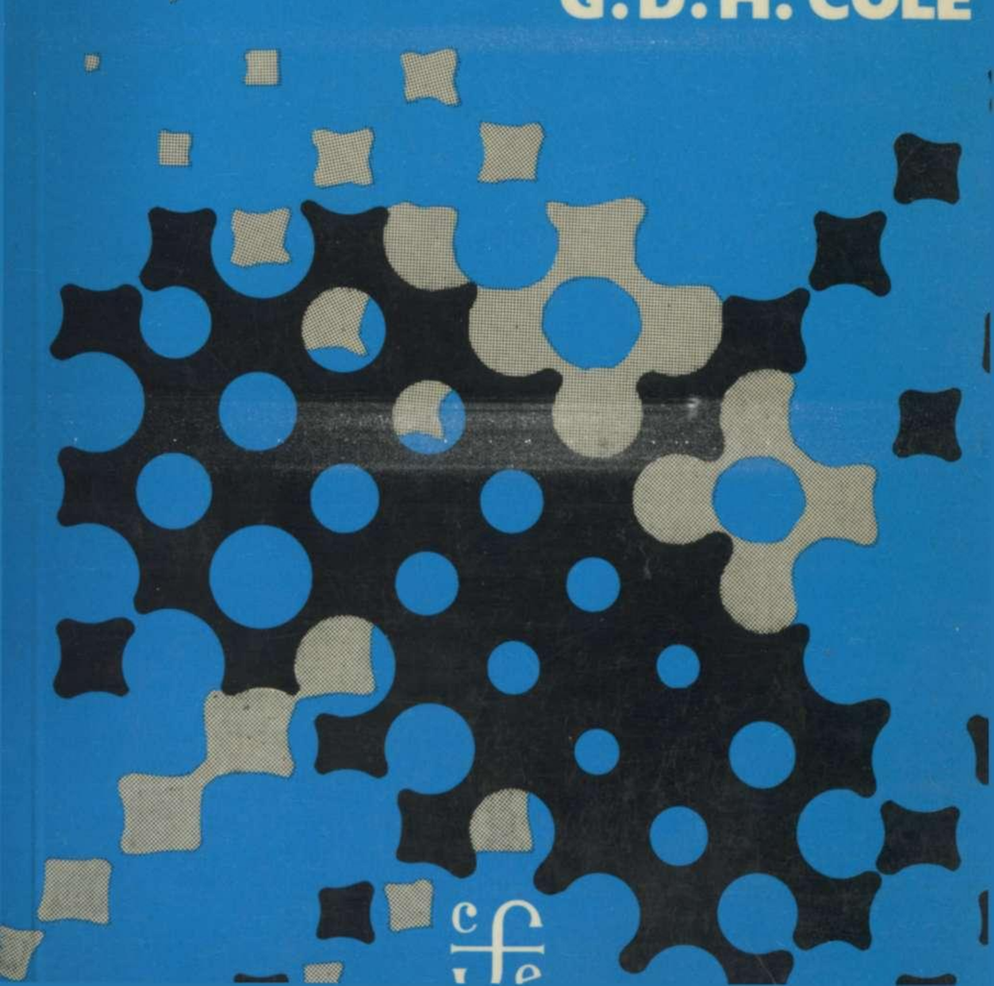
HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

VI

Comunismo y Socialdemocracia 1914-1931

G. D. H. COLE



G.D.H. COLE

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

VI

Comunismo y Socialdemocracia

1914-1931

SEGUNDA PARTE

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1958
Primera edición en español, 1962
Primera reimpresión, 1964
Segunda reimpresión, 1974

Traducción
Julieta Campos

Titulo original
Communism and Social Democracy (1914-1931)

Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

FIGURAS PRINCIPALES

[1] **Estudiado también en el volumen II.**
[2] **Estudiado también en los volúmenes III y IV.**

CAPÍTULO XIII

FRANCIA, 1914-1931

Desde 1905 hasta el rompimiento entre comunistas y anticomunistas en 1920, los socialistas franceses estuvieron organizados en un solo partido unificado, que se llamaba a sí mismo Section Française de l'Internationale Ouvriére (S.F.I.O.). Esta designación era en parte un tributo a la presión que la Segunda Internacional había hecho sentir sobre las facciones contendientes. Sin esta presión es dudoso que se hubiera producido alguna unificación; y la conducta de las delegaciones francesas a los Congresos Internacionales después de 1905 demostró claramente que las diferencias no habían desaparecido de ninguna manera. Los antiguos dirigentes, Jean Jaurés (1859-1914) y Jules Guesde (1845-1922) fueron contrarios en más de una ocasión, especialmente en relación con la cuestión crítica internacional para evitar la guerra. Difirieron también acerca de la actitud correcta íespecto a las campañas antimilitaristas, la acción conjunta con la izquierda burguesa y, en no menor medida, respecto a los sindicatos. Guesde siguió insistiendo en la necesidad de poner a los sindicatos bajo el control del Partido Socialista; mientras que Jaurés, independientemente de lo que él mismo hubiera deseado, estaba dispuesto a aceptar la doctrina de la independencia sindical de compromisos de partido, establecida en 1906 por la Confédération Genérale du Travail en la Carta de Amiens, y pudo mantenerse así en buenas relaciones con el núcleo principal de la C.G.T.

Las delegaciones francesas a los Congresos Internacionales siguieron cancelando sus votos, en ocasiones críticas, al dividirlos, en contraste con la sólida votación del Partido Socialdemócrata alemán. Además, los sindicatos, aun después de que la gran ola sindicalista había empezado a decrecer, se apegaron firmemente a la Carta de Amiens y se negaron a entrar en ninguna asociación formal con la política socialista parlamentaria.

No obstante, la unificación significó algo y Jaurés sostuvo, a partir de 1905, una posición de indiscutida supremacía en el movimiento socialista francés. La cuestión de la participación socialista en un gobierno predominantemente burgués había sido resuelta en su contra dadas las condiciones de la propuesta de Kautsky de 1904,[1] pero había aceptado la decisión como una condición necesaria de unidad y no

i Véase vol. III, p. 56.

surgió nuevamente la cuestión hasta 1914, para precipitar una nueva crisis. Millerand, Viviani y sus partidarios inmediatos habían salido del partido; y los socialistas habían formado una oposición unida a los gabinetes de los años críticos de preguerra.

Se produjo entonces, en el momento mismo en que la guerra era un hecho pero aún no había empezado la lucha, el asesinato de Jaurés por un fanático realista —una trágica pérdida para la causa socialista no sólo en Francia sino en todo el mundo. En cualquier otro momento la pérdida de Jaurés habría producido una aguda lucha de facciones para sucederlo; pero, en agosto de 1914, los socialistas no estaban en actitud de pelearse entre sí. A casi todos les parecía plenamente claro que Alemania era el agresor y que los socialistas alemanes, al votar los créditos de guerra, habían sido culpables de traición a la causa socialista internacional. No había acerca de esto diferencia de opinión entre los diputados socialistas ni entre los dirigentes de la C.G.T. Aun antimilitaristas tan manifiestos como Gustavo Hervé se convirtieron súbitamente en patriotas: de hecho algunos de ellos, incluyendo a Hervé, se convirtieron en los partidarios más intransigentes de la guerra hasta el fin. Aun para los socialistas menos impresionables pareció perfectamente claro que Francia no había deseado la guerra, aunque su aliado ruso compartiera con Austria-Hungría y Alemania la culpa de haberla provocado. Jaurés había proclamado siempre en la Internacional el derecho y el deber de la defensa nacional; y, en agosto de 1914, aun aquellos que se le habían opuesto se convencieron, a medida que los alemanes se lanzaron a través de Bélgica en su ataque relámpago contra Francia. Cuando, en pocos días, surgió la cuestión de la participación socialista en un gabinete amplio de Defensa Nacional, no hubo una oposición articulada. Los socialistas franceses, con unanimidad poco acostumbrada, no sólo aceptaron apoyar la guerra sino que consintieron también en que dos de sus dirigentes entraran al gabinete; y de ellos, Marcel Sembat (1862-1922) y Jules Guesde, este último había sido el principal opositor, antes de la guerra, a todas las formas de colaboración socialista burguesa. Guesde, decano del marxismo francés, tenía ya 69 años cuando fue ministro y varió la política de toda una vida en la gran emergencia de 1914. Sembat, con poco más de cincuenta años, pudo desempeñar un papel más activo. Se unió a ellos, en la primavera de 1915, un hombre mucho más joven, Albert Thomas (1878-1932) quien, como Ministro de Pertrechos, desempeñó un papel importante en la organización de la producción de guerra y dejaría de actuar, después de la guerra, en el movimiento socialista convirtiéndose en el primer director de la Organización Internacional del Trabajo.

Esta unanimidad en los altos puestos —entre los diputados socialistas y los dirigentes de la C.G.T.— no debe considerarse como significativa de que todos los socialistas franceses apoyaran la participación socialista en el gobierno de la "Union Sacrée". Por el momento, sin embargo, la oposición fue dramáticamente silenciada. Muchos jóvenes militantes, en el partido y en los sindicatos, fueron llamados al servicio militar; y las organizaciones locales quedaron paralizadas temporalmente y tuvo que pasar algún tiempo antes de que pudieran encontrar nuevamente sus portavoces. Mientras los alemanes avanzaban rápidamente sobre París no se hizo escuchar ninguna voz crítica de la dirigencia: sólo después de controlado este avance, y cuando se empezó a pensar en una larga guerra; sólo cuando la subida de los precios y el dislocamiento económico habían hecho enfrentarse a las clases trabajadoras con una seria situación inmediata, se hicieron oír las protestas contra la suspensión de la lucha de clases y la subordinación de los ministros socialistas a la voluntad de sus colegas burgueses. Entonces, en mayo de 1915, el Sindicato de Metalúrgicos, bajo la enérgica dirección de Alphonse Merrheim (1871-1925), apareció como el campeón de una oposición que no temía proclamar que "Esta guerra no es nuestra guerra" ni denunciar los fines imperialistas y anexionistas del gobierno francés y otros gobiernos aliados; mientras Pierre Monatte (n. 1881), editor de *La Vie Ouvriére* y un pequeño grupo de sindicalistas de izquierda empezaron a manifestar que los socialistas franceses debían haber seguido el ejemplo de los italianos proclamando que, aunque no harían nada por obstaculizar el esfuerzo bélico, no entrarían, de ninguna manera, en ninguna forma de colaboración con la burguesía, apoyándolo.[3] Ya hemos visto que Merrheim, junto con Albert Bourderon (1859-1930) del Sindicato de Toneleros y el Ejecutivo socialista, asistió a la Conferencia de Zimmerwald de septiembre de 1915 y participaron allí, con los delegados minoritarios alemanes, en una declaración común de unidad obrera.[3] Pero, en esta etapa, no representaban una oposición general organizada, aunque se dispusieron a crearla a su regreso. No puede haber duda de que, en 1914 y 1915, el movimiento obrero francés apoyaba casi unánimemente el esfuerzo bélico, aunque abrigara dudas acerca de la justeza y conveniencia de la participación socialista en un gobierno predominantemente antisocialista.

Inmediatamente después del estallido de la guerra, el Partido Socialista y la C.G.T. habían roto los precedentes al establecer un Comité de acción conjunto para la defensa, *ínter alia,* de los intereses de la

[2] Véase vol. V, p. 37, sobre la actitud italiana.
3 Véase vol. V, p. 39.

clase obrera. Pero este organismo conjunto se estableció, con sus propias palabras, para "el máximo desarrollo del apoyo que, en las presentes circunstancias, deben dar a las autoridades públicas en todas las cuestiones referentes a los derechos de los trabajadores (asignaciones, desempleo, alimentos gratis, pensiones, etc.) y en la tarea de la defensa nacional". Esta actitud de colaboración, aunque cada vez más combatida, duró en general hasta finales de 1917 y sólo llegó decisivamente a su fin cuando Clemenceau fue Primer Ministro en noviembre de ese año e inauguró una política que lo colocó en agudo conflicto con todos los que ponían en duda la necesidad de llevar la guerra hasta el fin.

En Zimmerwald, Alphonse Merrheim se entrevistó con Lenin y sostuvo una larga discusión con él respecto a la actitud que el movimiento obrero debía adoptar en relación con la guerra. Lenin pidió a Merrheim que regresara a Francia y encabezara un movimiento antibelicista. Merrheim anunció que había ido a Zimmerwald con el fin, no de fundar una nueva Internacional revolucionaria, sino de aliviar su perturbada conciencia, pidiendo a los trabajadores de todos los países que dieran inmediatamente los pasos necesarios, mediante una acción internacional, para poner fin a la matanza. Sabía que, como vocero de una minoría todavía pequeña y desorganizada, no tenía poder —aunque poseyera la voluntad— para encabezar una revuelta de masas. Merrheim pertenecía, como lo demostrarían los acontecimientos, no a la izquierda leninista, sino a la oposición pacifista más moderada que prevaleció sobre Lenin en la Conferencia de Zimmerwald. Cuando él y Bourderon regresaron se dedicaron a organizar la oposición estableciendo un Comité para la reanudación de las Relaciones Internacionales, que abogaba por la acción obrera en favor de una paz negociada; y la Federación de Metalúrgicos siguió desempeñando un papel importante en este movimiento frente a los violentos ataques de la prensa burguesa y de la mayoría patriótica del Partido Socialista y los sindicatos. Cuando se reunió la Conferencia de Kienthal, en abril de 1916, Merrheim y su grupo no pudieron asistir porque el gobierno les negó pasaportes; pero Alexandre Blanc (1874?) de Vaucluse, y otros dos delegados socialistas, desafiando la prohibición impuesta por el partido, participaron en la Conferencia y fueron censurados por su acción.

Por entonces, de hecho, un grupo minoritario empezaba a aparecer dentro del Partido Socialista. Dirigido por el nieto de Marx, Jean Longuet (1876-1938), era aun menos extremista que Merrheim y sus partidarios en la C.G.T. Estaba de acuerdo con la mayoría en atribuir a los alemanes la principal responsabilidad de la guerra y en mantener el derecho de defensa nacional, pero no en sostener que una paz

"sin vencedores ni vencidos" fuera exigida por los trabajadores como base para una acción internacional unificada de la clase trabajadora. En 1916 esta minoría era todavía débil: se hizo fuerte al año siguiente, cuando los reveses militares de la primavera se unieron al cambio de actitudes provocado por la primera Revolución Rusa, por crecientes presiones económicas, para fortalecer grandemente el deseo de paz.

La Revolución Rusa fue, en efecto, en Francia y en otros muchos países, un motivo de variación de actitudes. La caída del zarismo fue aclamada, no sólo por los revolucionarios y los opositores de la política belicista aliada sino también por casi todos los socialistas, aun los más patrióticos y los más reformistas. Como hemos visto, dio un inmenso impulso a la demanda de una Conferencia socialista internacional que pusiera fin a la guerra y proclamara las condiciones de una paz justa y duradera. Pero, aunque mayoritarios y minoritarios aclamaron igualmente a la Revolución, su efecto no fue disminuir las diferencias sino intensificarlas. La mayoría esperaba que la Rusia revolucionaria prosiguiera la guerra con renovado entusiasmo y envió sus delegados a Rusia para contribuir a ello; mientras que la minoría, en general, veía en la Revolución una nueva fuerza poderosa en favor de una paz negociada en cuya determinación el movimiento obrero podría desempeñar un gran papel positivo. La minoría ganó mucha fuerza dentro del partido y de los sindicatos; pero se dividió también, cada vez más, en facciones rivales, una de las cuales ponía sus esperanzas en una pronta paz negociada mientras que la otra adoptaba una línea revolucionaria y pedjía a los trabajadores que siguieran el ejemplo ruso, derrocando al gobierno y asumiendo el poder en sus p'opias manos. Este segundo grupo tenía pocos o ningún partidario entre los diputados socialistas: su fuerza estaba en los sindicatos y en algunas de las Federaciones locales del partido.

Se produjo entonces la Revolución bolchevique, seguida de inmediato por la subida al poder de Clemenceau. En los meses anteriores, el sentimiento en pro de la paz había ido ganando terreno rápidamente, no sólo entre los trabajadores sino también en un sector de los radicales, encabezado por Joseph Caillaux y por el Ministro del Interior, Louis Malvy, contra el cual habían organizado una gran agitación los partidarios de la guerra hasta el fin. Clemenceau, al adoptar una posición enérgica contra los pacifistas, atacando a Malvy por su indebida complacencia hacia el movimiento obrero y adoptando una política de rigurosa represión contra los trabajadores más militantes, empujó rápidamente hacia la izquierda a una gran proporción de los socialistas y sindicalistas que hasta entonces habían dado pleno apoyo al esfuerzo bélico y, al mismo tiempo, la Revolución bolchevique inclinó a la extrema izquierda a una actitud mucho más revolucionaria. La izquierda

moderada experimentó serios recelos cuando los nuevos gobernantes de Rusia procedieron a hacer una paz por separado, lo que permitió a los alemanes lanzar la gran ofensiva de principios de 1918; pero la mayoría pensaba que los rusos se habían visto obligados a actuar así y consideraban el colapso del frente Oriental como una razón más para intensificar su propaganda de pacificación general.

Ya, en la primavera de 1917, se habían producido muchas huelgas, principalmente por cuestiones económicas pero que sirvieron también de ocasión para que se manifestara un gran entusiasmo por la Revolución Rusa y el creciente sentimiento antibelicista. La extrema izquierda sindical, organizada en un Comité de Defensa Sindical, había atacado a los dirigentes de la C.G.T. con creciente vehemencia. Hacia fines de 1917, sin embargo, en una Conferencia de la C.G.T. realizada en Clermont-Ferrand, un ácido debate entre derecha e izquierda terminó en un acuerdo donde se aprobaban las proposiciones del presidente Wilson, aclamando la política de paz de la Rusia revolucionaria y pidiendo al gobierno de Clemenceau que publicara inmediatamente las condiciones en las cuales estaba dispuesto a hacer la paz. La subida al poder de Clemenceau había unido, en efecto, por el momento, a mayoritarios y minoritarios de los sindicatos en oposición común al *jusquauboutisme* del gobierno. La Conferencia de Clermont-Ferrand pidió también la convocación de un Congreso de la C.G.T. en pleno, para comprobar la opinión de los sindicatos acerca del problema de la guerra y la paz.

Este acuerdo, basado en grandes concesiones de la izquierda y la derecha en beneficio de la unidad sindical, provocó violentas protestas de la extrema izquierda. Merrheim y Bourderon fueron acusados de traicionar la causa de la revolución y de rendirse a los "patriotas"; y el Comité de Defensa Sindical, dirigido por Pierre Monatte, redobló sus esfuerzos por ganar a los sindicatos para una plena política revolucionaria. En mayo de 1918, después de la gran campaña de reclutamiento que siguió a la ofensiva alemana, hubo amplios movimientos de huelga en París, Lyon, Saint Étienne y otros centros industriales; y este movimiento fue mucho más político y antibelicista que el del año anterior. Después del fracaso de la C.G.T. en su intento de convocar el Congreso en pleno propuesto en Clermont-Ferrand, el Comité de Defensa Sindical convocó un Congreso de izquierda y amenazó con separarse de la C.G.T., política a la que Merrheim y sus partidarios se oponían enérgicamente. El Congreso del pleno de la C.G.T. se reunió, por fin, en París, en julio de 1918 y esto dio ocasión a un violento ataque, dirigido por Monatte y Gastón Monmousseau (n. 1883), dirigente ferroviario, a Léon Jouhaux (1879-1953) y los dirigentes de la C.G.T. Se hizo un intento de expulsar

a Jouhaux de su posición de secretario de la C.G.T.; pero, fue reelecta por una gran mayoría. La principal resolución reafirmó la decisión de la Conferencia de Clermont-Ferrand, pidiendo una paz basada en los principios del presidente Wilson, la Revolución Rusa y la Conferencia de Zimmerwald —sin observarse o, al menos, sin reconocer la existencia de una contradicción en esta triple afirmación de sus patrocinadores, que incluían a Merrheim y a Jouhaux, en oposición a la extrema izquierda.

Entretanto, la opinión dentro del Partido Socialista se había alejado rápidamente del apoyo sin reservas a la guerra. Después de la Conferencia de Zimmerwald, el Comité Administrativo había hecho una advertencia especial a las Federaciones locales contra "la apariencia siquiera de participación en cualquier propaganda contraria a los intereses de la defensa nacional", pero no había podido evitar la extensión de la propaganda de paz y de la opinión de la minoría. El Coingreso Socialista nacional de diciembre de 1915 pudo aprobar casi por unanimidad una resolución que favorecía la continuación de la guerra, pedía a los alemanes que establecieran un gobierno democrático y se negaba a reanudar las relaciones internacionales hasta que la socialdemocracia alemana hubiera puesto en práctica sus principios de larga tradición. El Congreso se declaró también en favor del apoyo a los créditos de guerra y de que siguieran en sus cargos los tres ministros socialistas y pidió la unidad socialista para llevar a cabo esta política. Pero a principios de 1916, la posición empezó a cambiar y en la reunión del Consejo Nacional del Partido, en abril, más de la tercera parte de los delegados votaron contra una moción presentada por Pierre Renaudel (1871-1934) declarando que las condiciones no estaban aún maduras para la realización de una conferencia socialista internacional. Por entonces la minoría moderada, encabezada por Jean Longuet, había formado un Comité para la Defensa del Socialismo Internacional que pronto aventajó al Comité de Merrheim por la reanudación de las relaciones internacionales y, por supuesto, mucho más aún a la extrema izquierda sindicalista encabezada por Pierre Monatte. En los meses que faltaban de 1916, la fuerza de la minoría moderada siguió creciendo y, en el Congreso del pleno del Partido, realizado en París a fines de diciembre, la resolución de la minoría, presentada por Longuet y Paul Mistral (1872-1932), que se declaraba en favor de una política basada exclusivamente en los intereses proletarios y de acuerdo con las políticas de preguerra de la-Internacional, fue derrotada por una pequeña mayoría. Una segunda resolución, que pedía la reanudación total de las relaciones internacionales, fue derrotada por una mayoría aun más pequeña.

En 1917 se produjo la lucha acerca de la participación en la Con-

ferencia de Estocolmo. Cuando el Comité Administrativo rechazó absolutamente la convocatoria, la minoría decidió convocar su propia Conferencia. Esta reunión fue en mayo de 1917 y se declaró, por unanimidad, en favor de enviar delegados a Estocolmo. En ese mismo mes, el Consejo Nacional del Partido se reunió en París, cuando habían estallado las grandes huelgas a que nos hemos referido ya y, después de recibir el informe de Marcel Cachin (1869-1958) y Marius Moutet (n. 1876) sobre la visita a Rusia de la que acababan de regresar, votaron unánimemente en favor de enviar delegados a Estocolmo, declarándose también en favor de una Conferencia Interaliada previa, donde los socialistas de los países aliados habrían de formular una política común respecto a las condiciones de paz y a la cuestión de la responsabilidad de la guerra. Esta aparente unanimidad, no obstante, ocultaba grandes diferencias; porque, mientras la minoría favorecía la aceptación sin reservas de la invitación de Estocolmo, la mayoría permanecía firme contra la asistencia mientras no se llegara a un acuerdo acerca de la política socialista (interaliada.

En septiembre de 1917 la caída del gabinete Ribot y la sucesión de Painlevé produjo de nuevo un aparente acuerdo cuando se negó a los ministros socialistas la autorización para participar en el nuevo gobierno, cuya composición era objetada por la mayoría, mientras que la minoría se oponía en principio a la participación. Pero el desacuerdo básico se hizo nuevamente evidente en el Congreso del pleno del partido, en diciembre de 1917, efectuado en Burdeos poco después de la Revolución bolchevique. La mayoría ganó entonces una victoria sustancial sobre una moción moderada de la minoría. Esta moción otorgaba la adhesión sin reservas al proyecto de Estocolmo y condenaba la participación en el gobierno, pero recomendaba que el partido siguiera apoyando los créditos de guerra hasta que el gobierno no hubiera rechazado definitivamente las condiciones de paz que había aprobado el movimiento socialista. Una moción de la extrema izquierda, en contra de la votación de los créditos de guerra, recibió sólo unos pocos votos. Al mismo tiempo, el grupo de delegados socialistas se declaró en favor de enviar una delegación a Rusia para pedir a los rusos que no hicieran una paz por separado; pero Clemenceau, que acababa de instalarse en su cargo, se negó a otorgar los pasaportes necesarios.

Así quedaron las cosas hasta febrero de 1918, cuando la negativa del gobierno a responder a la ¡demanda bolchevique de negociaciones generales de paz provocaron una abrupta inclinación a la izquierda en el Consejo Socialista Nacional. La resolución de Adrien Pressemane (1879-1929), que pedía que los socialistas dejaran de votar los créditos de guerra, fue derrotada por un estrecho margen. En los

meses siguientes, la gran ofensiva alemana siguió su curso, hasta ser finalmente controlada; y, en julio, cuando el Consejo Socialista Nacional se reunió de nuevo, la minoría se había convertido en mayoría. La resolución de Renaudel, que sostenía la política belicista de la antigua mayoría y defendía inclusive la intervención aliada en Rusia en interés "de la lucha contra Alemania y de la destrucción del Tratado de Brest-Litovsk" recibió sólo 1 172 votos contra 1 544 en favor de la resolución de Longuet, que pedía del gobierno una declaración de las condiciones de paz en conformidad con las del presidente VVilson y las de la Revolución Rusa, condenaba todas las formas de intervención contra los soviéticos, y pedía al Partido Socialista que votara en contra de los créditos de guerra si el gabinete de Clemenceau no otorgaba pasaportes para la Conferencia de Estocolmo.

Éste cambio decisivo de la política del partido fue confirmado por 1 528 votos contra 1 212 cuando el Congreso del pleno del partido se reunió en París, a principios de octubre de 1918. Renaudel, quien ya había renunciado a su cargo de director político de *L'Humanitè* , fue sustituido por Álarcel Cachin y Louis Oscar Frossard (1889-1946) sucedió a Louis Dubreuilh (1862-1924) como secretario del partido. La antigua minoria obtuvo también el control mayoritario del Comité Administrativo del partido; pero los antiguos mayoritarios no fueron excluidos y sus principales figuras conservaron sus puestos en el Comité. La victoria había correspondido, en general, a Longuet y sus partidarios moderados y no a la extrema izquierda, aunque algunos de los candidatos de ésta fueron seleccionados por el Comité. Este cambio de posiciones se logró sólo cuando el poder militar de Alemania v Austria-Hungría empezaba evidentemente a quebrarse. Un mes después del Congreso de París vino el armisticio y, al terminar la lucha, la Revolución en Alemania y Austria-Hungría.

Es importante, en esta etapa, aclarar la política que preconizaban [can Longuet y sus partidarios en 1918. No eran, desde luego, revolucionarios, en un sentido claro de la palabra. No pensaban en una nueva Revolución Francesa que derrocara violentamente a la burguesía y colocara al proletariado en un poder dictatorial. Tanto como sus opositores de la antigua mayoría, pensaban en términos de gobierno parlamentario y de la conquista democrática del poder político a través del triunfo electoral. Cuando más, querían sólo un avance revolucionario más r.ipido hacia el socialismo que el que habría satisfecho al ala derecha del partido y tenían más reservas ante la participación, aun en tiempos de guerra, en una coalición con !a izqúicída hurguesa aunque la mayoría de ellos no estaba dispuesta, a afirmar que nunca podrían justificarse tales coaliciones. Eran vigorosos opositores del imperialismo y de la diplomacia secreta y desconfiaban mucho de los

políticos burgueses que controlaban los gobiernos de Francia y sus aliados. Culpaban a todos estos factores —el imperialismo y el consecuente militarismo; la diplomacia mala y pérfida y a los políticos sin escrúpulos— de producir la guerra; y con ello culpaban al propio capitalismo, como la causa básica de las contiendas internacionales. Pero la conclusión que extraían no era que el proletariado debía ser instado a hacer la guerra —la guerra civil— en todos los países contra las clases dominantes y el Estado burgués, sino más bien que estos males debían ser atacados y controlados democráticamente por un gran movimiento popular de opinión entre los oprimidos. Pensaban de inmediato, no en la Revolución mundial como medio de poner fin a la guerra y al capitalismo, sino en una paz negociada cuyos términos supondrían la aceptación general del arbitraje como manera de resolver las disputas internacionales, la abolición de la diplomacia secreta y de las alianzas y acuerdos parciales, y el inicio de un gobierno internacional lo bastante fuerte como para detener a dos agresores potenciales e iniciar procesos reales de cooperación internacional. La mayoría de ellos estaban convencidos al igual que la antigua mayoría de que la culpa de la guerra correspondía principalmente a los alemanes, aunque acusaban también en parte al imperialismo y la diplomacia aliados. Por ello, se oponían a la defensa nacional y habían estado dispuestos a votar los créditos de guerra durante el conflicto, aunque cada vez con mayores reservas. Adoptaban en otras palabras, la misma opinión que Branting en la Suecia neutral o Ramsay MacDonald en Gran Bretaña; y, como esta opinión era susceptible de ser fácilmente malinterpretada, ganaron la reputación de ser mucho más de izquierda de lo que eran realmente y fueron acusados, mientras duró la guerra, tanto como si hubieran aceptado plenamente toda la doctrina leninista.

Lo dicho es válido, por supuesto, sólo para el sector moderado de la minoría de la etapa bélica: el sector encabezado por Jean Longuet dentro del Partido Socialista. No se aplica al pequeño grupo de kienthalianos dentro del Partido Socialista ni a la extrema izquierda sindical encabezada por Monatte y Monmousseau ni al grupo sindical menos extremista que seguía a Merrheim y a Bourderon. Estos, en efecto, se encontraron en una difícil situación, porque no eran ni parlamentarios creyentes en el socialismo evolucionista, a través de las urnas, ni revolucionarios en el sentido leninista, sino sindicalistas partidarios de la doctrina de la acción directa y de la causa de la independencia sindical de la política partidista, de acuerdo con la Carta de Amiens. Eran revolucionarios en cierto sentido; porque creían en la necesidad de destruir, a su debido tiempo, el Estado burgués; pero no deseaban sustituirlo por un nuevo Estado basado en la dictadura del proletariado

ni realizar la labor revolucionaria bajo los auspicios de un partido altamente disciplinado *y centralizado. Por el contrario, creían en la descentralización y confiaban en la espontánea capacidad de los trabajadores en sus propios grupos locales; esperaban la Revolución, no como un golpe súbito, sino más bien como la culminación de un proceso continuo de acción obrera y de autoeducación para el poder y la responsabilidad. Por eso, cuando vieron que los partidarios de la Revolución al estilo bolchevique ganaban el control sobre la izquierda, se vieron obligados primero a cooperar con la derecha sindical en un intento por mantener la unidad obrera y luego fueron excluidos del todo cuando el núcleo principal de la C.G.T. se entregó, después de finalizada la guerra, a una política totalmente reformista.

La extrema izquierda, tal como se desarrolló durante la guerra, carecía de dirigentes. Tenía en sus filas a muchos sindicalistas capaces, educados en la escuela del sindicalismo revolucionario, como Pierre Monatte y Alfred Rosmer (n. 1877); pero políticamente no encontró un vocero notable. El grupo de delegados que asistieron o apoyaron la Conferencia de Kienthal de 1916, encabezados por Alexandre Blanc, eran figuras menores, sin gran apoyo popular. Después de la Revolución bolchevique pasó algún tiempo antes de que surgieran nuevos dirigentes de la izquierda política; y no pudo hacerse mucho en este sentido hasta que terminó la guerra y se hizo evidente la posición no revolucionaria de la nueva mayoría de Longuet.

Así, en la Francia de los últimos meses de 1918 y principios de 1919, no se pensó realmente en la Revolución inmediata, ni siquiera en un intento revolucionario. Los elementos revolucionarios en el movimiento obrero de preguerra habían estado mucho más unidos a la C.G.T. que al Partido Socialista; porque los guesdistas, aunque como los socialdemócratas alemanes utilizaban la fraseología revolucionaria, no eran en la práctica más revolucionarios que los partidarios de Jaurés. Aun en la C.G.T. la ola de sindicalismo revolucionario se había ido desvaneciendo poco antes de la guerra;[4] v allí, lo mismo que en el Partido Socialista, la colaboración practicada en las condiciones de la guerra produjo una transformación sustancial de actitud entre los dirigentes. La Revolución Rusa había producido un recrudecimiento de sentimiento revolucionario entre socialistas y sindicalistas v la política reaccionaria del gobierno de Clemenceau había reforzado esto en cierta medida. Pero casi nadie, a fines de 1918, pensaba en términos prácticos en un intento de derrocar al gobierno por la fuerza, aunque muchos consideraban la agitación directa en favor de medidas de gran alcance de reorganización social y económica.

Así la C.G.T., cuando lanzó su programa de posguerra en diciembre

« Véase el vol. III, p. 338.

de 1918, hizo demandas importantes dentro de un campo amplio, pero ninguna que contemplara la destrucción del Estado existente ni la "abolición del sistema de salarios" que había ocupado un lugar importante en la propaganda sindicalista de preguerra. Lo que pedía, en primer lugar, la C.G.T. era un tratado de paz basado en los principios de Wilson y redactado con participación de los trabajadores; en segundo lugar, una serie de reformas sociales y laborales empezando con la jornada de ocho horas e incluyendo el pleno reconocimiento de los derechos sindicales a los empleados públicos (funcionarios) así como a los empleados de las empresas privadas y, además, pensiones de vejez y otras formas de legislación de seguridad social; en tercer lugar, la reconstrucción de las regiones devastadas por cooperativas de productores y consumidores; en cuarto lugar, el pago de las deudas de guerra mediante impuestos sobre las ganancias y la herencia; en quinto lugar, el establecimiento de un Consejo Económico Nacional representativo que trazara los planes de reconstrucción nacional v, en sexto lugar, "la entrega de todos los recursos esenciales a la nación y su explotación bajo el control nacional mediante sociedades autóno mas, que representaran a productores y consumidores". Con la posible excepción de esta última, todas estas demandas podían ser resueltas sin la revolución violenta y fueron planteadas de una manera que no suponía esa revolución. Además, la demanda final era la socialización amplia de la industria con cierto control de trabajadores v consu midores más que la revolución que requeriría la destrucción de la estructura existente de gobierno. Estas demandas estaban contenidas, ciertamente, en lo que se designaba como Programa Mínimo, que "de bería realizarse inmediatamente" y no se retiraron explícitamente las anteriores propuestas revolucionarias. Quedó, sin embargo, suficien temente claro que la C.G.T. no pensaba recurrir de inmediato a los métodos que Lenin y los kienthalianos habían ido imponiendo a los trabajadores de todos los países. Además, Léon Jouhaux fue autorizado a aceptar un lugar en la Conferencia de Paz, corno colega de Clemenceau.

Esta concesión de la C.G.T. al reformismo no dejó, por supuesto, de recibir ataques; pero no había duda de que Jouhaux tenía tras de sí a la mayoría. Esto no quería decir mucho, sin embargo, dadas las circunstancias; porque, a fines de 1918, el total efectivo de miembros de los sindicatos era muv pequeño. La C.G.T. no había sido nunca un organismo muv grande: hasta 1914 no había alcanzado nunca más del medio millón de miembros y muchos de ellos habían sido irregu lares en el pago de sus cuotas. Siempre había descansado más bien en una "minoría consciente" de activistas —que, llegada la ocasión, podían arrastrar a la mayoría menos consciente— que en una gran masa

de miembros; y, excepto en las industrias bélicas, su organización había sido grandemente afectada por el reclutamiento para las fuerzas armadas y la dislocación de la producción normal. Nadie sabe, me parece, cuántos miembros tenía realmente la C.G.T. cuando terminó la guerra, aunque se sabe que la Federación de metalúrgicos se había extendido durante la guerra de 40 000 a 200 000 miembros. A pesar de este crecimiento, la C.G.T. probablemente tenía en total menos de medio millón de miembros en sus grandes días de la preguerra; pero, desde principios de 1919 se extendió muy rápidamente, llegando a fines de la década de los veinte a un total de cerca de 2 millones y medio de miembros, entre los que se encontraban sumergidos los militares de la preguerra. Esto no quiere decir que los nuevos miembros aceptaran necesariamente la política reformista que la C.G.T. había adoptado durante la guerra. ¡Muchos no la aceptaban; pero los nuevos elementos revolucionarios no eran tan sindicalistas como admiradores de la Rusia revolucionaria y, en su mayoría, no aceptaban la tradición sindicalista de plena independencia sindical respecto a los partidos políticos. Tendían a ligarse al comunismo más que al sindicalismo al estilo de preguerra; de manera que, a pesar de los esfuerzos continuados de los autonomistas que sostenían la Carta de Amiens, la lucha dentro de los sindicatos se hizo, cada vez más, parte de la lucha que se estaba produciendo entre comunistas y socialdemócratas dentro del Partido Socialista.

En 1919 los metalúrgicos eran todavía la punta de lanza del sindicalismo francés, aunque su fuerza iba siendo rápidamente minada por el cese de la producción bélica. En abril, la C.G.T. se dispuso a realizar una campaña nacional de preparación para una serie de manifestaciones de masas el 1º de mayo, en apoyo de su nuevo programa. Al mismo tiempo, las dificultades de la desmovilización y la reinstala ción, así como la aguda subida de los precios provocaban una ola de descontento económico. Fuera de París, las manifestaciones del 1º de mayo se realizaron pacíficamente; pero en París, donde estas manifestaciones fueron prohibidas por órdenes policiacas, hubo serios choques con la policía, con dos muertos y muchos heridos, lo que produjo que los ánimos se excitaran. Hubo una ola de huelgas en las áreas industriales, especialmente por aumentos de salarios y para que se pusiera en vigor la nueva Ley de las ocho horas, que el Parlamento había promulgado apresuradamente en abril de 1919. La izquierda trató de dar a estas huelgas un matiz político, pero sin mucho éxito. En la mayoría de los casos, los huelguistas lograron importantes concesiones; pero en París, donde la izquierda era fuerte, los metalúrgicos, en el curso de una disputa acerca de la aplicación de la jornada de ocho horas, fueron a la huelga, contra el consejo de su Federa-

ción, bajo los auspicios de un comité conjunto extraoficial de delegados de las fábricas y fueron derrotados —un serio golpe para el mayor de los sindicatos de la C.G.T. Los mineros, por otra parte, consolidaron sus sindicatos en un solo organismo y obtuvieron una notable victoria. Como resultado de la derrota de los metalúrgicos se desarrolló una aguda disputa dentro de la C.G.T. entre revolucionarios y reformistas. Cuando la C.G.T. realizó su primer Congreso de posguerra en Lyons, en septiembre de 1919, la batalla se declaró de inmediato. Los dirigentes de la C. G. T., ansiosos de ganar el apoyo de los antiguos sindicalistas así como de los reformistas, se refugiaron en la reafirmación de la Carta de Amiens, con su afirmación del predominio de la acción directa y de la necesidad de la plena independencia de los sindicatos respecto a los partidos políticos; y, al adoptar esta línea, pudieron denotar a los extremistas cuando se procedió a votación, aunque éstos habían dominado en gran medida los debates.

Entretanto, se desarrollaba una lucha paralela en el Partido Socialista, ahora bajo el control de la nueva mayoría, encabezada por Longuet. Aquí, la primera cuestión inmediata era la de las afiliaciones internacionales. ¿Debía cooperar el Partido Socialista francés en el intento planteado en la Conferencia de Berna, de febrero de 1919[5] de reconstruir la Segunda Internacional o debía jugar su suerte con la llueva Internacional establecida en el improvisado Congreso de Moscú al mes siguiente?[8] O, alternativamente ¿debía permanecer al margen, por el momento, de ambas Internacionales y esperar la oportunidad de ayudar a crear una nueva Internacional lo suficiente amplia como para incluir a las principales organizaciones obreras de todos los países, revolucionarias y reformistas por igual? Los antiguos mayoritarios, dirigidos por Renaudel, estaban totalmente en favor del primero de estos caminos, habiendo renunciado a su negativa de reunirse con la mayoría alemana en términos amistosos —aunque no a su determinación de obligar a sus antiguos enemigos a adoptar una actitud humilde.[7] La extrema izquierda, cuyos voceros más prominentes eran entonces el ruso Boris Souvarine y Fernand Loriot (?-1932), deseaba naturalmente que el Partido francés entrara en pleno a la Tercera Internacional, que no había formulado todavía los inconvenientes 'Veintiún puntos" que causarían tantos trastornos al año siguiente. Pero el grupo que poseía el control, el de Longuet, no gustaba de ninguno de estos caminos. Antes de participar en la Tercera Internacional querían saber más acerca de ella; y tampoco les complacía el tono de la Conferencia de Berna, que parecía demasiado bajo la influencia derechista

s Véase vol. V, p. 263.

[6] Véase vol. V, pp. 270 ss.

I Véase vol. V, p. 265.

del Partido Laborista británico y do la mayoría alemana. Prefirieron, pues, esperar sin romper relaciones, por el momento, con la Oficina Socialista Internacional, que siguió existiendo como representante de la Segunda Internacional. Cuando se reunió en París el Congreso del Partido Socialista, en abril de 1919, se presentaron tres resoluciones distintas. Una, proponiendo la adhesión inmediata a la Tercera Internacional, recibió sólo 270 votos; otra, en favor de la adhesión sin reservas a la Segunda, recibió 757; mientras que la resolución triunfadora, con 894 votos, proponía que el Partido francés mantuviera por el momento su relación con la Oficina Socialista Internacional, pero invitara a los partidos y grupos que no habían estado representados en Berna a enviar delegados a la Conferencia que la Comisión de Berna proponía convocar y diera allí los pasos necesarios para purificar a la Internacional y reafirmar la plena aceptación de "los principios de lucha de clases y oposición total a los partidos y gobiernos burgueses, para reorientar inmediata y realmente a la Internacional hacia la Revolución social, siguiendo el ejemplo de Rusia, Hungría y Alemania". La acción del Partido Socialista francés, en su primera etapa, prefiguraba claramente la política que condujo después al establecimiento de la Unión de Viena, o Internacional "Dos y Media".[8]

La votación en este Congreso de París demostró claramente que la antigua mayoría de la etapa bélica, aunque derrotada, no se había eclipsado de ninguna manera. En la Cámara sus miembros siguieron votando los créditos de guerra algún tiempo después que la lucha había terminado. Aun cuando la mayoría de la derecha había dejado de hacerlo, algunos diputados persistieron: 11 votaron er favor de los créditos, en julio de 1919, y fueron censurados por hacerlo. La Federación del Sena, un baluarte de la izquierda, se negó entonces a postular nuevamente a los culpables como candidatos socialistas en las próximas elecciones generales; y los disidentes renunciaron para formar, un poco después, otro "Partido Socialista francés", que trabajó estrechamente ligado a los radicales, pero sin gran apoyo popular. El núcleo principal de la derecha, sin embargo, permaneció dentro del antiguo partido.

En noviembre de 1919 se efectuaron las primeras elecciones generales de posguerra, bajo un sistema de representación proporcional muy desfavorable a los grupos minoritarios si éstos no estaban dispuestos a entrar en alianzas electorales. En las elecciones, los socialistas, luchando como partido totalmente independiente, tuvieron que hacer frente a un Bloque Nacional, basado en un intento de proseguir la "Unión Sacrée" bajo la iniciativa de Clemenceau. Les fue mal: la representación socialista en la Cámara bajó de 104 a 68, a pesar de una votación socialista sustancialmente incrementada y de un

8 Véase vol. V, p. 303.

gran aumento en los miembros del partido, que habían bajado en cerca de 35 000 cuando el armisticio.

Tan pronto como terminaron las elecciones, los socialistas franceses volvieron a la batalla en torno a la afiliación internacional. Por entonces los partidarios de la Segunda Internacional habían perdido casi todo su apoyo; y la lucha principal tenía lugar entre los partidarios decididos de la Tercera Internacional y los que consideraban que debía hacerse un intento de establecer una Internacional más amplia sobre una base que debía ser acordada entre el organismo de Moscú y los partidos occidentales, incluyendo a aquellos que ya se habían separado de la Segunda Internacional. Cuando se reunió en Estrasburgo el Congreso nacional del partido, en febrero de 1920, los partidarios que aún quedaban de la Segunda Internacional fueron derrotados por una mayoría de más de 13 contra 1, y los kícnthalianos obtuvieron cerca de una tercera parte de los votos contra la resolución de demorar la situación de la mayoría de Longuet. La resolución triunfadora declaró que la reunión efectiva de las fuerzas del socialismo revolucionario era una necesidad urgente y no veía incompatibilidad entre el programa de la Internacional de Moscú y los "principios tradicionales del socialismo", pero sostenía que era necesario tener en cuenta la situación existente de la organización y la opinión de la clase trabajadora en la Europa Occidental y Central y establecía que los partidos de esas regiones debían conferenciar con representantes de la Internacional de Moscú respecto a las condiciones en que debía establecerse una nueva Internacional unificada. Louis Frossard, secretario del partido, sustituyó a Longuet; y, después de alguna demora en la obtención de pasaportes la misión llegó a Moscú donde, en junio, sus miembros telegrafiaron pidiendo autorización para asistir, con carácter consultivo, al Segundo Congreso de la Tercera Internacional —donde adquirieron forma definitiva los Veintiún Puntos. Otorgado el permiso por el Consejo Nacional del Partido francés, Cachin y Frossard participaron en el Congreso de Moscú, del cual regresaron a Francia para abogar por la aceptación de las condiciones y la adhesión inmediata del socialismo francés a la Tercera Internacional.

Cuando el partido se reunió de nuevo en un Congreso, en diciembre de 1920, en esta ocasión en Tours, los independientes alemanes ya se habían reunido en Halle y habían decidido por mayoría participar en la Internacional de Moscú." Fl partido francés, mientras tanto, había crecido enormemente, de 35 000 miembros que tenía dos años atrás, a 180 000; de modo que, en Tours, la decisión estuvo principalmente en manos de delegados que representaban a miembros recién reclutados y el equilibrio del poder entre las antiguas mayoría y minoría había

'·' Véase vol. V, p. 156.

dejado de tener mucha importancia. La mayoría de los nuevos miembros eran partidarios de la izquierda y se mostraban enérgicamente en favor de la adhesión a la nueva Internacional, que les parecía reflejar el espíritu de la Revolución Rusa; pero algunos tenían reservas en cuanto a la aceptación de los Veintiún Puntos tal como se planteaban, menos porque esto significara no sólo la expulsión del ala derecha reformista, sino también el repudio del centro, que porque la propuesta subordinación de los sindicatos al control del partido iba en contra de la doctrina, todavia profesada, de la independencia sindical. En Tours el grupo central, que hasta entonces había favorecido un intento de construir una Internacional más amplia sobre condiciones negociadas, se dividió: la fracción mayor se unió a la extrema izquierda en apoyo de la adhesión a Moscú, sujeta sólo a ciertas reservas limitadas, mientras que la fracción más pequeña, aunque favoreció también la adhesión con condiciones, quería acompañarla con una negativa a expulsar a los reformistas, del partido y a suscribir la propuesta subordinación de los sindicatos al control del partido. El ala derecha, sin esperanzas de éxito, se opuso a la adhesión a la Tercera Internacional en cualquier condición. Cuando se realizó la votación, el ala izquierda tuvo una enorme mayoría contra la fuerza combinada de la derecha y el centro. Los delegados de las dos minorías abandonaron entonces el Congreso y el ala izquierda victoriosa procedió a asumir el control del partido y a transformarlo de Partido Socialista en Partido Comunista, mientras que las dos minorías se dispusieron a reconstituir el Partido Socialista como organismo independiente, con el apoyo de una mayoría de diputados socialistas, pero con la pérdida de la antigua maquinaria del partido y su prensa oficial, incluyendo *L'Humanité,* que bajo la dirección de Cachin, se convirtió en órgano del nuevo Partido Comunista francés. ''Moscú" había logrado apoderarse de uno de los grandes partidos socialistas de la Europa Occidental, a los que había denunciado como los enemigos más peligrosos de la causa revolucionaria.

Ésta fue una victoria señalada; porque permitió a los comunistas franceses, en lugar de tener que construir desde sus bases un nuevo partido, apoderarse de todo el aparato de uno de sus principales partidos de la Segunda Internacional de preguerra y echar sobre sus contrarios la carga de construir una nueva organización. Hubo, sin embargo, algunos detalles negativos. En primer lugar, la gran mayoría de los diputados socialistas a la Cámara se negó a aceptar la decisión del Congreso de Tours v permaneció fiel al antiguo Partido Socialista, en cuya reconstrucción podían desempeñar un papel principal; y, en segundo lugar, algunas de las tradiciones del antiguo partido permanecieron vivas en su sucesor, el Partido Comunista, de modo que éste se vio envuelto de inmediato en una lucha de facciones entre los par-

tidarios extremos de Moscú y los que sostenían que los trabajadores de cada país eran los mejores jueces de los métodos de organización y de la política inmediata que debía seguir cada Partido nacional. Así, la minoría anticomonista pudo reconstruir, bastante pronto, una organización tolerablemente efectiva aunque no, por supuesto, sin serias lagunas y defectos; mientras los comunistas franceses se veían envueltos en una serie de conflictos con el Comintern que produjeron sucesivas purgas y defecciones y llevaron al Partido Comunista a un nivel muy bajo antes de que lograra reconstituirse sobre las bases exigidas por el Comintern.

También en el nuevo Partido Socialista hubo serias diferencias internas. No fue fácil para Longuet y sus partidarios olvidar su antigua disputa con los "socialpatriotas" encabezados por Pierre Renaudel ni para el grupo de Renaudel llegar a un acuerdo con ellos en cuestiones de su política nacional o internacional. Los antiguos mayoritarios eran partidarios decididos de la nueva internacional de derecha, mientras que los antiguos minoritarios esperaban todavía una Internacional más amplia que unificara de algún modo a los organismos rivales en la causa de la unidad obrera; y, en relación con los asuntos internos, el grupo Renaudel favorecía la colaboración con los radicales burgueses, mientras que el grupo de Longuet se manifestó en favor de la independencia socialista y la negativa a participar en gobiernos burgueses. Por el momento, estas diferencias fueron limadas por la hostilidad común a la política de Moscú de subordinar todo a la causa de la Revolución mundial y de la defensa de la Unión Soviética contra sus enemigos; pero no podían olvidarse por completo. Los antiguos mayoritarios, sin embargo, tenían tan poco apoyo fuera de la Cámara de Diputados que, por el momento, tenían que acatar las opiniones del grupo de Longuet o abandonar el partido; y pronto los partidarios de Longuet, ante la aguda hostilidad de los comunistas, fueron llevados paso tras paso a una posición mucho más de derecha que su actitud anterior. Pasarían poco menos de dos años antes que el centro, organizado en torno a la Unión Internacional "Dos y Media" de Viena, llegara a un acuerdo con la derecha y uniera con ella sus fuerzas en la nueva Internacional Laborista y Socialista establecida en Hamburgo, en mayo de 1923.[10] Al terminar la guerra, las cuestiones que habían dividido a las antiguas mayoría y minoría contaron cada vez menos y hubo, en consecuencia, cada vez menos lugar para una facción de centro entre reformistas y comunistas, aunque había mucho que decir en favor de un camino intermedio y de la unidad en la realización de los objetivos socialistas. El parlamentarismo v el sovietismo eran puntos de vista claros, capaces de ejercer un fuerte atractivo popular.

Í0 Véase p. 207.

El centrismo, dadas las condiciones prevalecientes de excitación popular, no lo era. Tampoco había duda alguna, si se trataba de escoger entre parlamentarismo y sovietismo, acerca del lado de la cerca donde se colocarían los partidarios de Longuet. Habían estado dispuestos, bajo la presión de la excitación provocada por la Revolución en Rusia, a hacer concesiones considerables a la idea de una Revolución mundial que podría significar, en algunos países el empleo de métodos dictatoriales y el recurso de la guerra civil. Pero nunca habían pensado realmente en estos métodos como aplicables a las condiciones francesas. Eran parlamentarios en relación con la política francesa, aunque no estuvieran de acuerdo con la proclamación de la Conferencia de Berna, en el sentido de que el socialismo y la democracia parlamentaria eran inseparables en todas las circunstancias;[11] y, en la práctica, esta actitud los acercaba a la derecha contra Moscú, tanto más decisivamente cuanto que Moscú no estaba en disposición de hacer concesiones al centro, al que acusaba, de hecho, más enérgicamente que a la derecha.

Así, como resultado del Congreso de Tours de 1920, el movimiento socialista francés se dividió después de quince años de unificación formal, pero de ninguna manera inconmovible. La nueva causa de división era, sin embargo, esencialmente distinta de las diferencias entre Guesde y Jaurés acerca del proceso Dreyfus y en torno a la aceptación del cargo por Millerand y de las que habían dividido a la mayoría y la minoría durante la guerra. La disputa no era entre parlamentarios y sovietizantes, de tal modo que Longuet estuvo aliado a Renaudel mientras que Cachin, antes centrista moderado, se pasó totalmente al campo opuesto y Frossard, obligado a escoger entre los dos, escogió por el momento a Moscú, aunque no estaba dispuesto, de ninguna manera, a aceptar todo el rigor del control centralizado que el Comintern quería imponer. Los militantes sindicalistas también se ligaron en su mayoría al Comintern, con parecidas reservas mentales acerca de la independencia sindical. Hay que notar, en efecto, que la izquierda había ganado su gran victoria en Tours sólo al precio de concesiones sustanciales a los fuertes sentimientos contra la plena aceptación de los Veintiún Puntos. La resolución de Tours había establecido que el rigor de las condiciones de Moscú debía aplicarse sólo al futuro y no debía suponer la expulsión de nadie que estuviera dispuesto a aceptar el veredicto de Tours y a comportarse, en el futuro, de acuerdo con él. Esta reserva crearía pronto serios problemas al nuevo Partido Comunista francés con la Internacional de Moscú. Zinoviev había dirigido al Congreso de Tours un mensaje donde atacaba con vehemencia a los centristas franceses y declaraba que la Tercera Internacional no podía tener nada en común con ellos; pero muchos que votaron por la reso-

[11] Véase vol. V, p. 266.

lutión de la izquierda no estaban dispuestos, en manera alguna, a aceptar las pretensiones de la Tercera Internacional de dar órdenes al partido francés acerca de quiénes debía expulsar ni a suscribir una total subordinación de la política francesa a la voluntad de la dirección moscovita. Por el momento se pasó por encima de esta dificultad; pero pronto debía causar problemas, en vista de la actitud intransigente de Moscú.

Mientras tanto, el nuevo Partido Comunista heredó la organización del Partido Socialista, incluyendo su estructura de ramas locales y federaciones, que habían sido constituidas principalmente con vista a una acción electoral y parlamentaria. La cuestión inmediata era de una lucha competitiva entre comunistas y socialistas, para asegurar el apoyo de las organizaciones locales; y en esto, aunque los comunistas llevaron por el momento la mejor parte, lo que sucedió fue que disminuyó mucho el número total de miembros de ambos partidos en general. Para explicar esta disminución es necesario considerar lo que había sucedido en el terreno laboral mientras se producía el gran debate en torno a la Internacional.

En los primeros meses de 1920, el costo de la vida subió más que nunca y hubo nuevos estallidos de huelgas. Los principales disturbios empezaron en febrero, con una huelga de los trabajadores ferroviarios de París del Ferrocarril París-Lyon-Marsella, convocada en primera instancia, sin que suscribieran esa convocatoria ni la Federación Nacional de Trabajadores Ferroviarios ni la C.G.T. La huelga, dirigida por Monmousseau, se extendió rápidamente a otros ferrocarriles y la Federación de trabajadores ferroviarios, lo mismo que la C. G. T., se vieron obligadas a darle su apoyo. Se resolvió después que Briand hizo promesas que parecieron responder a la mayoría de las demandas de los trabajadores; pero, cuando los hombres volvieron al trabajo, nada se hizo para llevar a efecto estas promesas y la agitación se reanudó. A principios de abril, el Congreso nacional de Trabajadores Ferroviarios se declaró por una nueva huelga, que debía ser convocada con la C.G.T. e incluía en sus demandas la nacionalización inmediata de todo el sistema ferroviario. En ocasión de la disputa de febrero, la C.G.T. había instruido al Consejo Económico del Trabajo, que había establecido para que le sirviera de consejero en las cuestiones de reconstrucción de la posguerra,[1]- para que preparara un provecto de nacionalización de los ferrocarriles; y este informe estaba en vías de preparación cuando estalló la segunda disputa. Los dirigentes de la C.G.T. habrían preferido tener un plazo de respiro hasta que fuera publicado el informe y presentado al gobierno; pero, dado el ánimo prevaleciente en los sen-

Véase p. 22.

timientos de los obreros, aceptaron apoyar a los ferroviarios. Se declaró una huelga nacional ferroviaria y, cuando el gobierno se negó a ceder, la C.G.T. procedió a llamar a la huelga, primero a los estibadores y marineros y después al resto de los trabajadores del transporte, mineros, metalúrgicos y obreros de la construcción en un movimiento de solidaridad que se acercó a las dimensiones de una huelga general. El gobierno respondió con el arresto del Ejecutivo de los trabajadores ferroviarios y muchos de los dirigentes de izquierda de la C.G.T. y con el anuncio de que se negaría a entrar en negociaciones para un acuerdo mientras los huelguistas no hubieran vuelto al trabajo. La C.G.T., que había estado a punto de extender la huelga a más industrias todavía, se alarmó entonces y detuvo las huelgas solidarias, dejando a los ferroviarios solos en la lucha, con la ayuda financiera de los que seguían trabajando. Los trabajadores ferroviarios, a pesar del arresto de sus dirigentes, prosiguieron la huelga hasta cerca de los finales de mayo, cuando se vieron obligados a admitir la derrota ante la creciente tendencia a volver al trabajo. El gobierno se vengó mediante despidos en masa de trabajadores ferroviarios y proclamando la disolución de la propia C.G.T., aunque no se hizo nada realmente por llevar a cabo esta disolución. El efecto, sin embargo, fue desastroso para el movimiento sindical. El número de miembros de la C.G.T. disminuyó abruptamente de cerca de 2 millones y medio a alrededor de 600 000 —no mucho más del total de preguerra. La gran ola de sindicalismo militante había sido rechazada definitivamente unos meses antes que los comunistas obtuvieran la victoria en el Congreso Socialista de Tours.

La gran huelga había sido, desde un principio, seriamente incompleta. En dos aspectos importantes los trabajadores ferroviarios se habían negado a responder; y los paros solidarios en otras industrias no habían sido, desde un principio, sino parciales. El gobierno había podido, con la ayuda de los que permanecieron en sus trabajos y mediante el empleo extendido de los esquiroles, mantener un servicio ferroviario en esqueleto y sostener los suministros necesarios; v se había producido una tendencia, casi desde el principio, de vuelta al trabajo por un considerable número de huelguistas. Las clases medias habían sido efectivamente movilizadas como rompehuelgas; y, entre los sindicados, se había producido una persistente disputa entre el ala derecha y la izquierda, La C.G.T. había encontrado una excusa para dar término a las huelgas solidarias cuando el gobierno prometió una Ley de ferrocarriles, que no satisfacía en absoluto a los izquierdistas partidarios de la acción directa, sino que acentuaba la lucha entre parlamentarios y partidarios de la acción directa del lado obrero. En mayo de 1920, el sindicalismo de izquierda gastó su último recurso y dejó de constituir, aun en apariencia, una amenaza revolu-

cionaria; y, aunque la opinión política de la clase obrera siguió inclinándose hacia la izquierda hasta su victoria en el Congreso Socialista de Tours, la cima de la acción obrera fue alcanzada y superada y el Bloque Nacional y la República burguesas fueron confirmados en su autoridad. Cuando el Congreso de la C.G.T. se reunió en Orleáns, en septiembre de 1920, el ala izquierda, sin demostrar afectación para su derrota, pidió que la C.G.T. se adhiriera a la Internacional Roja de Sindicatos —la subsidiaria sindical del Comintern.[13] Pero los dirigentes de la C.G.T. derrotaron fácilmente esta proposición que, al mismo tiempo que afirmaron su admiración por la Revolución Rusa, denunciaron como contraria a la Carta de Amiens y a toda la tradición de independencia sindical de la política partidista. La C.G.T. rechazó a la Internacional Roja de Sindicatos y reafirmó su lealtad a la Federación Internacional Sindical de Amsterdam,[14] de la que era vicepresidente Jousaux; y, al mismo tiempo, el programa trazado en Lyon fue reafirmado y la política reformista de 1818-1919 suscrita. La minoría se retiró entonces y realizó una Conferencia por separado en la cual, sin dividirse realmente de la C.G.T., establecieron una Central Sindicalista Revolucionaria e instituyeron una política de "presionar desde adentro" a los sindicatos y federaciones de la C.G.T., en la esperanza de ganarlas en apoyo de la Internacional Roja de Sindicatos.

Siguió un periodo confuso de lucha dentro de los sindicatos. La minoría que había creado la nueva Central estaba constituida por elementos anarquistas y sindicalistas lo mismo que comunistas y no estaba dispuesta en general a aceptar el papel subordinado asignado a los sindicatos por la Tercera Internacional. De hecho, en un principio predominaron los anarquistas y sindicalistas sobre los comunistas ortodoxos y un anarquista, Pierre Besnard, ocupó el cargo de secretario general. En el verano de 1921 la C. S. R. (Centre Syndicaliste Révolutionnaire) envió dos delegados, Temmasi y Alfred Rosmer, al Congreso de la Internacional Roja de Sindicatos; pero, cuando regresaron después de aceptar el principio de la Internacional Roja de subordinación al Comintern, la Central Sindicalista Revolucionaria los repudió e insistió en mantener su posición de independencia. En la misma etapa —julio de 1921— los delegados de izquierda en el Congreso de la C.G.T. fueron derrotados decisivamente de nuevo y sostuvieron nuevamente otra Conferencia donde decidieron fortalecer la Central Sindicalista Revolucionaria, sin separarse realmente de la C.G.T. Procedieron después, por su propia cuenta, a invitar a todos los sindicatos a enviar delegados a un nuevo Congreso, donde plañ-

ís Véase vol. V, pp. 331-2, acerca de la Internacional Roja de Sindicatos,
i* Véase vol. V, p. 299.

tearon proposiciones para la total reconstrucción de la C.G.T. Como resultado de esta reunión, se hizo el intento de negociar con los dirigentes de la C.G.T.; pero las discusiones fracasaron prácticamente de inmediato y la Central Sindicalista Revolucionaria dio el siguiente paso, convirtiéndose en rival abierta de la C.G.T., con el nombre de "C.G.T. Unitaria", pero tuvo cuidado aún en proclamar que el nuevo organismo era sólo provisional y en mantener abierta la puerta para futuras negociaciones.

En este punto el conflicto dentro de la izquierda sindical llegó a su culminación. Los anarquistas, con algún apoyo sindicalista, lograron insertar dentro de la constitución de la C.G.T.U. una cláusula donde se atacaba, no sólo al Estado burgués sino al Estado en todas sus formas y persuadir a la C.G.T.U. para que enviara observadores a una Conferencia Anarcosindicalista Internacional que había sido convocada para reunirse en Berlín con el fin de establecer otra Internacional. Ésto no tuvo muchos resultados, aunque se llegó a fundar la propuesta Internacional; pero, en el mes de mayo siguiente (1922) los anarquistas y sindicalistas estaban lo bastante fuertes como para tomar la dirección de un importante movimiento de huelga en París y otros centros Este movimiento fracasó y cuando, un mes después, el Congreso de la C.G.T.U. se reunió en Saint-Étienne, hubo una gran batalla entre anarcosindicalistas y comunistas por el control del movimiento, con vehementes discusiones del anarquista italiano A. Borghi con el protagonista ruso de la Internacional Roja, Arnold Losovsky. En este Congreso los comunistas pudieron arrebatar el control de la C.G.T.U. a sus rivales; pero no pudieron persuadirla inmediatamente de adherirse a la Internacional Roja de Sindicatos, sobre la base de que los reglamentos de ese organismo incluían disposiciones inconsistentes con la Carta de Amiens y la independencia sindical.

Habría podido esperarse que la Internacional Roja de Sindicatos recibiera esta prueba de insubordinación con una actitud intransigente. Pero, con muy poco apoyo efectivo fuera de Rusia, estaba excesivamente ansiosa de asegurar la adhesión de una fracción siquiera del movimiento sindical francés; y, en su Congreso de noviembre de 1922, aceptó eliminar la cláusula ofensiva de sus reglamentos, sin prometer con ello que la modificaría en la práctica. Sobre esta base, la C.G.T.U. decidió por fin participar en la Internacional Roja de Sindicatos y, en su Congreso de Bourges de 1923, los comunistas consolidaron su control. Su victoria, sin embargo, fue seguida de otra división. Al año siguiente, un grupo sindicalista se separó para formar una Unión Federal de Sindicatos Autónomos que se convirtió, dos años después, en la C.G.T. Sindicalista Revolucionaria, en oposición a la vieja

C.G.T. y a la C.G.T.U. La C.G.T.U. fue, desde este momento, un organismo totalmente comunista, estrechamente relacionado con el Partido Comunista francés y aceptando la autoridad reguladora de la Internacional Roja de Sindicatos y del Comintern.

El Partido Socialista, antes de la división de Tours en 1920, afirmaba poseer 180 000 miembros —en su mayoría de reciente ingreso. Después que el nuevo Partido Comunista se apoderó de la antigua maquinaria del partido, hubo que iniciar de nuevo la construcción de una maquinaria socialista. En 1922, el Partido Socialista restaurado tenía cerca de 49 000 miembros. Incluyó, en su primer Comité administrativo después de la separación, a veteranos de la antigua mayoría como Jules Guesde (m. 1922), Marcel Sembat (m. 1923) y J. Paul-Bancour (n. 1875), así como a los dirigentes de la antigua minoría: Jean Longuet y Paul Faure (n. 1878) y otras personalidades notables como Pierre Renaudel, Vincent Auriol (n. 1884) y Alexandre Bracke (1861-1955), el clásico intelectual, activamente relacionado con la Segunda Internacional antes de 1914 y uno de los más notables intérpretes franceses del marxismo. Su órgano principal, ahora que *L'Humanité* había pasado a manos comunistas, era *Le Populaire.* El Partido Socialista, en su Congreso de 1921, reafirmó la Carta de 1905, redactada cuando la unificación de los partidos rivales y lanzó un programa que incluía amplios planes de socialización siguiendo la línea trazada por la C.G.T. Al principio, tuvo que intervenir en una dura lucha con el Partido Comunista, que lo acusó de traicionar la causa de los trabajadores y de defender el régimen capitalista; y, además, tuvo que decidir la actitud a adoptar en relación con los partidos de la izquierda burguesa, especialmente en vista de la ley electoral, que hacía depender sus perspectivas de triunfo electoral de los aliados que pudiera reunir contra los candidatos del Bloque Nacional. En 1922, los comunistas, cambiando de tácticas, iniciaron la agitación por un frente unido de los partidos de la clase obrera; pero esta proposición fue rechazada por el CongTeso Socialista de febrero de 1923. En su próximo Congreso, efectuado en Marsella en enero de 1924, el Partido Socialista se declaró en favor de una política de pactos electorales locales con los radicales. Al autorizar estos pactos para las próximas elecciones, el Partido Socialista anunció que entraría en ellos "con toda su doctrina" y que no significaban una acción conjunta con los radicales en el Parlamento ni la participación en un posible gabinete radical. Sobre estas bases, los socialistas fueron, en casi todas las regiones, a las elecciones generales de 1924 aliados a los radicales y obtuvieron 103 asientos, mientras que los comunistas, que pelearon solos, sólo ganaron 27. Este triunfo electoral, unido a las victorias radicales, hacían posible la formación de un gabinete radical presidido por Édouard Herriot, con la

condición de que éste contara con el apoyo socialista. Los socialistas dieron, efectivamente, su apoyo, pero se negaron a entrar en el gobierno, aunque una importante minoría favorecía la participación plena. En efecto, surgió un "Cartel des Gauches" [de las izquierdas] *de jacto,* como la única alternativa posible al "Frente Único," solicitado por el Partido Comunista.

Como hemos visto,[15] el gobierno radical de Herriot llegó al poder unos meses después que MacDonald formara el primer gobierno laborista en Gran Bretaña; y ambos trabajaron estrechamente unidos, durante los meses siguientes, en el terreno de la política internacional. La tarea más urgente era la liquidación de la ocupación francesa del Ruhr y llegar a un acuerdo con Alemania sobre la base de una actitud más realista respecto al problema de las reparaciones. El resultado fue el Plan Dawes, redactado en abril de 1924, aceptado en agosto, en una Conferencia Interaliada sobre las Reparaciones, a la que se invitó a asistir a delegados alemanes. Este acuerdo fue seguido por la evacuación del Ruhr, que se completó en noviembre; y el Préstamo Dawes fue la base para la terminación de la inflación alemana y para la estabilización del marco.[16] Al mismo tiempo, MacDonald y Herriot trataron de fortalecer a la Sociedad de Naciones, haciendo que se aceptara el arbitraje como medio para resolver futuras disputas internacionales; y, por su moción conjunta, la Sociedad adoptó por unanimidad, en septiembre, una resolución en favor del desarme progresivo. A principios de octubre la Asamblea de la Sociedad aprobó el propuesto Protocolo sobre el arbitraje y pidió al Consejo que convocara a una Conferencia de Desarme, que debería reunirse al año siguiente. Pero, sólo una semana después, el gobierno de MacDonald fue derrotado en la Cámara de los Comunes británica por una moción liberal que se refería al proceso de Campbell,[17] y a fines del mes el Partido Laborista había perdido las elecciones de la "Carta Roja".[18] A principios de noviembre los conservadores británicos volvieron al poder; y el breve periodo de estrecha cooperación entre los dos gobiernos de "izquierda" llegó a un fin abrupto. En Francia, Herriot permaneció en el poder hasta octubre de 1925; pero, con la caída del gobierno laborista británico, las perspectivas de éxito en la promoción de una acción internacional para el mantenimiento de la paz habían desaparecido en efecto, aunque el Tratado de Locarno fue firmado en Londres, en diciembre de ese año.

Los comunistas, mientras tanto, habían sufrido una división, im-

15 Véase vol. V, p. 387.
16 Véase p. 175.
17 Véase vol. V, p. 388.
18 Véase vol. V, pp. 388-9.

puesta por la política del Comintern. Ese organismo, en su Congreso de 1922, atacó con vehemencia al Partido Comunista francés por mantener en posiciciones dirigentes a personas teñidas de reformismo y que trataban de proseguir con las tradiciones del viejo Partido Socialista. El Comintern llegó a insistir en que estas personas, incluyendo a Frossard, secretario general del Partido, fueran desplazadas y sus propios candidatos instalados en las posiciones dirigentes. Como resultado Frossard, el conocido escritor socialista Paul Louis (1873-1955) y otros muchos salieron del Partido Comunista y formaron un nuevo organismo, la Unión Socialista-Comunista, en la esperanza de lograr la unificación entre los partidos rivales. El grupo Frossard-Louis, opuesto al reformismo parlamentario del Partido Socialista, denunció la "centralización autocrática" del Comintern y pidió una vuelta a los "principios de 1905". No debía descuidarse la reforma, declaraba, pero debía subordinarse al fin de la preparación para la próxima Revolución, en la cual desempeñarían un papel importante la huelga general y los sindicatos. El grupo se oponía, en especial, a la insistencia de Moscú sobre la subordinación de los sindicatos al Partido Comunista: estaba dispuesto a aceptar la dictadura del proletariado sólo como medida temporal que podría ser necesaria durante la Revolución en sus primeras etapas, pero debía evitarse que degenerara en una "oligarquía irresponsable" o se convirtiera en un manto para cubrir el "militarismo proletario", del cual parecía considerarse un ejemplo, potencial cuando menos, el Ejército Rojo de la Unión Soviética. La Unión Socialista-Comunista no tuvo éxito —lo cual no resultaba sorprendente— en su intento de unificar a las fuerzas socialistas. En 1924, Frossard y muchos miembros del grupo entraron nuevamente al Partido Socialista y otros siguieron el ejemplo en los años siguientes. La Unión siguió existiendo, pero dejó de contar después de 1924. En 1926 el número de miembros del Partido Socialista había aumentado a 111.000 mientras que el Partido Comunista, que había declarado 130 000 en el momento de su fundación, había disminuido a 48 000 en 1924 y a sólo 15 000 después de una orgía de caza de herejes, en 1926, aunque subió de nuevo a cerca de 50 000 en 1928, después de su reorganización bajo las órdenes de Moscú, sobre la base de "células" del partido en las fábricas y lugares de trabajo así como sobre una base residencial.

En el movimiento comunista francés, desde el momento de su victoria sobre los socialdemócratas en 1920 hubo, como hemos visto, una disputa continua entre los fieles partidarios de Moscú, dispuestos a hacer lo que ordenara el Comintern y los disidentes, que sostenían el derecho del movimiento francés a darse su propio camino sin dictados externos. Los disidentes, sin embargo, no formaban en absoluto un núcleo homogéneo. Un sector, integrado por sindicalistas revolucio-

narios más que comunistas, se apegó a la insistencia tradicional en la independencia total de los partidos políticos y estaba tan poco dispuesto a recibir los dictados del Comintern como los del Partido Socialista o del Partido Comunista franceses. Muchos de los miembros de este sector eran totalmente hostiles a la acción parlamentaria; y, aun los que no lo eran, le asignaban sólo una función subordinada y seguían creyendo en la acción directa como el principal instrumento para lograr la victoria proletaria. Eran los viejos partidarios de la huelga general revolucionaria, que esperaban todavía volver a los grandes días de la C.G.T. de preguerra. Entraron en la Internacional Roja de Sindicatos con grandes esperanzas, cuando este organismo extendía la bienvenida a los sindicalistas revolucionarios, a los sindicalistas industriales y a los *shop stewards* * sin inquirir la ortodoxia de sus creencias

* En el tomo V hemos traducido este término por el de "delegado", pero aquí ya no podemos hacer lo mismo. Su significado ha variado con el tiempo y para ilustrar su nueva acepción insertamos a continuación lo que dice la *Encyclopedia of the Social Sciences* (Macmillan, Nueva York, 1937) al respecto: "Antes de la primera Guerra Mundial, en las industrias mineras y de la impresión, había en Gran Bretaña los llamados comités de fábrica mientras que en otras industrias los *shop stewards* eran los delegados de los sindicatos en cada una de las fábricas. Pero en las industrias de maquinaria y conexas se había igualmente desarrollado un sistema de delegados que no era oficial, al ser elegidos por todo el conjunto de obreros de la fábrica y no por el sindicato, eran responsables ante los primeros y no ante el segundo y frecuentemente, ni los sindicatos ni la empresa los reconocían. Durante la guerra se extendió este último tipo de representación laboral, debido, en primer lugar, a las restricciones impuestas al derecho de huelga que debilitaron la influencia de los sindicatos; en segundo lugar, a la legislación gubernamental que estipulaba la "dilución" del trabajo calificado con el no calificado y, en las fábricas de municiones, con el trabajo de las mujeres —lo que incluía la negociación directa con los patronos en cada establecimiento—, en tercer lugar, a la gran extensión del trabajo a destajo en condiciones sin paralelo antes de la guerra; y, en cuarto lugar, a la administración de los planes de asistencia, ayudas de guerra y similares. Pero, junto con estos brotes puramente locales creció un movimiento militante de *shop stewards* que iba mucho más allá de las fronteras de las fábricas particulares y que llegó a tener un papel destacado en algunas áreas industriales importantes. El centro principal de este movimiento se localizaba en Clyde, con centros subsidiarios en Sheffield y Coventry. Aquí tomó la forma de una rebelión contra el liderato de los sindicatos y tenía un carácter definidamente revolucionario. En cada uno de estos distritos, en 1915 y 1916, se formaron comités de trabajadores compuestos por "delegados" (sJiop *stewards')* no oficiales de las diferentes factorías que intentaron coordinar su acción a través de todo el distrito. Los líderes, bajo la influencia de esta mezcla de ideas sindicalistas y socialistas gremiales que prevalecían antes de la guerra, pedían una completa reconstrucción del sistema industrial con base en el control en manos de los trabajadores. Pero la fuerza impulsora del movimiento derivaba del gran descontento de los obreros hacia las restricciones de tiempos de guerra sobre la libertad de acción laboral y de la rebelión de las lilas contra el apoyo dado por los líderes de las uniones gremiales a

comunistas; y no tardaron en encontrarse a disgusto en tal compañía, cuando se hizo evidente que la Internacional Roja de Sindicatos era, 'no una Internacional independiente con derecho a trazar su propia política, sino un dócil instrumento del Comintern. Hombres como Alfred Rosmer, que habían desempeñado un papel muy activo en la Internacional Roja de Sindicatos en los primeros días, se retiraron desilusionados y renovaron su intento de revivir la antigua agitación sindicalista, pero se encontraron, como los centristas en el movimiento político, acorralados entre dos fuegos e incapaces de llegar a un acuerdo con la C.G.T. ahora reformista ni con la C.G.T.U. controlada por los comunistas. Tenían seguidores; pero consideraron que no había lugar para un tercer movimiento de masas diferente de los anteriores.

Distinta de esta oposición sindicalista al reformismo y al "Comintemismo" de Moscú, era la oposición política que creció dentro del Partido Comunista francés, aunque muchos participaron de hecho en ambas. Lo que objetaba esta oposición política no era tanto la subordinación de los sindicatos al Comintern como la subordinación del Partido Comunista francés. Los que idoptaron este punto de vista objetaban enérgicamente el hecho de que su política y su estrategia les fuera dictada desde Moscú y de que Moscú les señalara quiénes debían ser sus dirigentes. Se trataron los Veintiún Puntos del Comintern sin la intención real de ponerlos demasiado en vigor; y cada nueva orden de Moscú y cada nueva caza de herejes provocaba una airada resistencia. Cuando la lucha entre Stalin y Trotsky se extendió de Rusia al terreno internacional, muchos en Francia se mostraron dispuestos a ponerse del lado de Trotsky y a hacerse eco de sus denun-

las medidas gubernamentales en vistas a la prosecución de la guerra. Durante las últimas etapas de la guerra el movimiento militante de los *shop stewards,* sacando nuevas fuerzas de la Revolución rusa, se vio todavía más envuelto en las crisis políticas, en forma notable por su hostilidad evidente hacia la prolongación de la guerra; pero su influencia se circunscribía principalmente a los centros citados y no se extendió al grueso de los obreros británicos. En mayo de 1919, se logró un acuerdo entre los patronos y los sindicatos, reconociendo la existencia de los *shop stewards* elegidos por los sindicatos en sus factorías respectivas a condición de que se establecieran comités conjuntos de trabajadores que no incluyeran a más de siete *shop stewards* y un número igual de representantes de los patronos. La subsiguiente depresión en las industrias de maquinaria y el gran aumento del desempleo, sin embargo, hicieron retroceder el movimiento entero y lo privaron de la fuerza que gozaba bajo las anormales condiciones de la guerra. El movimiento de los *shop stewards* no tuvo mucha importancia en las demás industrias británicas, y los comités de trabajadores tales como existieron sólo se encuentran en algunas grandes empresas, como Cadbury Bros. Ltd., Imperial Chemicals Ltd., Hans Renolds Ltd., y otras, donde se crearon por iniciativa de la empresa". (Véase también: Tomo V, cap. X'I, esp. pp. 379 ss.) [E.]

cias de la creciente burocratización del Partido Comunista de la Unión Soviética. Aun antes de esto, muchos se sintieron seriamente inquietos por la supresión del levantamiento de Kronstadt de 1921, por el repudio del "control por los trabajadores" en las fábricas y por la vuelta potencial a la empresa privada bajo la "nueva política económica". Se desafió cada vez más la aceptación incuestionable de todo lo que hicieran los bolcheviques como la conducta revolucionaria justa y adecuada; y, con ello, la concepción general de un movimiento comunista mundial único, centralizado y centralmente disciplinado fue objeto de hostil examen. Los franceses no son gentes dadas a aceptar que los demás tengan más razón que ellos; y Moscú tuvo que dedicarse a suprimir tendencias entre los comunistas franceses que insistían en una independencia "gala" del Comintern. Boris Souvarine, uno de los principales propagandistas en Francia de la Revolución Soviética, fue una de las primeras víctimas de las purgas mediante las cuales la dirección del partido, por órdenes del Comintern, se dispuso a mantener la disciplina del partido; y otros muchos lo acompañaron o lo siguieron en desgracia bajo la acusación de "trotskismo". Como hemos visto, el Partido Comunista francés, como resultado de estas luchas de facciones, había descendido en 1926 a un nivel muy bajo, conservando sólo una fracción de los miembros que antes había reunido. No obstante, se plegó al Comintern, como organismo, aun al alto precio de perder así su influencia; y los disidentes que fueron expulsados no lograron crear otros grupos efectivos —en parte porque estaban divididos en sindicalistas y en partidarios de una acción política de izquierda basada en las condiciones francesas. El Partido Comunista francés pudo, pues, superar sus obstáculos y desarrollarse como un organismo señalado por su devoción a cualquier política que el Comintern pudiera indicarle que persiguiera.

Cuando la depresión mundial de los años siguientes a 1929 se declaró, afectó a Francia más tarde que a los demás grandes países capitalistas, en gran medida porque las condiciones en las que Poincaré había estabilizado el franco en 1926-27 abarataron los productos franceses en el mercado mundial, haciendo innecesaria la deflación por el momento. En consecuencia, el desempleo y los trastornos laborales se produjeron más tarde en Francia que en otras partes; y el fermento de los años treinta, que condujo a la formación del Frente Popular en 1936, se produjo a tiempo para encajar dentro de la nueva política del Comintern, que siguió a la victoria nazi en Alemania.

Es innecesario hacer aquí un recuento de las numerosas exclusiones y secesiones del Partido Comunista francés durante los años veinte. Basta decir que la mayoría de los disidentes políticos que permanecieron activos —lo que no pasó con muchos— se agruparon en una Unión

Socialista-Comunista, que se llamó después Partido Socialista-Comunista y que rechazó tanto el reformismo del Partido Socialista como la disciplina centralizada de Moscú y trató de mantener dentro de su limitado número de miembros un régimen de libre discusión y decisión democrática. Formado originalmente en 1923, este grupo reunió a sus miembros como resultado de sucesivas secesiones y exclusiones del Partido Comunista, incluyendo una importante secesión en 1930. Fue incapaz, sin embargo, de reunir más de un pequeño grupo de seguidores ni de elegir más que algún diputado ocasional al Parlamento.

Mientras tanto, el Partido Socialista tenía sus propios problemas. En sus filas había muchos, especialmente entre sus representantes en el Parlamento, que —hostiles al comunismo y sin perspectivas de ganar una mayoría parlamentaria—, querían llegar a un acuerdo con los radicales burgueses, al menos en la medida de hacer pactos electorales de ayuda mutua, en la segunda vuelta utilizada en las elecciones francesas cuando ningún candidato obtenía una mayoría clara en la primera. Muchos deseaban, ciertamente, ir más allá y estaban dispuestos a entrar en un gobierno de coalición con los radicales si su fuerza combinada era suficiente como para permitir a los dos partidos formar semejante gobierno. En contra de esto, los socialistas más de izquierda deseaban un pacto electoral con los comunistas, quienes plantearon diversas proposiciones de "Frente Único", cuando la oferta de estos "frentes" había logrado la ambigua aprobación del Comintern.[19] La mayoría del Partido Socialista, no obstante, rechazó el "Frente Unico" cuando fue planteado por primera vez en 1923 y en otras muchas ocasiones. En las elecciones del año siguiente, como vimos, el Partido Socialista autorizó acuerdos electorales locales con los radicales y derivó grandes ventajas de ellos, logrando la elección de 103 diputados socialistas, mientras que los comunistas, que lucharon solos, sólo obtuvieron 27 diputaciones. Los socialistas, no obstante, a pesar de que apoyaron el gobierno Herriot de ese año, se negaron a participar en él; y, después de su caída, las disensiones entre "participacionistas" y "antiparticipacionistas" prosiguieron. En el Congreso del partido de enero de 1926 Renaudel, Vicent Auriol y Paul-Boncour abogaron en vano por la participación contra Paul Faure, León Blum (1873-1950) y Alexandre Bracke. Al año siguiente, el Partido rechazó la participación en el gobierno de Poincaré de Unión Nacional, en el que participaron algunos radicales y que procedió a efectuar la estabilización del franco.

En las elecciones generales de 1928 los comunistas, bajo la nueva consigna del Comintern, "lucha de clases", recomendaron a sus partidarios que no apoyaran a los candidatos socialistas en la segunda

i» Véase p. 226.

vuelta; pero, a pesar de esto, los socialistas ganaron 104 asientos, con la ayuda radical, y el Partido Comunista sólo 12, aunque recibió más de un millón de votos en la primera vuelta, contra 1 700 000 de los socialistas. Se produjeron entonces violentas recriminaciones entre los dos partidos, acusando los comunistas a los socialistas de convertirse en títeres de Poincaré y respondiendo los socialistas que los comunistas, por su actitud en la segunda vuelta, habían entregado muchas diputaciones a la derecha.

A la caída del gabinete Briand, en octubre de 1929, el dirigente radical Daladier se acercó a los socialistas con una oferta de coalición. El grupo parlamentario socialista votó en favor de que se aceptara; pero la proposición fue rechazada por una pequeña mayoría en la reunión del Consejo Nacional del Partido, y esta decisión fue confirmada por una mayoría más nutrida en un Congreso especial. El conflicto de opiniones, sin embargo, siguió siendo agudo. En las elecciones de 1932 los socialistas y los radicales se apoyaron entre sí nuevamente en la segunda vuelta; y la votación socialista se elevó a más de 2 millones y el número de diputados socialistas a 112, mientras que los comunistas sufrieron otra baja. En este momento se inició la serie de gabinetes radicales de corta vida, sin participación socialista pero con su apoyo, que prepararon el camino al "Frente Popular" de unos años después. En 1932 fracasaron los proyectos de coalición porque los radicales se negaron a aceptar el programa mínimo establecido por los socialistas como condición para participar en el gobierno. Éste incluía, además de la reducción de armamentos y la prohibición del tráfico de armas, la promulgación de un sistema general de seguridad social y la introducción de la semana de cuarenta horas. La insistencia en estas condiciones se oponía a la actitud de los participacionistas del partido y preparó el camino para la futura secesión de los neosocialistas encabezados por Renaudel y Adrien Marquet (1884-?). Este episodio, sin embargo, pertenece a un periodo posterior.

En toda la etapa analizada en este capítulo, el movimiento obrero francés estaba en medio de un fermento de discusión ideológica; pero no es fácil descubrir una contribución realmente importante de las facciones en disputa al pensamiento socialista. El sindicalismo revolucionario, la principal contribución francesa de los años anteriores a 1914, no experimentó importantes desarrollos como teoría: la C.G.T. de posguerra había dejado de ser revolucionaria, aunque siguió afirmando su lealtad a la Carta de Amiens aprobada antes de la guerra y la C.G.T.U. se convirtió pronto en poco más que un adjunto del Partido Comunista, eliminando de su dirección a aquellos que habían esperado hacer de ella un medio para llevar adelante la tradición sindicalista revolucionaria. El socialismo francés, dividido por las disen-

siones que se produjeron durante la guerra y después por la lucha entre comunistas y anticomunistas, realizó sus batallas en el campo de la teoría principalmente en relación con cuestiones de política internacional y en términos no distintivamente franceses. Los comunistas franceses, aunque en continuas diferencias con el Comintern, no produjeron ideas propias; y los no comunistas, aunque discutieron mucho primero acerca de los derechos de *la patrie* y después en torno a la actitud que deberían adoptar respecto a los radicales burgueses, no descubrieron nada especialmente nuevo en relación con estas cuestiones. Ni Renaudel ni Longuet fueron, en ningún aspecto, pensadores originales y no surgió ningún teórico realmente importante para ocupar el lugar de Jean Jaurés y ni siquiera el de Jules Guesde.

En efecto, la única idea nueva que surgió en el socialismo francés en estos años fue el resultado del abandono del sindicalismo revolucionario por la C.G.T., en favor de un programa no revolucionario de reconstrucción económica. Como vimos,[20] la C.G.T. incluyó en el programa de reconstrucción que redactó en 1918 la demanda de un Consejo Económico Nacional y el esquema de un proyecto de "nacionalización industrializada", según el cual los servicios nacionalizados debían colocarse bajo el control conjunto de representantes de productores y consumidores Cuando el gobierno se negó a establecer un Consejo Económico con las amplias facultades propuestas, la C.G.T. procedió a establecer un organismo consultivo propio, un *Conseil Economique du Travail* que representaba, además de los sindicatos, a la Federación Nacional de Cooperativas de Consumo, la Unión Sindical de Técnicos de la Industria, del Comercio y de la Agricultura y a la Federación Nacional de Funcionarios. A este organismo se le designó la tarea de elaborar planes para la reconstrucción de la vida económica francesa, para "desarmar al Estado y hacer que se desarrolle hacia el momento en que sólo represente los órganos colectivos de la producción y la distribución; erradicar los elementos coercitivos que contiene actualmente; privar al capital de su control sobre la economía nacional y otorgar al trabajo los derechos a los que aspira y las responsabilidades que puede asumir". El Consejo, trabajando mediante nueve subcomisiones, procedió durante el año siguiente a su integración, a elaborar una serie de proposiciones referentes no sólo a la restauración de las áreas devastadas por la guerra, especialmente mediante la empresa cooperativa, sino también a la sustitución del control capitalista por una forma de propiedad nacionalizada y de administración destinada a reconciliar los derechos de productores y consumidores y a tomar en cuenta las necesidades técnicas de una administración efi-

dente. En las industrias que debían corresponder a este proyecto —ferrocarriles y otras empresas de transporte, minería y servicios de utilidad pública— la propiedad pasaría a ser pública, en el plano nacional o en el local, pero en las palabras del informe del Consejo: "no intentamos extender ni fortalecer la influencia del Estado ni sobre todo, recurrir a un sistema que colocara los recursos esenciales de la nación bajo el control de una burocracia irresponsable". La administración de las empresas nacionalizadas debía ponerse en manos de representantes de los productores y los consumidores, incluyendo los primeros a los técnicos y a los trabajadores de la administración y manuales y los segundos a personas designadas por el Estado, el municipio y las cooperativas. Las autoridades públicas serían financieramente responsables de estas empresas, pero los organismos administrativos gozarían de plena autonomía en relación con la maquinaria del Estado.

En otro informe, el Consejo del Trabajo hizo proposiciones semejantes para el manejo de industrias que no debían nacionalizarse, cuando menos por el momento. Proponía que, en cada una de esas industrias, todas las empresas comprendidas fueran agrupadas obligatoriamente en un sindicato, que no sólo actuaría como comprador único de materias primas para la industria en conjunto sino que determinaría tam bien el volumen total de la producción y asignaría una cuota a cada empresa o establecimiento y sería responsable de orientar el curso de la inversión y del desarrollo técnico. Para la coordinación entre las industrias, tanto nacionalizadas como "sindicadas", habría un Consejo de Sindicatos Industriales y, sobre toda la economía, presidiría un Comité Directivo central, que sería responsable del trazado y ejecución de un amplio plan económico nacional.

Estos proyectos de la C.G.T. de 1919 y 1920 fueron en parte, por supuesto, una continuación de los antiguos proyectos sindicalistas, despojados de su absoluto antiparlamentarismo y de su carácter revolucionario. Mucho de lo que decían Jouhaux y otros partidarios de estos proyectos se remontaba a Fernand Pelloutier y los primeros días de la C.G.T. Pero Jouhaux había descartado la vieja insistencia en que los trabajadores eran plenamente capaces de manejar por sí solos toda la economía, sin invocar al Estado y sin necesidad de dar consideración especial al papel de los consumidores o los técnicos en la estructura de la nueva sociedad. El plan del Consejo del Trabajo se basaba en la idea de hacer colaborar a todos los factores excepto el capitalismo inversionista y de utilizar al Estado y la municipalidad, al mismo tiempo que se les mantenía fuera de la administración efectiva. La nueva versión del "control por los trabajadores" difería notablemente en espíritu de la vieja concepción sindicalista, pero podía reconocerse

su derivación de aquella, bajo la influencia de la experiencia de la guerra de una economía "dirigida", donde los trabajadores habían logrado la participación en cierta medida.

Estos planes no tuvieron ningún resultado. Nunca se trató, por supuesto, de que fueran adoptados por ningún gobierno que el pueblo francés pudiera tener en un futuro próximo; y la misma C.G.T. se vio pronto tan profundamente envuelta en sus propias disputas internas que esos proyectos pasaron a segundo plano. El Consejo del Trabajo, después de laborar a una velocidad máxima durante algunos meses, cayó en la inactividad; y lo único que quedó fue la inclusión de la concepción de la C.G.T. de la "nacionalización industrial" en el programa del Partido Socialista francés después de la división. Desde un principio, la izquierda sindical, comunistas y sindicalistas revolucionarios por igual, atacó al plan del Consejo del Trabajo como una caída en el reformismo, que suponía la colaboración de clase con los elementos administrativos de la clase media y con el Estado burgués —lo que era cierto. Las sociedades cooperativas, que Jouhaux había esperado llevar a una estrecha alianza con los sindicatos, desaparecieron en la debacle de 1920; y la C.G.T. perdió mucha de su fuerza aun antes de la separación de la C.G.T.U. de modo que se destruyeron todas las perspectivas de que pudiera sacar adelante sus planes. No obstante, al redactar estos proyectos de 1919 y 1920, la C.G.T. hizo la única contribución positiva del socialismo francés al acervo del pensamiento socialista en los años que siguieron inmediatamente a la guerra. El único resultado práctico, sin embargo, fue el establecimiento por el gobierno radical de Herriot de 1924, de un nuevo Consejo Económico Nacional, constituido por representantes de las asociaciones patronales, los sindicatos, las sociedades cooperativas y algunos otros organismos. Pero mientras que la C.G.T. había abogado por un Parlamento económico, investido de poderes reales semejantes a los del Parlamento político, el Consejo Económico Nacional era un organismo simplemente consultivo, autorizado sólo a estudiar los problemas económicos y a hacer recomendaciones que el gobierno estaba en libertad de aceptar o rechazar o ignorar. Su establecimiento no introducíauna diferencia real en la estructura económica de la sociedad francesa.

¿Por qué el pensamiento socialista francés, en los años posteriores a 1914, fue en general de tan pobre calidad y tan desprovisto de ideas nuevas? Quizás, fue un simple accidente —simplemente que no surgió ningún pensador francés importante. Pero me inclino a creer que, dadas las condiciones existentes en la Francia de la posguerra, era excepcionalmente difícil para un pensador realista tener una visión clara. Francia había sufrido terribles pérdidas en la guerra, no sólo con la desvastación de los Departamentos del Norte sino, mucho más

con el sacrificio de vidas jóvenes y la dislocación de las relaciones culturales. El socialismo es, esencialmente, una forma de optimismo, que descansa en la creencia de que la sociedad puede y debe ser mejorada mediante una planificación deliberada; y Francia, en 1918, era ya en gran medida un país de pesimistas, desconfiados de las viejas doctrinas y temerosos, más que entusiasmados, de las nuevas tendencias doctrinarias. Una pequeña minoría, muy verbal, fue profundamente conmovida por los acontecimientos de Rusia y se mostró dispuesta a aceptar la dirección rusa porque el bolchevismo les ofrecía un llamado a la acción que no requería gran esfuerzo intelectual. La mayoría, sin embargo, aun de los activistas socialistas y sindicales, no respondió plenamente a este estímulo o, si lo hizo, lo encontró insatisfactorio pronto y, sin encontrar otro estímulo poderoso, cayó en una escéptica inactividad. Otros factores —especialmente la vieja tradición francesa de negarse a pagar contribuciones regulares para apoyar cualquier causa— contribuyeron a la proporción excepcional en que la participación en los partidos y en los sindicatos fue disminuyendo cada vez más; pero, indudablemente, una razón muy importante de esta inestabilidad fue que, a falta de un sentido claro de dirección, los hombres alternaban rápidamente entre una actitud de gran excitación y un sentimiento de inutilidad y entraban y salían de movimientos y campañas de acuerdo con su estado de ánimo transitorio. En ninguna parte de Europa la Revolución rusa engendró una aclamación tan entusiasta como en Francia; pero en ninguna parte podía confiarse menos en ese entusiasmo como base para una actividad sostenida.

En realidad, estas características del movimiento obrero francés no eran nuevas: sólo fueron agravadas, y no engendradas, por la guerra y los acontecimientos en Rusia. Habían estado señaladamente presentes en la C.G.T. de preguerra y, en menor medida, en el Partido Socialista. En ambos, los guesdistas, que admiraban y envidiaban la solidez y alta organización del movimiento alemán, habían representando el elemento más sólido; y es significativo que los baluartes guesdistas estuvieran principalmente en el Norte de Francia, que fue invadido y experimentó la peor parte en la destrucción. En comparación con los guesdistas, los partidarios socialistas de Jaurés y los sindicalistas revolucionarios que repudiaban la dirección de un partido, habían sido grupos inestables, aunque las causas de su inestabilidad fueran diferentes. Los sindicalistas habían sido, esencialmente, rebeldes contra toda la tradición de la República burguesa y habían estado ansiosos de aprovechar cualquier tendencia a la rebeldía en las masas, confiando más en su capacidad de conducir a las masas llegado el momento indicado que en cualquier esfuerzo sostenido de organización de esas masas. Jaurés, por otra parte, había sentido profunda devoción

por la tradición republicana, como lo había demostrado cuando el proceso Dreyfus. Había sido, en esencia, un político radical convertido en socialista porque consideraba el socialismo como la terminación de lo que se había iniciado en 1789. Como socialista había aceptado el veredicto de la Segunda Internacional contra la participación socialista en gobiernos burgueses, salvo en circunstancias muy excepcionales: la propuesta de Kautsky, en 1904;[21] y, más que ningún otro dirigente socialista, había visto la necesidad de plegarse a las demandas de los sindicatos comprendidas en la Carta de Amiens de 1906. Pero esta aceptación no lo había hecho, en espíritu, menos radical ni sostenedor menos ardiente del deber de todos los hombres honestos de acudir en defensa de la República contra sus enemigos de dentro o de fuera. Había sido ardiente también en su internacionalismo y en su odio a la guerra; pero no hay duda que, si hubiera vivido los años de guerra, se habría adherido vigorosamente a la causa nacional —aunque creo que habría conservado un criterio prudente y habría aprovechado la primera oportunidad para adherirse a la causa de una paz negociada. Longuet, estoy seguro, fue más fiel que Renaudel al espíritu de Jaurés, aunque se mantuvo muy por debajo de éste en capacidad y comprensión. El radicalismo político de Jaurés, sin embargo, había sido una causa de inestabilidad en su ala del Partido Socialista; porque había alentado a los franceses de la izquierda a oscilar entre el socialismo y el radicalismo o, en todo caso, entre la autosuficiencia socialista y la alianza con la izquierda burguesa. No estoy sugiriendo que Jaurés se equivocara al adoptar esta actitud, aunque tanto los guesdistas como los sindicalistas lo atacaron por ello. Estoy seguro de que fue una condición necesaria del rápido desarrollo del socialismo como fuerza parlamentaria. No obstante, tendió a hacer inestable al socialismo porque actuó en contra de la aguda separación, social y política, entre socialistas y no socialistas que caracterizó al guesdismo francés y la socialdemocracia alemana y, de manera muy diferente, al sindicalismo revolucionario.

Durante la guerra e inmediatamente después, la situación fue muy diferente. El movimiento obrero no era ya un tercer intruso en el conflicto entre la derecha burguesa y la izquierda burguesa, sino el antagonista principal de un Bloque Nacional burgués en el que radicales y reaccionarios estaban mezclados. Electoralmente los socialistas, aunque unidos, no eran lo bastante fuertes como para derrotar a este Bloque; pero, ayudados por los sindicatos, eran lo bastante poderosos como para dificultarle las cosas, aunque no para derrocarlo por medios revolucionarios. Como en la Italia de la posguerra, había un gran sen-

21 Véase Vol. III, p. 56.

timiento revolucionario, pero no el suficiente para servir de base a una Revolución triunfante. Además, mientras que antes de la guerra el centro del revolucionarismo había estado en los sindicatos, en 1919 éste no era ya el caso. Los acontecimientos en Rusia y el establecimiento del Comintern habían trasladado el centro del sentimiento revolucionario al Partido Socialista. Los dirigentes de la C.G.T. habían olvidado su antigua actitud revolucionaria y se habían vuelto reformistas; y, aunque había considerables elementos revolucionarios en los sindicatos, especialmente entre los metalúrgicos y los ferroviarios, estos elementos fueron pronto derrotados cuando trataron de desafiar la autoridad del Estado burgués —porque no podían acudir a la C.G.T. ni al Partido Socialista en busca de un apoyo unido o sostenido. La C.G.T. estaba ocupada con sus proyectos de nacionalización de la industria y sus demandas de un Consejo Económico Nacional con las facultades de un Parlamento Industrial; y la nueva mayoría que había expulsado a la antigua del control del Partido Socialista no era más revolucionaria, cuando menos en sus dirigentes, que la fracción expulsada. Había sin duda, entre los que habían votado por Longuet contra Renaudel un elemento revolucionario importante y creciente; pero este elemento tardó dos años en fortalecerse lo suficiente para derrotar a Renaudel y Longuet unidos y para convertir a la fracción mayoritaria del Partido Socialista en un Partido Comunista —y mucho más en moldear al nuevo partido según el patrón exigido por el Comintern. Cuando se logró lo primero, la ola de sentimiento revolucionario se había ido desvaneciendo y la hora de la acción revolucionaria —si es que existió— había evidentemente desaparecido. En verdad, no hubo tal momento y todos, con excepción de unos pocos fanáticos, lo sabían. Pero ni los sindicatos ni el Partido Socialista ni los comunistas tenían ninguna alternativa práctica. Como los italianos, habían estado demasiado ocupados peleándose entre sí para dar demasiada atención a la construcción de una nueva política para llenar las condiciones de la Francia de posguerra.

Tampoco hay que olvidar que, en la Francia de posguerra, exhausta por sus grandes pérdidas en el conflicto bélico, existía, al lado de otros impulsos, una fuerte corriente de sentimiento antibelicista en todas sus formas. Este sentimiento, que podía adoptar diversas formas, era particularmente marcado en grupos como los de maestros y funcionarios menores, que estaban fuertemente representados en el Partido Socialista. Podría encontrar expresión en el pacifismo o en la simpatía hacia el comunismo, como camino hacia la paz, a través de la Revolución. Los dos principales exponentes literarios de estas actitudes fueron Henri Barbusse (1873-1935) y Romain Rolland (1866-1944). Barbusse, quien sirvió en el ejército francés como soldado de filas,

publicó en 1916 su vivida descripción de los horrores de la guerra, *Le Feu.* A pesar de su fiero antimilitarismo, se le otorgó el Premio Goncourt; y su autor publicó después otras obras antimilitaristas, incluyendo *Clarte* (1919) y *Paroles d'uncombattant* (1920). Después de la guerra, se hizo comunista y finalmente se radicó en Rusia, donde murió. Rolland, conocido primero como autor sobre música y crítico de arte y como uno de los principales colaboradores en los *Cahiers de la Quinzaine* de Péguy, llegó a la cima de la fama antes de la guerra con su novela discursiva, en diez volúmenes, *Jean Cristophe* (1904-12), por la que se le otorgó el Premio Nobel de Literatura en 1915. Era ya un pacifista y publicó su *Vie de Tolstoi* en 1911. Durante la guerra, se refugió en Suiza, donde lanzó su manifiesto pacifista *Au dessus de la mélée* (1915) y un segundo estudio sobre Tolstoi dos años después. Después de la guerra se interesó profundamente en la India y, sobre todo, en Mahatma Gandhi, del cual publicó un estudio en 1924. En sus últimos años modificó su pacifismo y se adhirió a la causa del comunismo cómo el camino hacia la paz [véase su *Par la révolution la paix* (1935)]. En 1939, no obstante, se adhirió a la causa aliada contra el nazismo en una carta apasionada dirigida a Daladier.

Barbusse y Rolland fueron ambos figuras importantes, pero ninguno de los dos fue esencialmente socialista y no puede considerarse que ninguno haya hecho una contribución distinguida al pensamiento socialista. Lo que los llevó a ambos al comunismo fue el horror que sintieron ante la inhumanidad insensata de la guerra moderna y, con ello, la gran desilusión respecto a los políticos de todos los partidos más antiguos. Francia había perdido, muertos o mutilados, a tantos de sus hijos que esta actitud de desilusión era muy fuerte. Ayudó a los comunistas a controlar al Partido Socialista; pero muchos de los que se adhirieron con esta actitud al comunismo se separaron después y, en muchos casos, renunciaron a todas las formas de actividad política, mientras que otros se afiliaron nuevamente al Partido Socialista y apoyaron a su ala pacifista. Los socialistas, sin embargo, aunque se recuperaron en cierto grado del bajo nivel al que habían caído cuando el rompimiento con los comunistas, nunca pudieron recuperar la adhesión de la gran mayoría de los trabajadores industriales. En los años veinte y hasta la formación del Frente Popular como reacción al peligro nazi a mediados de la década de los treinta, el movimiento obrero francés, políticamente y en el terreno laboral, estaba demasiado dividido para ejercer una influencia considerable en el curso general de los acontecimientos o para dar protección efectiva a los intereses de los trabajadores a través de los contratos colectivos.

CAPÍTULO XIV

BÉLGICA Y SUIZA

BÉLGICA

La violación de la neutralidad belga en agosto de 1914 colocó al Partido Laborista belga, sólidamente, al lado del gobierno, apoyando la guerra. Émile Vandervelde (1866-1938), su dirigente, participó en el gobierno como Ministro de Estado, iniciando así una política de participación ministerial que debía continuar después de la guerra. El Partido lanzó un manifiesto pidiendo a todos sus miembros que se unieran a la causa de la defensa nacional. Ante la invasión alemana, el gobierno se trasladó al exilio y se estableció en suelo francés, en El Havre. Vandervelde había sido, por mucho tiempo, presidente de la Oficina Socialista Internacional, que tenía su sede en Bruselas, con otro belga, Camille Huysmans (n. 1871), como secretario. Surgió de inmediato la cuestión de si Vandervelde, siendo ministro, podía conservar su posición a la cabeza de la Internacional. Su colega en la dirigencia del Partido Laborista belga, Louis de Brouckére (1870-1951), fue de los que expresaron dudas acerca de ello; pero Vandervelde insistió en su derecho de conservar ambos cargos. La Oficina Socialista Internacional, encabezada por Huysmans, se trasladó a territorio neutral en Holanda y perdió así el contacto estrecho con su presidente y con los belgas que habían constituido su Comité administrativo. Estos conservaron también sus cargos oficiales, pero fueron sustituidos por delegados holandeses en el trabajo cotidiano de la Oficina. Edouard Anseele (1856-1938), el dirigente más importante después de Vandervelde, permaneció en Bélgica bajo la ocupación alemana e hizo lo posible por mantener la organización laborista y socialista.

La industria belga sufrió severamente bajo la ocupación y hubo también una aguda escasez de alimentos. La organización laborista se dedicó a organizar un sistema de auxilio a los desempleados, ante las numerosas dificultades con las autoridades de ocupación —que impusieron una dictadura militar— y los patronos, que trataron de excluir a los sindicatos de la representación en los organismos oficiales encargados del subsidio a los desempleados. En relación con el problema alimenticio, dificultado por las requisiciones alemanas v el bloqueo aliado, el socialista Joseph Wauters (1875-1929) desempeño un papel importante en Bélgica, mientras que el gobierno en el exilie hacía lo posible por procurar la admisión de suministros importados.

Los aliados se negaron primero a levantar o a limitar el bloqueo; pero, en vista del peligro de inanición en masa, se llegó por fin a un arreglo, según el cual se estableció una Comisión de Auxilio a Bélgica, supervisada por las embajadas de los Estados Unidos y España y se permitió que pasaran el bloqueo alimentos suministrados por la Comisión. Hasta la entrada de Estados Unidos en la guerra, Herbert Hoover quedó encargado de esta labor, que fue asumida después por un Comité hispano-holandés.

Económicamente, bajo la presión alemana, la situación en Bélgica empeoró cada vez más. No sólo no podían obtenerse materias primas para la industria: pronto, los alemanes empezaron a desmantelar las fábricas belgas y a trasladar a Alemania todas las plantas que podían utilizarse para fines bélicos y aun se entretuvieron, con mala intención, en destruir otras fábricas, mientras trataban de obligar a los trabajadores belgas a trabajar bajo las órdenes de los alemanes, en el servicio de las fuerzas de ocupación. Esto provocó gran resistencia, especialmente en las regiones de habla francesa; pero las cosas empeoraron todavía más cuando, en 1917, los alemanes instituyeron una nueva política de deportaciones en masa de belgas para trabajar en Alemania. Cerca de 60 000 fueron deportados así y otros 60 000 fueron enviados a trabajar en el frente en Francia, cavando trincheras, construyendo vías férreas de emergencia y haciendo otros trabajos para los ejércitos alemanes. En Alemania, los deportados fueron confinados a los campos de concentración, desde donde eran enviados en grupos a trabajar en fábricas o en batallones de trabajo, en condiciones muy desfavorables. Hubo fuertes protestas, de los países neutrales y de los aliados, contra estas violaciones del derecho internacional; pero los alemanes no hicieron caso de ellas e intensificaron cada vez más la presión, especialmente en 1918.

La política del gobierno alemán era hacer todo lo posible por "meter una cuña" entre la región de habla flamenca y la región de habla francesa de Bélgica, favoreciendo a los flamencos en las regiones bilingües. Entre los belgas flamencos surgió un partido de activistas dispuestos a colaborar con los alemanes para devolverles los favores que les habían dispensado y deseosos de organizar un Estado flamenco independiente, bajo la protección alemana. Los alemanes alentaron este movimiento, pero las protestas de los neutrales y la fuerza del sentimiento contra la separación en las regiones bilingües centrales les impidió dar el reconocimiento definitivo al proyectado Estado flamenco. En Bruselas, el 11 de febrero de 1918, fue violentamente dispersada una gran demostración contra la separación por las tropas alemanas, pero tuvo cierto efecto de contención sobre la política alemana.

Entretanto, fuera de Bélgica, Vandervelde y sus colegas en El Havre

y Londres seguían apoyando plenamente el esfuerzo bélico aliado y, en cuanto a la Internacional, se opusieron vigorosamente a una reunión con los socialistas alemanés mientras los ejércitos de Alemania siguieron ocupando el territorio belga. Los dirigentes socialistas belgas en el exilio participaron activamente en la serie de conferencias socialistas aliadas sobre los objetivos bélicos y se unieron a los que insistían más en la necesidad de llevar la lucha hasta el fin. Difícilmente podía esperarse que adoptaran otra actitud, cuando los alemanes no sólo ocupaban su país y oprimían al pueblo belga, sino que se negaban también a asegurar que la independencia belga sería restaurada después de la guerra y hacían planes, si no dé anexión abierta, cuando menos de convertir a Bélgica, permanentemente, en un país satélite bajo el control alemán. Esta actitud dio origen a dificultades cuando, en 1917, el Comité Escandinavo-Holandés, en colaboración con Camille Huysmans, empezó a planear la propuesta Conferencia Socialista Internacional de Estocolmo. Los socialistas belgas que habían permanecido en el país y sufrido la creciente opresión de las autoridades alemanas, estaban naturalmente ansiosos, en muchos casos, de que la guerra terminara rápidamente, si esto podía lograrse en condiciones que restauraran la independencia de su país; y algunos de ellos, incluyendo a Anseele, estaban más dispuestos que los dirigentes en el exilio a ver favorablemente el proyecto de Estocolmo. No tenían, sin embargo, medios efectivos para presionar al gobierno en el exilio ni a Vandervelde y los dirigentes del partido fuera de Bélgica, a quienes escuchaban los demás socialistas aliados.

Unos días antes del armisticio de noviembre de 1918, los ministros socialistas renunciaron a sus cargos en el gobierno belga en el exilio. Esto se debió a una huelga que había estallado entre los trabajadores belgas empleados en Francia bajo los auspicios del gobierno belga. Los huelguistas pidieron los mismos salarios que recibían los trabajadores franceses empleados en trabajos semejantes; pero el gobierno no sólo rechazó esta demanda sino que amenazó a los huelguistas con un castigo merecido, bajo la disciplina militar. En vista del armisticio, no se siguió el expediente; pero las denuncias no fueron retiradas. El gobierno belga, no obstante, fue reconstituido casi de inmediato al regreso del rey y las autoridades exiladas al suelo belga; y los socialistas obtuvieron el permiso del Partido Laborista belga para entrar en un nuevo gobierno de coalición, de amplias bases, encargado de las inminentes tareas de la reconstrucción. En el nuevo gabinete, Vandervelde fue designado Ministro de Justicia y Jules Destrée (1863-1936) y Joseph Wauters ocuparon otros cargos. Edouard Anseele se les unió un poco después.

Desde 1884 hasta las elecciones generales de 1919, el Partido Cató-

lico tuvo siempre la mayoría en el Parlamento belga, que fue electo primero por sufragio limitado y después sobre la base del sufragio general masculino, viciado por la votación plural para las clases más ricas. En las primeras elecciones de posguerra, efectuadas sobre la base del sufragio masculino efectivo, los católicos perdieron su mayoría pero siguieron constituyendo el mayor Partido. Los tres partidos principales —Católico, Laborista y Liberal— estuvieron todos representados en el primer gobierno de posguerra, que promulgó un importante cuerpo de legislación social progresista. Los sindicatos, que habían tenido sólo cerca de 200 000 miembros en 1914, se elevaron a cerca de 600 000 poco después de la guerra; y, en 1921, la Comisión Central Sindical había subido a 720 000 aparte de los sindicatos organizados bajo auspicios católicos. En la situación que siguió a la guerra los socialistas, ayudados en muchos aspectos por el ala progresista de los católicos, pudieron hacer sentir una fuerte presión. En las elecciones de 1919, el Partido Laborista ganó 70 asientos, contra 34 en 1914. En 1919, frente a una fuerte oposición patronal, se hizo ley la jornada de ocho horas y se efectuaron grandes cambios en el sistema impositivo con la introducción de un impuesto sobre la renta graduado y de impuestos sobre la herencia. También se puso en vigor un sistema de pensiones de vejez. Pero, a medida que fueron desapareciendo los temores de la burguesía, la resistencia a estas medidas creció y, en el Partido Laborista, se hizo sentir una oposición creciente a la participación de los socialistas en un gobierno dominado por partidos burgueses. En la Conferencia del partido, en 1920, una tercera parte de los votos se emitieron contra la participación y, al año siguiente, más de las dos quintas partes. El ala izquierda se dedicó a organizar sus propios grupos dentro del partido, con el nombre de "Amigos de los Explotados"; y, cuando el Partido ordenó que se disolvieran estos grupos, los disidentes, reforzados por un sector del Movimiento Juvenil del partido, se separaron y establecieron un Partido Comunista belga, como sección del Comintern. Bajo la presión de estos acontecimientos, en 1921, los socialistas renunciaron a sus cargos en el gobierno. En las siguientes elecciones generales, el Partido Laborista bajó a 68 diputaciones en la Cámara, pero subió de 13 a 52 en el Senado, que fue electo bajo una constitución reformada; y hubo también importantes ganancias en las elecciones locales para los consejos provinciales y comunales. En los años siguientes, la coalición católica-liberal redujo el subsidio de desempleo, alteró la ley de pensiones y, en diversas formas, atacó los derechos sindicales concedidos en 1919. Estas medidas reaccionarias fortalecieron la posición del Partido Laborista, que en las elecciones de 1925 aumentó su representación en la Cámara a 78 miembros y se convirtió así, por primera vez, en el mayor partido, aunque muy lejos

de integrar una mayoría. Los socialistas se negaron entonces a formar un gobierno por sí solos, pero aceptaron entrar en una coalición con los católicos, con el objeto de estabilizar la moneda, que se había ido depreciando mucho debido a los altos costos de la reconstrucción económica. El primer intento de estabilización fracasó y, acompañada del acto de "evitar el franco", la moneda belga sufrió otra baja catastrófica. El gabinete católico-socialista fue sustituido entonces por una coalición de todos los partidos, encabezada por Henri Jaspar; y el nuevo gobierno, por fin, logró estabilizar la moneda con el apoyo socialista. Pero inmediatamente después, los socialistas se mostraron en desacuerdo con los partidos burgueses, acerca del servicio militar, que los socialistas deseaban reducir a seis meses; y, en 1927, el Partido Laborista abandonó el gobierno, que se reconstituyó sin ellos como una coalición católico-liberal. De 1927 a 1935 los socialistas estuvieron en la oposición.

En los años posteriores a 1918, el comunismo belga, aunque siempre activo, no pudo nunca reunir gran apoyo. Cobró importancia sólo en los últimos años de la década de los veinte, durante la crisis de estabilización, en vista del gran desempleo y de la política de economía nacional, que incluía severas restricciones al subsidio de desempleo. Los comunistas adoptaron entonces una política enérgica, de presión desde el interior de los sindicatos y se pusieron a la cabeza de un movimiento de huelga extraoficial que produjo serios disturbios y agudas divisiones en las filas socialistas y sindicales. Políticamente, sin embargo, los comunistas no fueron muy lejos, sacando electos sólo 2 miembros en las elecciones generales de 1929 y entrando en agudo conflicto entre sí, entre los partidarios ortodoxos del Comintern y una importante minoría trotskista, que fue debidamente expulsada en 1928.

En los años veinte, el movimiento socialista belga se mantuvo en general bajo los mismos dirigentes que antes de la guerra. Émile Vandervelde siguió manteniendo una posición incuestionable como dirigente del partido; y, con él, Louis de Brouckére, quien ya había hecho importantes contribuciones teóricas a la labor de la Segunda Internacional;[1] Joseph Wautcrs, que había crecido en estatura como consecuencia de su dirección del movimiento dentro de Bélgica cuando la guerra; el veterano cooperativista Edouard Anseele; Corneille Mertens (1880-1951), dirigente sindical, que fue vicepresidente de la Federación Internacional Sindical de Amsterdam y Henri de Man (1885-1953), quien babía ganado importancia antes de la guerra como organizador de la Juventud Socialista y debía convertirse en la principal influencia teórica en los años treinta, cuando formuló su celebre *Plan du trovad*

i Véase Vol. III, pp. 81 ss.

y asumió la presidencia del partido. Esta etapa de su actividad, sin embargo, se sale de los límites del presente volumen; y lo mismo puede decirse de sus aventuras posteriores cuando, durante la segunda Guerra Mundial, permaneció en Bélgica como consejero del rey bajo la ocupación alemana y fue acusado de colaborar con los nazis. Su propia versión fue que, creyendo que los nazis habían ganado la guerra, permaneció en Bélgica con la esperanza de proteger a sus compañeros socialistas contra los excesos germanos. Es evidente que, hasta cierto punto, fue colaboracionista, convencido de la necesidad de llegar a un acuerdo con el "Nuevo Orden" nazi. Esto le costó su posición en el movimiento sindical; y pasó sus años de posguerra en el exilio en Suiza, publicando defensas de su actitud, como *Cavalier seul, y* escribiendo en forma impresionante acerca de la crisis con que se enfrentaba el mundo de posguerra. De Man fue un individuo notable, cualesquiera que pudieran ser sus actos ulteriores. Hablaba francés, flamenco, alemán e inglés con la misma facilidad y, además de su carrera política, dictó cátedras en Alemania y los Estados Unidos, lo mismo que en Bélgica. Su obra más importante es *Psicología del socialismo* (1927) El *Plan du travail* (1933), donde atacaba incidentalmente la noción marxista del capitalismo, en el sentido de que este sistema se adelantaba hacia su "crisis definitiva", fue también una contribución importante a la política de planificación económica.

Ya en los años veinte, De Man estuvo con frecuencia en desacuerdo con Vandervelde y los dirigentes políticos más viejos de su partido, a los que acusó de no tener una política económica positiva. La esencia de su argumentación era que el proletariado, mientras tratara de actuar por sí solo, no tenía posibilidades de establecer el socialismo, en todo caso no en los países gobernados por regímenes democráticos parlamentarios. Mientras trabajara aislado, su éxito se limitaría a algunos avances hacia el "Estado benefactor"; y aun éstos podrían realizarse sólo en tiempos de prosperidad económica y podían ser minados siempre en tiempos de depresión. Por tanto, sostenía, el proletariado debía buscar aliados entre todos los sectores del pueblo que sufrían bajo la opresión capitalista; y se refería especialmente a los pequeños negociantes y campesinos, a la merced de los grandes financieros y de los monopolistas, que controlaban numerosas industrias esenciales. Estos grupos, sin embargo, no apoyarían de seguro ningún programa de socialización amplia, que consideraran dirigido en su contra. Era, pues, necesario que los socialistas trazaran un plan limitando la socialización a los bancos y otras instituciones de crédito y a las industrias sujetas al control monopólico y que se asegurara a los empresarios menores, no sólo que serían inmunes a la socialización, sino también que, bajo el sistema de crédito reformado, serían tratados mucho mejor que bajo

el capitalismo monopólico. De Man esperaba, al plantear una política semejante, que se .pondría fin al "empate" en la política belga, ganando a la mayoría de los miembros del Partido Católico, que descansaba en gran medida en el apoyo de los sindicatos católicos y, mientras se mantuviera este apoyo, podrían bloquear el camino al poder del Partido Laborista belga. Sus argumentos cobraron mayor fuerza cuando la depresión de 1931 y los años siguientes afectó duramente a la economía belga y produjo una gran hostilidad hacia las medidas deflacionistas mediante las cuales el gobierno atacó la crisis. En 1933 logró persuadir al Partido Laborista belga para que suscribiera el *Plan du trovad,* que suponía un gran cambio en la naturaleza de su posición. Muchos socialistas leales temían, no sin razón, que al tratar de ampliar su campo de adhesión el Partido se alejara del socialismo hacia una forma de colaboración de clase que socavaría su influencia entre la clase obrera; y estos temores fueron aumentados cuando se hizo evidente que De Man tenía considerables simpatías por el movimiento neosocialista que se desarrollaba al mismo tiempo en Francia. No obstante, el *Plan du trovail* encerraba algunas ideas sólidas; porque, indudablemente, los socialistas belgas habían llegado a una posición en la que daban por supuesta la división persistente de la clase obrera entre el Partido Laborista y los católicos y la consecuente necesidad de gobiernos de coalición incapaces de lograr un avance real en dirección del socialismo. El empate que, como vimos,[2] había existido en Bélgica mucho antes de 1914 se había prolongado, a pesar de las reformas constitucionales, en el periodo de posguerra; y el intento de De Man por superarlo fue importante, aunque al precio posible de poner en peligro la lealtad de sus partidarios tradicionales. En la práctica, no se tuvo que pagar este precio, pero tampoco se encontró una salida a aquel callejón; porque los católicos no se dejaron separar de su partido. El empate continuó: de hecho, ha continuado hasta ahora.

Las teorías de Vandervelde y de Brouckére fueron examinadas en el volumen anterior[3] y no hace falta analizarlas aquí, excepto para mencionar que Vandervelde, después de visitar Rusia en 1917, para instar al gobierno ruso a continuar la guerra, se convirtió en uno de los opositores más vehementes del bolchevismo. Hemos visto cómo regresó a Rusia en 1923 con el fin de actuar como consejero de la defensa de los socialistas revolucionarios acusados de actividades contrarrevolucionarias, sólo para renunciar a su alegato en protesta contra la manera injusta en que se había llevado el proceso.[4] Vandervelde participó también activamente en la causa de los mencheviques geor-

2 Véase Vol. IV, p. 95.
3 Véase Vol. IV, pp. 120 y 126.
* Véase Vol. V, p. 173.

gianos[5] en su lucha contra los bolcheviques, después de 1918. Participó activamente en la Conferencia Socialista Internacional de Berna, de febrero de 1919, y en la nueva Segunda Internacional. En el terreno de las ideas, sin embargo, añadió poco a las contribuciones de preguerra del pensamiento socialista, aunque como Ministro de Justicia pudo, entre 1919 y 1921, hacer importantes contribuciones prácticas a la causa de la reforma penal y de las prisiones. En general, los socialistas belgas actuaron durante la etapa de posguerra como un partido moderado, constitucional, dispuesto a cooperar con los partidos burgueses en las duras tareas de la reconstrucción nacional y conscientes de que no eran lo bastante fuertes como para realizar un programa de socialismo constructivo más allá de un avance limitado hacia el Estado benefactor. Su aceptación de estas limitaciones los expuso constantemente a la crítica de la izquierda; pero siempre lograron la adhesión de la gran mayoría de los socialistas belgas y pudieron evitar que el comunismo belga se convirtiera en un movimiento realmente formidable. En realidad, no había lugar en la Bélgica de la posguerra para ninguna especie de actividad revolucionaria, tanto porque la situación nacional exigía claramente un esfuerzo común hacia la reconstrucción económica y porque la presencia de la agitación separatista o autonomista de los flamencos tendía a consolidar el apoyo de la gran mayoría del pueblo al Estado existente. Los comunistas belgas disminuyeron sus propias oportunidades al disputar enérgicamente entre sí; pero, aunque hubieran estado unidos es improbable que hubieran hecho un gran impacto político. En el terreno laboral, por el desempleo y los problemas de salarios surgidos primero de la depreciación de la moneda y después de las medidas deflacionistas adoptadas en favor de la estabilización, estaban en mejor posición para crear problemas; pero, aun en este terreno no pudieron nunca pasar de ser un estorbo. El movimiento obrero belga, política y laboralmente, encontró opositores más serios en los católicos que en el Partido Comunista y sus diversas organizaciones de "frente". Nunca pareció que pudiera lograr una mayoría parlamentaria; pero se sostuvo, dentro de sus supuestos reformistas, con no poca tenacidad y capacidad de organización.

SUIZA

Ya hemos visto cómo el Partido Socialista suizo cooperó con los italianos para tratar de llevar a efecto la reunión de los socialistas de los países beligerantes, en la esperanza de poner fin a la lucha y cómo Robert Grimm (n. 1881) y Charles Naine (1874-1926) uno de la Suiza

6 Véase Vol. V, p. 190.

alemana y el otro de la Suiza francesa, fueron los principales responsables de los arreglos para la Conferencia de Zimmerwald de 1915." Tanto esta Conferencia como la de Kienthal del año siguiente se realizaron en territorio suizo, que había sido un centro importante de reunión internacional desde los días de la Primera Internacional. Hasta 1914 el Partido Socialista demócrata suizo encabezado por Otto Lang (1863-1939), había sido considerado como del ala derecha del movimiento socialista internacional; pero, durante la guerra, un importante sector se inclinó agudamente hacia la izquierda, especialmente después de la Revolución rusa y, a principios de 1919, el Congreso del partido votó en favor no sólo de la secesión de la Segunda Internacional, sino también de la adhesión al recién formado Comintern. Esta votación fue la secuela del desarrollo del malestar que condujo, el año anterior, a la formación de un comité conjunto de los sindicatos y el Partido Socialdemócrata, para formular demandas al gobierno para que se remediara una acumulación de agravios que se habían ido acumulando a medida que los salarios se quedaron muy por detrás del aumento en el costo de la vida. El comité conjunto convocó a un Congreso sindical y socialista de emergencia, que se reunió en Olten, en julio de 1918, y decidió convocar a una huelga general nacional si el gobierno no aceptaba responder a sus demandas. El gobierno no hizo las concesiones requeridas y, al añadirse combustible al fuego cuando se recurrió a los soldados para que actuaran contra los huelguistas en Zurich y al prohibirse una proyectada manifestación para celebrar el aniversario de la Revolución bolchevique, se convocó a una huelga general de tres días, en noviembre de 1918, que tuvo mucho éxito, paralizándose totalmente los ferrocarriles. La demostración hecha por la huelga convenció al gobierno y a los patronos de que los trabajadores estaban en actitud militante y esto ayudó a obtener la concesión de la jornada de ocho horas en 1919.

Como vimos antes, la votació, de 1919 en favor de la participación en la Tercera Internacional no fue el final de la cuestión. Se refirió el asunto a un referéndum del Partido Socialdemócrata y la mayoría votó contra la afiliación.[7] Este rechazo al Comintern fue seguido de una división. Un grupo extremista, encabezado por Fritz Platten (1883-1942), se había separado antes para integrar el Partido Comunista y, en 1921, este grupo se unió a los nuevos separatistas. Entretanto, el Partido Socialdemócrata, libre de sus compromisos con Moscú, se convirtió en miembro de la Unión Internacional "Dos y Media" de Viena;[8] pero, cuando ese organismo se unió a la Internacional de dere-

« Véase Vol. V, p. 39.
1 Véase Vol. V, p. 289.
8 Véase Vol. V, p. 304.

cha de Berna-Ginebra para formar la Internacional Laborista y Socialista en el Congreso de Hamburgo de 1923, el Partido suizo permaneció al margen, temeroso de que la adhesión pudiera provocar nuevas disensiones en sus filas. No fue hasta 1927 que se decidió finalmente a echar su suerte con la Internacional Laborista y Socialista. Por entonces los comunistas, que nunca habían podido ganar más de 2 o 3 asientos en el Consejo Federal Nacional, habían perdido casi todo su apoyo, mientras que en 1928 los socialistas tenían 50 diputaciones, en comparación con 41 en 1919 y recibieron más de la cuarta parte de la votación total. No pudieron, sin embargo, obtener la elección de ninguno de sus miembros al Consejo Ejecutivo Federal, que es el equivalente suizo más cercano al gabinete de otros países. No fue sino en 1935 que los socialistas se convirtieron en el mayor partido del Consejo Nacional; y nunca se acercaron a la posibilidad de constituir una mayoría.

En efecto, los socialistas suizos, después de un corto movimiento hacia la izquierda en 1918 y 1919, volvieron a su vieja política de reformismo moderado y no dieron mayores señales de volver a una actitud revolucionaria. El principal miembro del partido, Hermann Graulich (n. 1842) murió en 1925, afectado por los años y no surgió ninguna personalidad notable para sustituirlo. Robert Grimm, quien había sido la figura de izquierda más activa durante y después de la guerra, siguió siendo el dirigente más conocido del partido y se convirtió en su principal representante cuando éste se adhirió a la Internacional Laborista y Socialista.

CAPÍTULO XV

HOLANDA, LOS PAISES ESCANDINAVOS Y FINLANDIA

Mientras la guerra se cernía sobre la mayor parte de Europa, de 1914 a 1918, Holanda y los Países Escandinavos pudieron mantener su neutralidad. Les tocó, pues, servir de sede temporal a la Oficina Socialista Internacional cuando ésta tuvo que salir de Bélgica y asumir la iniciativa ten el intento de reunir, una Conferencia Internacional que representara a los movimientos obreros de ambos bandos, así como de los países neutrales. Camille Huysmans, secretario de la Internacional, trasladó su oficina de Bruselas a Amsterdam en 1914 y delegados holandeses sustituyeron temporalmente a los belgas como miembros del comité administrativo de la Oficina Socialista Internacional. Como vimos, en abril de 1917, después del estallido de la Revolución rusa, los miembros holandeses de la Oficina, tras consultar a los escandinavos y norteamericanos, enviaron una invitación a todos los organismos afilados para que asistieran a una Conferencia Socialista Internacional que debería celebrarse en Estocolmo al mes siguiente. Se decidió también establecer en Estocolmo un Comité Escandinavo-Holandés conjunto para que se encargara de los arreglos, con la cooperación de Huysmans y de la Oficina Socialista Internacional. La historia posterior de este proyecto ha sido relatada en un capítulo precedente:[1] en este capítulo nos interesa el curso de los acontecimientos dentro de Holanda y los Países Escandinavos durante y después de la guerra.

HOLANDA

El movimiento socialista holandés, dirigido por Pieter Troelstra (1860-1930) había permanecido, hasta 1914, bajo la influencia de la socialdemocracia alemana, pero encerraba a un fuerte grupo pacifista y antimilitarista, grandemente influido por el pacifista anarquista Dómela Nieuwenhuis (1876-1919) y un ala sindicalista, donde Christian Cornelissen (1864-1942) era la figura principal. Tenía también un grupo marxista de izquierda, agrupado en torno a un periódico, *Tribune;* y este grupo, expulsado en 1908 del Partido Socialista, había creado al año siguiente un Partido Socialista Independiente, con un programa revolucionario intransigente. Este Partido independiente, cuyas principales figuras eran David Wijnkoop (1876-1941), el astrónomo Antón

i.Véase Vol. V, pp. 49-50.

Pannekoek (n. 1873) y el poeta Hermán Gorter (1864-1927), se desarrolló después de 1918 en el Partido Comunista holandés. El grupo de *Tribune* estaba integrado principalmente por intelectuales y no tenía arrastre popular; pero, después de la división, entró en relaciones amistosas con la fracción sindicalista del movimiento sindical, que creció considerablemente en los años de la guerra, bajo la presión de la escasez de alimentos y otros suministros. En verdad, las condiciones producidas por la guerra en Holanda habían creado un malestar considerable. Allí, como en otros lugares, la Revolución rusa había contribuido al desarrollo del sentimiento revolucionario, aunque el grupo principal del Partido Socialista y de los sindicatos había permanecido reformista. Rusia estaba demasiado lejos para que sus acontecimientos tuvieran gran influencia práctica en la política, excepto en la extrema izquierda. Alemania era otra cosa; y cuando la Revolución alemana estalló en noviembre de 1918 hubo una excitación súbita del sentimiento revolucionario. El generalmente moderado Troelstra, dirigente del Partido Socialista de derecha, experimentó una rápida conversión a la causa de la revolución y apeló a los trabajadores holandeses para que siguieran el ejemplo alemán. Hubo huelgas tumultuosas, especialmente en Rotterdam —siempre el centro principal de los disturbios— y, por algunos días, la ciudad quedó virtualmente en manos de los trabajadores. Troelstra, sin embargo, fue desautorizado por la mayoría de los dirigentes socialistas; y el gobierno actuó enérgicamente para sofocar los disturbios. Holanda volvió a su calma habitual: sólo la pequeña minoría que seguía a Wijnkoop y Gorter mantuvo la línea revolucionaria y participó en el congreso integrador de la Tercera Internacional, en marzo de 1919. El mecánico S. Rutgers (n. 1879), su delegado al Congreso, permaneció en Moscú hasta el otoño, cuando regresó a Holanda con la representación de Lenin para establecer una oficina del Comintern para la Europa Occidental, en Amsterdam, casi al mismo tiempo que ese organismo establecía una Secretaría para la Europa Occidental en Berlín, bajo los auspicios del Partido Comunista alemán. Esta duplicidad debía crear problemas muy pronto. La Oficina de Amsterdam reunió, en febrero de 1920, una conferencia internacional a la que asistieron delegados de grupos en I Iolanda, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, los Países Escandinavos, Gran Bretaña y los Estados Unidos, con Miguel Borodin (1890-1954), representando al Comintern. La policía, sin embargo, interrumpió sus actividades al segundo día; y la cuestión no tuvo resultados prácticos, con excepción de que, casi inmediatamente después, Moscú liquidó la Oficina de Amsterdam y trasladó sus funciones a Berlín.

En la raíz de este acto había una disputa doctrinal. El grupo holandés, como vimos, había entrado en estrechas relaciones con la Unión

Sindicalista, que representaba al elemento antiparlamentario en el movimiento sindical holandés y había sido considerablemente influida por ideas sindicalistas. El Comintern, cuando se constituyó, apeló a los sindicalistas revolucionarios en busca de apoyo y aún no había demostrado su intención de subordinar a los sindicatos, firmemente, al control del Partido Comunista ni de centralizar la autoridad en sus manos. En 1920, sin embargo, la situación había cambiado y no había lugar ya para un sindicalismo revolucionario independiente dentro del redil del comunismo ni para la aceptación de grupos que rechazaran la acción parlamentaria, como muchos del grupo de Gorter. Cuando Lenin publicó, en 1920, su ataque a estas desviaciones —en *El izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo*—, Gorter le replicó de inmediato en *Una carta abierta al camarada Lenin.* Gorter había estado en Moscú, donde había hablado con Lenin; y había vuelto profundamente desilusionado. Como dijo a Panekoek después de su regreso, "Yo esperaba que este hombre fuera y se sintiera el generalísimo de la revolución mundial; pero tuve que comprender que Lenin pensaba constantemente en Rusia y veía todo exclusivamente desde el punto de vista ruso". Al expresar esto, Gorter no estaba acucando a Lenin de nacionalismo, ni de poner los intereses de Rusia por encima de los de la Revolución mundial. Lo que quería decir era que Lenin estaba obsesionado por la idea de que lo que habían hecho los bolcheviques en la Revolución debía ser válido no sólo para Rusia sino para todos JOS países y que no entendía realmente las condiciones ni la situación del sentimiento obrero en Occidente.

Lenin, en su folleto sobre El *izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo* sostenía, contra los comunistas que rechazaban la acción parlamentaria como "reformistas" y a los que repugnaba actuar dentro de los sindicatos como una transacción con la reacción, que era "infantil" suponer que la Revolución pudiera hacerse sin arrastrar a las masas y sin poner a su servicio todos los instrumentos disponibles. La respuesta de Gorter, en su *Carta abierta* fue que, mientras en Rusia había sido posible basar la Revolución en una alianza de trabajadores, soldados y campesinos, con los bolcheviques guiando y dirigiendo a las masas, en la Europa Occidental esto no era posible. En Occidente, sostenía Gorter, los campesinos, la clase media baja y los intelectuales tenían una mentalidad burguesa y se oponían a la revolución; el proletariado tendría que actuar sin su ayuda y, de hecho, en su contra. Por tanto, discutía, en Occidente la tarea esencial de los revolucionarios era crear un proletariado revolucionario, lo bastante poderoso y consciente para actuar por su cuenta; y esto sólo podía hacerse dedicándose a la propaganda revolucionaria entre los trabajadores y no transigiendo con Jos dirigentes sindicales parlamentarios o reformistas. Esto equi-

valía a decir que no podía haber Revolución en Occidente mientras no se hubiera realizado esta labor de educación proletaria —en otras palabras, que la Revolución occidental inmediata que pedía Lenin no podía de hecho producirse—; una opinión que el Comintern no estaba dispuesto, naturalmente, a aceptar, ni siquiera a tolerar. Como consecuencia de esta disputa, que planteó las diferencias fundamentales entre sindicalismo y comunismo, Gorter y sus colaboradores se salieron del movimiento comunista y, en el segundo Congreso del Comintern, los demás grupos que habían expresado doctrinas semejantes, como la de Sylvia Pankhurst en Inglaterra y otros en Francia, Italia y los Estados Unidos, tuvieron que abjurar de sus herejías o comprender que no había lugar para ellos en la Internacional de Moscú. Esto no impidió que un residuo de los comunistas holandeses, bajo la dirección de Wijnkoop, permanecieran dentro del redil del comunismo; pero no pudieron obtener un apoyo considerable. El propio Wijnkoop sería excluido en 1927, como resultado de su oposición al sectarismo de la política del Comintern en esa época.

Entretanto, el Partido Socialista holandés, sin su ala izquierda, siguió el camino reformista. Resurgió de los años de guerra mucho más fuerte que en 1914, con una votación parlamentaria de 568 000 votos en 1922, en relación con 144 000 en 1912, antes de que la Ley de Reforma de 1917 hubiera introducido el sufragio masculino. En 1912 tenía 19 asientos de los 100 de la Cámara Baja; en 1918 tenía 22 y, en 1929, había subido a 24 —menos de la cuarta parte del total—. Mantuvo su política de preguerra, de negativa a entrar en un gobierno de coalición, pero dio su apoyo a los partidos burgueses cuando éstos se dispusieron a introducir medidas de reforma social. En 1920 adoptó un programa de socialización por etapas, empezando con industrias monopólicas o altamente concentradas y estableciendo la plena compensación a sus propietarios; pero no tuvo oportunidad de poner en vigor este aspecto de su política. Internacionalmente, participó en la Conferencia de Berna de febrero de 1919 y apoyó a la Segunda Internacional. En el terreno laboral," fue obstaculizado por la división del movimiento sindical en numerosos movimientos rivales —socialistas, sindicalistas, católico y neutral—, todos en competencia por atraer miembros, aunque cooperaran ocasionalmente en el terreno laboral. El veterano dirigente anarquista, Dómela Nieuwenhuis, murió en 1919; pero su influencia sobrevivió en un pequeño, pero activo movimiento anarquista, que sirvió de punto de reunión para el esfuerzo anarquista internacional.

La principal figura del movimiento obrero holandés, en los años veinte, fue Edo Fimmen (1881-1942), secretario de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte —la más fuerte y vigorosa de las llamadas "secretarías sindicales", relacionadas sin lazos rígidos

a la Federación Internacional Sindical de Amsterdam. De 1915 a 1919, Fimmen fue secretario de la Federación Holandesa de Sindicatos; en 1919 ayudó a establecer la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte y fue su secretario honorario. En su nombre participó activamente, en 1920, en la organización del boicot sindical internacional a Hungría, víctima entonces del "Terror Blanco" y también del boicot al transporte de armas a Polonia durante la guerra polaco-soviética. En 1922 desempeñó un papel importante en la Conferencia Internacional de Paz de La Haya, convocada por la Federación Internacional Sindical y, parte del año siguiente, actuó como secretario de esta Federación. Rompió después con ese organismo, pero siguió en su cargo como secretario activo de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte. Surgieron problemas porque Fimmen, actuando sin consulta previa a la Federación Internacional Sindical, había encabezado una delegación internacional de trabajadores del transporte, que se reunió con los trabajadores del transporte rusos y con Losovsky en Berlín, para establecer un comité conjunto. Esto produjo fuertes protestas de los dirigentes de la Federación Internacional Sindical, así como de algunos dirigentes de la Federación de obreros del transporte. Fimmen, ofreciendo renunciar a sus posiciones oficiales, se defendía proclamando que era mucho mejor colaborar con los comunistas rusos que con los capitalistas occidentales; pero no logró vencer y el comité conjunto no tuvo resultados. Pudo permanecer, sin embargo, a la cabeza de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, pero pronto tuvo problemas nuevamente por su asociación con una revista sindical internacional de izquierda, publicada en Bélgica, que atacó violentamente a los dirigentes sindicales de Amsterdam. Se vio obligado a renunciar a sus relaciones con este periódico, pero conservó sus fuertes simpatías izquierdistas. Cuando se produjo una división de la izquierda en el Partido Laborista holandés en 1932 y se creó un Partido de izquierda independiente, Fimmen aceptó ser su presidente, pero se vio obligado, por presión de sus colegas de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, a renunciar a este cargo para conservar el control sobre el movimiento de los trabajadores del transporte. En las sucesivas disputas entre la Federación Internacional Sindical y las "secretarías sindicales", que la Federación quería sujetar totalmente a su control, siempre se mostró partidario de la independencia de las Secretarías y mantuvo con éxito su posición. Logró construir la Federación Internacional del Transporte como la más activa de las "Internacionales Sindicales" y obtuvo un gran número de partidarios devotos en muchos países. En los años veinte, destacó la necesidad de la unidad obrera como medio de conservar la paz; pero, después del surgimiento del nazismo, su principal idea fue organizar la resistencia

de la clase obrera en todo país donde fuera posible. Apoyó activamente a los austríacos en su larga lucha contra Seipel y el Heimwehr y después se entregó a la causa de los republicanos españoles, durante la Guerra Civil. En 1938 fue presa de una seria enfermedad y después trabajó con crecientes dificultades. En 1939, cuando amenazaba estallar la guerra, trasladó la sede de la Federación Internacional del Transporte a Londres; pero, dos años después, aceptó una invitación de la Confederación Mexicana de Trabajadores para ser su huésped hasta que se recuperara. Finalmente, a fines de 1942, murió en México de un ataque cerebral. Fimmen no fue sólo un notable dirigente sindical, sino también un pensador socialista distinguido. Su libro, *Labour's Alternative: the United States of Europe or Europe Limited* (1924) fue un vigoroso ataque al capitalismo internacional y un alegato por la acción unificada de los trabajadores contra aquél. En muchos discursos y folletos expuso vigorosamente las razones en favor de la unidad obrera como el único camino para construir un sistema mundial seguro y pacífico y controlar el poder creciente del capitalismo en gran escala como fuerza internacional. Aun aquellos con quienes peleó respetaban su sinceridad y dedicación y aprobaron su esfuerzo infatigable por establecer la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte como una fuerza internacional sólida. Pero Fimmen no llegó más allá que otros dirigentes que adoptaron una posición centrista entre el ala derecha y los comunistas, para lograr la unidad que deseaba y en favor de la cual laboraba. Fue, en el movimiento sindical internacional, una figura más bien solitaria, que cayó de uno en otro problema, en sus esfuerzos por oponerse a la parálisis que parecía afligir, en su opinión, a los sindicatos occidentales.

DINAMARCA

En Dinamarca, más aún que en Holanda, el socialismo, antes y después de la guerra, fue esencialmente un movimiento reformista. Al estallar la guerra, los socialdemócratas poseían 32 diputaciones en la Cámara Baja, de un total de 149; pero, junto a los radicales, con los cuales habían cooperado estrechamente en un intento por quebrar el poder de la Cámara Alta reaccionaria, tenían una mayoría sustancial en la Cámara Baja y acababan de lograr, por primera vez, una mayoría también en la Cámara Alta. En parte como deferencia a las opiniones de la Segunda Internacional, no habían entrado en gobiernos burgueses; pero esto no había impedido que apoyaran plenamente a esos gobiernos contra la derecha. La victoria electoral de 1913 dio la oportunidad de reformar la Constitución; y, en 1915, una nueva ley electoral estableció el sufragio universal para hombres y mujeres por igual,

y un sistema de representación proporcional. Esta ley no entró en vigor hasta 1918. Entretanto, bajo la tensión de las condiciones bélicas, los socialistas habían modificado su política anterior r^rmitiendo a su dirigente, Thorvald Stauning (1873-1942) la entrada en el gabinete radical, donde fue ministro hasta 1920. En Dinamarca ni la Revolución rusa ni la alemana produjeron una manifestación importante de sentimiento en las izquierdas, aunque un pequeño Partido Comunista, sin influencia, hizo su aparición. En las elecciones de 1920, los socialistas elevaron su representación en la Cámara Baja a 48 miembros. Cuatro años después, lograron 55 asientos y, aunque sin una mayoría, formaron un gobierno socialdemócrata, con Stauning como Primer Ministro. Este gobierno permaneció en el poder dos años. Fue entonces sustituido por una coalición de sus opositores; pero, tres años después, en 1929, los socialistas, aumentando su representación a 61 miembros, formaron nuevamente gobierno, esta vez con tres radicales entre los ministros. Pudieron, con la ayuda de los radicales, poner en vigor una importante legislación laboral, agraria y social y permanecer en el poder hasta que los alemanes ocuparon Dinamarca en 1940. No trataron, sin embargo, de introducir el socialismo, ni siquiera de avanzar en una dirección claramente socialista, a no ser que se considere socialismo defender a los "humildes" contra las exacciones de los terratenientes y monopolistas, sostener el derecho de huelga, mantenerse en buenas relaciones con los sindicatos y hacer adelantos importantes en la legislación social hacia el Estado benefactor. En un país predominantemente agrícola, con un alto nivel de vida y un movimiento rural de cooperativas muy bien organizado, no había mayores perspectivas, sin duda, de apoyo popular para otra cosa. La característica más señalada de la política socialista danesa era el pacifismo, que iba hasta la oposición al mantenimiento de fuerzas armadas más allá de un pequeño cuerpo de guardias fronterizos. El intento de poner en vigor esta política cae fuera, sin embargo, de la etapa que se analiza en este capítulo. En los años inmediatamente posteriores a 1918, los daneses marcharon sin problemas en medio de un mundo trastornado, aunque no se escaparon de la depresión mundial que se manifestó a fines de 1920. Internacionalmente, participaron en la Conferencia de Berna de 1919 y se adhirieron sin vacilaciones a la Segunda Internacional.

SUECIA

Suecia, en lo interno, experimentó muchos más problemas. Como vimos, hasta 1914 el socialismo sueco no había dejado mucha huella en el mundo, aunque Hjalmar Branting (1860-1925), su dirigente, ya

había surgido como una figura importante de los Congresos socialistas internacionales. En 1914, el movimiento obrero sueco estaba todavía en proceso de recuperarse del serio retroceso producido por la huelga general de 1909, que se había traducido en una gran pérdida de miembros para el partido y los sindicatos por igual.[2] Políticamente, sin embargo, esta pérdida había sido más que compensada con la Ley de reforma electoral de 1909, que había introducido el sufragio general masculino (pero no el femenino) y había permitido a los socialdemócratas convertirse, por primera vez, en un poderoso partido parlamentario, con 87 asientos de 230 en la Cámara Baja. Habían sido y seguían siendo un Partido constitucional moderado; y, en noviembre de 1914, después del estallido de la guerra, declararon su deseo de participar, una vez terminado el conflicto, en un gabinete de coalición, para la reconstrucción. Un ala izquierda dentro del partido se opuso vigorosamente a esa decisión y la tensión continuó hasta que en 1917, antes de la Revolución bolchevique, los críticos se separaron para formar un Partido Socialista Independiente. Branting, mientras tanto, había participado en el intento de convocar la Conferencia de Estocolmo de 1917. Aunque vigorosamente partidario, como el resto del partido —y, prácticamente, toda la nación—, de la neutralidad sueca en la guerra, Branting fue considerado generalmente como un fuerte partidario de los aliados, mientras que los partidos de la derecha eran, en general, germanófilos. Las simpatías pro-aliadas de Branting fueron un factor en la enajenación del ala izquierda, que adoptó la línea de Zimmerwald y después la de Kienthal y rechazó todas las formas de cooperación con los burgueses liberales, durante y después de la guerra. La cuestión de la coalición se planteó efectivamente en medio de la guerra. El gobierno conservador cayó en la primavera de 1917 y, después de algunos meses de incertidumbre, las elecciones generales del otoño llevaron al poder a los liberales, encabezados por Nils Edén, después que el intento del rey de formar una coalición de todos los partidos había fracasado. Edén ofreció a cuatro socialdemócratas, incluyendo a Branting y al barón Erik Palmstierna (n. 1877), puestos en el gabinete; y la oferta fue aceptada, aunque Branting renunció pronto por razones de salud. Así, en los años críticos de 1917 a 1920, Suecia tuvo un gobierno que incluía a una minoría de socialistas; y este gobierno completó el proceso de la reforma electoral otorgando el sufragio a las mujeres y estableciendo el sufragio universal para la elección de ambas Cámaras.

"Cuando las elecciones de 1917 el Partido Socialista ya se había

[1] Véase vol. IV, p. 158.

dividido. En las elecciones, el Partido Socialdemócrata aumentó su representación a 86 miembros y los socialistas independientes lograron otros 12. Encabezados por Cari Lindhagen (1876-1950), alcalde de Estocolmo y por Zeth Hdglund (1884-1956), antiguo dirigente de la Juventud Socialista, una quinta parte de los miembros del Partido Socialdemócrata se separó para formar un nuevo partido, que estableció enseguida estrechas relaciones con los bolcheviques rusos y, especialmente, con Bujarin, quien había vivido en Estocolmo. Siguiendo las orientaciones rusas, los socialistas independientes adoptaron el nombre de "Partido Comunista" y fueron de los primeros miembros del Comintem. Hóglund permaneció a la cabeza del Partido Comunista sueco hasta 1924 y parece que, al principio, no encontró defectos a la política del Comintern. Pero pronto se convenció de que la posibilidad de una revolución próxima en la Europa occidental había desaparecido y se volvió cada vez más reacio a seguir las directivas centralizadas del Comintern. Los problemas culminaron en el quinto Congreso del Comintern, en 1924, cuando Hoglund se negó abiertamente a obedecer órdenes, advirtiendo que la nueva política trazada para la lucha contra el "oportunismo" dentro del movimiento comunista reduciría rápidamente, en caso de aceptarse, a todos los partidos comunistas occidentales a la categoría de impotentes. A la rebeldía de Hóglund, que siguió a la de los noruegos dirigidos por Martin Tranmael en 1923,[3] se respondió excluyéndolo del partido; pero arrastró consigo a cerca de la tercera parte de sus miembros. Los demás siguieron con nuevos dirigentes, con Karl Kilbom (h. 1885) como figura principal; y, lo que resulta bastante sorprendente, el partido aumentó efectivamente su fuerza hasta que los nuevos dirigentes, a su vez, tuvieron dificultades con el Comintern y se separaron en 1930, quedando sólo un grupo minoritario, encabezado por Hugo Sillen (n. 1892) fiel al organismo de Moscú. Esta vez, la mayoría de los miembros, que siguieron a sus dirigentes al separarse éstos del Partido Comunista oficial, establecieron un Partido Comunista Independiente. Esta situación duró hasta 1937, cuando la mayoría de los comunistas disidentes entraron, por fin, en el Partido Socialista.

La división de 1917, aunque controló el desarrollo del Partido Socialdemócrata, no evitó que éste acrecentara su fuerza rápidamente en los años siguientes. Branting presidió la Conferencia Internacional de Berna, de febrero de 1919, y desempeñó un papel principal en la reconstrucción de la Internacional de derecha. Entonces, en marzo de 1920, los miembros liberales y socialistas del gabinete disputaron acerca de la reforma fiscal. El gobierno de Edén renunció y Branting,

[3] Véase p. 72.

aunque no poseía una evidente mayoría, formó su primer gabinete totalmente socialista, que se mantuvo en el poder por sólo unos meses. Los conservadores volvieron entonces al poder y se sostenían cuando se pradujo la depresión de posguerra. El efecto de esta depresión fue una inclinación electoral hacia la izquierda; y, después de las elecciones generales, efectuadas en el otoño de 1921, Branting pudo formar su segundo gabinete de minoría, enteramente socialista, dependiente de nuevo del apoyo liberal. El principal problema al que había que hacer frente era el subsidio a los desempleados, en el que se gastaban gruesas sumas, especialmente en salarios para las obras de auxilio creadas por el gobierno. En abril de 1923, el gabinete de Branting no satisfizo a la mayoría del Riksdag acerca de las condiciones en que debía hacerse el subsidio y los conservadores volvieron al poder. Al año siguiente sufrieron a su vez una derrota en el Riksdag en lo referente a su política de defensa y, en octubre, Branting formó otro gabinete socialista. Su salud, sin embargo, fallaba y murió en febrero de 1925, sustituyéndolo como Primer Ministro Richard Sandler (n. 1884), también socialdemócrata.

Hjalmar Branting había sido, la figura principal en el movimiento socialista sueco casi desde un principio.* A lo largo de su carrera había sido un moderado —un creyente convencido en el gradualismo y en el desarrollo ordenado por métodos parlamentarios. Estaba entre los que, en relación con la reconstrucción de la Internacional después de la guerra, insistieron más enérgicamente en el carácter inseparable del socialismo y la democracia parlamentaria y atacaron enfáticamente todas las formas de dictadura. Durante la guerra, como vimos, había sido un vigoroso partidario de los aliados contra Alemania, aunque no deseó que Suecia se convirtiera en beligerante. Hijo de un profesor acomodado, Branting había entrado en el movimiento socialista como afortunado periodista radical, con un interés activo por la reforma social; y, como tal, desempeñó un papel importante en la obtención del apoyo de los sindicatos para el Partido Socialdemócrata. Elegido para el Riksdag en 1897, como su primer representante parlamentario, quedó instalado seguramente como dirigente, mucho antes que el partido tuviera verdadera importancia como fuerza política. Aunque era socialdemócrata, no era marxista: fue durante toda su vida, principalmente, un radical reformista, con escaso o ningún interés por la teoría socialista ni por ningún aspecto del socialismo que fuera más allá del Estado benefactor. Dentro de estos límites, fue un partidario enérgico de la legislación social y laboral; capaz de mantener su opinión frente a cualquiera; pero ni contribuyó ni trató de contribuir con algo original

* Véase vol. IV, p. 151.

al pensamiento ni a la doctrina socialista. Fue, en efecto, el exponente arquetípico de ese "camino intermedio" que le valió al socialismo sueco tantos elogios en los círculos reformistas de entreguerras.

El gobierno de Sandler cayó del poder en junio de 1926, después de ejercerlo un año y medio. La causa de su derrota fue una combinación de los demás partidos contra él, por las condiciones que reglamentaban la distribución del subsidio de desempleo. Los liberales, a su vez, formaron entonces un gobierno de minoría, que proclamó una política de paz laboral y, en 1928, puso en vigor una ley que establecía el arbitraje obligatorio en las disputas laborales. No hubo, sin embargo, un cambio drástico en la política, especialmente en los asuntos internacionales; y B. O. Unden (n. 1886) que había sido Ministro de Relaciones Exteriores de Branting, siguió representando a Suecia en la Sociedad de Naciones. En las elecciones de 1928, los socialdemócratas tuvieron graves pérdidas, bajando de 105 asientos de 1924 en la Segunda Cámara (de un total de 230) a 90, mientras que los comunistas, que lucharon en esta ocasión bajo el nombre de "Partido Laborista", subieron de 4 a 8. Los conservadores asumieron el poder con otro gobierno de minoría, pero cayeron a mediados de 1930, cuando otra minoría, el Partido Popular, aceptó formar gobierno. En el otoño de 1930, los socialistas tuvieron importantes ganancias en las elecciones locales; y, dos años después, en las elecciones generales dé 1932, recobraron su fuerza, con 104 miembros en la Segunda Cámara, logrando de nuevo los comunistas 8 asientos. En estas circunstancias, los socialistas aceptaron formar gobierno, con Pen Alvin Hansson (1880-1946) como Primer Ministro, reasumiendo el poder en un momento en que la depresión económica mundial estaba en su punto más bajo. Empezó entonces el largo periodo de gobierno socialista moderado, muy elogiado, que duró hasta la segunda Guerra Mundial y permitió al Partido Socialista, con Ernst Wigforss (n. 1881) en el Ministerio de Finanzas, dar una impresionante demostración de capacidad financiera en el manejo de la crisis económica, sin recurrir a las tradicionales políticas deflacionistas. La historia de estos acontecimientos, sin embargo, debe corresponder a un futuro volumen.

NORUEGA

Noruega da el único ejemplo, en la Europa occidental, de un movimiento obrero que, después de la Revolución Rusa, se adhirió en bloque a la Tercera Internacional, tan pronto como ésta fue establecida, sólo para separarse también en bloque, en cuanto comprendió las consecuencias de sujetarse a la disciplina centralizada de ese organismo. En Noruega, hasta entonces predominantemente un país agrícola, fo-

restal y marino, el desarrollo industrial se había incrementado muy rápidamente en los años anteriores a 1914, con la secuela de un fuerte sentimiento contra el control de las empresas en desarrollo por capital extranjero. Hasta 1905, el movimiento obrero no había salido de sus inicios y la lucha por la independencia nacional había ocupado el primer lugar; pero después se había desarrollado rápidamente y, al mismo tiempo que aumentó su representación parlamentaria de 10 miembros en 1906 a 23 en 1912, tomó en gran medida una dirección sindicalista, con tendencia a considerar la huelga general como la mejor arma para realizar la revolución social. Pero los sindicalistas noruegos, en vez de negarse a asociarse con el Partido Socialista, se dedicaron a apoderarse de él y a convertirlo en un instrumento auxiliar de cambios sociales revolucionarios, en los que pensaba fundamentalmente el movimiento sindical.

En el movimiento obrero noruego, la figura principal fue el pintor de brocha Martin Tranmael (n. 1879), quien se destacó por encima de todos sus colegas en cualidades personales e influencia popular. Tranmael había vivido algún tiempo en los Estados Unidos, donde había estado asociado a los grupos que participaron en la constitución de los *Industrial Workers of the World.* De vuelta a Noruega en 1905, se estableció rápidamente como periodista y orador mostrando, además, una notable capacidad de organización. Radicando en Bergen, se convirtió en el dirigente de un movimiento de izquierda, que en 1912 se constituyó como grupo dentro del Partido Laborista y se dispuso a ganarse al partido para sus puntos de vista. Durante la guerra, Tranmael se construyó una posición de ascendencia casi indiscutible como dirigente de las huelgas y organizador del descontento popular, no sólo entre los trabajadores de la industria sino también entre los reservistas del ejército, que habían sido llamados a las armas y resentían profundamente el haber sido arrancados de su vida normal. Logró crear Consejos de Soldados, que cooperaron con los Consejos establecidos por los trabajadores; y, después de la Revolución bolchevique, Noruega parecía marchar apresuradamente hacia una revolución social, bajo la presión de las dificultades económicas de la guerra, que habían engendrado un espíritu extendido de rebeldía obrera. En 1918, el grupo de Tranmael pudo lograr el control del Partido Laborista, del que se convirtió entonces en secretario. La guerra terminó, sin embargo, antes de que la amenazante crisis llegara a su culminación; y el relajamiento correspondiente de la tensión interna en Noruega evitó un estallido revolucionario, pero no impidió que Tranmael y sus partidarios consolidaran su control sobre la mayoría del movimiento obrero noruego.

Cuando los bolcheviques convocaron a los partidos socialistas de

izquierda y a otros grupos revolucionarios para el congreso constituyente de la Internacional Comunista en Moscú, a principios de 1919, el Partido Laborista noruego, que había participado activamente en la Conferencia de Zimmerwald de 1915, respondió a la invitación y se convirtió así en uno de los miembros originales de la nueva Internacional. Tranmael y sus colaboradores, sin embargo, nunca fueron bolcheviques: eran socialistas revolucionarios, con una actitud esencialmente sindicalista, aunque no rechazaban, como la mayoría de los sindicalistas, la acción política parlamentaria, suponiendo que ésta se sometiera al control laboral revolucionario. Hay que tener en cuenta que Moscú, en esta etapa, apelaba en busca de apoyo contra los "socialpatriotas" y reformistas, no sólo a los elementos de izquierda de los partidos socialistas, sino también a los miembros de movimientos laborales revolucionarios, como el de los *Industrial Workers of the World,* y el de "*shop stewards* revolucionarios", aunque éstos se opusieran en general, vigorosamente, a la doctrina del "centralismo democrático" sostenida por Lenin y toda clase de dictadura. En las condiciones de 1918 y 1919, estos antagonismos fundamentales no se habían planteado todavía. Hasta el Tratado de Brest-Litovsk, los socialrevolucionarios de izquierda en Rusia, que tenían mucho en común con las ideas de Tranmael, fueron colaboradores de los bolcheviques en el gobierno soviético y Lenin, aunque insistía firmemente en su propia concepción de la estrategia revolucionaria, quería obtener el apoyo de todos los grupos de izquierda para la causa de la Revolución mundial. Los socialistas noruegos pudieron, pues, ir a Moscú sin comprometerse en ninguna forma con el leninismo: acudieron como simpatizadores sinceros de la causa de la Revolución proletaria, pero la interpretaban a su manera y no consideraban que debiera suponer, al menos en Noruega, la guerra civil en armas ni la aceptación del control centralizado de su estrategia por un organismo internacional autoritario. Tampoco aceptaron en la práctica, como miembros de la Internacional Comunista, las órdenes de ese organismo ni aceptaron expulsar a su ala derecha para convertir su Partido Laborista, de bases amplias, en un partido comunista firmemente disciplinado, bajo las directivas de Moscú. Fueron tolerados, no obstante, por el Comintern, que no quería perder al único movimiento socialista occidental que había acudido en bloque a su lado, contra los reformistas.

Naturalmente, había en la propia Noruega una importante minoría opuesta a la política de Tranmael y partidaria de la vieja ortodoxia de la socialdemocracia; y esta minoría tenía sus partidarios en los sindicatos, lo mismo que en el Partido Laborista. Al principio, sin embargo, los opositores de Tranmael no se separaron de la mayoría de izquierda. Tanto la derecha como la izquierda se negaban a dividir el movimiento.

laboral o políticamente; y, por algún tiempo, la minoría derrotada permaneció dentro del Partido Laborista y los sindicatos y soportaron la situación. Pronto, sin embargo, los políticos socialdemócratas más convencidos consideraron que la presión del consentimiento a la política de izquierda de Tranmael era demasiado grande para poder soportarla y, en 1920, un grupo parlamentario importante se separó y estableció un Partido Socialdemócrata Laborista Independiente, dirigido por Magnus Nilssen (1871-1947). En las siguientes elecciones generales, el Partido Laborista obtuvo 29 asientos y los socialdemócratas 8. Algunos de los antiguos dirigentes, sin embargo, especialmente en los sindicatos, se negaron a seguir a los separatistas y permanecieron dentro del Partido Laborista, con las bien fundadas esperanzas de que su adhesión al Comintern no se prolongaría. Entre los que adoptaron esta línea estaba el veterano de la Segunda Internacional, Christian Holtermann Knulsen (1845-1929), quien se retiró de la participación activa pero se negó a seguir a los socialdemócratas separatistas.

El partido de Tranmael, no obstante, se vio envuelto pronto en una seria disputa con los que controlaban al Comintern desde Moscú. Al principio las primeras dificultades surgieron por la acción del Partido Laborista noruego, que expulsó a algunos comunistas acusados de violar la disciplina del partido, es decir, la disciplina del partido noruego y no la del Comintern. Este organismo declaró entonces que no podían decretarse expulsiones sin su consentimiento y ordenó a los noruegos que recibieran nuevamente a los miembros excluidos. El Partido Laborista noruego, por una votación de 169 contra 103 en su Congreso, se negó a hacerlo, rechazando así la autoridad central del Comintern. Los delegados que habían sido enviados desde Moscú para asistir al Congreso noruego declararon entonces que el Comintern no reconocería en lo sucesivo al Partido Laborista noruego como miembro, sino que transferiría su reconocimiento a la minoría, que se separó del Partido Laborista para constituir un Partido Comunista independiente.

Por entonces Tranmael se había desilusionado por el curso de los acontecimientos en Rusia —sobre todo, por la supresión del levantamiento de Kronstadt, de marzo de 1921— y había dejado de creer que los bolcheviques rusos y sus partidarios tuvieran el derecho válido de sostener la causa del socialismo proletario, en un sentido que él, como partidario convencido de la democracia proletaria, pudiera aceptar. Pasaron dos años, sin embargo, desde el levantamiento hasta que la disputa con Moscú produjera el rompimiento definitivo. Sólo a principios de 1923 Tranmael logró expulsar a los partidarios del Comintern de sus posiciones de autoridad e infidencia dentro del Partido Laborista e inducir al Ejecutivo del partido a ofrecer una posición intransigente a la pretensión de Moscú de que tenía todo el derecho a interferir

en los asuntos del partido. Tranmael afirmó enérgicamente la opinión de que el partido noruego debía ser dueño de su propio terreno y rechazó así toda la doctrina centralizadora del Comintern. Finalmente, en noviembre de 1923, el partido, por una amplia mayoría, decidió abandonar el Comintern. La minoría pro-comunista estableció entonces un Partido Comunista que, en 1924, tenía suficiente fuerza como para obtener 6 asientos en las elecciones generales noruegas. Pero después su influencia fue disminuyendo rápidamente y; en las siguientes elecciones, sólo pudo lograr una diputación. Mientras tanto, en 1927, los socialdemócratas que habían abandonado el Partido Laborista en 1920 y se habían adherido después a la Internacional Laborista y Socialista volvieron a las filas del Partido, quedando los noruegos sin representación de las Internacionales rivales. No fue hasta 1938 que el Partido Laborista reunificado se afilió a la Internacional Laborista y Socialista, perdidas por entonces casi todas sus tendencias sindicalistas y sus puntos de vista revolucionarios.

Mucho antes, en 1928, el Partido, habiendo obtenido 59 asientos de un total de 159 en las elecciones generales el año anterior, había formado su primer gobierno minoritario, encabezado por Christian Hornsrud (1859-?) y había promulgado inmediatamente una amenazante ley sobre la distribución de la riqueza. Los demás partidos se habían unido entonces para derrocar al gobierno; pero éste volvió al poder tres años después, en 1932, con el antiguo trabajador ferroviario, Johan Nygaardsvold (1879-1952), como Primer Ministro. Este nuevo gobierno, formado por alianza aunque no en coalición con el Partido Agrarista, se contentó con una útil legislación social y pudo consolidar su posición y aumentar su control sobre el electorado. El recuento de estos acontecimientos pertenece, sin embargo, a un capítulo posterior de esta historia.

El caso de Noruega ilustra muy claramente las dificultades de aquella parte del ala izquierda socialista que simpatizaba profundamente con la Revolución rusa y estaba muy insatisfecha con el parlamentarismo reformista del ala derecha, pero no quería seguir el camino de Moscú ni aceptar la autoridad suprema del Comintern. Los socialistas noruegos, bajo la dirección de Tranmael, eran revolucionarios en el sentido de que deseaban la supresión del capitalismo, no por métodos gradualistas parlamentarios, sino mediante un levantamiento en masa de los trabajadores; pero nunca concibieron su Revolución en términos de una rebelión armada contra, el Estado burgués. Fueron siempre antimilitaristas decididos, opuestos al uso de la fuerza armada y enfrentaron una vigorosa oposición a todas las formas de gastos militares, abogando por el arbitraje universal como medio para resolver las disputas internacionales. Esta actitud afectó su concepción de la revolu-

ción. Confiaban, para el triunfo revolucionario, no en la guerra civil, sino en el arma de la huelga de masas, para lo cual necesitaban mantener unificado al movimiento obrero: eran, pues, enteramente contrarios a adoptar la estrategia de Moscú de lucha intensa contra el centro o siquiera de exclusión del ala derecha reformista de las filas del Partido Laborista. Su posición, no obstante, difería de la de la izquierda socialista de otros países porque ya controlaban firmemente al partido y los sindicatos cuando se creó el Comintern, de modo que entraron como miembros fundadores y no se les pudo imponer los Veintiún Puntos como condición para ser admitidos. Esto los capacitó para oponerse a los intentos del Comintern de forzarlos a la obediencia a su política de guerra contra el centro y les permitió retirar intactas sus fuerzas cuando las diferencias con Moscú no pudieron suavizarse ya. No constituían, sin embargo, un grupo lo bastante importante en el movimiento socialista mundial como para poder sostener en aislamiento una política revolucionaria, después de su rompimiento con Moscú; y, en consecuencia, se entregaron a una política reformista, no diferente en lo esencial a la de los otros países escandinavos.

Tranmael, quien dirigió el movimiento noruego en los años críticos de la guerra y la revolución, vive todavía y, aunque no hace ya política activa, es considerado aún como el "gran viejo" del socialismo noruego. Además de ser un notable organizador y dirigente de movimientos populares cuasirrevolucionario, fue un ardiente reformador social en muchos terrenos, incluyendo el de la temperancia en el consumo de bebidas alcohólicas; y su socialismo fue siempre fuertemente ético. Esto le sirvió para ganarse la simpatía de hombres y mujeres situados mucho más a la derecha en cuestiones económicas y políticas e hizo que su influencia persistiera después de la ruptura con los comunistas extremos. Estas cualidades, sin embargo, le impidieron ejercer —por otra parte— una influencia efectiva en el Comintern, mientras que su asociación con ese organismo le imposibilitó el contacto, en los años de posguerra, con los socialistas de izquierda, no comunistas, en otros países occidentales. Cuando el Partido Laborista noruego salió de la Tercera Internacional, el intento de constituir un camino intermedio para el socialismo, mediante la Internacional "Dos y Media" de Viena ya había sido abandonado, dejando a los noruegos aislados del movimiento internacional, aun después de perdida toda simpatía hacia el Comintern.

FINLANDIA

Hasta la Revolución bolchevique, Finlandia formó parte del imperio ruso, pero tenía su propia Dieta, que estaba en constante disputa con

las autoridades rusas en torno a la autonomía finlandesa. Había un gobernador ruso y tropas rusas estacionadas en el país al lado de los regimientos finlandeses que formaban parte del ejército ruso pero no podían, sostenían los finlandeses, ser llamados a servir fuera de su propio país. Hasta 1906 la Dieta finlandesa había sido elegida por un sistema de clases, que daba a los trabajadores y pequeños agricultores poca oportunidad de lograr una representación; pero, en el curso de la Revolución rusa de 1905-1906 aun esta Dieta se había reformado mediante la introducción del sufragio universal, que incluía a las mujeres, y de un gobierno de una sola Cámara; y el zar, presionado por la Revolución, se había visto obligado a aceptar el cambio. En las primeras elecciones bajo el nuevo sistema los socialistas, escalando una súbita prominencia, obtuvieron 80 diputaciones de un total de 200; y la nueva Dieta incluyó a 19 mujeres —las primeras en ser elegidas a un Parlamento— de las cuales 9 eran socialistas. La Dieta reformada procedió de inmediato a promulgar una legislación social altamente progresista; pero casi ninguna de estas leyes pudo entrar en vigor. La autocracia zarista, sofocada la Revolución en Rusia, la desautorizó y fue apoyada por la Duma reaccionaria designada después de la derrota revolucionaria. El gobierno ruso en 1909 y después en 1910 disolvió la Dieta de Finlandia y gobernó al país mediante sus leyes y *úkases*. Las organizaciones socialistas y sindicales establecidas durante la revolución fueron suprimidas y muchos de sus dirigentes enviados a prisión o al exilio. Desde 1910, la autonomía finlandesa fue definitivamente abrogada y la resistencia pasó a la clandestinidad.

La guerra, sin embargo, devolvió a los finlandeses cierta libertad por las crecientes dificultades del zarismo. También produjo un rápido desarrollo de las industrias bélicas y un renacimiento de la actividad laboral y socialista. Pero, al mismo tiempo, creó un nuevo problema serio cuando el gobierno zarista trató de hacer obligatoria la conscripción en las unidades militares rusas y obligar a los conscriptos finlandeses a servir fuera de Finlandia. En 1916, se efectuaron elecciones para una nueva Dieta y los socialistas ganaron una evidente mayoría —103 diputaciones del total de 200—. Se produjo entonces la primera Revolución rusa de 1917. Hasta este momento la Dieta finlandesa no había pedido aún la independencia plena de Rusia —sólo la autonomía total en los asuntos internos—. Pero al estallar la Revolución, los socialdemócratas se declararon por la independencia total y el Primer Ministro socialista, Oskar Tokoi (n. 1873), presionó al gobierno provisional ruso para que reconociera los derechos nacionales de Finlandia. Kerensky, en vez de otorgar la independencia, disolvió la Dieta finlandesa y trató de mantener el dominio ruso. En las siguientes elecciones, en octubre de 1917, los socialistas perdieron su clara mayoría, bajando

de 103 diputaciones a 96 y los demás partidos formaron gobierno sin ellos. Entonces los bolcheviques llegaron al poder en Rusia. En diciembre de 1917, la Dieta proclamaba la independencia de Finlandia y Lenin aceptaba de inmediato el derecho del país a separarse. En enero de 1918, el gobierno soviético reconoció formalmente a Finlandia como Estado independiente; y este reconocimiento fue debidamente incluido en el Tratado de Brest-Litovsk. Por entonces, sin embargo, Finlandia marchaba rápidamente hacia la guerra civil; porque, aunque existía una demanda general de autonomía, había agudas diferencias de opinión cerca del carácter de la política que debería seguirse después de la liberación. En general, las clases trabajadoras simpatizaban fuertemente con la Revolución rusa; pero las clases altas y casi toda la importante minoría sueca eran germanófilas y hostiles a las demandas obreras y populares. Mucho antes de terminar 1917, los trabajadores urbanos habían empezado a formar Guardias Rojas para realizar la Revolución, mientras que los antisocialistas, bajo la dirección del general Mannerheim, se habían dedicado a establecer una fuerza contrarrevolucionaria de Guardias de la Defensa, conocidos comúnmente como "Guardias Blancos", principalmente en los distritos rurales. Estas fuerzas rivales chocaron pronto. En enero de 1918, las Guardias Blancas lanzaron un ataque y los trabajadores de Helsinki instauraron un gobierno revolucionario en oposición al gobierno de la Dieta, posesionándose de la ciudad. En la lucha que siguió los Rojos fueron derrotados; pero los Blancos, conscientes de su incapacidad para gobernar el país por su propia fuerza, acudieron a los alemanes, quienes enviaron un ejército para ocupar Helsinki. El gobierno revolucionario huyó de la capital; y los Blancos se entregaron a un reino del terror, en el que se dice que perecieron 15 000 de sus opositores. Esta matanza se calificó de represalia por actos de terror cometidos por los Rojos durante su breve estancia en el poder. Esos actos se habían cometido, ciertamente, pero en una escala relativamente pequeña. Fueron los Blancos, no los Rojos, quienes se entregaron al terror en masa, incluyendo no sólo a los muertos sino a grandes números de personas encerradas en campos de concentración, en pésimas condiciones. Al mismo tiempo los socialistas —es decir, casi la mitad del número total de miembros— fueron excluidos de la Dieta, que había firmado un tratado con Alemania, en marzo, y procedió ahora a redactar una nueva Constitución que hacía de Finlandia una monarquía e invitaba a un príncipe alemán, Federico Carlos de Hesse, hermano político del Kaiser alemán, a asumir el trono. Federico Carlos aceptó; pero antes de que se decidiera a ir a Finlandia la guerra terminó, con la derrota de Alemania y nunca llegó a ser rey. En vez de ello, en diciembre de 1918, Mannerheim asumió el poder supremo como Regente y formó un gobierno, integrado

por igual con realistas y republicanos. Entretanto, en junio de 1918, había sido electa una nueva Dieta, con un registro de electores del que se excluyó a las clases trabajadoras; y fue esta nueva Dieta la que invitó a Federico Carlos de Hesse a aceptar el trono.

Ante la derrota alemana, los reaccionarios finlandeses tuvieron que reajustar rápidamente su política, para ganarse el favor de los aliados. Las fuerzas alemanas, bajo la jefatura de Van der Goltz, fueron retiradas y Mannerheim organizó a sus Guardias Blancas en una fuerza regular para el mantenimiento del orden. Se restablecieron algunas medidas de derechos constitucionales; y, en marzo de 1919, los trabajadores —con excepción de los que se encontraban aún en campos de concentración— pudieron votar en la elección de la nueva Dieta. Los socialistas ganaron 80 asientos, con los agraristas, en número de 42, como el siguiente partido en importancia. La Dieta, abandonando la idea monárquica, votó en junio de 1919 por instaurar la República en Finlandia y por un gobierno unicameral basado en el sufragio universal; pero permaneció en el poder una coalición antisocialista. Mannerheim hizo repetidas ofertas a las potencias aliadas de unírseles en su intento de intervenir en Rusia, primero apoyando a las fuerzas británicas en Murmansk y después reforzando al general Yudenich en su marcha sobre Petrogrado hacia fines de 1919; pero estas ofertas no fueron aceptadas. No fue hasta octubre de 1920 que el gobierno finlandés firmó un tratado de paz con la Rusia bolchevique; y, al año siguiente, la rebelión en Carelia contra la Rusia soviética puso nuevamente en peligro las relaciones. El gobierno finlandés llevó la cuestión ante el Consejo de la Sociedad de Naciones, después que la Corte Permanente de Justicia Internacional se negó a resolverla basándose en que Rusia no era miembro de la Sociedad. Pero los rusos permanecieron firmes, insistiendo en que Carelia era parte de la Rusia soviética y lograron aplastar la rebelión.

Desde los disturbios de 1918, los comunistas finlandeses se habían separado de los socialdemócratas. El Partido Comunista había sido disuelto legalmente en 1919; pero después volvió a la vida, tras la Ley de Amnistía promulgada por el gobierno de Vinnola en 1921 y pudo obtener 27 asientos en las elecciones generales de 1922, cuando los socialdemócratas se vieron reducidos a 53. Al año siguiente, el gobierno disolvió de nuevo al Partido Comunista, suprimió sus periódicos, y encarceló a la mayoría de sus dirigentes, incluyendo a 25 de sus 27 parlamentarios. Los comunistas acudieron, sin embargo, a las elecciones de 1924 y conservaron 18 diputaciones, mientras que los socialdemócratas aumentaron a 60. Al año siguiente, el gobierno de coalición antisocialista cayó del poder y Vainó Tanner (n. 1881), dirigente socialdemócrata y cooperativista, formó un gobierno minoritario ente-

ramente socialista, que logró promulgar una segunda Ley de Amnistía, que disponía la libertad de los que aún permanecían encarcelados por su participación en la guerra civil. Después que las elecciones de 1927 mantuvieron prác 'camente invariable la representación socialista y comunista, el gobierno socialista fue denotado en la Dieta y renunció. Los socialistas permanecieron después en la oposición hasta 1937 y, a partir de 1929, tuvieron que hacer frente al surgimiento del movimiento anticomunista, llamado "Lapo"; pero la historia de estos antagonismos posteriores dentro de la sociedad finlandesa se sale de los límites de este capítulo.

Lo que sí nos interesa ahora es la aguda y persistente división dentro del movimiento obrero y socialista finlandés, entre los que buscaban orientación en la Rusia soviética y los que, hostiles al bolchevismo, pensaban más bien en Occidente. La principal figura del comunismo fue Otto Kuusinen (n. 1881) quien, después de dirigir al Partido Socialista durante la guerra, fue dirigente de los comunistas en 1918 y, tras la derrota del gobierno revolucionario finlandés, se radicó en Rusia y se convirtió en figura importante del Comintern para reaparecer, en 1939, a la cabeza del gobierno popular finlandés, patrocinado por Rusia, durante la guerra ruso-finesa. Del lado socialdemócrata, la personalidad más notable era Váinó Alfred Tanner (n. 1881), quien encabezaba también el movimiento cooperativo-progresista finlandés. Tanner fue miembro de la Dieta, por primera vez, en 1907 y fue por algún tiempo Ministro de Finanzas en 1917 y Primer Ministro en 1927. Fue una figura notable de la Alianza Internacional Cooperativista. Siempre en el ala derecha del socialismo finlandés, y fuertemente hostil al comunismo, ejerció durante la etapa de entreguerras una influencia dominante en el Partido Socialista y en el movimiento cooperativista.

CAPÍTULO XVI

ESPAÑA Y PORTUGAL

España estaba en una situación de intenso fermento interior cuando la Guerra europea estalló, en agosto de 1914. La situación no era, por supuesto, nueva; pero la tensión había sido agravada por el reino de la violencia en Cataluña que había culminado en el "año sangriento" de 1909 y por las luchas relacionadas con los repetidos llamados de reservistas al servicio en la Guerra de Marruecos.[1] Los movimientos sindicales rivales —la Confederación Nacional (anarco-sindicalista) de Trabajadores (C.N.T.) y la Unión General (socialista) de Trabajadores (U.G.T.)— habían crecido rápidamente; y, en julio de 1914, la C.N.T., antes primordialmente una organización clandestina, había actuado por primera vez abiertamente al efectuar un Congreso Nacional.

Cuando estalló la guerra se hizo inmediatamente evidente que las simpatías españolas estaban agudamente divididas. La izquierda, en general, era favorable a los aliados, mientras que los conservadores y las clases altas eran, casi en bloque, germanófilos. Pocos, sin embargo, deseaban que España participara en la guerra, de uno u otro bando. En el Acuerdo de Cartagena, de 1907, se había establecido que, si surgieran circunstancias amenazadoras para el *statu quo* territorial en el Mediterráneo o en el noroeste de África, se realizarían consultas entre España, Francia y Gran Bretaña con vista a tomar las medidas acordadas. Pero estas consultas no tuvieron lugar y ni siquiera fueron solicitadas, llegado el momento. España permaneció neutral y pronto empezó a beneficiarse considerablemente por los pedidos de guerra, especialmente de Francia, pero también de Gran Bretaña y otros países. Después, cuando se desarrolló la guerra submarina, los españoles sufrieron considerables pérdidas de embarques; pero la neutralidad española nunca fue puesta en cuestión seriamente. Lo que ocurrió fue un agudo aumento en los precios internos, dando como resultado grandes penalidades para las clases pobres y una rápida extensión de las huelgas, especialmente en 1916 y 1917. En la primavera de 1916 la C.N.T. y la U.G.T. lanzaron campañas nacionales en demanda de una reducción del costo de la vida: hubo huelgas desordenadas en mayo por esta cuestión, en Madrid y en otros lugares, y en julio los ferroviarios declararon una huelga nacional, a la que se les unieron

i Véase vol. IV, p. 220.

los mineros de Asturias. El gobierno respondió a este movimiento declarando un estado de sitio, suspendiendo las garantías constitucionales y llamando a las armas a los huelguistas de los ferrocarriles. En noviembre, la C.N.T. y la U.G.T., presionadas por el sentimiento popular, salvaron temporalmente sus diferencias y entraron en un "pacto revolucionario", según el cual acordaban convocar conjuntamente a una huelga general, en protesta contra el alto costo de la vida. Se realizó, al mes siguiente, una huelga general de 24 horas.

El gobierno trató de controlar el creciente descontento con medidas intensificadas de represión policiaca; pero la inquietud continuó y, en marzo de 1917, hubo un nuevo y amplio estallido de huelgas y disturbios. La C.N.T. y la U.G.T. se unieron nuevamente para protestar contra las arbitrarias medidas del gobierno, pero no obtuvieron satisfacción. En julio de 1917 hubo otro estallido de huelgas en mayor escala que nunca; y, en agosto, la U.G.T., apoyada por la C.N.T, proclamó una huelga general revolucionaria en- todo el país. El gobierno respondió en octubre, arrestando a la mayoría de los dirigentes de la huelga y procesando a los que se consideró responsables de promover el descontento.

En este periodo, los socialistas y sindicalistas no eran, de ninguna manera, los únicos que ponían en cuestión la autoridad del gobierno. Desde mediados de 1916, el creciente descontento entre los oficiales del ejército condujo a la formación de los llamados "Comités de defensa", que desplegaron una creciente propensión a interferir en los asuntos políticos, exigiendo una reforma estructural del sistema de gobierno. Mientras los débiles gabinetes se sucedían unos a otros sin una firme mayoría en las Cortes, los partidos tradicionales se dividían cada vez más en facciones opuestas, y el rey manifestaba una creciente tendencia a suprimir cualquier gabinete que mostrara intenciones de afirmar su independencia, el sistema de gobierno en general fue perdiendo prestigio. Las elecciones no constituían un remedio; porque, como hemos visto, el sistema electoral estaba totalmente corrompido[2] y, aunque el poder del gobierno para manejar a voluntad las elecciones había disminuido, el único efecto de esto había sido producir un estancamiento político. En Cataluña, el centro donde estaba mejor organizado el descontento, la tradicional presión por la autonomía amenazaba convertirse en una demanda de separación e independencia totales y había una lucha continua por el poder entre las autoridades militares y civiles, así como entre las clases medias y los trabajadores, la mayoría de los cuales aceptaba la dirección sindicalista de la C.N.T. Ante este complejo esquema de grupos y facciones contendientes, pa-

2 Véase vol. IV, p. 211.

recia inminente un total quebrantamiento del gobierno. A fines de 1916, el gabinete liberal del conde de Romanones trató de disolver las juntas de oficiales e inclusive ordenó el arresto de sus dirigentes; pero el rey intervino y los oficiales arrestados fueron libertados y se les permitió reanudar la agitación. Romanones renunció en abril de 1917 y su sucesor, el conservador Dato, capituló virtualmente a las juntas. Esto provocó una serie de manifiestos de protesta de los socialistas, radicales de izquierda y republicanos, así como de los nacionalistas catalanes; y, en julio, los diputados catalanes efectuaron en Barcelona un mitin donde amenazaron convocar una asamblea extraoficial de todos los miembros de las Cortes si el gobierno no aceptaba convocarlas de inmediato. El gobierno replicó afirmando que semejante reunión sería considerada un acto de rebelión; pero la asamblea se reunió, a pesar de todo, en julio, con 68 diputados y senadores socialistas y de izquierda, pidió una revisión de la Constitución y creó tres comisiones para preparar informes que se presentarían a una Asamblea posterior.

Fue entonces cuando la C.N.T. y la U.G.T. proclamaron la huelga general revolucionaria de agosto de 1917. Había, pues, de hecho, tres revoluciones en gestación al mismo tiempo —la revolución militar de las juntas de oficiales, la revolución parlamentaria de los partidos políticos de izquierda y la revolución sindicalista de los sindicatos combinados. Estas tres revoluciones, sin embargo, tenían fines opuestos y de ninguna manera podían unirse para derrocar la estructura gubernamental existente. Los militares estaban dispuestos a desempeñar su papel suprimiendo a los huelguistas, pero no a colocar el poder en manos de los autonomistas de Cataluña ni de los políticos de izquierda. Los políticos de izquierda eran hostiles a las juntas militares y a los sindicalistas y anarquistas que dominaban la C.N.T.; y los sindicatos o, al menos, la C.N.T. —el más fuerte organismo sindical— eran extremadamente hostiles a los militares y despreciaban a los partidos políticos de izquierda. En esta situación, el poder real estaba en manos del ejército que, después de sofocar despiadadamente la huelga, obligó al gobierno conservador a renunciar. Un gabinete de coalición interino prometió celebrar elecciones libres para nuevas Cortes.

Las elecciones generales de febrero de 1918, no obstante, sólo lograron la prolongación del estancamiento político. Un "gabinete de talentos", constituido principalmente por ex Primeros Ministros, asumió el poder en marzo y duró hasta principios de noviembre, cuando fue derrocado por disensiones internas en el momento mismo en que los alemanes capitulaban ante, los aliados. La derrota alemana tuvo su efecto, naturalmente, en la situación política española, ya que pareció anticipar una paz basada en los principios wiísonianos y un fortalecimiento de las fuerzas de la democracia en Europa. Tras un breve

intervalo, el conde de Romanones volvió al poder como Primer Ministro y se trasladó rápidamente a París, donde se reunió con el presidente Wilson y regresó para enfrentarse a una nueva crisis política provocada por un agudo conflicto laboral en Barcelona. Ya en enero de 1918 se había producido una ola de huelgas en gran parte de España; y, en febrero, una huelga de los trabajadores de los servicios de energía en Barcelona (la huelga de "La Canadiense") se extendió primero a algunas otras industrias y, en marzo, se convirtió en una huelga general en toda Cataluña. Las autoridades civiles en Barcelona llegaron a un acuerdo con los huelguistas, otorgando casi todas sus demandas; pero los militares intervinieron entonces, expulsaron a las autoridades civiles y asumieron el control de la ciudad. Estos acontecimientos produjeron la caída del gabinete Romanones y, en los meses siguientes, un gobierno tras otro asumieron el poder sólo para verse obligados a renunciar presionados por los militares. Unas elecciones generales efectuadas en la primavera de 1919, en condiciones de estricta censura, no lograron producir, a pesar de que se recurrió a medidas de corrupción, una mayoría parlamentaria capaz de funcionar. Siguieron las huelgas y los patronos, que habían formado una fuerte asociación para resistir a los sindicatos, declararon una serie de *lock-outs* que produjeron grandes disturbios y nuevas intervenciones militares. En medio de estos trastornos, se proclamó la jornada de ocho horas por decreto real, en abril de" 1919, entrando en vigor en octubre; y, al mismo tiempo, los mineros del carbón obtuvieron la jornada de siete horas. También en octubre, un decreto real estableció en Cataluña una Comisión Mixta para la solución de las disputas laborales: se sucedieron las huelgas y *lock-outs* tanto en Cataluña como en otros lugares, acompañados progresivamente con actos de violencia, incluyendo algunos asesinatos.

En diciembre de 1919, la C.N.T., que representaba entonces a más de 700 000 miembros, efectuó una Conferencia Nacional en Madrid y decidió reorganizarse sobre una nueva base. En lugar de sindicatos representantes de oficios o industrias particulares, habría en el futuro, en cada localidad, un solo sindicato, o Sindicato Único, incluyendo a todos los oficios y subdividido en secciones, por oficios e industrias; y la misma C.N.T. debería convertirse en una federación de estos sindicatos locales, que ya se habían establecido en algunas regiones. La misma Conferencia de la C.N.T. adoptó una declaración de principios de carácter anarcocomunista y votó provisionalmente en favor de la adhesión a la recién fundada Internacional Comunista -que, debemos recordar—, había apelado en su Congreso de fundaión, a principios del año, a los sindicalistas revolucionarios y a los partidarios del comunis

en relación con estas decisiones, pidió el establecimiento en España de un "Gran Sindicato" que incluyera a todos los trabajadores y apeló a los sindicatos de la U.G.T. para que se unieran a ese organismo.

Mientras sesionaba la Conferencia en Madrid, se convocaba a otra huelga general en Barcelona como protesta contra los intentos de los patronos de discriminar a los activistas sindicales al concluir el *lock-out.* En respuesta a este estallido, el 6 de enero de 1920 el gobernador militar declaró disueltos a todos los sindicatos de la ciudad y arrestó a más de cien sindicalistas activos. Casi al mismo tiempo, estalló una revuelta dirigida por los anarquistas en las barracas militares de Zaragoza y fue sofocada sin piedad, fusilándose a siete de sus dirigentes. En los meses siguientes hubo más huelgas que nunca, generales y en determinadas industrias; y, en Barcelona y algunas otras ciudades, los patronos empezaron a organizar contrasindicatos en la esperanza de dividir las fuerzas de los trabajadores. En Junio, el Partido Socialista, hasta entonces moderado y reformista, celebró un Congreso Extraordinario en Madrid y decidió por 8 000 votos contra 5 000, con 2 000 abstenciones, en favor de participar en la Tercera Internacional, suponiendo que se lograran condiciones satisfactorias de admisión. Se designaron dos delegados para ir a Moscú, con el fin de negociar las condiciones. Pero, unos días después, el Congreso de la U.G.T., que generalmente seguía la línea del Partido Socialista, rechazó al Comintern y decidió, por enorme mayoría, adherirse a la Federación Internacional sindical de Amsterdam. Esto no evitó que la C.N.T. firmara, en septiembre de 1920, un nuevo pacto de alianza con la U.G.T.; pero esta alianza no duró mucho. Hubo otras luchas violentas en Barcelona entre los sindicalistas y los llamados sindicatos "libres", formados por los patronos; y los primeros crearon una nueva organización de Juventud Sindicalista, para responder a la violencia de los destacamentos de los sindicatos "libres". Martínez Anido, el recién designado gobernador civil de Barcelona, respondió arrestando a gran número de dirigentes sindicalistas, muchos de los cuales fueron deportados a Mahon, en las Islas Baleares, y suprimiendo las actividades de la C.N.T. Este organismo declaró entonces una huelga general, que a fines de noviembre se extendió a Madrid, Bilbao, Zaragoza y otras ciudades y, más tarde, a toda España. La U.G.T. colaboró primero con la C.N.T. pero, el 4 de diciembre, revocó la declaración de huelga en Madrid y Bilbao, provocando su fracaso en esas regiones. La C.N.T. denunció entonces el pacto con la U.G.T., a la que acusó de traición; y la huelga general fue terminando gradualmente.

Esta derrota produjo el fin de una etapa de intensa acción huelguista. Ante las severas medidas represivas contra la C.N.T., el año 1921 transcurrió relativamente libre de huelgas en gran escala,

aunque siguieron ocurriendo numerosos choques entre sindicalistas y anarquistas y sus adversarios. Ángel Pestaña, dirigente de la C.N.T., fue arrestado en Barcelona, a su regreso de Rusia, en diciembre de 1920; pero, al mes siguiente, los socialistas Fernando de los Ríos y David Anguiano pudieron informar al Consejo Nacional del Partido Socialista acerca de su misión en Rusia para negociar las condiciones de admisión al Comintern, con el resultado de que el Consejo rechazó los "Veintiún Puntos", por una votación de 9 contra 3. En abril de 1921, esta decisión fue confirmada en un Congreso Extraordinario del partido, que decidió en contra de la adhesión al Comintern, por 8.808 votos contra 6.025. El partido se dividió entonces, separándose la minoría para formar un Partido Comunista, bajo la dirección de Anguiano, Antonio García Quejido y E. Toralba Beci. Ese mismo mes la C.N.T., en ausencia de los miembros de su Comité Nacional y de otros que estaban en la cárcel, realizó en Lérida una Conferencia de delegados regionales que, bajo la influencia de Andrés Nin (1892-1937), Joaquín Maurín (1897-1937) y otros, decidió enviar una delegación a Moscú para el próximo Congreso de la Tercera Internacional; pero, en agosto, otra Conferencia efectuada en Logroño desautorizó este acto y, finalmente, en junio de 1922, después de terminado el estado de sitio y restablecidas las garantías, el Congreso en pleno de la C.N.T. votó la retirada del Comintern, reafirmó su oposición a la acción política y decidió participar en la Nueva Internacional Anarcosindicalista que estaba a punto de establecerse en Berlín, bajo la dirección de Rudolf Rocker. Así, los sindicalistas y la mayoría del Partido Socialista y la U.G.T. repudian la política de Moscú, que en lo sucesivo sólo sería apoyada por el pequeño Partido Comunista y algunos grupos sindicales, especialmente entre los mineros, a los que pudo separar de la U.G.T.

Entretanto, en julio de 1921, las fuerzas españolas en Marruecos habían sufrido un desastre militar en Anual y se habían visto obligadas a retirarse de toda la zona de Melilla. Esta severa derrota provocó una crisis interna. Un nuevo gabinete, encabezado por Antonio Maura, logró reunir y enviar a Marruecos un ejército de auxilio de 140 000 hombres; pero al reclutamiento de este ejército se opuso una amplia resistencia y surgió un gran clamor solicitando una investigación plena de las causas del desastre, que había sido el resultado, según se decía, de la mala administración y la corrupción en las altas jerarquías del ejército. Por otra parte, las juntas de oficiales echaron la culpa del desastre al Parlamento y resintieron agudamente la designación del general Picasso para redactar el informe oficial sobre el asunto. Frente a esta resistencia, el gobierno trató de disolverlos y sustituirlos con juntas oficiales, bajo el control del Ministro de la Guerra; pero

las juntas extraoficiales resistieron y obligaron al gabinete a renunciar. Subió al poder entonces un nuevo gobierno conservador, presidido por Sánchez Guerra, en marzo de 1922, y el Informe de Picasso fue sometido a una Comisión de todos los partidos, que a su vez redactó tres informes opuestos. Guerra hizo intentos de pacificación, restableciendo las garantías constitucionales y retirando al impopular Anido de la gubernatura de Barcelona; pero, cuando se debatieron en el Parlamento los informes opuestos, las discusiones terminaron con tales escenas de violencia que el gobierno cayó y los liberales, que habían salvado temporalmente sus diferencias, volvieron al poder y efectuaron, en abril de 1923, unas elecciones generales en las que los socialistas aumentaron su representación de 2 a 6, ganando 5 diputaciones en Madrid, especialmente como resultado de su vigorosa campaña contra la Guerra de Marruecos.

El gobierno liberal se vio pronto en dificultades, no sólo respecto a Marruecos, sino también con la Iglesia. Propuso modificar la Constitución para extender la tolerancia a otras religiones además de la católica. Esto produjo vehementes protestas de la Iglesia y el gobierno rápidamente retiró sus proposiciones. Entretanto, los debates acerca de la cuestión de Marruecos se habían reanudado y habían conducido a serias acusaciones contra .algunos políticos importantes y contra el rey, por intervención injustificada en asuntos militares y políticos. La situación financiera, en vista de los crecientes gastos bélicos, que el nuevo gobierno intentó reducir, era cada vez más grave; y las juntas de oficiales resentían cada día más las críticas dirigidas contra las autoridades militares. Cuando el Parlamento estaba a punto de llegar a sus conclusiones en el largo debate, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, actuando en connivencia con los conservadores de Cataluña, se levantó en armas contra el gobierno español y anunció la constitución de un directorio militar para asumir el gobierno del país. El Primer Ministro liberal, marqués de Alhucemas, quiso resistir; pero el rey se negó a apoyarlo y se vio obligado a renunciar. El rey aceptó entonces la autoridad del directorio militar de Primo de Rivera y llamó al mismo Primo para formar un nuevo gobierno. Primo de Rivera designó entonces un nuevo directorio militar, más amplio, que declaró al país en estado de guerra, sometió a la prensa a una estricta censura y prohibió todas las reuniones y manifestaciones políticas. Todos los gobernadores provinciales fueron separados de sus cargos y sustituidos por militares y las autoridades locales fueron severamente purgadas y colocadas bajo control militar. Al mismo tiempo, Primo de Rivera lanzó un manifiesto dirigido a las clases trabajadoras, anunciando medidas de reglamentación oficial de los salarios y las horas de trabajo. Los presidentes de ambas Cámaras del Parla-

mentó español acudieron al rey y pidieron la convocatoria a nuevas Cortes, de acuerdo con la Constitución; pero el rey simplemente trasladó su petición al directorio militar, que la rechazó como un intento de revivir un decadente sistema parlamentario que se había vuelto obsoleto.

Así España, en septiembre de 1923, tuvo su revolución, pero esta vez del ejército y no de los trabajadores, dando como resultado el establecimiento de una completa dictadura militar. La C.N.T. trató de hacer frente al golpe, declarando una huelga general; pero la U.G.T. se negó a participar. Hasta la primavera de 1924 la C.N.T., a pesar de la derrota de la huelga, pudo mantener una apariencia de organización abierta. El 4 de mayo de ese año efectuó una Asamblea extraordinaria de delegados en Sabadell, a la que acudieron 237 delegados; pero éste fue su último acto público bajo el Directorio. Ese mismo mes, el gobierno ordenó el arresto de todas sus principales personalidades, en un número superior a 200 y ordenó que sus organizaciones locales, los Sindicatos Únicos de cada región, fueran clausurados. Lo que quedó de la organización pasó a la clandestinidad, manteniendo una precaria existencia bajo la dirección de los anarquistas. Numerosos activistas escaparon a Francia, donde formaron un grupo llamado de "Los Treinta" y trataron de organizar una incursión armada a España. Marcharon, en efecto, sobre Vera, en Navarra, en noviembre de 1924, pero fueron fácilmente derrotados —en parte por agentes provocadores que se habían infiltrado en su grupo y delatado sus planes. Hubo también algunos pequeños levantamientos locales en España; pero no se ofreció a la dictadura una resistencia concertada.

La U.G.T., como vimos, se negó a cooperar con la C.N.T. en la huelga general de septiembre de 1923 y en general no sufrió las persecuciones que recayeron sobre los sindicalistas y anarquistas de aquella organización. Por el momento, la U.G.T. y los dirigentes socialistas consideraron que la discreción era la mejor muestra del valor y se plegaron a la tormenta. Eliminado el Parlamento, los socialistas habían perdido su representación en él; pero se sabían demasiado débiles para apelar a las armas con alguna posibilidad de éxito. Primo de Rivera estaba ansioso de evitar una oposición obrera sólida a su régimen y empezó pronto a hacer insinuaciones a los dirigentes moderados de la U.G.T. En diciembre de 1924, el Comité Nacional del Partido Socialista anunció públicamente su aprobación a la aceptación por Francisco Largo Caballero (1870-1946), dirigente de la U.G.T., del cargo de Consejero de Estado, bajo el directorio militar; y en lo sucesivo la U.G.T. siguió la política de aprovechar lo más posible la libertad que le otorgaba la dictadura. En mayo de 1925 el estado de sitio terminó y se restableció cierta libertad sindical, aunque no política, para los

sindicatos dispuestos a cooperar con la dictadura y abstenerse de toda actividad revolucionaria. Esta tolerancia no se extendió, por supuesto, a los sindicatos de la C.N.T., que continuaron su existencia clandestina y participaron en numerosas conspiraciones fracasadas contra la dictadura. Entretanto, el gobierno militar ponía en vigor algunas medidas destinadas a reglamentar las condiciones de trabajo y evitar el conflicto laboral. En agosto de 1926 publicó un nuevo Código del Trabajo; y, en noviembre de ese año, lanzó un decreto-ley estableciendo una organización nacional corporativa del trabajo, con facultades para resolver las disputas mediante un sistema de comités conjuntos de patronos y trabajadores. Casi al mismo tiempo, los anarquistas españoles se reunieron en un Congreso en Lyon y decidieron establecer una Federación Anarquista Ibérica, entre los exiliados residentes en Francia. A éste siguió un Congreso anarquista secreto, efectuado en la propia España, en Valencia, en julio de 1927, donde la Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.) quedó definitivamente constituida como una organización clandestina revolucionaria.

Por entonces Primo de Rivera trataba de establecer, no un Parlamento, sino una Asamblea Nacional, puramente consultiva, de 400 miembros para actuar como auxiliar civil del gobierno militar. Ofreció a los socialistas seis asientos en esta Asamblea, pero el Partido Socialista, en un Congreso efectuado en octubre de 1927, se negó a permitir que ninguno de sus miembros acudiera y los invitados declinaron la invitación. En septiembre siguiente, sin embargo, la U.G.T., en su Congreso de Madrid, decidió en favor de la representación de sus sindicatos afiliados a los organismos oficiales corporativos establecidos por el gobierno, a condición de que los representantes fueran libremente elegidos y obedecieran las instrucciones de los sindicatos en cuestión. Así continuaron las cosas hasta que, en enero de 1930, Primo de Rivera renunció a sus poderes dictatoriales y fue sustituido a la cabeza del gobierno por el general Berenguer, quien restableció primero las garantías constitucionales y proclamó una amnistía general para todos los presos por delitos políticos o sociales, pero aclaró rápidamente que en la práctica pensaba, en lo esencial, mantener el sistema de dictadura militar que Primo de Rivera había instituido siete años antes.

En estas circunstancias inclusive los dirigentes de derecha, que habían estado dispuestos a llegar a un acuerdo con Primo de Rivera fueron empujados a la rebeldía. Antes de terminar el año de 1930, Largo Caballero, junto con Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto, se habían prestado a una conspiración que tenía por objeto el derrocamiento de Berenguer y de la monarquía y el establecimiento de una República. Hechos públicos sus planes, fueron enviados a la cárcel —excepto Prieto, que escapó al extranjero—. Pero las fuerzas necesa-

rias para un levantamiento revolucionario ganaban fuerza rápidamente; y, al año siguiente, después que el almirante Aznar sucedió a Berenguer, se realizaron elecciones municipales en toda, España. Como siempre, se proclamó que los partidos del gobierno habían ganado la mayoría de los puestos; pero el hecho de que republicanos y socialistas habían triunfado en todas las grandes ciudades no pudo ocultarse. Estas victorias hicieron que el Comité Republicano, encabezado por Alcalá Zamora, que antes había llegado a un acuerdo con los autonomistas catalanes, presentara abiertamente una demanda de abdicación del rey y la formación de un gobierno republicano. El rey se negó a abdicar; pero, viendo que era inútil la resistencia, acordó dejar de ejercer sus poderes y abandonar el país, mientras se decidía la suerte de éste. Se efectuaron elecciones en condiciones de ,libertad y éstas dieron por resultado la vuelta de unas Cortes predominantemente republicanas. Zamora, conservador católico, formó un gobierno de todos los partidos, pero renunció al cargo un año después porque era opuesto a la política contra la Iglesia de la mayoría de sus colegas. El dirigente radical, Manuel Azaña, lo sucedió como Primer Ministro en octubre de 1931; pero los radicales de Lerroux se separaron pronto del gobierno, dejándolo en manos de los socialistas. Su suerte posterior, la redacción de la nueva Constitución española y el curso de los acontecimientos que llevaron a la revuelta militar en Marruecos, en 1936 y a la Guerra Civil de los años siguientes caen fuera del periodo al que se refiere el presente volumen. Dejamos a los españoles, libres por el momento de la monarquía y del dominio del ejército, tratando de establecer la unidad republicana sobre un país que había demostrado una y otra vez su incapacidad para trabajar unificadamente para un fin común.

La historia de España en los años inquietos de 1918 al golpe de estado de septiembre de 1923 es la de un país casi sin gobierno; pero, aunque un gabinete siguió a otro en rápida sucesión, ninguno pudo ejercer el poder efectivo contra los militares ni la Iglesia católica, ni contra los estallidos constantes de rebeldía obrera y campesina, ni las violentas medidas utilizadas por patronos y terratenientes para su aplastamiento. Cataluña, y sobre todo Barcelona, fue el escenario de violencias casi continuas, como en los años anteriores a 1914.[3] Se cometieron, año tras año y por ambas partes, muchos asesinatos y ataques a las personas y a la propiedad; y había numerosas bandas organizadas de matones, dispuestos a asesinar por dinero, de cualquier fuente. La policía de Barcelona se vio complicada en estos desórdenes e hizo uso amplio de los servicios de agentes provocadores; y la guarnición militar

« Véase vol. IV, pp. 219-20.

intervino, repetidas veces, para sofocar los desórdenes y atacar a los grupos sindicalistas y anarquistas, que nunca pudieron suprimir del todo. El nacionalismo catalán, dividido agudamente en un ala derecha y una izquierda, desempeñó un papel ambiguo. Los autonomistas derechistas catalanes, opuestos al sistema centralizado y pidiendo el restablecimiento de un Parlamento catalán autónomo, estaban dispuestos generalmente a invocar la ayuda del gobierno para suprimir los desórdenes sindicalistas y sus intentos por constituir sindicatos "libres" sumisos, en oposición a la C.N.T. Primo de Rivera, cuando dio el golpe de Estado como capitán-general de Cataluña, actuó con el apoyo de los autonomistas catalanes de derecha, que esperaban utilizaría su poder para satisfacer sus demandas. Pero las autoridades del ejército se mostraban, en general, fuertemente favorables a la centralización y Primo se vio pronto obligado a cambiar el tono y a insistir en el mantenimiento de un gobierno centralizado. En 1923, poco después del golpe de Estado, se había fundado en Barcelona un Partido Socialista catalán, bajo la dirección de Gabriel Alomar, pero no logró muchos partidarios por la fuerza del anarcosindicalismo en Cataluña y la política centralista del Partido Socialista español. Después de 1923 el centro del autonomismo izquierdista catalán se trasladó a Francia, donde el coronel Francisco Maciá (1859-1933) se dedicó a organizar la Esquerra como un partido de la izquierda burguesa. En noviembre de 1926, Maciá intentó un levantamiento, que fue sofocado; y después los autonomistas catalanes tuvieron que aguardar a la caída de la dictadura para poder reconstruir un movimiento poderoso.

De 1918 a 1923, España estuvo continuamente al borde de la revolución; pero ninguna fuerza, excepto la militar, era bastante fuerte ni estaba lo bastante bien organizada como para derrocar al Estado existente, a pesar de su evidente y hasta despreciable podredumbre. Había demasiados aspirantes rivales al poder, incapaces y sin deseos de unir sus fuerzas en un programa constructivo. Los partidos políticos rivales, basados en un sistema electoral totalmente corrompido y desprovisto de significación, no tenían poder real y no sostenían principios claros ni consistentes; el rey podía, pues, cambiar gabinetes a voluntad y utilizaba su autoridad de tal manera que un gobierno civil efectivo era imposible. El ejército, dominado por las juntas de oficiales de los regimientos, despreciaba totalmente a los políticos, resentía toda crítica de los civiles y se convirtió en un "Estado dentro del Estado", que el gobierno se vio absolutamente incapacitado para controlar. La Iglesia, seguramente atrincherada en su autoridad monopolizadora, no permitía que ninguna medida política disminuyera su poder y podía echar abajo a cualquier gobierno que se aventurara a discutir su monopolio. Las fuerzas de las clases trabajadoras estaban

divididas entre los socialistas centralistas, que eran también reformistas moderados, y los anarcosindicalistas, partidarios revolucionarios de la autonomía regional, que rechazaban toda forma de poder centralizado, aun dentro de su propia organización. El sindicalismo estaba dividido entre la C.N.T., a la que controlaban, y la U.G.T. anexa, de hecho, al Partido Socialista. Aunque estas facciones rivales se unieron una y otra vez contra el gobierno y los patronos, cada alianza concertada fracasaba casi de inmediato porque sus concepciones generales del sindicalismo eran diferentes. La U.G.T. sostenía el principio de sindicatos *nacionales* diversos para los distintos oficios e industrias, mientras que la C.N.T. mantenía el principio de plena solidaridad *local* a través del Sindicato Único.

Ante estas diferencias no había una posibilidad real de un movimiento obrero español unido, políticamente ni en el terreno laboral. Los antagonismos entre los movimientos rivales fueron mitigados sin duda, en la práctica, en cierta medida, por el hecho de que la C.N.T. y la U.G.T.," los anarcosindicalistas y los socialdemócratas tenían sus principales baluartes en diferentes regiones del país, siendo la C.N.T. y los anarcosindicalistas los más fuertes en Cataluña y en el sureste y la U.G.T. y los socialdemócratas en Madrid. Había, sin embargo, áreas de serio conflicto local —por ejemplo, Bilbao— así como amplias regiones donde ningún partido poseía una adhesión permanente y organizada. España, hay que tenerlo siempre en cuenta, era predominantemente un país agrícola, con sistemas muy variados de tenencia de la tierra y de cultivo, desde los grandes dominios, apenas cultivados, propiedad de las familias de terratenientes hasta los exiguos lotes de los agricultores de Galicia, con oasis de tierra fértil y una agricultura relativamente próspera en las regiones costeras del norte y este. Industrialmente, la única región ampliamente desarrollada era la de Cataluña: en el resto del país había sólo pequeñas zonas industrializadas —las regiones mineras del norte y el suroeste, el distrito metalúrgico centrado en Bilbao y algunas concentraciones más locales. Madrid no era un gran centro industrial. Había mucha población artesanal en las ciudades, que practicaban oficios en pequeña escala; pero Cataluña, que había atraído mucha mano de obra inmigrante de otras áreas, era el centro indiscutible de la industrialización desarrollada, dependiente de toda España para su mercado y sirviendo de principal fuente de capital nacional para la inversión. Si se hubiera producido una revolución proletaria en España, Cataluña y, sobre todo, Barcelona, hubiera desempeñado el papel principal. Había, sin embargo, muchas dificultades en el camino para que Cataluña se pusiera a la cabeza de un levantamiento revolucionario nacional. En primer lugar, los catalanes no estaban unificados acerca de la clase de revolución que querían hacer.

Un grupo ponía en primer lugar la demanda de autonomía: de un Parlamento catalán que estableciera la autonomía regional; pero ni siquiera en torno a esta cuestión estaban unidos los autonomistas. Los industriales que dominaban el ala derecha querían la autonomía, pero de ningún modo la separación del resto de España porque esto podría costarles el mercado preferente y su posición de principales proveedores de inversiones en el desarrollo económico español en general. Los autonomistas más radicales eran menos influidos por estas consideraciones económicas; pero aun ellos, en su mayoría, querían la autonomía regional más que la independencia total. Eran federalistas, más que nacionalistas extremos, basados en el pleno derecho a la autodeterminación.

Este punto de vista federalista de los autonomistas de izquierda era compartido por los dirigentes de los trabajadores catalanes afiliados a la C.N.T. y a su representante regional —la "Solidaridad" del movimiento obrero catalán. La C.N.T., no obstante, estaba dominada por anarcosindicalistas, opuestos a todas las manifestaciones de Estado y de gobierno parlamentario y, en consecuencia, eran apenas menos hostiles a un Parlamento puramente catalán que a un Parlamento de toda España y al aparato del gobierno civil y militar. Los dirigentes de la C.N.T. querían la autonomía de Cataluña; pero querían que se ejerciera, no a través de un Parlamento, sino mediante una estructura de comunas locales basadas en la libre asociación de trabajadores y campesinos, sin un Estado autoritario por encima, en posición de mando. Pensaban en una revolución que libertara a Cataluña, en este sentido, como una revolución de toda España, en la que trabajadores y campesinos de toda España hicieran causa común contra sus opresores y eran hostiles a un nacionalismo puramente catalán que los aislara de sus compañeros rebeldes en otros lugares de España. No había, por ello, posibilidad de unidad entre los autonomistas burgueses de Cataluña y los trabajadores que aceptaban la doctrina anarcosindicalista —tanto más cuanto que los autonomistas de derecha eran los opositores más directos en la lucha de clases local que hacía de Barcelona la ciudad más turbulenta de Europa. Había, además, contracorrientes aun entre los trabajadores de Cataluña; porque muchos de ellos no eran catalanes, sino inmigrantes de otras regiones del país y no estaban influidos por las influencias culturales puramente catalanas que desempeñaban un gran papel en el movimiento autonomista catalán.

Aunque los trabajadores industriales hubieran estado unidos, no sólo en Cataluña, sino en toda España, no hubiera podido producirse una revolución social triunfante, sin el apoyo de los campesinos. Los campesinos, sin duda, estaban preparados en muchas regiones del país a rebelarse ante cualquier señal oportuna; pero estaban preparados

para revueltas puramente locales, provocadas por agravios locales más que para la revolución en escala nacional. Los oradoras y organizadores anarquistas podían incitarlos una y otra vez a rebelarse; pero no había manera de organizados para la acción común en zonas más amplias ni de relacionar sus movimientos locales en una forma duradera a los movimientos del proletariado urbano. Además, las regiones menos propicias a la rebelión eran aquellas donde las condiciones agrícolas eran mejores que en otras partes, por razones económicas y porque la influencia de la Iglesia era mayor entre los campesinos más prósperos.

En estas circunstancias, la revolución proletaria tenía poca o ninguna oportunidad de éxito. Sólo podía haber sido, en la etapa analizada en este capítulo, una revolución anarcosindicalista; porque los socialdemócratas no eran realmente revolucionarios y los comunistas que se separaron de ellos eran entonces una facción casi despreciable. Pero los anarcosindicalistas, a pesar de su control en Barcelona y otras regiones de España, principalmente en el este y en el sur, no estuvieron nunca en posición de ponerse a la cabeza de una guerra civil española efectiva. Su misma hostilidad a todas las formas de control centralizado era un serio obstáculo para ello; y su relativa falta de fuerza en Madrid era también un obstáculo formidable. Eran lo bastante fuertes como para reducir a España a una situación de ilegalidad, pero no para derrocar a ninguna de las dos grandes fuerzas centralizadas que les cerraban el camino: el ejército y la Iglesia. El ejército era, como lo demostraron los acontecimientos, la única fuerza capaz de imponer la ley al país entero, una vez que sus jefes hubieran decidido tomar el poder en sus propias manos; y en España el ejército significaba los oficiales y no los soldados rasos. Hubo ocasiones, sin duda, en que los soldados hicieron el intento, en determinados lugares, de afirmarse como fuerza revolucionaria —por ejemplo, en Zaragoza, en enero de 1920—; pero estos levantamientos eran puramente locales y fueron fácilmente suprimidos. La acción continua del ejército estaba en manos de las "Juntas de defensa" de los regimientos, que crearon tantos problemas a sucesivos gobiernos, durante la prolongada crisis de Marruecos. Estas juntas, sin embargo, eran en sí más una fuerza obstaculizadora que una fuerza revolucionaria constructiva: sólo cuando Primo de Rivera y la mayoría de los altos jefes militares se pusieron a la cabeza del movimiento fue derrocado por fin el gobierno civil y severamente reprimido el otro movimiento revolucionario de los anarcosindicalistas.

Así, aunque en 1919 el proletariado español parecía estar a punto de aliarse al Comintern y de aceptar la jefatura rusa en la causa de la Revolución mundial, semejante conversión no estuvo nunca, real-

mente, en el tapete. El sentimiento contra cualquier forma de dirección autoritaria centralizada era demasiado fuerte para ser superado; y la C.N.T. retrocedió tan pronto como se vio frente a frente con la pretensión de Moscú de determinar la política y la organización por encima de los revolucionarios españoles. En efecto, el Comintern encontró más amigos entre los socialdemócratas no revolucionarios que entre anarquistas y sindicalistas; porque los socialdemócratas favorecían la centralización y eran inmunes a la "enfermedad infantil del izquierdismo" que Lenin denunciara tan claramente. Pero, aunque la socialdemocracia española más que el anarquismo suministrara los miembros del nuevo Partido Comunista español, encontró muy pocos seguidores en esta línea como para que pudieran constituir una amenaza efectiva contra el gobierno o los dos principales movimientos obreros del sindicalismo y el Partido Socialdemócrata reformista.

En estos años, muchos de los principales dirigentes del movimiento obrero de preguerra murieron. Anselmo Lorenzo, notable veterano activo en los días de la Primera Internacional, murió en Barcelona, en noviembre de 1914. Francisco Mora, vicepresidente e historiador del Partido Socialista, murió en 1924 y Pablo Iglesias (n. 1850), su fundador y dirigente, al año siguiente. El escritor anarquista Ricardo Mella (n. 1861), murió también en 1925. Entre los dirigentes socialistas que sustituyeron a Iglesias y a Mora estuvieron el profesor Julián Besteiro (¿-1940), de la Universidad de Madrid, Francisco Largo Caballero, la principal figura de la U.G.T., el periodista Indalecio Prieto, que ocupaba la principal posición en Bilbao, y otro profesor, Fernando de los Ríos, que se convirtió en el principal teórico del partido en relación con la agricultura. Los anarcosindicalistas, a pesar de su actividad, no dieron un dirigente notable, con excepción de Ángel Pestaña, quien desempeñó un papel importante en las negociaciones con el Comintern. Entre los que se afiliaron al comunismo por aquel tiempo, Andrés Nin y Joaquín Maurín, relacionados más tarde con el P.O.U.M., eran figuras importantes y David Anguiano, Antonio García Quejido y E. Toralba Beci fueron los principales en el establecimiento del Partido Comunista.

PORTUGAL

En Portugal, donde la Revolución de 1910 había derrocado a la monarquía y establecido lo que pretendía ser una República constitucional, se sucedieron los golpes de Estado y las insurrecciones precipitadamente en los años siguientes; pero el socialismo no tuvo mucho que ver con esto. El pequeño Partido Socialista pretendía haber tenido una existencia continuada desde 1876, pero jamás había ejercido una

influencia importante. El movimiento sindical fue de mayor importancia, especialmente después de 1918; pero estaba dominado por el anarcosindicalismo, y no había muy buenas relaciones entre el anarcosindicalismo y el Partido Socialista. La fuerza de este último residía principalmente en el norte del país, especialmente en Oporto, la segunda gran ciudad y, aparte de Lisboa, el único centro urbano considerable. En Lisboa los socialistas tenían muy poca fuerza y la Unión Sindicalista que dominaba, a través del Partido, con Alfredo Franco como su secretario en los años veintes, tenía allí su sede. El principal órgano del Partido, *República Social,* editado por Joaquín de Silva, se publicaba en Oporto.

En las confusas luchas por el poder entre monárquicos y republicanos y entre republicanos conservadores, demócratas y radicales, los sindicalistas entraron en escena a veces como aliados de la izquierda burguesa; pero los socialistas trataron con mayor frecuencia de permanecer al margen. Las elecciones parlamentarias, que fueron frecuentes hasta que el general Carmona se estableció como dictador después de la derrota de la insurrección radical de 1926, fueron una y otra vez desvergonzadamente burladas por el gobierno en el poder; y el sufragio, nominalmente sufragio general masculino, fue reducido a una simple fracción por la imposición de una prueba de alfabetismo, que excluía a la mayoría de los trabajadores y a casi todos los campesinos que constituían la gran mayoría del pueblo. Ante estas condiciones, como en España, el anarcosindicalismo fue la respuesta instintiva del núcleo mayoritario de los trabajadores industriales, cuando respondieron de alguna manera. En su mayoría, sin embargo, la lucha prosiguió entre los políticos y las facciones rivales en las fuerzas armadas; y éstas derrocaron una y otra vez a los gobiernos e hicieron caer del poder a los presidentes electos mucho antes de cumplir sus mandatos. Se creó un Partido Comunista durante la excitación de la posguerra de 1919, pero éste adquirió poca fuerza. Con el advenimiento de la dictadura en 1927-28, la actividad sindical fue sujeta a la prohibición legal de las huelgas. Bajo la República, las finanzas se mantuvieron en perpetuo desorden y la inflación produjo grandes dificultades entre los campesinos y los trabajadores industriales.

CAPÍTULO XVII

RUSIA DESDE LA "NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA" HASTA EL PLAN QUINQUENAL

La etapa de la guerra civil en Rusia —1919 y 1920— es descrita generalmente como la del "comunismo de guerra", cuando todo debía subordinarse a las necesidades del Ejército Rojo y a la necesidad de asegurar un suministro suficiente de alimentos para las fuerzas armadas y los habitantes de las ciudades, para evitar la disolución del régimen soviético. Cuando terminó la guerra civil con la derrota definitiva de Wrangel en los meses finales de 1920, se hizo necesario considerar sin demora cómo habían de modificarse la estructura del gobierno y el control para adaptarla a las tareas de la consolidación y el desarrollo internos. Los problemas inmediatos, enormemente urgentes, eran disminuir el descontento agudo entre los campesinos, que no había llegado a convertirse en una rebelión en forma sólo porque los Blancos se habían hecho aún más odiosos para los campesinos que los bolcheviques que requisaban alimentos, y restablecer la producción en el campo y en las industrias que habían sufrido duramente bajo el impacto de la guerra civil. Era imperativo encontrar la manera de inducir a los campesinos a producir más alimentos y a suministrar más para el consumo en las ciudades, sin proseguir las drásticas requisaciones practicadas durante el comunismo de guerra y empezar a construir una estructura económica que hiciera posible proceder rápidamente a la industrialización haciendo al mismo tiempo lo posible para suministrar más bienes de consumo que intercambiar por productos alimenticios y agrícolas.

Había también el problema, íntimamente relacionado con éste, de lo que debía hacerse con el Ejército Rojo o, más bien, con la parte de éste que no se necesitaba ya para el servicio militar inmediato. Durante la guerra civil había sido necesario reclutar dentro del Ejército Rojo a gran número de militantes del proletariado industrial, aun al precio de un serio debilitamiento del frente laboral; y estos elementos del Ejército Rojo habían sufrido pérdidas considerables durante la lucha. El Ejército Rojo, sin embargo, había servido también como importante campo de entrenamiento para nuevos reclutas del comunismo, procedentes de la masa del campesinado y se había convertido, no sólo en una fuerza altamente eficiente y disciplinada, sino en un gran instrumento potencial de la propaganda y la administración comunista. Había que decidir si debía licenciarse a la parte del ejército de la

que podía prescindirse para el servicio militar, permitiéndosele integrarse a la masa general de la población o si debía mantenerse tal como estaba, empleándose en algunas de las urgentes tareas de la reconstrucción civil y quizá, además, colocar a los miembros del Ejército Rojo que habían demostrado ser capaces y dignos de confianza en posiciones claves en la organización civil —especialmente en los sindicatos.

Trotsky, el principal creador y jefe del Ejército Rojo, se mostró en esta situación como partidario de la segunda de estas políticas. Quería conservar intacto al Ejército Rojo y utilizarlo para la ejecución de grandes empresas civiles bajo la disciplina militar; y propuso también que los hombres del Ejército Rojo fueran reclutados en grandes contingentes para la administración y, especialmente, para puestos claves en los sindicatos, para fortalecer el sistema administrativo y asegurar que los sindicatos se convirtieran en auxiliares valiosos del gobierno soviético y del Partido, para realizar las tareas urgentes de la reconstrucción económica. Trotsky no dudó en proponer esta "militarización" en el terreno de las grandes empresas de reconstrucción económica ni en desear imponer a los militantes del Ejército Rojo en los sindicatos, aun en contra del deseo de los dirigentes y los miembros de los sindicatos. Pensaba en la utilidad de los grandes y disciplinados "ejércitos laborales" para las tareas inmensas de la reconstrucción de la devastada estructura del transporte —líneas ferroviarias, puentes, caminos, canales— y desconfiaba mucho de los sindicatos, donde mencheviques y socialrevolucionarios ejercían todavía una considerable influencia y donde se exigía entonces enérgicamente el "control por los trabajadores" y la democracia interna, una vez aflojada la presión de las condiciones bélicas. Además, aunque había terminado la guerra civil, era en su opinión demasiado pronto para afirmar que no iba a necesitarse toda la fuerza del Ejército Rojo para una futura lucha, cuando no para resistir a nuevas rebeliones o a intervenciones en la misma Rusia, para ir en ayuda de la Revolución, cuando ésta estallara en otros países —por ejemplo, en Alemania.

De hecho, esta política de Trotsky fue rechazada. Lenin mismo se enfrentó a ella, aun antes de que anunciara la "nueva política económica", en marzo de 1921. Se utilizó considerablemente durante un tiempo a las unidades del Ejército Rojo para urgentes labores civiles; pero no se hizo intento alguno por colocar a los hombres del Ejército Rojo en posiciones clave, ni en los sindicatos ni en la maquinaria administrativa —aunque, por supuesto, muchos de ellos se abrieron paso a esos puestos—. En opinión de Lenin, la necesidad suprema, en las circunstancias de los primeros meses de 1921, era ejecutar una retirada estratégica de las rigurosas medidas que la guerra civil había impuesto al gobierno bolchevique, para aliviar el descontento campesino

y restringir dentro de más estrechos límites las responsabilidades directas del gobierno' en el terreno económico. La guerra civil, señalaba, había hecho inevitable que el Estado soviético asumiera plenamente el control de una parte mucho mayor de la economía de lo que hubieran deseado sus dirigentes y aun de lo que estaban en posición de . controlar eficazmente. El resultado inevitable había sido minar los incentivos a la producción, sobre todo en el campo, y someter a la industria a un régimen improvisado, altamente autoritario, que había traído consigo un desarrollo prodigioso de las prácticas burocráticas y de las evasiones a reglas totalmente incumplibles, por gerentes desconcertados, decididos a mantener en funcionamiento sus plantas, a cualquier precio.

La respuesta al problema planteado por la crisis económica general que se produjo al terminar la guerra civil fue la "nueva política económica", que empezó a introducirse por iniciativa de Lenin, en la primavera de 1921. La N.E.P. se inició, exclusivamente, como un paso destinado a aumentar los suministros de alimentos y a responder a las quejas de los campesinos; pero tuvo repercusiones inmediatas en otros aspectos de la economía soviética y se extendió rápidamente de la agricultura al comercio de todos los géneros, a la industria y, pronto, a los terrenos financiero y presupuestal. Su primera aplicación esencial, pero de gran alcance, fue la sustitución de las requisaciones de los excedentes de alimentos en el campo, obligadas por la guerra, por un impuesto fijo en especie sobre la producción agrícola, unido a la autorización a los campesinos para disponer de lo que les quedara, después de cubrir su propia subsistencia y pagado el impuesto, cambiándolo por productos industriales o de otra especie, que necesitaran y aun para venderlo a cambio de pago en dinero, en los mercados locales. El nuevo impuesto a la producción campesina se fijó en una tasa bastante inferior a la de las anteriores requisas para dejar a los campesinos, con una cosecha normal, excedentes considerables de los cuales pudieran disponer. Pero el propósito esencial era dar a los campesinos un incentivo económico para aumentar la producción, poniendo fin a un sistema que no había permitido tal incentivo. Se pensaba que las mayores cantidades de alimentos cambiados o vendidos por los campesinos serían un estímulo para la producción de bienes industriales que se les suministrarían a cambio y que contribuirían, así, a la recuperación industrial, lo mismo que a la agrícola. Se reconocía que la nueva política sería inevitablemente más ventajosa para los campesinos más acomodados, que estarían en la mejor posición para aumentar su producción y que podría tender, por ello, a aumentar la desigualdad rural y a consolidar la posición de aquellos campesinos menos simpatizantes de la política socialista o comunista; pero se creía que, en vista de la

necesidad urgente de producir más alimentos y de hacerlos asequibles a las ciudades, había que hacer frente a esta perspectiva —aunque supusiera un desagradable parecido con los esfuerzos de Stolypin por establecer una clase de campesinos acomodados como baluarte contra el socialismo después de 1905.

En el terreno industrial, también hubo que hacer frente a desagradables consecuencias. La industria en gran escala, con sus plantas severamente deterioradas por descuido durante la primera Guerra y la guerra civil, no estaba obviamente en posición de aumentar su producción rápidamente, para responder a una creciente demanda campesina. Se necesitaban amplias medidas de reconstrucción industrial e inversión de capitales para hacer esto posible; y había también seria escasez de materias primas necesarias, que debía superarse. La única manera en que podían aumentarse rápidamente, a corto plazo, las existencias de productos no agrícolas, era dando el mayor aliento a las formas de producción en pequeña escala que podían desarrollarse sin grandes costos de capital —es decir, especialmente la producción artesanal individual o la producción de pequeñas fábricas y grupos de productores cooperativos. Los bolcheviques, firmes creyentes en las ventajas de la industria en gran escala, lamentaban que se fortaleciera este sector de la economía; pero la necesidad los obligó, ya que era vano esperar que los campesinos aumentaran la producción si no podían obtener lo necesario, a cambio del excedente de su propio consumo. En consecuencia, en las primeras etapas de la "nueva política económica", se hizo el mayor esfuerzo por poner en juego a las cooperativas de artesanos y productores, como fuentes de suministros no agrícolas para los hogares campesinos.

La nueva política de trato a los campesinos empezó a funcionar demasiado tarde para dar plenos resultados en las siembras de primavera de 1921; y las esperanzas abrigadas fueron abatidas en un principio por el calamitoso fracaso de la cosecha de ese año. En gran parte como consecuencia de esta calamidad, los precios de los alimentos subieron agudamente, en relación con los precios de los productos industriales, que bajaron por una carrera competitiva por la venta, por parte de las empresas manufactureras. Esta competencia fue tanto más aguda cuanto que, como parte de la N.E.P., todo el sistema de financiamiento a la industria y de suministro a sus trabajadores de los medios de vida se estaba alterando radicalmente. Bajo el comunismo de guerra, las empresas industriales, con excepción de las más pequeñas, habían sido operadas como empresas estatales, extrayendo su capital activo del banco del Estado; y sus ganancias habían aumentado el presupuesto estatal, lo mismo que sus pérdidas lo habían disminuido. Además, los trabajadores habían recibido su remuneración, en su mayoría, no en forma

de salarios, sino de boletos de racionamiento, que les había permitido extraer sus medios de vida de agencias estatales, en relación con sus necesidades básicas más que con un cálculo del valor de su trabajo. Este sistema tenía efectos altamente igualitarios, pero no constituía un incentivo al aumento de la producción. Era el producto de una economía asediada, que no dejaba excedentes disponibles para la recompensa de capacidades o esfuerzos especiales.

Por otra parte, con la N.E.P., los trabajadores industriales dejaron de obtener las raciones de esta manera, para ser pagados por las empresas donde estaban empleados. Durante algún tiempo se les remuneró todavía principalmente en especie; pero estos pagos eran valorados a los precios predominantes de los productos en cuestión y lo restante se pagaba en dinero. Este cambio abría la puerta a una creciente diferenciación de los salarios. Pero, de inmediato, su efecto principal fue que las empresas industriales tuvieron que buscar la manera de pagar a sus trabajadores y no podían ya obtener simplemente lo que necesitaban para este fin de la Tesorería del Estado. Del mismo modo, tenían que conseguir las sumas necesarias para pagar las materias primas y el combustible y para cubrir otros gastos de funcionamiento necesarios. Se les ordenó pagar de sus propias utilidades, sin acudir al Estadyj en busca de financiamiento; y, aunque se estableció un nuevo Banco especial para el financiamiento de la industria, lo que podían obtener de él estaba estrictamente limitado de acuerdo con el nuevo principio de extraer a la industria del presupuesto del Estado y obligarla a reorganizar sus finanzas sobre una base comercial. El principio de "separación" de la industria del Estado —aunque las industrias siguieron funcionando como propiedad pública— fue proclamado; y la consecuencia inmediata fue una aguda escasez de capital, lo que obligó a las empresas industriales a vender sus existencias de productos terminados lo más rápidamente posible y a disminuir sus existencias de materias primas para cubrir sus pasivos.

Ante la aguda caída consecutiva de los precios relativos[1] de los productos industriales, las empresas industriales, obligadas a aportar sus propios capitales activos, recurrieron pronto a medidas de autodefensa colectiva. Se agruparon en grandes "trusts" y consorcios, que se dedicaron a impedir la venta competitiva a precios más bajos; y además, con todo el apoyo del Estado, se dispusieron a concentrar la producción en las fábricas más eficientes para reducir los costos. Muchas de las plantas menos eficientes fueron cerradas y algunas de las fábricas más pequeñas fueron arrendadas a cooperativas y hasta a personas priva-

[1] Sólo relativa, porque el rublo se depreciaba aún rápidamente a medida que el Estado seguía cubriendo su enorme déficit, recurriendo a las máquinas impresoras.

das, que reanudaron la producción como parte del nuevo sector privado establecido por la N.E.P. Como resultado de estas medidas, los precios relativos de los productos industriales subieron pronto: de hecho, la situación no tardó en invertirse, a medida que la producción agrícola se recuperó del desastre de 1921 y que las medidas tendientes a lograr una más alta producción en el campo para el mercado dieron los resultados deseados. En 1923 se produjo la crisis de las "tijeras": los precios de los productos industriales alcanzaron alturas relativas que destruían el poder de los campesinos para comprar los productos a la venta; y surgió una nueva crisis entre la ciudad y el campo, que amenazó a toda la economía soviética.

Por entonces los dirigentes de la Unión Soviética, que en las primeras fases de la Revolución habían prestado poca atención a la política monetaria o financiera y no habían podido cubrir los gastos de la guerra civil sin recurrir constantemente a la máquina de imprimir moneda, habían llegado a la conclusión de que se necesitaban medidas drásticas para estabilizar la economía, en el interior y en el exterior, y capacitar al Estado para cubrir sus gastos sin recurrir al inflacionismo en las finanzas. El intento de colocar a la industria fuera del presupuesto estatal, forzando a las empresas industriales a cubrir sus gastos había contribuido a ello, pero no bastaba. Era necesario, además, recaudar lo necesario en impuestos para cubrir los gastos del gobierno y la defensa y crear recursos para la inversión pública, bien mediante los impuestos o mediante préstamos de personas o instituciones capacitadas para ahorrar. Gregori Sokolnikov (1888-?), quien sustituyó a N. Kretinsky como Ministro de finanzas a mediados de 1921, se constituyó en el principal campeón de una vuelta a sólidos métodos financieros. Nuevos impuestos, directos e indirectos, se instituyeron bajo sus auspicios, y se obtuvieron préstamos de las instituciones soviéticas que tenían recursos para invertir y de individuos a los que les iba bien con la "nueva política económica". Sokolnikov se dedicó entonces a crear una nueva unidad monetaria, los chervonets, que representaban un valor en oro, destinados a ser ante todo un medio para el comercio exterior, pero además una forma monetaria interior menos susceptible a la depreciación que el antiguo rublo, que se depreciaba regular y rápidamente, al continuar la inflación. Al mismo tiempo, Sokolnikov se dispuso a reducir los gastos públicos mediante un análisis crítico de los costos administrativos y logró reducir enormemente el desequilibrio entre los gastos públicos y los recibos de la tesorería, así como forzar a la industria a tomar nuevas medidas de reducción de costos, mediante la drástica restricción del crédito. En efecto, Sokolnikov aplicó a la economía soviética muchas de las prácticas tradicionales de las finanzas ortodoxas del capitalismo, restableciendo el patrón oro y utilizando la

deflación financiera como arma para el control de las nuevas formas de empresa de negocios sancionada y, de hecho, impuesta por la N.E.P.

El comercio, como la industria, fue profundamente afectado por el nuevo sistema. Con el comunismo de guerra, el Estado había conservado su monopolio del comercio exterior —que había continuado bajo la N.E.P.— pero el comercio privado interior apenas había existido, salvo en la forma de "mercados negros" ilícitos, que el aparato del Estado era incapaz de controlar. Con la N.E.P. el comercio privado volvió a recuperarse. Al principio, la intención era que tomara la forma del intercambio directo de los productos agrícolas por productos industriales y que la compraventa por dinero se limitara estrictamente a las transacciones en mercados puramente locales. Pero, en la práctica, se demostró que era imposible mantener estas condiciones y la libertad de comprar y vender a los precios fijados por las condiciones del mercado tuvo que otorgarse, tanto para los excedentes de la producción agrícola como para los productos de la industria en pequeña escala. La economía de mercado saltó pronto, de ésta, a la empresa en gran escala. Las fábricas compraban sus materias primas e inclusive su combustible donde y como podían y disponían de una parte de su producción de la misma manera, aunque todavía debían dar prioridad a los pedidos de las agencias de consumo estatales y a las industrias de consumo de propiedad pública.

En estas condiciones, apareció rápidamente un nuevo tipo de comerciante privado —el comerciante-Nep—, que actuaba principalmente como intermediario entre vendedores y compradores y, con frecuencia, como agente para la obtención de suministros necesarios a las empresas industriales, especialmente cuando se trataba de algo más que transacciones puramente locales. Muchos de estos comerciantes-Nep pudieron obtener grandes utilidades y acumular considerables fortunas, que debían pagar impuestos al Estado y ser utilizadas en préstamos públicos. La Unión Soviética, con la N.E.P., volvió cada vez más a las prácticas de la industria y las finanzas capitalistas, con la diferencia de que las mayores empresas industriales eran de propiedad pública, que todo el comercio exterior estaba en manos del Estado y que el crédito era monopolio estatal y, además, que siempre quedó en poder del Estado la posibilidad de suprimir o modificar las condiciones dentro de las cuales se permitía funcionar a la economía de mercado. El resultado claro fue una forma modificada de capitalismo de Estado, calificado explícitamente de temporal y destinado a dar paso al socialismo de una u otra especie, tan pronto como los que controlaban el Estado se sintieran lo bastante fuertes para reanudar el avance interrumpido. Nunca se declaró claramente por cuánto tiempo continuaría la "nueva política económica" ni por qué medios se le pondría fin,

llegado el momento; pero Lenin, en todo caso, esperaba obviamente que durara algunos años.

La introducción de la N.E.P. tuvo grandes consecuencias para el movimiento sindical. Antes del comunismo de guerra se habían producido, como hemos visto, grandes diferencias de opiniones en relación con el papel de los sindicatos en la nueva sociedad y, especialmente, respecto a su relación con el Partido Comunista dominante. Una opinión había sido que los sindicatos debían mantener una posición independiente, como instrumentos contractuales de los trabajadores industriales, para negociar colectivamente con la administración de la industria socializada, de la misma manera que los sindicatos negociaban con los patronos en los países capitalistas, salvo que era de esperarse que las agencias de empleo soviéticas mostraran mucho más simpatía hacia las demandas obreras. Otra opinión había sido que, en efecto, no habría que discutir nada, ahora que la explotación de clase había sido suprimida; que los salarios y las condiciones de trabajo serían establecidas, en lo sucesivo, por el Estado soviético como representante de la clase trabajadora; y que los sindicatos debían convertirse en parte de la maquinaria del Estado y dedicarse principalmente a la administración de servicios de promoción del bienestar, en nombre del Estado, y a la colaboración con los administradores del Estado para hacer todos los esfuerzos posibles por elevar la productividad en interés de la sociedad entera. En medio de estas opiniones contrarias, había otras diversas acerca del papel que debían desempeñar los sindicatos y los trabajadores afiliados a ellos en la administración efectiva de las empresas industriales. Había, en las primeras etapas, considerables elementos anarquistas y sindicalistas en los sindicatos; y, en su mayoría, sostenían que en una sociedad de trabajadores debía confiarse a los trabajadores la administración de sus propias fábricas y talleres, directamente, a través de comités elegidos en las fábricas, o mediante sindicatos organizados sobre una base descentralizada, democrática, para dar a los trabajadores en general una verdadera oportunidad de participar en la administración y el control. En considerable medida, los partidarios de esta especie de "control por los trabajadores" tuvieron éxito durante las primeras etapas de la Revolución, cuando los gerentes, en su mayoría procedentes del viejo orden, se vieron obligados a actuar en gran medida bajo control de comités. Esta estructura improvisada, sin embargo, fue eliminada durante la etapa del comunismo de guerra, bajo el cual se otorgó a los gerentes la mayor autoridad para enfrentarse a la emergencia de la mejor manera posible.

Cuando terminó la guerra civil, ias viejas controversias se reanudaron prontamente. Se desarrolló una "oposición de los trabajadores", incluyendo entre sus principales demandas una reducción de la influen-

cia burguesa e intelectual en el Partido Comunista y en el aparato industrial de la sociedad soviéüca, así como autonomía y democracia interna en los sindicatos, en medida amplia. Las demandas de "democracia laboral" desempeñaron un papel importante en las huelgas de las fábricas de Petrogrado, que precedieron al levantamiento de Krons tadt de marzo de 1921; y elementos anarquistas hostiles al control centralizado y a la burocracia fueron de los prominentes instigadores del levantamiento.[2] Su supresión fue acompañada de duras medidas contra los anarquistas y anarcosindicalistas sospechosos en Petrogrado y en otros lugares. Estas medidas, sin embargo, no pusieron fin a las disensiones dentro del Partido Comunista, donde Alexander G. Shlyapnikov (1883-?), quien había sido Comisario de Trabajo en el gobierno soviético de 1917, aparecía como líder de una "oposición de los trabajadores", apoyada por la antes muy influyente Alexandra M. Kollontai (1872-1952), que publicó un folleto defendiendo la causa de la oposición. Esta oposición había cobrado forma, principalmente, como respuesta a la política adoptada por Trotsky como Comisario de Comunicaciones —un puesto que había asumido para resolver la urgente tarea de restablecer en los ferrocarriles una situación más eficiente—. Hacia fines de 1920, Trotsky había publicado un folleto exponiendo su política de colocar a los sindicatos bajo el control 'estatal y utilizarlos, con dirigentes designados por el Estado, como instrumentos para la promoción de programas estatales de reconstrucción económica. Esta proposición de "nacionalizar" los sindicatos había sido rechazada por la dirección del Partido Comunista; pero un Comité especial del Partido, el Comité de los Diez, en el que Trotsky se negó a participar, había emitido un informe que proponía, dejando a los sindicatos como organismos independientes, tomar medidas para asegurar su cooperación con el Estado aumentando la productividad, combatiendo el descuido y el absentismo y, en general, actuando bajo la dirección del partido para llevar a cabo los proyectos económicos del Estado soviético. En efecto, lo que se proponía era que los sindicatos, como los soviets y otras instituciones claves fuera de la maquinaria del Estado, fueran tan permeados por el Partido Comunista que llegaran a convertirse en los ejecutantes de su política, sin estar sujetos formalmente al partido ni al Estado.

La "oposición de los trabajadores" objetaba a esto tan enérgicamente como al plan de Trotsky de total incorporación de los sindicatos a la maquinaria estatal. Pero como el Comité de los Diez incluía a Zinoviev, Stalin, Kamenev, Mijail P. Tomsky (1880-1936), dirigente de la organización central sindical y el propio Lenin, la "oposición de los

[2] Sobre el levantamiento de Kronstadt, véase vol. V, pp. 194-5.

trabajadores" no tenía, obviamente, oportunidad de éxito. Fue, de hecho, eliminada y sus dirigentes fueron depuestos de sus posiciones de autoridad, aunque no liquidados como habría sucedido más tarde, después que el Partido proscribió toda forma de actividad "fraccionar. En 1921, el Partido Comunista todavía no había adoptado el molde monolítico del "centralismo democrático" que pronto habría de imponérsele. Estaba, por supuesto, totalmente comprometido a la idea de que, una vez que el Partido hubiera llegado a una decisión acerca de una política a seguir, todos los miembros tenían la firme obligación de cumplir esa decisión, estuvieran o no de acuerdo con ella. Pero todavía se permitía, mientras se decidía definitivamente una cuestión de política del partido, formar grupos para hacer propaganda en nombre de opiniones divergentes y buscar apoyo hasta el momento en que se tomara la decisión autoritaria.

Aunque la propuesta de Trotsky —"militarizar" los sindicatos y convertirlos, de hecho, en organismos estatales con dirigehtes no elegidos por sus miembros, sino designados oficialmente para asegurar su servicio leal— fue rechazada, la política adoptada se acercaba mucho más a la de Trotsky que a la de la "oposición de los trabajadores". Shlyapnikov y su grupo apoyaban la independencia de los sindicatos, del Estado y del dominio por parte de la maquinaria del partido. Querían que los sindicatos gozaran de democracia interna, en el sentido de ser gobernados por sus propios miembros con una gran descentralización respecto a los grupos locales y de las fábricas y, además? instrumentos directos de democracia proletaria, responsables en una sociedad de trabajadores de la conducta de la industria y ejerciendo un gran control sobre la administración. Representaban, en efecto, al elemento sindicalista o cuasi sindicalista, existente dentro del Partido Comunista, pero que estaba mucho más extendido entre los trabajadores fuera del partido —por ejemplo, entre los que habían sido partidarios de los socialrevolucionarios de izquierda y entre los pequeños, pero activos grupos anarcosindicalistas—. Los elementos mencheviques, todavía fuertes en algunos sindicatos, sostenían también la independencia sindical frente al Estado y al Partido Comunista, pero en su mayoría destacaban más la función de los sindicatos en los contratos colectivos en torno a los salarios y las condiciones de trabajo, que la demanda de "control por los trabajadores". Ambas cuestiones estaban, sin embargo, estrechamente ligadas; y, en ambas, la "oposición de los trabajadores" tuvo que enfrentarse a la fuerte hostilidad de los dirigentes bolcheviques, incluyendo al igual a los partidarios de Trotsky y a los de Lenin. Ambos grupos estaban absolutamente en contra de cualquier forma de "control por los trabajadores" disperso, que consideraban inconsecuente con la administración industrial eficiente y con la plani-

ficación económica coordinada dirigida por la dictadura del proletariado. Esta dictadura significaba, en su opinión, control centralizado por toda la clase obrera, ejercido a través de una firme disciplina centralizada; y consideraban cualquier sugestión de que el núcleo de trabajadores en una industria o establecimiento especial ejerciera autoridad sobre su funcionamiento, aunque fuera como depositario de la autoridad de la clase como un todo, como una especie de "fraccionalismo" o particularismo que abriría la puerta al egoísmo corporativo y destruiría toda posibilidad de una acción coordinada en favor de toda la sociedad proletaria. Aunque los elementos sindicalistas habían sido acogidos al principio como miembros del Comintern en su lucha contra la derecha y el centro socialistas, nunca había habido la intención de permitir que prevalecieran sus opiniones o que sobrevivieran siquiera. Habían sido invitados a participar en el Comintern con el objeto de absorberlos, convirtiéndolos al punto de vista comunista; y se había intentado colocarlos, lo más rápidamente posible, bajo la confiable dirección comunista. La Internacional Roja de Sindicatos y sus grupos constitutivos en los diversos países eran considerados por los comunistas, no como organismos independientes capaces de modelar por sí mismos su política, sino como auxiliares que debían ser controlados y manejados por el Comintern y, bajo éste, por los partidos comunistas nacionales. La realización de esta subordinación de los sindicatos a los partidos dio origen a grandes dificultades, sobre todo en Francia; pero en Rusia el Partido Comunista estaba en una posición lo bastante fuerte como para poder imponer su voluntad.

Los principales dirigentes, sin embargo, con excepción de Trotsky, no deseaban hacer formalmente de los sindicatos parte de la maquinaria estatal. Querían que permanecieran como organismos no gubernamentales y deseaban asegurar el control sobre ellos del Partido Comunista más que de los soviets o del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los sindicatos debían ser penetrados más que dominados porque era más probable, si conservaban su independencia formal, que fueran una verdadera ayuda en el impulso hacia una más alta producción y porque podrían ser utilizados, en esas condiciones, como poderosos instrumentos para la extensión de las ideas y la política comunista a todo el proletariado industrial. Había cierta ambigüedad y algunas dudas reales acerca del grado de independencia que debía dejarse a los sindicatos de acuerdo con este sistema —particularmente respecto a la medida de su libertad para contratar colectivamente los salarios con los organismos responsables de la dirección de la industria, en el plano nacional o en plantas industriales determinadas—. Esta cuestión crearía dificultades después y ocasionaría el desplazamiento de Tomsky de su posición a la cabeza del movimiento sindical. Pero en 1921 la República Rusa

Soviética no tenía aún un plan económico general que supusiera la determinación central de la cantidad del "fondo de salarios" ni de su distribución entre grupos y clases diferentes de trabajadores; y era posible aún proceder experimentalmente y dar a cada industria y grupo cierta oportunidad de luchar en favor de sus propios intereses mediante las negociaciones del contrato colectivo, aunque hubiera ya una fuerte tendencia a favor de la centralización de las más importantes funciones contractuales en manos de la Comisión Central Sindical. En esta etapa, la industria acababa de superar las condiciones del comunismo de guerra, durante el cual los trabajadores habían recibido sus ingresos principalmente, no en salarios, sino en raciones distribuidas por el Estado. Toda la estructura de los pagos de los salarios estaba siendo elaborada de nuevo, al exigirse a las industrias que se bastaran a sí mismas financieramente y que cubrieran sus propias nóminas de salarios; y los dirigentes comunistas, suponiendo que pudieran asegurar que los sindicatos quedarían bajo una complaciente dirección comunista, preferían otorgarles un papel importante en la elaboración de las formas de la nueva estructura salarial en conjunción con las autoridades responsables de la integración del plan económico general. En consecuencia, se dedicaron, más que a apoderarse de los sindicatos, a colocarlos más plenamente bajo el control del Partido Comunista, expulsando a los mencheviques y a otros elementos de oposición de las posiciones claves que ocupaban todavía y utilizando al máximo las células del partido dentro de ellos para asegurar el seguimiento de la política del partido. En esto tuvieron pronto tanto éxito que cualquier oposición futura sólo podía proceder, esencialmente, de miembros disidentes del Partido Comunista y no de grupos mencheviques o sindicalistas que rechazaban las concepciones comunistas del papel del sindicalismo en la sociedad soviética.

Un punto importante en la acusación formulada por la "oposición de los trabajadores" había sido que la "burocracia" estaba minando los fundamentos de la democracia proletaria, en el terreno económico y en el político y que los verdaderos proletarios, a quienes debía corresponder el control eran cada vez más manejados y molestados por funcionarios, algunos procedentes del antiguo régimen, que no eran trabajadores, sino intelectuales burgueses, impacientes ante las actitudes V opiniones de la clase trabajadora. Habría sido, en verdad, sorprendente que esta queja no hubiera encerrado mucha verdad. El gobierno soviético se había visto obligado, a partir de 1917, a improvisar una inmensa maquinaria administrativa para la cual no tenía personal adecuado al que recurrir; e, inevitablemente, había obtenido sus empleados donde pudo encontrarlos. La maquinaria económica, en especial, había sido nutrida en medida considerable por hombres que, ante la nece-

sidad de ganarse la vida dentro del nuevo orden, habían estado dispuestos a trabajar en cuestiones económicas para los bolcheviques, aunque no estuvieran de acuerdo con ello políticamente; y, entre los bolcheviques que se vieron promovidos rápidamente a posiciones de autoridad, había inevitablemente muchos sabelotodo demasiado dispuestos a abusar de sus recién adquiridas facultades. Además, la escasez extrema de casi todo lo necesario —de materias primas lo mismo que de productos terminados y componentes— había conducido a un aparato formidablemente elaborado de "controles" que degeneraron fácilmente en formas de "papeleo" exasperantes para los administradores en todos los campos y para los trabajadores, incapacitados así para realizar sus trabajos. Era natural culpar a la "burocracia" de estas dificultades y, sin duda, merecía muchas de las acusaciones. Pero, en la raíz del problema estaba la escasez, que no podía remediarse fácilmente.

De esta situación surgió una gran controversia acerca de si, para disminuir la escasez, tanto de bienes de consumo como de máquinas y materias primas necesarias para la industria, debían aumentarse las importaciones, a pesar de la gran dificultad para encontrar el medio de pagarlas. Las autoridades financieras, tratando de estabilizar la moneda en el exterior y en el país, eran naturalmente hostiles a estos proyectos e insistían en que las importaciones sólo podían aumentarse, a falta de préstamos extranjeros, si se producía un aumento paralelo en las exportaciones. Sólo se realizarían, sin embargo, mayores exportaciones si los campesinos podían ser impulsados a aumentar la producción para el mercado más allá de las necesidades de la población urbana; y esto era difícil porque una parte del aumento sería absorbido, por un aumento del consumo, por los campesinos mismos y porque los habitantes de las ciudades sufrían todavía de terrible escasez. Era evidente que, aunque las exportaciones agrícolas, especialmente de granos, pudieran reanudarse en gran escala, la exportación sería, no un excedente real, sino una negativa al mercado interior de lo que éste necesitaba urgentemente. El único problema era si esta necesidad, a pesar de su urgencia, debía ceder ante las necesidades aun mayores de productos industriales para intercambiar por productos agrícolas y maquinaria y materias primas destinados a revitalizar la producción industrial.

Esta cuestión de las importaciones y exportaciones se relacionaba estrechamente con el problema aún mayor de las relaciones económicas entre el campesinado y la población industrial —o, más bien, entre las demandas respectivas de la agricultura y de la industria en gran escala. La "nueva política económica", como vimos, se proyectó inicialmente como medio, sobre todo, para que los campesinos produjeran más; y los aspectos industriales y comerciales de la N.E.P. estaban des-

tinados a procurar más productos industriales para venderlos a los campesinos, a cambio de productos agrícolas. Con esto a la vista, se había subrayado el renacimiento de la producción artesanal en pequeña escala y de las industrias ligeras más que de las pesadas —porqut de esta manera se podían obtener más fácilmente resultados rápidos sin fuertes inversiones en nuevos instrumentos de producción, que economía en formación no estaba todavía en posición de asumir. Había parecido necesario, ante la crisis inmediata, posponer proyectos mayores de desarrollo industrial hasta superar la crisis "de las tijeras". Esta necesidad fue mal acogida, tanto porque suponía fortalecer la posición de los campesinos —y especialmente de los más prósperos entre ellos— como porque los bolcheviques estaban fuertemente convencidos de los superiores méritos de la industria en gran escala y sentían gran desprecio por la manufactura artesanal en pequeña escala que se veían obligados a patrocinar en su lugar. No deseaban fortalecer al artesano más que al elemento campesino en la sociedad rusa. Querían, lo más pronto posible, sustituir las pequeñas propiedades campesinas individuales por fincas industrializadas en gran escala; y estaban convencidos de que las perspectivas de la supervivencia de Rusia bajo el gobierno comunista dependían de su habilidad para equiparla con una estructura industrial moderna de producción en gran escala, cuyos cimientos debían echarse mediante un enorme y rápido desarrollo de las industrias pesadas.

A los bolcheviques, por tanto, les disgustaba profundamente la N.E.P. y la aceptaban sólo porque no podían evitarlo y en el entendimiento de que no sería más que temporal. "Temporal"; sin embargo, podía significar más de una cosa; y la cuestión de por cuánto tiempo duraría la N.E.P. se agudizó pronto. No pocos temían que el éxito mismo de la nueva política hiciera imposible su supresión, en vista del arraigo de la agricultura encaminada por los campesinos y de las crecientes funciones de los "comerciantes-Nep" y el predominio de la empresa privada en el comercio al detalle; y los que experimentaban más fuertemente estos temores empezaron pronto a solicitar que se pusiera un alto y se hiciera un nuevo esfuerzo por reanudar el avance hacia el socialismo. Surgió en particular la advertencia de que los campesinos, al superarse la crisis de las "tijeras" y al bajar los precios relativos de los productos industriales, podían recibir y dispendiar en consumo una proporción indebida del exiguo ingreso nacional y que debían tomarse medidas para corregir esto sin demora. Trotsky fue de los principales exponentes de una política de industrialización rápida para la cual era claro que los recursos sólo podían derivarse de una explotación intensiva de los campesinos —ya que los esfuerzos de la N.E.P. por atraer a inversionistas extranjeros, ofreciendo conce-

siones para promover el desarrollo industrial no habían dado resultados sustanciales. Era claro que Rusia —o más bien la Unión Soviética, que surgió a la existencia, formalmente, en diciembre de 1922— tendría que cubrir los gastos de la industrialización con sus propios y escasos recursos, al precio de reducir el consumo interno mientras se realizaba el cambio; y esto significaba, en la práctica, que la mayor parte de la carga tendría que caer sobre los campesinos, porque nadie más podía asumirla.

En estas circunstancias el economista E. I. Preobrazhensky (n. 1886) presentó una fórmula teórica que dio origen a una candente controversia. La idea que planteó fue la de una "acumulación socialista primitiva" correspondiente a la "acumulación primitiva" que había destacado Marx en su historia de las primeras etapas del desarrollo capitalista. La Unión Soviética, sostenía Preobrazhensky, debía extraer a los campesinos los recursos necesarios para la inversión industrial en la industria socializada y sólo por estos medios podía reanudarse eficazmente el avance hacia el socialismo. Bajos precios en los productos agrícolas, así como fuertes impuestos a los campesinos, eran, pues, indispensables como ayuda para el progreso socialista. Los que se oponían a las ideas de Preobrazhensky lo hacían, en su mayoría, no por simpatía hacia los campesinos —para quienes los bolcheviques, en general, sentían un gran desprecio—, sino porque temían que los campesinos pudieran derrotar las medidas propuestas, reduciendo su propia producción y reinstalando la misma crisis para poner fin a la cual había sido proyectada la N.E.P. Por el momento, estos temores eran lo bastante fuertes como para evitar que los dirigentes actuaran en gran escala, siguiendo las proposiciones de Preobrazhensky o de Trotsky. Se permitió que prosiguiera la N.E.P.; pero, en el terreno industrial, se inició no obstante un cambio de las industrias ligeras, en pequeña escala, hacia industrias pesadas, en gran escala, tan pronto como se consideró esto posible, sin provocar una nueva crisis agrícola. Cualquier intento de atacar al sistema campesino de producción individual, con excepción del inicio de grandes fincas estatales en tierras no cultivadas, fue diferido; y se siguió confiando, para una mayor producción agrícola, en el aliento dado por la N.E.P. a los campesinos medios, que constituían el grupo más numeroso y estaban en posición de contribuir en conjunto mucho más que los grandes campesinos, o *kulaks,* aunque éstos obtuvieran las mayores ventajas de la vuelta al "mercado libre".

Preobrazhensky había empezado a exponer sus puntos de vista ya en 1921, en la infancia de la N.E.P., y había sido muy criticado por ello por Lenin. Cuando volvió a la carga en 1923, con su teoría de la "acumulación socialista primitiva", Lenin, aunque todavía en vida, estaba prácticamente fuera de acción; y N. I. Bujarin (1889-1938) y

A. I. Rykov (1881-1938) reanudaron el combate, sosteniendo que la política de Preobrazhensky destruiría necesariamente la alianza entre trabajadores industriales y campesinos de la que dependía la supervivencia de la Revolución y podía conducir no sólo a un agudo descenso en la producción agrícola, sino a una gran rebelión rural. Por el momento, tuvieron la mejor parte en la discusión; pero, en efecto, las ideas de Preobrazhensky y de Trotsky fueron rechazadas, no por erróneas en sí mismas, sino sólo por prematuras. El Partido Comunista tenía todas las intenciones de impulsar el desarrollo de la industria pesada tanto y tan rápidamente como fuera posible; y era obvio que esto significaría exprimir a los campesinos para obtener los recursos necesarios. El único problema real era determinar si esta presión debía iniciarse de inmediato o debía demorarse hasta que el avance de la producción agrícola hubiera llegado lo bastante lejos como para permitir que los campesinos no experimentaran las intensas dificultades que les hiciera perder, inevitablemente, toda su buena voluntad y los inclinara probablemente a la resistencia activa. El intento de reunir la "acumulación socialista primitiva" fue diferido, aunque no abandonado. Habría de renovarse bajo el primer Plan Quinquenal y tendría su secuela en el futuro intento de sustituir el cultivo de campesinos individuales por la transición en masa a la finca colectiva. Apenas se había pensado en ésta, sin embargo, salvo en términos muy generales, en 1923, aunque ya en 1921 Preobrazhensky había destacado la importancia de un desarrollo rápido de grandes fincas del Estado para el cultivo de los granos y había insistido en que se invitara al capital extranjero a invertir en experimentos en gran escala de agricultura industrializada capitalista.

La etapa de aguda controversia sobre los efectos de la N.E.P. coincidió con la lucha por el poder que siguió a la incapacitación de Lenin y fue intensificada después de su muerte, en enero de 1924. Lenin hasta su forzoso retiro, había sido el dirigente indudable de la Revolución y el modelador de su política esencial. En 1921, después de terminada la guerra civil, había instaurado la N.E.P., casi impuesta por él, a un Partido que abrigaba muchas reservas, y que difícilmente habría sido impulsado a aceptarla, salvo por su suprema autoridad. Pero, después de Lenin (de hecho, a cierta distancia) Trotsky había sido la segunda figura importante, primero en los días críticos de 1917 y luego como creador del Ejército Rojo que había ganado la guerra civil. No sólo en el extranjero se habían unido los nombres de "Lenin y Trotsky", habitualmente, para designar a los líderes de la Revolución; porque nadie podía igualar ni acercarse a la influencia de Trotsky como orador y organizador sobre la masa de trabajadores y soldados revolucionarios. Fuera de Rusia, parecía casi natural que, desaparecido Lenin,

Trotsky lo sucedería en el primer lugar de la dirigencia; y este sentimiento era compartido, sin duda, ampliamente dentro de Rusia. No era abrigado, sin embargo, por importantes elementos de la *élite* bolchevique, entre los cuales muchos consideraban a Trotsky como un arribista, con un mal pasado de asociación con los mencheviques e intentos de actuar de "conciliador" entre bolcheviques y mencheviques —y, quizá, sobre todo, por no ser un "viejo bolchevique" con derecho, como tal, a participar en los frutos de la victoria bolchevique. El hecho de que Trotsky era judío contaba también, sin duda, en su contra, pero mucho menos entre los dirigentes bolcheviques que entre grandes sectores del pueblo; porque el antisemitismo, endémico por mucho tiempo en la sociedad zarista y muy utilizado como medio deliberado de desviar el descontento popular no era todavía, en los años veintes, una actitud marcada entre los partidarios de la Revolución, a pesar de la prominencia del elemento judío en el Partido Menchevique. Era principalmente por las demás razones ya advertidas que muchos "viejos bolcheviques" no estaban dispuestos a aceptar a Trotsky como líder en lugar de Lenin y no tuvieron dificultad en encontrar otras razones para objetarlo. Porque Trotsky, en el curso de sus prodigiosos esfuerzos por crear el Ejército Rojo, ganar la guerra civil y restablecer el sistema de transportes, con frecuencia no había medido sus palabras al hablar de algunos compañeros dirigentes a los que consideraba incapaces o equivocados; y era fácil acusarlo de tratar de construir un imperio privado a través del control del Ejército Rojo y aun de tener ambiciones cesaristas de convertirse en la cabeza de un régimen de dictadura personal. Esto se facilitó cuando Trotsky propuso, después de la guerra civil, utilizar al Ejército Rojo como principal instrumento de la reconstrucción civil, colocar a hombres del Ejército Rojo en posiciones claves en la administración y "nacionalizar" los sindicatos sujetándolos a dirigentes designados por el Estado, extraídos principalmente del Ejército Piojo.

Es improbable, me parece, que Trotsky abrigara efectivamente las ambiciones de las que se le acusó. Estaba entregado auténticamente, estoy seguro, a la causa revolucionaria y desprovisto de ambición meramente *personal.* Pero no toleraba fácilmente a los tontos ni siquiera el desacuerdo y se impacientaba con quienes, por buenas o malas razones, amenazaran con ponerse en su camino. Estaba acostumbrado a dar órdenes y a que fueran obedecidas; y gustaba de tomar decisiones rápidas, definitivas, sin esperar a consultar a aquellos afectados por ellas o que creían tener el derecho de ser consultados. Era imperioso y no tenía tacto; y estas cualidades, que lo habían mantenido en buena posición durante la lucha, se volvían ahora en su contra. Había podido trabajar con Lenin y bajo su jefatura porque, en última instan-

cia, respetaba profundamente el instinto revolucionario de Lenin y estaba dispuesto a ceder ante él, aunque estuviera en desacuerdo. Pero no estaba dispuesto a ofrecer semejante deferencia a nadie más: no era tampoco un hombre que pudiera trabajar fácilmente como colega con otros, en condiciones de igualdad. Era, por tanto, muy vulnerable a pesar de su enorme prestigio; e incluso mientras Lenin permaneció activo, los demás dirigentes se mostraron ansiosos de hacer lo posible por minar su influencia con Lenin y en los asuntos del Partido Comunista.

Hay que tener en cuenta también que Trotsky era, por instinto y por convicción, más un soviético que un miembro del partido. Hemos visto cómo, en 1917, subrayó el papel del Soviet de Petrogrado más que el del Partido Bolchevique como tal, en los preparativos del golpe de noviembre y cómo difirió de Lenin en esta cuestión.[3] No se afilió al Partido Comunista, como vimos, hasta el verano de 1917, cuando los Mezhrayonsti integraron su grupo al partido para preparar la segunda revolución; y sus primeras experiencias del partido en acción habían revelado las vacilaciones de muchos de sus dirigentes para responder a las demandas de Lenin de una acción revolucionaria. No había olvidado, de ninguna manera, estas experiencias, como lo demostró cuando escribió su célebre ensayo sobre Las *lecciones de octubre* en 1924 y como lo puso abundantemente en claro, en sus discursos y en sus actos en más de una ocasión. A Grigori Zinoviev (1883-1936), dirigente del Comintern y principal figura de los comunistas de Petrogrado, Trotsky lo despreciaba obviamente como un hablador de la revolución, cuyas enérgicas palabras escondían una enorme timidez en momentos de crisis. L. B. Kamenev (1883-1936), era considerado también por él como demasiado cuidadoso y apocado; y, entre Trotsky y Stalin, nuevo secretario del Partido Comunista, había habido un abismo por sus respectivos temperamentos desde el momento de su primer contacto. Este antagonismo sería, en su momento, el más importante; porque sería Stalin quien habría de surgir como rival de Trotsky para asumir la jefatura y el control después de la muerte de Lenin y Stalin pudo utilizar primero a Zinoviev y Kamenev como sus aliados para lograr la caída de Trotsky y luego eliminarlos cuando dejaron de serle útiles. El verdadero César de la Revolución rusa sería José Stalin (1879-1953), no Trotsky; pero habría hecho falta una notable premonición para imaginarlo, siquiera como un peligro potencial, cuando murió Lenin.

Inmediatamente después de la Revolución bolchevique, el cargo de Stalin había sido de Comisario de Nacionalidades —un puesto que le

[3] Véase vol. V, p. 86.

había permitido conocer bien a las personas claves en las regiones bajo dominio soviético alejadas de los acontecimientos diarios de Petrogrado y de Moscú, los principales centros de discusión del partido y de determinación de la política general. En 1919, fue llamado por Lenin para desempeñar otro puesto que lo puso en contacto aún más estrecho con. todos los aspectos de la nueva maquinaria del gobierno y la administración. Fue el cargo de Comisario de Inspección de Trabajadores y Campesinos, o "Rabkrin": órgano especial creado por Lenin con el fin de combatir las tendencias burocráticas, sometiendo todos los aspectos de la administración a la vigilancia continua de miembros de confianza del partido, trabajadores o campesinos, autorizados a intervenir en cualquier terreno para la corrección de abusos tales como la ineficacia burocrática o la corrupción. En la práctica, el remedio demostró ser, algunas veces, peor que la enfermedad; y el Rabkrin se ganó una mala reputación e inclusive las críticas de Lenin por sus métodos duros y hasta brutales, que alentaron un gran descontento entre laboriosos funcionarios que se encontraron víctimas de sus atenciones. No obstante, el hombre que estaba a la cabeza del Rabkrin estaba, necesariamente, muy bien situado para intervenir en todos los aspectos de la maquinaria administrativa, para conocer a todos los que tenían algún papel en ella y para favorecer el avance de algunos y la caída de otros. Stalin se libró, en gran medida, de los errores y los perjuicios causados por el Rabkrin, aprovechando su actividad en todos los sectores. Entonces, en 1922, después de la supresión del triunvirato que había servido al partido como secretaría, fue designado para el nuevo puesto de secretario general del Partido Comunista, con V. M. Molotov (n. 1890) como su principal ayudante. En teoría la secretaría, aun con las nuevas disposiciones, no era más que la servidora del Comité Central del Partido, que funcionaba en la práctica, fundamentalmente, a través de sus dos oficinas —la Oficina Política y la de Organización. Pero Stalin era ya miembro de estos dos organismos claves y el nexo esencial entre ellos; y esta combinación de cargos le permitió, ayudado por su experiencia del Rabkrin, convertir el cargo de secretario general en un puesto de inmenso poder. La Oficina de Organización incluía entre sus funciones la de designar a cualquier miembro del partido para la función particular en la que se le considerara capaz de servir mejor al partido y, al hacerlo, trasladar a cualquier miembro de un puesto a otro, para evitar que se fortaleciera seguramente con un grupo de seguidores locales o dentro de una institución cualquiera. Este poder era utilizado ampliamente y con frecuencia por muy buenas razones. Pero daba, evidentemente, al hombre que lo ejercía un fuerte control sobre la maquinaria del partido y, de hecho, sobre todos los miembros del partido y Stalin no era precisamente quien dejara de utilizar plena-

mente semejante oportunidad. Al terminar la guerra civil, si no antes, Stalin se dedicó asiduamente a convertirse en la cabeza de la maquinaria del Partido Bolchevique y del aparato administrativo del gobierno soviético, donde los miembros del partido tenían las posiciones claves. Fue éste el proceso que Trotsky, en su folleto sobre el *Nuevo cursa* (escrito en 1923-24) denunciaría como la "burocratización" del aparato del partido, pidiendo su supresión mediante una vuelta a formas más democráticas de acción del partido.

Porque Trotsky, aunque sus propios métodos podían ser autocráticos cuando consideraba imperativa la acción rápida, sostenía vigorosamente la opinión de que el Partido Comunista podía conservar su vitalidad y hacer avanzar la causa de la Revolución sólo si era dirigido efectivamente por sus miembros de filas y si éstos eran renovados continuamente por nuevos elementos entre los cuales el' lugar predominante correspondía a los trabajadores industriales procedentes directamente de las fábricas. Trotsky, considerado como un intruso, recién llegado, por la "vieja guardia" bolchevique, atacaba la supremacía de esta "vieja guardia" en la determinación de la política del partido y del Estado y la costumbre de la "vieja guardia" de tomar decisiones definitivas sin consultar a los miembros y exigiendo después la plena obediencia en nombre de la lealtad al partido. Esto, decía, no había podido evitarse durante la guerra civil; pero era un peligroso error aferrarse a ello en tiempos de paz, cuando era necesario planear un "nuevo curso" para la reconstrucción socialista y ponerlo en práctica. Los nuevos miembros afiliados al partido después de la Revolución no tenían menos derechos que los viejos bolcheviques a participar en la determinación de la política a seguir en el futuro; pero, afirmaba, eran mantenidos deliberadamente al margen por la burocracia, creada bajo la autoridad de la "vieja guardia". A esta acusación contra la "vieja guardia" aunaba la de que el número de miembros del partido había sido inflado con la admisión de gran número de personas que no eran ni trabajadores ni campesinos, sino intelectuales, políticos y antiguos funcionarios que habían aceptado servir en el nuevo régimen constituyendo una gran proporción de los elementos incorporados a la burocracia del Estado y del partido. Añadía la crítica de que muchos funcionarios del partido procedentes de las filas de los trabajadores habían perdido el contacto, bajo la influencia de tendencias burocráticas en la maquinaria del partido, con la masa del proletariado, convirtiéndose en burócratas subordinados a la autoridad centralizadora de la "vieja guardia".

Trotsky pedía, pues, no sólo una mayor democracia dentro del Partido Comunista, para que la política pudiera surgir desde abajo en vez de ser impuesta desde el centro, sino también un cambio en la com-

posición del partido, para darle una integración más decisivamente proletaria. Después de la desaparición de Lenin, la segunda de estas demandas fue atendida en gran medida, primero por una gran purga, en el curso de la cual fueron excluidos del partido una gran proporción de los miembros no proletarios y luego por una apertura de las filas que introdujo a un gran contingente de miembros principalmente proletarios. A este gran cambio no se unió, sin embargo, ninguna concesión a la primera demanda de Trotsky de una restauración de la democracia interna del partido. Por el contrario, Stalin pudo aumentar progresivamente su control sobre el partido y hacer uso de las purgas como arma contra los disidentes. El argumento de Trotsky, en esta cuestión, se había basado esencialmente en la creciente tendencia del grupo dirigente del partido a denunciar como "fraccionalismo" cualquier discusión dentro del partido que condujera a la formación de grupos que actuaran en pro de opiniones particulares acerca de la política que debía seguirse. Aceptaba, decía, que la existencia de "fracciones" era deplorable como un signo de *enfermedad* o malestar dentro del partido; pero negaba enfáticamente que un "grupo" con una opinión propia diferente a la del grupo central constituyera necesariamente una "fracción" y que la existencia de "grupos" o "fracciones" pudiera ser evitada simplemente denunciándoles, salvo al precio de matar la vida del partido, reduciéndolo a una simple excrecencia de la maquinaria burocrática. Insistía en que debían surgir diferencias reales y legítimas en torno a la política a seguir en cualquier partido que tuviera que enfrentarse a situaciones cambiantes en el país y en el extranjero y que estas diferencias debían resolverse mediante una discusión plena y franca dentro del partido y no ser suprimidas por la fuerza. La fuerza, afirmaba, simplemente hace clandestinas las disensiones, sin resolverlas: la única manera de resolverlas es permitiendo el planteamiento de los diversos puntos de vista, por los grupos y los individuos —porque el individuo estaba generalmente indefenso si tenía que actuar solo— y, llegar entonces a una decisión colectiva, democráticamente, a la luz de todas las opiniones planteadas. Trotsky no ponía en duda, de ninguna manera, la necesidad, en esa etapa de la Revolución, de conservar firmemente el poder en manos de un solo partido: de hecho, afirmaba enérgicamente esta necesidad. Lo que pedía era que el partido que ejerciera el control determinara su propia política mediante constantes y atentas consultas a todos sus miembros, en vez de tomarla ya fabricada por la autoridad de una cabala central.

Es fácil advertir que Trotsky habría podido tener una opinión diversa de las virtudes de la democracia del partido si no hubiera confiado en que las filas de éste —o, al menos, de sus elementos proletarios— estarían de su parte contra la impopular burocracia que él ata-

caba. No era el hombre para defender ardientemente los procedimientos democráticos si no hubiera creído que éstos facilitarían el curso que, en su opinión, debía seguir la Revolución. Creía honestamente, sin embargo, que el triunfo y hasta la supervivencia de la Revolución dependía en el apoyo sustancial de los trabajadores industriales y que este apoyo estaba en peligro de perderse. Pensaba que se estaba aplicando de tal manera la "nueva política económica" que fortalecía el control de los *kulaks* en las aldeas y permitía a los funcionarios de la N.E.P. y a los pequeños capitalistas establecerse en posiciones claves entre el gran núcleo de campesinos y los trabajadores industriales, cortando al proletariado industrial de los contactos directos con los campesinos más pobres. Contra la política de la N.E.P., destinada a considerar a la aldea como un todo, ignorando la distinción entre *kulaks* y campesinos pobres, Trotsky quería la vuelta a la lucha de clases en el campo, cooperando el proletariado industrial con los campesinos pobres e incitándolos contra los acomodados; y para ello le parecía indispensable evocar la participación activa de la gran mayoría de los trabajadores industriales. Esta política, lejos de ser concebida en favor de ios intereses inmediatos de los campesinos más pobres, debía facilitar un desarrollo mucho más rápido de la industrialización que, a corto plazo, debería hacerse sobre todo a expensas de los campesinos, incluyendo a los campesinos más pobres. Trotsky no era amigo de la economía campesina, que despreciaba profundamente. Consideraba que los campesinos debían ser obligados a hacer su contribución a la revolución, aun contra su voluntad, suministrando los fondos para el desarrollo industrial intensivo; y sostenía que podían ser obligados a hacerlo, con la mayor eficacia, dejando de halagar a los *kulaks* y poniendo en contra de ellos a los campesinos más pobres.

Sin embargo Trotsky era evidentemente sincero cuando, en su *Nuevo curso* y en sus artículos de *Pravda* a fines de 1923, rechazó el cargo que se le hacía de "subestimar el papel del campesinado" en la Revolución. Pudo demostrar que había estado plenamente a favor, en 1921, de aquella parte de la N.E.P. destinada a apelar, sobre todo, a los campesinos medios para que aumentaran la producción, aliviándolos de la carga de las requisiciones impuestas durante el periodo del comunismo de guerra. También demostró que, al integrar el Ejército Rojo principalmente con reclutas campesinos, había dado una prueba práctica de la importancia que daba a los campesinos como fuerza indispensable para el triunfo de la Revolución. Pero, al mismo tiempo, siempre cuidó de hablar, no de la "dictadura de los obreros y campesinos", sino de la "dictadura de los trabajadores con apoyo campesino"; y su respuesta a los que lo acusaban de subestimar a los campesinos fue que sus críticos eran culpables de algo mucho más serio: de sub-

estimar la potencia revolucionaria del proletariado industrial. En efecto, Trotsky subestimaba a los campesinos si era subestimación negar su capacidad para una asociación real con el proletariado en la dictadura revolucionaria. Veía la necesidad —con la mayor claridad— de que los trabajadores industriales tuvieran de su parte al núcleo principal de campesinos contra la contrarrevolución; pero no consideraba al campesino como tal, capaz de desempeñar un papel revolucionario constructivo. El campesino podía, en opinión de Trotsky, desempeñar ese papel sólo cuando se había transformado en soldado del Ejército Rojo y había sido adoctrinado, en sus nuevas funciones, de acuerdo con las ideas bolcheviques. Mientras fuera sólo campesino podía ser apaciguado e inducido a suministrar lo necesario para las ciudades y aun a proveer un excedente para la exportación; y era necesario tratar con él de esa manera para lograr este resultado. Pero también era necesario tomar las medidas necesarias para evitar que se aliara con los capitalistas privados a quienes también alentaba la N.E.P.; y esto suponía una acción encaminada a mantener viva la lucha de clases en las ciudades, instigando a los campesinos pobres contra los *kulaks.* Inmediatamente, la necesidad mayor era mantener bajos los precios de los productos industriales, en el nivel que podían pagar los campesinos y aumentar la oferta de esos productos, mediante un rápido desarrollo industrial. Pero el avance hacia una sociedad socialista debía depender primordialmente, no de los campesinos, sino del fortalecimiento del proletariado industrial, mediante un rápido desarrollo de la inversión en la industria en gran escala. Los trabajadores industriales y el Ejército Rojo eran las únicas fuerzas revolucionarias dignas de confianza, el campesinado no era más, en el mejor de los casos, que un instrumento que se veían obligados a utilizar.

Sosteniendo esta opinión, Trotsky era naturalmente un enérgico partidario del avance rápido hacia una economía planificada. Apoyaba vigorosamente a Lenin en la importancia que éste concedía al grandioso plan de electrificación que empezó con el establecimiento de la Comisión de Electrificación (Goelro) en 1920; y consideraba su propia tarea, como Presidente de la Comisión de Transportes creada ese mismo año, poner de nuevo en eficientes condiciones a los ferrocarriles, como paso esencial para la instauración de una planificación económica general. Lenin consideraba todavía en esta etapa como prematuro el establecimiento de un organismo general de planificación, aunque aceptaba la necesidad de constituir el Consejo de Trabajo y Defensa (S.T.O.), integrado por la mayoría de los miembros principales del Consejo de Comisarios, como autoridad coordinadora general en el terreno económico. Lenin fue persuadido, a su pesar, de aceptar el establecimiento de una Comisión General de Planeación (Gosplan), aso-

ciada al S.T.O. como organismo consultivo, que empezó a trabajar en abril de 1921, cuando empezaba a adoptarse la N.E.P.; pero, al principio, la Gosplan se inició sólo en forma modesta y poco se podía avanzar hacia la planificación económica general mientras todo el acento recaía sobre el funcionamiento de la N.E.P. Trotsky quería un organismo ejecutivo de planificación más poderoso, porque deseaba una industrialización más rápida; pero Lenin pensaba principalmente en el proyecto de electrificación, mediante el cual esperaba sobre todo revolucionar los métodos de producción de las áreas rurales y temía que este proyecto pudiera sumergirse en un proyecto más amplio de desarrollo económico general. No había diferencia de opinión, por supuesto, acerca de la necesidad de un plan económico general amplio, tan pronto como estuvieran maduras las condiciones para ello. Lo que temía Lenin era que intentar semejante plan de inmediato pudiera obstruir la electrificación rápida y las medidas esenciales que debían tomarse de acuerdo con la N.E.P.

Mientras se desarrollaban estos grandes debates acerca de la política económica de Rusia, tenían lugar grandes cambios en las relaciones de Rusia con el resto del mundo. El fin de la intervención militar aliada y de la guerra civil dejó a los rusos en libertad para atender a sus enormes problemas de reconstrucción económica, pero también los enfrentó a la necesidad de establecer condiciones de coexistencia con los países capitalistas. En enero de 1921, el Supremo Consejo Aliado reconoció a Estonia y Latvia como Estados independientes y, en marzo, se firmó un acuerdo comercial anglo-soviético. Ese mismo mes se firmó un Tratado de Paz entre Rusia, Ucrania y Polonia, que preparó el camino para el establecimiento de la Unión Soviética al año siguiente. En abril de 1922 se produjo la dramática firma del Tratado de Rapallo entre Rusia y Alemania —los dos grandes proscritos de la posguerra en Europa. En junio de ese año ocurrió la seria enfermedad de Lenin y el asesinato de Walter Rathenau y, además, lo que duró hasta julio, la Conferencia de La Haya sobre las relaciones con Rusia, a la que Maxim Litvinov (1876-1951) presentó un abortado proyecto para la otorgación de grandes créditos a los soviéticos para la reconstrucción económica y financiera. La U.R.S.S. se estableció a fines del año y su nueva Constitución federal entró en vigor en julio de 1923. En enero de 1923, los franceses ocuparon el Ruhr y empezó la larga lucha contra la ocupación. En julio, la contrarrevolución búlgara derrocó y asesinó a Stamboliski, sin que los comunistas búlgaros pudieran ir en su ayuda. En Alemania, en la primavera y el verano, los comunistas estuvieron al borde de un levantamiento armado, pero acabaron por decidir que habían perdido la oportunidad. En septiembre, los comunistas búlgaros escenificaron una tardía revuelta, que fue rápi-

damente ahogada en sangre. Como secuela de estos acontecimientos, la política del Comintern sufrió otra drástica conmoción,[4] con la eliminación de la dirigencia alemana que había sido instalada después de la derrota de 1921 y toda una serie de "revoluciones de palacio" en los movimientos comunistas europeos. En enero de 1924 murió' Lenin y, al día siguiente, subió al poder en Gran Bretaña el primer gobierno laborista de Ramsay MacDonald. En febrero, Gran Bretaña reconoció a la URSS y pronto se abrieron las negociaciones para un Acuerdo formal anglo-soviético. El 31 de mayo, se firmó un Tratado entre China y la Unión Soviética; y, en junio, Poincaré fue sustituido como Primer Ministro de Francia por Edouard Herriot, a la cabeza de un gobierno burgués progresista. En agosto los franceses iniciaron la evacuación del Ruhr y se firmó el Acuerdo Dawes sobre las reparaciones que debía pagar Alemania. A principios de ese mismo mes, el gobierno laborista británico arrestó a J. R. Campbell (n. 1894), del *Daily Worker;* y, al retirar la acusación, se vio en serias dificultades con los liberales, de los que dependía para tener una mayoría. El 8 de octubre fue derrotado en el Parlamento y apeló al país. En el curso de las siguientes elecciones generales ocurrió el episodio de la "Carta Roja" de Zinoviev, desastrosamente manejado por MacDonald; y el gobierno laborista sufrió una seria derrota.[5] Baldwin sustituyó a Mac-. Donald como Primer Ministro y el intento de, mejorar las relaciones con la Unión Soviética terminó abruptamente. Sin embargo, en medio de estos acontecimientos, el gobierno francés reconoció por fin a la Unión Soviética.

Además, en el año de 1925, como resultado Je una delegación sindical que había visitado Rusia regresando con un informe esencialmente favorable, el Congreso de Sindicatos británicos acordó establecer un Comité Consultivo Sindical Anglo-Ruso, con el propósito principal de mejorar las relaciones entre el pueblo británico y el soviético.[6]

Así, en 1924, la Unión Soviética, aunque todavía tenía que hacer frente a grandes dificultades, había avanzado mucho hacia su consolidación como potencia reconocida en las cuestiones internacionales. Muchos esperaban, en 1921, que la introducción de la N.E.P. significaría el abandono gradual del intento de construir la Unión Soviética como sociedad socialista y que los favorecidos por la N.E.P. y los campesinos podrían minar totalmente el carácter socialista del régimen y conducir a una restauración del capitalismo y, llegado el momento, el derrocamiento del régimen bolchevique. De hecho, no pocos bolcheviques compartían estos temores y observaban con honda descon-

[4] Véase pp. 167-8.
[5] Véase vol. V, pp. 388 *s.*
« Véase vol. V, p. 390.

fianza el auge de los *kulaks* en riqueza e influencia, el dominio del comercio interior por empresarios privados y las ofertas de concesiones a capitalistas extranjeros. Aunque estos bolcheviques aceptaron la N.E.P. ante la poderosa insistencia de Lenin, nunca se sintieron satisfechos y pronto insistieron en que había llegado el momento de ponerle un alto, sino de poner fin definitivamente al sistema. Lenin, sin embargo, mientras vivió, insistió en la necesidad de mantener la N.E.P. y conservó la confianza en que los peligros que esta política suponía podían ser resueltos favorablemente, suponiendo que el Estado mantuviera firmemente su monopolio del comercio exterior y realizara rápidamente sus planes de electrificación como base para una estructura económica totalmente mecanizada. Su política fue continuada después de su muerte por el triunvirato que asumió el pode» cuando Lenin estuvo demasiado enfermo para dirigir el timón.

A la última etapa de la vida de Lenin pertenece su famoso "Testamento", donde escribió sus opiniones acerca del futuro predominio de la Unión Soviética y del Partido Comunista como su genio de inspiración y guía. Este documento —citado con frecuencia y muchas veces mal citado— no fue publicado en su totalidad sino algunos años después de la muerte de Lenin y aun entonces no se publicó oficialmente —en efecto, su texto autorizado no se publicó hasta 1956—. Fue leído, no obstante, ante una asamblea de miembros del partido en la primavera de 1924, después que el Comité Central rechazó la petición de la señora Krupskaia de que se presentara al Congreso del partido; y no hay verdaderas dudas acerca de su significado. El "Testamento" fue dictado por Lenin en diciembre de 1922, pocos días después de su segundo ataque y se añadió un *postscri'ptum* en enero de 1923. En este último proponía Lenin definitivamente la deposición de Stalin de su cargo de secretario general del Partido Comunista, caracterizándolo como "rudo" y sugiriendo su sustitución por alguien "más paciente, más leal, más gentil y atento con los camaradas, menos caprichoso, etc." —pero sin decir quién debía ser este sucesor. En el "Testamento" original Lenin ya había atacado a Stalin, advirtiendo que, como secretario "había concentrado un enorme poder en sus manos" y añadiendo: "no estoy seguro de que sepa utilizar siempre ese poder con suficiente precaución". Había descrito a Trotsky como "personalmente, el hombre más capaz en el actual comité central", pero también había señalado que se distinguía "por su confianza en sí mismo demasiado exagerada y una disposición a sentirse demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de las cuestiones". Lenin había expresado también sus temores de un posible choque entre estas dos personalidades formidables y del peligro de que semejante choque terminara con un rompimiento efectivo. Había insistido

en que el partido podía ser inestable porque "descansa en dos clases" y "si no puede producirse un acuerdo entre estas clases su caída es inevitable".

Además de estas censuras a Stalin y Trotsky, el "Testamento" se refería a otros cuatro miembros del Comité Central —Zinoviev, Kamanev, Bujarin y Piatakov—. Con los dos primeros, Lenin empleó las palabras altamente significativas de que "el episodio de octubre de Zinoviev y Kamenev" —es decir, su oposición al golpe bolchevique— "no fue, por supuesto, accidental", pero añadía que "no debe utilizarse contra ellos, lo mismo que el no bolchevismo de Trotsky" —antes de 1917. De Bujarin, escribió con cierta ambigüedad, describiéndolo como "el más valioso y grande teórico del partido", pero, acusándolo después de escolasticismo y expresando "las mayores dudas" de que pudiera ser considerado como "plenamente marxista"; porque "nunca ha estudiado y creo que jamás ha comprendido plenamente la dialéctica". Finalmente, Lenin hablaba de Y. Piatakov (1890-1937) como "un hombre indudablemente distinguido por su voluntad y capacidad, pero demasiado entregado a la administración y al aspecto administrativo de las cosas, para confiar en él en una situación política seria". Los dos últimos eran calificados como los más capaces entre los miembros más jóvenes del Comité Central: no había una recomendación explícita respecto a la sucesión, excepto la recomendación negativa de que Stalin fuera depuesto de la secretaría. Pero, por supuesto, las palabras de Lenin, que no pudieron sustraerse totalmente al conocimiento público, eran muy perjudiciales para Zinoviev y Kamenev, lo mismo que para Stalin; y esto hace todavía más notable que ellos tres hayan integrado juntos la sucesión.

La explicación es, por supuesto, en parte que la batalla por la sucesión había estado gestándose por mucho tiempo antes de la muerte de Lenin y había marchado muy mal para Trotsky, que era excepcionalmente malo para la intriga. En verdad, el rompimiento entre Trotsky y los triunviros había llegado a un punto decisivo el mes anterior a la muerte de Lenin, con la publicación en *Pravda* de la primera de sus cartas sobre el *Nuevo Curso* —incluidas después en el folleto que publicó con ese título unos meses después. Al atacar a los "viejos bolcheviques" y el crecimiento de la burocracia en el Partido Comunista, Trotsky se refería a Zinoviev, Kamenev y Stalin, sabiendo bien que los tres, que habían asumido de hecho la dirección de los asuntos, se habían unido ya con el fin de destruir su influencia. En este periodo era todavía miembro del politburó del partido y Presidente del Consejo de guerra; pero su relación con el Politburó apenas era más que nominal y ya se le excluía de los consejos internos del partido, que habían caído cada vez más bajo el control de Stalin. Stalin, sin embargo,

no se sentía lo bastante fuerte al morir Lenin como para pretender él solo la sucesión. Necesitaba a Zinoviev, que estaba a la cabeza del Comintern y fuertemente arraigado en la sección del partido en Petrogrado; y necesitaba también a Kamenev, que ocupaba una posición central de prestigio en el grupo de los "viejos bolcheviques". Con la ayuda de estos aliados, forjó el camino para la eliminación de Trotsky, a pesar de su gran popularidad y prestigio; y procedió a reforzar su posición mediante la reclutación en masa de nuevos miembros escogidos —en su mayoría seleccionados por sus burócratas— dentro de las filas del partido. En el curso de esta campaña cerca de doscientos cincuenta mil nuevos miembros —todos extraídos del proletariado industrial- fueron admitidos en el partido: una medida a la que Trotsky, menos que nadie, podía oponerse, porque había insistido vigorosamente en el refuerzo de su base proletaria.

Un año después de la muerte de Lenin la posición de Trotsky como alto funcionario se había hecho intolerable. En ese año se realizó una intensa campaña en su contra, a través de la maquinaria del partido; y, en enero de 1925, se vio obligado a renunciar a su último cargo público, el de presidente del Consejo de Guerra. Durante un año más la alianza entre Stalin, Zinoviev y Kamenev permaneció intacta formalmente. Pero, en diciembre de 1925, en el Decimocuarto Congreso del Partido, los aliados se dividieron; y, en pocos meses, los partidarios de Trotsky, Zinoviev y Kamenev empezaron a actuar juntos contra Stalin, en una nueva oposición. El desarrollo de esta oposición siguió a ciertas decisiones tomadas, con el apoyo de Zinoviev y Kamenev, en los primeros meses del año. Incluían éstas concesiones importantes a los campesinos, incluyendo nuevas elecciones para muchos soviets de campesinos, que según se afirmaba habían sido constituidos en elecciones espurias, dominadas por los burócratas locales del Partido Comunista. Se había dado órdenes a los activistas del partido de no molestar a los campesinos ni perseguir a los *kulaks;* y la libertad de los *kulaks y* campesinos medios para arrendar más tierra y emplear mano de obra asalariada había sido sustancialmente ampliada. Zinoviev y Kamenev se atemorizaron cuando esta política de conciliación empezó a realizarse y empezó a desarrollarse una nueva crisis por la escasez de productos industriales que los campesinos querían comprar. Empezaron a temer que las críticas a la N.E.P. hubieran sido justas después de todo y que la política de abrir el camino a los campesinos y alentar a los comerciantes privados se estuviera estabilizando hasta el punto de presentar una barrera insuperable al socialismo. En consecuencia, empezaron a hacer eco a las demandas de Trotsky de una mayor inversión en la industria en gran escala y a incitar a una campaña contra los kulaks y los favorecidos por la N.E.P. Stalin, carac-

terísticamente, respondió duramente a sus críticos, negando que su pintura de la situación fuera correcta y afirmando que, en realidad, el comercio estatal y de cooperativas estaba ganando terreno a expensas del comercio privado y que los campesinos medios se beneficiaban más que los kulaks de las concesiones y que aumentaban en números relativos. Pero, al mismo tiempo, Stalin adoptó parte de la política de sus opositores, aceptando el estímulo a la inversión industrial y aceptando que se dirigiera especialmente el incremento a la industria pesada, como un paso para independizar a la Unión Soviética de las importaciones de maquinaria y otros bienes de capital. Con esta política, derrotó drásticamente al resto de las proposiciones y críticas de la oposición y pudo consolidar más su control sobre el partido y el gobierno.

Cuando M. V. Frunze (n. 1885), Comisario de la guerra, murió en 1926, K. E. Voroshilov (n. 1881), el aliado más cercano de Stalin, lo sustituyó, y M. Lashevich (1884-1928), que había sido ayudante de Frunze y partidario de Zinoviev, fue cesado de su cargo. En octubre de 1926, Trotsky fue por fin depuesto formalmente del Politburó, perdiendo así el último reconocimiento como dirigente. Pero tardaron otros dos años en acabar con la oposición. Aunque el control de Zinoviev sobre el partido de Petrogrado había sido roto a principios de 1926, poco después del Decimocuarto Congreso, se necesitó otro año para deponerlo en la presidencia del Comintern; y no fue hasta octubre de 1927 cuando los oposicionistas restantes fueron eliminados del Comité Central del Partido. Un mes después, Trotsky y Zinoviev fueron expulsados del partido. Zinoviev, característicamente, pronto reconoció sus errores y fue readmitido al partido, aunque no con su antigua influencia. Trotsky fue primero exilado a Siberia en 1928 y, al año siguiente, expulsado de la Unión Soviética a Turquía. Todavía no se acostumbraba ejecutar a los disidentes que habían mantenido altas posiciones en el partido, antes de caer en desgracia. Eso vino después, cuando Stalin se convirtió en el amo total y el "culto a la personalidad" llegó a su máxima altura. Pero el desacuerdo, denunciado entonces como "fraccionalismo", ya se había convertido en un horrible crimen político.

Cinco años transcurrieron, pues, entre la muerte de Lenin y la expulsión definitiva de Trotsky de la Unión Soviética. Mucho menos tiempo debería transcurrir antes que Stalin no llevara simplemente a cabo casi toda la política económica de Trotsky, sino que fuera mucho más allá, recurriendo a la colectivización agrícola en enorme escala. La parte del programa de Trotsky que no se realizó fue su demanda de modificación de las tendencias burocráticas dentro del Partido Comunista. Por el contrario, estas tendencias siguieron aumentando, como

tenía que ocurrir a medida que la dirección personal sustituyó cada vez más a la colectiva. La ascendencia de Stalin significó también un traslado creciente de la sede del poder de los soviets y el gobierno nominal responsable ante ellos hacia el Partido, que estaba bajo un control centralizado mucho mayor. Constitucionalmente, la Unión Soviética era un Estado federal, constituido por numerosas Repúblicas independientes, de las cuales la mayor era la rusa; y, aunque muchas funciones clave estaban en manos de la Unión, las Repúblicas y los gobiernos menores dentro de ellas poseían considerables poderes autónomos. Los soviets, en los niveles más altos, estaban dominados principalmente por miembros del partido y se podía confiar en que no actuarían contra la voluntad del Partido; pero, en las aldeas, resultaba con frecuencia difícil, bajo la N.E.P. lograr el acuerdo voluntario excepto manejando las elecciones —un proeeso que, como se demostró en los años intermedios de la N.E.P., podía provocar la ira de los campesinos e inclusive la resistencia. El Partido Comunista, por otra parte, era un organismo unitario que cubría a toda la Unión Soviética, sin fracciones autónomas en las diversas Repúblicas o regiones—, aunque tenía, por supuesto, sus ramas en todos los centros importantes. Estaba organizado como un solo partido, sobre el principio del "centralismo democrático" que significaba cada vez más que la política era determinada en el centro por la dirección nacional o supranacional, trasmitiéndose después como órdenes que todo el Partido debía obedecer sin reservas. Había aún, por supuesto, Congresos del Partido y Conferencias de menor autoridad, que la dirección necesitaba para que suscribieran sus decisiones; y todavía podían surgir debates en torno a la política a seguir, en estas reuniones así como en las distintas ramas del partido, acerca de cuestiones sobre las cuales no se había tomado aún una decisión autoritaria. Pero, desde mediados de la década de los veinte, fue prácticamente imposible proponer una política contraria a la de la dirigencia oficial, sin ser acusado de "fraccionalismo" y sin verse amenazado de expulsión, a la que se recurría libremente en contra de los acusados de "desviación". El "Partido Único", que había monopolizado el poder después de la salida del gobierno de los social-revolucionarios de izquierda, por la cuestión del Tratado de Brest Litovsk, había dado gran oportunidad en sus primeros tiempos para la expresión de opiniones contrarias y hasta para la formación de grupos para apoyarlas, hasta el momento en que se pronunciara oficialmente una decisión. Pero, bajo la jefatura de Stalin y, sobre todo, en el curso de su dura lucha contra Trotsky, esta relativa libertad de discusión fue rápidamente destruida y el Partido Comunista se convirtió en un instrumento monolítico para la imposición de un rígida obediencia a las órdenes procedentes de la dirigencia central. No fue difícil

para Stalin, con su dura mano en todos los resortes de la maquinaria del Partido, lograr que Conferencias y Congresos suscribieran lo que se les indicara; y la obediencia de los burócratas del partido en la ejecución de esta política estaba asegurada por la conciencia que tenía cada hombre de que la conservación de su cargo dependía de la fiel ejecución de las directivas y sugestiones que se le hacían desde la maquinaria central.

El "centralismo democrático" dejó de parecerse en lo más mínimo a la democracia, salvo en la suposición de que la democracia significara simplemente la acción unificada del Partido bajo la dirección de su élite central —que era, precisamente, lo que Stalin entendía por ese término. Porque, de acuerdo con la teoría bolchevique, lo mismo que sólo podía haber un partido que expresara la voluntad colectiva de la clase trabajadora, sólo podía haber una política que pudiera seguir correctamente ese partido y esta política debía encontrar expresión a través de la dirección del partido. Tratar de basar la política en las ideas no dirigidas de las filas del partido significaría una babel de voces en conflicto, lo que inhibiría la acción unida y conduciría al Partido a las prácticas desacreditadas del "liberalismo burgués". Sólo el pensamiento monolítico podía dar la seguridad de una acción monolítica; y el pensamiento monolítico sólo podía lograrse si se impedía que las opiniones antagónicas fueran escuchadas. Sin duda, muchos miembros del partido no tenían idea de qué estaba pasando realmente y consideraban honestamente los ataques de Trotsky a la burocracia del partido como conspiraciones traidoras contra la Revolución por la que tanto había hecho. Stalin no hubiera podido manejar al partido con tanta eficiencia, ni establecido su propio ascendiente tan firmemente si no hubiera podido persuadir a gran número de comunistas de que no hacía más que cumplir fielmente, al pie de la letra, los preceptos de Lenin y el verdadero espíritu del marxismo. Pudo persuadirlos de ello porque esta visión de su conducta era en parte correcta. Lenin había predicado la intolerancia como una virtud revolucionaria, había lanzado cargos de traición contra viejos camaradas socialistas que rechazaban el bolchevismo y con frecuencia no había medido sus palabras para hablar de compañeros bolcheviques que, en su opinión, seguían una línea incorrecta. Pero, sin embargo, había creído en las virtudes de la discusión abierta como medio de llegar a acordar una política entre camaradas y había aborrecido total y genuinamente a la burocracia. El 'ladrido", excepto en los momentos de aguda crisis, había sido siempre mucho mayor que la "mordida". Stalin, por el contrario, "mordía" más que "ladraba": la "rudeza" o "dureza" de que lo acusaba Lenin era cosa más de acción que de palabras.

Con un partido centralizado a su disposición, con una inmensa ma-

quinaria burocrática, Stalin consideró más fácil gobernar a la Unión Soviética mediante el partido que, indirectamente, a través de la estructura de los soviets. Lenin había estado a la cabeza del Partido y del gobierno soviético. Stalin prefirió ejercer su poder como Secretario del Partido, sin ocupar ningún cargo en el gobierno. Esto supuso el desarrollo de un curioso sistema dual de autoridad, en el que leyes y decretos, igualmente obligatorios, podían surgir del Congreso de soviets o de su Ejecutivo Cental **o** de su Presidium **o** del Partido Comunista, a través de su Congreso o su Comité Central, con sus dos oficinas, inmensamente poderosas, la Política y la de Organización. Era una simple cuestión de conveniencia para los dirigentes cuál canal se utilizaba. La dictadura, investida normalmente en los trabajadores y campesinos como clases aliadas, correspondió en la práctica al Partido Comunista, que debía representar a estas clases, predominando los trabajadores industriales, como la "vanguardia" del movimiento de clases en general. La estructura soviética, que de por sí daba una representación preferente a los trabajadores industriales en relación con los campesinos, podía ser utilizada todavía cuando su uso pareciera conveniente; pero, en medida cada vez mayor, la política más importante no sólo era elaborada bajo los auspicios del Partido, sino que también era llevada a efecto por su autoridad directa. También en esto Stalin seguía una tendencia establecida por Lenin en el momento de la Revolución porque, como hemos visto, éste había insistido en que el golpe de noviembre se realizara, en lo posible, bajo los auspicios y el control del Partido. Después del golpe, sin embargo, Lenin había construido una estructura de gobierno soviética por su forma y no del Partido Comunista y él mismo había actuado oficialmente como Presidente de un Consejo de Comisarios del Pueblo que derivaba su autoridad de los soviets y no del Partido. La decisión de Stalin de gobernar a la Unión Soviética desde su oficina del partido más que desde el Consejo de Comisarios fue, pues, una importantísima decisión constitucional que convirtió a toda la estructura soviética en un apéndice del Partido dominante.

El hecho de que Stalin prefiriera actuar de esta manera puede haberse debido parcialmente a la circunstancia de que estaba en una posición mucho mejor para derrotar a Trotsky en el campo de batalla del Partido que si la lucha hubiera tenido que desarrollarse principalmente en los soviets. En el Partido podía hacer un uso mucho más efectivo del hecho de que Trotsky no fuera un "viejo bolchevique", sino un recién llegado con pasado menchevique. Podía apelar a sus compañeros veteranos del Partido contra el arribista y podía acusar a Trotsky de desear minar la influencia del Partido. Podía, además, contar con que Trotsky le haría el juego aparentando atacar al Partido

cuando atacaba a su "vieja guardia" y, por popular que pudiera ser entre las masas, esto molestaría a una gran proporción de los que ocupaban cargos dentro de la maquinaria del partido. Trotsky, por su parte, parece no haber tenido una singular conciencia de cuántos enemigos se estaba haciendo y parece que subestimó la habilidad de Stalin para la intriga y las consecuencias de su propia manera imperiosa y con frecuencia despreciativa de tratar a sus adversarios. Max Eastam, en su análisis de la conducta de Trotsky durante la lucha, le acredita, en mi opinión, demasiada nobleza de carácter por no haber respondido a sus calumniadores durante la etapa en que Stalin y sus aliados movilizaban todos sus recursos para un ataque sostenido. La explicación de la conducta de Trotsky entonces es en parte, como dice Eastman, que estaba seriamente enfermo en una etapa crítica; pero es también que fue indebidamente despreciativo y no pudo creer que su prestigio pudiera ser destruido tan eficazmente. Cualquiera que sea la explicación, indudablemente cayó directamente en manos de sus enemigos.

¿Cuáles fueron, retrospectivamente, las diferencias reales entre Stalin y Trotsky? No es fácil determinarlas; porque, como Lenin predijo en su "Testamento", había un gran elemento de antagonismo puramente personal, que hacía imposible que ambos compartieran el poder o coexistieran siquiera dentro del mismo país. Se sugiere algunas veces que el problema real era el del "socialismo en un solo país" con tra la creencia de Trotsky en que la Revolución rusa sólo podría sobrevivir si se convertía en una Revolución mundial. Sin duda Trotsky, como Lenin, sostenía esta opinión en los primeros años después de 1917; y siguió sosteniéndola, en el sentido en que seguía manteniendo su doctrina de la "Revolución permanente",[7] que suponía la idea de que la Revolución rusa debería extenderse, en un momento dado, a todo el mundo capitalista. Pero también Stalin creía en la Revolución mundial: por "socialismo en un solo país" sólo quería dar a entender que era posible consolidar el socialismo en la Unión Soviética aunque se demorara considerablemente la extensión de la revolución a otros países y sin esperar a que se produjera. ¿Sostenía Trotsky, después de la derrota del fracasado golpe comunista alemán de 1921, una opinión muy diferente? En un sentido, sí; pero sólo porque creía que la Revolución rusa no podía sostenerse sin el refuerzo de otras revoluciones en otros lugares, a no ser que la Unión Soviética se lanzara a grandes proyectos de industrialización, centrados en las industrias pesadas, y mantuviera su propio espíritu revolucionario conservando el

[7] El libro de Trotsky con este título fue escrito en 1928 y publicado en 1930.

espíritu revolucionario de los miembros del Partido Comunista y alentándolos a una i.ueva lucha interna contra los *kulaks y* los favorecidos por la N.E.P. y contra la burocracia y el tradicionalismo dentro del Partido mismo. De hecho, la disputa principal de Trotsky con Stalin tenía muy poco que ver entonces con la política internacional ni con los asuntos del Comintern. La concepción de la "Revolución permanente" intervenía en relación con la política interior —con la idea de que la Revolución en la misma Rusia debía ser empujada sin cesar hacia adelante— más que respecto a las relaciones de la Unión Soviética con el mundo exterior.

Las diferencias inmediatas se relacionaban, pues, principalmente con el problema de la industrialización y el papel del campesinado en la Revolución; pero en ninguna de estas cuestiones había, en realidad, un conflicto de principios. Stalin, no menos que Trotsky, creía en la necesidad de que la Unión Soviética se industrializara en gran medida y desarrollara sus industrias pesadas para independizarse de las importaciones de bienes de capital. Éste era, en efecto, un elemento indispensable en el establecimiento del "socialismo en un solo país" —mucho más que en el caso de que la Unión Soviética hubiera podido obtener suministros de bienes de capital de gobiernos comunistas en Occidente. Tampoco amaba Stalin a los campesinos ni tenía intenciones de concederles más de lo que se viera obligado a otorgar —ni tampoco a los favorecidos por la N.E.P. Tan pronto como Trotsky estuvo fuera del camino Stalin empezó a adoptar la misma política en relación con la industria que había favorecido su rival; y sus métodos para realizar la colectivización de la agricultura fueron, de hecho, mucho más despiadados en sus efectos sobre los campesinos que cualquier forma propuesta por Trotsky. En ambas cuestiones había diferencias acerca del ritmo apropiado; pero no había mucho más, salvo que Stalin iba mucho más allá que Trotsky. La diferencia realmente fundamental se refería a la naturaleza del Partido; y aun ésta se produjo en gran medida porque Stalin controlaba la maquinaria del partido y Trotsky no.

No obstante, Trotsky era demasiado popular y prestigioso para eliminarlo, si no se lograba calificarlo con bases firmes como el "enemigo público número uno". Había que construir un gran mito contra Trotsky e implantarlo hondamente en la conciencia de todo buen comunista. Trotsky tenía que ser convertido en una figura simbólica del cesarismo, para ocultar el incremento del dominio personal de Stalin. Tenía que ser perseguido, aun en el exilio, con fantásticas acusaciones, porque estas acusaciones podían ser utilizadas como base para la liquidación de los enemigos posteriores de Stalin y también porque siempre quedaron grupos de "trotskistas" lo bastante fuertes como para repre-

sentar un peligro para los partidos comunistas ortodoxos fuera de Rusia y quizá aun dentro. La historia de Trotsky y del trotskismo después de la expulsión de Trotsky de la Unión Soviética pertenece a un periodo que cae fuera de los límites de este volumen. Lo mismo sucede con la historia de la Unión Soviética desde los inicios del Plan Quin-. quenal y el impulso en favor de la colectivización agrícola. El periodo que estudiamos termina con la victoria decisiva de Stalin y la disolución del triunvirato que ejerció el poder uno o dos años después de la muerte de Lenin.

Queda por considerar, brevemente, antes de terminar este capitulo, en qué consistió la contribución de Lenin al desarrollo del pensamiento socialista. Me referí extensamente a esto en un volumen anterior de este estudio, en relación con el desarrollo de Lenin hasta 1914;[8] y no tengo intención de volver sobre lo mismo. También he tratado de poner en claro la participación de Lenin en la destrucción de los restos de la Segunda Internacional, después de 1914, y en el establecimiento del Comintern.[9] Pero ahora parece necesario intentar un juicio general. ¿En qué medida fue Lenin un intérprete fiel y un continuador de la doctrina de Marx, como pretendió ser, o más bien pervirtió el marxismo, llevando a una gran parte de los socialistas de todo el mundo a una desastrosa aberración de la socialdemocracia y estableciendo de hecho, con la pretensión de implantar la dictadura del proletariado, la dictadura de un Partido monolítico sobre el pueblo en general? No tengo esperanzas de que mi respuesta satisfaga a más de unos cuantos lectores; porque la personalidad de Lenin y sus realizaciones suscitan muy fuertes emociones y no es fácil ser objetivo al emitir un juicio.

En primer lugar, es evidente que Lenin fue un revolucionario profesional consagrado. Entregó su vida toda a la causa de la revolución y nunca le pasó por la cabeza poner en duda la justeza de la acción revolucionaria ni fijarse ningún otro objetivo que pudiera competir —como motivo— con la revolución. Apenas pudo haber un momento en su vida consciente en que no pensara en y por la Revolución, tan totalmente penetra la idea revolucionaria todos sus estudios y sus actos. Semejante actitud es. por supuesto, anormal y lo era aun para un ruso bajo el régimen zarista, aunque en la Rusia zarista no pocos hombres de menor talla se acercaron a esa actitud en los días de su juven tud y algunos la mantuvieron durante todas sus vidas, por el odio in superable que abrigaban hacía el sistema represivo y dura opresión del pueblo. Es imposible determinar en qué medida Lenin fue llevado a

[8] Véase el vol. III, capítulos ix v x.

[9] Véase el capítulo n del vol. V.

este estado de ánimo por la ejecución de su hermano mayor; pero indudablemente fue hondamente afectado por el trágico acontecimiento. En todo caso, la destrucción del zarismo y con ello, en un momento dado, de todos los gobiernos opresores del mundo se convirtió en su pasión y se ligó inseparablemente en su espíritu a la victoria de las clases oprimidas sobre sus enemigos. Se hizo marxista y llegó a concebir esta victoria como el triunfo de la clase trabajadora -el proletariado— sobre la burguesía, con la que asociaba mentalmente a todos los opresores —monarcas, militaristas, terratenientes feudales, burócratas y policía— a todo el aparato del militarismo, del feudalismo y del Estado policía en todas sus formas. No le preocupaba en absoluto que el diagnóstico marxista no encajara en realidad dentro de la situación rusa, que era la que le preocupaba primordialmente. Tenía plena conciencia de que en la Rusia zarista el capitalismo era todavía una fuerza débil, aunque en rápido desarrollo y que la gran mayoría de los oprimidos estaba constituida, no por trabajadores industriales —proletarios en sentido estricto—, sino por campesinos, algunos con un poco de tierra y otros sin ninguna, cuyos puntos de vista diferían ampliamente del de los asalariados industriales. Prestó mucha atención al problema de la revolución burguesa en Rusia, que suponía una lucha entre los capitalistas en ascenso y los elementos feudales, así como al problema de la relación entre proletarios y campesinos en la lucha contra capitalismo y feudalismo. Pero, mientras el marco general de su acción era principalmente la sociedad precapitalista rusa de fines del siglo xix, el marco de su teoría general era el del marxismo, concebido esencialmente en términos de las sociedades capitalistas avanzadas de Occidente y se ocupó continuamente de adaptar el marxismo a las condiciones prevalecientes en Rusia y en otros países menos desarrollados, más que a elaborar una teoría propia, en función de las condiciones rusas. El resultado fue un marxismo que, al mismo tiempo que conservaba los conceptos básicos de la teoría de Marx, difería considerablemente de la concepción marxista y más aún de la socialdemocracia de casi todos los epígonos occidentales del marxismo. Aunque era profundamente versado en las "escrituras" marxistas y en la literatura del socialismo occidental así como del ruso y aunque había vivido mucho tiempo en Occidente siempre veía las situaciones esencialmente en función de Rusia cuando planeaba una política de acción y tendía a trasplantar a otios países los preceptos que babía derivado de su consideración de las necesidades rusas. Del capitalismo occidental tendía a tener dos versiones diferentes, una tomada directamente de Marx, que reflejaba fundamentalmente las condiciones de las décadas de 1840 y 1850, sobre las cuales se fundaba el diagnóstico de Marx y la otra derivada de un estudio del capitalismo moderno, principalmente en sus aspee-

tos colonialista e imperialista, más que en sus desarrollos posteriores en los países avanzados. Era susceptible, pues, a una visión algo exagerada de la naturaleza de la explotación capitalista del proletariado en los países capitalistas avanzados y a un juicio del capitalismo contemporáneo basado en sus peores aspectos —la explotación intensiva de los pueblos coloniales y las rivalidades a muerte que señalaban el camino hacia la guerra—; y estas actitudes le hicieron perder toda simpatía por el reformismo, tanto por ocultarle las mejoras reales que había producido en algunos países como por hacerle abrigar la seguridad de que la política reformista era impotente para poner fin a la explotación colonial lo mismo que para evitar la guerra. Fue, sin embargo, hasta 1914, un gran admirador del Partido Socialdemócrata alemán, tanto porque estimaba su organización eficiente, estrechamente entretejida, como porque consideraba su fraseología revolucionaria como su valor más evidente. Los alemanes, en su opinión, tendrían que hacer una revolución para liberarse del Kaiser y los militaristas, lo mismo que los rusos para librarse del zarismo; v creyó, hasta 1914, que Kautsky y les socialistas alemanes antirrevisionistas veían esto tan claro como él. Nunca comprendió, antes de 1914, hasta qué punto la mayoría de ellos había eliminado de sus pensamientos esta cuestión vital y pensaban en términos de una futura victoria parlamentaria que aclarara en alguna forma el camino para un súbito cambio hacia una sociedad socialista. Creía que los alemanes, cuando hablaban de revolución, se referían a una revolución en el mismo sentido que él pensaba: consideraba a Kautsky un gran teórico revolucionario, cuando sólo repetía frases marxistas que habían perdido su significado ante el avance parlamentario de la socialdemocracia alemana. De otros movimientos socialistas occidentales sabía mucho menos y no le impresionaba mucho lo que conocía. Exageraba considerablemente la fuerza del sentimiento revolucionario potencial en Occidente y aun llegaba a creer que este sentimiento *debía* existir y sólo necesitaba de una dirigencia revolucionaria disciplinada para ponerlo en acción. De ahí su celo por la creación de partidos comunistas dirigidos exclusivamente por revolucionarios consagrados y para llevar a cabo una guerra sin cuartel contra los centristas, más aún que contra el ala derecha, al precio de dividir a los movimientos socialistas occidentales en un momento más susceptible de aislar a los nuevos partidos comunistas de las masas que de convertirlos en instrumentos eficaces para arrastrar tras de ellos a las masas. En Rusia, fue posible a los bolcheviques, que empezaron como un grupo pequeño y disciplinado, dar buena cuenta de los mencheviques y del nutrido, pero informe, Partido Socialrevolucionario. Lenin no veía por qué este triunfo no pudiera repetirse en otros lugares: no comprendía que lo que lo había hecho posible en Rusia había sido la fluidez de la situación después

de la caída del zarismo, la debilidad de los elementos liberales en la población y la ausencia total de una política práctica de centro mientras que en Occidente la política reformista moderada, positiva o no, era plenamente practicable y tenía que ejercer una fuerte atracción sobre una parte considerable de la clase obrera industrial, así como para importantes grupos de la pequeña burguesía.

Respecto a Rusia, nadie vio más claramente que Lenin que la revolución no podía hacerse ni sostenerse sin el apoyo en masa de los campesinos. Desde 1917 insistió constantemente en que la unión o alianza entre trabajadores industriales v campesinos debía considerarse seriamente como una unión real y no simplemente como un eufemismo para expresar el hecho que los trabajadores industriales arrastraran a los campesinos detrás de ellos. Era, ciertamente, contrario a los *kulaks,* porque conocía el peligro de que la masa de campesinos cayera bajo la jefatura de los *kulaks* siendo arrastrada, así, dentro de la órbita de la burguesía. Esto lo llevó a destacar la diferencia entre los *kulaks y* los campesinos pobres y la necesidad de instigar la lucha de clases en las aldeas. Pero también lo condujo, más tarde, a proteger a los campesinos medios, porque pensó que representaban el principal elemento de apoyo productivo a la Revolución, a la que tantos de ellos debían sus tierras. A Lenin no le agradaba la agricultura tal como era practicada por los campesinos, porque la consideraba primitiva *y* tendiente a desaparecer. Pero no dudó, en 1917, en adoptar la política agraria de los socialrevolucionarios de izquierda, aunque tenía plena conciencia de que el efecto inmediato tendría que ser el fortalecimiento del sistema rural. Las necesidades de la Revolución requerían que la mayoría de los campesinos estuviera de su parte; y las necesidades de la Revolución eran esenciales. Lenin se impacientaba con quienes sostenían que los trabajadores industriales, como punta de lanza de la Revolución, debían dictar órdenes a los campesinos y obligarlos a participar en la causa socialista contra su voluntad. Sin duda llegaría el momento en que sería posible reorganizar la agricultura como industria en gran escala y hacerla, con ello, inmediatamente más productiva. Pero un presupuesto para esto era la electrificación universal y otro la construcción de una estructura industrial capaz de suministrar al campo, en abundancia, los productos necesarios para un mejor nivel de vida. En espera de estos logros, había que dar a los campesinos libertad para cultivar la tierra a su manera, que no podía ser una manera socialista. Había que darles esta libertad como compañeros de los trabajadores industriales en la dictadura de trabajadores y campesinos, en vez de tratarlos como simples ganapanes y para la conveniencia de una oligarquía dominante de trabajadores industriales.

Por supuesto, al insistir en este compañerismo verdadero, Lenin sos-

tenía la idea de que el proletariado industrial era la punta de lanza de la Revolución y debía ser el líder en las tareas de la construcción socialista. Los campesinos, a pesar de su carácter indispensable, no podían ser más que compañeros menores; pero esto era muy distinto a ser esclavos. Era la oposición de izquierda la que despreciaba a los campesinos, hasta el punto de querer tratarlos como simples subditos, cuya misión histórica era simplemente alimentar a las ciudades lo más barato posible en términos de productos industriales —y pelear, como soldados del Ejército Rojo, las batallas del proletariado industrial. Trotsky se acercó algunas veces a esta opinión, pero lo preservó de caer totalmente en ella al alto respeto que profesaba al Ejército que había creado y su creencia en que el servicio militar podía ser un medio eficaz para enseñar a los campesinos a pensar y sentir de manera diferente, hasta convertirse en valiosos elementos para la causa socialista. Por eso Trotsky tenía partidarios en las aldeas, a pesar del acento que ponía sobre la industrialización rápida y su hostilidad a la clase en ascenso de campesinos medios, así como en contra de los *kulaks*. Pero fue Lenin quien, en el último año de su vida, siguió insistiendo en que el gran núcleo de los campesinos debía ser tratado como aliado y no como simples bestias de carga sin derechos propios.

En relación con los trabajadores industriales, la insistencia de Lenin en el papel supremo del Partido en la construcción de la nueva sociedad lo hizo fuertemente hostil a todo lo que supiera a seccionalismo —es decir, a la persecución de fines egoístas de grupo distintos de los fines de la clase trabajadora como un todo. Desde una primera etapa había comprendido la importancia del sindicalismo, como medio para organizar a los trabajadores y alentar en ellos el espíritu de rebeldía; pero se había opuesto duramente al "economismo"[10] y a todos los que deseaban que los sindicatos dedicaran su mayor atención al simple mejoramiento de las condiciones de trabajo. Había insistido en que el Partido debía dominar a los sindicatos y convertirlos en instrumentos revolucionarios de confianza; y, cuando la Revolución se hizo, se mostró hostil hacia quienes querían que los sindicatos asumieran el control de la industria socializada, sosteniendo que semejante sistema sólo serviría para arraigar el egoísmo corporativo de los diversos oficios. Se mostró todavía más hostil a la idea de que se permitiera al comité de fábrica de cada industria convertirse en el poder de control, prefiriendo ver el poder en manos de grandes sindicatos centralizados, que podían ser controlados más fácilmente por el Partido, a verlo disuelto en multitud de corporaciones autónomas sujetas a poca o ninguna dirección central. Pero era contrario a cualquiera de estas soluciones

10 Véase vol. III, p. 392.

y estaba vigorosamente en favor de la administración responsable de un solo hombre contra cualquier forma de "control por los trabajadores". Considerando al proletariado como clase, que debía estar estrechamente integrada para la realización de sus tareas constructivas, llevó a la industria la concepción del "centralismo democrático" que él había sido el primero en fortalecer en el mismo partido. Se opuso, sin embargo, a las ideas de Trotsky de militarizar la industria y convertir a los sindicatos en organismos subordinados del gobierno, porque comprendía la importancia de mantener el sindicalismo revolucionario, sin aplastarlo por el molde de la burocracia ni, al intentar esto, provocar una amplia rebeldía dentro de la clase obrera.

En la solución de los problemas rusos Lenin, dados sus presupuestos revolucionarios, se mostró una y otra vez como una persona eminentemente sensible. Si era un fanático nunca dejó que su fanatismo prevaleciera en el tratamiento de los problemas internos de Rusia y, en cuestión de medios, tenía una sorprendente facultad de escoger el camino justo en el momento justo. Este mismo don lo conducía, naturalmente, a favorecer formas de acción totalmente diferentes en los distintos momentos, lo que atraía sobre él la acusación de inconsistencia y aun de oportunismo. No obstante, si se suponía que el único objetivo válido era hacer y consolidar la Revolución —éste fue siempre el postulado de Lenin— ninguna de estas acusaciones podía sostenerse; porque Lenin, aunque cometiera algunos errores, actuó siempre en forma plenamente consecuente con su objetivo. Pero ¿qué *era* la Revolución, frente a la cual todo lo demás debía ceder? ¿Era *cualquier* revolución que lograra derrocar al zar y la autocracia y derrumbar a los capitalistas de sus sitiales en el poder, independientemente de quiénes pudieran sustituirlos? No, por supuesto, en opinión de Lenin. Era la revolución proletaria, que debería establecer por un tiempo la dictadura del proletariado, bajo la cual se barrería con las distinciones de clase y se abriría el camino al advenimiento de una sociedad sin clases, donde el "gobierno de los hombres" sería sustituido por la "administración de las cosas" y el Estado, ese instrumento de coacción de clases, desaparecería. Lenin tenía, en estos aspectos, una clara visión de la revolución que estaba luchando por producir y consideraba este tipo de revolución como *la* Revolución que se gestaba en la matriz de la historia y que era necesaria e inevitable, cualesquiera que fueran los obstáculos que pudieran surgir en su camino. No pensaba en sí mismo como el actor de la Revolución, sino más bien como su partera. Para él, la Revolución existía ya como un hecho futuro: no había que hacerla, sino sólo apresurarla y guiarla racionalmente. Esto era parte, por supuesto, de la doctrina marxista y Lenin no hizo ninguna nueva contribución a la definición de sus fines. Como a Marx, no le interesaban

las visiones utópicas de la sociedad futura, en la que la humanidad empezaría a "hacer su propia historia". Lo único que le preocupaba era el medio para llegar a un fin que ya estaba, en su opinión, perfectamente definido. El medio, sin embargo, no podía dejar de afectar al fin, cuando menos durante mucho tiempo. Si, para hacer y consolidar la Revolución, era necesario crear un Partido centralizado, altamente disciplinado, con un enorme aparato de poder; si era necesario poner bajo el control del Partido, no sólo a toda la maquinaria del gobierno, sino también a todas las instituciones sociales capaces de desempeñar un papel formador en su desarrollo; si era necesario lanzar a las "tinieblas" exteriores a cualquiera que se atreviera a discutir la preeminencia del Partido o a expresar siquiera un disentimiento acerca de la política adoptada por éste ¿era probable que, en esta situación, se produjera la renuncia al poder sobre los hombres y el florecimiento del espíritu libre que debería caracterizar a la sociedad sin clases del futuro? ¿No había un enorme peligro de que el Partido, practicando la dictadura para destruir toda posibilidad de un retorno al viejo orden, se enamorara de su propia autoridad y se negara a renunciar a ella cuando no existiera ya el peligro de contrarrevolución? ¿No actuaría la burocracia como una gangrena en el corazón de la dictadura, ofreciendo a cualquiera que pudiera ejercer un firme control sobre aquélla la oportunidad de convertir a la dictadura —no ya la de los trabajadores, ni siquiera la del Partido— en una maquinaria de poder personal?

Lenin no dejaba de tener conciencia de algunos de estos peligros —especialmente el de la perversión burocrática de la dictadura. Comprendía la importancia, una vez terminada la Guerra Civil, de volver a cierta democracia dentro del Partido e hizo lo posible, mientras conservó la salud, por lograrlo. Con Lenin, el Partido discutía realmente su política antes de tomar decisiones. Pero insistía en que, una vez determinada, debía producirse una obediencia implícita "centralismo democrático" en el sentido justo del término. No se dio cuenta, suficientemente, de la facilidad con que podía pervertirse semejante política por un dirigente amante del poder que se convirtiera en amo de la maquinaria del partido. Los temores que expresó acerca de Stalin v Trotsky se basaban más en su miedo de que la "rudeza" de Stalin o la impetuosidad de Trotsky dividieran el Partido que en el temor de que alguno de ellos se convirtiera en dictador personal. Respecto a Trotsky, creo que tenía razón en no temerlo. En efecto, el fervor del ataque de Trotsky a las tendencias burocráticas dentro del Partido no hubiera sido lo natural en alguien cuyo supremo objetivo fuera la conquista de un poder dictatorial. Trotsky era con frecuencia dictatorial en sus maneras, pero estoy seguro de que no era un dictador poten-

cial. Pero eso era precisamente Stalin, como quedó plenamente demostrado con la escuela de los acontecimientos. Y la práctica del "centralismo democrático" le abrió el camino.

Las posibilidades habrían sido mucho menores si no hubiera sido factible para Stalin, una vez prácticamente desaparecido el peligro de contrarrevolución dentro de la Unión Soviética, dar a la dictadura un nuevo aliento mediante la perpetua insistencia en el persistente peligro exterior. El intento de construir el "socialismo en un solo país", significaba construirlo en hostilidad con los Estados capitalistas que podían, al no producirse en ninguna otra parte la revolución, rodear la Unión Soviética y obstaculizar su desarrollo, aunque no se decidieran a tomar las armas en contra de ella. Esta amenaza externa se intensificó mucho, por supuesto, con el surgimiento del fascismo, cuando menos desde que Hitler subió al poder; y no hay que olvidar que los peores excesos del stalinismo tuvieron lugar después de este acontecimiento. Pero, de una u otra manera, siempre fue posible justificar la perduración de la dictadura y el hecho de que el Estado no diera señales de empezar siquiera a desaparecer, con el argumento de que la Unión Soviética estaba en una situación de sitio perpetuo y no podía permitirse aflojar su severidad autoritaria. Lenin murió mucho antes de que el fascismo cobrara gran fuerza, salvo en Italia; pero tuvo bastantes oportunidades, después de 1917, de observar los hechos del rodeo y el boicot y de llegar a la conclusión de que era muy peligroso aflojar los controles. De hecho, la necesidad misma de retroceder del comunismo de guerra a la N.E.P. pareció imponer más que nunca un fortalecimiento del control del Partido y de la disciplina necesaria para evitar que la infección de la empresa privada restablecida en el comercio se extendiera a toda la economía.

Lenin, sin embargo, consideraba claramente a la dictadura como no más que una necesidad transitoria, destinada a aflojarse y a suprimirse en un momento dado, en el curso del avance hacia una sociedad sin clases. Nunca, me parece, amó el poder por el poder mismo ni fue corrompido por éste. Su falta de escrúpulos estuvo siempre subordinada a su propósito social, que era establecer, con el tiempo, una sociedad libre, sin clases. Se reconoce, generalmente, que en sus relaciones personales era en cierto grado modesto, amistoso e igualitario. Si tenía pocas cualidades sociales era porque su vida privada era muv escasa, viviendo como lo hacía para la Revolución y nada más. Si N. K. Krupskaia (1869-1939) hubiera estado menos dedicada a la causa, la hubiera pasado muy mal. De hecho, la pasó mal, pero aceptándolo gustosamente.

Fin cierto sentido, sólo es posible encontrarle defectos a Lenin si no se entiende su actitud fundamental —es decir, si se niega que pue-

da ser legítimo para un hombre convertirse tan enteramente en servidor de la Revolución que no cuente ninguna otra cosa. Si *salus Revolutionis* es *suprema lex,* no hay nada más que decir. Pero ¿lo es? ¿Puede serlo, sin que se pervierta el concepto mismo de Revolución, sin que los fines para los que se quiere la revolución se pierdan un poco de vista o sin que el *poder,* aunque no sea necesariamente el poder personal, se convierta en el objeto supremo de adoración? La Revolución, por supuesto, por importante que pueda ser, no es un fin en sí misma, sino sólo un medio para conseguir algo más —yo diría, el mayor bienestar y felicidad de los individuos cuyas vidas afecta—. Para Lenin, estoy seguro, la Revolución, aunque la considerara en cierto sentido como un medio para lograr el bienestar humano, había llegado a convertirse efectivamente en algo apasionadamente deseado por derecho propio, de tal modo que sus consecuencias sobre el bienestar o la felicidad individuales se perdían de vista cuando entraban a consideración sus derechos. Porque Lenin adoptó de Marx el peligroso hábito mental de considerar a las clases como algo más real que los individuos de los que están compuestas y de identificar la emancipación de la clase proletaria con el bienestar de sus miembros individuales. Tenía, en mi opinión, un débil sentido de la individualidad humana y casi ninguno de la felicidad personal como un estado de ánimo valioso. Pensaba en los hombres, no como individuos con deseos privados que debían ser satisfechos en la mayor medida compatible con la igualdad de derechos de otros individuos, sino más bien como instrumentos utilizables para llevar adelante la causa revolucionaria. Esta actitud no sólo lo hacía insensible a los sufrimientos que consideraba necesarios en interés de la Revolución, sino aun indiferente a ellos, lo que lo eximía de remordimientos o temores por su inflicción. Puede incluso sostenerse que Lenin no tenía un sentido efectivo de la justicia verdadera —sólo, en su lugar, un odio apasionado a la injusticia de clase, que lo cegaba ante otros tipos de injusticia en los que no podía rastrearse como causa la opresión de clase. Aceptada la Revolución como un fin indudable, estaba dispuesto sin remordimientos a ejecutar *cualquier* acto que considerara positivo para su triunfo y a acusar a cualquiera que no compartiera su actitud. Así, aunque no era un monstruo de crueldad natural —como lo era, sin duda, o llegó a serlo Stalin— no había crueldad que no estuviera dispuesto a justificar, si consideraba realmente que era necesaria en favor de la Revolución.

Semejante actitud es, en mi opinión, fundamentalmcnte inmoral c inhumana. Sostengo esto porque creo que no hay nada valioso, en definitiva, con excepción del bienestar y la felicidad de los hombres y las mujeres como individuos. Creo en la Revolución sólo cuando estoy convencido de que puede ser utilizada para promover ese bien-

estar y esa felicidad y que estos bienes no pueden procurarse por medios menos desagradables. No sólo lo creo: sostengo también que no creerlo es un pecado y que cualquiera que eleve a la Revolución al rango de un fin en sí misma o considera a la clase como superior o más real que los individuos que la integran, es culpable de pecar contra el espíritu de la humanidad. En este aspecto, no puedo exonerar a Lenin más que a Stalin —aunque Stalin añadió a éste otros pecados quizá peores, como la crueldad personal y el deseo de un poder personal ilimitado. Reconozco que la Revolución rusa fue y sigue siendo uno de los pocos acontecimientos grandes y admirables de la historia del mundo y que sin la absoluta devoción de Lenin esa Revolución habría fracasado, casi con seguridad. Porque no comparto la opinión de que la victoria del socialismo está predeterminada y puede preverse científicamente con fundamentos marxistas. Creo que el futuro del mundo es incierto e imprevisible; y, por esa razón, me inclino todavía más, a pesar de lo que he podido criticar, a rendir tributo al hombre que, después de realizar la Revolución con el solo poder de su voluntad personal, demostró tal maestría, hasta que la enfermedad lo alejó del timón, para guiarla en medio de las enormes dificultades que la acosaron después del triunfo inicial.

No obstante, este elogio de Lenin como inspirador y líder de la gran Revolución rusa no puede hacerse sin algunas reservas. Su celo por la Revolución y su interpretación del marxismo, que surgió de aquél, lo incapacitaban para ver a los hombres tal como eran realmente o para apreciar en ellos cualquier cualidad aparte de su capacidad para contribuir o para obstruir a la causa revolucionaria. Creía firmemente que el único factor que contaba al hacer la historia era el interés de clase y que los hombres de la masa actuarían siempre de acuerdo con este interés. Cuando Radek o los demás socialistas occidentales con los cuales trató le decían que el proletariado de los países occidentales avanzados no tenía deseo ni voluntad, en su mayoría, de recurrir a la violencia y a la guerra civil para derrocar a las clases capitalistas dominantes, se negaba simplemente a creer que esto pudiera ser cierto y persistía en sostener que los partidos comunistas occidentales, si se comportaban con la energía y la iniciativa indicadas, podrían apartarlos fácilmente de la obediencia a sus dirigentes "traidores". Los trabajadores industriales, en su opinión, estaban destinados absolutamente a realizar la revolución proletaria; y, por esto, estaba dispuesto a dividir cualquier movimiento obrero, en la completa confianza de que la mayoría del proletariado se agruparía en todas partes tras los comunistas y desertaría a los "social-traidores" para seguir la orientación revolucionaria. No podía concebir que cualquier otra consideración ajena al interés de clase, tal como él lo concebía, pudiera contar frente al llamado a la

solidaridad de clase. Cuando Radek y otros trataron de disuadirlo de que ordenara al Ejército Rojo avanzar sobre Varsovia advirtiéndole que los trabajadores polacos no se le unirían, se mostró incrédulo y se afirma que respondió a sus temores con la observación: "Probémoslos con las bayonetas." Esta ceguera ante la fuerza real de los motivos complejos que mueven a los hombres a la acción le sirvió, quizá, en relación con la revolución en la propia Rusia; pero lo llevó, en relación con Alemania y Occidente, a un cálculo desastroso que determinó la política del Comintern de dividir a los movimientos obreros de los países occidentales, de tal manera que los partidos comunistas, en vez de aislar a los "social-traidores", se aislaron a sí mismos. El "mito" de la futura Revolución mundial, basado en su teoría del predominio universal de la idea de lucha de clases sobre cualquier otra noción, dominaba de tal manera el pensamiento de Lenin que lo cegaba frente a la existencia misma de las fuerzas que servían a sus enemigos de principal punto de apoyo. Su grandeza como líder de la Rusia revolucionaria tuvo, como antítesis, una desastrosa interpretación de la situación internacional, por su incapacidad para comprender que la mayoría de los hombres no son simplemente elementos de una clase, sino individuos movidos por una diversidad de motivos cuya realidad, por no haberla experimentado él mismo, no aceptaba en los demás.

CAPÍTULO XVIII

UCRANIA

Al sur de Rusia está Ucrania, ahora República integrante de la Unión Soviética y, con la Rusia Blanca más al norte, reconocida por las Naciones Unidas como Estado soberano. Ucrania tiene su propio idioma o, al menos, dialecto, y había creado en el curso del siglo xix una literatura propia no despreciable, incluyendo la obra de un poeta de gran categoría, Taras Shevchenko. Había desarrollado también su propio movimiento nacionalista, esencialmente sobre una base cultural, pero cop un creciente elemento político, que recibió un fuerte estímulo durante la Revolución rusa de 1905. Había, sin embargo, mucha inseguridad acerca de la extensión de territorio que podía llamarse justamente ucraniano. El área mayor, la Ucrania oriental, era parte del imperio ruso; pero la Ucrania occidental, comprendiendo la parte oriental de Galicia, estaba bajo dominio austriaco y, en Galicia, los polacos formaban el grupo dominante, ejerciendo los terratenientes polacos su autoridad sobre los campesinos ucranianos, pero con Lvov, o Lemberg, como centro del nacionalismo cultural ucraniano. Miguel Hrushevsky (1866-1934), futuro dirigente del gobierno ucraniano de 1917, fue profesor en la Universidad de Lvov. Fuera de la Ucrania propiamente dicha, al este y al oeste, había extensas regiones en las provincias fronterizas rusas habitadas por pueblos llamados rutenos, que hablaban lenguas o dialectos muy emparentados al ucraniano, pero en su mayoría sin conciencia de nacionalidad y sin participar en el movimiento nacionalista ucraniano; y había otros pueblos semejantes bajo el dominio húngaro en el territorio de los Cárpatos, que se convirtió en parte de Checoslovaquia después de 1918. En la Ucrania rusa había una importante población rusa en las grandes ciudades, como Karkov y Kiev y las clases terratenientes se habían rusificado mucho; pero el campo permanecía esencialmente ucraniano. Antes de 1917, habían surgido movimientos nacionalistas y socialistas en la Ucrania oriental y en la occidental. En la parte occidental, los socialdemócratas ucranianos constituían uno de los sectores autónomos del Partido Socialdemócrata austriaco federal; y, en el este, Bohdan Iaroshevsky (1869-1914) había fundado a principios de siglo un Partido Socialista ucraniano, que se unió en 1903 al Partido Revolucionario' ucraniano, nacionalista de izquierda, tomando el nuevo grupo el nombre de Partido Laborista Socialdemócrata ucraniano, en 1905. El año anterior, en 1904, la Unión Socialdemócrata ucraniana había sido fundada como sección del Par-

tido Socialdemócrta pan-ruso. Había también un Partido Democrático ucraniano no socialista, con una tendencia nacionalista. Panas Matiushenko, líder de los amotinados del *Potemkin* en 1905, era ucraniano: fue capturado y colgado cuando, después de escapar al extranjero, regresó a Rusia en 1907. Por supuesto, gran número de ucranianos sirvieron en las fuerzas armadas zaristas y muchos aprendieron a hablar ruso lo mismo que ucraniano. Había un conflicto, por una parte, entre los rusos y ucranianos rusificados de las ciudades, que tendían a pensar en términos de una Revolución rusa contra el zarismo y, por otra parte, aquellos ucranianos leales esencialmente al nacionalismo ucraniano. La mayoría de los dirigentes ucranianos, sin embargo, no hacían planes para un Estado ucraniano independiente. Los ucranianos de Galicia preferían el dominio austríaco al ruso y sólo pensaban en una autonomía dentro de un imperio federal austríaco; mientras que los ucranianos rusos pensaban, principalmente, en una República rusa federalizada, dentro de la cual habría lugar para la autonomía nacional de los numerosos pueblos entonces bajo el dominio zarista.

Así estaban las cosas cuando la primera Revolución rusa de 1917. Los ucranianos participaron en esta revolución y la caída del zarismo los obligó a definir su actitud ante el nuevo gobierno provisional de Petrogrado. En marzo de 1917 se proclamó un gobierno provisional ucraniano con una asamblea popular —la Rada (Consejo)— con Hrushevsky como presidente; y, al mes siguiente, se reunió en Kiev un Congreso Nacional Ucraniano que pidió el establecimiento, no de un Estado ucraniano soberano e independiente, sino de una República federal, dentro de la cual Ucrania constituiría una unidad autónoma. De marzo a noviembre se efectuaron discusiones intermitentes entre la Rada y los sucesivos gobiernos provisionales en Petrogrado; pero no se resolvió nada, en espera de la reunión de la proyectada Asamblea Constituyente de toda Rusia. En el verano, en Ucrania y en otros lugares, los campesinos empezaron a apoderarse de la tierra; y muchos soldados ucranianos desertaron del ejército y volvieron a sus hogares. Entonces, en noviembre, se produjo la Revolución bolchevique; y los dirigentes ucranianos tuvieron que considerar de nuevo qué línea debían tomar. El 20 de noviembre, la Rada proclamó la República del Pueblo Ucraniano, pero todavía se abstuvo de pedir la separación de Rusia. La mayoría de los dirigentes ucranianos esperaban, al principio, la rápida caída de los bolcheviques y querían una Ucrania autónoma, dentro de una República federal. Los bolcheviques tenían poca fuerza en Ucrania —casi nula fuera de las grandes ciudades— siendo el Partido Socialdemócrata ucraniano, dirigido por Volodomir Vinnichcnko, muy distinto del Partido Socialdemócrata ruso. El 26 de diciembre, sin embargo, los bolcheviques ucranianos, con ayuda de Rusia, proclamaron

una República Soviética en Karkov, en oposición al gobierno de la Rada; y empezó la lucha irregular, con casi toda Ucrania en manos de la Rada. Vinieron entonces los alemanes, en busca de alimentos para su población hambrienta y dispuestos a controlar Ucrania para utilizarla contra los bolcheviques y, quizá, cuando ganaran la guerra, tratarla como una zona de colonización alemana y una etapa en su marcha hacia el este. Los alemanes reconocieron al gobierno de la Rada como representativo de una Ucrania independiente y convocaron a sus delegados a las negociaciones de Brest-Litovsk; y los bolcheviques, cuando se vieron obligados a firmar el Tratado de Brest-Litovsk, tuvieron que reconocer la independencia de Ucrania y renunciar a la autoridad sobre los territorios que se le asignaron. Vinichenko, que había sido Primer Ministro, fue desplazado y sustituido por el socialrevolucionario Vsevolod Holubovich, más derechista, y la Rada tuvo que gobernar bajo las condiciones establecidas por las autoridades alemanas de ocupación. Este arreglo no duró mucho. En abril de 1918, con el apoyo alemán, el reaccionario *hetmán,*[*] Paul Petrovich Skoropadsky, un noble muy rusificado, tomó el poder y derrocó al gobierno de la Rada; permaneció en el poder dictatorial, sujeto a los alemanes, hasta que terminó la gran guerra con la derrota de las potencias del Eje, en noviembre de 1918. Entonces Skoropadsky fue derrocado de inmediato y asumió el control un Directorio republicano, con Vinnichenko como Primer Ministro, viéndose envuelto en la guerra con el gobierno bolchevique, con la complicación de que, por algún tiempo, las fuerzas alemanas de ocupación permanecieron en el país, hasta que se retiraron gradualmente por órdenes de los aliados. Los bolcheviques, mientras tanto, avanzaron sobre los territorios controlados por el Directorio y capturaron Kiev en febrero de 1919. Antes, en noviembre de 1918, se había constituido en la Galicia oriental un gobierno occidental ucraniano, que había otorgado su adhesión al Directorio ucraniano; y, en el sur, la marina francesa había tomado Odesa y otros puertos del Mar Negro y, bajo su protección, algunos rusos "Blancos" contrarrevolucionarios habían empezado a reunir sus fuerzas para atacar a los bolcheviques. La intervención aliada en apoyo de los "Blancos" comenzaba; pero los franceses, sin fuerzas adecuadas para avanzar más allá de los puertos de mar, estaban indecisos.

El Directorio ucraniano estaba también indeciso. Su conflicto con los bolcheviques lo inclinaba hacia la derecha y, en febrero de 1919, Vinnichenko fue expulsado del gobierno por su actitud socialista. Los "Blancos", sin embargo, no ocultaban su deseo de restaurar el antiguo régimen y de devolver a los terratenientes la tierra de la que habían

* Jefe cosaco. [E.]

tomado posesión los campesinos; y el Directorio, que acababa de derrotar a Skoropadsky, no estaba dispuesto a suscribir esto. Cuando Denikin, después de reunir sus fuerzas y obtener suministros militares y de otra especie de los aliados, avanzó sobre Ucrania y las regiones vecinas en su misión antibolchcvique, la conducta de sus fuerzas en las regiones que pudieron ocupar de inmediato molestó a toda la población campesina. Bandas .irregulares, entre ellas las del anarquista Néstor Makhno (1889-1943), asolaron sus vías de comunicación y emprendieron en su contra la guerra de guerrillas. A principios de 1918 Makhno había unido sus fuerzas con las de los bolcheviques contra la Rada controlada por los alemanes. Entonces, en julio, había vuelto al sur de Ucrania y había organizado su ejército de guerrillas que, moviéndose de un lugar a otro, proclamó la abolición de todo gobierno estatal y trató de instituir un sistema (o una ausencia de sistema) anarquista de control puramente localizado. Por algún tiempo Makhno mantuvo la asociación con el Ejército Rojo; pero, en la primavera de 1919, rompió con los bolcheviques, que insistían en la incorporación de sus fuerzas al ejército, y se convirtió en un poco más que un jefe de bandoleros. Desempeñó un papel importante cansando a las fuerzas de Denikin y ocupando distritos a la retaguardia de su avance; y, cuando Denikin se vio obligado a retirarse, Makhno hizo de nuevo una alianza temporal con los bolcheviques contra él y contra Wrangel, el último de los jefes contrarrevolucionarios. El final de la guerra de intervención fue fatal para su parte. Se vio forzado a escapar a través de la frontera con unos cuantos seguidores y desapareció de la historia.[1]

Entretanto, el oficial general de las fuerzas armadas ucranianas era Simón Petliura (1879-1926), miembro del Directorio con algunos antecedentes socialistas, pero fundamentalmente un nacionalista sin grandes preocupaciones por la política social. Pethiura había actuado en la Rada desde un principio, y había dirigido la parte militar de la rebelión contra Skoropadsky en noviembre de 1918. Se había convertido entonces en el principal rival de Vinnichenko en el Directorio y se había opuesto a todo intento de transacción con los bolcheviques. En febrero de 1919 abandonó el Partido Socialdemócrata, depuso a Vinnichenko del gobierno y trató de obtener la ayuda francesa para una Ucrania independiente. Los franceses, sin embargo, estaban ocupados en fortalecer a Polonia como pieza central de su proyectado "cordón sanitario" contra el bolchevismo; y los polacos pretendían no sólo la Ucrania occidental, antes austríaca, sino también una gran zona de población mixta, antiguamente bajo el dominio ruso, que también re-

[1] Sobre Makhno y sus ideas, véase vol. V, p. 194.

clamaban los ucranianos. Los intentos de Petliura por lograr el reconocimiento aliado fracasaron, pues.

Siguió entonces un periodo de la mayor confusión. Los socialistas, encabezados por Hrushevsky y Vinnichenko, querían intentar un acuerdo con los bolcheviques y estaban dispuestos a aceptar una República soviética ucraniana dentro de un Estado federal ruso, a condición de que Ucrania fuera autónoma y que se mantuviera libertad para diversos partidos, al menos de izquierda y de centro. Los nacionalistas de derecha, por otra parte, seguían tratando de obtener el reconocimiento aliado para una Ucrania independiente y, en la esperanza de esto, enviaron un número increíble de misiones a las diversas capitales europeas, así como a la Conferencia de Paz en París, para abogar por la causa nacional y representar a Ucrania como enemigo inflexible de los bolcheviques. En marzo de 1919 el grupo de Hrushevsky, que objetaba enérgicamente los procedimientos del Directorio, estableció un Comité para la Defensa de la República, en oposición a aquél. Petliura, que había estado apoyando al Directorio, modificó entonces su línea, persuadió al recién formado Comité a que se disolviera v sustituyó al gobierno del Directorio por un gabinete predominantemente socialdemócrata, encabezado por Boris Martos. El ala derecha intentó entonces un contragolpe, pero fue derrotada, quedando Petliura con el control, pero ¿control de qué? De muy poca cosa, de hecho; porque casi toda Ucrania estaba en manos del Ejército Rojo o de los polacos o de los Rusos Blancos y los franceses, que habían ocupado los puertos del Mar Negro. El nuevo gobierno ucraniano fue empujado de un lugar a otro, viajando en un tren blindado y sin ejercer autoridad alguna, excepto en la zona cada vez más estrecha ocupada por sus mermadas fuerzas militares.

Entretanto en París la Conferencia de Paz, donde Ucrania no tenía representación oficial, debatía una v otra vez el problema ucraniano, pero principalmente en relación con la Ucrania occidental, donde franceses e italianos eran fuertes sostenedores de las pretensiones polacas, mientras Lloyd Georgc y el presidente Wilson mantenían una actitud crítica y deseaban presionar a Polonia para que detuviera la ofensiva lanzada por Pilsudski contra el gobierno de la Ucrania occidental. Los polacos, sin embargo, confiados en el apoyo francés, persistieron en su ataque y la posición militar de la Galicia oriental se hizo tan seria para los ucranianos occidentales que se confirieron poderes dictatoriales a Eugene Petrushevieh. El dictador no pudo controlar el avance polaco y pronto sus fuerzas tuvieron que retirarse a la Ucrania oriental, abandonando Galicia en manos de los polacos. La Conferencia de Paz de París autorizó entonces el hecho consumado, reservándose el juicio acerca de la disposición definitiva del territorio en disputa.

Mientras la invasión polaca a la Galicia oriental estaba en marcha, Vinnichenko había tratado de negociar indirectamente con el gobierno soviético ruso. Por entonces el gobierno soviético de Béla Kun estaba en el poder en Budapest, pero consciente de que sus perspectivas de supervivencia eran casi nulas si no obtenía ayuda de Rusia. Vinnichenko propuso a Béla Kun que los rusos reconocieran un gobierno soviético en Ucrania, basado en una coalición de socialistas y comunistas y que los ucranianos abrieran el paso a las fuerzas rusas para avanzar sobre Hungría, a través de los Cárpatos. El gobierno bolchevique rechazó esta proposición, acusando a Vinnichenko de reaccionario pequeño burgués, con quien no querían tener ninguna relación. Ciertamente, tenía bastante con la lucha contra Denikin para no tomar con cautela tan peligrosa aventura, que lo habría embrollado con Rumania y con Polonia y habría podido provocar una nueva intervención francesa.

A mediados de junio de 1919, las fuerzas de Denikin habían capturado Karkov y, en agosto, avanzaban sobre Kiev. Pediura, reforzado por el ejército de la Galicia oriental, avanzaba también sobre Kiev; y las dos fuerzas llegaron a la ciudad al mismo tiempo y la ocuparon desde extremos diferentes. Esto produjo pronto una disputa y los ucranianos tuvieron que retirarse. Entonces el ejército de la Galicia oriental, sin el consentimiento de Petrushevich, inició las negociaciones con Denikin y concertó un tratado de acuerdo con el cual deponía las armas. Petrushevich escapó a Viena, donde continuó haciendo propaganda en pro de la independencia de Galicia. Pediura, en una posición militar desesperada, prosiguió la lucha hasta noviembre y se refugió entonces en Polonia. Hubo violentas recriminaciones mutuas entre los dirigentes ucranianos orientales y occidentales, acusando los primeros a los de Galicia de traicionar la causa nacional y los últimos a los primeros de ser criptobolcheviques porque se negaban a jugarse la suerte con Denikin, al que los aliados apoyaban entonces en sus pretensiones de ser el salvador de Rusia del dominio bolchevique. Había también importantes diferencias religiosas entre los ucranianos, siendo los orientales ortodoxos, mientras los occidentales eran uniatas y reconocían al Papa; y, además, el este era predominantemente socialista, aunque no bolchevique, mientras el oeste estaba por entonces dominado por los antisocialistas. Además, la parte occidental era esencialmente antipolaca, más que antirusa, mientras que la parte oriental luchaba por la libertad del control ruso.

La guerra ucraniana terminó, pues, por el momento con la desaparición de ambos gobiernos ucranianos; pero Makhno y otros líderes guerrilleros permanecieron en la lucha hostilizando a la retaguardia de Denikin. El éxito de Denikin en su invasión a Rusia fue de corta

duración: en el invierno de 1919-20 sus fuerzas fueron gradualmente rechazadas, hasta que en marzo de 1920 se vio obligado a refugiarse en Crimea, donde entregó el mando al general Wrangel. También el almirante Kolchak fue liquidado por el Ejército Rojo; y los aliados, comprendiendo la inutilidad de la política de intervención armada, retiraron sus fuerzas del suelo ruso. La República Soviética Ucraniana se estableció firmemente con ayuda de la Rusia bolchevique; y sus opositores nacionalistas fueron reducidos a una total impotencia, aunque siguieron agitando activamente en el extranjero. Fue en estas circunstancias que Petliura, refugiado en Polonia, llegó a un acuerdo con Pilsudski, renunció a las pretensiones ucranianas en la Galicia oriental y logró, a cambio, el reconocimiento de Polonia para el derecho a la independencia de la Ucrania oriental, sujeto a la determinación de fronteras que concedieran extensas regiones fronterizas ucranianas o rutenas a los polacos. Petliura no tenía autoridad del Directorio ucraniano, que de hecho había dejado de existir, para llegur a este acuerdo y sus actos fueron abiertamente rechazados por muchos de sus antiguos partidarios. Hrushevsky y Vinnichenko, que regresaron a la Ucrania soviética y aceptaron el nuevo orden, discutieron vehementemente el derecho de Petliura a llegar a semejante acuerdo. El llamado "Tratado de Varsovia" permitió, sin embargo, a Petliura dedicarse a crear un nuevo ejército para cooperar con Pilsudski en la invasión del territorio soviético. Sus tropas, escasas en número, participaron en la invasión polaca a Ucrania y en la toma de Kiev en mayo de 1920; y, el 25 de mayo, se estableció en la ciudad un nuevo gobierno ucraniano sólo para ser depuesto una o dos semanas después por el Ejército Rojo en marcha, que recuperó Kiev el 11 de junio y avanzó después sobre Galicia oriental, para amenazar poco después a Varsovia. Vino entonces la detención del ataque ruso, la derrota de los rusos ante Varsovia v, en octubre de 1920, el armisticio entre Rusia y Polonia, que llevó al Tratado de Riga, en marzo de 1921. Aun después del armisticio, que significó para Petliura el abandono de los polacos, no perdió las esperanzas. Se arregló para ocupar una pequeña región en Volhynia v desde allí trató de llegar a un acuerdo con Wrangel, contra el cual dirigía entonces el grueso de sus fuerzas el Ejército Rojo. Pero su intento no tuvo resultado alguno; y, después de la firma del Tratado de Riga, Petliura se vio obligado a retirarse hacia la Galicia occidental donde permaneció, manteniendo las apariencias de un gobierno en el exilio hasta 1923., Se radicó entonces en París, donde fue asesinado tres años después por un trabajador judío, Samuel Schwarzbart, en venganza por los pogroms que habían tenido lugar en Ucrania durante su estancia en el poder. Petliura fue una extraña figura; no es exacto calificarlo de "bandido" porque es evidente que lo impulsaba un deseo

auténtico de lograr la independencia de Ucrania, aunque estuviera dispuesto a ceder la Galicia oriental a los polacos, en la esperanza de lograr el apoyo de Pilsudski a sus pretensiones en la Ucrania oriental. Editor socialista en sus días de juventud y miembro activo del Partido Socialdemócrata ucraniano, pronto abandonó el socialismo en el curso de la lucha nacional y se alió a los nacionalistas de derecha contra Hrushevsky y Vinnichenko y después hasta con Pilsudski, que tenía un pasado socialista-nacionalista parecido. Su talento era de jefe militar; como político no tenía relieve. La situación increíblemente confusa de las fronteras rusopolacas le permitió convertirse en figura de notoriedad europea por algunos años después de 1917; pero su importancia real fue pequeña. Nunca hubo posibilidades de que Ucrania pudiera establecerse como un Estado soberano realmente independiente, aparte de Rusia. Si los alemanes hubieran ganado la guerra, habría podido sostenerse una Ucrania nominalmente independiente, como títere de los alemanes; pero desde el momento de la derrota alemana no había posibilidad de otra cosa más que una Ucrania soviética, estrechamente unida a Rusia en lo que sería la Unión Soviética. Si los bolcheviques hubieran caído v los Rusos Blancos hubieran obtenido la victoria ni siquiera habría tenido oportunidad Ucrania de la autonomía que logró dentro del régimen bolchevique.

En cuanto a los socialistas ucranianos, no hay mucho que decir. Del lado bolchevique los dirigentes más conocidos fueron Dimitri Z. Manuilskv (1883-?), después activa figura en el Comintern, que era ucraniano y Christian Rakovskv (1873-?), que no era ni ucraniano ni ruso, sino búlgaro de Dobrudja, quien había desempeñado por largo tiempo un importante papel en el movimiento socialista de los Balcanes y al que se designó para presidir la República Soviética Ucraniana.- Entre los dirigentes no bolcheviques de los socialistas ucranianos las figuras principales fueron el profesor Hrushevsky y Vinnichenko, el primero notable en el movimento cultural nacionalista y el segundo también figura literaria además de político. Iaroshevsky, fundador del Partido Socialista ucraniano, había muerto en 1914; y, aparte de Petliura. no hubo otra figura de importancia más que local, a no ser que se considere al guerrillero anarquista Néstor Makhno, cuvo postura peculiar va hemos descrita." Boris Marios e Isaac Macepa, que desempeñaron Timbos el cargo de Primer Ministro, eran socialdemócratas. Los socíalrcvolucionarios ucranianos, algunos de los cuales estaban muv teñidos de antisemitismo campesino, no dieron ningún dirigente de importancia.

- Sobro lnikovsliv. véase vol. IV, p. 70.
" Véase vol. V. p. 104.

CAPÍTULO XIX

POLONIA, 1914-1931

Polonia recobró su *status* de Estado independiente a fines de la primera Guerra Mundial, después que gran parte de su territorio sufrió severamente en el curso de la lucha. Además, surgió como Estado con fronteras indeterminadas, que permanecerían así por varios años. Su derecho a la independencia, en las condiciones de 1918, descansaba principalmente en los Catorce Puntos del Presidente Wilson, siendo su base el derecho a la autodeterminación nacional. Pero entre los polacos las demandas iban generalmente mucho más allá. La mayoría de los nacionalistas polacos pedían, cuando menos, una Polonia independiente que cubriera todo el territorio de la Polonia del siglo xvni, antes de las divisiones; y esto significaba la inclusión dentro de sus fronteras de gran número de ucranianos o rutenos, rusos blancos, lituanos y alemanes, algunos de los cuales vivían como minorías nacionales en regiones pobladas principalmente por polacos, pero otros en regiones donde los polacos constituían sólo una pequeña minoría del total. Los nacionalistas polacos, de hecho, apelaban no sólo a la nacionalidad, sino también a la historia; y algunos de ellos extendían inclusive sus demandas más allá de los territorios del reino polaco del siglo xviii y depositaban sus esperanzas en una Gran Polonia, que incluyera toda la Ucrania, la Rusia Blanca, toda Silesia, toda Lituania y, quizá, inclusive el territorio todo de los Estados Bálticos y de la Prusia oriental y Pomerania, si no dentro de un Estado polaco unitario, al menos dentro de una Polonia federal, que concediera una autonomía limitada a los grandes distritos no polacos.

Cuando estalló la guerra en 1914 había tres Polonias —la rusa, la austríaca y la prusiana— y los habitantes de estos tres territorios se vieron enfrentados unos contra otros en la guerra —los polacos rusos por una parte y los austríacos y los alemanes por la otra. Los habitantes de estos territorios fueron llamados al servicio militar de las tres gTandes potencias y sus recursos productivos fueron considerados como parte de los recursos de cada potencia para la lucha. En el curso de la guerra una gran parte de la lucha se desarrolló en suelo polaco y muchos territorios cambiaron de manos, algunos más de una vez. Las pérdidas fueron considerables, tanto en hombres como en el terreno de la producción; y las dificultades fueron muy severas. Durante casi toda la etapa bélica la mayor parte de la Polonia rusa estuvo ocupada por los alemanes y sujeta al gobierno militar alemán que delegaba al-

gunas funciones en un Consejo Polaco establecido bajo el control militar alemán. Los alemanes hicieron grandes esfuerzos en el periodo final de la guerra para incorporar reclutas polacos a sus fuerzas armadas y utilizar a la Polonia rusa como fuente de suministros y trataron de ganarse simpada prometiendo cierta autonomía, aunque no la independencia, a la Polonia del "Congreso" después de la guerra, pero sin extender esta autonomía a la Polonia prusiana ni a la austríaca. Muchos polacos, mientras consideraron posible que las potencias del Eje salieran victoriosas, colocaron sus mejores esperanzas en las perspectivas de esta autonomía; y, naturalmente, el desplome de Rusia en 1917 reforzó esta opinión, hasta que la inminencia de la derrota de Alemania y Austria-Hungría se hizo manifiesta en el verano de 1918. Entonces hubo que reajustar apresuradamente las actitudes —un proceso que no había terminado cuando se produjo la derrota definitiva en octubre y noviembre de ese año.

De las tres Polonias, la Polonia austríaca o Galicia, había sido la menos descontenta. Los polacos austríacos, aunque no constituían ninguna de las dos naciones dominantes de Austria-Hungría, ocupaban una posición de importancia considerable reconocida en el imperio austríaco y formaban un grupo influyente en el Reichsrath austríaco. Gozaban de una considerable autonomía provincial y podían utilizarla para gobernar a la numerosa población ucraniana o rutena de Galicia, compuesta principalmente por campesinos pobres. Los austríacos habían parecido apoyar, sin duda, en algunas ocasiones las pretensiones nacionalistas ucranianas, para controlar las pretensiones polacas; pero, en general, la política austríaca había sido favorable a las aspiraciones polacas de libertad cultural y los aristócratas de Galicia habían estado satisfechos con su situación en comparación con la de sus connacionales de la Polonia rusa o de la prusiana. Los socialistas de Galicia, dirigidos por Ignacy Daszynski (1866-1936), habían formado un importante sector del Partido Federal Socialdemócrata austríaco; y, en 1914, apoyaron a Austria-Hungría en la guerra, en no menor medida que los alemanes austríacos. Siguieron favoreciendo una reconstrucción federal del imperio austríaco, mientras hubo posibilidades de su supervivencia.

Los polacos prusianos tenían muchas más razones para estar descontentos con su situación en Alemania porque, por mucho tiempo, habían resistido obstinadamente los intentos prusianos de "germanización" —incluyendo el traslado de colonizadores alemanes al territorio polaco, así como el control prusiano de la educación y la hostilidad prusiana a la Iglesia católica. Los polacos bajo el dominio alemán no tenían, sin embargo, los medios de expresión colectiva que tenían los polacos de Galicia; y, aun aparte de esto, muchos odiaban y temían a Rusia y preferían el dominio alemán al ruso. Durante la guerra, la

Polonia prusiana, que permaneció asegurada en manos de los alemanes, experimentó muchas menos dificultades que la Polonia austríaca o la rusa; y, en 1918, antes que las fuerzas alemanas se vieran obligadas a retirarse, experimentó hasta cierto punto el impacto de la Revolución alemana de noviembre de 1918, cuando se formaron Consejos de soldados en los regimientos estacionados en la región. Excepto en la parte industrializada de Silesia, sin embargo, el socialismo no fue una fuerza poderosa en los distritos alemanes de población polaca; y la suerte de Silesia estuvo en la balanza por mucho tiempo después de 1918, hasta que el territorio fue dividido entre Alemania, Polonia y Checoslovaquia.

Finalmente la Polonia rusa, con Varsovia en el centro, formaba el corazón del nacionalismo polaco y fue la sede principal del Partido Socialista Polaco (P.S.P.), dirigido por Josef Pilsudski (1867-1935), que aparecería como el principal líder del nuevo Estado polaco. El P.S.P., que tenía el apoyo del núcleo principal de los trabajadores industriales polacos, era fuertemente nacionalista y vehementemente antirruso, aunque incluía un ala izquierda opuesta a cualquier forma de colaboración con los grupos nacionalistas burgueses. Pilsudski, como vimos[1] había sido en sus días de juventud un socialista activo, que hacia propaganda activa en pro del socialismo en su periódico clandestino, *Robotnik (El Trabajador),* donde trazó una clara distinción entre el nacionalismo burgués y el proletario. Pero, de cualquier manera, desde 1914 su socialismo se debilitó rápidamente, dando lugar a una forma radical de nacionalismo fundado en fuertes sentimientos antirrusos. A diferencia de los nacionalistas bur»uescs, el P.S.P. no fue nunca antisemita, ni siquiera antiucraniano. Su hostilidad a Rusia disminuyó por un tiempo después de la Revolución de febrero; pero, después de la Revolución bolchevique y la derrota de Alemania, se fortaleció nuevamente porque los socialistas del P.S.P. sospechaban de las intenciones de los bolcheviques en relación con la independencia de Polonia y la determinación de las fronteras entre Polonia y Ucrania. El socialismo de Pilsudski y del P.S.P. estaba intrincadamente ligado a la lucha contra el dominio ruso. Rival del P.S.P. era el Partido Socialdemócrata del reino de Polonia y Lituania, cuya principal inspiradora fue Rosa Luxemburgo. Este partido, como hemos visto,- no favorecía el nacionalismo polaco ni de ninguna otra especie, sino la acción común contra el zarismo con los trabajadores rusos y los trabajadores de todo el imperio zarista. Fuertemente internacionalista y hostil a toda forma de nacionalismo, no había estado de acuerdo, ni con la dirección

i Véase vol. III, p. 456.
^ Véase vol. III, p. 452.

del P.S.P., ni con Lenin, en la cuestión de la autodeterminación nacional y abogaba por la causa de la Revolución proletaria universal. En 1917 dio todo su apoyo a las dos revoluciones rusas; y cuando terminó la guerra se unió al ala izquierda del P.S.P. para establecer un Partido Comunista polaco, que fue de los primeros afiliados a la Tercera Internacional. Tenía, sin embargo, aun en 1918, muchos menos partidarios entre los trabajadores polacos qu» el núcleo principal del P.S.P., que seguía a Pilsudski en su papel de liberador nacional.

Cuando estalló la guerra en 1914, Pilsudski estaba en Galicia, donde había tratado de organizar un movimiento destinado a crear, en suelo austríaco, una fuerza de guerrillas contra el dominio ruso en la Polonia del "Congreso", con el apoyo pasivo de Daszynski y los socialdemócratas de Galicia. Pilsudski había organizado a sus seguidores en cuerpos de rifleros, para los cuales trató de conseguir armas de las autoridades austríacas. Poco después de iniciada la guerra avanzó sobre la Polonia rusa a la cabeza de una pequeña fuerza armada y tomó la ciudad de Kielce, pero no pudo lograr el apoyo austríaco mientras no aceptó, en contra de su voluntad, la incorporación de sus rifleros al ejército austríaco, pero como una fuerza distinta, con sus propios oficiales. En las primeras etapas de la guerra, hubo duras peleas en la Polonia austriaca y en la rusa, ocupando los rusos gran parte de Galicia y rechazando un avance alemán dirigido contra Varsovia. Pero en la primavera de 1915 los alemanes y austriacos lanzaron grandes ofensivas en ambas regiones y la mayor parte de ellas fue ocupada. Como consecuencia, la Polonia rusa fue dividida entre Austria y Alemania, con un gobernador general alemán en Varsovia y uno austriaco en Lublin. Poco más de un año después, en enero de 1917, alemanes y austriacos establecieron en Varsovia un Consejo de Estado y una Dieta para la Polonia del "Congreso , en un intento de ganarse el apoyo para reclutar fuerzas polacas y reforzar sus mermados ejércitos. Pilsudski fue nombrado miembro de este Consejo, que quedo estricta mente sujeto a las autoridades militares de ocupación y pronto estuvo en desacuerdo con éstas por los términos de una propuesta apelación a los polacos para alistarse en el servicio como voluntarios. En julio de 1917, Pilsudski renunció al Consejo, después de intentar persuadir a sus miembros pata que renunciaran en bloque, como protesta contra las limitaciones que se le habían impuesto. Fue arrestado entonces por los alemanes y encarcelado en la fortaleza de Magdehurgo. donde permaneció hasta que fue libertado después de la derrota alemana al año siguiente. Poco después de su arresto, el Consejo de Estado renunció efectivamente y fue sustituido por un Consejo de Regentes, bajo el cual se constituyó una especie de gabinete, pero, sujeto al veto del gobernador militar. Se produjo entonces en Rusia la Revolución

bolchevique, seguida de las negociaciones para un armistício en Brest-Litovsk. El gabinete polaco de Regencia quería estar representado en estas negociaciones, pero los alemanes se negaron; y, .cuando un distrito de la Rusia polaca —el de Cholm— fue entregado a Ucrania, el gabinete polaco renunció y los miembros polacos del Reichsrath austríaco, que ya habían pedido la independencia de Polonia, retiraron su apoyo al gobierno austríaco. En la Polonia rusa, bajo los regentes constituyó un nuevo gabinete, integrado por funcionarios oficiales, y se decidió también formar una especie de Parlamento, integrado en parte por elección y en parte por designación, con el nombre de Consejo de Estado. Este organismo se reunió en junio de 1918, pero se dispersó en julio y nunca llegó a reunirse de nuevo. Finalmente, cuando fueron evidentes los síntomas del colapso inminente de ^s potencias del Eje, el Consejo Polaco de Regentes, a principios de octubre, disolvió el Consejo de Estado y trató de constituir un nuevo gobierno, que representara a toda Polonia, para efectuar elecciones fiara una nueva Asamblea (Sejm), que sería electa por sufragio universal. El nuevo gobierno proclamó la independencia de Polonia el 3 de noviembre de 1918, pero fue depuesto por los regentes, quienes instalaron un gabinete provisional también integrado por funcionarios oficiales. Pocos días después, el dirigente socialista de Galicia, Daszynski, proclamó una República Popular polaca en Lublin, en lo que había sido zona de ocupación austríaca. Entonces, el 11 de noviembre Pilsudski, liberado de la prisión, llegó a Varsovia y fue aclamado tumultuosamente. Los regentes, que habían estado tratando de formar un nuevo gobierno, se vieron obligados a renunciar y transferir, plenos poderes a Pilsudski, en espera de la formación de un gobierno nacional de todo el territorio liberado. Polonia, en eclipse desde las divisiones,, se dispuso a asumir su posición como Estado nacional independiente.

En los años de la guerra habían surgido agudas divisiones entre los dirigentes polacos. Los polacos austriacos, como vimos, se habían puesto al lado de Austria contra Rusia y habían estado dispuestos, casi hasta el momento de la derrota de Austria, a aceptar una solución federal que otorgara a Galicia todo el territorio del resto de Polonia que pudiera unirse bajo el cetro de los Habsburgos. Los polacos prusianos habían permanecido bajo el dominio alemán, no sin protestas, pero sin estar en posición de actuar. Los polacos rusos, por otra parte, habían estado agudamente divididos entre los llamados rusófilos, que demandaron en un principio sólo la autonomía dentro del imperio zarista, pero después pidieron la independencia total de una Polonia unida —lo que se lograría con la ayuda de los aliados occidentales y del presidente Wilson— por una parte; y, por otra, los llamados "independentistas", que trataron al principio de colaborar con los austria-

eos, pero esperaban lograr la independencia de Polonia mediante una victoria de las potencias del Eje —o, quizá sería más justo decirlo así, con la denota de Rusia. La mayoría del ala derecha de los conservadores polacos —el llamado Partido Nacionaldemocrático, dirigido por Román Dmowski— apoyó a los aliados y estuvo representada durante la guerra por el Comité Nacional Polaco, con sede en París. Los principales partidos de izquierda —los socialistas y los populistas campesinos o Partido de la Liberación (Wyzwolenie)— adoptaron la actitud opuesta. El otro partido campesino —el Piast, presidido por Wincenty Witos y apoyado principalmente por campesinos relativamente acomodados— tenía su centro más importante en Galicia y fue predominantemente partidario de los austríacos, mientras Polonia no se convirtió en Estado independiente. Entre Pilsudski, que aparecía como socialista, y el ultraconservador Dmowski había una profunda enemistad personal, que evitó que actuaran juntos, aun cuando a ambos les preocupaba hondamente que el nuevo Estado polaco se estableciera en el mayor territorio posible.

Polonia era, por supuesto, un país esencialmente agrícola, con propiedades rurales de toda especie y tamaño, desde las más exiguas hasta los grandes dominios,, más extensos en la parte oriental del país. Uno de los mayores problemas de la nueva República, en 1918-19, fue el de la reforma agraria; y, ante el gran malestar que cundía en el campo, se hicieron amplias promesas de redistribución de la tierra. Se distribuyó, de hecho, alguna fierra —aunque no mucha en relación con la totalidad del territorio— a campesinos pobres o desprovistos de tierra, durante los primeros años de la República: y se estableció una extensión máxima, que variaba entre las provincias orientales y el resto del país— con el proyecto de que todas las propiedades rurales que excedieran del máximo serían gradualmente redistribuidas en algunos años. Pero pronto se aumentó el máximo permitido y el proceso de redistribución fue considerablemente demorado, dejando grandes territorios todavía en manos de los grandes terratenientes, así como un número considerable de propiedades menores, pero también de importante extensión. En el primer Sejm electo por sufragio universal, los campesinos participaron en gran número y pudieron lograr la aprobación, por un solo voto de mayoría, de un drástico proyecto de reforma agraria, que consiguió apaciguar a los campesinos por el momento, aunque no se promulgó la ley hasta 1920, bajo el estímulo de la guerra ruso-polaca. Tan pronto como terminó la guerra, los terratenientes iniciaron una fuerte agitación en favor de algunas modificaciones a la ley agraria; y, tras el primer impulso de actividad, muy poco se hizo para llevarla a efecto. En 1923 Witos, entonces a la cabeza del gobierno, hizo un intento de modificar la ley y, con ello, de estimular su aplicación; pero el

único resultado fue su caída del poder. Por fin, a fines de 1925, se promulgó una Ley que establecía la redistribución de dos millones de hectáreas de tierra cada año durante diez años, sobre la base de una compensación altamente favorable para los propietarios. Pero ni siquiera este plan modificado fue llevado a efecto: después del golpe de Estado de Pilsudski, al año siguiente, todo el proceso de redistribución fue muriendo gradualmente.

Hasta el golpe de Pilsudski el problema de la reforma agraria acosó a los sucesivos gobiernos y, en cada Scjm se debatieron continuamente estas cuestiones. Las razones principales de que se hiciera tan poco fueron, en primer lugar, que los intereses de los terratenientes, fuertes de por sí, pudieron aprovechar las disensiones entre los grupos que favorecían una reforma en relación con la extensión de la tierra y las condiciones de compensación y redistribución y, en segundo lugar, que el Partido Piast de Witos oscilaba continuamente entre una posición centrista y el apoyo a la derecha, de modo que nunca hubo, después de los primeros meses, una mayoría en favor de una acción definida. Stanislas Thugutt (1873-1941), líder del partido campesino más radical, estuvo en el gobierno en 1918-19 y nuevamente en 1924-25, pero nunca en posición de hacer algo; y los socialistas, abandonados por Pilsudski desde los inicios mismos de la República, fueron siempre demasiado débiles en el Sejm para ejercer una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos.

Como hemos visto, el P.S.P. se dividió en 1906, cuando una importante minoría se separó para formar el P.S.P. de izquierda, con un programa social muy cercano al de los socialdemócratas. Este nuevo partido se mantuvo durante la guerra y, en 1919, se unió a los socialdemócratas para formar el Partido Comunista polaco. El P.S.P. sufrió otra división en 1916, cuando una minoría de derecha, encabezada por Pilsudski, lo abandonó para convertirse en sus partidarios personales en la lucha que emprendió por el poder. Los rusos, en 1919 y 1920, abrigaban grandes esperanzas de una revolución polaca al estilo de la suya y pensaban que esta revolución abriría el camino a la extensión de la Revolución mundial a Alemania y Occidente. Cuando la guerra ruso-polaca de 1920 abrigaban todavía estas esperanzas y creían que los trabajadores y campesinos polacos se levantarían en apoyo del Ejército Rojo cuando éste avanzara sobre Varsovia.[3] Pero no ocurrió nada semejante: por el contrario, la gran mayoría de los polacos defendieron la causa nacional contra los invasores y lo que resultó fue la supresión del Partido Comunista polaco, que fue empujado a la clandestinidad y perdió gran número de partidarios. El P.S.P. siguió en acción, en

3 Véase vol. V, pp. 232-3.

general al lado de Pilsudski en sus repetidas disputas con Dmowski y los partidos de derecha y considerándolo como "hombre de izquierda'' hasta el golpe de Estado de 1926, cuando no sólo el P.S.P., sino también los comunistas apoyaron a Pilsudski contra el gobierno de derecha. Pilsudski, en efecto, siguió siendo el héroe de la izquierda polaca mucho después que su política dejó de estar en armonía con la de ésta, no sólo por sus servicios a la causa de la liberación nacional, sino porque era el enemigo inveterado de Dmowski y los nacionalistas conservadores. Sólo después del golpe de Estado los socialistas descubrieron su error; y entonces no pudieron ofrecer una resistencia efectiva al nuevo régimen, que se estableció con el apoyo del ejército y los intereses capitalistas en ascenso.

Pilsudski, dotado temporalmente de plenos poderes al establecerse la República polaca, pareció al principio inclinado a aceptar un sistema democrático de gobierno parlamentario, aunque era fuertemente contrario a las partes de la Constitución, adoptada en 1921, que limitaban la autoridad del Presidente y establecían la sujeción del poder ejecutivo al legislativo. Nunca, declaró, aceptaría el cargo de Presidente con semejante Constitución: en vez de ello, se retiró formalmente, en 1923, a la vida privada, sin dejar de ejercer por un momento su influencia, que siguió siendo todopoderosa en el ejército y le permitió sembrar la discordia entre unos y otros partidos políticos con efecto devastador. En 1922, por negarse a aparecer como candidato, un amigo suyo, el antiguo socialista Gabriel Narutowicz (1865-1922) fue electo Presidente de la República, sólo para ser asesinado unos días después por un fanático nacionalista, siendo sustituido por el veterano socialista Stanislaw Wojcieehowski (1869-1953), quien permaneció ineficazmente en el poder hasta que fue depuesto por el golpe de Pilsudski de 1926, en favor del amigo personal de éste, el ingeniero y antiguo socialista Ignacy Moscicki (1867-1946). Hasta el asesinato de Narutowicz, Pilsudski había aparecido fundamentalmente como partidario del gobierno democrático parlamentario, aunque quería que el Presidente fuera más poderosos y que disminuyeran los partidos políticos representativos de diversos grupos y facciones. Pero el asesinato de Narutowicz produjo un cambio decisivo en su actitud, convenciéndolo de que el sistema parlamentario no era de confiar. La elección de Narutowicz se había logrado, contra el candidato de la derecha nacionalista, por los votos de los socialistas y de las minorías nacionales, incluyendo a los judíos y fue intensamente resentida por los nacionalistas extremos. Pilsudski esperó tres años más y, en 1926, tomó el poder mediante un golpe de Estado —todavía fundamentalmente como opositor del ala derecha ultranacionalista. Aun después del golpe de 1926, los socialistas no dejaron totalmente de apoyar a Pilsudski. Jedrzcj Moraczewski (1870-1944),

por ejemplo, que había sido Primer Ministro socialista en el primer gobierno de la República, de 1918 a 1919, volvió al gabinete como Ministro de Obras Públicas en 1925 y permaneció en ese cargo durante tres años y Daszynski, quien había sido Vicepremier en 1920-21, volvió al gobierno como presidente de la Cámara de Diputados (Sejm) en 1928.

La actitud y la política del P.S.P. eran, de hecho, mucho más radicales que socialistas en un sentido positivo. El partido estuvo bastante bien representado en el primer Sejm electo en 1919, pero perdió terreno considerablemente en 1922, cuando obtuvo sólo 41 diputaciones —menos de la décima parte del total. Le fue mejor en las siguientes elecciones, efectuadas en 1928, cuando su representación subió a 64, aunque tuvo que luchar contra el nuevo partido, el Bloque del Gobierno, creado por Pilsudski después del golpe de 1926. Después declinó ante el carácter crecientemente dictatorial del régimen de Pilsudski. En 1928 los comunistas, a pesar de estar proscritos como partido, pudieron obtener 7 asientos; pero sus representantes fueron expulsados pronto del Sejm después que trataron de callar al "dictador".

En el primer Sejm, al iniciarse la República, los socialistas y sus aliados del partido campesino apoyados por otros grupos radicales, habían podido poner en vigor una útil legislación laboral y social, incluyendo la jornada de ocho horas. «Pero, económicamente, el país estaba en muy mala situación y se evitó la inanición en masa sólo por la llegada, a tiempo, de ayuda de los Estados Unidos. Entonces, en 1920, la guerra ruso-polaca separó la atención de las medidas económicas y, después que terminó, la izquierda quedó tan debilitada que se pudo progresar muy poco. En el otoño de 1923 hubo muchas huelgas y disturbios, que el gobierno, entonces en manos del ala derecha conservadora, reprimió con la fuerza militar. La acción militar contra una huelga ferroviaria fue seguida de una breve huelga general; y, en Cracovia hubo una insurrección, en el curso de la cual los trabajadores ocuparon la mayor parte de la ciudad por dos días, antes de que fuera tomada por los militares. Estos disturbios laborales se complicaron y agravaron por los trastornos surgidos entre los polacos y las minorías nacionales, que constituían una parte considerable de la población. Polonia se vio obligada, por los Tratados de Paz, a estableeer un régimen de considerable autonomía cultural para estas minorías, entre las cuales la más importante eran la ucraniana en las provincias orientales y la judía, dispersos en casi todo el país, pero más numerosos en lo que había sido la Polonia rusa. Estas minorías, mientras las elecciones fueron relativamente libres, pudieron llevar un número considerable de miembros al Sejm, complicando así las luchas políticas de la derecha y la izquierda y dificultando la constitución de mayorías gubernamen-

tales coherentes. El antisemitismo era fuerte en Polonia, especialmente entre los partidos de derecha, como los nacionaldemócratas; y la derecha polaca era también fuertemente hostil al nacionalismo ucraniano y, a pesar de los tratados, empleó una gran violencia para suprimirlo y tratar de "polonizar" los distritos ucranianos. Pilsudski, como vimos, había soñado con una Gran Polonia, constituida sobre una base federal, con autonomía para los grupos nacionales dentro de sus distintos territorios. Pero estos planes de federación descansaban en la idea de una Polonia lo bastante extensa como para incorporar a toda Lituania, Ucrania, Rusia Blanca, casi toda Silesia y quizás hasta Latvia y Estonia, así como la Prusia oriental; y, aun sobre esta base, no habrían podido resolver el problema judío, porque los judíos vivían mezclados con otras nacionalidades y necesitaban autonomía cultural más que territorial.

Estos proyectos federativos, a los que se opuso siempre una gran parte del ala derecha nacionalista, desaparecieron en efecto cuando las esperanzas de esa Gran Polonia se eclipsaron después de los acuerdos que siguieron a la guerra ruso-polaca. Durante la guerra, Polonia 'legó temporalmente a un acuerdo con Simón Pediura, el líder guerri- ;ero ucraniano, según el cual Petliura renunciaba a las pretensiones ucranianas sobre la Galicia oriental, a cambio de la ayuda polaca para establecer una Ucrania independiente cubriendo casi toda la Rusia meridional. Este acuerdo fue ferozmente atacado por otros nacionalistas ucranianos, quienes lo consideraron una traición de la causa nacionalista ucraniana; y quedó anulado cuando los bolcheviques incorporaron casi toda Ucrania a la Unión Soviética. Pero en el acuerdo de 1921 Polonia pudo apropiarse de un territorio considerable al Este, habitado por una población mucho más cercana a los ucranianos o a los rutenos que a la nacionalidad polaca y que pertenecía a la Iglesia Ortodoxa más que a la Católica, de modo que en la nueva Polonia, tanto en la Galicia oriental como en las provincias fronterizas más al Norte, una población no polaca en número considerable, muy resistente a la "polonización" y con un sentido frustrado de parentesco, nacional y religioso, así como político y económico, con sus vecinos ucranianos en la Unión Soviética.

Todavía más al Norte, los polacos, aunque no lograron apropiarse de Lituania en su totalidad, pudieron apoderarse de gran parte de su territorio, incluyendo la antigua capital, Vilna —ciudad esencialmente polaca dentro de un territorio predominantemente lituano o ruso blanco—: también allí existía un enojoso problema de minorías, en una zona de gran importancia estratégica. Porque la extensión hacia el Norte del Estado polaco hacia Vilna y más allá separaba a la Unión Soviética de Lituania y, así del acceso a Alemania y al Oeste, excepto a través de Polonia. Esto suprimía la posibilidad de una ayuda rusa a la revolución alemana que los dirigentes soviéticos siguieron espe-

rando por largo tiempo. £1 territorio de Vilna, que los polacos conservaban por la fuerza, era una parte esencial del "cordón sanitario" que Francia buscaba crear como una barrera en el camino del bolchevismo hacia la Europa occidental; y su adquisición por Polonia fue el perjuicio más serio para Rusia como resultado del acuerdo de 1921. El acuerdo de Silesia supuso también la inclusión en la nueva Polonia de una minoría alemana; mientras que, en el Sur, la incorporación de la Rutcnia transcárpata en Checoslovaquia separaba a su población, muy emparentada con los ucranianos, de todo contacto directo con la U.R.S.S.

Polonia era, pues, un Estado multinacional dominado por un pueblo intensamente nacionalista que resentía y hacía lo posible, a través de sus clases dominantes, por evadir las obligaciones respecto a las minorías nacionales impuestas por los Tratados de Paz. Los conflictos nacionales resultantes operaron fuertemente en contra de la creación de un movimiento obrero unido y efectivo y agravaron las diferencias entre el P.S.P., predominantemente polaco, y los comunistas, que reclutaban a gran número de sus partidarios entre los minorías nacionales y podían hacer llamamientos al internacionalismo proletario. El hecho de que el Partido Comunista fuera ilegal en Polonia y tuviera que funcionar continuamente en la clandestinidad dificulta mucho el cálculo de su fuerza real. Parece haber tenido al principio muchos miembros, pero perdió mucho de su control cuando, durante la guerra ruso-polaca, acogió al Ejército rojo invasor como liberador. Cuando terminó la lucha, se dispuso a reconstruir sus fuerzas y logró algunos asientos en el Sejm, bajo los auspicios de organizaciones políticas locales improvisadas, que recibieron una legalidad temporal para los fines electorales, pero estuvieron siempre en peligro de ser disueltas y de que su propaganda fuera confiscada y sus candidatos, si resultaban electos, fueran expulsados del Sejm y arrestados y enviados a la cárcel. Los antiguos dirigentes, extraídos principalmente del Partido Socialdemócrata, se disputaron con el Comintern cuando la mayoría de sus miembros se pusieron de parte de Brandler en la disputa en torno a la conducta de los comunistas alemanes en 1923;[4] y después el control pasó a un nuevo grupo aceptable para el Comintern. Hubo muchos problemas en Polonia acerca de las tácticas del Frente Unido adoptadas por el Comintern después de 1921, ya que muchos polacos las consideraban inaplicables a las condiciones polacas. En 1926, como vimos, los comunistas, así como el P.S.P., apoyaron a Pilsudski cuando éste tomó el poder, pero pronto tuvieran motivos para lamentar su error. En 1928 los comunistas v sus aliados cercanos obtuvieron más de medio millón de votos en comparación cotí más de un millón del P.S.P.

[4] Véase p. 175.

El P.S.P., por su parte, mantuvo su actitud fuertemente antirrusa y siguió considerando a Pilsudski, hasta 1926, como el líder del nacionalismo popular contra el nacionalismo conservador de los de los nacionaldcmócratas y sus aliados. Cuando tuvo lugar el golpe, en mayo de 1926, el P.S.P. acababa de retirarse del gobierno de coalición que se había formado para resolver la severa crisis económica y tomar medidas para la estabilización de la moneda. Los dirigentes socialistas v obreros esperaban que la toma del poder por Pilsudski fuera seguida por la instauración de un gobierno de trabajadores y campesinos, dominado por el P.S.P. y el Partido Popular Campesino; y estos partidos pidieron a Pilsudski que disolviera el Scjm y efectuara nuevas elecciones, confiando que entonces los partidos de izquierda podrían obtener una mayoría. Pero Pilsudski estaba decidido, no a fortalecer sino a minar la influencia del Sejm; y le convenía más un Sejm controlado por la derecha, pero consciente de su debilidad frente al ejército y la corriente de la opinión popular. Tan pronto como esto se hizo evidente del P.S.P., después de una lucha interna con los admiradores de Pilsudski en sus filas, se declaró en oposición al nuevo régimen; y, llegado el momento, luchó en la campaña electoral de 1928 como partido de oposición. Sobre esta base pudo concertar una alianza con el Partido Socialdemócrata alemán en Polonia y recuperar para sus filas a la mayoría de los miembros del Partido Socialista Independiente polaco, que se había separado del P.S.P. en 1922, bajo la dirección de Boleslaw Drobncr, para adoptar una actitud más militante. Después de las elecciones de 1928, el antiguo dirigente del P.S.P. Daszvnski fue electo presidente del Sejm y otro viejo leal Hermán Diamand (1861-1931), lo sucedió como presidente del partido. Otro veterano, Félix Perl (n. 1871) había muerto en 1927. En 1928 el partido reforzado logró triunfos considerables en las elecciones locales, así como en las elecciones para el Sejm y obtuvo, solo o en coalición con los socialdemócratas alemanes y el Bund judío, el control mayoritario en varias ciudades, incluyendo Lodz, Lublin y Vilna —en esta última en conjunción con el Partido Popular Campesino. Logró también la presidencia del municipio de Varsovia.

Estos triunfos, sin embargo, no salvaron al P.S.P. de recibir fuertes golpes cuando Pilsudski, con el apoyo de la mayoría de las clases capitalistas y financieras, así como del ejército, se dedicó a integrar a sus propios partidarios políticos en forma de un bloque sin partidos. Las elecciones de 1928 habían imposibilitado a Pilsudski para llevar a cabo la reforma constitucional que deseaba —un gran aumento en los poderes del presidente a expensas del Sejm— ya que un cambio en la Constitución exigía una mayoría de las dos terceras partes. Sólo en las elecciones de 1930, en las cuales los candidatos de oposición fueron sometidos a una gran represión, logró el bloque de Pilsudski una aliso-

luta mayoría; y, aun entonces, no llegó a las dos terceras partes exigidas. No fue hasta 1935 cuando Pilsudski pudo imponer su nueva Constitución a través del Sejm con la mayoría necesaria —y, aun en ese momento, sólo mediante un truco parlamentario. Por fin pudo, sin embargo, salirse con la suya, pero sólo para morir pocas semanas después de su triunfo, dejando como heredero del poder al llamado "Régimen de los coroneles".

El régimen de Pilsudski, tal como se desarrolló después de 1926 v más aún después de 1930, fue esencialmente una dictadura, aunque permitió que el Sejm continuara una oscura existencia y conservara la mayoría de las formas parlamentarias. Descansaba en dos fuentes de poder: el prestigio enorme de Pilsudski y el ejército, que sentía devoción por él. En 1926 pudo destruir la influencia de Dmowski y los nacionaldemócratas, excepto en lo que había sido la Polonia prusiana y después logró desintegrar el Piast (partido campesino) de Wito, enviando a su líder al exilio. Destruyó así el poder de sus opositores conservadores e indujo al grueso de sus partidarios a apoyarlo; pero conservó también el apoyo de muchos nacionalistas que antes habían apoyado a los partidos de izquierda. Pudo entonces tratar drásticamente a sus oponentes —el P.S.P., los comunistas, los campesinos populares y algunos de los grupos nacionales minoritarios, incluyendo a los judíos. Al principio, Pilsudski adoptó una enérgica actitud contra el régimen nazi de Alemania —hasta el punto de acercarse a los franceses, con proposiciones de una guerra preventiva. Sólo en una etapa posterior, de 1936 a 1938, dieron señales sus sucesores de apoyar a los nazis. La dictadura polaca, mientras Pilsudski estuvo en el poder, tuvo poco en común con la ideología del nazismo. Simpatizaba con las clases pobres más que con los aristócratas conservadores, pero se encontraba impotente para realizar grandes reformas sociales y económicas, ante su decidida oposición. Sólo después de la muerte de Pilsudski mostraron sus sucesores afinidades ideológicas con el nazismo; y estos acontecimientos de los años treinta caen fuera del periodo que cubre el presente volumen.

CAPÍTULO XX

LA REPÚBLICA DE WEIMAR, 1922-1931

Después del abortado levantamiento comunista de 1921 y los trastornos sucesivos dentro del Partido Comunista alemán y entre sus dirigentes y el Comintern, el número de miembros del partido bajó precipitadamente en más de la mitad; y los nuevos dirigentes, con instrucciones recibidas del Tercer Congreso del Comintem, tuvieron que trazar una política enteramente nueva. Esta nueva política, establecida para su aplicación en todo el mundo, se designó con el nombre altamente equívoco de 'Trente Unido" y surgió de inmediato una aguda disputa acerca del significado del término. Se hizo una distinción entre el "Frente Unido desde arriba", en forma de negociaciones para la unidad de acción entre los dirigentes de los partidos comunistas y los de los partidos socialdemócratas o los sindicatos y el "Frente Unido desde abajo" —que significaba la acción de los comunistas para agitar a las masas en torno a cuestiones de interés inmediato para la gran mayoría de trabajadores, para forzar a los dirigentes socialdemócratas y sindicales a apoyar las propuestas comunistas o colocarlos en oposición a los deseos de sus propios partidarios. Con este espíritu el mismo Comintern entabló negociaciones, como vejemos, con la Segunda Internacional y la Internacional "Dos y Media",[1] pero adoptó en las discusiones una actitud intransigente, de tal manera que las negociaciones se rompieron rápidamente. Del mismo modo, en Gran Bretaña, el Partido Comunista pidió la afiliación al Partido Laborista, poniendo en claro que reclamaba el derecho a abogar por su propia política en caso de ser aceptado —lo que, por supuesto, no sucedió. En Alemania surgió el problema de si los comunistas debían estar dispuestos a participar en los gobiernos socialistas que existían en algunos de los *Lander* alemanes; pero se subrayó principalmente el "Frente Unido desde abajo" —sobre todo, tratando de obtener apoyo en los sindicatos y comités de fábricas establecidos por ley en 1919 mediante llamados a la acción para lograr mejores salarios y condiciones de trabajo, en la esperanza de que luchas inmediatas y más vigorosas con los patronos pudieran ayudar a impulsar a las masas a una actitud más revolucionaria. Había diferencias de opinión entre los comunistas alemanes acerca de las tácticas que debían seguirse en relación con el "Frente Unido". Un grupo de izquierda, encabezado por Ruth Fischer (n. 1895), temía que, al pro-

[1] Véase p. 206.

mover el "Frente Unido desde arriba" o al estar demasiado dispuesto a transigir para lograr el "Frente Unido desde abajo", el Partido Comunista pudiera, en vez de penetrar las filas de los sbcialdemócratas y de los sindicatos, ser penetrado por sus oponentes, dejando que sus propios miembros fueran seducidos. Pero la mayoría de los dirigentes comunistas negaban la realidad de este peligro y defendían la nueva política como correcta, en vista de la relativa debilidad del partido después de los desastres de 1921.

Toda la política del "Frente Unido", por su supuesto, descansaba en el reconocimiento por el Comintern de que no existían ya perspectivas de una revolución proletaria inmediata en toda Europa, después de los acontecimientos negativos de 1921. En efecto, en el Cuarto Congreso del Comintern, efectuado en noviembre y diciembre de 1922, se habló mucho de la "contraofensiva capitalista" que progresaba en gran parte del mundo y acerca de la necesidad de evitar el *putchismo* dentro de las condiciones desfavorables prevalecientes. Los dirigentes del Comintern estaban convencidos aún de que la oportunidad de acción revolucionaria volvería pronto. No habían renunciado a la idea de que el capitalismo mundial se acercaba a una "crisis definitiva" y que pronto el colapso económico del capitalismo recrearía las condiciones necesarias para un nuevo avance revolucionario, en el que esperaban todavía que Alemania ocupara una posición clave. Pero, por el momento, reconocían que la revolución era impracticable; y, en consecuencia, la tarea de los comunistas era prepararle el camino, ampliando su control sobre la clase obrera, mediante la participación en sus luchas cotidianas para mejorar, o defender su posición dentro del capitalismo. Éste era el significado de la política de "Frente Unido" que los partidos comunistas habían sido llamados a adoptar en el Congreso del Comintern en 1922.

Las primeras demostraciones de la nueva política en acción se relacionaron con la huelga ferroviaria de 1923, ejemplificando la política del "Frente Unido desde abajo" y con las manifestaciones que siguieron al asesinato de Walther Rathenau, en junio de ese año. Los socialdemócratas habían participado en el gobierno de coalición de Josef Wirth, católico de centro, en octubre de 1921; y, con este gobierno, se promulgaron en junio del año siguiente varias Ordenanzas de Emergencia para la protección de la ley y el orden. Después del asesinato de Rathenau, estas ordenanzas fueron sustituidas por una Ley para la protección de la República. Hubo grandes manifestaciones "en favor de la República" dirigidas contra los reaccionarios monárquicos, y los comunistas al igual que los republicanos burgueses participaron, pero el Comintern les advirtió formalmente que no debían identificarse con la defensa de la República burguesa de Weimar, basándose en

que este compromiso se salía de cualquier interpretación auténtica del "Frente Unido". Se retiraron entonces y concentraron esencialmente su atención en la participación en la lucha económica diaria y en el fortalecimiento del control sobre los comités de fábrica. La política de dividir el movimiento sindical fundando sindicatos comunistas rivales fue definitivamente eliminada y se toleraron varios sindicatos sólo cuando la exclusión de los comunistas de.los sindicatos "libres" no dejaba otra alternativa. Cuando se reunió, en noviembre de 1922, el Cuarto Congreso del Comintern, el Partido Comunista alemán pudo felicitarse del considerable progreso que se estaba logrando en estos aspectos.

En este momento cayó el gobierno de Wirth y fue sustituido por un gobierno de derecha, encabezado por Wilhelm Cuno, del Partido Popular, sin representación socialista. En enero de 1923, el Congreso de Leipzig del Partido Comunista alemán votó en favor de la acción conjunta con los socialistas frente a una oposición de izquierda encabezada por Ruth Fischer, Forkadi Maslow (1891-1941) y Ernest Thaelmann (1886-1944). En este momento los franceses, sin apoyo de Gran Bretaña, marchaban sobre el Ruhr, sosteniendo que Alemania había incumplido sus obligaciones respecto a las reparaciones estipuladas en el Tratado de Versalles; y empezó la gran lucha provocada por la ocupación. Los mineros del Ruhr fueron a la huelga el 23 de enero y, una semana después, los franceses asumieron el control de los ferrocarriles en el territorio ocupado. Un movimiento general de resistencia pasiva se inició por parte de la población del Ruhr y recibió el apoyo del gobierno alemán, que se comprometió a sufragar los gastos de la resistencia.

No es este el lugar para hacer una historia detallada de la lucha en el Ruhr, en 1923-24. Lo que ahora nos preocupa no son los acontecimientos de la lucha como tal, sino más bien sus efectos sobre la situación interna de Alemania en general. Franceses y belgas marcharon sobre el Ruhr porque acusaban a los alemanes de no hacer, deliberadamente, las entregas correspondientes a las reparaciones y reclamaban el derecho a ocupar el territorio del Ruhr como garantía del cumplimiento, por parte de Alemania, de las obligaciones contenidas en los Tratados. Los alemanes respondieron que resultaba imposible para ellos responder a demandas tan fantásticamente elevadas como las que se les imponían —lo que era, indudablemente, cierto— pero había sin duda poderosas fuerzas en Alemania, hostiles a toda política de "cumplimiento", que hacían lo posible por sabotear las entregas que hubieran podido hacerse. La invasión del Ruhr, por supuesto, haría más difícil el cumplimiento de tales compromisos a no ser que la población, patronos y obreros por igual, hubiera estado dispuesta

a cooperar con las fuerzas de ocupación; y, aun si así hubiera sido y si los franceses hubieran podido apoderarse y trasladar la cantidad de productos que deseaban, la baja en el carbón y el acero del Ruhr habría producido una aguda crisis económica en toda Alemania. Era muy improbable, sin embargo, que la población estuviera dispuesta a cooperar plenamente con las autoridades de ocupación, que tendrían que hacer frente a los trabajadores de las industrias del Ruhr y a los elementos nacionalistas hostiles a la política de cumplimiento de los compromisos; y de hecho estos sectores, aunque agudamente opuestos entre sí, se unieron en un movimiento común de resistencia, que se intensificó por los esfuerzos de los franceses de utilizar la ocupación como medio para favorecer movimientos separatistas destinados a establecer nuevos Estados permanentemente separados del resto de Alemania. Las actividades de estos movimientos, encabezados por títeres desconocidos con el apoyo francés, engendraron fuertes sentimientos, no sólo en el Ruhr sino en otras partes de Alemania, y contribuyeron a que el gobierno alemán se viera obligado a dar pleno apoyo a la resistencia.

Este apoyo, que suponía desde luego el gasto de grandes sumas en el mantenimiento de los trabajadores que se negaban a trabajar para los franceses, o cuyas fábricas eran cerradas, y en la compensación de patronos afectados, así como en la obtención de suministros del extranjero para sustituir los productos del Ruhr para el consumo en el resto de Alemania, sólo podía otorgarse mediante una enorme emisión de papel moneda. El marco alemán había bajado de valor por la inflación antes de que comenzara la ocupación del Ruhr; y, cuando se añadió la tensión de la ocupación, la inflación se hizo pronto catastrófica hasta que, mucho antes de terminada la lucha, la moneda había perdido virtualmente todo su poder de compra, tanto en el interior del país como en el cambio exterior. Se acentuó una prodigiosa especulación contra el marco, que apresuró su caída, lo que tuvo terribles consecuencias para los trabajadores y, más aún, para las clases medias alemanas que dependían de ingresos relativamente fijos. El poder de compra de sueldos y salarios bajó en forma catastrófica; y los ingresos procedentes de ahorros, pensiones y todas las formas de capital fijado en valor dinero desaparecieron prácticamente. A la inversa, todos los deudores se beneficiaron; porque las deudas podían pagarse casi sin costo alguno, de modo que las empresas capitalistas que habían sido financiadas con préstamos u obligaciones se convertían en dueños de un capital libre de deudas, que habían adquirido con el dinero prestado. Se produjo una importante redistribución de la propiedad y el ingreso, a expensas de los asalariados, pensionistas y pequeños inversionistas a interés fijo; y la ruina de un gran sector de las clases medias produjo un auge del sen-

timiento revolucionario, no sólo entre los trabajadores afiliados a los partidos socialistas, sino entre sus opositores más decididos.

En efecto, la lucha del Ruhr lanzó a Alemania a una situación revolucionaria en dos frentes. Por una parte, la miseria, al descender el nivel de vida, suministró muchos miembros al Partido Comunista que querían derrocar a la República de Weimar e instituir una dictadura proletaria al estilo ruso; y, por otra parte, los elementos contrarrevolucionarios, que querían desplazar a la República y restaurar el dominio militar, estableciendo una dictadura de la "derecha", se vieron también fuertemente reforzados y alentados a creer que la caída del odiado régimen de Weimar estaba cercana. El Reichswehr, ejército autorizado de la República, ya se había atrincherado en una posición de gran independencia de la autoridad civil y no podía confiarse en él, más que en 1920, para la defensa de la República contra los intentos contrarrevolucionarios. Había creado, además, en contra de las condiciones del Tratado de Versalles, varias unidades armadas no autorizadas, conocidas como el "Reichswehr Negro", y menos confiables aún para la defensa de la República eran los numerosos "Cuerpos Libres", que existían todavía y atraían a muchos nuevos reclutas, a medida que empeoraban las condiciones económicas de Alemania. Finalmente estaban los bávaros, que pedían amplia autonomía dentro del Reich Federal y mantenían fuerzas armadas contrarrevolucionarias y un estrecho contacto con las fuerzas del Reichswehr locales y los Cuerpos Libres, así como con los partidarios nazis de Hitler —todavía por entonces limitados a Baviera—, que pedían la marcha sobre Berlín para derrocar la República de Weimar y esperaban lograr la cooperación del gobierno bávaro y del Reichswehr en Baviera para esta aventura.

Así, en la Alemania de 1923, había conspiradores revolucionarios en la extrema derecha y en la extrema izquierda, y ambos extremos, dispuestos a lanzarse contra sus contrarios del otro extremo, estaban sin embargo, en oposición a los franceses y belgas y a aquellos que apoyaban los movimientos separatistas que éstos inspiraban o, por temor o interés personal, estaban dispuestos a cooperar con las fuerzas de ocupación.

La situación resultante era enormemente confusa. El gobierno del Reich estaba en manos de una coalición de derecha encabezada por Cuno, que representaba los intereses capitalistas beneficiados por la inflación, que no hacía ningún intento por controlar. Los socialistas, en su mayoría reunidos en el Partido Socialdemócrata, al que habían vuelto los independientes no comunistas —excepto un pequeño grupo encabezado por Georg Ledebour— en septiembre de 1922, estaban fuera del gobierno de Cuno y, en la mayoría de los problemas, opuestos a él, pero estaban comprometidos a defender la República de Weimar y a

manifestar hostilidad a ambos campos revolucionarios, que ganaban terreno por igual, a expensas del Partido Sopialdemócrata.

En la primavera y el verano de 1923,^3 condición económica de los trabajadores —y, de hecho, de to3o~~el pueblo salvo quienes se beneficiaban con la creciente inflación— empeoró rápidamente hasta que, a principios de agosto, fue evidentementemente impracticable para el gobierno alemán proseguir su política de cubrir los gastos de la resistencia pasiva a las autoridades de ocupación en el Ruhr. Era claramente inútil hacer más emisiones de papel moneda cuando todo su valor de compra había desaparecido —tanto que, cuanto más dinero hubiera menos podría comprarse con la cantidad total en circulación. El apoyo dado a la resistencia tuvo que suprimirse y, si no se quería que el Reich se disolviera en el caos, había que buscar una solución y lograr la ayuda exterior para levantar de nuevo la economía alemana. En esta crisis, el gobierno de Cuno fue depuesto; y subió al poder una nueva "Gran Coalición", encabezada por Gustav Stresemann del Partido Popular, otro representante de los intereses capitalistas, participando los socialistas con el argumento de que era necesario unificar a todas las fuerzas disponibles para la defensa del Estado. Por entonces la clase capitalista había extraído todas las ganancias posibles de la cancelación de sus deudas y estaba dispuesta a cooperar en las medidas destinadas a poner fin a la inflación. El propio Stresemann se había convencido de la necesidad de llegar a un acuerdo con los franceses e invocar la ayuda de los Estados Unidos y Gran Bretaña, tanto para que los franceses entraran en razones como para que fueran en ayuda de Alemania en el terreno financiero; y comprendía que no podía hacerse esto si Alemania no estaba dispuesta, al mismo tiempo que demandaba una revisión de las demandas impuestas en el Tratado de Versalles, a adoptar una política de "cumplimiento de los compromisos" y a hacer un verdadero esfuerzo por cumplir las condiciones que fueran factibles. En consecuencia, el 27 de septiembre de 1923, el gobierno de Stresemann proclamó el fin de la resistencia pasiva en el Ruhr y se dedicó, con la ayuda de Hjalmar Schacht, director del Reichsbank, a buscar la manera de emitir una nueva moneda estable, para sustituir al desvalorizado marco y persuadir a los gobiernos aliados y al norteamericano a realizar una inmediata investigación de la capacidad de Alemania para pagar las reparaciones y acerca de las medidas necesarias para hacer posibles estos pagos. De todo esto salió, en primer lugar, la emisión de una nueva unidad temporal de moneda llamada el Rentenmark, basada supuestamente en una hipoteca sobre las existencias de capitales reales del sistema económico alemán, pero realmente sin base alguna excepto la suspensión de emisiones del marco de papel, terriblemente depreciado, y la supresión de todo crédito bancario en términos de la

pioneda antigua. En segundo lugar, las negociaciones de Stresemann en Londres y los Estados Unidos condujeron a la designación, bajo presidencia norteamericana, de la Comisión Dawes, que se dedicó a estudiar la capacidad alemana para pagar y a preparar proposiciones que permitieran la estabilización de la moneda alemana en términos tales que los marcos antiguos desaparecieran de la existencia.

En los meses de conflicto en el Ruhr había estado constantemente sobre el tapete la cuestión de si podía estallar en Alemania la revolución, de izquierda o de derecha; y sólo se evitó por el hecho de que las fuerzas revolucionarias rivales, con propósitos diametralmente opuestos, se neutralizaban entre sí. Los comunistas alemanes, como vimos, habían seguido después de su derrota en 1921 una cuidadosa política con la cual, bajo el lema de "Frente Unido", habían tratado de atraer a los partidarios de los socialdemócratas y habían entablado relaciones más amistosas con los elementos de izquierda del Partido Socialdemócrata y el Partido Socialdemócrata Independiente y, después que estos partidos se reunificaron, con el ala izquierda del nuevo Partido Socialdemócrata. Este elemento era muy fuerte en Sajonia y Turingia donde, en 1923, ocupaban el poder gobiernos predominantemente socialistas, que tenían serias diferencias con el gobierno del Reich. Surgió el dilema de si, para fortalecer a estos gobiernos en la resistencia al gobierno del Reich y el Reichswehr, los comunistas debían participar en el gobierno, aceptando carteras en los gabinetes. Algunos comunistas favorecieron este camino sosteniendo que estaba de acuerdo con el lema del "Frente Unido", mientras que el ala izquierda comunista lo denunciaba alegando que suponía una traición a los principios comunistas, al aliarse a los "social-traidores" comprometidos a sostener la República de Weimar. Además, a medida que aumentaron el caos y la miseria provocados por la ocupación del Ruhr, surgió el problema de si Alemania no había llegado nuevamente a una situación revolucionaria correspondiendo a los comunistas recurrir a una política inmediata de revolución, tratando de utilizar el malestar general como oportunidad para establecer una dictadura comunista, aunque la mayoría de los comunistas comprendían que el éxito de semejante intento era muy dudoso y muchos pensaban que podría tener como consecuencia la provocación de una contrarrevolución triunfante de la derecha.

En estas circunstancias, los comunistas alemanes escucharon los consejos de Moscú, pidiendo la opinión del Comintern. Se encontraron, sin embargo, con que el Comintern también estaba indeciso acerca del curso que debía tomarse. Fleinrich Brandler (1881-?), dirigente entonces del comunismo alemán, fue a Moscú para consultas y permaneció allí por varios meses mientras el Comintern trataba de decidirse. En su ausencia los demás dirigentes, inseguros del camino que habría de

seguirse, no podían prepararse definitivamente para un levantamiento revolucionario ni decidirse a no prepararse; y cuando Brandler regresó por fin a Alemania en octubre de 1923 el Partido estaba todavía indeciso, pero él traía órdenes de hacer el intento. Entretanto, los dirigentes alemanes se habían inclinado por la participación en los gobiernos de Sajonia y Turingia, amenazados por contingentes del Reichswehr que querían deponerlos; y Brandler, a su regreso, se convirtió en miembro del gobierno reconstituido de Sajonia. El gobierno del Reich decidió entonces deponer al gobierno de Sajonia y nombrar para Sajonia un Comisionado Civil, designado por el Reich; y, en apoyo de esta política, unidades del Reichswehr fueron enviadas para ocupar el territorio. Ante la invasión militar, el gobierno sajón se sintió demasiado débil para resistir y se dejó desplazar; y el gobierno de Turingia sufrió pronto la misma suerte. Los comunistas, que habían hecho activos preparativos para un levantamiento en otras partes de Alemania, pero confiando en Sajonia y Turingia como el apoyo principal, vieron que habían desaparecido todas las posibilidades de éxito y, en el último momento, suspendieron el levantamiento. Pero las instrucciones de detenerlo no llegaron a Hamburgo a tiempo; y allí algunos cientos de comunistas se levantaron y se apoderaron del centro de la ciudad pero, al no recibir apoyo de las masas, fueron rápidamente aplastados. En otros lugares el proyectado alzamiento no se produjo; pero su suspensión no evitó que muchos comunistas fueran arrestados y encarcelados ni que el Partido Comunista fuera proscrito y tuviera que pasar a la clandestinidad.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en el norte y el centro de Alemania, una revolución del género opuesto se fraguaba en Baviera, donde el gobierno de derecha, encabezado por Von Kahr estaba ya en dificultades con el gobierno del Reich antes de que subiera al poder el gabinete de Stresemann. La entrada de los socialistas en el gabinete de Stresemann molestó mucho a los bávaros; y se habló de una marcha sobre Berlín, para destruir la República de Weimar, a través de Turingia y Sajonia, cuyos gobiernos socialistas debían ser destruidos en el camino. Los bávaros estaban en contacto con la extrema derecha en Berlín, encabezada por el almirante Von Tirpitz y esperaban que las unidades del Reichswehr en Baviera, cuyo jefe era el general Von Lossow, se les unieran; pero la decisión funesta de levantarse en armas contra la República fue demorada. El 26 de septiembre, sin embargo, el gobierno bávaro declaró un estado de emergencia y confirió poderes dictatoriales a su Primer Ministro, Von Kahr. Stresemann, presionado por los generales del Reichswehr, respondió otorgando plenos poderes ejecutivos al Ministro del Reichswehr, quien los delegó al jefe del Reichswehr, general Von Seeckt. Esto tuvo como efecto la sujeción formal del dic-

tador de Baviera a Von Seeckt y surgió entonces el dilema de si los bávaros cederían y si el Reichswehr en Baviera actuaría con Von Seeckt o con Von Kahr.

Mientras tanto, el grupo en tomo a Hitler, que había establecido su Partido "Nacionalsocialista" (Nazi) en Munich, en 1921, seguía agitando en favor de una guerra abierta sobre Berlín y logró la adhesión del general Ludendorff; pero este grupo no era lo bastante fuerte como para actuar por sí solo. Necesitaba el apoyo de Von Kahr y, cuando menos, tener asegurada la neutralidad de las fuerzas del Reichswehr de Von Lossow. En estas circunstancias, Von Lossow decidió negar su obediencia a Von Seeckt y ponerse a las órdenes de Von Kahr; y, el 22 de octubre, el dictador de Baviera asumió el control del Reichswehr en Baviera "como depositario de la confianza del pueblo alemán", desafiando abiertamente al gobierno del Reich y amenazando con la guerra civil. Fue entonces cuando Stresemann, ansioso de aplacar a la derecha evitando, al mismo tiempo, que los extremistas de derecha hicieran caer la República, autorizó a Von Seeckt a actuar contra los gobiernos de Sajonia y Turingia, que tuvieron que decidir de inmediato entre ofrecer resistencia armada o ceder. Brandler, miembro del gobierno sajón, se negó a asumir la responsabilidad de aconsejar la resistencia si los socialdemócratas no garantizaban todo su apoyo; y los socialdemócratas, concientes de que no podían contar con el apoyo de la mayoría del Partido Socialdemócrata fuera de Sajonia y Turingia, se decidieron en contra de la resistencia armada, dando a los comunistas la oportunidad de echarles la culpa de la suspensión de la proyectada insurrección. Pero, aunque los socialistas de Sajonia y Turingia se dejaron deponer de sus cargos por el Reichswehr, su deposición hizo definitivamente insostenible la situación de los socialistas en el gobierno de Stresemann. No existía una autoridad constitucional que pudiera expulsar a los gobiernos de Turingia y Sajonia y la expulsión fue efectuada por el Reichswehr, con los poderes especiales que se le confirieron. La otorgación de estos poderes había despojado de bases reales a la posición de los socialistas en el gobierno. Cuando renunciaron, Stresemann formó de inmediato un nuevo gobierno del Reich, fundado enteramente en el apoyo de los partidos burgueses de derecha.

Estos acontecimientos contribuyeron, por supuesto, a aminorar la tensión entre Baviera y el Reich. Pero había poderosos elementos en Baviera que no estaban dispuestos a retroceder ante el esfuerzo decisivo por derrocar definitivamente a la República de Weimar y poner fin, con ello a la política de Stresemann de cumplimiento del Tratado de Versalles y de acuerdo, sobre estas bases, con los gobiernos aliados y los norteamericanos. Hitler y Ludendorff, confiados todavía en arrastrar con ellos a Von Kahr y Von Lossow, prosiguieron sus pre-

parativos, en conversaciones con los extremistas del Norte de Alemania, y decidieron por fin efectuar un levantamiento en Munich el 8 de noviembre, no contra Von Kahr, sino para obligarlo a jugarse la suerte con ellos. En la tarde de ese día un gran número de nazis encabezados por Hitler se abrió paso hasta el local donde Von Kahr pronunciaba un discurso y, apoderándose de él y de Von Lossow, les pidieron que dieran su adhesión a la proyectada marcha sobre Berlín. Von Kahr y Von Lossow, bajo la presión, aparentaron aceptar y se anunció que se formaría un nuevo gobierno del Reich, con Hitler como Canciller y Ludendorff como jefe supremo del ataque a Berlín. Von Lossow sería Ministro del Reichswehr y Von Kahr permanecería como dictador de Baviera.

Pero Von Kahr y Von Lossow no tenían intenciones de cumplir este acuerdo. Ya habían decidido llegar a un entendimiento con el Reich; y, a la mañana siguiente, pusieron en acción a las unidades bávaras del Reichswehr y a la policía contra los nazis y sus patrocinadores ultranacionalistas, cuya resistencia fue fácilmente vencida. Los nazis trataron de responder con una demostración de masas; pero la policía disparó sobre los manifestantes y los dispersó. Hitler y otros nazis fueron arrestados y sentenciados a cortas penas de prisión en diversas fortalezas. Ludendorff salió libre y, por supuesto, Von Kahr y Von Lossow no fueron castigados por su previa negativa a aceptar la autoridad del Reich. El nazismo hizo, de esta manera, su primer intento infructuoso de tomar el poder mediante la acción violenta; y el fracaso decidió a Hitler, al reorganizar sus fuerzas, a encontrar un camino hacia el poder que le permitiera tener de su parte las formas de la legalidad.

Mientras tanto los franceses, que ocupaban el Ruhr, habían hecho lo posible por fomentar movimientos separatistas en las partes de Alemania bajo su control. Protegidos por fuerzas francesas y belgas, fueron instaurados gobiernos separatistas locales, pero no pudieron ejercer ninguna autoridad. En noviembre, como vimos, el gobierno alemán autorizó la emisión de una nueva unidad monetaria, el Rentenmark, como paso hacia la estabilización; y, en diciembre, bajo presión británica y norteamericana, la Comisión Dawes fue designada para considerar la capacidad real de Alemania para pagar las reparaciones. Ese mismo mes, Wilhelm Marx, del ala derecha del Partido centrista ocupó el lugar de Stresemann como Canciller; pero Stresemann, ahora Secretario de Relaciones, y dedicado a una política de "cumplimiento" de las condiciones del Tratado de Versalles, en tanto que este cumplimiento fuera factible, siguió siendo el principal orientador de la política exterior alemana, actuando en estrecha relación con Schacht en la dirección de las finanzas. La Comisión Dawes

rindió su informe en abril de 1924; y, después de prolongadas negociaciones, se firmó el Acuerdo Dawes que reglamentaba los pagos de reparaciones por Alemania, el 9 de agosto. Entonces, por fin, franceses y belgas empezaron la evacuación de los territorios ocupados, que terminó en noviembre; y Alemania, ayudada por el importante préstamo hecho por el Acuerdo Dawes, se dedicó a la tarea de la reconstrucción económica sobre una base capitalista aceptable para los gobiernos aliados, que abrigaban todavía extravagantes esperanzas respecto a las reparaciones que pudieran extraerse, a pesar de los daños a que había sido sometida la economía alemana por la lucha en el Ruhr.

El Cuarto y el Quinto Congreso del Comintern, celebrados en 1922 y 1924, se dedicaron esencialmente a las mutuas recriminaciones provocadas por los desastres de 1921 y de octubre de 1923. En ambos, se echó la culpa a dos figuras —Brandler y Karl Radek, dirigente y principal consejero del Comintern en el Partido Comunista alemán, respectivamente. Las acusaciones que los nuevos dirigentes del partido hicieron a los que habían sido desplazados después de la derrota fueron, en primer lugar, que la entrada de los comunistas en el gobierno socialdemócrata de izquierda de Sajonia, encabezados por Zeigner, y en el de Turingia había sido un error capital y, en segundo lugar, que el levantamiento habría podido triunfar si se hubiera organizado mejor y, además, que hubiera sido mejor realizarlo y fracasar que retirarse ignominiosamente en el momento crítico. Brandler, al defender su conducta, aceptó plenamente que los preparativos habían sido muy defectuosos, pero señaló justamente que se le había llamado a Moscú, reteniéndolo allí durante los dos meses más críticos, mientras el Comintern discutía la línea que debía seguirse, de tal modo que había regresado a Alemania sólo cuando ya no había oportunidad para preparar nada, para hacer frente a una situación en la cual un levantamiento no habría podido conducir a otra cosa que a una deplorable derrota. En cuanto a su participación en el gobierno de Sajonia, la acusación era que lo había hecho sin imponer ninguna de las condiciones que habrían justificado únicamente ese acto. En relación con la discusión de las tácticas del "Frente Unido" se habían hecho varias referencias a la posibilidad de participación comunista en un "gobierno de trabajadores" que no llegaba a ser una completa dictadura proletaria; y se habían formulado varias definiciones de lo que significaba "gobierno de trabajadores". Este gobierno, sostuvieron Zinoviev y otros después de los acontecimientos, debía distinguirse radicalmente de una simple coalición social-demócrata comunista, dentro del marco de la democracia burguesa. Debe ser, decía, un gobierno basado en el repudio del Estado burgués, un gobierno dominado por comunistas y que, desde el primer momento, expulse de sus cargos a los funciona-

rios burgueses y se muestre dispuesto a defenderse por las armas contra cualquier ataque burgués —incluyendo el ataque de los dirigentes del Partido Socialdemócrata, a quienes consideraba simples instrumentos de la burguesía. Debe ser, de acuerdo con la tesis de Zinoviev, suscrita por el Comintern, un gobierno comunista en todo menos en el nombre. Por supuesto, los gobiernos socialdemócratas de izquierda de Sajonia y Turingia jamás habían sido esto ni sus características habían cambiado esencialmente con la participación de dos ministros comunistas. La respuesta de Brandler fue que, al regresar en octubre a Alemania, lo que parecía esencial era fortalecer la resistencia de Sajonia al derrocamiento del gobierno de Zeigner por las fuerzas armadas del gobierno del Reich y que, tan pronto como tuvo tiempo para calibrar la situación comprendió que, al faltar todo preparativo previo, un levantamiento comunista en Alemania no tenía probabilidad alguna de éxito. Había encontrado, aun en Sajonia, la creencia extendida de que el movimiento de fuerzas del Reich sobre ese territorio no iba dirigido contra el gobierno socialista, sino contra los contrarrevolucionarios bávaros, que preparaban un golpe contra la República y amenazaban marchar sobre Sajonia y Turingia, en su marcha hacia Berlín. Esta idea, sostuvo Brandler, había sido responsable en gran medida de la imposibilidad para organizar una resistencia armada al Reichswehr, cuando era inminente su entrada. Indirecta, aunque no abiertamente, Brandler criticaba fuertemente a los dirigentes del Comintern por no haber decidido si querían o no una insurrección en Alemania, antes de que hubiera pasado el tiempo propicio para actuar.

Enredada con esta disputa había otra, referente a la política del Partido Comunista alemán en relación con los sindicatos. Fue, como vimos, parte de las tácticas del "Frente Unido" que los comunistas se dedicaran, no a dividir el movimiento sindical, sino a infiltrarse en los sindicatos existentes, inclinándolos a una política de militancia revolucionaria. Sus intentos en este sentido, no obstante, produjeron continuas expulsiones; y hubo también, en las condiciones económicas de depresión de 1923, una gran tendencia de los trabajadores que no podían pagar las cuotas a salir de los sindicatos. El ala izquierda del Partido Comunista sostuvo que era imposible, en estas circunstancias, no permitir a los expulsados establecer nuevos sindicatos o abstenerse de organizar a los numerosos miembros que habían salido de los sindicatos existentes. Había también una extrema izquierda que consideraba a los sindicatos existentes como reaccionarios y, rechazando las tácticas de "Frente Unido", quería crear nuevos sindicatos en todas partes sobre la base de la lucha de clases y tratar de separar a los miembros de los sindicatos existentes, así como agrupar a los que habían salido o habían sido expulsados. Este grupo extremista fue combatido

por los nuevos y los viejos dirigentes del Partido Comunista alemán; pero todavía hizo oír su voz en el Congreso del Comintern de junio y julio de 1924.

Una de las razones de que este problema de la política sindical adoptara una aguda expresión en Alemania fue que, hasta 1918, los sindicatos alemanes, aunque fuertes y bien organizados en algunas industrias, no sólo abarcaban una fracción mucho menor de los trabajadores que los sindicatos británicos, sino que estaban divididos tradición alíñente en grupos ideológicos rivales. El sector mayor, los sindicatos "libres", estaba ligado estrechamente, aunque no formalmente, al Partido Socialdemócrata; los sindicatos cristianos, predominantemente aunque no exclusivamente católicos, poseían su mayor fuerza en el Ruhr y en Renania, donde los sindicatos "libres" eran relativamente débiles; y había un tercer sector, mucho más débil —el de los sindicatos llamados Hirsch-Duncker—, ideológicamente ligado al liberalismo burgués. Durante la guerra hubo un gran desarrollo del sindicalismo en las industrias metalúrgicas y surgió un fuerte movimiento de delegados sindicales que tendió a seguir una política militante, relacionados muchos de sus dirigentes con los socialistas independientes (U.S.P.D.) y no pocos con el movimiento espartaquista encabezado por Rosa Luxemburgo y Karl Leibknecht. En el curso de la revolución hubo una gran afluencia de nuevos miembros, que habían estado hasta entonces fuera del movimiento sindical; y los Consejos de Trabajadores, integrados fundamentalmente por delegados electos en los talleres, incluían a muchos de estos nuevos miembros y constituían una especie de desafío a la dirigencia sindical constituida. Los sindicatos "libres", cuya dirección central estaba integrada principalmente por socialistas mayoritarios que habían apoyado la guerra, se apresuraron a llegar a acuerdos colectivos con los patronos y a obtener el mayor reconocimiento posible, al mismo tiempo que trataban de pemanecer al margen de la política y de evitar que sus miembros formularan demandas que obstaculizaran la conversión de la industria bélica en industria de paz. Esta actitud los alejó de los propósitos de los izquierdistas, que pedían todo el poder para los Consejos de Trabajadores y Soldados y presionaban por cambios revolucionarios en la administración de la industria. En opinión de los socialistas mayoritarios y de la mayoría de los dirigentes sindicales establecidos no era factible présionar en favor de la socialización inmediata: la primera tarea, sostenían, era reanudar la producción lo más rápidamente posible, para mantener el suministro a la población. La socialización tendría que esperar, en su opinión, y decidirse a su debido tiempo por la Asamblea Constituyente que sería elegida por todo el pueblo.

Era, pues, de la mayor importancia para los viejos dirigentes, mien-

tias los Consejos fueron la fuente última de autoridad en espera de la Asamblea Constituyente —y era de los Consejos que el gobierno provisional había recibido el poder—, controlarlos y evitar que cayeran bajo la influencia de la izquierda. Lo lograron con éxito notable; porque su eficiente organización nacional les permitió que sus partidarios fueran eiectos como delegados a los Consejos en número considerable de tal manera que, cuando se reunió el Congreso de Consejos de Trabajadores, los delegados socialistas mayoritarios y de los sindicatos "libres" tenían la gran mayoría y pudieron lograr el control del Comité Ejecutivo que estableció el Congreso y utilizarlo después como medio para abolir su propia autoridad, otorgando sus poderes a la Asamblea Constituyente. Esto significaba, por supuesto, un rechazo decisivo de las ideas de "gobierno por consejos" y dictadura proletaria y el reconocimiento de una República donde los socialistas de todas las tendencias estaban en minoría. Esto correspondía plenamente a las concepciones democráticoparlamentarias de los socialistas mayoritarios y de los viejos dirigentes sindicales, como Karl Legien (1861-1920); pero era, por supuesto, muy molesto, no sólo para los comunistas "espartaquistas", sino para los delegados sindicales de izquierda y la mayoría de los partidarios de los socialistas independientes. En cuanto a estos últimos, aunque no eran comunistas y estaban divididos en relación con la cuestión del gobierno por consejos, deseaban mantener la autoridad de los Consejos por el momento, para utilizarlos como instrumentos para presionar en favor de la socialización y darles, al menos un lugar reconocido en la estructura del gobierno futuro de la República. Particularmente en Berlín, y también en Sajonia y Turingia, los elementos de izquierda tenían mayorías en los Consejos de Trabajadores y se oponían fuertemente a la política cuidadosa de los líderes sindicales. Richard Müller, dirigente de los trabajadores metalúrgicos de Berlín y la figura más importante del Consejo de Trabajadores de Berlín, era una personalidad importante entre los independientes de izquierda y estaba dispuesto a colaborar con los espartaquistas hasta que, contra el consejo de Liebknecht y Rosa Luxemburgo, éstos se entregaron a una política insurreccional que los aisló de la mayoría de la izquierda.

La victoria del ala derecha en el Congreso de Consejos y en su Comité Central y la derrota de los prematuros y mal organizados levantamientos espartaquistas de 1918 y principios de 1919 puso a los independientes y a la mayoría de los delegados sindicales de izquierda en una difícil situación. No querían entregar el control del movimiento obrero organizado a Legien y la Comisión General de sindicatos "libres", ni disolver su propia organización, que descansaba en la elección directa en las fábricas. En la práctica, cuando los antiguos sindicatos "libres" eran fuertes y sólidamente establecidos, los viejos

líderes se salieron con la suya y llegaron a acuerdos con los patronos, la mayoría de los cuales estaban ansiosos de negociar con ellos para restablecer la disciplina en los talleres y evitar la extensión de huelgas dirigidas contra la empresa privada y el mantenimiento de las relaciones laborales tradicionales. Pero, especialmente donde los sindicatos "libres" habían sido débiles y se estaba organizando a grandes contingentes por primera vez era imposible que los viejos dirigentes impidieran el establecimiento de nuevos sindicatos surgidos de los Consejos de Trabajadores y de ningún modo dispuestos a aceptar la disciplinada moderación de los viejos líderes. Sucedió así que nuevos sindicatos, casi todos con dirigentes de izquierda, surgieron en localidades y fábricas donde los viejos sindicatos habían sido suprimidos antes de la guerra y que, aun donde los viejos sindicatos eran relativamente fuertes, sus dirigentes fueron con frecuencia desafiados por comités de delegados sindicales influidos por la izquierda. En los primeros meses siguientes a la revolución de noviembre de 1918 hubo continuas epidemias de huelga, al tratar los trabajadores de mejorar los salarios para mantenerse a la altura del elevado costo de la vida. En muchos de estos movimientos los sindicatos "libres" lograron conservar u obtener el control; pero hubo regiones, especialmente en Berlín, Sajonia y el Ruhr, donde la influencia de la izquierda siguió siendo fuerte y nuevos sindicatos o grupos locales adoptaron actitudes militantes que la Comisión General Sindical no pudo controlar ni contener.

Alemania permaneció en una situación de creciente presión inflacionista en todo el periodo de 1918 a 1924, cuando la estabilización se logró por fin, con ayuda del préstamo Dawes. Por supuesto, hasta 1923, cuando los franceses marcharon sobre el Ruhr, la inflación fue mucho menos violenta que desde ese momento; pero se mantuvo en una escala suficiente como para reclamar la acción continua para ajustar los salarios al aumento del costo de la vida y, por tanto, para alentar la militancia sindical. Fue en estas condiciones que se produjo la gran discusión entre los que sostenían la necesidad de conservar la unidad sindical luchando por una política más activa dentro de los sindicatos ya establecidos y los que consideraban a estos sindicatos tan reaccionarios que el único camino correcto era separarse de ellos y crear nuevos sindicatos que siguieran una política revolucionaria. El Comintern, en su intento de desacreditar a la Internacional Sindical de Amsterdam y de crear la Internacional Roja de Sindicatos como su rival controlada por los comunistas, se puso al principio al lado del segundo grupo. Pero cuando, después de 1921, las esperanzas de una rápida Revolución mundial se desvanecieron y el Comintern adoptó el lema del "Frente Unido", se convirtió en parte esencial de la nueva política que los comunistas permanecieran en los sindicatos afiliados

a la Internacional de Amsterdam y trataran de ganárselos; y la política de establecer otros sindicatos rivales se convirtió en una peligrosa herejía. El resultado fue crear agudas diferencias de opinión entre los comunistas alemanes, muchos de los cuales habían trabajado activamente en los nuevos sindicatos y en contra de los antiguos; y estas diferencias se hicieron evidentes con toda claridad en los Congresos del Comintern de 1923 y 1924. Cuando, después del fracaso del proyectado levantamiento comunista de 1923, Brandler y su grupo fueron depuestos de la dirigencia del Partido Comunista alemán, los nuevos líderes incluían a algunas figuras, como Ruth Fischer, que habían sido fuertes críticos de la política del "Frente Unido". Estos dirigentes asumieron la autoridad en el momento en que, por las agudas dificultades creadas por la lucha en el Ruhr, los miembros abandonaban los sindicatos, tanto viejos como nuevos, en una proporción enorme y el movimiento en general se iba reduciendo a la impotencia. Aun la jornada de ocho horas, la mayor victoria singular de la revolución de 1918, aunque había recibido fuerza legal, tuvo que cederse ante el absoluto predominio de los intereses capitalistas en el gobierno de Stresemann y sus sucesores inmediatos; y los salarios, que habían bajado mucho en poder de compra durante la crisis, permanecieron por algún tiempo después de la estabilización en un nivel terriblemente bajo.

La introducción del Rentenmark, en noviembre de 1923, no había resuelto de ninguna manera el problema de la estabilización. Se había detenido la emisión deflacionista de papel moneda y la nueva moneda provisional había servido de base temporal para operaciones comerciales. Pero el Rentenmark, sin reservas reales, no era de hecho más que un "truco de confianza", que no podía seguir funcionando si no podía hacerse algo para dar a la moneda una nueva base real y esto estaba fuera de las capacidades de Alemania, dadas las condiciones existentes, si no recibían ayuda exterior. Y esta ayuda sólo los Estados Unidos, con sus abundantes existencias de oro y los grandes recursos de capital disponibles para inversiones en el extranjero, podía suministrarla en una escala suficiente. Un propósito esencial de la Comisión de Reparaciones Dawes, cuyo presidente era norteamericano, era preparar el camino a un préstamo para Alemania, lo bastante grande como para facilitar el establecimiento de una nueva moneda, sobre un sólido patrón oro. Stresemann, ansioso de llegar a un acuerdo con Francia y de poner coto a la desintegración de la economía alemana, había comprendido que su mayor oportunidad estaba, no en intentar un acuerdo directo con Francia, sino en hacer que los ingleses y los norteamericanos lo ayudaran a levantar al capitalismo alemán. Logró, como hemos visto, inducir a los norteamericanos a participar en

la Comisión Dawes, que emitió un informe donde se pasaba por alto la cuestión de la capacidad total de Alemania para pagar las reparaciones, pero se ligaba una propuesta referente a los pagos que debían hacerse en los próximos años a una proposición de un préstamo internacional que permitiera la introducción del patrón oro y facilitara' a Alemania medios inmediatos para hacer sus pagos internacionales. Mientras las negociaciones atravesaban su primera etapa el Partido Laborista subió al poder en Inglaterra; y, poco después de la emisión del Informe Dawes, Poincaré cayó del poder en Francia y fue sustituido por una coalición de la izquierda burguesa, presidida por Édouard Herriot. Estos cambios políticos fueron muy favorables a la aceptación de las propuestas de la Comisión Dawes; y, a principios de agosto de 1924, se firmó el Acuerdo Dawes. Este acuerdo establecía un control considerable por parte de los gobiernos aliados sobre las finanzas alemanas y la sujeción de los ferrocarriles alemanes a un organismo especial compuesto con la participación aliada; y, por esto, los términos del acuerdo fueron violentamente atacados por los nacionalistas más extremistas de Alemania. El Plan Dawes, sin embargo, facilitó la estabilización de la moneda alemana y, tan pronto como se logró esto, el capital extranjero —especialmente norteamericano— empezó a afluir a Alemania para aprovechar las condiciones excepcionalmente favorables para la obtención de utilidades, creadas por los bajos costos de la mano de obra y la necesidad que tenía Alemania de capitales, lo que producía la oferta de enormes ganancias para prestamistas e inversionistas. Con la ayuda de esta inversión extranjera, incluyendo fondos a largo y a corto plazo, la industria alemana se recuperó con gran rapidez en los mercados mundiales, permitiendo los bajísimos salarios que los fabricantes alemanes vendieran más barato que sus competidores, al mismo tiempo que la abundante oferta de capital les permitía facilitar a los compradores los medios de pago. Pero la recuperación no fue plenamente sólida, porque los organismos oficiales hicieron extravagantes gastos en grandiosas obras públicas y porque el dinero de las cuentas de ahorro estaba prestado o comprometido en empresas a largo plazo; de tal modo que la economía alemana se hizo muy dependiente de la afluencia continua de préstamos de los Estados Unidos. Momentáneamente, sin embargo, se creó una apariencia de gran prosperidad y el capitalismo alemán, libre de deudas por la inflación, parecía haber cobrado un nuevo aliento de vida.

En estas condiciones, como florecieron las oportunidades de empleo, los trabajadores alemanes pudieron empezar a salir del abismo donde habían caído y, paso a paso, devolver los salarios a un nivel más tolerable. Para lograr esto, los viejos sindicatos "libres" estaban en mejor situación que sus contrarios de izquierda, cuya fuerza había

sido más seriamente minada durante la crisis; y los sindicatos 'libres" recobraron gradualmente parte de su fuerza —lo mismo que los sindicatos cristianos, que gozaban mucho más del favor del gobierno.

Ebert, que había permanecido en la presidencia después que los socialdemócratas salieron del gobierno en 1923, murió en febrero de 1925; y surgió el problema de la elección de un sucesor de acuerdo con la Constitución de Weimar. En las elecciones de marzo cada uno de los grupos políticos principales presentó su candidato. El doctor Jarres, candidato de los partidos de derecha, obtuvo 10 millones y medio de votos; Otto Braun (1872-1955), socialista mayoritario, cerca de 8 millones; Wilhelm Marx, dirigente de derecha del Partido Centrista, que había sido Canciller en 1923 y 1924, cerca de 4 millones; Ernst Thaelmann, candidato de los comunistas, 2 millones.» Los candidatos de los demócratas y del Partido Popular de Baviera obtuvieron, respectivamente, un millón y medio y un millón de votos; y, por último, el general Ludendorff, postulado por los nazis, obtuvo solo poco más de 250 000 votos. Esto significaba que nadie tenía una mayoría absoluta y, según la Constitución, había que efectuar una segunda vuelta. El Partido Centrista trató de persuadir a los partidos de derecha para que apoyaran a Marx; pero aquéllos se negaron. Los socialdemócratas, sin embargo, decidieron retirar a Braun y apoyar a Marx como el mal menor —una decisión sorprendente, en vista de sus antecedentes extremadamente reaccionarios. Los sindicatos católicos también apoyaron, por supuesto, a Marx; lo mismo hicieron los demócratas. Ante esta combinación de fuerzas, los partidos de derecha retiraron a Jarres y postularon al mariscal de campo Hindenburg, de 78 años de edad, en su lugar; y el Partido Popular de Baviera y los nazis aceptaron esta postulación. Los comunistas, totalmente hostiles a Hindenburg y a Marx, postularon nuevamente a Thaelmann, aunque el Comintern, siguiendo todavía sus tácticas de "Frente Unido", trató de persuadirlos de unirse a los socialdemócratas en apoyo de Marx. En las segundas elecciones, en abril, Hindenburg obtuvo 14 millones y medio de votos, Marx cerca de 13 millones 750 000 y Thaelmann nuevamente 2 millones. El viejo mariscal de campo se convirtió así en Presidente de la República, en la cual nunca había declarado creer; y las consecuencias fueron que se fortaleció más aún el control ejercido por el Reichswehr sobre el gobierno civil. El doctor Hans Luther, antes Ministro de Finanzas, experto funcionario que había sido burgomaestre de Essen, sucedió a Marx en la Cancillería en enero de 1925 y permaneció a la cabeza del gobierno hasta mayo de 1926, cuando Marx volvió a ocupar su cargo. Siendo canciller Luther se concertó el Pacto de Locarno de octubre de 1925, secuela directa del Acuerdo Dawes, y la Renania del Norte, incluyendo Colonia, fue evacuada por las fuerzas aliadas

en diciembre de ese año, inmediatamente después que los Tratados de Locarno fueron formalmente firmados.

En mayo de 1924 se habían efectuado en Alemania unas elecciones generales, poco después de la publicación del Informe Dawes; y la cuestión principal había sido determinar si debía aceptarse o rechazarse el Informe, por la falta de dignidad que suponía el control extranjero sobre las finanzas alemanas propuesto en el Informe. Los socialistas perdieron en esta ocasión, descendiendo de 169 asientos en el Reichstag a 100; los comunistas obtuvieron 3 750 000 votos y lograron 62 asientos y los nazis, con cerca de 2 millones de votos, obtuvieron 32 asientos. Se dio una mayoría en el nuevo Reichstag en favor e la aceptación del Plan Dawes, pero no lo bastante grande como para efectuar los cambios constitucionales que requería. En consecuencia, se efectuaron otras elecciones generales en diciembre de 1924. Los resultados fueron que los socialdemócratas lograron sólo 1 750 000 votos más, mientras que la votación comunista se redujo en cerca de 250 000 y la representación comunista se redujo de 62 a 45 miembros. En el otro extremo los nazis perdieron más de un millón de votos y sólo obtuvieron 14 diputaciones; mientras el Partido Nacionalista, que también se había opuesto al Plan Dawes, ganó medio millón. Como los socialdemócratas eran partidarios del Plan y los nacionalistas estaban a punto de abandonar su oposición y dispuestos a unirse al gobierno, esta segunda elección fortaleció considerablemente la posición de Stresemann y facilitó el camino para la ratificación del Plan Dawes y la afluencia de capital extranjero hacia Alemania, ahora asegurada bajo el gobierno conjunto de los capitalistas y del Reichswehr. Por el momento, el periodo de actividad revolucionaria llegó definitivamente a su fin. Los socialdemócratas se entregaron a una política de oposición constitucional moderada; y tanto los nazis como los comunistas eran, por el momento, demasiado débiles para presentar una seria amenaza.

El Reichstag electo en diciembre de 1924 se prolongó hasta mayo de 1928. Por entonces, la recuperación de Alemania había avanzado mucho y las condiciones de las clases trabajadoras habían mejorado notablemente. El resultado fue fortalecer a los socialdemócratas y debilitar seriamente a la extrema derecha. En comparación con diciembre de 1924, el Partido Nacionalista perdió cerca de 2 millones de votos, mientras que los socialdemócratas ganaron un millón, obteniendo más de 9 millones. Los comunistas también subieron en cerca de medio millón, a 3 250 000; mientras los nazis no llegaron al millón. Los partidos burgueses capitalistas perdieron ligeramente terreno; pero muchos de los asientos perdidos por los nacionalistas sirvieron para fragmentar a los partidos de derecha, muchos de cuyos partidarios

se incorporarían al nazismo en la crisis que se produciría pocos años después.

En esta situación electoral distinta, los socialdemócratas volvieron al gobierno en coalición con los partidos capitalistas que habían apoyado la política de Stresemann de "cumplimiento". De hecho, tenían formalmente una posición dominante en el nuevo gabinete con su líder, Hermán Müller (1876-1931), como Canciller, Rudolf Hilferdin (1877-1942), como Ministro de Finanzas, Karl Severing (1875-1952), como Ministro del Interior y Rudolph Wissell (n. 1869), partidario de la planificación económica, como Ministro de Trabajo. Stresemann siguió como Ministro de Relaciones Exteriores; y los demócratas, el centro y el Partido Popular de Baviera, así como el Partido Popular de Stresemann y los socialdemócratas estuvieron representados en este gabinete. Aparentemente, los socialistas parecían controlar las posiciones claves, suponiendo que pudieran colaborar con Stresemann en las cuestiones internacionales, incluyendo el problema de las reparaciones —y esto no parecía presentar serias dificultades, ya que los socialistas favorecían plenamente la política-de "cumplimiento" cuyo principal defensor era Stresemann.

No obstante, la realidad era muy distinta de las apariencias. El poder del Reichswehr no se había quebrantado y la política financiera, de acuerdo con el Plan Dawes, era controlada por los aliados en unión del doctor Schacht, quien sabía cómo utilizar este control como medio para la consolidación del poder de los grandes intereses capitalistas de Alemania. Estos intereses, aunque hasta el momento habían apoyado a Stresemann, se oponían vigorosamente a la vuelta de los socialdemócratas al poder y al deseo de Stresemann de integrar una "Gran Coalición" basada en el apoyo conjunto de los socialdemócratas de derecha y de las clases medias a una República burguesa fundada en la empresa privada; y, sin suscribir la política antirrepublicana de los nacionalistas, el presidente y los jefes del Reichswehr, mostraban una activa hostilidad al nuevo gobierno y especialmente a Hilferding, quien se encontró prácticamente indefenso en manos del Reichsbank y los grandes intereses financieros. Además, aunque los socialdemócratas podían actuar muy bien sin Stresemann en las cuestiones internacionales, era otra cosa colaborar con el Partido Popular de Stresemann, que era particularmente hostil al deseo socialista de restablecer la jornada de ocho horas y de promulgar una legislación social progresista, especialmente en el terreno del seguro contra el desempleo. Los socialdemócratas vieron obstaculizados sus intentos de introducir y llevar adelante estas medidas por sus compañeros de coalición y no pudieron lograr casi nada —aunque, como vimos, los sindicatos pudieron mejorar la situación de los trabajadores, en cierta medida, mediante los

contratos colectivos. Dentro del Partido Socialdemócrata el ala izquierda, encabezada ahora por el ex comunista Paul Levi (1883-1930), que había vuelto al partido después de ser expulsado por el Comintern en 1921, objetó enérgicamente la participación de los socialdemócratas en el gobierno en estas condiciones, pero fue derrotada por votación. Los ministros socialistas tomaron posesión de sus cargos y aunque ya habían comprendido que pedían hacer muy poco, se mantuvieron por dos razones: su deseo de llegar a un acuerdo con Francia y de resolver el problema de las reparaciones y su creencia que lo más que pedían esperar en un futuro próximo era la consolidación de la República burguesa contra las fuerzas contrarrevolucionarias de los nacionalistas, los nazis y los jefes militares. Parecía una gran victoria haber obligado a Hindenburg a aceptar un Canciller socialista y haber derrotado a los nacionalistas y a los nazis en las urnas; y, en efecto, los socialdemócratas estaban satisfechos con ser republicanos y renunciar a cualquier acto que pudiera poner en peligro la precaria prosperidad que había seguido a la aceptación del Plan Dawes. Aun cuando, en 1929, el propio partido de Stresemann, el Partido Popular, pidió la renuncia de Hilferding como Ministro de Finanzas, los ministros socialdemócratas permitieron que fuera depuesto sin más que una protesta y permanecieron en el gobierno.

Entretanto, Stresemann había presionado activamente en favor de las negociaciones para una revisión del Plan Dawes y la evacuación de la parte de Renania ocupada todavía por las fuerzas aliadas. Su objetivo era, sobre todo, fijar el total de obligaciones de Alemania por concepto de reparaciones y poner fin a los controles extranjeros sobre los ferrocarriles alemanes y las finanzas alemanas en general, así como lograr la total evacuación del país por las autoridades extranjeras de control y por los soldados de ocupación. En la Conferencia de La Haya, de agosto de 1929, logró que la mayoría de sus demandas fueran aceptadas por los aliados. El Plan Young, redactado por un nuevo Comité presidido por los norteamericanos y que comprendía un proyecto de solución definitiva del problema de las reparaciones, había sido lanzado en junio y establecía la base para las discusiones de La Haya. Hubo algunas dificultades antes de adoptarse finalmente el Plan, en enero de 1930; pero se llegó a un acuerdo preliminar en La Haya, en agosto de 1929.

Stresemann pareció haber consolidado, así, su posición; pero inmediatamente después de la Conferencia de La Haya, de agosto, una profunda división en el gabinete en torno al seguro de desempleo produjo una crisis, que Stresemann resolvió con dificultades mediante una transacción, el 2 de octubre. Esa misma noche sufrió un ataque fatal de apoplejía y, con su desaparición, desapareció también de inmediato

la base de la "Gran Coalición". El Acuerdo de La Haya se mantuvo; pero el gabinete Müller, que se había conservado unido gracias a su influencia, no pudo disponer ya de una mayoría en el Reichstag y cayó del poder. En marzo de 1930, la "Gran Coalición" fue disuelta por la cuestión del seguro contra el desempleo y Heinrich Brüning, dirigente derechista del Partido Centrista, fue designado Canciller. Un poco antes, en febrero, la muerte de Paul Levi suprimió al único líder importante de la izquierda socialdemócrata.

Aun antes de subir al poder Brüning, a la cabeza de un gobierno del que fueron excluidos los socialistas, la situación alemana había sido profundamente alterada por el estallido de la crisis del mercado norteamericano, en el otoño de 1929. Muchos, ciertamente, se negaron a atribuir un profundo significado a la crisis y pronosticaron una rápida vuelta a las condiciones de prosperidad. Pero el efecto inmediato fue poner un fin abrupto a la afluencia de capital norteamericano hacia Alemania e iniciar una afluencia inversa, cuando se empezó a solicitar los préstamos a corto plazo. La recuperación de Alemania, como vimos, había sido el resultado directo de la afluencia en gran escala de fondos norteamericanos; y su mantenimiento dependía de que se sostuviera esta afluencia. Los financieros y capitalistas alemanes habían recibido préstamos principalmente a corto plazo y habían prestado o invertido a largo plazo; de modo que no pudo pagarse el dinero norteamericano cuando fue solicitado. Y, aun aparte de esto, el desarrollo económico de Alemania no podía sostenerse sin una afluencia continua de fondos extranjeros. Con la crisis del mercado del trigo de Chicago, en febrero de 1930 y las nuevas y mucho más severas crisis y el pánico en la bolsa de valores de Nueva York en mayo, las repercusiones sobre la economía alemana se hicieron mucho más serias; y Brüning se vio frente a un agudo colapso interno, que trató de resolver transfiriendo la carga a los trabajadores. Ante las numerosas quiebras y el creciente desempleo, se invirtió la tendencia a la aceptación pasiva de la República burguesa controlada por los capitalistas y los partidos extremistas, los nacionalistas y los nazis por una parte y los comunistas por la otra ganaron terreno rápidamente a expensas de los partidos burgueses y de los socialdemócratas, que tuvieron que compartir la culpa por las crecientes dificultades de la República. La etapa de crisis, que terminó con la toma del poder por Hitler tres años después, se había iniciado.

La historia de estas luchas caen fuera del periodo cubierto en este volumen. Ahora debemos volver sobre nuestros pasos para ver qué le sucedió al Partido Comunista alemán después que, tras el fracaso de su proyectado levantamiento en octubre de 1923, eliminó a Brandler de la dirigencia y aceptó en su lugar a un nuevo grupo de líderes

_Maslow y Ruth Fischer en Berlín y Ernst Thaelmann en Hamburgo. Estos nuevos dirigentes pertenecían al ala izquierda, que había criticado agudamente la interpretación de la política del "Frente Unido" por Brandler y Radek y se habían opuesto a la entrada de los comunistas en los gobiernos socialistas de izquierda en Sajonia y Turingia y, en general, al intento de actuar dentro de los sindicatos "libres" ya establecidos, en vez de promover un movimiento rival. Así, aunque después de octubre de 1923 tuvo que reconocerse que no había ya oportunidad para hacer una revolución dirigida por los comunistas, los nuevos dirigentes se sintieron llamados a adoptar la política más extremista consecuente con la situación. Las grandes huelgas de agosto de 1923, donde el "Frente Unido" había encontrado su más significativa expresión, habían sido la causa directa de la caída del gobierno de Cuno y de la entrada de los socialdemócratas en la "Gran Coalición" de Stresemann, que los comunistas atacaron con vehemencia como una traición a la clase obrera. Frente a esta situación y a la caída de los socialistas de izquierda en Sajonia y Turingia, no podía pensarse ya en un "Frente Unido", basado en la cooperación con el Partido Socialdemócrata; y los comunistas se lanzaron a una campaña de denuncia violenta contra los socialdemócratas, tanto contra sus miembros de fila como contra sus dirigentes. El hecho de que los sindicatos, cuya dirigencia era principalmente socialdemócrata, perdieran a la mitad de sus miembros en la adversa situación económica de 1923-24, afectó también a la política comunista en este terreno, haciendo aparecer menos importante el apoderarse de los sindicatos "libres" seriamente debilitados que organizar un nuevo movimiento revolucionario en las fábricas, para enfrentarlo a aquéllos; y de esto resultó un descenso en la influencia comunista sobre los sindicatos 'libres" y un intento de lograr la elección directa de comunistas para los comités de fábrica legalmente constituidos, en oposición a los candidatos "libres".

Esta vuelta hacia la izquierda en la política del comunismo alemán duró de 1923 a 1925, y fue entonces drásticamente modificada. A mediados de 1925 había muerto Ebert y Hindenburg había sido electo presidente; y, en las elecciones presidenciales a los comunistas les fue muy mal. Fue necesario reconocer que la nueva política comunista no daba buenos resultados; y se atribuyo la culpa, en Alemania y en Moscú, a Maslow y a Ruth Fischer, que fueron eliminados abruptamente de sus cargos, quedando Thaelmann con todo el control. Por entonces, Stalin había ganado en Rusia la batalla contra Trotsky, pero no había roto todavía con Zinoviev y Kamenev; y convenía a los rusos disminuir el revolucionarismo de los partidos comunistas en Occidente. En consecuencia el Partido alemán, con Thaelmann, se inclinó claramente hacia la derecha, especialmente en las cuestiones sindicales, re-

anudando los intentos de ganar influencia dentro de los sindicatos 'libres", que se recuperaban rápidamente de los desastres de 1923-24. Una vez más, en vez de presentar sus propias candidaturas en las elecciones de los comités de fábrica, los comunistas trataron de que sus candidatos fueran aceptados por los sindicatos y electos bajo los auspicios de éstos; y, con los socialistas nuevamente opuestos al gabinete burgués de derecha, fue posible atraer una vez más al ala izquierda del Partido Socialdemócrata. En el periodo de recuperación económica de 1925 a 1928, los comunistas alemanes siguieron una línea decididamente no revolucionaria en armonía con la política del momento de Rusia y del Comintern.

Entonces, en 1928, hubo otro cambio abrupto de política. Los socialdemócratas, a quienes les había ido bien en las elecciones generales de ese año,[2] volvieron al poder en la nueva "Gran Coalición" de Stresemann, convirtiéndose nuevamente en "socialtraidores"; y, al mismo tiempo, Stalin, arregladas las cuentas con Zinoviev, lanzaba el nuevo movimiento hacia la izquierda en Rusia, que tomó forma en el primer Plan Quinquenal y en la liquidación en masa de los *kulaks* y el apresurado establecimiento de la colectivización agrícola. Los comunistas alemanes habían aumentado también sustancialmente, aunque mucho menos que los socialdemócratas, sus votos en las elecciones generales y se sintieron inclinados a creer que el nacionalismo y el nazismo estaban en decadencia. Paradójicamente, el ala derecha del Partido Comunista alemán —el antiguo grupo de Brandler— obtuvo entonces una mayoría en el Comité Central del Partido y desplazó a Thaelmann del poder. Pero su victoria fue corta: por órdenes de Moscú los derechistas fueron pronto desplazados a su vez y Thaelmann regresó a presidir un Comité dispuesto a llevar adelante las órdenes del Comintern, en el sentido de una aguda vuelta hacia la izquierda. Desde entonces el comunismo alemán participó en las luchas que condujeron al triunfo de Hitler en 1933. La socialdemocracia se convirtió, de nuevo, en el archienemigo: los sindicatos "libres" fueron combatidos una vez más como traidores a la causa de los trabajadores. Los comunistas, a través de estos años, persistieron en negarse a tomar seriamente el peligro nazi y llegaron a hacer causa común con los nazis contra los socialdemócratas —por ejemplo, en el plebiscito con el cual se intentó derrocar al gobierno socialdemócrata prusiano en 1931.

Después de la caída del gobierno de Müller en marzo de 1930, los socialdemócratas habían pasado a la oposición en el Reich, pero habían conservado el control en el gobierno de Prusia y en algunos otros Estados, manteniéndose así como un factor importante en la po-

[2] **Véase p. 179.**

lítica interior. Ya en 1928 los comunistas habían demostrado una aguda oposición al gobierno prusiano, cuyas principales figuras eran Otto Braun y Karl Severing (1875-1952). La ocasión había sido la manifestación anual del Día del 'Trabajo en Berlín, habitualmente una demostración conjunta de todos los organismos obreros. En 1928, los comunistas decidieron realizar una manifestación por separado y el gobierno prusiano, temeroso de que se produjera un serio motín, prohibió todas las manifestaciones. Los socialdemócratas y los sindicatos 'libres" aceptaron la prohibición; pero los comunistas decidieron desafiar la orden. El jefe de policía, un socialdemócrata llamado Zorgiebel, ordenó a la policía disparar contra los manifestantes y algunos resultaron muertos. Se erigieron barricadas en el distrito obrero de Neukoelln, que se sostuvieron durante dos días. Los comunistas lanzaron un llamado a la huelga general, pero no encontraron eco. Redoblaron sus acusaciones al gobierno socialdemócrata prusiano y, como vimos, se unieron después a los nazis en un intento por derrocarlo. Pero en Prusia los socialdemócratas, cada vez con menos fuerza, se sostuvieron en el poder hasta que Von Papen los desplazó, sin resistencia en 1932.

Necesariamente tienen que diferir las opiniones acerca de si los socialdemócratas tuvieron razón en participar en la "Gran Coalición" del Reich en 1928, después de su triunfo electoral. El descontento alentaba ya, especialmente en el campo; pero el capital norteamericano afluía todavía y había razón para creer que lo mejor que podía suceder, dadas las circunstancias, era la consolidación de la República con todos sus defectos, mediante la afluencia continua de capitales extranjeros. La muerte de Stresemann y el advenimiento de la gran depresión en los Estados Unidos, que cortó estos suministros, cambió totalmente la situación; y es evidente, con mirada retrospectiva, que el gabinete de Müller habría hecho mejor en renunciar de inmediato, en vez de esperar a ser destituido unos meses después. También nos parece, retrospectivamente, que los socialdemócratas se equivocaron al permanecer en el gobierno de Prusia después que Brüning fue designado Canciller, ya que esto los comprometía a participar en sus medidas y contribuyó a la impopularidad de la socialdemocracia y a que muchos de sus partidarios se alejaran —algunos para hacerse comunistas, pero la mayoría para convertirse al nazismo— a medida que las condiciones empeoraron. Quizá era ya demasiado tarde, en vista del colapso norteamericano, para organizar a las masas trabajadoras para una lucha definitiva contra el nazismo: en todo caso, ni los socialdemócratas ni los comunistas, desde sus puntos de vista ampliamente diferentes, hicieron el intento. La revolución alemana nunca se recuperó de las derrotas que siguieron a su triunfo inicial. Ya desde los primeros meses de 1919 había sido uri retroceso casi continuo; porque

nunca hubo una clase obrera alemana unificada para llevarla adelante o siquiera para defenderla. Es fácil, según los gustos, culpar a los socialdemócratas de haber traicionado a la revolución al recurrir a Noske y los "Cuerpos libres" para reprimir a la izquierda y por haber dejado en los cargos de la administración a la vieja burocracia y al Reichswehr libre para reafirmar su poder, o bien acusar a los comunistas de haber dividido al movimiento obrero una y otra vez en la persecución de una imaginaria dictadura proletaria para la cual nunca hubo una base sólida de apoyo obrero. Por mi parte, culpo a unos y otros y considero que las raíces del problema están muy atrás, en los antecedentes del socialismo alemán en los días de la Segunda Internacional, cuando el partido fue incapaz de enfrentarse a las implicaciones de la conquista del poder contra el viejo orden militarista de los *junkers* y prefirió evadir la cuestión real, combinando frases revolucionarias con prácticas reformistas y sin tratar de responder jamás a los problemas planteados por un intento real de establecer una sociedad socialista. Estas evasiones fueron comunes a los partidos socialdemócratas en los países avanzados del mundo capitalista; pero en Alemania fueron más desastrosas porque la socialdemocracia alemana era el movimiento más fuerte —de hecho el modelo en el que se basaban los partidos socialdemócratas de otros países. El pueblo alemán sufrió más que nadie con los acontecimientos; sin embargo, no hay muchas señales de que, aun hoy, haya aprendido la lección.

Cualesquiera que sean las dudas en otro sentido, lo desastroso de la política seguida por los comunistas alemanes en los años finales de la República de Weimar está fuera de discusión. Aunque hubiera mucho que criticar y culpar en la política del Partido Socialdemócrata en estos años, fue criminal y estúpido por parte de los comunistas asociarse a los nazis en su contra. Puede argumentarse que la mayor culpa corresponde no a los comunistas alemanes, que actuaron por órdenes del Comintern, sin tener apenas en cuenta la situación de Alemania, sino a Stalin, que los empujó a actuar de esa manera. Esto es, sin embargo, una pobre excusa, ya que los alemanes no debieron someterse tan enteramente a la voluntad de Stalin. Estos acontecimientos, en general, fueron el ejemplo más notable de los desastrosos errores provocados por el dominio absoluto del Comintern sobre los partidos comunistas de los países occidentales —y del propio Stalin sobre el Comintern. Estas condiciones impidieron que los partidos comunistas occidentales fueran dirigidos capazmente, porque todo líder que mostrara cualidades de juicio independiente era rápidamente destituido por órdenes de Stalin. Thaelmann resultó aceptable como dirigente precisamente porque no demostró poseer esas cualidades y actuó como simple títere a las órdenes de Moscú. La única incógnita interesante es

la determinación de los motivos que indujeron a Stalin a insistir en una política desastrosa, no sólo para el comunismo alemán, sino para la Unión Soviética también. La explicación ofrecida con mayor frecuencia por los comunistas era que el nazismo no representaba un peligro real y que si lograba minar la República de Weimar esto prepararía simplemente el camino para la victoria comunista. El nazismo fue considerado como el último golpe desesperado del capitalismo alemán en su agonía, incapaz de crear un régimen que no se desplomara de inmediato, como resultado de sus contradicciones internas. Semejante opinión era absolutamente errónea, como lo demostraron los acontecimientos. El nazismo pudo haber sido incapaz de perdurar como estructura social sin recurrir a la guerra; pero no existía la seguridad de que, si se producía la guerra y acababa vencedor, no hubiera podido imponer su disciplina por largo tiempo a los vencidos, destruyendo largamente toda esperanza de un triunfo socialista o comunista. Aunque hubiera podido preverse su derrota definitiva en la guerra —lo cual era imposible, en mi opinión— es demasiado suponer que Stalin quiso realmente favorecer la victoria nazi en Alemania para que se produjera una guerra mundial que condujera a su derrocamiento. Es evidente que sus cálculos no pueden haber sido en este sentido.

¿En qué sentido, pues, se orientaron esos cálculos? Creía, al parecer, en un "esquema" general del desarrollo histórico de acuerdo con el cual las situaciones revolucionarias y las no revolucionarias se sucedían alternativamente y sostenía, como dogma del marxismo, que siempre que pareciera acercarse una situación revolucionaria la tarea de los comunistas era acelerarla por todos los medios en su poder, sin tener en cuenta el carácter de la revolución en perspectiva y, en consecuencia, favorecer a las fuerzas revolucionarias, aunque sus fines fueran totalmente opuestos a los del comunismo. En la interpretación comunista del marxismo se consideraba un axioma que la futura revolución sería la revolución proletaria y no se tomaba en cuenta ninguna otra posibilidad, suponiendo que el proletariado era la única fuerza revolucionaria digna de tomarse en cuenta. En consecuencia, cualquier movimiento que debilitara el orden establecido debía, *ex hy•poihesi,* conducir hacia la revolución proletaria y merecía el apoyo comunista. Posiblemente contribuyó a esta ilusión que Stalin, como Lenin, era por encima de todo un revolucionario profesional dispuesto, instintivamente, a simpatizar con la revolución por sí misma. En todo caso, la responsabilidad de Stalin por el apoyo prestado por los comunistas alemanes a los nazis en 1930-31 es indiscutible; y puede sostenerse inclusive que, al ordenar este apoyo, contribuyó a la toma del poder por Hitler e indujo así la segunda Guerra Mundial —no

porque previera ni planeara estos sucesos, sino porque su esquema histórico dogmático lo conducía fatalmente en esa dirección. Sin duda, los nazis habrían podido tomar el poder aunque los trabajadores alemanes hubieran unificado sus fuerzas para combatirlos. Pero lo cierto es que la división en la clase obrera alemana y el apoyo otorgado a los nazis en una etapa crítica por los comunistas alemanes, entregó a Hitler la victoria en una bandeja.

Si, en conclusión, nos preguntamos qué contribuciones hizo el socialismo alemán al pensamiento socialista entre 1918 y su eclipse en 1933, la respuesta debe ser que tal contribución fue casi nula. En 1918 sus dirigentes, de derecha y de izquierda, no tenían ideas efectivas acerca del proceso de construir una sociedad socialista. Algunos de la extrema izquierda, por supuesto, veían la salvación en seguir, en todos los aspectos posibles, el ejemplo ruso y pedían primero "todo el poder para los soviets" y después la dictadura del recién fundado Partido Comunista. Había también revolucionarios, sobre todo Rosa Luxemburgo, que comprendían la locura del simple *yutchismo* y temían ya, en 1918, una degeneración de la Revolución rusa en una dictadura del Partido que destruiría la capacidad creadora de la clase obrera y conduciría a una dictadura personal o de grupo. Había, por otra parte hombres como Kautsky, que no sólo aborrecían la dictadura en cualquiera de sus formas, sino sostenían, en efecto, que la Revolución rusa no debía haberse producido o, en todo caso, en un país tan atrasado, debía haberse detenido en la etapa democráticoburguesa. Estas opiniones, sin embargo, no constituyen una contribución teórica original. En relación con los problemas que confrontaron los socialistas alemanes en 1918 no hay teoría y en los años siguientes se hizo muy poco en este sentido.

Así, los socialistas, a la hora de su victoria inicial, no parecen haber tenido mucha idea de cuáles eran las instituciones básicas de la nueva sociedad que debían establecer sobre las ruinas del imperio de los Hohenzollern. Las seis figuras que constituyeron el primer gobierno provisional —los socialistas mayoritarios Ebert, Scheidemann y Otto Landsberg y los independientes Haase, Ledebour y Emil Barth— nunca fueron teóricos y su acto inicial —dejar a no socialistas en los ministerios y designar a dos socialistas, uno de cada fracción para que vigilara en cada ministerio al ministro, sin definir sus facultades, tiene todo el aspecto de una improvisación para resolver una emergencia inmediata. Tuvo, sin embargo, grandes consecuencias: los viejos burócratas conservaron sus puestos con los nuevos ministros, continuando así la tradición administrativa de la vieja sociedad dentro de la nueva. Esto era, obviamente, lo que deseaba Ebert; pero no parece que los ministros socialistas independientes tuvieran otra alternativa que ofrecer,

aunque Ledebour y Barth querían conservar el poder, cuando menos temporalmente, en manos de los Consejos de Trabajadores y Soldados y veían el peligro de abandonar la autoridad en manos de los pilares del viejo orden. Tampoco se consideró seriamente el peligro de mantener a los antiguos jueces y tribunales, prosiguiendo así la tradición legal del antiguo Reich. Se centró la atención, casi totalmente, en la elección y convocatoria a una Asamblea Constituyente, que debería promulgar una Constitución formal para el nuevo régimen; y sólo los partidarios radicales del gobierno por Consejos pusieron en duda el hecho de que esta Asamblea debiera ser electa por sufragio universal, al modo parlamentario, como la única forma consecuente con los principios democráticos. La disputa surgió entre socialistas mayoritarios e independientes, no en torno al problema de si debía o no constituirse esa Asamblea, sino respecto al momento en que debía realizarse la elección y acerca de qué actos podía ejecutar el gobierno, antes de reunirse la Asamblea, como criatura de los Consejos. Uno de los grandes problemas, a este respecto, era el de la reforma agraria. ¿Había que desposeer de inmediato a los grandes terratenientes al Este del Elba, en nombre de la Revolución para convertir sus tierras en propiedad del Estado o repartirlas a los campesinos, o debía dejarse la decisión a la Asamblea Constituyente, para que ésta determinara lo que considerara conveniente? Éste era un problema decisivo; porque si se dejaba a los terratenientes en posesión de sus tierras, aunque fuera temporalmente, el gobierno les daba una base para organizar la oposición al nuevo régimen —por ejemplo, ofreciendo asilo en sus posesiones a los "cuerpos libres" que pronto habrían de crear tantos problemas a la revolución.

Los socialistas mayoritarios, partidarios de la democracia parlamentaria, estaban ansiosos de que la Asamblea Constituyente entrara en acción lo más rápidamente posible y estaban dispuestos a dejar en espera de su decisión el mayor número posible de cuestiones. Esto les daba, incidentalmente, la mejor oportunidad de derrotar a los independientes y al ala izquierda en general, porque tenían con mucho la mejor organización para fines electorales y sus opositores no tendrían tiempo para organizar un contramovimiento efectivo. Pero suponía también el peligro de que los socialistas —todos los grupos unidos— no lograran una mayoría si las elecciones se realizaban de inmediato; y esto, como vimos, fue lo que sucedió efectivamente, de modo que la tarea de redactar la nueva Constitución y de decidir los principios básicos sobre los cuales debería descansar la nueva sociedad fue entregada a un organismo predominantemente burgués, que no habría de proceder, obviamente, al establecimiento de una República socialista. De hecho, la labor de redactar la nueva Constitución correspondió al principio a alguien que no era socialista, el profesor Preuss; y el Congreso

de Consejos de Trabajadores y Soldados, donde los socialistas mayoritarios habían ganado una posición predominante, se apresuró a abdicar su autoridad en favor de la Asamblea Constituyente, que pudo así asumir plenos poderes indiscutibles, excepto para los extremistas de derecha, que rechazaban la República en cualquier término y para los comunistas, que fueron fácilmente marginados en los incidentes de los primeros meses. Los socialistas mayoritarios, en el mejor de los casos, no tendían directamente al socialismo, sino sólo a una democracia parlamentaria, que consideraban el único camino legítimo hacia el socialismo; y los independientes estaban demasiado divididos en torno a esta cuestión para poder ofrecer una alternativa común, aunque trataron de demorar la Asamblea y de anticiparse a su reunión tomando algunas decisiones vitales, partiendo de la autoridad de la Revolución y de los Consejos como representantes suyos.

Al lado de la reforma agraria, el gran problema era el de la socialización de la industria. ¿Debía transferirse de inmediato la propiedad capitalista o, al menos, sus sectores clave a propiedad y control del Estado? Respecto a esto, como vimos, los socialistas mayoritarios y muchos independientes eran contrarios a remover las bases de la empresa industrial y partidarios de demorar la cuestión, tratando mientras tanto de aumentar la producción con las empresas establecidas, añadiendo en general que debía resolverse algo respecto a la participación de los trabajadores en el control. Se temía que un intento de socialización dislocara más la producción y aumentara el caos existente; y se temía también que los gobiernos Aliados vetaran la socialización o hicieran de ello una excusa para confiscar las propiedades socializadas como contribución a las reparaciones. Además, los socialistas mayoritarios afirmaban que estas cuestiones debían esperar la decisión de la Asamblea Constituyente y, entre los dirigentes sindicales, muchos favorecían no la socialización sino una especie de *Mitbestimmung* o codeterminación, tal como la había favorecido Karl Legien antes de la guerra.[3] El efecto fue que la industria alemana volvió a recuperarse dentro de la propiedad y"el control capitalistas y que se dejó a la Asamblea la tarea de considerar en qué medida debía socializarse y qué debía hacerse para resolver la demanda de participación de los trabajadores en el control.

Así, mientras se redactaba la Constitución en Weimar, se creó una Comisión de Socialización, para examinar el problema general de la empresa estatal contra la empresa capitalista, y Rudolph Wissell apareció como el principal socialdemócrata partidario de una economía planificada, presentando sus principales proyectos a la Asamblea, en

3 Véase Vol. III, p. 295.

mayo de 1919. Pero Wissell, Ministro entonces de Economía Nacional, no pudo lograr que sus proposiciones fueran aceptadas por la Asamblea y pronto se vio obligado a renunciar. La Comisión de Socialización no resolvió nada, con excepción de una serie de proposiciones declaratorias que no tenían efecto práctico mientras no se convirtieran en leyes positivas —cosa que no sucedió nunca. Lo único que se hizo fue la implantación de un sistema reglamentario de Consejos de Trabajo, que se había prometido desde marzo de 1919; pero las facultades concedidas a estos organismos fueron cuidadosamente limitadas para evitar que adquirieran un carácter político o que obtuvieran un verdadero control administrativo. Sus principales funciones se relacionaban con cuestiones tales como el bienestar en el trabajo, aunque también protegían hasta cierto punto a los obreros contra el despido arbitrario. No hicieron nada para alterar las relaciones fundamentales entre patronos y obreros ni para establecer ninguna forma de coadministración —mucho menos para introducir alguna forma de socialización. Los socialistas alemanes no estaban dispuestos a afrontar el problema de la socialización, que siempre habían eliminado de la discusión como algo que sucedería "después de la Revolución" y que no debía considerarse mientras ésta no se produjera. Los únicos proyectos elaborados antes de la guerra fueron las ideas de Legien sobre el *Mitbestimmung,* o control conjunto por patronos y obreros; y éstos fueron eliminados por los patronos tan pronto como empezaron a recuperarse del miedo producido por los acontecimientos de 1918. Los ferrocarriles permanecieron socializados, como antes de la revolución; y la administración se conservó esencialmente como antes, excepto que los contratos colectivos por los sindicatos fueron ahora reconocidos y que se introdujo en cierta medida la consulta conjunta. Ninguna gran industria —ni siquiera las minas de carbón— fue socializada y los socialistas mayoritarios no parecieron lamentarlo. El capitalismo alemán permaneció intacto y reafirmó su poder tan pronto como desapareció el peligro inmediato de una revolución socialista. La República de Weimar se convirtió en una república capitalista y así tenía que ser, desde el momento en que el poder pasó de los Consejeros de Trabajadores a la Asamblea Constituyente.

En los años siguientes, aunque se prolongaron las candentes controversias entre socialdemócratas y comunistas y entre los socialdemócratas de derecha y los de izquierda, nadie hizo una contribución importante al pensamiento socialista. Los comunistas estaban demasiado ocupados en adaptarse a las variables condiciones del Comintern para pensar originalmente por su cuenta, aunque discutían interminablemente entre sí acerca de las tácticas de la revolución y cuestiones tales como la interpretación correcta del "Frente Unido". También los social-

demócratas estaban ocupados exclusivamente en discutir las tácticas y las necesidades de principios democráticos, así como la maldad de los potenciales dictadores. Continuamente a la defensiva, no sentían necesidad de elaborar sus ideas acerca de un socialismo que no veían con posibilidades de implantar. Hilferding, su principal experto en finanzas, pensó mucho en los problemas de una estructura impositiva democrática y Wissell trató de determinar lo esencial de una economía planificada basada en el control del Estado más que una socialización general; pero, con excepción de ellos, las nuevas contribuciones fueron notablemente estériles. No se produjo nada en el socialismo alemán posterior a 1918 al nivel de las grandes controversias revisionistas de los días de preguerra o de la obra de Hilferding sobre el *Finanz-Kapital,* publicada en 1910, ni con la *Acumulación del capital* (1913), de Rosa Luxemburgo, aunque el segundo volumen de esta obra, una réplica a sus críticos, no apareció sino en 1919 y su pequeño e importante libro, *La Revolución rusa,* editado por Paul Levi, no apareció hasta 1922. El socialismo alemán de posguerra no dio nuevos teóricos de importancia y peleó sus batallas teóricas demasiado bajo la sombra de Rusia para influir con un pensamiento propio original.

CAPÍTULO XXI

GRAN BRETAÑA HASTA LA CAÍDA DEL SEGUNDO GOBIERNO LABORISTA, 1926- 1931

Después de la derrota de la huelga general de 1926, en Inglaterra, los sindicatos, como hemos visto, se vieron reducidos a un papel puramente defensivo mientras pudieron reintegrar sus agotados fondos y recuperar a los miembros que habían perdido como consecuencia del colapso. El movimiento político laborista no sufrió, sin embargo, una decadencia semejante, sino que salió mas bien beneficiado por la creciente demanda por los trabajadores de mejores condiciones en relación con el seguro de desempleo —que habían empeorado después de la caída del gobierno laborista en 1924, por reglamentaciones según las cuales se negaba ese beneficio a los que supuestamente "no buscaran realmente trabajo" y el acortamiento de los periodos para recibir beneficios "no estipulados". En los años de 1927 a 1929 el comercio y el empleo en el mundo mejoraron en genera! y el sistema capitalista parecía menos inestable; pero en Gran Bretaña, principalmente como consecuencia del error cometido por los conservadores al restablecer el patrón oro en paridad con el dólar, como antes de la guerra, el desempleo seguía siendo grande y el descontento social crecía rápidamente en las "regiones de depresión", afectadas principalmente por el desempleo. En consecuencia, en las elecciones generales de 1929, el Partido Laborista mejoró considerablemente su posición, obteniendo 289 diputaciones en comparación con 151 que había obtenido en 1924. Esto lo colocó muy por encima de los conservadores, que sólo ganaron 260 asientos, pero quedaba todavía en minoría frente a sus opositores, si se tiene en cuenta que había 57 liberales. El Partido Laborista tuvo que hacer frente, por segunda vez a la necesidad de decidir si debía asumir el poder sin una mayoría, aunque ahora estaba en una situación mucho más fuerte que en 1924. Sus dirigentes decidieron, sin vacilaciones, formar gobierno-, y Ramsay MacDonald fue de nuevo Primer Ministro, sin pacto alguno con los liberales, pero sabiendo que muchos de ellos, los suficientes para mantenerlo en el poder, lo apoyarían si su gobierno se limitaba a una política que no implicara ataques a las instituciones fundamentales del capitalismo. El entendimiento tácito con los liberales impidió cualquier medida importante de nacionalización, ni siquiera de las minas de carbón, pero en apariencia era plenamente compatible con las medidas destinadas a aumentar la ocupación, ampliando las obras públicas, v con una política internacional tendiente a relajar las tensiones internacionales, al

desarme progresivo por acuerdos y a la liberalización del comercio internacional, especialmente mediante una "tregua aduanal". Las principales tareas en estos terrenos tocaron a Arthur Hénderson, como Secretario de Relaciones, y a William Graham (1887-1932), de la Oficina de Comercio, ya que MacDonald no desempeñó los papeles de Primer Ministro y Secretario de Relaciones, como había hecho en 1924. En el frente interior, las condiciones parecían favorables porque un sector de los liberales, encabezado por Lloyd George e inspirado fundamentalmente en el economista J. M. Keynes (1883-1946), había presentado en el Informe de la encuesta industrial liberal sobre el futuro industrial británico (*Britain's Industrial Future* [1928]) y en folletos publicados durante las elecciones —por ejemplo *We can Conquer Unenvployment* de Keynes y H. D. Hendersbn— un amplio programa de control estatal y acción positiva encaminada a aumentar la ocupación, tan avanzado cuando menos como cualquier programa del Partido Laborista antes de la publicación de *How to Conquer Unemployment* (escrito por el autor de este libro) como parte de su propaganda electoral. Los liberales no estaban en absoluto unificados en favor de las proposiciones de Lloyd George y Keynes; pero parecía razonable suponer que el grupo de Lloyd George era favorable a mantener por el momento en el poder al Partido Laborista, sobre el presupuesto de que trataría de poner en práctica la política que había sostenido acerca del problema de desempleo.

Cuando asumió el poder el segundo gobierno laborista, en junio de 1929, la perspectiva económica mundial parecía favorable para una acción en este campo y respecto a las relaciones internacionales. Pero apenas había empezado a estabilizarse cuando el colapso de la bolsa de valores en los Estados Unidos vino a advertir que las cosas estaban lejos de marchar bien en el frente económico; y, a mediados de 1930, era evidente que estaba en marcha una crisis económica mundial. El acuerdo de las reparaciones que debía pagar Alemania según el Plan Dawes de 1924 ya demostraba ser impracticable y era evidente que debía ser sometido a revisión. Mucho más seria, sin embargo, era la súbita detención de la afluencia de capital norteamericano que había estado entrando en Europa, especialmente en Alemania, desde la adopción del Plan Dawes. La retirada de estos capitales reveló el hecho de que la recuperación económica de Europa había dependido, en realidad, de la afluencia de dinero norteamericano y que, sin él, no sólo, no podrían los alemanes pagar las reparaciones sino que toda la estructura crediticia en Europa estaba en peligro de un rápido colapso. Era imposible, sin embargo, evitar que los norteamericanos, en busca de capitales 'líquidos", conservaran su capital en su país y trataran inclusive de retirar lo más posible de sus préstamos e inversiones en Europa;

muchos prestamistas europeos se encontraron con que habían atado, a largo plazo, recursos que habían recibido como préstamos a corto plazo de los Estados Unidos. Las consecuencias totales del colapso económico norteamericano se fueron manifestando por etapas. Al principio muchos esperaban que a la caída en la bolsa de valores seguiría una rápida recuperación y que los norteamericanos reanudarían los préstamos, en una escala suficiente como para preservar del desastre a las economías europeas. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que las fuerzas del desequilibrio en los Estados Unidos eran poderosas —especialmente la disminución en el poder de compra relativo del sector rural— y que los norteamericanos se hundían sin esperanzas en la peor depresión experimentada por el capitalismo y arrastraban consigo a toda la economía capitalista de la Europa occidental y central.

La negatividad de la perspectiva económica se hizo evidente un poco después que el gobierno laborista asumiera el poder. Pero ya en 1930 las cifras de los desempleados aumentaban rápidamente; y las mejores condiciones de los subsidios introducidas por el gobierno aumentaban más aún los gastos de su mantenimiento. Al mismo tiempo, la extensión de la depresión repercutía con efectos adversos en las exportaciones inglesas; porque, aparte de la caída del mercado norteamericano, cada país, al aumentar sus dificultades, recurrió a una reducción de las importaciones en la esperanza de mejorar sus balanzas de pagos. Además, al mismo tiempo que las entradas a las importaciones se fueron cerrando en un país tras otro, los países exportadores hicieron lo posible por descubrir otros mercados; y Gran Bretaña, el principal país que funcionaba todavía con librecambio era el obviamente seleccionado para el dumping de los excedentes que no encontraban otra salida. Esto afectó seriamente la balanza de pagos de Inglaterra, ya conmovida por la crisis norteamericana; y el remedio correcto, de acuerdo con los preceptos tradicionales de las finanzas ortodoxas, era la deflación destinada a hacer descender los precios ingleses y alentar la afluencia de fondos extranjeros. Desgraciadamente Philip Snowden, laborista a cargo de la Tesorería, era tan ortodoxo en sus opiniones monetarias como el banquero más reaccionario y utilizó toda su influencia y obstinación —que eran muy grandes para impedir que el gobierno gastara cualquier cantidad de dinero cuyo gasto pudiera evitarse. Esto significó que los proyectos de extender las obras públicas para aumentar la ocupación —y con ello el poder de compra— fueron eliminados por demasiado costosos y que se consideró preferible —porque resultaba más barato en cuanto a desembolso inmediato— mantener el número creciente de desempleados en ocio forzoso que darles un trabajo útil. El gobierno, incapaz de integrar un programa coherente para resolver el desempleo, remitió el problema primero al dirigente ferroviario de

derecha, J. H. Thomas (1874-1949) —la peor selección que pudo haber hecho— y luego asociaron con él a George Lansbury y Thomas Johnston •(n. 1882), Subsecretario de asuntos escoceses, junto con Sir Oswald Mosley (n. 1896), ex *tory,* que había sido designado Canciller del Ducado de Lancaster. No había probabilidades de que este equipo llegara a un acuerdo ni que, en caso de lograrlo, pudieran modificar la determinación de Snowden de seouir los caminos de la ortodoxia financiera.

A mediados de 1930, cuando el gobierno llevaba un año en el poder, el desempleo registrado había subido de 9.6% en junio de 1929 al 15.4%; a fines de 1930 había aumentado a 2 millones v medio. Entretanto Mosley había tomado la iniciativa solicitando una política más audaz tendiente a aumentar la ocupación y, sin poder persuadir a Thomas, redactó sus proposiciones en un memorándum —el "Memorándum Mosley"— que fue sometido al gabinete con la aprobación de Lansbury y de Johnston. Fue rechazado y Mosley renunció a sil cargo en el gobierno. En octubre se planteó la cuestión en la Conferencia del Partido Laborista, donde Mosley atacó al gobierno y defendió su política, siendo derrotado por pocos votos —1 251 000 contra 1 046 000— clara señal del creciente descontento entre los. miembros del Partido Laborista en todo el país. Mosley prosiguió su campaña y, en febrero de 1931, publicó un folleto, *A National Policy,* donde exponía sus proposiciones, con el apoyo, entre otros, de figuras de izquierda tan conocidas como John Strachey (n. 1901) y Aneurin Bevan (n. 1897). Poco después, al -no poder lograr el apoyo de la mayoría de los miembros del Parlamento, Mosley abandonó el Partido Laborista y creó un "Nuevo Partido" que pronto se convirtió en la organización embrionaria del fascismo británico. Sólo cuatro parlamentarios laboristas —uno de ellos su esposa— lo siguieron al Nuevo Partido; y de ellos John Strachey se alejó casi de inmediato. Los demás que habían apoyado el Memorándum Mosley —incluyendo a Bevan— se negaron a tener nada que ver con el nuevo movimiento. Mosley había esperado, sin duda, un apoyo mucho mayor; no entendía el sentimiento de lealtad que ligaba a la mayoría de los socialistas al Partido Laborista, a pesar de las críticas que pudieran hacer a su política. Por su parte, él no guardaba lealtad alguna a la causa de los trabajadores. Mientras tanto, el gobierno caía de una dificultad en otra. Su programa legislativo para la nueva etapa de la legislatura, anunciado en octubre de 1930, no contenía nada respecto al problema de la desocupación; porque, de hecho, no tenía idea de lo que debía hacerse, a no ser esperar que sucediera lo mejor.

Lo que sucedió, sin embargo, no fue lo mejor sino un deterioro cada vez mayor. Bajo la presión de los liberales, el gobierno recurrió inclusive

a un intento de disminuir los gastos de mantenimiento de los desempleados mediante una Ley de Anomalías, que eliminaba un número considerable de los trabajadores con derecho a recibir subsidios, especialmente mujeres casadas. Designó también un Comité especial, dominado por contrarios políticos —el Comité Económico de mayo— para informar acerca de los medios para reducir los gastos públicos. Este comité entregó, naturalmente, un informe "atemorizador" que, haciendo aparecer la situación peor aún de lo que era contribuyó a producir un pánico en el extranjero sobre la libra esterlina y colocó al gobierno en la imposibilidad de mantener el valor de la libra, sin la ayuda de grandes préstamos del extranjero. Se lograron, en efecto, importantes préstamos, de los bancos centrales de Estados Unidos y Francia; pero se desvanecieron ante la creciente desconfianza respecto a la libra esterlina y se solicitaron nuevos préstamos, sin la seguridad de que no se disiparían también, con idéntica rapidez. Fue entonces cuando el reaccionario director del Banco de Inglaterra, Montagu Norman, parece haber hecho uso de su influencia con los norteamericanos para inducirlos a fijar condiciones limitatorias a los préstamos futuros. En todo caso, eso dio a entender Snowden a sus colegas de gabinete. Los ministros laboristas tuvieron que hacer frente a un ultimátum, que les exigía disminuir los subsidios de desempleo y hacer otras economías drásticas a expensas de la.clase trabajadora como la única.alternativa a la pérdida del patrón oro, que Snowden adoraba fanáticamente.

Parece claro que la mayoría de los ministros laboristas se sentían en aquel momento totalmente perdidos. No entendían las finanzas internacionales y suponían, erróneamente, que Snowden las conocía. MacDonald estaba tan extraviado como los demás. Por mucho tiempo había presidido un Consejo Consultivo Económico —del que eran miembros Keynes, Thomas y otros ministros, pero no Snowden. Se habían debatido medida tras medida para resolver la situación, presionando Keynes especialmente por el establecimiento de aranceles que redujeran las importaciones y acrecentaran los recursos de la Tesorería; pero MacDonald se había negado a permitir que se llegara a conclusiones v, en el fondo, estaba el rechazo de Snowden a cualquier camino posible, excepto la creciente deflación.

Por fin se produjo la crisis definitiva. MacDonald pidió a su gabinete que aceptara drásticas disminuciones a expensas de los desempleados; y, cuando la mayoría retrocedió ante esto, anunció la renuncia del gobierno e hizo una nueva aparición como Primer Ministro de un nuevo gobierno "nacional", integrado principalmente por conservadores y liberales, junto con unos pocos laboristas que h::bían aceptado seguirlo —Thomas y Snowden, entre ellos, que salieron junto con él del movimiento laborista al que habían servido la mejor paite de

sus vidas. El nuevo gobierno proclamó que asumía el poder para "salvar la libra"; pero casi su primer acto fue suprimir el patrón oro que, hasta entonces, se había considerado inviolable. En cuanto a esto no tenía, en realidad, otra alternativa, ya que las cosas habían ido demasiado lejos para que se mantuviera el valor de la libra, con la paridad establecida. Pero después procedió a introducir, no los aranceles que Keynes había demandado, sino un sistema proteccionista total, que modificó toda la política fiscal seguida durante un siglo.

La caída del gobierno laborista en 1931 fue aún más ignominiosa que la de su predecesor siete años antes, porque fue el resultado de una simple y manifiesta incompetencia para manejar la situación en que había colocado a Inglaterra la crisis económica mundial. La situación era, por supuesto, muy difícil: Inglaterra no podía haber escapado sin ser afectada por las repercusiones de la crisis mundial. Pero lo erróneo de la política del gobierno fue que permitió que las cosas fueran de mal en peor, sin intentar la aplicación de la política de Keynes o siquiera de la política a que se había comprometido con sus anteriores declaraciones. Esto sucedió, no porque la mayoría de los ministros laboristas, individualmente, fueran incompetentes para sus cargos sino porque no comprendían las cuestiones financieras y, sobre todo, porque MacDonald no pudo llegar jamás a una decisión y permitió a Snowden vetar todas las medidas que pudieron contribuir a mejorar el estado de cosas. Henderson, la figura más importante del gabinete junto con los citados, estaba totalmente absorbido en este periodo crítico por los asuntos internacionales —sobre todo, por la Conferencia Preparatoria del Desarme y otros esfuerzos tendientes a reducir las tensiones internacionales y se ocupó muy poco del examen de los problemas internos hasta las etapas finales de la crisis, cuando se unió a los que se negaban a aceptar las medidas "economizadoras" propuestas, a expensas de la clase obrera.

MacDonald, de hecho, había perdido más y más el contacto con la mayoría de sus compañeros mucho antes de que se produjera el rompimiento decisivo. Se había dedicado a alternar con la gente de "sociedad", gozando de la alta posición social que le otorgaba su cargo, manteniendo relaciones sociales con muy pocos de los miembros de su gabinete y con frecuencia ignorando señaladamente o desairando a los demás —incluyendo a Henderson y Lansbury. Había dejado de ser socialista, en todos los sentidos, hasta del género muy de derecha que había profesado antes; y era susceptible de convencerse fácilmente de que, en la hora de crisis nacional, era el líder indispensable —aunque no tuviera la menor idea de la dirección a la que quería ir. Durante la guerra, por su ambigua actitud y gracias a los venenosos ataques que le dedicó la prensa capitalista, había adquirido la reputación, abso-

lutamente inmerecida, de estar más cerca de la izquierda que de la derecha; y, por ello el grupo de Clydeside lo reinstaló en la dirección del partido, con preferencia al honesto, aunque pedestre, J. R. Clynes. Desde entonces demostró una y otra vez que todas sus simpatías correspondían a la extrema derecha del partido; pero, hasta 1929, había aparentado aún cierta actitud socialista, y la misma retórica y ambigüedad de sus manifestaciones públicas habían contribuido a ocultar la medida de su defección, incluso de las ideas socialistas más moderadas. Sus actos en 1931 lo pusieron por fin en evidencia. Durante unos años más pudo aparecer como simple figurón de un gobierno predominantemente conservador; pero de hecho no contaba más que como lo que era esencialmente: nada.

Sólo unos cuantos colegas de MacDonald lo siguieron, apoyando al gobierno "nacional". Snowden, elevado al rango de vizconde, atacó a sus antiguos compañeros con la mayor saña en las elecciones generales que siguieron inmediatamente a la crisis, pero pronto se molestó con el nuevo equipo y renunció al gobierno "nacional" en protesta contra su política arancelaria. Snowden había sido, en muchos aspectos, más socialista que MacDonald; pero era esencialmente un doctrinario y aunaba a su colectivismo una apasionada devoción al librecambio y a la ortodoxia financiera. Estas creencias lo incapacitaban para aceptar métodos no ortodoxos para resolver la situación de emergencia e hicieron, no menos que la indecisión de MacDonald, que su papel fuera simplemente obstruccionista a medida que empeoraron las condiciones. Era, además, el hombre más pagado de su propia honestidad, incapaz de creer que no hubiera sido totalmente justo en lo que hubiera hecho o dejado de hacer. Después de su renuncia desapareció simplemente de la política, sobreviviendo para escribir una autobiografía donde atribuía toda la culpa a los demás, afirmando enérgicamente su propia infalibilidad. En cuanto a J. H. Thomas, nunca pretendió ser socialista. Era un hábil dirigente sindical, que sabía negociar en nombre de los ferroviarios los salarios y las condiciones de trabajo, pero no simpatizaba en absoluto con sus fines más amplios —era indiferente a la nacionalización y activamente hostil a sus demandas de una participación en el control del servicio ferroviario. Había trabajado más cerca que nadie de MacDonald en el gobierno laborista y fue de los primeros partidarios de un arancel para limitar las importaciones. Le faltaba sobre todo, como lo demostraron los acontecimientos, la simple honestidad de propósitos.

En las elecciones generales que siguieron a la crisis, en el otoño de 1931, el Partido Laborista, después de perder a sus dirigentes más conocidos y de desacreditarse con su incapacidad para actuar eficazmente, cayó en la más desastrosa derrota. Sus parlamentarios se redu-

jeron de 289 a 46, con exclusión de 6 que fueron electos sin ser candidatos oficiales del partido. Estos seis incluían a tres representantes del Partido Laborista Independiente, que se postularon sin apoyo oficial —entre ellos James Maxton (1885-1946)— y otros tres, dos de los cuales estaban estrechamente asociados con el Partido Laborista Independiente. En el periodo que ejerció el poder el gobierno laborista, el Partido Laborista Independiente fue perdiendo progresivamente la paciencia; y el Ejecutivo del Partido Laborista se había negado a postular a sus candidatos si éstos no aceptaban plenamente la disciplina del partido. Cuando se efectuaron las elecciones, el Partido Laborista Independiente estaba ya en vías de separarse y, al año siguiente, abandonó definitivamente al Partido Laborista, condenándose a una posición aislada entre el Partido Laborista y los comunistas, en la cual no podía ejercer una influencia efectiva. »

Las elecciones generales despojaron a la mayoría de los dirigentes laboristas restantes de sus asientos en el Parlamento, de los miembros del gabinete depuesto, sólo George Lansbury fue electo nuevamente y seleccionado como líder parlamentario, no porque él deseara la posición sino porque no había ningún otro. Clement Attlee (n. 1883) se convirtió en su segundo y después en líder cuando el pacifismo de Lansbury lo llevó a renunciar, al gestarse la situación bélica, en 1935. Henderson, derrotado en 1931, no regresó al Parlamento sino hasta 1933, ya a punto de morir. No asumió nuevamente la dirección del partido dedicándose, mientras se lo permitieron sus fuerzas, a sus labores como presidente de la poco afortunada Conferencia de Desarme, aunque por entonces todas las esperanzas de éxito habían sido aplastadas por la victoria de Hitler en Alemania. Murió, acabado, en 1935. Siempre en el ala derecha del partido, lo había servido fielmente de acuerdo con su capacidad, y había sido el principal arquitecto de su suerte en los años de la posguerra. Había empleado todos los esfuerzos, una y otra vez, para mantener unido al partido, a pesar de sus divisiones. Durante la guerra se debió a él principalmente que no se excluyera al Partido Laborista Independiente, que era antibelicista; y, a pesar de la fuerza de sus convicciones moderadas, se mostró siempre tolerante en las disputas internas del partido. Como otros muchos sindicalistas de la vieja generación, Henderson inició su carrera política cuando participó en el Comité de Representación Laborista. No se había considerado a sí mismo socialista hasta que colaboró con Sidncy Webb en la reconstrucción del Partido Laborista sobre la base de un socialismo gradualista, en 1917; y después se mantuvo firmemente en la posición gradualista. Henderson carecía de magnetismo personal y no valía mucho como orador, aunque podía hacer un excelente discurso razonado cuando lo exigía la ocasión. Algunas veces perdía la

calma y actuaba con rudeza; pero no tenía malicia alguna y estaba dedicado totalmente a la causa laborista. Los encantos de la buena "sociedad" no lo atraían y no tenía gustos excesivamente costosos, que pudieran desviarlo de su camino. De escasa intuición e imaginación, fue sin embargo un dirigente en quien siempre podía confiarse, del que se sabía que daría lo mejor de sí, sin reservas.

Con el desastre de 1931, la primera generación de dirigentes del Partido Laborista británico salió sin gloria del campo de la acción. Keir Hardie había salido mucho antes, profundamente desalentado por la guerra, en 1915; pero hasta 1931 los demás líderes de la preguerra —MacDonald, Snowden, Henderson, Thomas— siguieron dominando el partido. Después de 1931, con Henderson casi fuera de acción, sólo quedaba George Lansbury, con Jowett, Clynes y algunos más que por el momento no estaban en el Parlamento. Una generación más joven —Clement Attlee, Herbert Morrison (n. 1888) y Hugh Dalton (n. 1887) entre sus principales representantes— debía pasar al primer plano. Cómo llevaron a cabo la tarea de reconstruir el partido por etapas lentas después de su derrota pertenece a una parte de esta historia que no corresponde a este volumen. Dejamos, por ahora, al Partido Laborista en la decadencia mayor de su suerte electoral desde antes de la guerra y con el prestigio maltrecho por la defección de sus líderes más populares, en circunstancias que no decían mucho en su favor ni en favor de los que permanecieron fieles al partido en su mala época. Es cierto que el gobierno laborista de 1929-31 tuvo la desgracia de tener que enfrentarse a una situación muy difícil, que requería un enfoque original y audaz. Es cierto también que la falta de una mayoría parlamentaria le impidió plantear medidas socialistas constructivas, con alguna posibilidad de llevarlas a cabo. Sin embargo, no hay excusa para la extrema pusilanimidad con que manejó el problema del desempleo; porque, en ese terreno, si se hubiera dedicado resueltamente a crear fuentes de trabajo, tenía asegurado suficiente apoyo de los liberales como para sacar adelante sus proyectos en la Cámara de los Comunes y poder confiar que la Cámara de los Lores no se atrevería a rechazarlos. El hecho es que le faltó la resolución para intentar siquiera lo que los liberales más progresistas habían estado pidiendo y se dejó arrastrar sin resistencia al desastre. No obstante, el Partido Laborista había proclamado, desde sus primeros días, el deber del Estado de mantener la ocupación a un nivel satisfactorio; el "derecho al trabajo" era uno de los más viejos y persistentes lemas del socialismo. A pesar de esto, el gobierno laborista se dejó engañar y convencer de que era más económico mantener a millones de personas en la ociosidad que ponerlas a trabajar, produciendo objetos útiles que el pueblo necesitaba. Había, en la mente de muchos socialistas, la idea de que,

como el capitalismo por su naturaleza misma producía el desempleo y estaba expuesto a crisis y depresiones sucesivas, no podía hacerse nada efectivo sin un cambio de sistema que estaba, obviamente, fuera de su poder inmediato. No lograron comprender, lo mismo que sus opositores políticos, lo que les decía Keynes acerca del efecto que una mayor ocupación tendría en la creación de más oportunidades de empleo, mediante el sostenimiento del poder de compra. Tampoco compren dieron las implicaciones más amplias de las teorías de Keynes ni su importancia al señalar el camino hacia la estabilización de la economía que daría al capitalismo un nuevo plazo de vida, a condición de que aceptara cierta sujeción a la planeación y el control estatales. Si hubieran entendido a Keynes, la mayoría de ellos no habría rechazado sus consejos sosteniendo que fortalecerían al capitalismo; porque ellos mismos deseaban que el capitalismo sobreviviera y prosperara hasta que hubiera posibilidades de sustituirlo. Simplemente no entendieron la "nueva economía" —que sólo había sido expuesta a medias en 1931 y sólo empezó-a ser ampliamente comprendida cuando Roosevelt la puso en práctica, en el gran experimento del Nuevo Trato (New Deal). Quizás el Partido Laborista no deba ser juzgado con demasiada dureza por esto, ya que la falta de comprensión se aplica plenamente lo mismo a los no socialistas que a los socialistas. Hay que juzgarlos, sin embargo, con una medida algo diferente porque, durante varias generaciones, habían sostenido opiniones favorables a una política muy parecida a lo propuesto por Keynes. Si MacDonald y Snowden, o cualquiera de ellos, hubiera estado dispuesto a seguir una orientación positiva los demás la habrían seguido; pero no se dio ninguna orientación, excepto por parte de Mosley, en quien pocos confiaban, y Lansbury, a quien consideraban un confuso izquierdista, que nunca había entendido y nunca entendería la política.

Mientras el Partido Laborista se preparaba para su avance electoral de 1929 y mientras desperdiciaba sus oportunidades en el gobierno, pequeños grupos de socialistas de izquierda hacían lo posible por conservar el espíritu de militancia vivo en los sindicatos, después de la derrota de la huelga general y de los mineros en 1926. Como vimos, la mayoría de los patronos se abstuvo deliberadamente de llevar a extremos su victoria de ese año, prefiriendo aprovechar la oportunidad para llegar a acuerdos con los sindicatos que ya no podían permitirse una lucha abierta.^ El Congreso de Sindicatos participó gustosamente, aunque sin entusiasmo, en las negociaciones "Mond-Turner", que fueron iniciadas por un poderoso grupo de patronos encabezados por Sir Alfred Mond de las Imperial Chemical Industries. La iniciativa en la oposición a estas discusiones, que tenían por objeto fomentar mejores relaciones entre los patronos y los sindicatos, fue tomada inmedia-

tamente por Arthur Cook, secretario de los mineros y James Maxton, líder del Partido Laborista Independiente, quienes lanzaron un manifiesto conjunto e iniciaron una campaña nacional de protesta. Esta campaña causó poca impresión en la mayoría del movimiento sindical, demasiado desalentado para responder a un llamado a la militancia. Coincidió, sin embargo, con la creciente insatisfacción del Partido Laborista Independiente con la política oficial del Partido Laborista y contribuyó a acentuar el descontento del Partido Laborista Independiente con la política del gobierno laborista en los años siguientes. De hecho, las negociaciones "Mond-Turner" no produjeron muchos resultados, ya que la Federación de Industrias Británicas y la Confederación Nacional de Patronos, llegado el momento, no estaban dispuestas a suscribir las concesiones a los obreros que el grupo Mond de patronos había estado dispuesto a hacer y no llegó a establecerse nunca una maquinaria conjunta permanente, como había propuesto la Conferencia "Mond-Turner". La Conferencia, no obstante, ayudó a los sindicatos a capear un difícil momento de su existencia, sin causar ningún daño, ya que indudablemente la iniciativa de Mond tuvo como consecuencia impedir que otros patronos hicieran un ataque frontal a los sindicatos, en el momento de mayor debilidad y desorientación. El número de miembros del Congreso de Sindicatos, que había subido a más de 6 millones y medio en la cima de 1920, había bajado ya a menos de 4 millones y medio en 1926. En 1931 la cifra era de 3 700 000 y siguió bajando hasta 1934, cuando llegó a 3 300 000. Esta caída final se debió más bien, sin embargo, a las etapas últimas de la depresión más que a los efectos de la huelga general. La disminución debida a la huelga se acercó al millón de miembros —lo bastante, en unión del creciente desempleo, para evitar que los sindicatos se lanzaran a peligrosas aventuras.

CAPÍTULO XXII

LA BATALLA DE LAS INTERNACIONALES 1922- 1931

En un capítulo anterior,[1] hicimos la historia del conflicto entre las Internacionales rivales hasta la fundación de la Unión de Viena en febrero de 1921. Desde entonces hubo por algún tiempo tres Internacionales rivales —o cuatro si incluimos la Internacional Sindicalista creada en Berlín, en diciembre de 1922. Los anarcosindicalistas, sin embargo, no lograron en ningún momento un apoyo de masas, aunque tenían muchos partidarios en España, y no pocos en Italia y en Holanda. El movimiento anarquista en la Unión Soviética llegó a su fin cuando Néstor Makhno abandonó el país en 1921. En lo sucesivo los anarquistas rusos que todavía quedaban se dispersaron por el mundo, exiliados, haciendo en todas partes violentas denuncias del régimen tiránico que se había implantado en Rusia, pero sin llegar a causar gran impresión porque estaban igualmente en desacuerdo con los grupos mayoritarios de opinión en los países donde se radicaron. Tenían vigorosos escritores y oradores en sus filas, desde Emma Goldman y Alexander Berkman hasta Voline entre los rusos y desde Rudolph Rocker (n. 1870) en Alemania hasta los sucesores de Malatesta en Italia; pero en ningún lugar fuera de España constituyeron un movimiento de verdadera importancia.

De las otras tres Internacionales —aparte de los dos organismos sindicales rivales, con sede respectivamente en Amsterdam y en Moscú— la Unión de Viena, como hemos visto, no pretendía ser una Internacional en sentido absoluto. Era sólo una "Unión de trabajo", destinada a preparar el camino a una Internacional amplia que reuniera, de alguna manera, a las facciones socialistas en conflicto. Duró sólo dos años antes de unirse, en el Congreso de Hamburgo de mayo de 1923, a la reintegrada Segunda Internacional, o Internacional de Berna, para formar la nueva Internacional Laborista y Socialista, que se prolongó hasta la segunda Guerra Mundial. Esta fusión puso fin, definitivamente, al movimiento centrista que había intentado una reconciliación entre comunistas y socialdemócratas sobre la base del reconocimiento que los métodos para lograr el socialismo tendrían que diferir necesariamente de un país a otro y que ni la democracia parlamentaria ni la dictadura soviética podían considerarse métodos obliga-

[1] Véase vol. V, p. 260.

torios para todos. Al principio, la Internacional "Dos y media" pareció en muchos aspectos más cerca de los comunistas que de los parlamentarios de la Internacional de Berna; pero el repudio decisivo y violentamente expresado del centro por parte del Comintern llevó a sus miembros, aun contra su voluntad, al campo opuesto y otros acontecimientos particulares, entre 1921 y 1923, debilitaron más la posición de los elementos centristas. Su intento de reconciliar a los dos grandes rivales había logrado, en abril de 1922, la reunión de una Conferencia conjunta, en Berlín, de delegados de las tres Internacionales; pero esta reunión, no deseada seriamente por ninguno de los partidos extremistas, había empezado y terminado con violentas recriminaciones mutuas. Los delegados comunistas, encabezados por Radck, acusaron duramente a los "social-patriotas", que habían criticado a los comunistas por su conducta respecto a los mencheviques georgianos y a los f.ocial-revolucionarios que estaban a punto de ser juzgados en Rusia. A pesar de estas irreconciliables actitudes, no obstante, ninguno de los partidos extremistas podía permitir, en esa etapa, que las gestiones terminaran en un rompimiento definitivo. Los comunistas aceptaron que debía otorgarse a los socialrevolucionarios un iuicio público y que debía permitirse a abogados extranjeros de la Internacional de Berna entrar en Rusia para defenderlos; aceptaron también la designación de una comisión conjunta para estudiar la cuestión georgiana. Los representantes de la Segunda Internacional, por su parte, aceptaron en principio la convocatoria, lo más pronto posible, de una conferencia conjunta y plenaria, con representación de todos los sectores del movimiento socialista, donde debería considerarse nuevamente la constitución de una sola Internacional que abarcara a todos. Los delegados de los tres organismos se arreglaron entonces para redactar un manifiesto común, donde apelaban a los trabajadores de todos los países para organizar manifestaciones de masas en favor de la jornada de ocho horas y de las medidas necesarias para evitar el desempleo y asegurar el reconocimiento del derecho al trabajo y pedían, además, la "acción unida del proletariado contra la ofensiva capitalista, en favor de la Revolución rusa y de la reanudación por todos los países de relaciones políticas y económicas con Rusia, así como del restablecimiento del Frente Unido proletario en todos los países y en la Internacional". El Comité de los Nueve —tres de cada organización— que ya se había constituido, debía continuar las negociaciones y dar los pasos necesarios para la convocatoria de la proyectada Conferencia de Unificación.

En toda esta aparente aproximación había un profundo trasfondo de irrealidad. Los comunistas no tenían la menor intención de integrar al Comintern dentro de una Internacional amplia que supusiera una cooperación real con el ala derecha o los centristas a los que habían

criticado con tanta vehemencia. Tampoco la derecha tenía intención de colaborar con los comunistas en términos amistosos. Pero ninguno de los partidos extremistas quería asumir la responsabilidad de poner término a las discusiones. Los comunistas, afectados por el retroceso general de la Revolución mundial y por la depresión económica, habían revisado sus tácticas y habían empezado a hablar en términos de un 'Trente Unido" —al que era posible prestar significados muy diferentes. Lo que querían significar los dirigentes del Comintern era una oportunidad para atacar al ala derecha y al centro desde el interior de una organización común, en vez de hacerlo desde fuera, con la esperanza de utilizar esta ventaja para separar a los partidarios de sus oponentes de sus líderes, fortaleciendo así el movimiento comunista en el mundo fuera de Rusia. La derecha, por su parte, tenía plena conciencia de la fuerza del sentimiento rusófilo entre los trabajadores de la mayoría de los países y temía perder apoyo si daba la sensación de adoptar una línea intransigente al tratar con los dirigentes comunistas rusos. Sólo los centristas de la Internacional "Dos y media" querían realmente un acuerdo, en la esperanza de que ambas facciones extremistas adoptaran su punto de vista intermedio.

La farsa de la unidad no pudo mantenerse mucho tiempo. El Comité de los Nueve se reunió en Berlín, en mayo de 1922, pero no llegó a ninguna conclusión. En junio, el juicio de los socialrevolucionarios llegó a su fin y, como hemos visto, provocó la retirada de Vandervelde y el otro abogado defensor, en protesta contra los métodos empleados.[2] En gran medida como resultado de esto, el Comité de los Nueve se negó a reunirse de nuevo y las negociaciones entre las tres Internacionales llegaron a un fin abrupto, aunque Zinoviev y Losovsky, en nombre del Comintern y de la Internacional Roja de Sindicatos, hicieron una nueva insinuación a las Internacionales socialistas rivales y a la Federación Internacional de Sindicatos para que realizaran una acción conjunta con motivo de la invasión francesa del Ruhr, en enero de 1923. Esta insinuación surgió en parte de la Conferencia Internacional de Paz.'que se reunió en La Haya, en diciembre de 1922, convocada por la Federación Internacional de Sindicatos de La Haya, y a la que asistieron 700 delegados representantes de una gran variedad de organizaciones sindicales, cooperativas, socialistas y pacifistas, incluyendo algunos comunistas, delegados de sindicatos o sociedades cooperativas de Rusia. El llamado de Zinoviev-Losovsky no tuvo, sin embargo, resultado alguno, ya que fue bruscamente rechazado por Amsterdam y por los organismos socialistas.

Éstos, en efecto, se habían unificado bastante después del rompí-

2 Véase vol. V, p. 173.

miento de las primeras negociaciones en favor de la unidad. La Unión de Viena perdió a uno de sus principales afiliados cuando, en septiembre de 1922, el Partido' Socialdemócrata Independiente, ya muy reducido por la división de Halle en 1920,[3] decidió por mayoría reintegrarse al Partido Socialdemócrata, para presentar un frente común a la reacción después del asesinato de Walter Rathenau. Al mes siguiente, la "Marcha sobre Roma" de Mussolini dejó a los divididos socialistas italianos en una triste tesitura. Estos dos acontecimientos redujeron lamentablemente las fuerzas de los centristas, que también se habían desilusionado por la actitud de los comunistas en el curso de las negociaciones de unidad. Probablemente el factor más importante que indujo a la Internacional "Dos y media" a unir sus fuerzas con la Segunda Internacional fue la desaparición práctica del Partido Socialdemócrata Independiente; porque, aunque un pequeño sector de esta organización, encabezado por George Ledebour, trató de mantenerse como partido independiente, no tenía ninguna importancia después que la mayoría se reintegró al Partido Socialdemócrata. Los austríacos, que habían sido el puntal de la Unión de Viena se vieron fuertemente influidos por los sucesos de Alemania, a la que todavía esperaban unirse, como estado dentro de la República de Weimar; y, aparte de esto, se habían debilitado mucho, a medida que los partidos antisocialistas y la Iglesia católica se recuperaron de la derrota que habían sufrido en 1918. Ni siquiera los líderes austríacos, Otto Bauer y Friedrich Adler, parecían tener ya esperanzas reales de una Internacional que comprendiera a todos los sectores; y, ante la actitud comunista respecto a ellos, no les quedaba alternativa. Rechazados contumazmente por el Comintern, decidieron hacer lo posible por inclinar al ala derecha a una defensa más activa del socialismo, sujeto entonces a un ataque casi general del lado capitalista. En consecuencia, en el Congreso de Hamburgo, de mayo de 1923, la Segunda Internacional y la Internacional "Dos y media" llegaron a un acuerdo y Friedrich Adler aceptó, bajo cierta presión, la secretaría adjunta de la nueva Internacional Laborista y Socialista que se estableció allí, pero que tenía su sede en Londres, donde Arthur Henderson y el Partido Laborista británico podían vigilar sus actividades. Al principio Adler tuvo como cosecretario a Tom Shaw (1872-1938), dirigente británico de los sindicatos textiles, que tenía la ventaja de ser un buen lingüista. Pero cuando Ramsay MacDonald formó su primer gabinete laborista a principios de 1924, Shaw participó en él y tuvo que retirarse de su cargo en la Internacional Laborista y Socialista. No fue sustituido y Adler se convirtió en el único secretario hasta que el go-

3 **Véase vol. V, p. 156.**

bierno laborista cavó en noviembre de 1924 y Shaw ocupó nuevamente su cargo por algún tiempo. Aparte de Adler, el Comité Administrativo que se ocupaba de los asuntos cotidianos de la Internacional estaba constituido totalmente por miembros ingleses. Su composición fue modificada casi en su totalidad cuando el gobierno laborista británico subió a! poder a principios de 1924.

La nueva Internacional había apenas surgido cuando empezaron a acumulársele urgentes problemas. En Alemania, la resistencia nacional a la ocupación francesa del Ruhr estaba creando una situación que amenazaba con la caída absoluta de la moneda y la disolución de la República de Weimar en el caos. Tras la ocupación estaba la disputa en torno a las reparaciones y los alegatos franceses acusando de mala fe a! gobierno alemán. Encima de todos estos problemas, inmediatamente después del Congreso de Hamburgo se produjo el golpe de Estado en Bulgaria. El gobierno agrario de Stambolisky fue derrocado y el propio Stambolisky asesinado; el Partido Socialista búlgaro se unió a Ts'ankoff contra los agraristas. La subida de Tsankoff al poder fue acompañada por severas medidas contra los partidarios de Stambolisky; y, en septiembre, los comunistas búlgaros, que habían permanecido al margen cuando el golpe, se unieron a los agraristas en una revuelta armada, reprimida en forma sangrienta. Ese mismo mes se produjo el golpe revolucionario de Primo de Rivera en España. La reacción europea parecía escalar, en casi todas partes, nuevas alturas y la clase obrera europea parecía hundida en la sima más baja en cuanto a su influencia, desde el fin de la guerra. La marea empezó entonces a variar: los socialistas austríacos triunfaron en las elecciones de octubre de 1923 y, dos meses después, el Partido Laborista británico tuvo también grandes triunfos electorales, que condujeron a la formación del primer gobierno de MacDonald. Unos meses después Édouard Herriot llegó al poder en Francia, a la cabeza de una coalición radical; y, en Dinamarca y Suecia, los socialistas aumentaron tanto su fuerza parlamentaria que pudieron integrar gobiernos minoritarios. Todos estos triunfos parlamentarios alentaron considerablemente a los socialistas moderados, aunque las cosas siguieron empeorando en Italia, España, Hungría y Bulgaria y aunque los triunfos parlamentarios en Occidente demostraron pronto ser sólo transitorios. Los socialistas suecos acababan de asumir el poder cuando el gobierno laborista británico cayó ruidosamente, para ser derrotado en las elecciones de la "Carta Roja". Mientras tanto, los socialdemócratas alemanes, tras de sufrir una derrota en las elecciones de mayo de 1924, tuvieron un considerable avance en las segundas elecciones, al terminar el año; el problema de las reparaciones se resolvió por el momento, mediante la adopción del Plan Dawes y se tomaron medidas para emitir una nueva moneda,

que sustituyera al depreciado marco. Estos acontecimientos suministraban a la Internacional mucho material de discusión, aunque no pudiera ejercer una influencia realmente importante en el curso de los mismos. Una de sus mayores preocupaciones fue la crisis de Bulgaria. El Partido Socialdemócrata búlgaro no había participado oficialmente en el golpe de Estado de Tsankoff; pero muchos de sus dirigentes habían sido confidentes en el golpe y, al triunfar éste, el partido aceptó la participación en el nuevo gobierno, interviniendo con éste, pues, en la represión del levantamiento agrarista-comunista de septiembre de 1924. Como miembro del bloque gubernamental participó en las siguientes elecciones generales obteniendo así un alto número de asientos en el nuevo Parlamento, a pesar de que las elecciones se realizaron con un sistema de votación muy poco democrático. Los socialdemócratas justificaron su participación sosteniendo que el gobierno de Tsankoff ofrecía, dadas las circunstancias, la mayor esperanza para la democracia búlgara y declarando que estaban utilizando su influencia para limitar la represión que siguió a la revuelta de otoño. Pero se demostró que su influencia, en este respecto, era casi nula y, en marzo de 1924, se retiraron formalmente del gobierno y recuperaron su independencia, sólo para convertirse en víctimas de la intensa represión de los años siguientes. Los dos partidos socialistas rivales de Bulgaria, uno de los cuales se había convertido en Partido Comunista, tenían, como hemos visto, viejos antecedentes de intensa animosidad mutua, lo que ayuda a explicar la actitud socialdemócrata cuando el golpe de Tsankoff. Las razones que evitaron el auxilio de los comunistas a Stambolisky han sido explicadas en un capítulo anterior.[4]

La Internacional Laborista y Socialista, desde que los socialdemócratas búlgaros se retiraron del gobierno de Tsankoff, les otorgó todo su apoyo en la oposición al gobierno y a los rebeldes comunistas-agraristas, a los que acusaba de recurrir al asesinato y la violencia en masa, que habían provocado al gobierno a tomar drásticas medidas de represión. Convocó a dos conferencias socialistas de los Balcanes, en marzo de 1924 y junio de 1925, en las que intentó impulsar a la acción común a los partidos socialistas de los países balcánicos, para evitar una guerra entre éstos —especialmente en Macedonia— y para promover relaciones amistosas. Poco antes de la segunda de estas reuniones había estallado nuevamente la guerra civil en Bulgaria y se había producido el célebre atentado terrorista a la catedral de Sofía.[8] Inmediatamente antes de este levantamiento los miembros comunistas fueron expulsados del Parlamento y permanecieron sin representantes hasta 1927, cuando se les permitió formar un "Partido de los Trabaja-

* **Véase vol. V, p. 245.**
8 **Véase vol. V, p. 246.**

dores", que obtuvo cuatro asientos en las siguientes elecciones. Mientras tanto los socialdemócratas, en 1926, expulsaron a algunos de sus dirigentes que habían estado estrechamente ligados *a* golpe de Tsankoff —entre ellos Assen Tsankoff, a quien debe distinguirse de su homónimo más famoso. A través de todos estos acontecimientos la dictadura se mantuvo y hasta los socialdemócratas moderados, presididos por Janko Sakasoff, sólo pudieron realizar sus actividades con grandes dificultades. Hasta el levantamiento de 1923 los comunistas agrupaban, sin duda, la mayoría del apoyo de la clase obrera. Cuando fueron derrotados y empujados a la clandestinidad siguieron constituyendo un grupo poderoso; pero los socialdemócratas, actuando en alianza con algunos sectores de los agraristas y artesanos de las ciudades, ganaron más partidarios, con el fuerte apoyo de, la Internacional Laborista y Socialista, tan agudamente opuesta a los comunistas como a los grupos reaccionarios que querían imponer una especie de gobierno fascista en los países balcánicos. •

En un informe al primer Congreso de la nueva Internacional, efectuado en Marsella, en agosto de 1925, la secretaría presentó un recuento general de los acontecimientos desde el Congreso de Hamburgo y ofreció sus comentarios respecto a la etapa a la que se había llegado. En su opinión, a pesar del mantenimiento de dictaduras reaccionarias en Hungría, Italia, España y Bulgaria se había producido un notable mejoramiento en las perspectivas de la clase obrera en esos dos años. Se pidió el reconocimiento para los partidos socialistas de Gran* Bretaña, Francia y Alemania por sus esfuerzos unidos para resolver el problema de las reparaciones y por haber obtenido, cuando menos, un éxito parcial en este terreno. La secretaría de la Internacional se felicitaba también de que las conquistas de la legislación social y laboral logradas inmediatamente después de la guerra se habían mantenido con éxito, a pesar de los ataques que se le habían hecho bajo el pretexto de la depresión. No se habían hecho nuevas conquistas; pero se sostenía que las condiciones se iban haciendo favorables para otro avance gradual, que debería lograrse mediante la acción combinada de la Internacional Laborista y Socialista y la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam y sus movimientos afiliados. La necesidad de unidad obrera para lograr este objetivo fue destacada, pero no se sugirió que pudiera obtenerse mediante una colaboración con el Comintern o con los rusos. Por el contrario, la secretaría parecía creer que el movimiento comunista mundial, al menos fuera de la Unión Soviética, estaba a punto de quebrarse bajo la presión de sus disensiones internas y que pronto los socialistas extraviados, que habían permanecido fuera de la Internacional Laborista y Socialista —o, cuando me nos, los de Europa occidental— volverían al redil.

Las tareas de la Internacional Laborista y Socialista en 1925 eran esencialmente tres: la lucha contra la guerra y en favor del establecimiento de condiciones que aseguraran una "paz estable"; la lucha contra la reacción, "que bloquea el camino a la liberación de la clase trabajadora de las cadenas del capitalismo", y "la lucha por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, cuyo símbolo debe ser la victoria definitiva de la jornada de ocho horas". En otras palabras, excepto en los países donde estaba en el poder la más rígida reacción, la Internacional Laborista y Socialista proyectaba, en líneas generales, una vuelta a las actividades de la Segunda Internacional antes de 1918 —el mejoramiento progresivo de las relaciones internacionales y de las condiciones de vida de la clase obrera mediante esfuerzos parlamentarios y sindicales. El semirrevolucionarismo de la Unión Soviética de Viena había desaparecido totalmente: el comunismo no era ya un aliado potencial, cuya política pudiera considerarse parcialmente como apropiada en los países donde el camino hacia la reforma gradual estaba cerrado por la fuerza; era un enemigo que debía ser combatido, en la esperanza de que perdería su atractivo ahora que no había ya perspectivas de una próxima Revolución mundial.

Esta actitud no impidió que la Internacional Laborista y Socialista presionara por el reconocimiento *de jure* del gobierno soviético por todos los países susceptibles de ser presionados. De hecho, a mediados de 1925, el gobierno soviético había sido reconocido por la República Alemana (en 1922), Gran Bretaña, Italia, Noruega,- Austria, Grecia, Suecia, China, Dinamarca, México, Hungría, Francia (1924) y Japón (en 1925) —de modo que, de las grandes potencias, sólo los Estados Unidos negaban aún el reconocimiento. La Internacional Laborista y Socialista, al apoyar la causa de Rusia declaró que esperaba que un resultado inmediato del reconocimiento sería una liberalización del régimen dentro de Rusia y una liberación general de los presos políticos —especialmente de los pertenecientes a los partidos socialistas de oposición. Pidió también la evacuación de Georgia por el Ejército rojo y la restauración de la independencia de la República menchevique de Georgia y, con ello, el cese de las interferencias soviéticas en los asuntos de los Estados fronterizos independientes, especialmente Estonia. Apoyó decididamente el levantamiento georgiano de agosto de 1924 y protestó contra el intento de golpe en Estonia, en diciembre de ese año. Su actitud hacia Rusia fue sustancialmente afectada por la presencia en sus reuniones de representantes de los partidos rusos en el exilio —Abramovitch del Bund judío y el Partido menchevique, Sukhomlin del Partido Socialrevolucionario y el menchevique georgiano, Tseretelli, al que autorizó la redacción, para publicarlo, de un folleto donde se expusieran las condiciones prevalecientes en Rusia. Cuando la de-

legación sindical inglesa regresó de Rusia, a fines de 1924, la Internacional Laborista y Socialista lanzó un fuerte ataque a sus declaraciones .favorables acerca del mejoramiento en las condiciones de la economía soviética, la libertad religiosa en Rusia y otras cuestiones respecto a las cuales los líderes de los partidos integrantes de la Internacional Laborista y Socialista sostenían opiniones muy diferentes. La declaración de la Internacional Laborista y Socialista acusaba a A. A. Purcell (1872-1935) y Fred Bramley (1874-1925), presidente y secretario del Congreso de Sindicatos británicos, en especial, de encubrir a la Unión Soviética para favorecer la amistad sindical anglorrusa, ignorando los intentos rusos de minar a la Federación Internacional de Sindicatos y actuando contra los intereses del movimiento que decían representar.

Con respecto a Italia, la Internacional Laborista y Socialista adoptó, por supuesto, una postura de fuerte hostilidad hacia el régimen fascista en ascenso e hizo lo posible por ayudar al Partido Socialista italiano en las fases finales de su oposición. Cuando el líder socialista italiano Giacomo Matteotti (1885-1924) fue asesinado por los fascistas en junio de 1924, la Internacional, al expresar su consternación, declaró que con este crimen bestial el fascismo "se había propinado a sí mismo un golpe del que jamás se recuperaría". El proletariado italiano, declaró, era "el vencedor moral sobre el régimen de terror". Aprobaba el boicot del Parlamento por los socialistas italianos y parecía abrigar una idea optimista de las posibilidades de una rápida caída del régimen fascista. No podía hacer nada, sin embargo, más que protestar y ofrecer una ayuda limitada a los refugiados socialistas que podían escapar de Italia —principalmente a Francia.[6]

Cuando el Congreso de Marsella de 1925, la Internacional Laborista y Socialista tenía partidos afiliados en todos los países importantes de Europa con excepción de Suiza, pero fuera de Europa tenía sólo a los pequeños partidos socialistas de Estados Unidos (15,000 miembros) y Argentina (menos de 10,000), así como al pequeño sindicato de la Guayana Inglesa (1,000 miembros). Entre los partidos que se contaban como miembros estaban los partidos exiliados de Rusia (mencheviques y socialrevolueionarios), Ucrania, Georgia y Armenia, así como un grupo exiliado de Hungría, que incluía a Kunfi y Boehm, en Viena. De estos partidos en el exilio no se dieron cifras del número de miembros. De los demás, el más numeroso era el Partido Laborista británico, cuyos miembros ascendían a más de 3 millones, afiliados en su mayoría colectivamente, a través de los sindicatos. El Partido Laborista Independiente, aunque dentro del Partido Laborista, estaba afiliado por separado a la Internacional, con 50 000 miembros, lo mismo que

« Véase vol. V, p. 351.

los escasos restos de la Federación Socialdemócrata (2 000) y la Sociedad Fabiana, de centro, con menos de 2 000 miembros. El que seguía en tamaño al Partido Laborista era el Partido Socialdemócrata alemán unificado (869 000 miembros), seguido por el Partido Laborista belga (621 000, incluyendo sindicatos afiliados) y el Partido Socialdemócrata austríaco (570 000). Sólo otros tres excedían de los 100 000 miembros: Checoslovaquia (cerca de 200 000), Suecia y Dinamarca, seguidas de Francia (99 000). Polonia tenía 65 000 miembros divididos en tres partidos; pero el Partido Socialista polaco agrupaba a la mayoría. Checoslovaquia tenía cinco partidos afiliados —el checo, el alemán, el ruteno, el húngaro y el polaco—, pero sólo los partidos checo (con 116,000) y alemán (con 72 000) tenían un alto número de miembros. Los demás partidos afiliados eran pequeños, contando los italianos con poco más de 31 000 miembros y los noruegos, una fracción socialdemócrata del Partido Laborista noruego, mucho mayor —que no participó en la Internacional Laborista y Socialista hasta 1938— incluía sólo 8 000 miembros. En total, excluyendo a los exiliados, la Internacional Laborista y Socialista anunció que el número de miembros afiliados era de 6 280 000, de los cuales 752,000 eran mujeres y que la votación total de sus candidatos parlamentarios en las elecciones más recientes había sido de 25 600 000, de los cuales cerca de 8 millones correspondían a Alemania y cerca de 5 millones y medio a Gran Bretaña. Estos partidos tenían, en total, más de mil parlamentarios, cerca del 15.5% del total. Tenían 311 periódicos diarios, más de la mitad de los cuales aparecían en Alemania.

La Internacional Laborista y Socialista era dirigida, entre uno y otro Congreso, por un Ejecutivo de 38 miembros, con una Oficina de 9. En 1925, entre los ejecutivos más conocidos estaban Arthur Henderson, Otto Bauer, Jean Longuet, Louis de Brouckére, H. G. Tseretelli (n. 1882) de Georgia, Arthur Crispien, Hermann Müller y Otto Wels de Alemania, W. H. Vliegen de Holanda, Julián Besteiro de España, Antonin Nemec de Checoslovaquia, Arthur Enberg de Suecia, Zivko Topalovic de Yugoslavia, Cari F. Madsen de Dinamarca, Alexandre Bracke de Francia y Claudio Treves de Italia. Víctor Berger y Morris Hillquit de los Estados Unidos eran también miembros nominales, pero no habían asistido a ninguna reunión desde la inaugural de Hamburgo en 1923. Algunos conocidos miembros fundadores del Ejecutivo ya no participaban —entre ellos Mac Donald, Vandervelde, Stauning, J. H. Thomas, Troelstra y Brapting (que había muerto en febrero de 1925). Muchos de ellos —por ejemplo Branting Troelstra, Vandervelde, De Brouckére, Vliegen, Longuet, Bracke, Nemec, Müller, Madsen y limitadamente MacDonald— habían participado activamente en la Segunda Internacional, antes de 1914. El Ejecutivo

de la I.L.S. era, en general, una asamblea de veteranos, procedentes en su mayoría de la derecha y el centro de la preguerra; y era, en efecto, casi exclusivamente europeo —y principalmente de la Europa occidental y central—. En los Balcanes tenía pocos miembros; y de los Estados fronterizos con Rusia, sólo Polonia y Checoslovaquia contribuían con grandes contingentes.

Como hemos visto, en muchas cuestiones la I.L.S. y la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam trabajaban en estrecha unión. La Federación Internacional de Sindicatos había sido creada en un Congreso realizado en Amsterdam, en agosto de 1919, con la participación de la Federación Norteamericana del Trabajo y de Samuel Gompers como su líder. En la Conferencia de Paz de París, Gompers había desempeñado un papel importante en la fundación de la Organización Internacional del Trabajo, como organismo tripartita con representación de los gobiernos, los patronos y los obreros, que debería ligarse con la proyectada Sociedad de Naciones, pero,con autonomía plena dentro de su propio terreno de la "legislación" laboral internacional. Cuando se reunió el Congreso de Amsterdam parecía casi seguro que la Federación Norteamericana del Trabajo se uniría a la Federación Internacional de Sindicatos y desempeñaría un papel activo en sus labores. Pero desde el principio hubo disensiones. Los norteamericanos temían que los alemanes mantuvieran una posición demasiado fuerte en la F.I.S. y querían, además, permanecer al margen de toda relación con la política y, especialmente, con los partidos socialistas. Afirmaron, además, que las cuotas de contribución propuestas eran demasiado altas; pero ésta no era, sin duda, más que una objeción secundaria. Cuando Gompers y sus compañeros delegados regresaron a los Estados Unidos encontraron un fermento obrero no muy distinto del existente en la Europa occidental. El sindicato de mineros pedía la nacionalización de las minas; las hermandades ferroviarias la de los ferrocarriles según el Plan Plumb;[7] y se hablaba de crear un Partido Laborista al estilo inglés, con los sindicatos como sus integrantes básicos. Había también en marcha, como vimos, una importante agitación comunista y de izquierda y ya se estaban tomando medidas represivas para ponerle fin. Los dirigentes de la Federación Norteamericana del Trabajo tuvieron que hacer, por el momento, algunas concesiones a los sentimientos de la clase trabajadora; por ejemplo, el mismo Gompers aceptó la presidencia de la Liga en favor del Plan Plumb. Los dirigentes de la Federación se oponían absolutamente, sin embargo, a la creación de un Partido Laborista y a toda alianza con los socialistas —ni siquiera con los de extrema derecha. En consecuencia, su entu-

[7] Véase p. 250.

siasmo por la Federación Internacional de Sindicatos se enfrió rápidamente y Gompers Se dedicó en seguida a bombardear a sus funcionarios con peticiones de que desistieran de hacer pronunciamientos en cuestiones políticas y dejaran de intervenir en política. La federación Internacional de Sindicatos respondió que estaba fuera de toda posibilidad, dada la situación existente en Europa, hacer una distinción rígida entre las cuestiones políticas y las laborales y que era indispensable pedir a los gobiernos que actuaran en interés de los trabajadores. Llamaba también la atención sobre el hecho de que la propia Federación Norteamericana del Trabajo había hecho muchos pronunciamientos políticos, especialmente acerca de Rusia y recordaba a Gompers su propia posición en la Liga en favor del Plan Plumb. La Federación Internacional de Sindicatos salió mejor, evidentemente, en la guerra de palabras; pero esto no afectó los resultados. La Federación Norteamericana del Trabajo, en su Convención de Montreal en junio de 1929 decidió dejar en manos del Ejecutivo la cuestión de la afiliación a la Federación Internacional de Sindicatos. Siguieron varias discusiones: los norteamericanos se negaron a pagar cuotas a la Federación Internacional y negaron estar afiliados a ella. Gompers escribió incluso, en diciembre de 1920, una carta donde declaraba que "la Federación Internacional de Sindicatos se ha convertido en una organización política internacional con el sovietismo como su resultado lógico y un programa revolucionario de la 'socialización' y el 'comunismo'".

Éstas eran, por supuesto, tonterías; pero la actitud de Gompers prevaleció en sucesivas convenciones de la Federación Norteamericana del Trabajo y la separación del movimiento sindical europeo se hizo total. Creo que lo que más contó en la actitud de la Federación Norteamericana no fue que la Federación Internacional se preocupara de cuestiones políticas en general —porque lo mismo hacía la Federación Norteamericana—, sino más bien que Amsterdam, a pesar de su definida hostilidad hacia el comunismo y la Internacional Roja de Sindicatos, se mostraba favorable al reconocimiento de los soviéticos por los gobiernos occidentales, mientras que la Federación Norteamericana del Trabajo, como el gobierno de los Estados Unidos, no lo era. En los Estados Unidos, el anticomunismo adoptó la forma de una negativa a aceptar la existencia del Estado comunista ruso, así como de una aguda hostilidad hacia el Comintern y la Internacional Roja. Los norteamericanos no hacían la distinción que hasta la derecha se veía obligada a hacer en Europa. Estaban contra los comunistas en todas sus manifestaciones; y, por tanto, lo combatían dondequiera que alzara cabeza. Eran también, por supuesto, vigorosamente antisocialistas y, por ello, no estaban dispuestos a distinguir claramente entre el comunismo y otras formas de socialismo considerando que el primero era, en

palabras de Gompers, el "resultado lógico" del segundo. Pronto inclusive Gompers, poco antes de su muerte en diciembre de 1924, modificaría en cierta medida su hostilidad hacia la Internacional de Amsterdam, fundamentalmente porque, cuando la ola socialista en Europa fue abatida por la depresión, la Internacional Sindical de Amsterdam y la Internacional Laborista y Socialista se preocuparon más por las tareas de salvamento inmediato en Alemania y en otros países que de atacar al capitalismo o de pedir la socialización total. Pero el cambio no fue lo suficientemente grande como para que la Federación Norteamericana del Trabajo reingresara en la Internacional de Amsterdam.

De hecho, en este momento la misma Federación Internacional de Sindicatos se convirtió en campo de batalla, principalmente bajo el impulso de los sindicatos británicos. En el Congreso constituyente de la Internacional Laborista y Socialista, en Hamburgo, Jan Oudegeest (1870-1950), secretario holandés adjunto a la Federación Internacional de Sindicatos había declarado que esta federación estaba dispuesta a cooperar con la nueva Internacional Socialista; y los comunistas, ante la unión de la derecha y del centro, habían decidido lanzar una nueva campaña en favor del llamado "Frente Unido" y utilizar a los sindicatos rusos como la línea frontal de la campaña. El Consejo Ruso de Sindicatos se acercó, por tanto, a la Internacional de Amsterdam, con una proposición de acción concertada contra la guerra y el fascismo. El Comité de administración de Amsterdam replicó que sólo trataría con los sindicatos rusos si éstos dejaban de atacar a la Federación Internacional de Sindicatos y se independizaban auténticamente del Partido Comunista y del gobierno soviético. Cuando esto provocó una airada respuesta de los rusos, las comunicaciones se rompieron.

Entonces Fred Bramley, secretario del Congreso Británico de sindicatos, criticó enérgicamente la actitud de la Federación Internacional en el Congreso de Viena, de junio de 1924; y, tras un candente debate, el Congreso aprobó una resolución donde lamentaba la ausencia de los rusos y daba instrucciones a su Oficina para que continuara los contactos con aquéllos, con vista a lograr su afiliación en términos de aceptación de los reglamentos y condiciones de participación establecidos por la Federación Internacional de Sindicatos. En este Congreso, J. H. Thomas renunció a la presidencia y fue sustituido por A. A. Purcell, quien se inclinaba mucho más a la izquierda. Fue electo entonces un tercer secretario inglés, para compartir el cargo con Oudegeest y su colega alemán, Johann Sassenbach que hasta entonces había dividido las funciones. Al mes siguiente el Ejecutivo de la Federación Internacional de Sindicatos invitó a los sindicatos rusos a afiliarse. Los rusos respondieron proponiendo una conferencia entre la Internacional de Amsterdam y su antagonista directo, la Internacional

Roja de Sindicatos. La Federación Internacional pidió entonces a los rusos que declararan exactamente en qué consistiría la base de la discusión; y Tomsky, el dirigente sindical ruso, respondió que los sindicatos rusos estaban dispuestos a cooperar en una Internacional fundada en el principio orientador de la "lucha de clases encarnizada" y un "rompimiento total con cualquier forma de colaboración de clases". Propuso una reunión preliminar entre Amsterdam y los sindicatos rusos. Contra los votos de los delegados ingleses, el Consejo General de la Federación Internacional de Sindicatos rechazó la propuesta en febrero de 1925, pero manifestó que estaba dispuesto a aceptar la afiliación del Consejo Ruso de Sindicatos, de acuerdo con los reglamentos existentes.

A esto siguió, en abril de 1925, una reunión en Londres, entre los rusos y el Consejo General del Congreso Británico de Sindicatos. Se acordó entonces establecer un Comité Consultivo Anglo-Ruso representante de los dos organismos, aceptando los rusos participar en una nueva Internacional sindical basada en el organismo de Amsterdam y los ingleses apoyar una reunión incondicional entre representantes de los rusos y la Federación Internacional de Sindicatos. Pero, después de numerosos intercambios, la Federación Internacional, contra los votos de sus miembros ingleses, se negó a modificar su proposición de febrero de 1925 y rechazó la demanda británica de que reconsiderara su actitud. Por entonces los sindicatos ingleses estaban en el umbral de la crisis que condujo a la huelga general de 1926. Cuando la huelga fracasó y los mineros quedaron solos en la lucha, la Internacional Roja y el Comintern lanzaron feroces acusaciones de "traición" a los mineros, atacando duramente al Congreso británico de sindicatos. Los sindicatos rusos, mientras tanto, colectaron grandes sumas para auxiliar a los mineros y pidieron al Congreso británico y a la Internacional de Amsterdam que organizaran el apoyo internacional, incluyendo la paralización del movimiento del carbón. En sucesivas reuniones del Comité Anglo-Ruso hubo hirientes intercambios entre ambas partes, aunque los representantes ingleses siguieron presionando por una conferencia incondicional entre la Federación Internacional de Sindicatos y los rusos. Estos acontecimientos condujeron pronto al término del Comité Anglo-Ruso y al abandono total del intento británico por lograr que los rusos participaran en la Internacional de Amsterdam. Todo el episodio, de hecho, había surgido del movimiento temporal de la opinión sindical agudamente hacia la izquierda, después de la visita de la delegación sindical británica a Rusia, en 1924. Con la denota de la huelga general, esta tendencia hacia la izquierda varió marcadamente; y la Internacional de Amsterdam pudo seguir adelante sin nuevos trastornos de los partidarios de la unidad sindical.

No hay que suponer que, durante el interludio de 1924-1926, los sindicatos ingleses se convirtieran al comunismo. Purcell, Bramley y George Hicks (1879-1954), sus principales figuras, no eran comunistas ni favorables en ningún sentido al comunismo como doctrina ni como política. Estaban, sin embargo, favorablemente impresionados por lo que habían visto u oído del progreso económico de Rusia con la "nueva política económica" y abrigaban la idea de que era factible la unidad sindical aunque no existiera la unidad en el terreno político. Casi sin problemas de sindicatos comunistas rivales y sin grandes dificultades —a pesar de A. J. Cook— por influencia comunista dentro de los principales sindicatos, no podían comprender la intensidad del sentimiento anticomunista entre sus colegas del resto de Europa, la mayoría de los cuales tenían una experiencia muy distinta. Les parecía obvio que los sindicatos de todos los países debían constituir un solo movimiento unificado; y esperaban que la Internacional Roja de Sindicatos desapareciera sin problemas cuando los sindicatos rusos entraran a la Federación Internacional de Sindicatos. Los dirigentes ingleses de estos años querían una política sindical más militante, especialmente después de la ignominiosa derrota del gobierno de MacDonald por el incidente de la "Carta Roja". Eran "izquierdistas" en comparación con los dirigentes que los habían precedido y con los que les siguieron; pero esto no quiere decir que fueran comunistas ni quisieran que el movimiento sindical británico fuera controlado ni influido por los comunistas. Bramley había sido un activo propagandista del Partido Laborista Independiente y Purcell era socialista gremial; George Hicks, dirigente de los obreros de la construcción, era viejo miembro de la antigua Federación Socialdemócrata; W. M. Citrine (n. 1887), quien sucedió a Bramley como secretario del Congreso sindical y ocupaba ese cargo cuando la huelga general, había sido izquierdista en su juventud como delegado sindical de los electricistas, pero se había inclinado a la derecha mucho antes de asumir ese cargo. Arthur Pugh (1870-1955), dirigente de los obreros del acero, quien era presidente del Congreso de sindicatos cuando la huelga general, siempre había sido bien conocido como moderado.

Así, desde 1926, las relaciones sindicales internacionales habían vuelto al mismo punto donde se encontraban tres años antes. La disputa entre ingleses y demás europeos prosiguió hasta 1927, cuando la mayoría del Congreso de París, del mes de agosto, se negó a reelegir a Purcell como presidente y aceptó las renuncias de dos de los tres secretarios —Oudegeest y J. W. Brown— quedando Sassenbach solo en el cargo. Inmediatamente después, el Congreso británico de sindicatos puso término definitivamente al Comité Anglo-Ruso, que había dejado de funcionar poco antes. Al año siguiente, se cubrió la grieta surgida

en la Federación Internacional de Sindicatos. Citrine fue electo presidente y los ingleses dejaron de causar problemas a la Internacional mientras trataban de restablecerse de las serias heridas sufridas como resultado de su derrota en 1926.

Mientras tanto, la Internacional Laborista y Socialista prosiguió con menos alarmas y excursiones que la Federación Internacional de Sindicatos. El Congreso de Marsella de 1925 decidió trasladar su sede de Londres a Zurich y el traslado se realizó antes de terminar el año. Adler siguió en la secretaría; pero el Comité Administrativo puramente británico fue sustituido, hasta 1928, por la Oficina, que incluía miembros de los países más importantes. El siguiente Congreso de la Internacional Laborista y Socialista no se reunió hasta 1928, esta vez en Bruselas. En estos años el personal activo del Ejecutivo no varió en su mayoría, excepto los miembros que renunciaban y regresaban, cuando asumían o dejaban cargos en los gobiernos de sus países. Tampoco hubo muchos cambios en los partidos afiliados. El suizo entró, por fin, a la Internacional Laborista y Socialista en 1926, seguido por Islandia en ese mismo año. Por el contrario, los socialdemócratas noruegos se retiraron, al reintegrarse al Partido Laborista noruego, que no estaba afiliado. No se afiliaron partidos no europeos, con excepción del Poale Zion, partido socialista judío, admitido en representación de los trabajadores de Palestina. El Partido argentino se dividió en facciones opuestas. Los mencheviques y socialrevolucionarios rusos, así como los mencheviques georgianos siguieron contando como partidos afiliados, con los mismos representantes que antes. En Austria, los partidos alemán y checo, aunque trabajaban en estrecha unión, estaban afiliados por separado. En Gran Bretaña, el Partido Laborista Independiente había descendido a sólo 30 000 miembros.

El largo informe presentado por la secretaría al Congreso de Bruselas, en su conjunto, no parece el informe de un organismo dedicado esencialmente a la causa del socialismo. Una gran parte se refiere a cuestiones tales como la política y estructura de la Sociedad de Naciones, el desarme y el fascismo, que, por importantes que fueran para los socialistas, tienen poco que ver con la línea de desarrollo directo hacia una sociedad socialista. El informe reconocía, en efecto, que era todavía impracticable, por el momento, intentar ese avance. Se hablaba mucho de los avances realizados hacia la estabilización de las diversas economías y, especialmente, de la de Alemania con el Plan Dawes; y, aunque se destacaba la persistencia de un serio desempleo en muchos países, se atribuía más el desarrollo técnico que ahorraba mano de obra que a una falta de solidez básica en la economía capitalista. El informe parecía confiar en una etapa de creciente prosperidad-económica, en condiciones de creciente estabilidad: no había una

sola advertencia de la gran depresión que iba a iniciarse con el colapso del mercado de valores norteamericano un año después. Los vaticinios comunistas de una próxima crisis no fueron tomados en cuenta, considerando que eran producto de los deseos de que la crisis se produjera —lo cual era sin duda cierto—; pero también los dirigentes de la Internacional Laborista y Socialista tenían sus propios deseos a los que correspondía su pensamiento, ya que parecían haberse reconciliado plenamente con la idea de un avance muy gradual, aun en el terreno de la legislación social y depositar sus mayores esperanzas en el fortalecimiento de la Sociedad de Naciones como instrumento para la paz y el desarme. En cuanto a Alemania, la complacencia de la Internacional era notable. Manifestaba gran satisfacción con los relativos triunfos en las elecciones del Reichstag y no se daba por enterada del creciente peligro del nazismo, aunque tenía plena conciencia de los triunfos del fascismo en Italia en cuanto al dominio del movimiento obrero. Italia se había incorporado por entonces a la lista de los partidos socialistas en el exilio, de cuyos miembros no podía llevarse estadística.

En julio de 1931, cuando la Internacional Laborista y Socialista realizó su siguiente Congreso en Viena, la visión de las cuestiones internacionales fue muy distinta y el informe de la secretaría dio preferencia a la crisis económica mundial, a la que definió como "la más seria experimentada jamás por el capitalismo", advirtiendo que dominaba "toda la vida política y social del mundo". No se sugería, sin embargo, en el informe, que el capitalismo mundial estuviera entrando en la "crisis definitiva" esperada por los comunistas. Por el contrario, aunque la importancia de los factores políticos era reconocida, se describía la crisis como "una fase del ciclo económico del capitalismo" y se la situó en el mismo plano que otras crisis anteriores "que siempre han atravesado las mismas etapas: movimiento hacia arriba, gran auge, crisis, depresión y de nuevo un movimiento progresivo hacia arriba". Los redactores del informe a la I.L.S. esperaban evidentemente que el capitalismo se recuperara de la nueva crisis, como .había sucedido antes: proclamaban que las grandes tareas de los partidos socialistas eran "luchar contra las crisis económicas, luchar contra el fascismo" y añadían que "hay una cosa esencial para ambas tareas: el mantenimiento y organización de la paz". Lejos de utilizar la crisis como medio para levantar el sentimiento revolucionario en el pueblo, la I.L.S. quería inducir a los gobiernos a tomar medidas efectivas para resolverla y se proponía proseguir las cruzadas por la paz y contra el fascismo que había emprendido antes de producirse la crisis.

Se reconocía, por supuesto, que el peligro fascista había crecido y se había extendido mucho como consecuencia del desastre económico.

La secretaría tuvo que hacer constar que, desde 1929, Yugoslavia se había añadido a la lista de los países sujetos a gobiernos dictatoriales, que Polonia se había inclinado mucho hacia la dictadura y que la lucha contra el fascismo había entrado en una etapa crítica en Alemania, en Austria y en Finlandia. Frente a esto, el Partido Laborista estaba en el poder en Inglaterra desde hacía dos años y los socialistas daneses habían asumido el poder, en coalición con los liberales, por un periodo semejante. También en Checoslovaquia una coalición que incluía a los partidos socialistas había estado en el poder desde fines de 1929. Además, en España había subido recientemente al poder un gobierno republicano, donde participaban los socialistas, después de la victoria de la izquierda en las elecciones municipales de abril de 1931. En ningún otro país de Europa tenían el poder los socialistas cuando se redactó el informe.

En muchos países donde el fascismo avanzaba rápidamente, la lucha se centró en 1931 en torno a las proposiciones formuladas para revisar la Constitución con el objeto de destruir el gobierno parlamentario. Ésta era la situación en Polonia, Austria y Finlandia, lo mismo que en Alemania. En Alemania los nazis ganaron posiciones en las elecciones de 1930; y, dos meses después, los partidarios de Pilsudski ganaron las elecciones generales en Polonia, pero no lograron la mayoría necesaria, de las dos terceras partes, para una reforma a la Constitución.[8] En Austria, ese mismo mes, los socialistas tuvieron éxito en las elecciones, pero no pudieron evitar el aumento del terrorismo y la violencia de las bandas armadas del Heimwehr.[9] En todos estos países, la I.L.S. había protestado una y otra vez contra los ataques a la libre expresión y al gobierno parlamentario, los arrestos de socialistas importantes y el asesinato de algunos, así como el incremento de la violencia por parte de elementos fascistas. Nada podía hacer, sin embargo, aparte de protestar y apelar a la opinión pública mundial, en la esperanza de influir a los dictadores potenciales. Siguió protestando también, enérgicamente, contra la continua e intensa persecución por "delitos" políticos en la Unión Soviética y en los países ya sujetos a formas de gobierno fascista, como Hungría y Yugoslavia; y, a través del Fondo Especial Matteotti, reunidos para conmemorar al líder socialista italiano asesinado, hizo lo posible por ayudar a algunas víctimas de la opresión fascista. Pero todo esto era poco, forzosamente, en relación con la necesidad rápidamente creciente.

Un efecto de la crisis económica fue ligar más estrechamente a la I.L.S. y la Federación Internacional de Sindicatos. En octubre de

8 Véase p. 153.
« Véase vol. V, pp. 210-1.

1930, ambos organismos efectuaron una reunión conjunta en Colonia y crearon una Comisión especial para preparar un informe acerca de las medidas que debían tomarse para resolver la crisis. El informe de la Comisión, emitido pocos meses después, destacaba principalmente la incapacidad del capitalismo para mantener un nivel de poder de compra lo bastante alto como para absorber a la productividad en rápido crecimiento y se oponía vigorosamente a las medidas deflacionistas a las que estaban recurriendo los gobiernos y las bancas centrales, presionados por las dificultades de las balanzas de pagos. Subrayaba la importancia de sostener los salarios para mantener el poder de compra de la clase trabajadora y la necesidad de reducir las horas de trabajo, para aumentar la ocupación, así como la conveniencia de elevar la edad de asistencia obligatoria a la escuela, para disminuir el desempleo juvenil. El informe era un largo documento, que exponía en líneas generales lo que ya constituía la política habitual de los partidos socialistas para atacar las depresiones. Se afirmaba, como tantas veces antes, el derecho al trabajo o el sostenimiento mediante seguros o subsidios y se subrayaba el deber de los gobiernos de promover el empleo, a través de las obras públicas. A pesar de la asociación ante la Federación Internacional de Sindicatos y la Internacional Laborista y Socialista, el efecto del informe fue muy escaso. La depresión fue de mal en peor y los intentos de ponerle coto con medidas deflacionistas —que, de hecho, la empeoraban— persistieron hasta que el presidente Roosevelt, al asumir el poder en los Estados Unidos, inauguró una serie de medidas conocidas como el "Nuevo Trato". 'Esto se sale, sin embargo, del periodo tratado en el presente volumen.

La I.L.S., en 1931, representaba todavía a casi los mismos sectoies del movimiento socialista que en el Congreso de Bruselas de 1928. Desde 1929, cuando Arthur Henderson, al ser designado Secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno laborista británico, renunció a la presidencia que había desempeñado desde un principio, Emile Vandervelde ocupó la presidencia, cargo que había desempeñado en la Segunda Internacional antes de 1914. En 1931, la muerte había suprimido a algunos de los viejos líderes de la Internacional Laborista, como Hermán Müller (m. 1931) de Alemania, Jakob Pistiner (m. 1930) de Rumania, Joseph Wauters (1875-1929), de Bélgica, y Hermán Diamand (1861-1931) de Polonia; pero, en su mayoría, los mismos dirigentes seguían llevando el timón. Tseretelli, de Georgia, había renunciado al Ejecutivo en 1929; y, en 1931, se suscitó una ácida disputa entre los socialrevolucionarios rusos exilados, que depusieron a Sukhomlin de su cargo en el Ejecutivo, pero no pudieron llegar a un acuerdo respecto a la persona indicada para sustituirlo. Rafael Abramovitch siguió representando a los mencheviques exilados. Por Italia, la unificación de

los grupos socialistas rivales en el exilio, llevó, en julio de 1930, a Pietro Nenni (n. 1891) como nuevo representante italiano al Ejecutivo de la I.L.S. En Argentina, la división entre los partidos socialistas rivales no fue remediada, a pesar de los esfuerzos de la I.L.S.; y no se logró atraer a nuevos partidos no europeos a sus filas. En febrero de 1931, el Partido Laborista Independiente, de Inglaterra, hizo un nuevo intento por persuadir a los dirigentes de la I.L.S. de convocar a una Conferencia de Unificación Socialista, abierta a todo; pero la I.L.S. replicó que semejante reunión sólo daría a los elementos divisionistas una plataforma conveniente y nada se hizo. La I.L.S. siguió dedicando gran parte de su atención al desarrollo de la Sociedad de Naciones y, especialmente, al desarme, en relación con la Conferencia Preparatoria del Desarme que por fin había decidido que se convocara una Conferencia plenaria en febrero de 1932. Henderson, en nombre del gobierno laborista británico, se había mostrado particularmente activo en este campo y se había mantenido en estrecho contacto con la I.L.S., después de su renuncia a la presidencia. La I.L.S. había apoyado también vigorosamente las proposiciones de una tregua arancelaria internacional, uno de cuyos principales promotores era William Graham, presidente laborista de la Oficina Británica de Comercio.

Resumiendo, en 1931 la I.L.S. proseguía las mismas actividades que antes de la crisis económica mundial, con la diferencia de que se había visto obligada a prestar mayor atención al creciente peligro fascista y a la necesidad de tomar medidas especiales para resolver el creciente desempleo en los países capitalistas. No había señal de un movimiento tendiente a lograr una mayor unidad obrera, frente a estos peligros, ni de un relajamiento del agudo antagonismo entre las Internacionales rivales.

Debemos pasar ahora de la I.L.S. a su principal antagonista, el Comintern. Este organismo, en sus primeros años, se reunió anualmente en Congreso plenario y, entre estos Congresos, se otorgaron grandes facultades al Comité Ejecutivo. La teoría en que se fundaba el Comintern, como vimos, era la de un solo movimiento, dirigido en forma centralizada, que asumiera el control de la estrategia y las tácticas de la Revolución mundial: de tal modo que los partidos comunistas de cada país debían considerarse, no como organismos independientes con derecho a determinar su propia política y su dirigencia, sino como un simple sector de un todo —con el corolario de que el Comintern podía pasar por encima de las decisiones, no sólo de los distintos Ejecutivos nacionales, sino aun del Congreso nacional de cada partido, y que el Ejecutivo del Comintern tenía derecho a ello. Es dentro de este marco general de control centralizado y orientado hacia la Revolución mundial que debe estudiarse la historia del Co-

mintern —aunque, por supuesto, la teoría no siempre funcionó en la práctica.

El Comintern efectuó sus primeros cuatro Congresos en 1919, 1920, 1921 y 1922. Pero el quinto Congreso no se realizó hasta el verano de 1924 y entonces se decidió efectuar los futuros Congresos sólo un año sí y otro no. De hecho, a pesar de los reglamentos del Comintern, no se efectuó ninguno en 1926; y el siguiente Congreso no se reunió hasta 1928. Este largo intermedio se debió al hecho de que, en 1926 y 1927, la lucha por el poder dentro de Rusia, entre Stalin y sus rivales, estaba en pleno desarrollo y se habría reflejado, indudablemente, en una enorme lucha de facciones dentro del Comintern, si se hubiera reunido el Congreso. En 1928 la fase más aguda de la lucha había terminado con la eliminación de Zinoviev y de Trotsky; y, aunque la lucha entre Stalin y Bujarin ya estaba en gestación, Stalin se mantenía en el poder con suficiente firmeza como para sentirse capaz de arriesgarse a que se reuniera el Congreso. En efecto, éste fue el canto del cisne de Bujarin, seguido rápidamente por su deposición del cargo en el Comintern, donde después Stalin participó mucho más directamente.

En los primeros años de su existencia, el Comintern creyó que cabalgaba sobre las olas de la Revolución mundial y, como vimos, hizo lo posible por combatir a los centristas, más aún que a los socialistas de derecha, en su esfuerzo por establecer en todas partes partidos comunistas de devoción revolucionaria garantizada. Pero en 1921 era obvio que la ola revolucionaria retrocedía y que tendría que producirse un receso antes de que pudiera extenderse con éxito la revolución a otros países. Era evidente también, especialmente después de los acontecimientos de Alemania en 1921,[10] que una política *putchista,* en vez de inclinar a las masas de trabajadores en favor de los comunistas, tenía exactamente el efecto contrario. En la propia Rusia, después de las huelgas de Petrogrado de enero de 1921 y la represión del levantamiento de Kronstadt, se había producido el profundo cambio de la estrategia interna encarnado en la "nueva política económica" de Lenin y en el tratamiento más cuidadoso de los campesinos que la acompañó. Estos cambios internos tenían que actuar a su vez sobre la política exterior de Rusia y sobre el Comintern, instrumento de Rusia en sus relaciones con los movimientos obreros del resto del mundo. El mismo Lenin reprobó a los comunistas extranjeros que sufrían de la "enfermedad infantil del izquierdismo"; y, en el tercer Congreso del Comintern, en junio-julio de 1921, se presentó con el lema "¡Hacia las masas!", para conjurar a los partidos afiliados al Comintern a no dejarse llevar a un aislacionismo sectario de la gran masa de los trabajadores

io Véase vol. V, pp. 157-8.

sino, por el contrario, a establecer contactos con ellos, demostrando su disposición a cooperar, aunque esto significara la acción común con organizaciones dirigidas por centristas o gente de derecha. Es verdad que Lenin, al ofrecer este consejo, declaró también —en una frase que se hizo famosa en su folleto sobre *La enfermedad infantil del comunismo—,* que la cooperación que los comunistas proponían a los socialistas los sostendría "así como la soga sostiene al ahorcado".

Así nació, en junio de 1921, la idea del "Frente Unido" —esa expresión ambigua que daría origen a tantas interpretaciones dispares en los años siguientes. Tal como se planteó primero, cualquiera que fuera la intención última que hubiera detrás, el Frente Unido significaba una recapacitación de las tácticas extremadamente divisionistas de los años anteriores. Por ello, encontró una viva oposición en muchos comunistas occidentales que, después de las recientes consignas de separarse totalmente de los "social-traidores" de la derecha y el centro, tropezaban con gran dificultad para comprender por qué se les instaba ahora a unirse a ellos. Se les explicó que había dos errores opuestos, igualmente importantes, que debían ser evitados por los comunistas. Uno era el "oportunismo", que suponía el sacrificio de los principios con vista a lograr el apoyo inmediato de la clase obrera, al precio de perder de vista los objetivos revolucionarios. EÍ otro era el "sectarismo", que implicaba perder el contacto con las masas trabajadoras, negándose a participar en las campañas para obtener las reformas que más interesaban, de inmediato, a la mayoría de la clase trabajadora. Era indispensable, se les dijo, que los partidos comunistas encontraran el camino, recto y estrecho, entre ambos extremos. En la práctica, esto significaba que debían buscar la manera de cooperar con los partidos de los que se habían separado recientemente, evitando al mismo tiempo la absorción por parte de esos partidos y conservando sus derechos a la acción independiente y, además, que debían laborar dentro de los sindicatos existentes, a pesar de su dirigencia de derecha, tratando de impulsarlos hacia una mayor militancia y absteniéndose de crear sindicatos rivales, que serían demasiado débiles para ponerse eficazmente a la cabeza de la lucha laboral.

Tras este cambio de frente estaba, por supuesto, la comprensión de los dirigentes rusos o, al menos, de la mayoría de ellos, de que las perspectivas de una Revolución mundial inmediata habían desaparecido y que la tarea de los comunistas en los años inmediatos era fortalecerse para estar en mejor situación cuando se presentara nuevamente la oportunidad, que confiaban volvería a presentarse. Así como Rusia tenía que dar un gran paso atrás de la política apropiada a la etapa de intervención extema y guerra civil y dedicarse a fortalecerse con la N.E.P., el comunismo mundial tenía que pasar de las tácticas de la

revolución inmediata a las de vanguardia de la mayoría del proletariado en la lucha cotidiana por mejores condiciones o contra el deterioro de éstas.

Otros lemas, además de "¡Hacia las masas!" y del "Frente Unido" surgieron de los debates del Congreso del Comintern, en 1921. Se lanzó la demanda de un "gobierno de trabajadores" y también esto se prestó a diferentes interpretaciones. Podía pensarse que significaba que, cuando socialdemócratas y comunistas tuvieran entre ambos el apoyo mayoritario en un Parlamento, los comunistas estuvieran dispuestos a participar en gobiernos de coalición que podrían entonces gobernar de acuerdo con la práctica democrática parlamentaria, promulgando avanzadas reformas y utilizando su poder político para fortalecer la posición de la clase obrera. Así se interpretó, de hecho, en las partes de Alemania donde, en los Parlamentos estatales, la coalición de una mayoría socialista-comunista se lograba momentáneamente.[ii] Pero también podía considerarse que "gobierno de los trabajadores" significaba un gobierno soviético que aplicara un sistema de dictadura proletaria; y sólo manteniendo la incertidumbre en cuanto al sentido de la expresión podía lograr esta política el apoyo general. Radek, principal consejero de los rusos, en 1921, en los asuntos relativos a la Europa occidental, se inclinaba obviamente hacia la primera interpretación; Zinoviev, presidente del Comintern, tendía con la misma claridad hacia la segunda; pero, por el momento, la mayoría de la opinión en Rusia coincidía con Radek. Además, en 1922 se habló mucho de un "gobierno de trabajadores y campesinos"; y, en 1923, los rusos reunieron un Congreso Internacional Campesino, que decidió crear una "Internacional Roja de Campesinos", justamente antes de la caída del régimen campesino de Stambolisky en Bulgaria. Esta aventura no llegó a nada, por falta de un sólido apoyo campesino; pero estaba pensada, evidentemente, como el equivalente internacional a la nueva actitud adoptada respecto a los campesinos rusos en relación con la N.E.P. En efecto, ante las nuevas circunstancias, los bolcheviques buscaban la manera de acrecentar su fuerza efectiva en el mundo, no sólo entre los trabajadores industriales participando más en sus luchas cotidianas, sino también entre los campesinos con conciencia de la opresión que sufrían por parte de las clases dominantes.

Así, en 1921 y en los dos o tres años siguientes, la política del Comintern se inclinó agudamente hacia la derecha y se hicieron intentos de ganar un punto de apoyo para influir a los miembros de los partidos socialdemócratas y los sindicatos dirigidos por socialdemócratas. Ante el decidido rechazo de las sugestiones comunistas por los partidos

ii Véase p. 171.

de la Segunda Internacional, la nueva política se abrió camino mucho mejor en el terreno sindical que en el político. En general, los intentos de crear sindicatos rivales fueron abandonados y los comunistas lograron posiciones de influencia local dentro de los sindicatos existentes. Incluso políticamente, el cambio tuvo cierto efecto en Alemania, donde provocó agudos conflictos dentro del Partido Comunista y fue impuesto sólo mediante fuerte presión de Rusia o del Comintern. El Congreso de Leipzig del Partido Comunista alemán, en enero de 1923, suscribió la nueva línea bajo la presidencia de Heinrich Brandler, sólo para ser derrotado ese mismo año como consecuencia de la lucha del Ruhr y de la suya propia, así como de las vacilaciones del Comintern respecto al curso que debía seguirse.[12] A esta debacle siguió la caída en desgracia de Brandler, a quien Zinoviev convirtió en chivo expiatorio aunque, de hecho, el Comintern había sido en gran medida responsable del fracaso.

Los acontecimientos de Alemania en 1923, seguidos de las negociaciones que desembocaron en el Plan Dawes, produjeron una nueva reconsideración de la política del Comintern. Se distinguió ahora entre dos especies de "Frente Unido": uno, el 'Trente Unido desde arriba", que suponía la cooperación en la cima, entre los partidos comunista y social-demócrata, y el 'Trente Unido desde abajo", que rechazaba esta cooperación, pero pretendía lograr la unificación de los .comunistas y los socialdemócratas y sindicalistas de filas, en movimientos comunes que los comunistas esperaban guiar y controlar para servir a sus fines. Zinoviev se manifestó en favor de la segunda especie de 'Trente Unido" y de una interpretación del término "gobierno de los trabajadores" que correspondiera a aquella e implicara una dictadura del proletariado. Así, la política del Comintern se inclinó nuevamente hacia la izquierda, pero no hasta el punto de volver a las tácticas de 1919 —porque siguió reconociéndose que no había perspectivas de una Revolución mundial inmediata y que la tarea inminente era impulsar a los trabajadores a una mayor militancia en busca de sus intereses económicos a corto plazo.

Había, además, contracorrientes. Como hemos visto, los sindicatos ingleses se inclinaban a la izquierda después de 1924, al acercarse la crisis minera y a medida que las condiciones económicas empeoraban después de la caída del gobierno laborista. La oportunidad de lograr el apoyo de los sindicatos británicos para presionar a la Internacional de Sindicatos de Amsterdam era demasiado buena para perderla; y, en 1925-26, los sindicatos rusos fueron utilizados para impulsar la política de "Frente Unido" en el terreno sindical. En el quinto Con-

2 Véase p. 183.

greso del Comintern, en 1924, pareció producirse una vuelta definida hacia la izquierda, con la sustitución de Brandler en la dirigencia del •partido alemán; pero, de hecho, en los dos años siguientes el Comintern siguió diversas políticas en relación con diversas cuestiones y no puede rastrearse una orientación clara. Estas ambigüedades ayudan a explicar por qué el Congreso que debió afectuarse en 1926 no fue convocado jamás. En 1925, los dirigentes alemanes de izquierda que habían sustituido a Brandler fueron expulsados a su vez acusados de desviación izquierdista; y Ernest Thaelmann (1886-1944), quien aceptó presurosamente la nueva línea, se convirtió en el líder reconocido del Partido Comunista alemán.

Mientras tanto, las disputas que se gestaban dentro del Partido Comunista ruso llegaban a su culminación. Stalin ya había eliminado a Trotsky en la competencia por la jefatura, después de la muerte de Lenin; y, entonces, a fines de 1925, Stalin y Zinoviev, aliados hasta entonces, disputaron acerca del tratamiento que debía darse a los campesinos acomodados. Al año siguiente, Trotsky y Zinoviev aparecieron aliados contra Stalin; y el año terminó con el desplazamiento de Zinoviev de la presidencia del Comintern y su sustitución por Bujarin —un movimiento definido hacia la derecha. En 1927 los partidos comunistas fuera de Rusia sufrieron importantes purgas de elementos izquierdizantes en sus dirigencias, mientras en Rusia la lucha entre Stalin y sus opositores seguía sin cuartel. Ese mismo año se produjo, en rápida sucesión, el colapso de la política comunista en China, el fin del Acuerdo Comercial Anglo-Ruso, el abortado levantamiento de julio en Viena y una serie de acontecimientos que provocaron un serio temor a la guerra en la Unión Soviética. Antes de terminar el año, Trotsky y Zinoviev fueron expulsados del Partido Comunista y la época del "Frente Unido" en la historia de la política del Comintern llegó a su fin definitivo. Cuando se reunió, en 1928, el sexto Congreso del Comintern, se estaba planteando que iba a iniciarse un "tercer periodo" en la historia de la posguerra, distinto a los periodos anteriores caracterizados por tácticas de revolución inmediata y de Frente Unido; pero nadie sabía con claridad qué implicaría este "tercer periodo". Algunos, incluyendo a Bujarin, esperaban que prosiguiera la recuperación capitalista coincidiendo así con el diagnóstico expresado en el informe de la secretaría de la I.L.S. a su Congreso de 1928, mientras otros profetizaban una forzosa crisis en el mundo capitalista, que abriría el camino a un nuevo avance revolucionario. Bujarin, ya consciente de que no permanecería mucho tiempo como líder del Comintern, dedicó parte de su discurso como presidente a exponer la primera de estas ideas y atacó también la creciente rigidez de doctrina y política que Stalin trataba de imponer al movimiento comunista. Citó una

carta que había recibido de Lenin, donde éste decía que "si se expulsa a todos los miembros inteligentes que no sean muy sumisos y sólo se conserva a idiotas obedientes, se arruinará al partido". No es sorprendente que fuera relevado pronto de su alto cargo y que no se nombrara a nadie en su lugar. Stalin no quería tener que hacer frente a un rival que, desde una situación ventajosa como líder nominal del comunismo mundial, estuviera en posición de desafiar su autoridad.

De hecho, no se efectuaron más Congresos plenarios del Comintern, después del de 1928, hasta 1935 —cuando Hider estaba en el poder desde hacía dos años en Alemania y la depresión mundial no estaba ya en la situación de 1932-33. En la etapa intermedia, el comunismo como movimiento mundial había ajustado gradualmente sus ideas a los cambios en la situación mundial surgidos por el eclipse del movimiento obrero alemán, un día poderoso, y las consecuencias de la depresión en los movimientos obreros de las demás potencias capitalistas. Había que enfrentarse al hecho de que la depresión, aunque más devastadora por sus efectos que cualquier crisis anterior del capitalismo, había traído consigo, no un fortalecimiento de la acción revolucionaria de los trabajadores, sino la contrarrevolución en el país donde las esperanzas comunistas se habían concentrado antes en la suposición de que seguiría el ejemplo de Rusia y, en los demás países capitalistas avanzados, la demanda nada revolucionaria de medidas destinadas a restablecer el funcionamiento de la economía capitalista, para poner fin a los sufrimientos impuestos a las clases pobres por el desempleo y la deflación fianciera. El "tercer periodo" cuyo advenimiento había sido anunciado en 1928-29 había resultado ser una etapa, no de triunfal avance proletario, sino de desarrollo fascista en gran escala y de una retirada general de las fuerzas del sindicalismo y la socialdemocracia, así como un serio dislocamiento en las filas comunistas. En general, la respuesta inicial de los comunistas a la depresión en sus primeros años había sido una vuelta a la izquierda, porque la crisis del capitalismo pareció ofrecer al principio una clara oportunidad para intensificar la agitación revolucionaria y volver a las masas en contra de los dirigentes socialdemócratas, que no parecían capaces de hacer mucho en su favor. En un corto lapso, en 1928, el ala derecha del Partido Comunista alemán logró una mayoría en el Comité Ejecutivo, pero pronto fue desplazada por órdenes del Comintern. Desde entonces el partido alemán había vuelto a la obediencia al Comintern y había tenido que enfrentarse al creciente poder de los nazis, manifestado claramente, por primera vez, en las elecciones de septiembre de 1930. Durante la depresión el Comintern había permanecido a la expectativa, incapaz de modificar considerablemente el curso de los acontecimientos y cada vez más afectado por las repercusiones en el resto del mundo

de las luchas internas que tenían lugar en la Unión Soviética. Los rusos tenían bastante de qué ocuparse en estos años con la realización del primer Plan Quinquenal y con los enormes problemas de la colectivización agrícola. Stalin estaba demasiado ocupado liquidando a los *kulaks* y destruyendo los restos de oposición dentro de la Unión Soviética para poder atender, si no en forma secundaria, los asuntos externos. Hubo problemas de "trotskismo" en muchos partidos comunistas fuera de Rusia; y, aunque la depresión atrajo a estos partidos, naturalmente, muchos miembros nuevos, especialmente desempleados y jóvenes, no era fácil conservar a estos miembros bajo la rígida disciplina que se consideraba necesario imponer, sin considerar las diversas condiciones de cada país en particular. Desde el momento en que, en 1924, Stalin postuló por primera vez la teoría de la construcción del socialismo "en un sólo país" el Comintern se había ido convirtiendo cada vez más en un auxiliar de los comunistas rusos, para ser utilizado en defensa de la Unión Soviética contra sus enemigos, más que una expresión organizada de un movimiento mundial en favor de los intereses de la clase trabajadora. A falta de un gran sentimiento revolucionario entre los trabajadores de los países capitalistas, no pudo ser realmente otra cosa. Porque, quedando Alemania fuera de competencia en cuanto a una revolución socialista o comunista —y con China aparentemente perdida— ¿dónde habría de realizarse la próxima revolución socialista? No en Francia, por supuesto, ni en Gran Bretaña, ni en los Estados Unidos, ni siquiera en la India, donde la influencia de Gandhi se había vuelto primordial; ciertamente no en Italia, postrada bajo el fascismo; ni en los países escandinavos, que capeaban bastante bien la depresión, ni en Austria, donde la socialdemocracia perdía gradualmente terreno ante la creciente violencia de la reacción, ni en Polonia, donde Pilsudski acrecentaba rápidamente los poderes dictatoriales, ni en Hungría, donde Horthy permanecía inconmovible y el movimiento obrero casi por completo eclipsado. Había, sin duda, grandes potencialidades revolucionarias en México y las revoluciones, de una u otra especie, eran endémicas en muchos países de América Latina. Pero estas conmociones, aunque tomaran un giro socialista o comunista —lo que parecía improbable—, no significaban mucho en relación con la situación que se enfrentaba al Comintern en las regiones claves del mundo capitalista. La depresión mundial dio oportunidades de provocar disturbios; pero estos disturbios, aunque pudieran ser de alguna utilidad a la Unión Soviética en sus relaciones con el resto del mundo, no podían renacer las extravagantes esperanzas con que había sido lanzado el Comintern, después de la primera Guerra Mundial.

En el momento en que termino esta narración en el presente volumen, los nazis todavía no subían al poder en Alemania y el presidente

Roosevelt no había puesto en práctica el Nuevo Trato en los Estados Unidos. Tampoco, en el terreno del pensamiento económico, las ideas de J. M. Keynes habían realizado la revolución que impulsarían en los años siguientes. Keynes,- siguiendo los pasos de J. A. Hobson, había proclamado ya la locura que residía en tratar de solucionar el impacto del desempleo con medidas puramente deflacionistas, que sólo lo empeoraban; pero la base teórica de sus ideas y sus posibilidades para la reconstrucción del capitalismo sobre la base de la ocupación plena no se habían comprendido aún plenamente. Los socialdemócratas, así como los comunistas, sostenían todavía que la crisis y el desempleo en masa eran fenómenos inevitablemente recurrentes del sistema capitalista y sólo podían remediarse con la adopción de una economía socializada, aunque los socialdemócratas, en su hostilidad a la Revolución, pedían paliativos que permitieran una restauración del capitalismo, conjuntamente con mejoras en las condiciones de los trabajadores, mientras que los comunistas esperaban y profetizaban su próximo colapso, aunque no tuvieran un medio inmediato de sustituirlo, excepto la Revolución mundial que, evidentemente, no iba a ocurrir. Los comunistas consideraban todavía al fascismo simplemente como el recurso, por parte del capitalismo, a métodos violentos, dictatoriales de resistencia a las demandas de la clase trabajadora y se negaban a admitir que representara una nueva fuerza, que funcionaba por supuesto con el apoyo capitalista, pero descansando en sus propias bases nacionalistas y militaristas. Había, sin duda, cierta justificación a esta opinión en relación con las formas asumidas por el fascismo o el semifacismo en los países balcánicos, en Polonia y en Hungría y aun en Italia, aunque incluso en estos países era erróneo ignorar los elementos nacionalistas y militaristas y atribuir a sus clases capitalistas relativamente subdesarrolladas un poder y una influencia que indudablemente no poseían. En Alemania, aunque el capitalismo era, por supuesto, mucho más fuerte y más altamente desarrollado, resultaba todavía menos realista considerar a Hider simplemente como un títere del capitalismo o pensar que el nazismo se agotaría pronto, por su incapacidad para resolver las "contradicciones de la economía capitalista" y contribuiría así, en realidad, a la revolución socialista o comunista. Llegaría el momento en que los comunistas entenderían que el fascismo era su más formidable y peligroso enemigo y alterarían su estrategia buscando aliados que se les unieran en una cruzada antifascista mundial. Pero sólo lo comprendieron después que Hider había destruido la República de Weimar y consolidado su poder en Alemania como primera etapa de su campaña por obtener el dominio de Europa y hasta del mundo.

Así, las Internacionales rivales sostuvieron, en toda la etapa a la

que se refiere este volumen, políticas demasiado diferentes para que se diera, la posibilidad real de una acción combinada entre ellas. La Internacional de Berna y su sucesora, la Internacional Laborista y Socialista fueron persistentemente hostiles a toda la concepción de la Revolución mundial y a la idea del gobierno* exclusivo de los representantes de la clase trabajadora —y, por supuesto, más aún el gobierno de un solo partido supuestamente representativo de esa clase. Eran demócratas parlamentarios y no reclamaban el derecho a establecer el socialismo salvo con el consentimiento de una mayoría del pueblo en cada país, determinada donde esto fuera posible por medio de elecciones parlamentarias libres, sobre la base del sufragio universal. Para los países donde no existiera la posibilidad de estas elecciones no tenían, en efecto, ningún mensaje: sólo podían protestar contra las prácticas antidemocráticas que los excluían. En cuanto a los países que sí tenían, en general, sistemas parlamentarios democráticos —y en estos países se centraban sus esperanzas— concebían una conversión gradual de la mayoría del pueblo al socialismo, un mejoramiento gradual de las condiciones sociales y económicas y, cuando la mayoría estuviera convencida, una transformación gradual consistente, en la etapa de transición, en una economía mixta donde coexistirían pacíficamente instituciones socialista y capitalista. Para este avance gradual hacia el socialismo era evidentemente necesario que el capitalismo siguiera funcionando lo más prósperamente posible y evitar, además, la guerra entre las naciones. De ahí la devoción de la I.L.S. y sus partidos afiliados a la causa de la paz, el arbitraje internacional y al desarme y el deseo, cuando sus países sufrieron la caída de la depresión mundial, de contribuir al proceso de recuperación económica más que utilizar la depresión para agudizar las dificultades del capitalismo.

Por el contrario, los comunistas concebían la situación mundial en términos muy distintos. Para ellos, la Revolución rusa era la fase inicial de una Revolución mundial que debería producirse necesariamente porque, más tarde o más temprano, el sistema capitalista tendría que quebrarse bajo la presión de sus contradicciones internas, siendo el socialismo su único posible sucesor en la marcha de la evolución mundial. Los rusos habían mostrado el camino y los proletariados de otros países tenían la obligación ineludible de seguir su ejemplo y utilizar los métodos que habían demostrado su eficiencia al producir el triunfo de la Revolución rusa y al permitirle que se mantuviera frente a tan poderosos y numerosos enemigos. Aunque las primeras esperanzas de una rápida Revolución mundial tuvieran que diferirse, sólo se aplazaban pero no se renunciaba a ellas. Podía dudarse acerca del momento propicio, pero no del resultado ni de los métodos que debían emplearse. La próxima revolución sería mundial —una e indivisible,

aunque el momento podía variar de un país a otro. La tarea esencial, por tanto, era engendrar el sentimiento revolucionario entre las masas trabajadoras de todos los países y utilizar todas las dificultades que afectaran al capitalismo y al imperialismo mundiales como una oportunidad para incrementar el fermento revolucionario, independientemente de los efectos sobre las condiciones de vida inmediatas de las clases trabajadoras. Era necesario, por supuesto, ponerse de parte de los trabajadores en relación con sus demandas inmediatas —porque ésta era la condición necesaria para obtener su opoyo a la revolución— pero el resultado de estas luchas cotidianas sólo importaba en cuanto que afectaba las perspectivas del triunfo revolucionario.

Los comunistas no querían que se aplicaran paliativos al capitalismo para que éste pudiera resistir hasta que el socialismo se introdujera gradualmente; querían destruirlo y, mientras no fuera posible, molestarlo y perturbarlo en lo posible. Especialmente, mientras esperaban su colapso en los principales baluartes de su poder, hacían lo posible por alentar las inquietudes en los países dependientes —colonias o esferas de influencia económica— de los que extraían parte de su fuerza. Siendo Rusia una potencia asiática y europea al mismo tiempo, los medios más a su disposición para hacerlo estaban en Asia y, sobre todo, en China que había atravesado su propia revolución, bajo la jefatura de Sun Yat Sen. Había también oportunidades en la India, empeñada en la lucha por Swaraj contra los ingleses; en Indonesia, colonia holandesa, y en los países del Oriente Medio, desde Egipto, ocupado por los ingleses, hasta Persia, se extendía el escenario de conflicto entre Inglaterra y Rusia. Fuera de Asia y el Mediterráneo oriental, había oportunidades en México y en muchos países de Latinoamérica para estimular la resistencia al imperialismo norteamericano y, en Suráfrica entre los mineros oprimidos por la dominación blanca. Se pusieron en juego todas estas oportunidades y emisarios de Rusia y del Comintern se mostraron continuamente activos en todas partes, además de que numerosos revolucionarios extranjeros acudieron a la Unión Soviética para recibir entrenamiento en el arte de la propaganda revolucionaria y la apologética soviética. El fin de la alianza entre los comunistas chinos y el Kuomintang fue un tremendo golpe a la Unión Soviética y al Comintern, no sólo por sus efectos en el Lejano Oriente sino también por sus grandes repercusiones en cuanto al prestigio comunista. Pero no se renunció a la política de provocar disturbios a los imperialistas: recibió nuevo ímpetu con la depresión mundial, que afectó más duramente a los países más dependientes del mercado mundial para sus materias primas. Los socialdemócratas, lo mismo que los comunistas, estaban dispuestos —por supuesto— a protestar contra los abusos del imperialismo y a pedir la concesión.de derechos de auto-

nomía a los pueblos dependientes; pero tendían a pensar esencialmente, no en términos de rebelión colonial ni de revolución en los países subdesarrollados, sino de concesiones graduales de las potencias imperialistas y de la introducción de gobiernos democráticos parlamentarios en los países todavía sujetos al régimen feudal aristocrático. No era más fácil que socialdemócratas y comunistas trabajaran juntos en Asia o África o América Latina, que en Europa o los Estados Unidos. Aunque unos y otros eran partidarios del "socialismo" y demandaban la propiedad socializada de los medios de producción y la supresión de la discriminación racial, atribuían sentidos diversos al socialismo y a los medios de llegar a él.

Al dejar aquí la historia de las Internacionales rivales, llegando sólo hasta 1931, queda planteado y sin resolverse el conflicto entre ellas, así como aun hoy las posiciones antagónicas no se han resuelto todavía. Tenía que ser así, a no ser que la Unión Soviética hubiera desaparecido, sin dejar una base para sustentar la fuerza del comunismo como factor mundial o que la socialdemocracia hubiera perdido la adhesión de la mayoría de los trabajadores en los países capitalistas avanzados —cosa que, salvo en Alemania, no sucedió. Este conflicto, además, debía dominar el curso del socialismo mundial, aunque hubiera siempre socialistas que criticaran ambos extremos y no estuvieran dispuestos a considerar a la Unión Soviética como un ejemplo glorioso e impecable a seguir ni satisfechos con el complaciente gradualismo de los líderes socialistas parlamentarios de la I.L.S. Los centristas, como hemos visto una y otra vez, fueron reducidos a polvo entre los colosos rivales.

CAPÍTULO XXIII

LOS ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ

Como vimos en una parte anterior de esta obra, el socialismo en los Estados Unidos, después de avanzar con bastante rapidez hasta cerca de 1912, ya había empezado a perder influencia antes del estallido de la Guerra Europea en 1914.[1] Traté de explicar este hecho en el tercer volumen de esta obra y no es necesario volver sobre lo mismo. Baste decir que los factores que hicieron retroceder al socialismo antes de 1914 funcionaron con mucha mayor efectividad después de la guerra y han seguido funcionando, tras una breve interrupción durante los años de depresión en los treinta, hasta el momento presente. El principal, en mi opinión, es el notable éxito del capitalismo norteamericano en cumplir su cometido a una escala siempre creciente —excepto durante la depresión, cuando esta tendencia se invirtió agudamente durante un tiempo— y la recepción de una gran participación en esta creciente productividad por los trabajadores norteamericanos. Esto último se ha destacado mucho más desde el Nuevo Trato de los años treinta. La Fuerza de los sindicatos norteamericanos para negociar y contratar con los patronos ha crecido en forma impresionante y ha sido utilizada para lograr no sólo más altos salarios sino mayor seguridad social y mejor *status,* no atacando al sistema capitalista sino "exprimiéndolo", mediante la presión constante para lograr mejores contritos de trabajo. Entretanto, el capitalismo norteamericano, antes notable por su extremo antagonismo a las demandas sindicales, ha cambiado fundamentalmente su estrategia, en líneas generales, y ha comprendido la ventaja de comprarse el apoyo sindical y de la clase obrera haciendo grandes concesiones —que puede muy bien permitirse, gracias a sus abundantes excedentes. En una economía en rápida expansión caracterizada por una ocupación plena casi continua, ha resultado favorable a los trabajadores, en un sentido material, no gastar sus energías tratando de derrocar al capitalismo, sino cooperar con éste cuidando de no mojar la pólvora, en caso de la posibilidad de que estas condiciones no duren indefinidamente.

Esta política ha sido la más fácil de seguir porque la sociedad norteamericana, por el agudo descenso de la inmigración, se ha hecho mucho más homogénea, con la consecuencia de que la influencia europea en le pensamiento norteamericano —incluyendo la influencia socialista— ha

i Véase vol. IV, p. 233.

decaído considerablemente. El movimiento socialista en los Estados Unidos había estado dominado siempre por concepciones europeas, traídas por las olas sucesivas de inmigrantes. El socialismo nunca había atraído la imaginación de la mayoría de los trabajadores nacidos en los Estados Unidos, en gran medida porque la estructura de clases norteamericana era mucho más flexible y no se consideraban condenados de por vida como individuos a una posición social irremediablemente inferior. La ausencia de una aristocracia poderosa y arraigada y la posibilidad de elevarse en la escala social por el esfuerzo personal hizo de la conciencia de clase un sentimiento mucho menos poderoso que en Europa; y, aunque la "frontera" de la evasión en masa de la servidumbre del salario había quedado casi cerrada mucho antes de 1914, las perspectivas de mejores condiciones materiales dentro del sistema salarial eran lo bastante buenas como para limar el deseo de realizar cambios revolucionarios en la estructura básica de la sociedad. En las mentes de la mayoría de los norteamericanos —incluyendo a la mayoría de los trabajadores— el socialismo era una doctrina extraña, inapropiada para las condiciones de los Estados Unidos y aun vista con disgusto porque parecía implicar una mayor interferencia del Estado con los modos de vida del hombre y la imposición de controles burocráticos que iban en contra de las concepciones norteamericanas de la libertad.

El socialismo, tal como existía en los Estados Unidos en 1914, era la doctrina de una pequeña minoría, integrada en parte por inmigrantes europeos o hijos de éstos, que habían recibido tales ideas de sus padres inmigrantes y, además, por idealistas que fundaban su socialismo mucho más en imperativos morales que en una idea de la lucha de clases.

El desastre de la Segunda Internacional y la agrupación de la mayoría de los grandes partidos socialistas europeos en torno a sus respectivos gobiernos fue un gran golpe para los socialistas norteamericanos, que habían tomado en serio las declaraciones antibelicistas y antiimperialistas de la Internacional y no alcanzaban a explicarse cómo se había llegado a esta situación. Como en 1914 no había la posibilidad inmediata de que los Estados Unidos se vieran envueltos directamente en la lucha, los socialistas norteamericanos no tenían que resolver el problema de votar o no los créditos de guerra. Al principio fueron simples espectadores; y el primer pensamiento de la mayoría era hacer algo por poner fin a la indeseada contienda. Una pequeña minoría, incluyendo a William English Walling (n. 1877), A. M. Simons (n. 1870) y John Spargo (n. 1876), se manifestaron favorables a los aliados, denunciando al militarismo alemán como el villano de la obra y a los socialistas mayoritarios alemanes como sus cómplices traidores; y otros, al menos los germano-norteamericanos de Wisconsin dieron

señales de "germanofilia". Pero la gran mayoría, sin hacer distinciones entre los combatientes, se contentó con denunciar la contienda como una "guerra imperialista" surgida de las rivalidades entre las grandes potencias, que había envuelto a los pueblos contra su voluntad y sus intereses. En septiembre de 1914 el Ejecutivo Nacional del Partido Socialista norteamericano envió a los partidos europeos la propuesta de una conferencia internacional que debería realizarse en Washington, para considerar los medios de ponerle fin a la guerra. Los partidos de los países beligerantes no prestaron atención al llamado; pero algunos partidos europeos de los países neutrales respondieron favorablemente, instando a que la propuesta conferencia se efectuara, no en los Estados Unidos, sino en territorio neutral de Europa. El Partido Socialista norteamericano aceptó la sugestión y se hicieron arreglos preliminares para que la conferencia se efectuara en enero de 1915 en Copenhague. Los norteamericanos esperaban aún, en esta etapa, que los partidos socialistas de los países beligerantes aceptaran enviar delegados. Cuando se dieron cuenta que no sería así, perdieron interés. Camille Huysmans, secretario de la Oficina Socialista Internacional, había escrito criticando la propuesta conferencia como prematura y se abandonó el proyecto.[2] El Partido Socialista norteamericano se negó entonces a pagar las cuotas a la Oficina y no renovó su adhesión a la Segunda Internacional.

Después, tras abandonar el intento de poner fin a la guerra europea, los socialistas norteamericanos, hasta 1917, consagraron sus energías a evitar que los Estados Unidos entraran en la lucha. Esto los acercó, temporalmente al presidente Wilson y, más prolongadamente, a varias organizaciones pacifistas norteamericanas. Por un tiempo los socialistas, excepto el pequeño grupo proaliado, solicitaron la confiscación de todos los suministros a los países beligerantes, mientras durara la lucha; pero luego abandonaron esta demanda, cuando comprendieron que los colocaba junto a los partidarios de Alemania —porque, como los aliados tenían el dominio de los mares y el comercio con las potencias del Eje ya había sido cortado, esto habría significado efectivamente sólo la negativa a aprovisionar a los países aliados. Cuando, en 1916, el presidente Wilson, a punto de terminar su primer mandato, empezó a patrocinar un programa de preparación militar, el Partido Socialista norteamericano se opuso enérgicamente a este programa. También adoptaron la demanda de Alian Louis Benson en su *Áppeál to Reason,* de que los Estados Unidos no declararan la guerra, salvo para rechazar una invasión, antes de someter la cuestión a una votación por referéndum de todo el pueblo. Sobre la base de esta proposición, Benson fue

[2] **Véase vol. V, p. 36.**

postulado como candidato socialista a la presidencia en 1916, después de negarse a una nueva postulación Eugene Debs (1855-1926), por razones de salud. Benson no tuvo éxito, obteniendo sólo 585 000 votos —una tercera parte menos de lo que había obtenido Debs en 1912— en parte porque Benson no era una figura nacional como Debs, pero además porque el presidente Wilson, en 1916, todavía ejercía una fuerte influencia sobre muchos progresistas norteamericanos al margen del movimiento socialista.

Al año siguiente, como secuela de la ilimitada campaña submarina lanzada por Alemania, los Estados Unidos entraron en la guerra y los socialistas tuvieron que decidir la línea a tomar ante el hecho consumado y la ola creciente de sentimiento nacionalista que implicaba. En la Convención del partido en St. Louis, en abril de 1917, el Partido Socialista norteamericano adoptó una vigorosa línea antibelicista, mientras que sólo unos cuantos delegados apoyaron el informe belicista minoritario[4] presentado por John Spargo. Ésta decisión fue suscrita por una mayoría de dos terceras partes, en votación por referéndum de todos los miembros. Desde entonces, los socialistas norteamericanos, incluyendo a los miembros del pequeño y decadente Partido Laborista ñor teamericano, tuvieron que hacer frente a una oposición en rápido desarrollo y tropezaron con crecientes dificultades, al estorbar la circulación de la prensa socialista negándosele el uso del correo y a medida que más y más oradores y escritores socialistas fueron encarcelados por delitos contra la legislación especial que fue rápidamente promulgada para aplicarla a cualquier acusado de obstaculizar el reclutamiento del servicio militar o de obstruir, de alguna manera, las medidas necesarias para la continuación de la guerra. Los tribunales apenas escuchaban a los críticos u opositores de la política belicista norteamericana y el propio presidente Wilson apoyaba plenamente a los perseguidores más intransigentes de los socialistas entre los funcionarios federales. Además de la legislación federal contra la sedición —especialmente la Ley de Sedición de 1918— los estados promulgaron sus propias leyes represivas. Estas leyes cayeron sobre la derecha y la izquierda del movimiento socialista y fueron apoyadas, en gran medida, por los sindicatos de la Federación norteamericana del Trabajo, que adoptó una línea fuertemente belicista, bajo la dominante dirección de Samuel Gompers. Hasta 1917, aunque los sindicalistas de izquierda de la organización de Trabajadores Industriales del Mundo (I.W.W.) habían recibido escasas mercedes de las leyes y aunque las fuerzas estatales y federales habían sido llamadas, frecuentemente, contra los huelguistas, los Estados Unidos habían sido, en general, un país donde se había dado amplio margen a la libertad política de expresión y organización; pero, desde que el país entró en la guerra, todo esto cambió abruptamente

y no sólo los oradores y escritores antibelicistas, sino cualquiera a quien pudiera acusarse de obstruir la prosecución de la guerra en cualquier aspecto, se encontraban en peligro constante del castigo legal y aun de la violencia física.

Además, la posición antibelicista del Partido Socialista norteamericano en 1917 le hizo perder el apoyo de muchos dé sus más conocidos partidarios intelectuales, entre ellos Alian Benson, Upton Sinclair (n. 1878) y C. E. Russell (1860-1941), además de los ya mencionados. Los socialistas partidarios de la guerra empezaron por organizar, en antagonismo con el Partido Socialista, una Liga Socialdemocrática de los Estados Unidos, que incluía a un grupo importante de conocidas figuras, pero con escasos miembros. Esta organización se unió pronto a otros grupos progresistas aunque belicistas, para formar un "Partido Nacional", en el que participó también activamente Charles A. Beard (1874-1948); pero el movimiento no echó raíces y murió pronto. Durante algún tiempo, pareció que el Partido Socialista se mantenía firme, a pesar de estas defecciones. Tuvo bastantes votos en las elecciones municipales del otoño de 1917, especialmente en Nueva York, donde Morris Hillquit (1869-1933), postulado para el cargo de alcalde, obtuvo más votos que cualquier otro candidato socialista en todos los tiempos. Pero esta apariencia de fuerza demostró pronto ser ilusoria. La cifra de los miembros del partido había disminuido regularmente en los años de la guerra y la situación del partido se hizo más difícil hacia fines de 1917, como consecuencia de la Revolución bolchevique en Rusia y de la publicación por el presidente Wilson de los "Catorce Puntos", que los socialistas tuvieron que aceptar en gran medida. Primero la publicación de los "Catorce Puntos" y, poco después, la conducta de los alemanes en las negociaciones de Brest-Litovsk originaron demandas de una modificación de la política antibelicista trazada en la Convención Socialista de St. Louis. El sentimiento antialemán se fortaleció dentro del Partido Socialista y, al mismo tiempo empezó a desarrollarse un conflicto entre los que apoyaban de todo corazón a los bolcheviques y los más derechistas, contrarios a la dictadura del proletariado. Parecía imposible, sin embargo, en las condiciones de represión que prevalecían, convocar una Convención plenaria del partido, donde pudieran ventilarse estas diferencias; y, según la Constitución del partido, no había otro medio de autorizar un cambio en la política fijada en St. Louis. Por fin, en agosto de 1918, el Partido Socialista convocó a una reunión política de su Ejecutivo Nacional con los secretarios de las organizaciones regionales de los diversos estados, para considerar la situación; pero esta reunión no logró nada, excepto la revelación de las grandes disensiones que existían dentro de sus filas. La política antibelicista no fue alterada oficialmente, aunque era obvio

que hacía disminuir el número de miembros del partido y la disputa entre la derecha y la izquierda en torno a la Revolución soviética no se resolvió. Así quedaron las cosas, hasta que la derrota de las potencias del Eje, en octubre-noviembre de 1918, enfrentó a los socialistas norteamericanos con una nueva situación, puesto que ya no se trataba de apoyar u oponerse a la guerra, sino de una cuestión de política —revolucionaria o reformista— a adoptar como base de acción para la etapa de posguerra.

En general, la situación que surgió en los Estados Unidos cuando terminó la lucha era peculiar. La entrada de los Estados Unidos en la guerra había dado origen a una violenta explosión de "norteamericanismo ciento por ciento", dirigida no sólo contra los que adoptaban líneas antibelicistas o pacifistas, sino también contra todo género de izquierdismo y contra los inmigrantes que no se identificaban plenamente con el "modo de vida" norteamericano. Esta actitud debilitó a los sindicatos, a pesar del apoyo prestado al esfuerzo bélico por la mayoría de sus líderes, ya que todo intento de plantear demandas económicas ante la elevación de los precios era denunciada como antipatriótica. El sindicalismo nunca había logrado en los Estados Unidos un grado de reconocimiento parecido al que tenía en la Europa occidental. Aunque estaba fuertemente arraigado en algunas industrias, al menos entre los trabajadores calificados, no había podido abarcar sino a una escasa fracción de la vasta población laboral integrada por inmigrantes y había muchos patronos, incluyendo a una gran proporción de los grandes consorcios, que rechazaban los contratos colectivos como inconsecuentes con la "libre contratación" —aunque sólo unos cuantos, hasta fines de 1918, habían creado sus propios sindicatos blancos para eliminar a los sindicatos independientes. Se habían utilizado mandamientos judiciales para impedir que los organizadores de sindicatos se introdujeran en zonas o fábricas donde no los había para sindicar a los trabajadores, aunque fuera dentro de una organización tan moderada como la Federación Norteamericana del Trabajo. En general, los patronos norteamericanos eran muy hostiles al sindicalismo; y aunque, en cierta medida, se les oponían ciertas limitaciones para tomar medidas activas contra la sindicalización, como tal, mientras duró la guerra, no perdían oportunidad de atacar a cualquier sindicato que mostrara síntomas de militancia y hacían lo posible por identificar a todo el movimiento con su ala izquierda más militante, cuyo símbolo era la organización de los Trabajadores Industriales del Mundo. Esta organización intransigente que, tras la defección de la Federación de Mineros del Oeste centraba su mayor fuerza en los inmigrantes de los estados del Este y del Medio Oeste, ya había perdido casi toda su fuerza mucho antes de 1917, pero esto no evitaba que fuera ferozmente atacada y

utilizada como medio para desacreditar todas las manifestaciones de actividad sindical militante. Además, los patronos contrarios al sindicalismo encontraron amplio apoyo a sus campañas contra las organizaciones laborales en la opinión de la clase media y en los políticos federales y locales de los dos grandes partidos. El presidente Wilson, aunque pasaba por progresista en política internacional y social, era tan apasionado como cualquiera contra todos los que le parecieran obstruir el esfuerzo bélico y alentaba positivamente a sus ministros, al director general de correos, Albert Burleson, y después al Fiscal general, A. Mitchell Palmer, en sus abusivos procedimientos contra los socialistas y supuestos sindicalistas acusados de actividades sediciosas "antinorteamericanas".

El fin de la contienda produjo, no un relajamiento de la persecución ni de la tendencia antisindical, sino una intensificación de ambas. Los sindicatos aprovecharon el cese de la presión bélica como una oportunidad para presionar en favor de sus demandas económicas y los grandes patronos, en vez de iniciar un acercamiento respondieron con una gran campaña contra los sindicatos, insistiendo en la "libre contratación", que significaba la negación de todos los derechos de sindicalización y contratos colectivos, y con la formación en gran escala de sindicatos "blancos" destinados a alejar a los obreros de los sindicatos democráticos. Al mismo tiempo, como la guerra no había terminado formalmente con el armisticio, siguieron los procesos según la Ley de sedición y los ya encarcelados por delitos en época de guerra permanecieron en prisión, a pesar de las apelaciones en favor de una amnistía. El procedimiento de mandamientos judiciales contra los sindicatos se utilizó en gran escala. En 1919 hubo una ola de huelgas, muchas de las cuales fueron violentamente reprimidas por la policía y por tropas estatales y federales; y las grandes corporaciones emplearon a una multitud de espías e informadores, que penetraron en los sindicatos y en las organizaciones de izquierda con el fin de sabotear sus actividades y de denunciar a los "agitadores" —término que se extendió hasta cubrir a casi todas las manifestaciones de actividad laboral o socialista. Naturalmente, esta persecución general tuvo algún efecto al inclinar, incluso a los sindicatos más moderados, hacia la izquierda: la Federación Norteamericana del Trabajo se unió a la demanda de amnistía y algunos sindicatos adoptaron políticas bastante militantes, para combatir los ataques de los patronos. Se hizo un intentó además, con apoyo de la Federación Norteamericana del Trabajo, de contrarrestar la campaña patronal sindicalizando ciertas ramas de la industria en gran escala donde los sindicatos habían sido controlados con éxito hasta entonces —especialmente la del acero. William Z. Foster (n. 1881) miembro activo en un tiempo de la organización de Trabajadores Industriales del Mundo pero más

tarde opositor del "sindicalismo doble" y prominente defensor de la política de "presión desde el interior" de los sindicatos existentes de la Federación Norteamericana del Trabajo, fue designado para presidir el Comité de organización de los trabajadores del acero, que intentó agrupar a la masa de trabajadores no organizados. El grupo de trabajadores del acero agrupados antes en un sindicato poderoso (Amalgamated Steel Workers), babía perdido el control tras la gran derrota de la huelga de Homestead de 1892 y la industria se había convertido en baluarte de la actividad antisindicalista. En la nueva lucha de 1919, veinticuatro sindicatos que reclamaban el derecho a organizar algún sector de los trabajadores del acero, se unieron en un Comité Central de organización, que se perdió en continuas disputas y se dedicó a afiliar miembros con el objeto de integrarlos después a los »sindicatos seccionales correspondientes. El Comité pidió el reconocimiento de los derechos de contratación colectiva, la reinstalación de los numerosos trabajadores que habían sido desplazados por actividades sindicales, la abolición de los sindicatos blancos y diversas concesiones respecto a las horas de trabajo y los salarios. Los grandes consorcios del acero rechazaron estas demandas y, en septiembre de 1919, más de 300 000 trabajadores fueron a la huelga. Se sostuvieron durante seis semanas, frente a la más violenta acción represiva de la policía estatal, en el curso de la cual resultaron muertas dieciocho personas. La huelga se rompió entonces y los trabajadores regresaron al trabajo, para permanecer desorganizados hasta que la Confederación de Organizaciones Industriales designó un Comité de organización de los trabajadores del acero en 1937 y logró por fin el reconocimiento de sus derechos sindicales. Foster, después figura prominente del movimiento comunista norteamericano y candidato comunista en varias ocasiones para la presidencia, era cuando la huelga de 1919 un sindicalista, hondamente influido por las ideas sindicalistas europeas y dedicado a "presionar desde el interior" de la Federación Norteamericana del Trabajo, para conducirla a una política laboral militante. Tras el fracaso de la huelga del acero se acercó a los comunistas y se convirtió en la principal figura del movimiento sindical.

No obstante, a pesar de la agudización de los conflictos laborales de 1919, la mayoría del sindicalismo norteamericano permaneció bajo una orientación principalmente antisocialista y los partidos socialistas, señalados por su actitud antibelicista, obtuvieron pocas afiliaciones sindicales, aunque algunos de sus viejos baluartes sindicales, como Max Hayes (1866-1945) y James H. Maurer (1864-1944) permanecieron fieles y lograron un importante apoyo de algunos sindicatos fuera de la Federación Norteamericana del Trabajo —especialmente de los trabajadores de la industria del vestido (Amalgamated Clothing Wor-

kers), dirigidos por Sidney Hillman (1887-1946), cuyos miembros procedían principalmente de los grupos de inmigrantes todavía no plenamente asimilados a los modos de pensamiento norteamericanos.

El Partido Socialista norteamericano, que había perdido muchos miembros durante la guerra, experimentó, no obstante, después del armisticio una rápida afluencia de nuevos miembros. Estos miembros procedían, en su mayoría, no de los sindicatos de la Federación Norteamericana del Trabajo sino de los inmigrantes no asimilados que, excepto en la industria del vestido, estaban en su mayoría fuera de las filas sindicales. El efecto fue que la composición y la actitud del partido sufrió una súbita y sorprendente transformación. Los nuevos miembros afluyeron a un ritmo prodigioso, de modo que en pocos meses el número total era mayor que nunca antes de 1914. Los nuevos miembros, sin embargo, procedían de diversas fuentes y se afiliaron en su mayoría, no a las organizaciones regulares, estatales y locales, del partido, sino a las distintas Federaciones de diversos idiomas, a las que se concedió una situación especial, exceptuándolas del control de los organismos estatales y locales y sujetándolas sólo a la central del partido. En vez de recuperar los miembros perdidos, en su mayoría norteamericanos por nacimiento y entre los que había muchos de los estados del Oeste y de las comunidades agrícolas y las cooperativas de cosecheros, el Partido Socialista se convirtió en gran medida en un partido de inmigrantes de la Europa oriental y sudoriental, naturalmente afectados en grado mucho mayor por los acontecimientos que tenían lugar en Europa y, sobre todo, por la Revolución rusa y la ola revolucionaria que pasó por Europa cuando los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgo se disolvieron tras el imperio zarista. Hasta noviembre de 1918 el impacto de la Revolución rusa sobre el socialismo norteamericano había sido aminorado por la preocupación de los socialistas en los Estados Unidos con su propia lucha antibelicista; pero, tan pronto como ésta terminó tuvieron que responder al impacto de las revoluciones europeas sobre el pueblo norteamericano y especialmente sobre los inmigrantes más recientes que aún no se habían asimilado del todo. Hubo que hacerlo, además, ante la persecución mantenida con el mismo vigor, aunque la guerra había terminado, tanto que su más famoso líder Eugene Debs, fue sentenciado después del armisticio a una larga condena por un discurso pronunciado en contra de la guerra cuando ésta no había terminado todavía, a pesar de que el Departamento de Justicia había expresado fuertes dudas de que el discurso contuviera algo contrario a la ley.

A medida que corría el año de 1919 se hizo evidente que era inevitable una división en el Partido Socialista. Desde que se fundó el Comintern en Moscú, en marzo de 1919, era inevitable que se creara

en los Estados Unidos un Partido Comunista, bien por apoderarse los sectores bolcheviques del partido de su dirección o mediante una secesión .para formar un partido rival. El único punto dudoso era si la extrema izquierda permanecería en el Partido Socialista, con la esperanza de apoderarse de él o se separaría de inmediato para formar un nuevo partido; y, en cuanto a esto, las opiniones estaban agudamente divididas. El Ejecutivo Nacional del Partido Socialista estaba, por el momento, firmemente en manos de los opositores del comunismo —de hombres que habían estado contra la guerra, pero también se mostraban fuertemente contrarios a hacer una revolución soviética en los Estados Unidos. Pero el Ejecutivo debía someterse a nuevas elecciones y era evidente que se produciría una candente competencia entre las facciones rivales.

Los problemas dentro del Partido Socialista habían empezado a volverse serios en noviembre de 1918, cuando las diversas Federaciones eslavas del partido en Chicago, sin separarse de él, crearon una Liga Comunista de Propaganda y la Federación letona en Boston fundó un periódico de izquierda, *Revolutionary Age,* editado por Louis Fraina, antiguo miembro del Partido Laborista-Socialista, partidario de De León, quien se había pasado al Partido Socialista durante la guerra y acababa de publicar un libro, *Revolutionary socialism,* que contenía una eficaz exposición de la doctrina comunista. En febrero de 1919, el periódico de Fraina publicó un manifiesto y programa redactado por elementos de izquierda del Partido Socialista norteamericano y una semana después los izquierdistas de Nueva York, todavía sin separarse del Partido Socialista, constituyeron una "sección de izquierda" del Partido, con el objetivo declarado de apoderarse del control. El ala izquierda pedía que el Partido Socialista abandonara todo su programa de demandas inmediatas de reforma social y se lanzara al establecimiento de Consejos de trabajadores con vista a una revolución proletaria inmediata, incluyendo el control de la industria por los trabajadores, mediante soviets de obreros, la rescisión de las deudas nacionales, la socialización de la banca, los ferrocarriles y todo el comercio exterior y se uniera, en el plano internacional, a los bolcheviques rusos y los espartaquistas alemanes para realizar la Revolución mundial.

Desde estos puntos estratégicos de Nueva York y Chicago, el ala izquierda se dedicó a apoderarse del control del mayor número posible de organismos locales del Partido Socialista, trabajando conjuntamente con las Federaciones de los distintos grupos de inmigrantes, que ya estaban en su mayoría en manos de elementos de izquierda. Los dirigentes de la "vieja guardia" del Partido Socialista, en vez de esperar a que sus opositores explotaran todas las oportunidades para minar su influencia, respondieron rápidamente en la región neoyorquina, expul-

sando a los organismos locales que apoyaban al ala izquierda y tratando de formar otros nuevos bajo su influencia. Los izquierdistas que no habían sido expulsados respondieron llegando a un acuerdo con las Federaciones acerca de una lista común de candidatos para las inminentes elecciones del Ejecutivo y comprometiéndose ambos grupos a votar solidariamente por la lista conjunta. El ala izquierda de Nueva York decidió también convocar, para junio de 1919, una Conferencia nacional de todos los grupos de izquierda, para preparar el camino al apoderamiento de la próxima Convención del Partido Socialista.

Después que se efectuó la votación para el nuevo Ejecutivo, pero antes del conteo oficial de los votos y de anunciar los resultados, el Ejecutivo Nacional del Partido Socialista efectuó, en marzo de 1919, una reunión plenaria donde decidió adoptar una enérgica acción contra sus oponentes. En esta reunión, el Ejecutivo empezó dando el paso, extraordinariamente drástico, de suspender, por 8 votos contra 2, a las siete federaciones que habían suscrito el programa de izquierda —expulsando así de hecho, de un solo golpe, a cerca de la tercera parte del total de miembros del Partido. Además, el Ejecutivo procedió después, por 7 votos contra 3, a revocar el reconocimiento a la Federación del estado de Michigan que, sin unirse realmente al ala izquierda, había aprobado una resolución donde amenazaba con la expulsión a cualquier miembro que siguiera postulando las reformas inmediatas establecidas en el Programa del Partido Socialista. Como si no bastara con esto el Ejecutivo, en vez de anunciar los resultados de las elecciones para designar al que había de sucederle, declaró que había recibido tantas advertencias de irregularidades en la votación que se sentía obligado a ordenar que las boletas fueran enviadas a la sede central del Partido para ser inspeccionadas antes de decidir si debían convalidarse o no los resultados. Esta decisión última produjo la rebeldía de la sección del Partido de Massachusetts, que se reunió al día siguiente y decidió enviar delegados a la propuesta Conferencia de la izquierda. La minoría en Massachusetts que apoyaba al Ejecutivo se separó entonces y pidió al Ejecutivo que se la reconociera como la verdadera sección de Massachusetts —lo cual hizo rápidamente el Ejecutivo. El Ejecutivo procedió también, tras examinar las boletas que se le enviaron, a declarar nulas las elecciones y a establecer que el nuevo Ejecutivo debía ser elegido, no por otra votación, sino por una Convención especial del Partido, y la convocó para fines de agosto.

El Ejecutivo saliente expulsó entonces o suspendió a más de la tercera parte del total de miembros del partido, sin dar la oportunidad a sus afiliados de decidir lo que querían hacer. Cualesquiera que fueran las irregularidades en las elecciones del nuevo Ejecutivo, parece evidente que el ala izquierda había obtenido por medios limpios o no,

la mayoría de los asientos. Las expulsiones cambiaron drásticamente, sin embargo, el balance de la fuerza de votación dentro del partido e hizo posible, aunque no seguro, que en la próxima Convención, la "vieja guardia" fuera lo suficientemente fuerte para triunfar. En estas circunstancias, los izquierdistas que permanecían en el partido tuvieron que reflexionar seriamente si valía la pena persistir en su intento de apoderarse del mismo o era mejor separarse de inmediato y fundar un Partido Comunista que muchos de ellos deseaban. Pero el otro sector de la izquierda, integrado principalmente por norteamericanos nativos o ya asimilados, no se mostró de acuerdo ya que muchos de sus miembros no querían afiliarse a un partido que estaría dominado principalmente por eslavos y otros recientes inmigrados de Europa y esperaban aún que fuera posible convencer a la mayoría del Partido Socialista a su punto de vista.

Cuando se reunió en junio de 1919 la Conferencia nacional de la izquierda, asistieron ambos sectores pero tan -pronto como fue derrotada la proposición de separarse de inmediato del Partido Socialista y formar un Partido comunista la minoría, integrada principalmente por las federaciones de diversos idiomas y por la ya excluida sección de Michigan, abandonó la Conferencia y procedió a dar los pasos necesarios para establecer un Partido Comunista. La mayoría siguió sesionando, estableció un Consejo Provisional para regir sus actividades por el momento y acordó convocar a otra Conferencia, que debería efectuarse en Chicago al mismo tiempo que la Convención de emergencia del Partido Socialista. El recién fundado Partido Comunista decidió también efectuar una Convención constituyente en el mismo lugar y al mismo tiempo, de modo que a fines de agosto se reunirían en Chicago tres asambleas diferentes, aunque muy interrelacionadas. Entonces la organización de izquierda, que había logrado apoderarse de gran número de las boletas originales de la elección del Ejecutivo del Partido Socialista, anunció que éstas demostraban la elección de los candidatos de izquierda. Estos candidatos celebraron entonces una reunión en Cleveland y se proclamaron en Ejecutivo legalmente constituido del Partido Socialista norteamericano. Reintegraron después a todos los grupos expulsados o suspendidos por el antiguo Ejecutivo, el cual respondió expulsando a la Sección de Ohio, además de los ya excluidos. El nuevo "Ejecutivo" no hizo nada más, sin embargo, ni intentó evitar que la Convención convocada por el viejo Ejecutivo se reuniera.

Las actividades en Chicago se iniciaron el 29 de agosto, con una reunión de los elementos de izquierda que aún permanecían en el Partido, con el objeto de trazar los planes para controlar a la Convención del Partido fijada para el siguiente día. Pero el viejo Ejecutivo, auxiliado por la policía, logró evitar que los delegados de los grupos ex-

cluidos ocuparan el local de la Convención; y, tras largas disputas sobre el derecho de los delegados a ocupar sus asientos, los restantes izquierdistas fueron derrotados en la votación. Se separaron entonces de la Convención y, en una reunión que celebraron, decidieron establecer un Partido Comunista-Laborista, distinto del Partido Comunista ya fundado por las Federaciones y la delegación de Michigan. Se intentó llegar a un acuerdo para unir a ambos partidos, pero las negociaciones se rompieron y pasó un año antes que el Comintern pudiera convencerlos de que debían integrarse en uno solo. El principal obstáculo a la unidad era que el Partido Comunista, del que fue pronto excluida la delegación de Michigan como centrista, se basaba en las Federaciones de diversos idiomas y era, esencialmente, un partido de inmigrantes recientes aún no asimilados, en su mayoría eslavos, mientras que el Partido Comunista-Laborista representaba sobre todo a la extrema izquierda de socialistas norteamericanos nativos o ya asimilados y tenía más estrechas relaciones con el ala izquierda en el movimiento sindical, incluyendo a los viejos miembros de la organización de Trabajadores Industriales del Mundo, Louis Fraina y Charles E. Ruthenberg, entre los líderes de izquierda que trataban de inducir a ambos grupos comunistas a unificarse; pero las Federaciones derrotaron la propuesta y el Partido Comunista, bajo su influencia, redactó un programa demandando la dictadura del proletariado y la oposición a todos los proyectos de reforma social dentro del sistema capitalista. Entretanto, el Partido Comunista-Laborista, tras una fiera lucha interna que produjo numerosas secesiones del sector menos extremista de la izquierda, redactó un programa muy semejante y ambos partidos declararon su adhesión al Comintern.

Era de suponerse que, una vez que la "asamblea" del Partido Socialista hubo eliminado a las Federaciones y a la mayoría de las secciones izquierdistas, se hubiera inclinado decididamente a la derecha y hubiera aceptado la dirigencia de las viejas figuras moderadas, como Victor Berger (1860-1929) de Wisconsin. Pero no fue esto lo que sucedió. El otro líder importante que permaneció en el Partido Socialista fue Morris Hillquit, de Nueva York, que había estado enfermo en toda esta etapa pero pudo, aun en ausencia, ejercer una considerable influencia sobre la delegación de Nueva York. Hillquit no había participado en la drástica acción del antiguo Ejecutivo contra la izquierda y, aunque no era bolchevique, era mucho más de izquierda que el grupo de Wisconsin. En su ausencia, John Louis Engdahl, a la cabeza de la delegación de Nueva York, criticó agudamente la política del viejo Ejecutivo y, cuando se produjo la votación, en la misma Convención, de un nuevo Ejecutivo para sustituir al desautorizado por el antiguo como electo irregularmente, sólo un miembro del viejo Eje-

cutivo, James Oneal (n. 1875) logró ser reelegido. Una de las grandes cuestiones planteadas a la Convención era la línea que debía adoptarse por el Partido Socialista, en relación con las Internacionales rivales. Esto fue sometido a un Comité especial de la Convención, que presentó dos informes, uno mayoritario y otro minoritario. Ambos informes rechazaban a la recién formada Internacional de Berna, dominada por los partidos inglés y alemán;[3] la mayoría propuso que se formara una nueva Internacional en una Conferencia a la que fueran convocados todos los partidos que aceptaran la lucha de clases, incluyendo los partidos comunistas ruso y alemán, y la minoría, encabezada por Engdahl, propuso la afiliación al Comintern, "no tanto porque el Partido Socialista apoye el programa y los métodos de Moscú", sino en reconocimiento de la oposición de Moscú al imperialismo y contra las fuerzas combinadas del capitalismo mundial. La Convención, en vez de aceptar una de estas proposiciones, las sometió a un referéndum entre los miembros del partido que resultó, en enero de 1920, en la aceptación del informe de la minoría. El Partido Socialista norteamericano solicitó entonces la admisión al Comintern pero este organismo, que ya había recibido las solicitudes de los dos partidos comunistas, no respondió a la solicitud del Partido Socialista, ocupado como estaba en formular los "Veintiún Puntos" con los que el Partido Socialista difícilmente podría estar de acuerdo, puesto que incluía la denuncia de Hillquit como peligroso centrista. En la Convención del Partido Socialista de mayo de 1920 se reanudó la disputa en torno a la afiliación y el Comité de Relaciones de la Internacional presentó nuevamente informes diversos. La mayoría favorecía ahora la afiliación al Comintern, sólo a condición de que aquél estuviera dispuesto a transformarse en una Internacional amplia, que abarcara a "todas las fuerzas socialistas" y no insistiera en la dictadura del proletariado como un dogma generalmente aplicable. La minoría, incluyendo a Engdahl, favorecía la afiliación incondicional y Victor Berger, vocero de la extrema derecha, presentó un tercer informe, rechazando toda relación con el Comintern. Los dos informes principales fueron sometidos de nuevo a un referéndum, que dio como resultado una pequeñísima mayoría en favor de la afiliación condicional. En la siguiente Convención, en 1921, la afiliación condicional y la incondicional fueron igualmente derrotadas, lo mismo que la propuesta de que el Partido Socialista participara en la Internacional "Dos y media" de Viena. Al año siguiente, sin embargo, esta última decisión fue modificada. El Partido Socialista norteamericano se afilió a la Unión de Viena, que poco después se integró a la Internacional de Berna para formar la Internacional Laborista y

3 Véase vol. V, p. 263.

Socialista. El Partido Socialista norteamericano se convirtió así, por fin, en miembro afiliado de la Internacional Laborista y Socialista, con Hillquit y Berger como sus representantes en el Ejecutivo de la I.L.S.

Por entonces los restos del Partido Socialista norteamericano se habían inclinado mucho a la derecha. Pero el cambio fue gradual, luchando vigorosamente los elementos de izquierda por la afiliación al Comintern. Mientras tanto, en 1920, el partido postuló nuevamente a su viejo miembro, Eugene Debs quien había rechazado la postulación en 1916, como candidato a la presidencia. Debs, como vimos, había sido encarcelado a principios de 1919 por la Ley de Sedición y estaba aún en la cárcel, rechazando el presidente Wilson las repetidas demandas en favor de su liberación. Debs tuvo que dirigir su campaña desde la cárcel, no pudo utilizar sus facultades oratorias y se vio limitado a sólo 500 palabras de comunicación por escrito cada semana (una severa desventaja puesto que era un escritor tan pobre y difuso cuanto notable en la oratoria). No obstante, obtuvo 915 000 votos, la más alta votación jamás lograda por un candidato socialista. La campaña se centró fundamentalmente en una apelación a que se les otorgara la amnistía, a él y a los numerosos prisioneros políticos sentenciados bajo la Ley de Sedición durante la guerra y después de ésta; pero el presidente Wilson se mostró obstinado y tocó al reaccionario presidente Harding poner en libertad a Debs y a otros muchos, cuando subió a la presidencia. La demanda de liberación de Debs y de una amnistía general logró amplio apoyo más allá de las filas socialistas: hasta Samuel Gompers y la Federación Norteamericana del Trabajo la suscribieron y el propio Gompers fue a visitar a Debs en la prisión, en 1921. La simpatía alentada por su prolongado encarcelamiento contribuvó sin duda a aumentar la votación presidencial de Debs en 1920 porque, por esa época, el Partido Socialista norteamericano había perdido casi toda su influencia. En 1919, antes de la división de los comunistas, había alcanzado mucho más de 100 000 miembros. Al año siguiente, cuando las elecciones presidenciales, había bajado a menos de 27 000 y, dos años después, descendió a poco más de 11 000. El Partido Socialista norteamericano, en estas circunstancias, consideró que debía recurrir a nuevos medios de acción, para combatir a los comunistas y para salvarse de la extinción definitiva. Sus dirigentes sabían que existía un núcleo considerable de opinión socialista que no podía convencer con su propio programa, pero que podía ser inducido a apovar una política reformista que incluyera algunos elementos socialistas, como la propiedad y el control nacionalizados de los ferrocarriles y otros servicios de utilidad pública, así como las medidas de reforma social y oposición al llamado "Plan norteamericano" favorecido por los grandes patronos.

En consecuencia, en la Convención del Partido Socialista de 1921,

Morris Hillquit presentó y sacó adelante una resolución donde se daban instrucciones al Ejecutivo Nacional para que hiciera una encuesta entre todas las organizaciones radicales y laborales de los Estados Unidos, para descubrir su posible disposición a colaborar con los socialistas con una plataforma no inconsecuente con la del Partido Socialista y en términos que permitieran al Partido Socialista conservar su "integridad y autonomía" dentro de un marco político más amplio. El Ejecutivo debía informar acerca de esto a la Convención de 1922. La resolución de Hillquit, que fue aprobada frente a una fuerte oposición, tendía claramente a intentar un acercamiento a grupos laborales no socialistas y a otros grupos progresistas y se fundaba en la idea de intentar el establecimiento de un tercer partido progresista, en el plano federal y en el estatal, en lo posible sobre una sólida base de apoyo sindical. Lo que concebía Hillquit era, obviamente, una especie de agrupación análoga al Partido Laborista en Inglaterra, pero lo bastante amplia como para incluir cuando menos a un sector de los campesinos y otros sectores progresistas que pudieran ser separados de los dos grandes partidos nacionales. En algunos aspectos la situación de 1921 parecía favorable a este movimiento. La Federación Norteamericana del Trabajo estaba desalentada con el escaso éxito de sus esfuerzos por promover la elección al Congreso y a las legislaturas locales de candidatos partidarios del sindicalismo y la legislación social y hostiles al "Plan norteamericano" y, más aún, evitar la elección de candidatos activamente hostiles a las demandas obreras; y, fuera de la Federación Norteamericana del Trabajo, había numerosos sindicatos independientes cada vez mayores, como el de trabajadores de la industria del vestido (Amalgamated Clothing Workers) y las importantes "hermandades" ferroviarias, que simpatizaban ampliamente con las ideas socialistas, cuando menos en un campo limitado. Las hermandades ferroviarias, en especial, habían formulado a principios de 1919 un plan de nacionalización de los ferrocarriles norteamericanos y su funcionamiento bajo un sistema de control conjunto por delegados de la administración, de los trabajadores y del Estado. Éste "Plan Plumb" redactado por Glenn E. Plumb, consejero legal de las hermandades ferroviarias, fue suscrito no sólo por estas organizaciones sino también por los Mineros Unidos y por la Federación Norteamericana del Trabajo, sirviendo Samuel Gompers como presidente de una Liga en favor del Plan Plumb, creada para realizar la debida propaganda. Había además un amplio apoyo, en los sindicatos y entre los progresistas en general, por el control y el funcionamiento públicos de los principales servicios de utilidad pública; y los socialistas se sintieron alentados en la esperanza de que estos movimientos pudieran preparar el camino a un nuevo partido que, a pesar de su debilidad, pudieran pronto dominar

con el apoyo de los sindicatos. Cuando, en el otoño de 1921, las hermandades ferroviarias enviaron una invitación para la Conferencia, que debería realizarse en Chicago en febrero de 1922, con el fin de adoptar "un programa económico fundamental destinado a devolver al pueblo la soberanía que le pertenece por derecho", el Partido Socialista norteamericano aceptó la invitación a participar.

La propuesta Conferencia se efectuó y a ella asistieron grupos representativos de muy diversos puntos de vista. Además de las hermandades ferroviarias y de otros sindicatos, los organismos representados incluían al nuevo Partido Obrero-Campesino, creado en 1920, que trataba de revivir el viejo movimiento populista, y a la Liga No-partidista, que había tratado de lograr la adopción de candidatos progresistas por los dos grandes partidos, así como los restos del movimiento republicano progresista de Theodore Roosevelt, numerosos grupos religiosos en pro del bienestar social y el Partido Socialista norteamericano —para no citar al considerable número de reformistas indefinidos, desde los partidarios de reformas especiales hasta los "chiflados" de siempre. La Conferencia de Chicago aceptó establecer un organismo conjunto, llamado Conferencia para la Acción Política Progresista, destinado a hacer la campaña en favor de los candidatos más progresistas, independientemente del partido que los postulara, en las elecciones para el Congreso y los cargos locales de 1922. Esto no satisfizo a los socialistas, que habían abrigado esperanzas de la creación de un nuevo tercer partido; pero decidieron apoyar a la Conferencia para la Acción Política Progresista, aunque sólo se les había concedido un representante en este Comité.

De los grupos representados en Chicago, el Partido Obrero-Campesino parecía, en este momento, el más prometedor. Había sido fundado a fines de 1919 en Chicago, como Partido Obrero norteamericano, bajo la dirección de John Fitzpatrick (1871-í), dirigente local de la Federación Norteamericana del Trabajo y del veterano socialista Max Hayes, quien había abandonado el Partido Socialista en Ohio cuando Charles Ruthenberg (1882-1927) se apoderó de la Sección de Ohio para el ala izquierda. Fitzpatrick había estado estrechamente asociado con W. Z. Foster en el intento de sindicar a los trabajadores del acero y era una figura influyente del ala izquierda de la Federación Norteamericana del Trabajo. Después, en julio de 1920, el Partido Obrero norteamericano se unió al Comité de los cuarenta y ocho, un grupo de supervivientes del antiguo Partido Progresista, para formar el Partido Obrero-Campesino, que postuló a Parley Christensen (1880-?) de Utah y Max Hayes para la presidencia y vicepresidencia en las elecciones de 1920, obteniendo 300 000 votos. Había tratado, en 1920, de inducir al Partido Socialista norteamericano a retirar a Debs y acep-

tar una campaña conjunta; pero los socialistas se habían negado. En 1921, el cambio de táctica de los socialistas pareció hacer del Partido Obrero-Campesino un posible aliado; pero, al año siguiente, se apoderaron de él los comunistas, quienes lograron infiltrarse mediante numerosas organizaciones auxiliares anexas. Fitzpatrick y Hayes lo abandonaron y se desintegró y un intento hecho en 1924 por la sección de Minnesota para fundar un nuevo Partido Obrero-Campesino tuvo la misma suerte cuando los comunistas lograron nuevamente apoderarse del control.

La Liga No-partidista, organizada en 1915 en North Dakota por el exsocialista Arthur C. Townley, era un aliado mucho menos prometedor, aunque la mayoría de sus principales promotores eran o habían sido socialistas —entre ellos Walter T. Mills (1851-?) y Charles Edward Russell. Porque la Liga había surgido de la desilusión de las perspectivas de formar un "Tercer partido" y su política era, esencialmente, la de lograr que los candidatos que favorecía fueran postulados por cualquiera de los dos grandes partidos nacionales. En North Dakota, la Liga No-partidista tuvo por algún tiempo un éxito espectacular hasta que, en 1921, los viejos partidos se unieron en su contra y lograron destruir su influencia. Revivió más tarde y logró enviar a algunos de sus miembros al Congreso. Pero era esencialmente un movimiento populista y campesino, sin afinidad real con el socialismo excepto en tanto que favorecía la ayuda estatal a los campesinos y la administración por el Estado de los elevadores de granos en interés de los campesinos. En 1921 era una fuerza ya en rápida decadencia.

Las perspectivas de establecer un tercer partido del tipo deseado por el Partido Socialista norteamericano tenía que depender del apoyo de un sector considerable del movimiento sindical y, especialmente, en primer término, de las hermandades ferroviarias, que habían tomado la iniciativa para el establecimiento de la Conferencia para la Acción Política Progresista. Pero ni las hermandades ni los demás sindicatos
o
que enviaron delegados a la Conferencia de Chicago estaban dispuestos a la creación dé un nuevo partido político, que rompería sus relaciones con los amigos de los partidos existentes. En 1922, la Conferencia para la Acción Política Progresista influyó en la derrota de algunos candidatos muy reaccionarios, pero no obtuvo gran cosa. En su segunda Conferencia, en diciembre de 1922, los socialistas pidieron en vano el establecimiento inmediato de un nuevo partido y fueron derrotados sólo por 64 votos contra 52. El principal apovo les vino, en esta cuestión, no de los sindicatos, sino de las organizaciones burguesas progresistas. Hasta las hermandades ferroviarias preferían aún las tácticas no partidistas de buscar amigos en los partidos ya existentes. El Partido Socialista, sin embargo, siguió participando en las labores

de la Conferencia y abrigó nuevas esperanzas cuando este organismo decidió, en su Conferencia de 1923, postular sus propios candidatos a las elecciones presidenciales del año siguiente, absteniéndose de suscribir candidaturas combinadas en escala nacional para las elecciones congresionales y locales. La elección del candidato presidencial correspondió a Robert La Follette (1855-1925), progresista de Wisconsin, y la Conferencia lanzó una gran campaña. Sus perspectivas mejoraron mucho cuando la Federación Norteamericana del Trabajo, modificando transitoriamente su política no partidista, decidió apoyar a La Follette y al candidato de la Conferencia para la vicepresidencia, aunque sin participar en ésta ni suscribir ningún proyecto de crear un nuevo partido. La Follette luchó por un programa progresista, pero no socialista, que fue suscrito por la Convención del Partido Socialista, con la reserva de que el Partido Socialista seguía sosteniendo sus propios principios socialistas.

En la siguiente campaña se hicieron numerosos intentos de calificar a La Follette de criptocomunista y de presentar a la Conferencia para la Acción Política Progresista como un organismo criptocomunista, aunque de hecho La Follette denunció abiertamente al comunismo y la Conferencia había excluido firmemente toda participación comunista en sus actividades. Llegado el momento, La Follette obtuvo cerca de 5 millones de votos —cerca del 17 % del total— triunfando sólo en su propio estado, pero aventajando al demócrata, J. W. Davis, en otros 11 estados, especialmente en el Oeste. El republicano Calvin Coolidge ganó por una gran mayoría. En las elecciones para el Congreso y los cargos locales, el Partido Socialista postuló sus propias candidaturas, distintas de las de otros grupos progresistas y no tuvo éxito. Victor Berger obtuvo una diputación al Congreso de Milwaukee; pero, en general, los socialistas tuvieron bastante mala suerte en las elecciones locales. Surgió entonces el problema de si la Conferencia para la Acción Progresista, demostrada ya su capacidad para obtener una votación respetable en favor de su candidato presidencial, debía convertirse en un tercer partido; pero, en su Convención de febrero de 1925, los sindicatos rechazaron esta proposición y dejaron a los grupos que la favorecían —especialmente el Partido Socialista norteamericano y algunos grupos campesinos— discutiendo la cuestión entre sí. El proyecto fracasó entonces porque, mientras los demás grupos progresistas querían un partido basado totalmente en la afiliación individual, el Partido Socialista insistía en una estructura federal que admitiera a los socialistas como un organismo autónomo, dentro de los alineamientos de la constitución federal del Partido Laborista en Inglaterra. Cuando fue rechazada esta proposición, el Partido Socialista se separó de la Conferencia, que desapareció después rápidamente, recobrando de nuevo el Partido Socialista

su independencia, pero quedando más débil que nunca, con un número de miembros que en 1928 había bajado a menos de 8 000 desde la cifra cúspide de 108 000 sólo nueve años antes. Desde entonces se produjo cierto renacimiento, bajo la nueva dirección. En las elecciones presidenciales de 1928, el Partido postuló a un nuevo candidato, Norman Thomas (n. 1884), antiguo pastor caracterizado por un gran fervor ético, que había ido destacándose rápidamente. De los viejos dirigentes, Hillquit y Berger permanecían todavía en acción, pero estaban descalificados para la presidencia por su origen extranjero. Debs, el "gran viejo" del partido, había muerto en 1926, agotado por sus esfuerzos y sufrimientos por la causa; y Thomas era el mejor sucesor disponible, como principal propagandista del socialismo democrático. Debs, mientras vivió y se mostró dispuesto a ser candidato, había sido inevitablemente postulado para ese cargo porque, aunque había sido siempre muy de izquierda, dentro de la posición del partido, era el único miembro conocido en todo el país y con gran arrastre popular. Había cuidado, además, en lo posible, de mantenerse al margen de las disputas internas del partido. El ala derecha nunca le había satisfecho y había tratado, una y otra vez, de encontrar a alguien capaz de sustituirlo; pero siempre, excepto en 1924, cuando rechazó la postulación, se habían visto obligados a apoyarlo como el único candidato capaz de reunir una votación respetable. La honestidad de Debs y su dedicación personal eran indudables. No era un gran teórico; pero había en él un calor de humanidad que atraía a la gente sencilla, especialmente en los estados del Oeste, inaccesibles a enfoques más elaborados. Se había hecho un gran nombre primero como dirigente sindical, que preconizaba un espíritu sindical muy diferente al de Samuel Gompers y la Federación Norteamericana del Trabajo —un espíritu mucho más semejante, de hecho, al de los Trabajadores Industriales del mundo. Pero era socialista y no sindicalista en lo político y estaba dispuesto a promover reformas parciales lo mismo que a trabajar en favor del socialismo y, sobre todo, a ponerse siempre de parte de los oprimidos. Esta última cualidad en particular le facilitaba el influir positivamente sobre los pequeños campesinos y los cosecheros de las cooperativas, lo mismo que sobre los trabajadores industriales e hizo que desempeñara un gran papel en los estados del Oeste de la Unión, buscando apoyo para el Partido Socialista. Su fuerza, sin embargo, había ido decayendo algunos años antes de su muerte: de hecho, jamás se recuperó de los efectos de su encarcelamiento de 1919 a 1921 y la decadencia del Partido Socialista norteamericano en el Oeste se debió muy principalmente a su ausencia en la dirección del partido durante estos años y después. Sin él, el Partido Socialista no tenía a nadie capaz de ejercer una influencia semejante. W. D. Haywood (1869-1925), que ejercía una in-

fluencia parecida entre los mineros, trabajadores petroleros y estibadores, pero no entre los campesinos, había salido del partido por su hostilidad a la acción política; y no había ninguna otra figura importante con la misma influencia.

De las demás figuras significativas del Partido Socialista norteamericano después de la división de 1919, Morris Hillquit era un abogado de Nueva York con gran competencia como expositor del marxismo socialdemocrático y en el terreno legal, pero era esencialmente un citadino y un intelectual sin gran capacidad para liderear a las masas. Había desempeñado un papel bastante activo antes de la guerra, en la Segunda Internacional y su socialismo era del tipo socialdemócrata ortodoxo de la preguerra. Durante el periodo de fermento revolucionario que empezó en 1918 se inclinó por algún tiempo hacia la izquierda, pero no lo suficiente como para evitar que los comunistas lo hicieran blanco de sus denuncias como principal exponente del centrismo que el Comintern atacaba por entonces con la mayor dureza. En el curso de los agudísimos conflictos entre el Partido Socialista y los comunistas después de la división se inclinó nuevamente a la derecha convirtiéndose en el principal portavoz del movimiento que condujo al Partido Socialista a su abortada coalición con los progresistas no socialistas, en apoyo de la candidatura de Robert La Follette para la presidencia en 1924. Cuando el intento de crear un partido obrero federal, con vista a esas elecciones, fracasó y el Partido Socialista recobró su independencia, permaneció a la cabeza de sus fuerzas, lamentablemente reducidas, como socialdemócrata ortodoxo del tipo anterior a 1914, aunque produjo cierto embarazo en sus colegas, al aceptar, como abogado, algunos grandes asuntos legales en relación con los cuales su papel consistía en defender desagradables intereses capitalistas. Fuera de Nueva York, donde tenía gran arrastre, nunca fue más que una figura secundaria.

Víctor Berger, como vimos en una parte anterior de este estudio,[4] era también un socialdemócrata ortodoxo, pero mucho más reformista que Hillquit. En 1919 no se conmovió en absoluto con el fervor revolucionario que cundió en el partido y, aunque conservó su posición dentro de éste, permaneció al margen de las luchas internas, esperando que el partido recobrara la lucidez y, entretanto, concentrando gran parte de su energía en los asuntos de Wisconsin y' en particular de Milwaukee, donde consiguió mantener un control casi indiscutido sobre el partido local. Berger era colectivista, con una decidida creencia en las virtudes de la empresa pública; pero era sobre todo, en la práctica, un reformador social, profundamente interesado en una admi-

* Véase vol. IV, p. 258.

nistración municipal y estatal eficiente y progresista. En el plano internacional era un gran admirador de la socialdemocracia alemana y contrario al bolchevismo y a toda suerte de política revolucionaria. En su estado natal tenía suficientes partidarios como para lograr la repetida elección para un asiento en el Congreso, casi el único socialista en lograrlo; pero, en el plano nacional, no produjo una impresión considerable y no tenía gran apoyo popular. Permaneció activo en Wisconsin hasta su muerte en un accidente callejero en 1929. De los demás dirigentes socialistas de la posguerra, sólo James Oneal tuvo cierta importancia y su papel fue más de un esforzado enemigo del comunismo que el de un dirigente socialista positivo. James H. Maurer, presidente por mucho tiempo de la Federación del Trabajo de Pennsylvania, se destacó como la única figura sindical importante que permaneció durante toda su carrera leal al Partido Socialista. Hizo una gran labor en los sindicatos en favor del Partido, especialmente en el campo educacional, pero no llegó a convertirse en una gran figura popular.

En cuanto al Partido Laboralsocialista de De León, después de la muerte de éste en 1914, nunca contó mucho, a pesar del elogio que Lenin hizo de De León como un notable pensador marxista. Después de 1914 su principal vocero fue Arnold Petersen (n. 1885), quien atacó verbalmente a los comunistas norteamericanos y al Partido Socialista. Pero el Partido Laboralsocialista, que nunca fue más que una secta, inclusive en la época de De León, se había hecho más y más sectario con el tiempo, por lo que no es necesario detenernos más en él.

Del lado comunista la personalidad más notable en 1919 era, indudablemente, el periodista John Reed (1887-1920), cuyo relato de la Revolución rusa, *Diez días que conmovieron al mundo,* es un clásico de la revolución. Reed era un producto del periodo revolucionario y, por encima de todo, un revolucionario romántico. Participó activamente en el intento de los comunistas por apoderarse del Partido Socialista en 1919 y en la fundación del Partido Obrero comunista cuando aquel intento fracasó. En estas actividades trabajó cerca de Louis Fraina, quien después adoptó el nombre de Lewis Corey y se convirtió en profesor y en conocido historiador económico. En 1920 Fraina fue acusado de espía de la policía, pero fue exonerado tras una investigación del Partido Comunista. Dos años después se enemistó con el Partido y se le acusó de organizar un grupo de oposición en México. Sigue siendo una figura algo enigmática pero desempeñó indudablemente un papel prominente en la secesión de 1919 y fue un periodista de gran capacidad polémica.

Otra figura importante del comunismo norteamericano en 1919 fue el líder irlandés James Larkin (1876-1947), residente entonces en

los Estados Unidos.[5] Larkin había salido de Irlanda en 1914, después de la derrota de la gran huelga de Dublin de 1913-14, pensando en regresar de una visita de no muy larga duración a los Estados Unidos. En los Estados Unidos trabajó con el Partido Socialista, en estrecha relación con Eugene Debes y habló también en nombre de los Trabajadores Industriales del Mundo y otros grupos de izquierda. Vigorosamente antibelicista, se adhirió en 1917 a la causa de la Revolución rusa y participó, con C. E. Ruthenberg y Bertram D. Wolfe (n. 1895), más conocido mucho después por su libro, *Three Who Made a Revolution* (1948), en el Comité de izquierda que organizó la campaña para el apoderamiento del Partido Socialista en la Convención de agosto de 1919. Unos meses después, junto con otros propagandistas de izquierda, fue arrestado y, después de una gran demora para presentarlo a los tribunales, fue juzgado bajo la acusación de "anarquismo criminal" y sentenciado a prisión de cinco a diez años. Permaneció en la cárcel hasta que el gobernador de Nueva York, Al Smith, lo puso en libertad en 1923, cuando fue deportado a Irlanda. Durante su ausencia de nueve años había permanecido, nominalmente, como secretario del Sindicato General de Trabajadores del Transporte; pero, a su regreso, vio que era imposible trabajar con los dirigentes que habían asumido la responsabilidad mientras él había estado fuera. Después de una violenta disputa con estos líderes, encabezó a un grupo que se apoderó por la fuerza de las oficinas sindicales y se mantuvo hasta que fue desplazado por acción legal. Fundó entonces un nuevo sindicato —la Unión de Trabajadores de Irlanda— que tuvo mucho éxito, especialmente en Dublin, y también participó activamente en la política municipal de esta ciudad. Larkin era un orador fuerte y de gran aliento que, como su colaborador James Connolly (1870-1917), mantuvo firmemente la compatibilidad de su fe en el comunismo con su calidad de católico; pero su relación con el movimiento norteamericano no fue sino episódica.

Afortunadamente, no parece necesario entrar en este libro en un relato detallado de las infinitas variedades y disputas interminables del comunismo norteamericano después que los dos partidos comunistas rivales se vieron obligados a asociarse en 1920, bajo la fuerte presión del Comintern. Los comunistas norteamericanos, casi todos inmigrantes de la Europa oriental, pero con algunos norteamericanos nativos y europeos occidentales entre sus dirigentes, demostraron una descaminada propensión a las disputas de facciones, de modo que toda unificación servía de ocasión para una nueva división. Aun en 1920, el establecimiento del Partido Comunista norteamericano condujo rápidamente

[5] **Sobre la carrera de Larkin, véase el vol. III, pp. 232 ss.**

a la secesión de una minoría que acusó a los dirigentes inspirados por Moscú de apartarse del verdadero camino revolucionario y procedió a crear un nuevo Partido Comunista integrado principalmente por inmigrantes rusos. En 1921 existían, o habían existido, no menos de doce partidos comunistas, unidos sólo por su profunda hostilidad contra el Partido Socialista y, por supuesto, contra el "modo de vida norteamericano". Ante la persecución a la que fue sometida toda la izquierda, los partidos comunistas fueron empujados a la clandestinidad y no pudieron, aunque lo hubieran deseado, participar en las elecciones y ni siquiera hacer propaganda abierta. Cuando, en 1921, el Comintern alteró sus tácticas en vista de la decadencia evidente de la Revolución rusa, el principal Partido Comunista, que tenía el apoyo de Moscú, cambió de línea y tomó la iniciativa en la creación de un partido'obrero que funcionara abiertamente, como organización "anexa", tras la cual el partido clandestino mantenía su existencia y trataba de conservar en sus manos el control. W. Z. Foster, organizador de los trabajadores del acero en 1919, fue una figura prominente del Partido Obrero y, llegado el momento, fue candidato a la presidencia en 1924. Se produjo pronto una disputa entre los que querían mantener al Partido Obrero como simple instrumento del Partido Comunista clandestino y los "partidarios de la liquidación", que querían abolir a este último y concentrar todas sus actividades en el Partido Obrero o en la infiltración en otras organizaciones no clandestinas, como el Partido Obrero-Campesino; y la mayoría de los comunistas más conocidos, incluyendo a Foster, Earl Browder (n. 1891), Charles Ruthenberg (que murió en 1927), Jay Lovestone (n. 1898), que se convirtió después en prominente anticomunista y consejero oficial sobre política internacional de la Federación Norteamericana del Trabajo, y James P. Cannon (n. 1885), adoptaron la segunda actitud que se vio reforzada cuando, en la Convención secreta del Partido Comunista clandestino, en agosto de 1922, la policía logró apoderarse de todos los archivos del partido.

El Partido Obrero, que quedó así libre para moverse por sí mismo, se dividió pronto en dos facciones, dirigida una por Foster, Browder y Cannon y la otra por Ruthenberg, Jay Lovestone y el húngaro Josef Pogany, conocido ahora como John Pepper, que estaba en los Estados Unidos como representante del Comintern. Él problema principal era qué actitud debía adoptarse respecto a los intentos de establecer un Partido Laborista. Foster se opuso primero a participar en estos intentos, pero luego varió de actitud y favoreció el apoyo a La Follette y a la Conferencia para la Acción Política Progresista, que lo rechazaron vigorosamente, en las elecciones presidenciales de 1924. Moscú, sin embargo, decidió en contra del apoyo a La Follette y Foster cambió de nuevo, para seguir la línea de Moscú.

Por entonces, en la misma Rusia, la lucha entre Trotsky y Stalin había desplazado a todas las demás cuestiones. Max Eastman (n. 1883), uno de los principales campeones literarios del comunismo norteamericano, publicó en 1925 *Since Lenin Died,* un enfático elogio de Trotsky, con referencia al "Testamento" inédito de Lenin[6] y un duro ataque a Stalin y pronto se desencadenó una lucha de facciones entre los comunistas norteamericanos, entre stalinistas y trotskistas, con facciones rivales entre los stalinistas, que querían cada una por su parte obtener el apoyo del Comintern. Entonces se produjo la disputa entre Zinoviev y Stalin, siendo destituido aquél de la presidencia del Comintern y poco después Bujarin, que lo había sustituido, fue acusado de desviacionismo de derecha y fue desplazado a su vez. En estas fases sucesivas, Foster logró mantenerse en la dirección del Partido Comunista principal hasta 1929. En 1925 el Partido estuvo a punto de dividirse por una disputa entre las facciones de Foster y de Ruthenberg, la primera de las cuales tenía a la mayoría. Pero Moscú intervino para evitar que Ruthenberg y sus partidarios fueran expulsados de sus cargos directivos y Foster tuvo que ceder. Luego, en 1927, Ruthenberg murió, dejando el control a Foster. En junio de 1928 los trotskistas, encabezados por James Cannon y Max Schachtman (n. 1903), fueron expulsados por desviacionismo de izquierda y crearon un Partido Obrero rival y poco después, Lovestone y Benjamín Gitlow (n. 1891) después de ser llamados a Moscú fueron expulsados como partidarios de Bujarin y establecieron otro partido secesionista, el Partido Comunista de Oposición. Entonces Moscú decidió también disciplinar a Foster, quien fue desplazado de la secretaría del partido por su antigüe- partidario, Earl Browder. Pepper, quien había estado muy ligado a Ruthenberg, fue llamado nuevamente a Moscú y desapareció en las purgas de los años treintas. Foster conservó su calidad de miembro del partido y volvió a la Dirección cuando Earl Browder fue finalmente eliminado en 1945. A. J. Muste (n. 1875), protagonista de la huelga textil de Lawrence de 1919, formó en 1920 una nueva organización, la Conferencia Progresista por la Acción Laboral y, durante la depresión de los principios de la década de los treintas, participó activamente en la creación de clubes de desempleados. En 1933 fundó otro partido abortado —el Partido Obrero Norteamericano— que por algún tiempo atrajo a miembros notables, incluyendo a Sidney Hook (n. 1902), teórico marxista de cierta importancia, y James Burham (n. 1905), después famoso como autor de *The Managerial Rcvolution.* En 1934 se unió a los trotskistas en otro Partido Obrero.

Nos hemos referido sólo a algunas de las innumerables organiza-

[6] **Véase pp. 120-1.**

dones que surgieron del movimiento comunista norteamericano en sus primeros años. Pero con esto basta para ilustrar la enorme tendencia al faccionalismo del movimiento, consecuencia en gran medida de su incapacidad para arraigarse firmemente en la gran masa de la clase obrera y de su dependencia de la corriente de inmigrantes de la Europa oriental, que había empezado a detenerse con la imposición de severas restricciones a la inmigración después de 1913.

Sé que este capítulo ha resultado una crónica de poca consistencia. Porque la verdad es que, en ningún momento después de 1914, el socialismo llegó a ser en los Estados Unidos un movimiento de importancia real. Ésto se aplica tanto a los comunistas como al Partido Socialista norteamericano o a los restos del Partido Laboralsocialista de De León; porque, aunque el comunismo norteamericano hizo más ruido en el mundo que sus rivales socialistas, el ruido se debió a los esfuerzos de sus opositores más que a los propios. Ni el comunismo ni el socialismo democrático produjeron, de 1914 a los treintas, un impacto parecido al de los Trabajadores Industriales del Mundo pocos años antes ni siquiera al que tuvieron los socialistas en la Federación Norteamericana del Trabajo en una etapa anterior. El rápido incremento de los miembros en el Partido Socialista, en 1918 y 1919, se debió casi totalmente a la afluencia de inmigrantes eslavos y otros de la Europa oriental, que se produjo después de las revoluciones en Rusia y que acompañó a trastornos de posguerra en Europa, en 1918-19. Este fermento se extendió sin duda, en cierta medida, a los miembros ya afiliados al partido y empujó durante un tiempo al movimiento socialista muy a la izquierda. Pero no atrajo a un gran número de nuevos miembros entre los elementos nativos o ya asimilados de los sindicatos ni amenazó arrebatar el control del movimiento sindical a los viejos dirigentes, antisocialistas en general. Algunos sindicatos, especialmente las hermandades ferroviarias, se orientaron hacia las demandas de socialización y participación de los trabajadores en el control industrial; pero lo hicieron sin volverse en manera alguna revolucionarios y ni siquiera convencidos de la necesidad de un Partido Laborista, al estilo reformista del británico, e incluso sus movimientos hacia la acción política no duraron mucho ni alteraron de ninguna manera su actitud fundamental. Esto se debió en parte, sin duda, a que los Estados Unidos, a diferencia de los demás países beligerantes, salieron de la guerra, con una capacidad de producción, no disminuida sino por el contrario notablemente mayor y a que el capitalismo norteamericano, lejos de tener que enfrentarse a perspectivas de disolución, resultó más poderoso que nunca. Pero ésta no es, en mi opinión, la explicación total. No basta tampoco decir que la drástica disminución de la inmigración, especialmente de los países europeos más pobres, cortara la principal fuente

de material revolucionario —aunque éste fue, indudablemente, un factor de importancia real en los años veintes, porque acrecentó el poder de negociación de los sindicatos de la Federación Norteamericana del Trabajo y les brindó mayores perspectivas de ventajas inmediatas sobre la política de los "grupos de presión" dirigidas sobre los grandes partidos tradicionales. Había además, por encima de estos factores, una ausencia de descontento fundamental respecto a las instituciones sociales existentes y una fuerte tendencia a adaptarse al "modo de vida" norteamericano que obstaculizó en gran medida el camino a la aceptación de ideas revolucionarias procedentes de Europa y se prestó a la calificación de semejantes ideas como "antinorteamericanas" y, por tanto, indignas de ser tomadas seriamente, a no ser como amenazas a las instituciones norteamericanas.

Es verdad que, en la etapa anterior a 1914, este "espíritu norteamericano" no había impedido el desarrollo de un movimiento sindical minoritario muy militante, que encontró su principal expresión en la organización de los Trabajadores Industriales del Mundo. Este movimiento, no obstante, no se había extendido a la gran masa de trabajadores agrupados en los sindicatos de la Federación Norteamericana del Trabajo. Había crecido esencialmente, en sus primeras etapas, entre los mineros y trabajadores petroleros y madereros de los estados del Oeste, todavía escasamente poblados pero en rápido desarrollo y, al extenderse de estas regiones al Medio Oeste y al Este, había encontrado partidarios principalmente entre los inmigrantes que suministraban casi toda la mano de obra menos calificada en las grandes ciudades más que entre los norteamericanos nativos o los grupos de inmigrantes plenamente asimilados. En California, Oregon, Washington y los demás estados del Oeste, la organización de Trabajadores Industriales del Mundo y su antecesora, la Federación de Mineros del Oeste habían sido, en su mayoría, movimientos de norteamericanos nativos, irlandeses y europeos asimilados; en Lavvrence, Paterson y Chicago, los Trabajadores Industriales del Mundo encontraron apoyo entre trabajadores relativamente recién adaptados a las condiciones de vida norteamericanas. Es verdad que algunos sindicatos de la Federación Norteamericana del Trabajo —especialmente el de mineros— se vieron obligados a la militancia laboral por el extremo antisindicalismo de los grandes patronos; pero, aun así, la militancia en las relaciones laborales no llegó a convertir a estos sindicatos a las ideas socialistas ni sindicalistas, que parecían a la mayoría de sus miembros doctrinas extrañas, patrocinadas en general por extranjeros a los que consideraban inferiores, destinados a los trabajos menos remunerativos y prestigiosos. Aunque las "fronteras" se estaban cerrando ya, había todavía un amplio margen de movilidad social en una sociedad que avanzaba rápidamente

en riqueza económica; y había también una tendencia muy extendida a despreciar y desconfiar de los políticos, que hacían desagradables proposiciones de extender el campo de la acción estatal al terreno económico. En efecto, el fermento que afectó al movimiento socialista en 1919 no pudo, a pesar de las actitudes extremadamente reaccionarias de los grandes patronos y del Congreso, penetrar en la gran masa de la clase obrera norteamericana.

¿Cómo resultó, entonces, que los mismos socialistas, viejos y nuevos, se entregaron a la excitación en que se encontraron claramente por cierto tiempo después de terminada la guerra? No todos, por supuesto: Víctor Berger y sus partidarios de Wisconsin permanecieron en la misma posición de siempre, abogando y practicando una política reformista, lo mismo que hacía varios años. Pero constituyeron la excepción; y, durante algún tiempo, perdieron casi toda su influencia sobre la gran mayoría del Partido Socialista. En Nueva York y Massachusetts, así como en Michigan y Ohio, la mayoría de la opinión socialista, entre los norteamericanos nativos y asimilados, así como en las nutridas Federaciones de las distintas lenguas, se inclinó claramente hacia la izquierda de modo que, aun después que ambos partidos comunistas se separaron, los restos del Partido Socialista siguieron aprobando resoluciones en favor de la adhesión al Comintern, hasta que ese organismo puso en claro perfectamente que no estaba dispuesto a aceptarlos a ningún precio. No creo que esto se debiera esencialmente a la conciencia de que las perspectivas de un avance real hacia el socialismo por métodos constitucionales eran obviamente nulas, cuando menos por mucho tiempo. Se debió mucho más, probablemente, a la ferocidad con que se denunciaba a cualquier tipo de socialismo, aun al más suave, como bolchevismo y a la severa persecución a la que se sometió a todo supuesto izquierdismo, desde que los Estados Unidos entraron en la guerra. Con poquísimas excepciones, el ala derecha y la izquierda del Partido Socialista se habían opuesto a la guerra, exponiéndose así a la acusación de traición; y, cuando la persecución continuó una vez terminada la guerra, el efecto fue empujar al movimiento socialista, en defensa propia, más hacia la izquierda de lo que muchos de sus miembros deseaban realmente. Pero es innegable que, por encima de todo esto, el fermento revolucionario europeo, aunque no logró despertar resonancias en la gran masa de los trabajadores organizados, afectó mucho temporalmente a los socialistas y los empujó transitoriamente muy hacia la izquierda, para no retroceder sino cuando, después de la división, se vieron sometidos al violento ataque de los comunistas quienes, por órdenes del Comintern, combatían más ferozmente a los centristas que a los miembros del ala derecha constitucionalista. Bajo el impacto de esta inmoderada violencia de lenguaje, el empequeñecido Partido Socialista, como

hemos visto, se inclinó pronto abruptamente a la derecha y, por algún tiempo, casi hundió su socialismo, en un intento por unificar a los sindicatos, los campesinos y los grupos burgueses liberales en una alianza progresista donde ellos, como socialistas, sólo podían desempeñar un papel menor.

Cuando fracasó este intento, principalmente por falta de apoyo sindical, el Partido Socialista volvió a su aislamiento y se vio reducido a la impotencia, no sólo mientras la ola de prosperidad económica siguió en aumento, sino aun cuando la economía norteamericana se hundió en la colosal depresión de los años treintas.

La gran depresión norteamericana de los treintas, iniciada con el desplome de Wall Street en 1929, no entra dentro de los límites de este capítulo. A través de la década de los veintes, la economía norteamericana, a pesar de los serios problemas en la agricultura, aparentaba en general un proceso de prosperidad rápidamente creciente bajo los auspicios del capitalismo, de tal manera que economistas de primera fila, como T. N. Carver, pudieron escribir libros —sin encontrar casi oposición— donde sostenían que los Estados Unidos habían hecho la revolución económica sin ningún trastorno político y estaban en camino de establecer la prosperidad universal bajo el reino benevolente de la empresa privada. En todo este periodo a pesar del avance de la economía industrial, la libre sindicalización, que había crecido rápidamente en 1919 y 1920, decaía continuamente ante el desarrollo de los sindicatos blancos y de la libre contratación. La Federación Norteamericana del Trabajo, que tenía más de 4 millones de miembros en 1920, había bajado a menos de 3 millones en 1923 y a menos de 2 750 000 en 1930. En ese mismo periodo, la cifra total de miembros de ios sindicatos bajó de 5 millones a menos de 3 millones y medio o de cerca del 20 % de los trabajadores afilíables a cerca del 10 %. Estas cifras incluyen a Canadá; pero esto no afecta su significación. En efecto, los patronos pudieron mantener al sindicalismo casi por completo fuera de las grandes industrias de producción en masa, con excepción de la industria minera y destruir la poderosa situación que habían logrado los sindicatos ferroviarios durante la guerra e inmediatamente después. El llamado "Plan norteamericano", basado en la libre contratación, logró en gran medida no sólo el desastre del movimiento socialista sino que impidió que el sindicalismo se convirtiera en una fuerza realmente poderosa en los sectores de la economía en más rápido desarrollo. El socialismo y el comunismo fueron reducidos, como movimientos, a facciones impotentes, que se combatían entre sí con la mayor dureza, pero sin hacer impacto alguno sobre el gran núcleo de la opinión norteamericana. Ni siquiera el sindicalismo pudo sostenerse, salvo aisladamente, hasta que la depresión y el "Nuevo Trato" de los treintas pre-

pararon el camino para la nueva depuración de los Mineros de John L. Lewis y la C.I.O. de Philip Murray.

CANADÁ

No hay mucho que decir del socialismo en Canadá durante la etapa a que se íefiere este volumen. Como vimos, en 1905 se había fundado un Partido Socialista de Canadá, para unificar a las organizaciones aisladas que ya existían; y una segunda organización, el Partido Social-demócrata, había sido fundada en 1911 y se había afiliado a la Segunda Internacional, a la que se negó a adherirse el Partido Socialista de Canadá porque objetaba la presencia de los partidos laboristas inglés y australiano, considerando que estos partidos no eran propiamente socialistas. Ni el Partido Socialista de Canadá ni su rival* agruparon muchos miembros, aunque el primero logró la elección de algunos miembros aislados para las legislaturas provinciales de Alberta y Manitoba. Durante la guerra, el Partido Socialista de Canadá se fortaleció algo y hubo un considerable desarrollo de la militancia, especialmente en relación con la lucha en torno al reclutamiento. Cuando terminó la guerra, la militancia aumentó temporalmente, especialmente en las provincias occidentales y se desarrolló un importante movimiento en apoyo de la idea de una "gran central" para efectuar la lucha más intensa y estrechamente coordinada en el terreno laboral. Este movimiento llegó a su culminación en la huelga general de Winnipeg, a principios de 1920 —una lucha marcada por considerable violencia, que terminó en la derrota de los huelguistas y en un serio retroceso de la izquierda canadiense. Al mismo tiempo se fundaban partidos laboristas, aliados a las nuevas organizaciones de campesinos, en numerosas provincias; y, en 1920, Angus McDonald (n. 1890) fue electo por Ontario para el Parlamento federal como candidato del Partido Laborista y de la Asociación de Campesinos de Ontario. Al año siguiente, James Shaver Woodsworth (1874-1942), que había ganado fama como editor del periódico de los huelguistas —el *Western Labor News*— durante la huelga de Winnipeg, fue electo por Winnipeg como candidato del Partido Laborista. Woodsworth, que se había formado para ser pastor, había adoptado una vigorosa actitud antibelicista durante la lucha en torno al reclutamiento y había sido depuesto de su cargo como director de la Oficina de Investigaciones Sociales establecida conjuntamente por los gobiernos provinciales de Saskatchewan, Manitoba y Alberta. Se había convertido en propagandista viajero del socialismo y había logrado ejercer una influencia popular que lo convirtió en líder natural de los nuevos movimientos políticos socialista y laborista. Su principal seguidor en estos movimientos fue el maestro inglés M. J. Coldwell

(n. 1888), que participó con él en el establecimiento de la Federación de Cooperativas de la Comunidad Británica (Cooperative Commonwealth Federation) en 1932, con un programa socialista moderado, en torno al cual trató de lograr el apoyo de los campesinos más progresistas y de los trabajadores. Sólo entonces, en un momento que cae fuera de los límites de este capítulo y coincide con el más severo impacto de la depresión mundial sobre la economía canadiense el socialismo canadiense empezó a actuar políticamente en una escala nacional. Se había creado un Partido Comunista canadiense en 1920; pero era débil y pronto fue declarado ilegal y, en la clandestinidad, no pudo ejercer una influencia importante.

CAPÍTULO XXIV

LOS MOVIMIENTOS OBREROS EN AMÉRICA LATINA DESDE 1914 HASTA PRINCIPIOS DE LOS TREINTAS

En el volumen IV de esta obra se hizo un intento por presentar un cuadro general del desarrollo del socialismo en América Latina hasta 1914 y algunos aspectos de la historia se llevaron más allá de esta fecha, por la gran dificultad con que tropezamos de encontrar un límite conveniente.[1] Ahora me encuentro con una dificultad semejante porque casi resulta imposible hacer un claro recuento de los sucesos que ocurrieron en los años veintes, sin prolongarlo hasta una parte de la década de los treintas. La primera Guerra Mundial y la Revolución rusa de 1917 tuvieron ambas una profunda influencia en los movimientos obreros de los países latinoamericanos; pero esta influencia se sintió muy diversamente en los distintos países y las grandes consecuencias apenas habían empezado a mostrarse en la fecha —1931 aproximadamente— en que debe detenerse este volumen. Seré breve, por tanto, y dejaré un análisis más completo para el siguiente volumen, si vivo lo suficiente para escribirlo.

El primer gran impacto de la guerra de 1914-1918 se sintió en el descenso de las importaciones y de la inversión de capitales —así como de la inmigración— de Europa. La escasez de bienes de consumo europeos obligó a los países latinoamericanos a desarrollar sus propias industrias ligeras —especialmente textiles— y éstas contribuyeron a favorecer la industrialización, más en la industria ligera que en la pesada. Hubo también una creciente sustitución de la inversión europea por la norteamericana que, hasta 1914, había sido relativamente escasa excepto en México y otros países de América Central y la influencia de capital norteamericano fue un factor poderoso para estimular los sentimientos de nacionalismo económico mientras que, al mismo tiempo, la disminución de la inversión inglesa debilitó la influencia británica aun en Argentina, que había tenido muy estrechos lazos con el mercado británico y había atraído de Inglaterra la mayor parte del capital invertido en ferrocarriles y servicios de utilidad pública.

Después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra de 1917, muchos países latinoamericanos fueron inducidos a abandonar su neutralidad y unirse a los aliados. Hasta entonces habían existido agudas divisiones y muchos latinoamericanos habían tendido a simpatizar con

[1] Véase vpl. IV, capítulo xxn.

las potencias del Eje, cuyos agentes se habían mostrado muy activos. A través de los movimientos de izquierda, la Revolución rusa ejerció una poderosa influencia. Hasta entonces, como hemos visto, la influencia predominante sobre el movimiento obrero en casi toda Latinoamérica había sido anarcosindicalista, más que socialdemócrata, aunque aún antes de 1914 los anarcosindicalistas habían empezado a perder terreno dondequiera que la producción artesanal en pequeña escala era sustituida por la concentración de trabajadores en gran escala. Después de la Revolución rusa y más aún después que la Tercera Internacional empezó, desde 1920, a interesarse activamente en la causa de la Revolución mundial, no sólo los elementos de izquierda de los partidos socialistas sino muchos ex anarquistas y sindicalistas se hicieron comunistas. Se crearon partidos comunistas en muchos países latinoamericanos y la influencia comunista se hizo poderosa en muchos movimientos sindicales, la mayoría de los cuales estaban todavía en una etapa embrionaria. No es fácil medir la fuerza real de estos movimientos comunistas, o dominados por los comunistas en un momento dado, porque, especialmente en el terreno sindical, los comunistas se hicieron maestros en el arte de crear organizaciones con títulos altisonantes pero, en muchos casos, sin muchos miembros y sin un apoyo real seguro. Además, los partidos comunistas mismos fueron con frecuencia ilegalizados y tuvieron que llevar una existencia clandestina o funcionar con otros nombres, en los conocidos organismos "anexos". Resultaron afectados, además, hasta cierto punto por las interminables divisiones que se produjeron entre los partidarios del comunismo en los Estados Unidos y, después, por la aparición de diversos grupos trotski^tas, así como por la salida de elementos desilusionados y el desarrollo de doctrinas rivales, basadas específicamente en las condiciones latinoamericanas más que en amplias teorías de revolución anticapitalista.

Los emisarios de la Tercera Internacional a los que se encomendó, a principios de la década de los veintes, la tarea de llevar el mensaje del comunismo a Latinoamérica fueron, primero, el hindú M. N. Roy (1893-1954) -de 1920 a 1922- y luego el japonés Sen Katayama (1858-1933) —viejo pilar del socialismo japonés ya bien conocido en los Estados Unidos. En algunos países, especialmente Uruguay y Chile, los partidos socialistas anteriores a 1914 se convirtieron al comunismo y aceptaron los "veintiún puntos" impuestos por el Comintern. En otros, especialmente Argentina, un sector del Partido Socialista se separó y pronto se convirtió en Partido Comunista. En muchos países no había surgido un partido socialista, cuando menos de importancia, en 1914. El Partido Socialista brasileño, por ejemplo, no se fundó hasta 1916. El Partido Socialista argentino, fundado en 1894, era el único con una prolongada existencia. El de Uruguay databa sólo de

1910 y el de Chile, dirigido por Luis Recabarren (1876-1924), sólo de 1912. Así los comunistas pudieron ocupar un terreno todavía virgen en su mayor parte, aunque había habido, por supuesto, grupos y sindicatos socialistas, en muchos casos efímeros, en la mayoría de estos países. Desde 1920, el avance comunista fue rápido. En ese año, los partidos comunistas iniciaron sus actividades en Uruguay y Bolivia; en 1921, en Argentina y Brasil; en 1922, en México y Chile; y, en 1925, en Ecuador y en Cuba. Perú siguió en 1929, el año del primer Congreso Continental Comunista en Montevideo y luego Colombia y Costa Rica en 1930 y Venezuela en 1931.

En los años de la guerra, los sentimientos antiimperialistas en América Latina habían sido alentados por la intervención de los Estados Unidos en los asuntos de diversos Estados americanos. La República Dominicana había sido ocupada en 1916 y Haití el año anterior en 1916-17, fuerzas de los Estados Unidos invadieron a México y fuerzas navales habían ocupado Veracruz en 1914. Otros actos de agresión se produjeron en los años veintes —por ejemplo, en Honduras en 1924 y en Nicaragua en 1925. El efecto fue levantar una fuerte corriente de sentimiento antiimperialista, dirigido especialmente contra los Estados Unidos, pero también contra todas las formas de penetración del capital extranjero que resultara en la creación de empresas de propiedad y administración extranjeras.

Este sentimiento antiimperialista se extendió ampliamente. No sólo afectó a la clase trabajadora sino también a gran parte de la clase media —no sólo estudiantes e intelectuales, sino también patronos y comerciantes, que temían la competencia de los negocios extranjeros poseedores de técnicas de negocios más al día y más eficientes y resentían el alto nivel de vida de los técnicos extranjeros, del mismo modo que los trabajadores resentían los salarios- mucho más altos pagados a los trabajadores extranjeros. Es verdad que la necesidad de importar capitales para los fines del desarrollo económico se reconocía en general; pero esto no evitaba los temores por la dominación de los intereses capitalistas extranjeros. Sentimientos nacionalistas y antiextranjeros tendieron a salvar las divisiones tradicionales entre la derecha y la izquierda, dando origen a conflictos dentro de los movimientos socialista y sindical así como dentro de los viejos grupos y partidos. En general, las empresas de propiedad extranjera, al menos en las ciudades, pagaban mejores salarios y ofrecían mejores condiciones de trabajo que la mayoría de las empresas de propietarios nacionales; pero esto no impidió el surgimiento de sentimientos antiextranjeros aun entre los beneficiados en un sentido material por aquéllas. El predominio de las influencias reaccionarias en los Estados Unidos en los años posteriores a 1914-1918 tendió a hacer del gobierno de los Estados Unidos y de los grandes

consorcios interesados en Latinoamérica los aliados de los elementos políticos más reaccionarios de América Latina —las viejas aristocracias terratenientes y los pequeños grupos de financieros interesados en el desarrollo económico en gran escala; y estas alianzas tendieron a convertir a los nacionalistas y a un gran sector de la clase media —incluyendo a muchos pequeños patronos— así como a los trabajadores organizados, en fuerzas hostiles a la penetración económica imperialista, especialmente norteamericana. Pero había también contracorrientes ya que los socialistas, naturalmente, estaban ansiosos en su mayoría de un rápido desarrollo industrial como medio para fortalecer a la clase obrera que, en casi toda América Latina, tenía poco contacto con las masas desorganizadas de los trabajadores agrícolas y de los pequeños agricultores empobrecidos, todavía sometidos en gran medida a un control feudal.

Era ésta una situación susceptible de ser aprovechada por los comunistas, que trabajaban en estrecho contacto con el Comintern y sus agentes en América. La política del Comintern en los años que siguieron a 1920 tendió a utilizar a la clase obrera de los países latinoamericanos como instrumento en una lucha intensiva contra el imperialismo y, especialmente, contra el imperialismo económico de los Estados Unidos. Pero se basaba también en una teoría de la lucha de clases, que excluía toda clase de alianza con la izquierda burguesa o con los partidos o grupos socialistas o socialdemócratas que rechazaban la idea de una dictadura proletaria. Esto impidió que los comunistas, hasta mucho después, trataran de ponerse a la cabeza de todas las fuerzas hostiles al imperialismo y los obligó a concentrar sus esíuerzos en ganarse a los sindicatos e intentar unificarlos en grandes confederaciones en cada país, bajo la dirección y la influencia comunista. Tuvieron mucho éxito en este campo, especialmente entre los mineros y trabajadores petroleros y del transporte, duramente explotados —es decir, entre los grupos obreros que experimentaban directamente las consecuencias del desarrollo económico en gran escala, auspiciados principalmente por empresas extranjeras. En estos grupos pudieron, en gran medida, eliminar la influencia antes predominante de los anarcosindicalistas y convencer inclusive a muchos anarcosindicalistas a sus puntos de vista. Tuvieron mucho menos éxito entre los artesanos calificados y otros trabajadores de empresas en pequeña escala y, en general, el resultado de sus actividades no fue el establecimiento de la unidad de la clase obrera bajo el control comunista, sino la división del movimiento sindical en facciones rivales, cada una con su propia organización central y negándose muchos sindicatos, en la esperanza de mantener una solidaridad limitada, a relacionarse con ninguna de las centrales rivales.

Hasta este momento, los sindicatos de América Latina no habían

entablado, en su mayoría, relaciones formales con los Estados Unidos o Europa. Pero, desde 1920, fueron presionados cada vez más a establecer esos contactos. Los comunistas, por supuesto, hacían lo posible por inducir a los movimientos que controlaban o influían a participar en la Internacional Roja de Sindicatos que funcionaba en Moscú - y por fomentar relaciones más estrechas entre las diversas centrales nacionales en Latinoamérica, que seguían sus orientaciones. Con una actividad mucho menor, los sindicatos predominantemente socialdemócratas, afiliados a la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam, hacían su contrapropaganda, con la esperanza de atraer dentro de su órbita a los sindicatos no comunistas; y, con mucho más éxito inicial, la Federación Norteamericana del Trabajo se unió a los sindicatos mexicanos para establecer una Federación Panamericana de Trabajadores, ya en 1918. Esta organización mantuvo su existencia nominal hasta 1930, pero nunca tuvo efectividad en todo el continente. Las centrales sindicales de Argentina, Uruguay, Chile y Brasil se negaron a participar y el apoyo recibido fuera de México y los Estados Unidos procedía fundamentalmente de grupos de sindicatos bajo fuerte influencia y control gubernamental en países sujetos al gobierno dictatorial de caudillos aceptables para los Estados Unidos y sus corporaciones instaladas en América Central. Inclusive los mexicanos de la C.R.O.M. —Confederación Regional de Obreros de México— criticaron duramente en 1919 el hecho de que la Federación Norteamericana del Trabajo no asumiera una postura efectiva contra los actos de agresión del gobierno de los Estados Unidos en América Latina y contra la organización de Trabajadores Industriales del Mundo y otros grupos de izquierda dentro de los Estados Unidos. Las disputas se hicieron más candentes en los sucesivos Congresos Panamericanos de trabajadores y, después de la airada retirada de los cubanos en 1930, a la que había precedido la secesión virtual de los mexicanos, la Federación Panamericana dejó prácticamente de existir.

Entre tanto, los anarco-sindicalistas no habían renunciado a la batalla. En 1928, bajo la dirección de la F.O.R.A. —Federación Obrera Regional de Argentina, controlada por los anarquistas— un Congreso celebrado en Buenos Aires creó una Federación Continental del Trabajo, que se afilió a la Internacional Sindicalista europea —la Unión Internacional de Trabajadores— favorecida por los socialistas y dedicada a las cuestiones económicas inmediatas más que a objetivos revolucionarios. Al año siguiente, 1929, la U.G.T. y la F.O.R.A. se unieron y la organización combinada —Confederación General de Trabajadores (C.G.T.)— decidió afiliarse a la Internacional de Amsterdam y pronto

2 Véase p. 288.

fue controlada por los socialistas. Ese mismo año, los comunistas efectuaban en Asunción una Conferencia que creó una Confederación de Sindicatos de América Latina (C.S.A.L.), con sede en Montevideo, como sección regional de la Internacional Roja de Sindicatos. Aunque pretendía representar a los sindicatos de la mayoría de los países latinoamericanos no tenía, en total, más que un número limitado y, en algunos casos, nominal de miembros. Duró hasta 1936, tras lo cual sus restos fueron asimilados dentro de la entonces mucho más importante Confederación de Trabajadores de América Latina (C.T.A.L.), organizada y dirigida por el mexicano Vicente Lombardo Toledano (n. 1893).

La etapa de mayor influencia de Lombardo es posterior al periodo cubierto por este volumen. Se hizo un nombre primero como abogado y maestro, siendo profesor de filosofía del derecho en la Universidad de México, de 1918 a 1933. Empezó a participar activamente en la política de izquierda y entró en el movimiento sindical como lugarteniente de Luis Morones (n. 1890) en la C.R.O.M. —la Confederación Regional de Obreros de México, fundada en 1917. Después se hizo marxista y, en los años treintas, entabló relaciones amistosas con los comunistas, cuando éstos variaron la línea para apoyar el Frente Popular. En 1936, después del colapso de la C.R.O.M., estableció una nueva Central sindical mexicana —la Confederación de Trabajadores de México (C.T.M.)—, desempeñando él la secretaría; y, sobre esta base, procedió, en 1938, con ayuda de León Jouhaux de la Federación Internacional de Sindicatos y de John L. Lewis (n. 1880), líder entonces de la C.I.O., a fundar la C.T.A.L. que fue, por un tiempo, la organización obrera más importante y amplia que hubiera existido en esta parte del mundo. Lombardo Toledano era un escritor y un orador de gran fuerza, así como un notable organizador. Se le acusó de ser comunista, pero siempre negó el cargo y parece, en efecto, que nunca entró realmente al Partido Comunista. Actuó, sin embargo, en estrecho contacto con los comunistas, en los treintas y después del estallido de la segunda Guerra Mundial, en el curso de la cual declinó su influencia en el movimiento mexicano, hasta que fue expulsado finalmente de la C.T.M. en 1948, conservando todavía su posición a la cabeza de los restos de la antes poderosa C.T.A.L. y conservando una fuerte influencia intelectual en muchos países de América Latina. El movimiento mexicano, que había colaborado activamente, bajo su dirección, con el presidente Cárdenas en las amplias medidas de reforma social y económica que éste emprendió durante su mandato (1934-1940), se desintegró durante la segunda Guerra Mundial y no ha recuperado desde entonces la unidad. El caso de Lombardo Toledano ilustra la gran dificultad que representa interrumpir la historia del desarrollo

socialista y del movimiento obrero latinoamericano antes de 1939; pero trataré, siempre que sea posible, de no referirme a acontecimientos ocurridos después de 1930, salvo cuando aparezcan inseparablemente ligados a acontecimientos anteriores.

Ya se ha demostrado suficientemente que, en los años veintes, los movimientos obreros que se desarrollaban en América Latina eran caóticos, con grupos rivales, principalmente anarcosindicalistas, comunistas y socialdemócratas en una lucha continua por ejercer influencia y, en consecuencia, imposibilitando la acción unida en un terreno amplio. Los partidos socialistas, divididos por las secesiones comunistas que, en algunos casos, se apoderaban de ellos obligándolos a separarse del núcleo principal para formar grupos minoritarios, laboraban con dificultades parecidas y no estaban menos expuestos que los sindicatos a ser suprimidos o llevados a la clandestinidad por los sucesivos dictadores que asumían el poder, por regla general, mediante golpes de Estado militares y recibían el apoyo de las aristocracias criollas reaccionarias y de los Estados Unidos y las empresas norteamericanas. Los dictadores latinoamericanos de estos años fueron, en general, de este tipo claramente reaccionario; el nuevo tipo de dictadura, basada en la demagogia nacionalista y tratando de lograr el apoyo de la clase trabajadora con una mezcla de incentivos de antiextranjerismo y ofertas materiales no apareció sino después y llegó a su culminación sólo después de la segunda Guerra Mundial.

Comunistas y anarcosindicalistas encontraban un obstáculo para el fomento de los sentimientos antiimperialistas y, más aún, para su aplicación positiva, en la aceptación de una doctrina de la revolución donde sólo se otorgaba a la clase obrera un papel revolucionario. Inclusive en los países latinoamericanos más avanzados, los trabajadores industriales eran superados considerablemente en número por los agricultores sin tierra y los campesinos en general que, salvo en algunas regiones, no estaban en absoluto organizados. Además, excepto en Argentina y Uruguay, donde la mayoría de los habitantes eran de procedencia europea, la gran masa del pueblo estaba compuesta por indios o mestizos —es decir, de ascendencia racial mezclada— con elementos variables de origen africano. Es imposible encontrar estadísticas exactas; pero, de acuerdo con los cálculos generales más aceptados, en Brasil cerca del 30 % de la población total era negra y cerca del 3 % india pura; mientras que, en México, los negros no pasaban del 5 % y los indios puros llegaban al 28 %. En Guatemala los indios constituían una evidente mayoría y, en Bolivia, Perú y Ecuador llegaban a constituir el 40 o 50 % del total —siendo los negros relativamente escasos en estos países. En Argentina, por otra parte, y en Uruguay, los indios y los negros eran escasos en número y también había pocos en Chile

y Paraguay. En las islas del Caribe los negros constituían más de las dos terceras partes de la población total. En todo el continente, entre 1850 y 1950, el número de inmigrantes europeos parece haber sido de cerca de 17 millones, 7 millones de los cuales llegaron a Argentina, 4 a Brasil, 2 a Chile, millón y medio a Cuba y un millón al Uruguay, pero sólo medio millón a México, dispersándose el otro millón en los demás países. De estos inmigrantes el mayor número (6 millones) procedía de Italia, y se radicó principalmente en Argentina. Había 4 millones de españoles, 2 millones de alemanes, 1 millón de portugueses, medio millón de rusos y unos 250 000 franceses y otros 250 000 judíos, además de un millón procedente del Lejano Oriente —principalmente de Japón y China— quedando un residuo de millón y medio de otras procedencias.

Así, excepto en Argentina y Uruguay, la gran mayoría de los pueblos latinoamericanos estaba integrada por indios o mestizos y, en algunas regiones, con una gran mezcla de negros. En casi todos los países, la población urbana era notablemente excedida por los habitantes de las regiones rurales. Aun en 1950, sólo en Chile y Argentina la población urbana alcanzaba el 60 % del total. En Cuba y Venezuela constituía más del 50 % y, en Uruguay poco menos del 50 %. En Perú, Bolivia, Guatemala, Panamá y Brasil oscilaba entre el 30 y el 25 %, o aun menos. En casi toda América Latina, todavía en 1950, la proporción de analfabetos era enorme. De los principales países, Argentina, con el 15%, tenía la tasa menor. Costa Rica, Cuba y Uruguay tenían tasas del 20 al 25 %, Chile del 28 %, Panamá del 37 %, Paraguay del 40 %, Colombia del 44 %, Brasil, México y Ecuador tenían tasas del 50 %, Venezuela del 58 %, Guatemala, Honduras y la República Dominicana del 65 %, Nicaragua y El Salvador del 70 %, Bolivia del 75 % y Haití del 80 %. Muchos de estos porcentajes, a pesar de ser muy altos, representan un adelanto sustancial desde la etapa a que se refiere este volumen. La barrera del analfabetismo y las agudas diferencias de niveles de vida entre los trabajadores urbanos y los habitantes del campo también constituían serias dificultades en el camino hacia una cooperación entre los trabajadores organizados y los campesinos y, algunas veces, como lo vimos en el caso de México,[3] originó hondos antagonismos entre ellos.

La población rural de América Latina no era sólo, en gran medida, analfabeta y desesperadamente pobre; en su mayoría carecía de tierra, que estaba en manos, en general, de la aristocracia terrateniente y gran parte de ella permanecía inculta, aun donde la presión de la población era intensa. Los terratenientes cultivaban, utilizaban para ganado o

3 Véase vol. IV, p. 288.

arrendaban, en términos onerosos de servicio feudal, la tierra que se les antojaba; y el cultivo se veía muchas veces afectado seriamente por la falta de acceso al agua y por el uso de métodos terriblemente primitivos. Era evidente que los problemas económicos y sociales básicos de América Latina eran totalmente insolubles sin una reorganización fundamental del sistema de tenencia de la tierra, seguida por grandes campañas de desarrollo de la tierra, irrigación y educación agrícola. Pero las viejas aristocracias terratenientes eran absolutamente hostiles a una reforma agraria que pudiera minar su poder y los inversionistas de capital extranjero no estaban interesados para nada en el desarrollo agrícola, excepto en cuanto al cultivo de frutas en gran escala para la exportación en partes de América Central, ni en otras formas de desarrollo excepto en relación con la extracción* de minerales o petróleo. Generalmente convenía a las empresas inversionistas extranjeras llegar a acuerdos con los intereses de los terratenientes, más que alentar un desarrollo que pudiera alentar la revuelta campesina. El capitalismo nacional, donde existía, tendía a adoptar la misma posición y a oponerse a todo movimiento que pudiera interferir con el gran suministro de mano de obra baratísima favorecido por la afluencia del excedente de trabajadores hambrientos que llegaba a las ciudades procedente del campo. Ni siquiera la Revolución mexicana logró, por mucho tiempo, modificar realmente las condiciones de la gran mayoría de la población rural —y aun hoy esa modificación ha sido muy limitada.

Hasta 1914, el socialismo latinoamericano se basó totalmente en fundamentos europeos y no había producido un pensador realmente distinguido. Las doctrinas anarquista, sindicalista, socialdemócrata y otras importadas de Europa se habían disputado el predominio; y muchos de los participantes en esta competencia ideológica habían sido emigrantes de España, Italia, Alemania o Francia. Los socialistas argentinos, dirigidos por el doctor J. B. Justo (1865-1925), habían estado en estrecho contacto con la Segunda Internacional; y Justo había producido su propia versión de la doctrina marxista en un intento de aplicación a las condiciones argentinas. Su teoría, como vimos antes,[4] había sido que era innecesario para un país atravesar un proceso de industrialización avanzada para estar maduro para el desarrollo de un movimiento socialista. Justo sostenía que, en Argentina, el papel de un proletariado industrial desarrollado podía ser asumido por la masa de trabajadores rurales excedentes que migraban a las ciudades en busca de empleo, aunque no hubiera trabajo para ellos en la industria en gran escala. De hecho, el socialismo en Argentina se había construido,

4 Véase vol. IV, p. 278.

en gran medida, sobre la base del apoyo de la gran mayoría de estos trabajadores migratorios, más que en el apoyo de los agricultores. Esta idea, sin embargo, aunque correspondía bastante bien a las condiciones de la superpoblada capital, Buenos Aires, en la etapa en que el desarrollo industrial no había avanzado aún mucho, no ayudaba mucho a resolver el problema de la revolución social, o del desarrollo social, del continente en general, en vista de la preponderancia en casi todas partes de la población rural sobre la urbana. El problema central para América Latina era el de la tierra —y era éste precisamente el que los socialistas estaban menos preparados para resolver de una manera positiva—, aun en México, donde la Revolución iniciada inmediatamente antes de la primera Guerra Mundial había atraído forzosamente la atención hacia las demandas de la empobrecida población rural.

Los comunistas, cuando se dedicaron a principios de la década de los veintes a controlar las fuerzas revolucionarias en América Latina, comprendieron, en cierta medida, la importancia clave del problema de la tierra e hicieron lo posible por ponerse a la cabeza de la revuelta campesina y estimularla donde se diera la oportunidad. Trabajaban, sin embargo, sobre la base de una teoría que asignaba al proletariado industrial la dirección necesaria de las fuerzas revolucionarias y estaban dispuestos a otorgar a los campesinos sólo una posición subordinada bajo su dirección. En su mayoría citadinos, tendían no sólo a despreciar al campesino, sino a considerarlo como un reaccionario potencial cuando mejorara su suerte. Aunque lograron impulsar algunos levantamientos campesinos dispersos, no aventajaban a los socialistas en una política agraria positiva y, a falta de ésta, tendían a destacar principalmente las demandas de supresión de la discriminación racial, como parte de la cruzada anti-imperialista, más que las cuestiones económicas relacionadas con la distribución y el desarrollo de la tierra. La actitud de los comunistas cambió sustancialmente en los años treinta, después que el Comintern les ordenó los movimientos de Frente Popular. Pero, en el periodo a que se refiere este capítulo, su teoría de las clases, que subrayaba la primacía del proletariado industrial, obstaculizaba la elaboración de una concepción del socialismo o de la política socialista realmente apropiada a la situación del continente latinoamericano en general.

El único intento importante por crear una concepción específicamente latinoamericana del socialismo —si es que se trataba de socialismo- aplicable a las condiciones existentes fue el del movimiento aprista, fundado en México en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre (n. 1895), exilado entonces del Perú, de donde había sido expulsado por sus actividades en el movimiento estudiantil y en la fundación de las Universidades Populares, en oposición al dictador Augusto Le-

guía. Al abandonar Perú, Haya de la Tone visitó primero Norteamérica y luego Europa, incluyendo la URSS, para radicarse después por algún tiempo en México, donde fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana (A.P.R.A.), como movimiento internacional destinado a cubrir toda» América Latina o, como prefería llamarla con frecuencia, Indoamérica. Por un tiempo pareció que el A.P.R.A. podría agrupar a las masas en muchos países y no sólo en el Perú, donde pronto se convirtió en el partido con mayor número de miembros. Desde un principio, sin embargo, entró en agudo conflicto con los comunistas, cuya concepción de la lucha de clases rechazaba por entero Haya de la Torre. En vez de un movimiento dirigido exclusivamente por el proletariado, éste predicaba la necesidad de un frente común de los trabajadores, los intelectuales y las clases medias contra la aristocracia terrateniente y sus aliados, los capitalistas extranjeros y sus patrocinadores nacionales. Rechazaba los nacionalismos aislados de los diversos pueblos latinoamericanos y pedía la acción común en escala continental, incluyendo la internacionalización de la tierra y otros recursos claves y el desarrollo de un sistema de seguridad social de alcance continental. En cuanto a sus métodos de organización, el A.P.R.A. tenía mucho en común con los comunistas: Haya de la Torre insistía en la necesidad de un partido fuertemente disciplinado, bajo una dirección y control centralizados y él mismo era un líder de temperamento marcadamente autocrático e intransigente. Hasta 1931, cuando Leguía fue por fin derrocado, Haya dirigió el A.P.R.A. desde Europa, primero en Londres y después en Berlín. De vuelta a Perú a la caída de Leguía, fue candidato a la presidencia por el A.P.R.A., resultando electo sólo para ser depuesto por Sánchez Cerro, quien lo encarceló. En 1933 fue libertado después del asesinato de Cerro; pero un nuevo dictador, Oscar Benavideo, proscribió a los apristas y Haya tuvo que buscar refugio en la Embajada de Colombia —un incidente que tuvo como secuela una disputa entre Perú y Colombia que, por último, llegó a la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Esta parte de la vida de Haya de la Torre pertenece, sin embargo, a un periodo posterior al que se refiere este capítulo.

El movimiento aprista de Haya de la Torre pedía, como vimos, una alianza de trabajadores, campesinos y clases medias —incluyendo a los capitalistas nacionales— contra el capitalismo extranjero y el imperialismo y contra la aristocracia terrateniente. Se dedicó, pues, al mejoramiento de las relaciones laborales, excepto en las empresas de propiedad extranjera, entrando así en conflicto con los grupos sindicales más militantes, así como con los comunistas.

El editor, periodista y poeta peruano, José Carlos Mariátegui (1891-1930), quien se convirtió en el principal teórico del comunismo en

América Latina, inició su carrera política como partidario del A.P.R.A., de la que se separó sólo en 1928, para fundar el Partido Comunista peruano. Mariátegui era paralítico, confinado a una silla de ruedas; pero, a pesar de esto, actuaba como organizador, director, de periódicos y escritor. Como estudiante recibió una beca para hacer estudios en Europa y regresó convertido al marxismo, aunque no ortodoxo. Su libro más conocido se titula *Defensa del marxismo;* pero, en sus interpretaciones del marxismo, aplicado a las condiciones latinoamericanas, establecía, por encima de todo, la solución del problema de la tierra haciendo a los indios dueños del derecho a la tierra. Rechazaba la idea de que esto pudiera hacerse reviviendo las tradiciones del primitivo comunismo agrario e insistía en la profunda diferencia entre aquél y el comunismo moderno, al que consideraba producto del desarrollo industrial. Esto no significaba, sin embargo, que compartiera el desprecio por los campesinos tan frecuente entre los marxistas citadinos. Por el contrario, su dedicación al logro de una plena igualdad en todos los aspectos entre indios y blancos superaba su inclinación en favor del proletariado industrial y lo hizo entrar en conflicto con sus camaradas comunistas en el Congreso Comunista de Montevideo de 1929, que rechazó sus tesis acerca del problema agrario. Además de la *Defensa del marxismo* (1927), Mariátegui publicó *La escena contemporánea* (1927) y *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), así como numerosos estudios en su revista,*'Amanta,* que fue suprimida una y otra vez. Su influencia se* extendió mucho más allá del Perú y su muerte, a los 39 años, fue una seria'pérdida para el movimiento comunista latinoamericano.

Un tercer teórico que merece ser mencionado en relación con el intento de adaptar el pensamiento socialista a las condiciones latinoamericanas es el salvadoreño Alberto Masferrer (1891-1933), quien fue por un tiempo cónsul de Salvador en Bruselas, donde empezó a elaborar su doctrina del "mínimo vital", que se refería no sólo al salario mínimo sino que abarcaba un sistema completo de seguridad social, que debía incluirse en la legislación de cada país. Masferrer empezó interesándose primordialmente en la reforma educacional y, a su regreso al Salvador, fundó una escuela "racionalista", al estilo de la aventura de Ferrer en España.[5] Pero pronto se lanzó a la defensa de sus más amplias ideas sociales y, cuando se dio cuenta que los políticos las estaban utilizando en lo que él consideraba lemas engañosos, salió del Salvador y fue expulsado sucesivamente de diversos países centroamericanos, radicándose por fin en Costa Rica, donde murió en 1933. Masferrer sostenía que los hombres hambrientos no hacen las revolu-

5 Véase vol. IV, pp. 227-8.

ciones y que el primer paso necesario hacia la regeneración de América Latina consistía en la adopción de medidas de gran alcance para implantar un nivel de vida mínimo tolerable para todos. Era, en efecto, el primer profeta en América Latina del "Estado benefactor" y no dejó de ejercer influencia en el curso sucesivo de la legislación social en muchos países —aunque la mayor parte de la legislación promulgada fue tan escasamente puesta en practica que sus resultados positivos fueron casi nulos.

En términos de teoría y de política, el movimiento aprista fue la contribución más notable a la formulación de un movimiento social de izquierda peculiarmente latinoamericano. La política del A.P.R.A., definida por Haya de la Torre, giraba en torno a cinco puntos esenciales; la lucha contra el imperialismo norteamericano (yanki), la unidad política de Indoamérica, la socialización de la tierra y de las grandes industrias, la internacionalización del Canal de Panamá y la solidaridad mundial de todos los pueblos y clases oprimidos. El primero y el cuarto de estos puntos colocaban a los apristas del lado del antiimperialismo, mientras que el segundo y el quinto del nacionalismo xenófobo, tan ligado con frecuencia al antiimperialismo en la mentalidad popular. El tercer punto —la socialización— tomó un matiz radicalmente nuevo cuando se ligó a la demanda de unidad política de todos los pueblos indoamericanos; porque entonces se convirtió en demanda de internacionalización, más que de una estructura independiente de nacionalización y desarrollo de los recursos dentro de las fronteras de cada Estado. Finalmente, la concepción de Indoamérica, en lugar de América Latina, como unidad esencial para la transformación de las condiciones de vida, desafiaba no sólo las formas más estrechas del nacionalismo sino toda la concepción de la superioridad blanca sobre los pueblos indígenas y, en efecto, implicaba también la plena igualdad de derechos de los negros, en las regiones donde los negros constituían, más que los indios, una gran parte de los estratos sociales más empobrecidos e ignorantes.

"La soberanía nacional —proclamó Haya de la Torre— desaparece en proporción a medida que el volumen de la inversión de capitales por el capitalismo yanki aumenta en nuestros países." Veía al imperialismo yanki como una amenaza, que no debía conducir a la reafirmación de su independencia por cada Estado individual donde penetrara, sino que debía oponérsele una amplia concepción de la solidaridad indoamericana integrando a Indoamérica en una sola confederación unificada de pueblos, sobre una base de plena igualdad racial. Éste fue el elemento de la doctrina y la política apristas que ganó para el movimiento la adhesión entusiasta de muchos idealistas e intelectuales a los que repugnaban las formas más crudas del nacionalismo y, al mismo tiempo, pensaban que la concepción comunista de la dictadura del proleta-

riado no estaba en relación con las necesidades y realidades de los pueblos latinoamericanos. Este idealismo era la raíz de la sugestión que ejerció el A.P.R.A.'; pero hay que reconocer también que, al oponerse a las formas más crudas del nacionalismo, el A.P.R.A. dificultaba mucho la construcción de una sólida base de apoyo de masas. Porque obviamente era una tarea formidable encontrar los medios para unificar a tantos Estados, con condiciones económicas y demográficas tan diferentes, en una unidad política coherente, capaz de llevar a efectos prácticos el programa aprista. En cada país, era mucho más fácil para los demagogos acudir a los sentimientos nacionalistas y prometer reformas que pudieran realizarse dentro de la unidad política existente. Era fácil calificar a los apristas de visionarios y denunciarlos, entre los trabajadores industriales, como traidores a la lucha de clases, que obligarían a los sindicatos a hacer la paz con los patronos en vez de luchar virilmente por las demandas proletarias.

Ante estas dificultades, el A.P.R.A. nunca logró un apoyo de masas en escala continental. En Perú sí llegó a ser un movimiento de masas, con células y grupos no sólo en las ciudades y en las zonas industriales, sino también en el campo, y con un gran arrastre entre los indios, a los que consiguió llegar en una medida hasta entonces jamás alcanzada. También logró importante apoyo popular en otros países, incluyendo Paraguay, Venezuela y Cuba. Pero en la mayoría de América Latina^ aunque tuvo entusiastas partidarios, eran en general intelectuales más. que trabajadores y no pudieron integrarse como fuerzas políticas poderosas ni oponerse con eficacia al nacionalismo demagógico cuya encarnación más representativa sería más tarde Perón. Aun en Perú, donde los apristas tenían suficiente apoyo popular como para que Haya de la Torre fuera electo presidente, no pudieron evitar que fuera depuesto por un golpe militar ni que su propio partido fuera ilegalizado y empujado a la clandestinidad. El movimiento aprista tenía, sin embargo, demasiada vitalidad para ser suprimido por la represión: siguió contando aun después de la etapa a la que se refiere este capítulo. Pero no logró establecerse como una fuerza continental, como había soñado Haya de la Torre, ni convencer a la gran mayoría de la opinión socialista y obrera latinoamericana de la aceptación práctica de la necesidad de un acción unificada en todo el continente. Además, una parte esencial del programa aprista —su fuerte hostilidad al imperialismo yanki— perdió parte de su fuerza cuando, en los treintas, Franklin D. Roosevelt proclamó la política del "buen vecino" y, por un tiempo, la fuerza del sentimiento popular ''antinorteamericano" disminuyó considerablemente.

Después de la separación de Mariátegui del A.P.R.A. en 1928 para formar el Partido Comunista peruano, se desarrolló una gran hostili-

dad entre comunistas y apristas en tomo al problema de la lucha de clases. Pero cuando los comunistas, en los treintas, adoptaron, ante la creciente amenaza del fascismo, la política del "Frente Popular", los apristas estaban en posición de decirles que ellos habían estado abogando por esa política desde un principio, y de sostener que el A.P.R.A. era ya de por sí el Frente- Popular que los comunistas decían querer ahora. Naturalmente, los comunistas repudiaron esta idea porque lo que deseaban era un Frente Popular bajo la dirección y el control proletarios y no un partido donde trabajadores, campesinos, intelectuales e incluso capitalistas podían participar en términos de igualdad. Los apristas eran, en realidad, socializantes, especialmente en relación con la propiedad de la tierra; pero en política eran partidarios de la democracia parlamentaria y no de una dictadura, ni proletaria ni de otra especie. Eran idealistas, con una pasión ética por porter fin a la discriminación racial y por infundir conciencia y fuerza a un nuevo supranacionalismo indoamericano que superara las barraras del color y todas las formas de antagonismo racial. A la larga, su política en este aspecto es la única que ofrece una esperanza real de resolver los problemas económicos fundamentales del continente latinoamericano. No es sorprendente, sin embargo, que durante los treinta años de vida del A.P.R.A., no haya podido llevar a efecto una parte importante de su programa. Es difícil el camino del intemacionalista cuando se le enfrenta, por una parte, el imperialismo armado de recursos económicos muy superiores y, por otra, una ola creciente de nacionalismo popular que suele adaptar sus lemas a la situación del sentimiento popular en cada país o región en particular. El programa de Haya de la Torre era, dadas las circunstancias, irrealizable y utópico pero, con todo ello, es posible que se demuestre que su valor fue más duradero que el de cualquiera de sus rivales.

Hay que referirse brevemente a algunos de los desarrollos más importantes entre 1914 y 1930 en determinados países donde los movimientos obreros habían logrado cierta fuerza real. En Chile, como vimos antes,[6] el movimiento obrero había agrupado a gran número de militantes antes de 1914, especialmente entre los mineros de la región septentrional. Una central sindical, conocida como F.O.CH. había sido creada en 1919 y, tras un comienzo modesto, esta organización se inclinó agudamente a la izquierda durante la primera Guerra Mundial. En 1912, los socialistas, que habían actuado antes dentro del viejo Partido Demócrata, se separaron para establecer un Partido Obrero Socialista independiente. El Partido Demócrata, que simpatizaba fuertemente con el socialismo en su primera época, había per-

« Véase vol. IV, pp. 277 y 283-4.

dido ya casi todos sus alientos reformistas y la secesión fue encabezada por el importante líder sindical Luis Recabaren (1876-1924), que era además secretario general de la Federación Obrera Chilena. Después de la guerra, bajo la influencia de Recabarren, el Partido Socialista chileno se adhirió al Comintern y la F.O.CH. se afilió a la Internacional Roja de Sindicatos, la rival de la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam, son sede en Moscú. Pero pronto surgieron serios problemas dentro de la F.O.CH. Los ferroviarios se separaron de ella en 1923 y otros sindicatos los siguieron. La fuerza de la F.O.CH. declinó progresivamente, pero no fue sustituida por ninguna otra central sindical hasta 1936. Hasta entonces, los sindicatos de las diversas industrias actuaron por separado, bajo la influencia de uno u otro de los partidos obreros rivales.

Durante la guerra, la actividad del capital extranjero en Chile se redujo mucho y la aristocracia terrateniente aprovechó las dificultades económicas del país para restablecer su poder político. Esto condujo a una alianza de liberales, radicales y socialistas, que se unieron en 1920 para asegurar la elección presidencial del dirigente liberal Arturo Alessandri. Alessandri presentó un programa sustancial de reformas sociales y laborales y, frente a una violenta oposición, logró promulgar leyes que establecían el seguro contra accidentes de trabajo, la compensación por despido y el arbitraje en la solución de las disputas laborales. En 1924, no obstante, Alessandri fue derrocado por un golpe militar; pero los grupos del ejército que dieron el golpe estaban muy divididos entre sí, entre una facción conservadora que quería restaurar a la aristocracia en el poder y una facción izquierdista animada de ideas socialistas, pero sin ningún punto de vista teórico claro. Los dirigentes del segundo grupo eran los coroneles Marmaduke Grove (n. 1878) y Carlos Ibáñez (n. 1877). Los sindicatos, afectados por el lento progreso de las reformas de Alessandri, apoyaron en general a Grove y a Ibáñez; el Partido Obrero Socialista, afiliado entonces al Comintern, permaneció neutral, mientras que los socialistas no comunistas apoyaban en general a los coroneles revolucionarios. En la esperanza de consolidar el apoyo obrero, el directorio militar redactó un Código del Trabajo donde se reconocía a los sindicatos como personas legales, se limitaba el trabajo nocturno de las mujeres y los niños, se establecía un salario mínimo y se introducía el seguro contra enfermedades. Las disputas dentro del gobierno militar, sin embargo, continuaron; y los elementos más conservadores empezaron a imponerse. Esto produjo una revuelta de la izquierda militar dirigida por Grove e Ibáñez quienes, en 1925, depusieron al Directorio y llamaron a Alessandri para que asumiera de nuevo el poder. Los comunistas apoyaron al principio a Alessandri, pero pronto cambiaron de opinión, aunque éste presentó

un avanzado programa de reformas, que incluía una nueva Constitución democrática que garantizaba, entre otros cambios, la separación de la Iglesia y el Estado y el derecho de libre asociación, sancionando además, legalmente, la semana de trabajo de 48 horas. Pero cuando estallaron huelgas en gran escala, Alessandri se asustó y se lanzó a una política de represión, que le costó gran parte del apoyo popular. Al año siguiente, el coronel revolucionario Carlos Ibáñez fue electo presidente como candidato de la izquierda. Gobernó, sin embargo,, como dictador y, en 1931, cuando la depresión mundial empezaba ya a afectar a los chilenos duramente, una huelga general lo obligó a renunciar, dejando el poder en manos de un vicepresidente conservador. Al año siguiente se produjo un golpe de estado de izquierda, encabezado por el coronel Marmaduke Grove quien, con el apoyo de la fuerza aérea y la marina, proclamó a Chile república socialista. Grove introdujo de inmediato un programa de emergencia con medidas de auxilio, incluyendo la entrega obligatoria de los objetos empeñados en las casas de préstamos por los que estaban en mala situación, la creación de colonias agrícolas para los desempleados y el suministro de crédito para los pequeños negocios. Estas medidas bastaron para que los reaccionarios, con el apoyo de casi todo el ejército, organizaran un golpe contrarrevolucionario, dirigido por Carlos Dávila. Pero la nueva junta militar no logró mantenerse en el poder: pocos meses después Dávila huía y pronto Alessandri fue reelecto para ocupar la presidencia.

Aunque la Revolución socialista chilena de 1932 fracasó, tuvo importantes consecuencias a largo plazo porque había hecho surgir un gran entusiasmo popular y produjo una rápida consolidación de la fuerza sindical así como el desarrollo del Partido Comunista mejor organizado y más poderoso de América Latina. Estos acontecimientos, sin embargo, no caen dentro de los límites del presente capítulo.

En Brasil, aunque existían ya grupos socialistas,[7] no había surgido un Partido Socialista hasta 1916. Inmediatamente se produjo en sus filas una disputa entre los partidarios de la neutralidad en la guerra, especialmente alemanes e italianos, y los que favorecían la intervención de parte de los aliados, principalmente brasileños nativos y portugueses. En 1921, el Partido decidió por mayoría adherirse al Comintern y la minoría se separó para crear, en 1925, un partido rival, que no tuvo mucho éxito. En 1928, con gran apoyo sindical, se fundó un Partido Laborista, al estilo inglés, que pronto aumentó el número de sus miembros a 800 000 en 1930, sólo para disolverse a fines de la década de los treintas, cuando Getulio Vargas estableció una especie de Estado corporativo. Hasta 1929 no hubo una central sindical; pero en ese año

T Véase vol. IV, p. 283.

rgieron dos grupos rivales, uno bajo influencia comunista y otro 'ndicalista. Los comunistas, sin embargo, perdieron el control de la "••.G.T. brasileña en 1933 y procedieron a organizar otra central la Confederación Sindical Unida. En 1937 Vargas disolvió todas stas organizaciones y obligó a los trabajadores a entrar en su nuevo arco corporativo. La figura más importante del movimiento brasileño n este periodo fue Luis Carlos Prestes (n. 1898), una figura román-

tica que, al principio, no tuvo relación con el comunismo, aunque espués fue aceptado como su líder y se convirtió en miembro ejecutivo el Comintern. Prestes, que se había formado como ingeniero militar, participó en intentos insurreccionales ya en 1922 y 1924. A la cabeza de una banda mixta de soldados y campesinos, logró mantenerse por más de dos años, trasladándose de una región a otra, hasta que, en 1927, se refugió por fin en Bolivia. Hasta entonces había sido simplemente un rebelde, sin programa claro, pero de notable poder para levantar el entusiasmo popular. Invitado a Moscú, fue muy influido allí y, en 1934, entró finalmente al Partido Comunista, regresando a Brasil al año siguiente para participar en su lucha contra Vargas. Pronto fue arrestado y pasó nueve años en prisión, siendo liberado a la caída, de Vargas, para reasumir la dirección del Partido Comunista.

En Argentina, como ya hemos visto,[8] el poderoso Partido Socialista del doctor J. B. Justo y Alfredo L. Palacios (n. 1880), activamente asociado a la Segunda Internacional, había sufrido una división en 1913, cuando el poeta Manuel Ugarte (1878-1932) se separó a la cabeza de un pequeño grupo nacionalista. Durante la guerra de 1914-18, el Partido Socialista favoreció la neutralidad, aunque sus líderes más conocidos eran partidarios de la intervención al lado de los Aliados. En 1917, el partido se dividió nuevamente, separándose el ala izquierda para formar un Partido Socialista Internacional, que se adhirió al Comintern y se reorganizó como Partido Comunista. A pesar de la secesión, el viejo partido siguió creciendo y pudo lograr 18 diputados en las elecciones generales de 1925. Había participado en la Segunda Internacional reformada y seguía una línea estrictamente parlamentaria. En 1927, sin embargo, sufrió una tercera división, mucho más desastrosa, cuando una facción dirigida por Antonio de Tomaso se separó sosteniendo que la política oficial del partido no era suficientemente nacionalista. Los separatistas arrastraron consigo la mayoría del apoyo popular que tenían los socialistas y, en 1930, los socialistas independientes obtuvieron 109 000 votos y 10 diputaciones, mientras que el viejo partido, con 83 000 votos, sólo pudo obtener un asiento en el Congreso. Ese mismo año el presidente liberal, Hipólito Irigoyen

s Véase vol. IV, pp. 281-2.

(1852-1933) fue depuesto por un golpe militar, encabezado por los generales Agustín Justo y Uriburu. Este Justo no tenía relación alguna con el líder socialista J. B. Justo, que había muerto en 1925. Los restos del viejo Partido Socialista se unieron a los liberales protestando contra el golpe militar, pero no intentaron una resistencia activa. Los socialistas independientes, por otra parte, se pusieron de parte de los generales y contribuyeron a la elección de Justo como presidente. Esta actitud les costó pronto la pérdida de muchas simpatías y empezaron a discutir entre sí hasta que se desintegraron. El viejo partido, por su parte, aunque ganó fuerza por un tiempo, pronto empezó a perder terreno en favor de los comunistas.

En Uruguay, como vimos,[9] Emilio Frugoni (n. 1880) había organizado un Partido Socialista en 1910. Diez años después, el Partido decidió por mayoría afiliarse al Comintern y la minoría se separó encabezada por Frugoni. En los años veintes, este partido se mantuvo muy débil, aunque Frugoni obtuvo nuevamente una diputación en 1927. Cuando la depresión económica mundial afectó a la economía uruguaya, el presidente, Gabriel Torra, logró mantenerse en el poder por un golpe de Estado y Frugoni huyó a Argentina, pero luego regresó y asumió de nuevo la dirección del Partido Socialista. En los años siguientes, a pesar de la debilidad de los socialistas en las elecciones, Uruguay hizo importantes progresos en cuanto a legislación social, sobre los cimientos que había dejado el gran presidente radical, Batlle y Ordóñez. Esto corresponde, sin embargo, a una etapa que se sale de los límites de este capítulo.

Los otros dos países sobre los cuales parece necesario añadir algunas observaciones son Colombia y Nicaragua. En Colombia el acontecimiento más importante de los años veintes fue la lucha de los sindicatos contra la United fruit Company, de propiedad norteamericana. Esta lucha la iniciaron los sindicatos antes de que fueran controlados por los comunistas y empezó con el éxito de diversas huelgas locales tendientes a mejorar las condiciones de trabajo. Pero, en el curso de la gran huelga de los trabajadores de las plantaciones de plátano de Santa Marta, los comunistas controlaron el movimiento y trataron de convertir la huelga en una batalla política. En la represión que siguió murieron más de mil personas, más de 3 000 resultaron heridas y cerca de 500 fueron encarceladas. La fuerza de los sindicatos fue quebrada y la feroz represión continuó por largo tiempo después de la derrota de los trabajadores. En 1930 se fundó un nuevo Partido Laborista colombiano pero sólo en 1937 pudieron organizar los sindicatos una nueva Central.

9 Véase vol. IV, pp. 282-3.

Esto sucedía en un país que, hasta entonces, había conservado por mucho tiempo un régimen estable, bastante liberal.

En Nicaragua lo más digno de interés son las actividades del líder rebelde Augusto C. Sandino (1893-1934), que no era comunista ni siquiera marxista, sino un radical romántico antiimperialista que abrazó, sobre todo, la causa de los desgraciados trabajadores rurales. Nicaragua fue ocupada cuatro veces por fuerzas norteamericanas bajo sucesivos presidentes de los Estados Unidos; y esta situación se prolongó hasta que Franklin Roosevelt retiró por fin los contingentes de ocupación norteamericanos en 1933. La cuestión giraba en torno al derecho que reclamaban los Estados Unidos, según el Tratado Bryan-Chamorro, de construir un canal a través de Nicaragua y de establecer bases navales en el país. Durante la cuarta ocupación, en 1927, Sandino que sólo era entonces teniente del ejército, desobedeció una orden de rendirse a los norteamericanos y formó un pequeño ejército revolucionario que logró sostenerse en las montañas durante seis años, equipándose principalmente con las armas que capturaban y luchando contra las fuerzas de los Estados Unidos y las del gobierno títere, pro norteamericano. Con frecuencia se calificó a Sandino de "bandido" e, indudablemente, se vio obligado con frecuencia a aprovisionar a sus fuerzas haciendo incursiones a los distintos pueblos. Era, sin embargo, esencialmente un luchador revolucionario contra el imperialismo y sus hazañas le ganaron un gran renombre en toda América Latina. A pesar de ello, provocó una feroz hostilidad de los partidos comunistas latinoamericanos, tanto porque se negó a establecer una República soviética en las regiones controladas por sus soldados, como porque estaba de acuerdo con los apristas en la necesidad de fundar la lucha contra el imperialismo no sólo en el proletariado, sino más bien en una alianza de campesinos, trabajadores y clases medias nacionales contra la penetración extranjera. En 1933, al retirarse las fuerzas norteamericanas, descendió con sus soldados de las montañas y demandó que se les distribuyeran tierras. Invitado a comer con el presidente Somoza, fue arrestado por guardias nacionales cuando salía de palacio y fusilado de inmediato. Su movimiento murió con él y Somoza siguió gobernando Nicaragua como dictador por muchos años.

Lo dicho en este capítulo ilustra suficientemente la situación caótica del socialismo latinoamericano durante la etapa que estudiamos. Los únicos movimientos que intentaron darse una base continental en vez de la base limitada del nacionalismo fueron los apristas y los comunistas; y éstos, a pesar de su hostilidad común al imperialismo yanki, eran totalmente antagónicos entre sí. Ni unos ni otros lograron en ningún momento, construir un apoyo sólido en todo el continente. Los apristas tenían, efectivamente, partidarios en muchos países además del

Perú pero nunca se extendieron eficazmente a Argentina y Uruguay. Los comunistas lograron establecer organismos "anexos" y centrales sindicales en muchos países, cubriendo una extensión mayor pero, en muchos lugares, no existían más que nominalmente y, donde tenían cierta fuerza real, tendían a seguir políticas divergentes en los diversos países y a mostrarse muy recalcitrantes cuando recibían órdenes del Comintern que no eran de su agrado. El mismo Comintern sufría de ambigüedad política al pretender insistir en una base estrictamente proletaria en todos los partidos comunistas y, al mismo tiempo, mostrarse solidario con los movimientos de "liberación" nacional aun cuando éstos no estuvieran controlados por los comunistas. La situación se facilitó temporalmente para los comunistas en los treintas cuando, para lograr todo el apoyo posible contra el fascismo, empezaron a abogar por el "Frente Popular", pero esta facilidad no duró mucho tiempo, cuando el fascismo y el nacionalismo se aliaron cada vez más estrechamente en esos movimientos a los que se llamó más tarde "peronismo" y apelaron eficazmente a un sector considerable de los trabajadores industriales sobre la base de un nacionalismo agresivo combinado con el ataque a las tradicionales aristocracias terratenientes. Pero estos acontecimientos se produjeron, en su mayoría, mucho después del periodo a que se refiere este volumen y me veo obligado a detener la historia del socialismo en América Latina en un momento del todo inconveniente, para evitar penetrar demasiado en la etapa que he reservado para el último volumen.

CAPÍTULO XXV

EL SURGIMIENTO, FRACASO Y RENACIMIENTO DEL COMUNISMO EN CHINA

En China, como vimos en un capítulo anterior de este estudio,[1] no hubo prácticamente, hasta 1914, un movimiento socialista, aunque había ideas socialistas, cuyo exponente más notable fue Sun Yat Sen (1866-1925). El elemento socialista en el pensamiento de Sun Yat Sen se expresó fundamentalmente en su concepción del "modo de vida del pueblo", como uno de los "tres principios" sobre los cuales debía basarse la acción política. Este principio lo colocó en contra de las poderosas fuerzas que mantenían al pueblo chino en la pobreza y la sujeción y desperdiciaban la energía nacional, impidiendo el desarrollo económico. Lo enfrentó a los imperialistas que explotaban a China desde el exterior y trataban de establecer esferas de influencia para ellos o de actuar conjuntamente en un "consorcio" para el dominio del país en general. Lo opuso a los "señores de la guerra" que controlaban regiones determinadas y malgastaban la energía popular en sus conflictos destructivos, en los cuales se mostraban con frecuencia dispuestos a favorecer a los imperialistas para lograr su apoyo contra otros señores feudales, sus rivales. Los colocó contra los terratenientes y usureros; contra los primeros porque constituían una clase cuyas exacciones empobrecían a los campesinos y les impedían mejorar sus métodos de cultivo y de tener acceso a los mercados en condiciones justas, y contra los segundos porque formaban un grupo que aprovechaba las dificultades de los campesinos para cobrar excesivos intereses por sus préstamos. También, en cierta medida, lo opuso a los capitalistas que empleaban mano de obra en condiciones injustas; pero era mucho menos hostil a los capitalistas como clase que a los terratenientes, porque los capitalistas eran, en general, partidarios del desarrollo económico. En su caso, consideraba necesario más bien un mejoramiento obligatorio de las condiciones de trabajo que su desplazamiento inmediato. En la industria, Sun Yat Sen quería una economía planificada donde un nuevo tipo de gobierno pudiera asumir la dirección en un proceso de desarrollo económico rápido, administrando parcialmente las nuevas industrias bajo sus auspicios, pero también utilizando a los capitalistas como sus agentes mediante controles que asegurarían mejores niveles de vida para los trabajadores que ellos emplearan.

[1] Véase vol. IV, capítulo xxvi.

Las ideas esenciales de Sun Yat Sen fueron analizadas en el volumen IV de este estudio[2] y no es necesario examinarlas de nuevo. Era, esencialmente, un demócrata nacionalista, que consideraba que la democracia suponía la necesidad de un nivel de vida satisfactorio para todo el pueblo y, por tanto, se mostraba partidario de un plan democráticamente controlado de desarrollo económico, mediante el uso de las técnicas avanzadas adoptadas en Occidente, pero adaptadas a las condiciones chinas y que desarrollara, en vez de destruirlo, el tradicional modo de vida chino, por el cual sentía gran respeto. Como hemos visto, después de ocupar la presidencia de la República china en la Revolución de 1911, renunció al cargo en la esperanza de que el país se unificara como una sola República con Yuan Shih-Kai y aceptó un puesto que lo responsabilizaba en la ejecución de un gran plan de reorganización económica. Pero Yuan tenía otras ideas e intentó hacerse emperador y Sun Yat Sen se encontró sin fuerza alguna para poner en práctica sus proyectos. En lugar de la unidad nacional democrática con la que soñaba, China se dividió, especialmente después de la muerte de Yuan en 1916, en numerosos territorios dominados por señores feudales enemigos, conservando Sun y los republicanos un precario control en el Sur y aprovechando los japoneses la preocupación de las grandes potencias por su propia guerra en Occidente para establecer, según los "veintiún puntos" de 1915, una hegemonía real sobre gran parte del país.

Se produjo entonces la Revolución en Rusia, seguida por la denuncia del gobierno soviético de los tratados nada equitativos impuestos a China antes de 1914. Por algún tiempo después de la Revolución bolchevique los rusos no estuvieron en posición de actuar eficazmente en el Lejano Oriente. Sólo cuando la guerra civil terminó en 1920 la Rusia asiática quedó realmente controlada por los bolcheviques; y, aun entonces, tardaron en liquidar la intervención japonesa y a las fuerzas restantes de los rusos blancos. Pero, tan pronto como terminó la guerra civil en la Rusia asiática, la cuestión de las relaciones entre las Revoluciones rusa y china adquirió una importancia inmediata y considerable. Los rusos, que se consideraban los iniciadores de una Revolución mundial que se extendería rápidamente a todos los países, tenían que decidir la política a adoptar en relación con la inconclusa Revolución china y, además, qué camino había que recomendar a sus partidarios en China que no eran todavía más que un pequeño grupo de intelectuales, pero que ya pensaban en el establecimiento de un Partido Comunista chino afiliado al Comintern.

El movimiento comunista chino se había originado en un plano

2 Véase el vol. IV, p. 361.

reducido como resultado directo de la Revolución bolchevique. Se inició en la primavera de 1918, con la formación de grupos de estudios marxistas en Pekín, bajo la influencia de dos intelectuales, Li Ta-Chao y Ch'en Tu-Hsiu, ambos profesores de la Universidad. Un año después surgió el llamado movimiento "del cuatro de mayo", la primera ola de la serie de demostraciones y manifestaciones antiimperialistas de los años que siguieron a la guerra. Este movimiento no era de ninguna manera exclusivamente comunista, ni siquiera en su mayoría: surgió cuando el comunismo apenas existía como fuerza organizada. Pero, aunque se originó principalmente entre intelectuales y especialmente estudiantes, es importante porque reunió un considerable apoyo de los trabajadores y dio origen a la primera ola de huelgas con un fin político. Extendiéndose de ciudad en ciudad, incluyó un amplio boicot a los productos japoneses y fue acompañado de un creciente movimiento literario y artístico de nacionalismo cultural. Ese mismo año —1919— Sun Yat Sen, en unión de Tan Shao-Yi y Wu T'sin-Fang, constituyeron un nuevo gobierno republicano nacionalista en Cantón, en oposición a los señores feudales que controlaban la China septentrional y central.

En la primavera del año siguiente —1920— los estudiantes chinos en París formaron un Grupo Juvenil Comunista, la primera organización china decididamente comunista; y Yang Ming-Chai volvió a China acompañado de V. S. Voitinsky (n. 1887), representante del Comintern. Voitinsky entró en contacto con Li Ta-Chao en Pekín y con Ch'en Tu-Hsiu, entonces en Shanghai, y dio con ellos los primeros pasos para la fundación de un Partido Comunista chino. Empezaron fundando en Shanghai, en el mes de agosto, un Grupo Juvenil Comunista, que se convirtió en el núcleo de la Organización de la Juventud Comunista China, creada en 1925. Al mes siguiente, se reunió en Shanghai una Conferencia para considerar la creación de un Partido comunista, incluyendo los delegados a Chang Tai-Lei, Shao Li-Tzu y Chang Tun-Sun, así como a Ch'en Tu-Hsiu; pero no se produjeron resultados inmediatos, por desconocerse todavía en China las decisiones del Segundo Congreso del Comintern en favor de la colaboración de los comunistas con los movimientos de liberación nacional en los países coloniales. Casi al mismo tiempo Wu Pei-Fu, caudillo de Chihli se unió a Chang Tso-Lin, de Manchuria, para destruir al grupo de Anfu, que controlaba al gobierno de Pekín, encabezado por Tuan Chi-Jui —que cayó de inmediato. Su sucesor entabló negociaciones rápidamente con el gobierno soviético y con el de la recién establecida República del Lejano Oriente, llegándose a un acuerdo provisional, sólo para abandonarlo cuando el gobierno de Pekín, en la esperanza de granjearse el favor de las potencias occidentales, rompió las negocia-

ciones. El gobierno ruso cambió entonces de lírea y, en octubre de 1920, Chicherin envió una carta a Sun Yat Sen, presidente de la República en el Sur de China, proponiéndole convenios comerciales. Esta carta, sin embargo, no le llegó a Sun Yat Sen hasta julio del año siguiente —cuando ya se habían dado nuevos pasos para la formación de un Partido Comunista en China. En julio de 1921, en un Congreso inaugurado en Shanghai y continuado en Kashing, un grupo de doce delegados fundó un Partido Comunista chino, con Ch'en Tu-Hsiu, que estaba en Cantón, como presidente. Mao Tse-Tung (n. 1893) estaba entre los delegados y C. Maring (cuyo verdadero nombre era H. Sneevliet)[8] de Indonesia asistía en nombre del Comintern. Al mismo tiempo se creó en Shanghai una Unión Sindical China —antecedente de la Federación China de Trabajadores establecida un año después en Cantón— con Chan Kuo-Tao como dirigente y se iniciaron los esfuerzos por organizar a los trabajadores urbanos sobre una base nacional. Dos o tres meses después, una rama del Partido Comunista se fundó en Human, con Mao como secretario —el primer paso hacia la creación de un movimiento revolucionario campesino para actuar en alianza con los trabajadores urbanos— y P'eng Pai comenzó a organizar un movimiento semejante entre los campesinos de Kwangtung.

Todas estas actividades no pasaban aún de una pequeña escala. Ese mismo año —1921— los sureños reunieron al mayor número posible de miembros del Parlamento de 1913 y este falso congreso eligió a Sun presidente de la República China. En 1922, sin embargo, los señores feudales del Sur se fatigaron del gobierno de Sun y lo expulsaron temporalmente de Cantón, a donde no regresó hasta el año siguiente. A principios de 1922 se había producido una gran huelga de marinos chinos en Hong Kong, que se extendió a Cantón y las regiones adyacentes y tuvo un éxito considerable. Los comunistas participaron activamente en estos movimientos y lograron obtener muchas posiciones de influencia en los sindicatos, creados para dirigir los movimientos. Chang Kuo-T*ao representó a los trabajadores chinos en la Conferencia de Trabajadores Orientales celebrada en Rusia, en enero de 1922; y, a su regreso, se creó una Federación China de Trabajadores, que efectuó su primera Conferencia en Cantón, en mayo de 1922; con 170 delegados que representaban en total a cerca de 100 sindicatos. Al mismo tiempo, la Juventud Comunista de China realizó su primera Conferencia y, ese mismo mes, se celebró el segundo Congreso del Partido Comunista chino, que eligió a Ch'en Tu-Hsiu como secretario general y presidente de la Oficina Política. Este Congreso lanzó también el primer Manifiesto del Partido, que definía su

[8] Sobre Sneevliet, véase la p. 823.

política de apoyo a la "revolución democrática". El Manifiesto declaró que este apoyo no significaba una "rendición a los capitalistas", pero que la destrucción del sistema feudal era absolutamente necesaria para acrecentar el poder del proletariado y constituía un interés del proletariado como clase. Declaraba que la oposición de capitalistas y proletariado se desarrollaría sólo cuando el capitalismo chino, todavía en sus primeras etapas, hubiera avanzado más y que, una vez llegado ese momento, el proletariado tendría que lanzarse a la lucha "por la dictadura del proletariado", aliado a los campesinos pobres contra la burguesía, pero que, por el momento, la necesidad primaria era un programa que aunara los intereses comunes de trabajadores, campesinos y pequeña burguesía, como presupuesto para su liberación de la opresión y para la creación de "un frente unido democrático de trabajadores, campesinos pobres y pequeña burguesía". Los trabajadores, no obstante, "no deben convertirse en apéndice de la pequeña burguesía dentro de este frente unido democrático, sino que deben luchar por sus propios intereses de clase". "Es, por tanto, imperativo que los trabajadores se organicen en un Partido [esto es, el Partido Comunista] y en los sindicatos." Proclamándose el "partido del proletariado", el Partido Comunista chino anunciaba que sus fines eran "organizar al proletariado y luchar por la dictadura de trabajadores y campesinos, la abolición de la propiedad privada y el paso gradual a una sociedad comunista". Su programa inmediato incluía "el cese de los desórdenes internos, la eliminación de las camarillas militares y el establecimiento de la paz interna; la supresión de la opresión del imperialismo internacional y la total independencia de la nación china; la unificación de la China continental (incluyendo Manchuria) en una genuina República democrática; la liberación de Mongolia, Tibet y Sinkiang y el establecimiento de una República Federal China que las unificara a China en una federación libre; el derecho ilimitado de voto para todos los trabajadores y campesinos, de cualquier sexo, en todas las asambleas y consejos municipales y libertad plena de palabra, reunión, publicación, asociación y huelga; además, una legislación protectora de los trabajadores, campesinos y las mujeres: incluyendo, entre otras medidas, la jornada de ocho horas, la legislación sobre las fábricas y el seguro, abolición del sistema de contratos existente, protección a los desempleados, limitación de las rentas de la tierra, un impuesto nacional sobre la tierra, un impuesto progresivo sobre la renta, abolición de todos los impuestos extraordinarios como el *likin,* abolición de la legislación limitativa de los derechos de la mujer e institución de un mejor sistema educacional".

Este programa era, al mismo tiempo, revolucionario y reformista. Sus demandas laborales específicas eran reformistas: su revolucionarismo se mantenía cuidadosamente dentro de los límites de la Revolu-

ción "democrática", distinguiéndola de la socialista o de la comunista. Su intención inmediata era trabajar por la integración de un frente unido democrático constituido por trabajadores, campesinos y pequeña burguesía, conservando su identidad como Partido dentro de este frente y tratando de organizar un movimiento sindical independiente, bajo la influencia comunista. El propósito ulterior era el desarrollo de la fuerza de las organizaciones de lucha de los trabajadores, para "preparar el camino al establecimiento de soviets, en unión de los campesinos pobres, y lograr la liberación definitiva". El Partido Comunista chino se proclamaba además "una sección de la Internacional comunista" y declaraba que "sólo una alianza del proletariado mundial y los pueblos oprimidos puede conducir a la liberación del mundo entero".

Había en todo esto cierta confusión. El Partido Comunista chino llamaba a "las masas oprimidas de toda china" a luchar en común con los trabajadores y campesinos pobres *bajo la bandera del -partido* y parecía concebir así un frente unido dirigido por o inclusive integrado al Partido Comunista. No mencionaba a ningún otro partido que debiera formar parte del proyectado frente unido —no se refería, por ejemplo, al Kuomintang, partido de Sun Yat Sen y de la revolución democrática. No obstante, los delegados no podían suponer que el Partido Comunista, todavía muy pequeño entonces, fuera a convertirse en el partido de las masas populares en la lucha por la revolución democrática, aunque esperaran que llegara a ser el partido de masas de la revolución proletaria que se produciría después. Tampoco era claro el sentido del término "proletariado", ya que no se aclaraba si incluía a los campesinos además de los trabajadores industriales o si el papel de los campesinos era considerado paralelo o subordinado al de los trabajadores industriales. Lo único claro entonces era que se producirían dos revoluciones sucesivas, una democrático-nacional y otra proletaria, y que el Partido Comunista pensaba impulsar la primera en ese momento, pero sin dejar de organizar y preparar sus fuerzas para la segunda. Las ambigüedades de la política trazada en el verano de 1922 darían origen pronto a muchas dificultades y disputas; pero, por el momento, constituían la base para determinar en qué condiciones era factible para los comunistas desempeñar su papel en la revolucióí nacional fundándose en una especie de frente unido de trabajadores, campesinos y pequeña burguesía. Se observará que no se mencionaba en absoluto a la gran burguesía como integrante de este frente y q e no se sugería que los comunistas debieran unirse al Kuomintang, ni siquiera convertirse en sus aliados.

El Kuomintang era entonces el partido, de organización flexible, de Sun Yat Sen y la revolución nacional. Era un partido nacionalista Je amplias bases, que incluía a gran número de elementos burgueses

que no coincidían de ninguna manera con la política radical y en muchos aspectos socialista de Sun. Sus miembros y simpatizantes estaban muy indefinidos, especialmente en el centro y el norte de China, donde los señores feudales rivales poseían el poder político. Era, en efecto, menos un partido que una asociación flexible de grupos e intereses unificada contra los señores feudales y las potencias imperialistas y dedicada en general a la lucha por la independencia nacional, dentro del marco de una república democrática. Sin embargo, con todas sus limitaciones era la única organización de masas de la Revolución China; y los comunistas no podían evitar definirse con respecto a ella.

Lo hicieron en una sesión plenaria del Comité Central, a la que asistió Maring (Sneevliet) del Comintern, en agosto de 1922. Se decidió entonces que los comunistas, sin disolver su propio partido, participaran en el Kuomintang como individuos y trataran de lograr posiciones clave dentro del mismo, "presionando desde adentro" —para utilizar la expresión norteamericana *(boring from within).* La política de colaboración con el Kuomintang recibió la aprobación del Cuarto Congreso del Comintern, realizado en Moscú en noviembre de 1922, donde Radek se manifestó en favor de una alianza entre los comunistas y el Kuomintang, aunque nada se dijo oficialmente en Moscú ni en favor ni en contra de la política de infiltración comunista dentro de las filas del Kuomintang. Esta decisión parece haber sido tomada, sobre la responsabilidad de Maring y aceptada con cierta vacilación por los dirigentes comunistas chinos, después que Maring logró el acuerdo de Sun Yat Sen. Sun reveló después, en una nota manuscrita que aún se conserva, que lo hizo sólo con la condición de que los comunistas aceptaran la disciplina de la dirección del Kuomintang.

En todo caso, la infiltración se efectuó. En esta época llegó a China A. I. Yoffe (?-1923), como representante, no del Comintern, sino del gobierno soviético. Se dirigió primero a Pekín, donde intentó negociar con el nuevo gobierno chino que se había constituido allí bajo el control del caudillo Wu Pei-Fu, después que éste se enemistó con su antiguo aliado, Chang Tso-Lin y lo obligó a regresar a Manchuria. Wu, sin embargo, no se sentía inclinado a llegar a un acuerdo con Rusia al precio de oponerse a las potencias occidentales; y, después de algunos meses de infructuosa espera, Yoffe prosiguió hacia el Sur y, en Shanghai, se reunió con Sun Yat Sen quien, como vimos, había sido expulsado de Cantón en junio. Yoffe, sin esperanza ya de llegar a un acuerdo con Pekín, estaba dispuesto ahora a negociar con Sun y, después de grandes discusiones, ambos suscribieron el famoso comunicado de enero de 1923, ya citado parcialmente en el volumen IV de este estudio.[4] En este documento, Sun y Yoffe acordaron que las

* Véase vol. IV, p. 364.

condiciones necesarias para la introducción del socialismo o del comunismo no existían todavía en China y Yoffe declaró además que "el problema más permanente e importante de China es lograr la unificación nacional y la plena independencia nacional" y aseguró la más cálida simpatía y apoyo de Rusia y del pueblo ruso a estos fines. Esta declaración correspondía muy bien, obviamente, a la política de infiltración comunista dentro del Kuomintang y preparaba además el camino a la ayuda rusa para la reorganización del Kuomintang como un partido de masas centralizado y disciplinado. Poco después, Sun pudo regresar a Cantón, que se convirtió nuevamente en la sede del gobierno republicano del Sur.

Entretanto, en febrero de 1923, había estallado una huelga general en el ferrocarril de Pekín-Hankow, dirigida principalmente por los comunistas. Wu Pei-Fu reprimió despiadadamente la huelga, fusilando a numerosos trabajadores, incluyendo a los principales comunistas comprometidos, entre los cuales se encontraban Lin Hsiang-Ch'ien y Chao Shih-Yen. Las medidas extremadamente severas adoptadas para aplastar la huelga demostraron a los sindicatos su debilidad frente a la decisión de los caudillos militares de utilizar la fuerza armada contra ellos y fortaleció el deseo de los dirigentes comunistas de controlar el Kuomintang. El tercer Congreso del Partido Comunista, que se reunió en junio en Cantón, lanzó un Manifiesto que solicitaba la cooperación con el Kuomintang en la lucha nacional y, en esta ocasión, incluía a los "comerciantes pacíficos y moderados" entre los grupos conscientes de la opresión. Afirmaba que el Koumintang "sería la fuerza central en la revolución nacional y asumiría su dirección", criticándolo al mismo tiempo porque buscaba la ayuda extranjera para la revolución nacionalista y se concentraba en la acción militar, "descuidando la propaganda dirigida al pueblo". Instaba al Kuomintang a corregir esos errores y a tomar la iniciativa en cuanto a propaganda de masas pero, al mismo tiempo, declaraba que su tarea propia —la del Partido Comunista— era la propaganda entre los trabajadores y campesinos, reafirmando su dedicación a los intereses de la clase trabajadora. Ch'en Tu-Hsiu fue reelecto como secretario general y máximo dirigente del Politburó. El Comité Central, que se reunió en agosto, decidió mantener la independencia sindical respecto al Kuomintang prosiguiendo, al mismo tiempo, la política de infiltración comunista dentro de esa organización. Al mes siguiente Michael Borodin (1890-1954) llegó a Cantón como emisario de Rusia frente a Sun Yat Sen y procedió, en unión de Sun, a reorganizar el Kuomintang como partido centralizado al estilo ruso. Se celebró en Cantón, en enero de 1924, un Congreso nacional del Kuomintang para llevar a efecto la reorganización y este congreso se pronunció en favor de una alianza con el gobierno

soviético ruso y con el Partido Comunista chino y del apoyo a los movimientos de trabajadores y campesinos. En el nuevo Comité Ejecutivo del Kuomintang había tres comunistas —Li Ta-Chao, Tan P'ing-Shan, y Yü Shu-Te— y además, otros seis miembros sustitutos, uno de los cuales era Mao Tse-Tung. Poco después, el Kuomintang estableció la Academia Militar de Whampoa, con el fin de entrenar a los jefes militares de un nuevo ejército revolucionario, con Chiang Kai-Shek a la cabeza y Chou En-Lai (n. 1898) como jefe de su Departamento político. Así puso en marcha el Kuomintang reorganizado sus preparativos para emprender la ofensiva contra los señores feudales que dominaban la mayoría del país.

En 1923 seguía existiendo en Pekín un gobierno republicano fantasma bajo la protección de Wu Pei-Fu. El presidente nominal era Ts'ao Kun, bajo cuyos auspicios se proclamó una nueva Constitución en octubre de ese año. Pero, en 1924, el llamado "general cristiano", Feng Yu-Hsiang, expulsó a Wu de Pekín y, bajo sus auspicios, el antiguo primer ministro de 1916, Tuan Chi-Jui, asumió el cargo de Jefe del Ejecutivo. Tuan, consciente de su debilidad, procedió a entablar negociaciones con el gobierno del Sur y, a fines del año, Sun Yat Sen se dirigió hacia el Norte para conferenciar con él y con Feng acerca de las posibilidades de unificación. En enero de 1925 el Partido Comunista chino, que celebró su cuarto Congreso, primero en Cantón y después en Shanghai, decidió ampliar su organización estableciendo Oficinas especiales para la China septentrional y central, bajo la dirección respectiva de Ts'ai Ho-Shen y Chang Kuo-T'ao. En febrero Tuan celebró una serie de conferencias con Sun y otros líderes acerca de la reorganización nacional; pero, en medio de estas conferencias Sun Yat Sen se enfermó gravemente y murió en Pekín, en marzo de 1925, privando así al Kuomintang y a la Revolución China de su líder más importante y respetado. En estas circunstancias, no se llegó al proyectado acuerdo y los caudillos rivales continuaron con sus conflictos sin cuartel. En mayo la Federación China de Trabajadores efectuó su segundo Congreso en Cantón, esta vez con 281 delegados en representación de 166 sindicatos. Liu Wei-Min fue electo presidente y Teng Chun-Hsia secretario general. Ese mismo mes se produjeron serios incidentes en Shanghai, donde manifestantes antiimperialistas fueron disueltos a tiros por la policía del Acuerdo Internacional, muriendo 13 de ellos. Se produjo entonces una huelga general en Shanghai, que se extendió a otros lugares, incluyendo Hong-Kong, donde los trabajadores se dirigieron a Cantón y bloquearon el puerto británico. En un tumulto en Shameen, cerca de Cantón, los marinos ingleses dispararon sobre los. huelguistas y muchos resultaron muertos y heridos. Una ola de manifestaciones antibritánicas y antijaponesas se extendió a la mayoría:

de las ciudades chinas. Los comunistas se pusieron a la cabeza de este movimiento, conocido como el "Movimiento del 30 de mayo" y el número de miembros del Partido Comunista chino, que había sido menor de 1 000, se elevó rápidamente a más de 20 000. Al mismo tiempo en Hunan, Mao Tse-Tung comenzó a organizar a los campesinos como fuerza revolucionaria pero al principio no se le prestó mucha atención por parte de los dirigentes del partido, que estaban ocupados en su labor dentro del Kuomintang y pensaban sobre todo en los sindicatos y en la clase trabajadora urbana.

La muerte de Sun Yat Sen fue objeto de grandes demostraciones de duelo en toda China. Como vimos, dejó un Testamento[6] que sirvió, al menos nominalmente, como base para la política del Kuomintang de reconstrucción nacional. Para conmemorar su obra y preparar dirigentes para la próxima revolución china, se creó en Moscú la Universidad Sun Yat Sen en 1925, con Radek como primer rector.

En enero de 1926 el Kuomintang efectuó su segundo Congreso Nacional en Cantón; y, en esta ocasión, los comunistas dominaron ampliamente las sesiones, logrando 7 representantes y 24 suplentes en el Comité Ejecutivo Central. Pero esto era más de lo que podía soportar el ala derecha del Kuomintang y, en marzo, Chiang Kai-Shek organizó un golpe contra los comunistas e indujo al Ejecutivo del Kuomintang a aprobar una resolución donde se eliminaba a los comunistas de las posiciones dirigentes del partido. No obstante, ni siquiera esto produjo una ruptura entre el Kuomintang y los comunistas, que siguieron esperando que la mayoría los seguiría más que a Chiang, ocupado en dar los toques definitivos a su proyectada Expedición hacia el Norte, contra los caudillos feudales de la China central y septentrional. En mayo la Federación China de Trabajadores, que representaba entonces a más de medio millón de sindicados, efectuó su tercer Congreso en Cantón, y eligió a Su Chao-Cheng como presidente. En julio se inició la Expedición hacia el Norte que efectuó un rápido avance hacia la China central, ocupando Hankow en septiembre de 1926. En noviembre el gobierno nacionalista, que incluía a 3 comunistas, se trasladó de Cantón a Wuhan, en Hupeh; representaba a los elementos del Kuomintang dispuestos aún a cooperar con los comunistas. Chiang, por otra parte, y el ala derecha del Kuomintang, se habían colocado ya por entonces abiertamente contra la izquierda. Borodin, el principal responsable de la reorganización del Kuomintang, había sido despedido antes del inicio de la Expedición hacia el Norte y cuando el hindú M. N. Roy llegó a China, en diciembre de 1926, para representar al Comintern se encontró que había terminado el acuerdo logrado por Borodin.

o Véase \;J. IV, p. 361.

El gobierno de Wuhan siguió representando por algún tiempo la alianza entre el Kuomintang y los comunistas pero no controlaba a Chiang ni las fuerzas armadas bajo su mando. Chiang prosiguió su avance militar, ayudado por las huelgas y disturbios campesinos y por deserciones en gran escala de los ejércitos de los caudillos que intentaban presentarle oposición. En marzo de 1927 había tomado Nanking y avanzaba sobre Shanghai. En Sanghai se produjo un levantamiento dirigido por los comunistas cuando Chiang se aproximaba a la ciudad, ayudándolo a tomarla; pero, al mes siguiente, después de romper con el gobierno de Wuhan, organizó un golpe anticomunista en Shanghai y Nanking, desbandó a las organizaciones de izquierda y ejecutó a miles de militantes comunistas, sindicalistas y otros izquierdistas Mientras continuaba este reinado del terror el Partido Comunista chino realizó su quinto Congreso en Mankovv, todavía en manos del gobierno de Wuhan, cuya autoridad había desconocido Chiang. El Partido Comunista registró en este Congreso un número de 50 000 miembros. Los delegados denunciaron abiertamente a Chiang y al ala derecha del Kuomintang, pero todavía se resistían a reconocer que la alianza con el Kuomintang había terminado completamente y esperaban mantener buenas relaciones con la facción de Wuhan. Él Partido Comunista era dirigido todavía por Ch'en Tu-Hsiu, quien seguía abogando por una acción unificada con la izquierda del Kuomintang. Los miembros del Buró Político elegidos en el Congreso incluían, entre otros, a Ts'ai Ho-Shen, jefe de la Oficina del Partido en la China septentrional, a Li Si-San, líder del ala izquierda del Partido, Ch'ü Ch'iu-Pai, que pronto sucedería a Ch'en como secretario general, Chang Kuo-T'ao, sindicalista prominente, que había sido secretario de la Federación China de Trabajadores, T'ang P'ing-Shan, Ministro de agricultura en el gobierno de Wuhan, Su Chao-Cheng, Ministro de trabajo del gobierno de Wuhan y Chou En-Lai, uno de los principales lugartenientes de Mao en la larga lucha de los años treintas y cuarentas. Representaba, así, a los principales grupos comunistas, pero esta aparente unidad fue de corta duración. En junio de 1927, los comunistas chinos apelaban aún al ala izquierda del Kuomintang para que encabezara la Revolución y dirigiera la lucha contra Chiang y sus partidarios derechistas; y, a principios de julio, todavía trataban de llegar a un acuerdo con el gobierno de Wuhan. Pero entonces, por instrucciones de Moscú, cambiaron abruptamente su política, ordenaron a sus representantes que abandonaran el gobierno de Wuhan y reorganizaron la Oficina Política para excluir a Ch'en Tu-Hsiu y sus partidarios. Así terminó la cooperación del Partido Comunista con el Kuomintang y, con ella, se puso fin a la dirección del Partido por Ch'en. Al mismo tiempo, Borodin salió de Wuhan y escapó a Rusia con sus ayudantes que no cayeron

víctimas de las represalias de Chiang. La influencia rusa terminó en China y Ch'íen fue el chivo expiatorio del fracaso del intento del Partido Comunista de colaborar con el movimiento revolucionario nacionalista.

Para poner en práctica plenamente los cambios en la dirección comunista y en su política, implícitos en el nuevo giro de los acontecimientos, el Partido Comunista chino efectuó una Conferencia de Emergencia en agosto de 1927. Ch'ü Ch'iu-Pai fue electo, en lugar de Ch'en, como secretario general del Partido; un nuevo Comité Central, que excluía a los partidarios de Ch'en, fue electo y se decidió adoptar un programa más radical sin conciliar ya las susceptibilidades del Kuomintang. Las numerosas ejecuciones de líderes comunistas y obreros por órdenes de Chiang y la supresión forzosa de muchas organizaciones de izquierda habían significado un duro golpe para el Partido Comunista que, además, tropezaba con cierta dificultad para desprenderse completamente de su relación con el Kuomintang. La represión de la izquierda se hizo cada vez más severa y obligó a los comunistas y a los sindicatos a actuar en la clandestinidad. Pero también provocó insurrecciones locales en diversas regiones —especialmente en Hunan, bajo la jefatura de Mao Tse-Tung. La insurrección de Hunan fue esencialmente un movimiento campesino, aunque se autoproclamaba un levantamiento de trabajadores y campesinos. Como vimos, Mao se había dedicado a organizar a los campesinos de Hunan desde hacía dos años y, en 1927, su movimiento ya agrupaba a más de 2 millones. Los insurgentes de Hunan pedían ahora la total separación del Kuomintang, el establecimiento de un ejército revolucionario de trabajadores y campesinos, la confiscación de las propiedades de los terratenien tes, la implantación de un régimen local comunista y la organización de soviets. El levantamiento fue rápidamente aplastado y Mao fue inclusive reprendido por el Comité Central comunista por haberlo dirigido; pero el movimiento campesino no fue sometido y Mao siguió encabezándolo.

Hubo otros levantamientos locales. En septiembre, bandas comunistas ocuparon Swatow y se mantuvieron allí por unos días antes de ser expulsadas; en octubre, P'eng Pai creó soviets en Kwantung y los mantuvo varios meses; y, en noviembre, Mao organizó nuevamente un régimen soviético local en parte de Hunan. En diciembre los trabajadores se levantaron en Cantón dirigidos por Chang T'ai-Lei —quien murió en la pelea— y fundaron una Comuna de corta vida. Este levantamiento, a diferencia del de Mao, tenía todo el apoyo de la dirigencia comunista y del Comintern. Fue seguido, en enero de 1928, por otro levantamiento campesino, esta vez en el Sur de Hunan, bajo la jefatura de Chu Teh, que unos meses después se unió a Mao para

formar el Cuarto Ejército Rojo —todavía sin el apoyo del Partido Comunista chino, que seguía dando poca importancia a los movimientos campesinos e insistiendo en que sólo el proletariado urbano podía desempeñar el papel director en la Revolución. En vista del control de las ciudades por las fuerzas del Kuomintang y de la severa represión a la que eran sometidos los trabajadores urbanos, semejante política no tenía perspectiva de éxito inmediato y amenazaba, de hecho, con provocar desastrosas represalias sobre el movimiento obrero. Pero los dirigentes comunistas se encontraban en este momento en un estado de extrema desorientación. Hasta la rebeldía de Chiang Kai Shek, los comunistas habían confiado en que podrían apoderarse del control del Kuomintang y utilizarlo como su instrumento, primero para realizar la Revolución burguesa y después para echar las bases de la toma del poder por el proletariado. Dirigidos principalmente por intelectuales de las ciudades y dominados por la influencia de la Revolución rusa habían dirigido su máximo esfuerzo organizador hacia los sindicatos, que en 1927 habían aumentado el número de sus miembros hasta cerca de 3 millones, afiliados a la Federación China de Trabajadores. Comprendían que una revolución, para triunfar, necesitaba del apoyo campesino; pero consideraban a los campesinos simplemente como auxiliares de un movimiento dirigido y controlado por los trabajadores de las ciudades, mucho menos numerosos, pero más articulados, mientras que Mao ya había cobrado conciencia de que la Revolución china, para avanzar más allá de la etapa puramente burguesa, tendría que ser principalmente un movimiento campesino, basado en un programa que atrajera directamente a éstos. Incapaz en ese momento de influir en la dirección nacional, Mao persistió en seguir su propio camino, permaneciendo hasta cierto punto al margen de los consejos centrales del partido y resistiendo la influencia rusa y del Comintern. Al actuar así Mao salvó al comunismo chino del desastre total que lo amenazó cuando Chiang lo atacó salvajemente en 1927; pero, por el momento, su influencia se extendió sólo a una pequeña región y, en la mayor parte de China, los comunistas y sus aliados en el movimiento obrero sufrieron una tremenda derrota.

Mientras tanto, en Moscú, los rusos y el Comintern se habían entregado a agrios debates en torno al problema chino. Trotsky había atacado enérgicamente la política de Stalin y el Comintern en relación con China. Los había atacado por seguir apoyando a Chiang Kai-Shek hasta el golpe de abril de 1927 y había sostenido la opinión de que el Partido Comunista chino, en vez de apoderarse del Kuomintang, como esperaba Stalin, estaba a punto de ser capturado o liquidado por éste. Stalin y el Comintern, sin embargo, persistieron aun después del golpe de Chiang en tratar de mantener la alianza con la

izquierda del Kuomintang, dirigida por Wang ChingWci, jefe del gobierno de Wuhan; pero Wang, sabiendo que el Partido Comunista estaba decidido a apoderarse de su gobierno y sin querer aceptar el control comunista, respondió en julio de 1927 expulsando del gobierno a los comunistas y, con el apoyo de los generales allí destacados, lanzó una represión anticomunista apenas menos feroz que la de Chiang. Ante esto, el Partido Comunista chino y el Comintern se vieron obligados a pensar en una nueva línea. En el periodo de alianza con el Kuomintang habían tratado de actuar en términos de un líente unido que incluyera no sólo a los trabajadores y campesinos y la pequeña burguesía, sino también a los elementos nacionalistas de la gran burguesía e inclusive de los terratenientes. Habían pensado en efecto que, al triunfo de la Revolución burguesa, estos grupos abandonarían la alianza; pero confiaban en el apoyo de la gran mayoría de la pequeña burguesía y de los campesinos y trabajadores. Trataron de interpretar la defección de Chiang en términos de clase, en el sentido de que la gran burguesía se había puesto de parte de los tenatenientes y capitalistas y aun de los imperialistas extranjeros, contra la Revolución; y depositaron entonces sus esperanzas en la reconstrucción del frente unido, con la ayuda de la izquierda del Kuomintang, incluyendo todavía a los elementos pequeñoburgueses representados por el gobierno de Wuhan. Cuando Wang se volvió en su contra desapareció esta esperanza y fue necesario trazar una nueva política y elaborar una explicación de lo sucedido que disimulara los desastrosos errores de juicio de los que habían sido culpables. Estas explicaciones se fundaron, en parte, en las denuncias a Chiang y la burguesía por traicionar a la Revolución y, en parte, en denuncias semejantes de las tergiversaciones del gobierno pequeñoburgués de Wuhan. No había manera, sin embargo, de disfrazar el hecho de que el comunismo en China había sufrido una desastrosa derrota.

Entre la espada y la pared, el Partido Comunista chino no estaba en posición de efectuar un Congreso regular en territorio chino. Su sexto Congreso se celebró en Moscú, en el verano de 1928, al mismo tiempo que el sexto Congreso del Comintern. Esa reunión, especialmente debido a la desorganización del partido, no podía ser plenamente representativa y además era natural cjue experimentara excesivamente la presión de los dirigentes del Comintern. En la política que allí se trazó se trató de encontrar un camino intermedio entre las supuestas desviaciones de derecha de Ch'en Tul Isiu, que ya habían sido condenadas, y lo que se calificaba de *putchismo* —es decir, el fomento de insurrecciones inmediatas que no tenían perspectivas de éxito durable. Como vimos, en 1927 y los primeros meses de 1928 se habían producido sucesivos levantamientos, entre los campesinos y en algunas ciu-

dades y parte de la culpa por alentar esta forma de acción se adjudicó a Ch'ü Ch'iu-Pai, nuevo secretario general del Partido. Chu fue reprendido y se le ordenó permanecer en Moscú como representante del Partido Comunista chino ante el Comintern, ocupando su lugar como secretario general Hsiang Chung-Fa, uno de los ex ministros comunistas del gobierno de Wuhan. Chou En-Lai fue designado para dirigir la Oficina de Organización, de donde pasó después a la Oficina Militar, puesto que ocupó primero Hu Wen-Chiang. Li Li-San, antiguo líder juvenil, fue elegido para presidir la Oficina de Propaganda y Liu Shao-Ch'i, después dirigente de la Federación China de Trabajadores, fue designado para la Oficina Laboral del Partido. Finalmente P'eng Pai, que había dirigido el movimiento soviético entre los campesinos de Kwantung el año anterior, fue hecho líder de la Oficina Campesina.

El sexto Congreso redactó nuevamente la Constitución del Partido Comunista chino y adoptó una serie de resoluciones que revisaban totalmente la política del Partido, en vista de la nueva situación. Partía de un reconocimiento de la derrota: la ola revolucionaria, decía, había retrocedido claramente y pasaría cierto tiempo antes de que se reconstituyera. Pero también se afirmaba enérgicamente que podía esperarse con confianza un renacimiento revolucionario y que el Partido Comunista chino debía dedicarse de inmediato a preparar su surgimiento. La Revolución mundial era considerada todavía un acontecimiento futuro evidente y la insurrección armada su procedimiento necesario. En consecuencia, aunque era necesario evitar cuidadosamente cualquier forma de *putchistno* que sólo dejaría exhaustas las fuerzas del movimiento obrero sin un fin válido, seguía siendo una tarea indispensable preparar el levantamiento armado que debería producirse tan pronto como llegara a su fin la etapa de retroceso. No se indicaba —de hecho, no podía hacerse— cuánto duraría la recesión; pero evidentemente se pensaba que no duraría tanto como para que resultara innecesario hacer inmediatos preparativos para la futura insurrección. Aunque ya se había superado el "descenso" de la primera ola, la Revolución que debía realizarse no sería socialista, sino sólo democráticoburguesa, aunque ahora habría que hacerla, no con el apoyo de la burguesía, que se había pasado al campo feudal e imperialista, sino en contra de ella. Pero no podía ser todavía una revolución socialista, porque las condiciones no estaban todavía maduras. Tampoco había que hablar, en ningún caso, de revolución "permanente" —esto era trotskismo y pecado mortal: suponía un ascenso continuo de la ola revolucionaria, contrario a los hechos de la situación. La tarea del Partido Comunista era realizar la primera Revolución —para completar la destrucción del feudalismo, el latifundismo y la intervención impe-

rialista— no ya como aliado temporal de la burguesía, grande o pequeña, sino a pesar de la traición de ésta al frente unido.

Esto sólo podía lograrse si el Partido Comunistas chino podía encabezar un verdadero movimiento de masas de trabajadores y campesinos, que constituían la única fuerza revolucionaria todavía existente. Del mismo modo, debían trabajar al lado de los movimientos campesinos e inspirarlos, absteniéndose de dictarles la conducta a seguir. Aquí, sin embargo, el Partido Comunista tropezaba con una enorme dificultad. Sus verdaderos aliados eran los campesinos pobres y de mediana posición, no los campesinos prósperos que se acercaban más bien a la burguesía; pero era peligroso insistir en esto, porque la necesidad inmediata era alentar un movimiento campesino sobre la base más amplia posible y esto suponía apelar al campesinado en general, más que alentar los antagonismos en los pueblos, salvo aquellos dirigidos contra la clase terrateniente. Además, los movimientos populares campesinos podían adoptar como objetivo la confiscación de la propiedad de los terratenientes para dividirla equitativamente entre los campesinos y el Congreso del Partido Comunista chino, celebrado en Moscú, se manifestó vigorosamente en contra de esta división equitativa, sosteniendo que iba en contra del objetivo comunista de hacer de la tierra una propiedad común en manos de los soviets de las aldeas, que controlarían su distribución y uso. El Congreso advertía repetidas veces en sus resoluciones a los comunistas chinos que no debían aceptar los proyectos campesinos de distribución equitativa de la tierra e insistían en la importancia clave de que el control de ésta correspondiera a los soviets. No destacaba, sin embargo, la nacionalización de la tierra, que había sido su política declarada en el pasado, por temor a crear antagonismos dentro del movimiento campesino. Buscaba el camino intermedio al insistir en el control por los soviets y advertir a los comunistas, al mismo tiempo, que debían evitar todo ataque a los campesinos más acomodados y recordar el deber de luchar en nombre de los campesinos pobres contra sus opresores —tareas nada fáciles de combinar.

El problema de la política comunista en relación con la tierra y los campesinos fue, efectivamente, la esencial dificultad con que tuvo que enfrentarse el sexto Congreso. Hasta 1927 e inclusive 1928, los comunistas en China nunca reconocieron que los campesinos pudieran desempeñar un papel más que subsidiario en la Revolución. Se habían ocupado, con pocas excepciones, de las ciudades y habían pensado que el proletariado urbano, bajo su dirección, debía tomar la iniciativa, arrastrando tras de sí a los campesinos, pero sin concederles virtualmente participación alguna en la determinación de la política revolucionaria. Habían visto mal las preocupaciones de Mao por el aspecto campesino de la Revolución e inclusive habían censurado sus esfuerzos

una y otra vez. Ahora, sin embargo, ante el desplome de su fuerza en las ciudades, el campo, que los señores feudales y el Kuomintang no podían vigilar eficazmente, era el área más abierta a los fines de los preparativos revolucionarios y se vieron obligados, quieras que no, a contemplar el movimiento campesino reconociendo su importancia. Aun así, no estaban dispuestos a conceder a los campesinos un papel independiente en la dirección revolucionaria: se apegaban a la idea de que los trabajadores urbanos debían dirigir a los campesinos y seguir desempeñando el papel dominante. Comprendían, a pesar de todo, que en un futuro inmediato podía hacerse mucho más en el campo que en las ciudades y que la tarea más urgente era encontrar una solución funcional para el problema agrario. Esta solución, en su aspecto inmediato, correspondía a la revolución democráticoburguesa y no a la socialista, porque consideraban que la colectivización de la agricultura era impracticable por el momento y comprendían el peligro de una solución que sólo sirviera para arraigar el sistema de la pequeña propiedad y el cultivo en pequeña escala.

Una gran dificultad que se presentaba al Partido Comunista chino para replantear su actitud hacia los campesinos era que tanto el sistema de tenencia de la tierra como el carácter de los movimientos campesinos diferían en las distintas regiones de china. En casi todo el sur y el centro de China la mayoría del campesinado estaba constituida por campesinos pobres y trabajadores rurales sin tierra y los movimientos campesinos tendían a estar, principalmente, en manos de estos grupos. En el norte, por otra parte, había gran número de campesinos relativamente acomodados que poseían su tierra, al lado de agricultores arrendatarios y grandes propiedades rurales. En regiones de ambos tipos los campesinos medios formaban un elemento considerable e importante; y el Partido Comunista chino declaró enfáticamente que la Revolución no podía triunfar sin su apoyo. Pero mientras en muchas regiones del sur y del centro había ya una aguda lucha de clases, donde los campesinos ricos se colocaban contra los pobres y los carentes de tierras, en otras regiones —y especialmente en el norte— no era éste el caso, mostrándose todo el campesinado unido en contra de los señores feudales, los terratenientes y los impuestos onerosos y apoyando, por tanto, a la revolución en tanto que se dirigiera contra estos males. Parecía, pues, impracticable recomendar una política uniforme para todo el país. En el norte, y en regiones semejantes en el resto del país, parecía necesario evitar los antagonismos contra los campesinos ricos, que podría lanzarlos en brazos de la contrarrevolución; mientras que, en casi todo el sur y gran parte del centro del país, esto ya se había producido y el Partido Comunista chino podía ponerse libremente de parte de los grupos más explotados. Pero incluso en estas

regiones hubiera sido fatal atacar a los campesinos de mediana posición, a los cpie había que inducir a apoyar a la revolución, lo que podía hacerse si se atendía a su demanda de confiscación de las propiedades de los terratenientes, en las cuales podía esperar una participación y si no se sentían amenazados en la posesión de sus propias tierras. Esto significaba que no podía haber una sola política: había que considerar por separado a cada región y era necesario adaptar la acción a sus condiciones especiales. En todas partes los comunistas debían tratar de desempeñar un papel dirigente en los movimientos campesinos, pero ese papel variaría de un lugar a otro.

Así, en relación con los movimientos en favor de la distribución equitativa de la tierra, que el Congreso había condenado absolutamente en sus resoluciones políticas generales, la resolución especial referente al problema campesino era mucho más equívoca. La resolución reconocía que en muchas regiones tendría que surgir la demanda de distribución equitativa y establecía que cuando esta demanda surgiera claramente del movimiento campesino local, en regiones con una alta proporción de campesinos pobres y trabajadores rurales desprovistos de tierra, los comunistas debían apoyarla, "pero criticándola al mismo tiempo". Debían apoyarla como un paso hacia la liquidación del feudalismo agrario, pero debían criticarla como "una ilusión del socialismo pequeñoburgués". Tampoco debían aceptar la distribución equitativa en regiones donde los campesinos medianos constituyeran la mayoría porque en esas regiones molestaría inevitablemente al campesinado medio y destruiría todas las perspectivas de éxito revolucionario. Ésta era, por supuesto, una solución ambigua, abierta a interpretaciones muy diversas; pero no era fácil encontrar una salida al dilema.

Se hablaba mucho en esta resolución de los problemas de organización rural. Por una parte, se subrayaba la necesidad de organizar "al proletariado y semiproletariado de la aldea", incluyendo i los artesanos y a los trabajadores rurales desprovistos de tierras y asegurar a estos grupos una organización propia independiente y un papel altamente influyente en el movimiento campesino en general. Se destacaba también la necesidad de estrecha relación entre los movimientos campesino y obrero en los pueblos y ciudades cercanos y además de una infiltración de los trabajadores urbanos en las organizaciones de las pequeñas aldeas, para darles más carácter proletario. Se daba mucha importancia, por otra parte, a la necesidad de agrupar a las mujeres como participantes activas en el movimiento campesino y al papel preponderante que tendrían que desempeñar las organizaciones juveniles. Los comunistas debían, sin que las organizaciones campesinas perdieran su carácter ampliamente representativo de las masas rurales, aprovechar todas las oportunidades de dirigirlas y de desempeñar un

papel vigoroso en sus luchas cotidianas. En las aldeas, se afirmaba, 'la guerra de guerrillas" sería "el principal instrumento" de lucha. Se incluía dentro de este concepto la negativa a pagar rentas e impuestos, la confiscación y distribución de las tierras de los terratenientes, la "muerte de los señores y terratenientes opresores" y la creación de comités de delegados campesinos y soviets en cada pueblo. La guerra de guerrillas, sin embargo, no bastaba: debía llegarse, en caso conveniente, a la revuelta local en las regiones favorables para ello, que condujeran a la toma de todo el poder para los soviets y a la creación de ejércitos de campesinos. Se advertía, sin embargo, a los comunistas, al mismo tiempo, que estas revueltas "podían ser un punto de partida para el triunfo nacional del levantamiento de las masas sólo a condición de que se realizaran en alianza con una nueva ola revolucionaria entre el proletariado de las ciudades". En otras palabras, los campesinos no podían esperar hacer la Revolución sin la plena participación de los trabajadores de las ciudades y bajo su dirección —condición que pareció dominar, momentáneamente, esos levantamientos. La resolución decía, no obstante, que "el Partido debía orientar las revueltas espontáneas de los campesinos" y quedaba a juicio de los miembros del partido la interpretación de este equívoco consejo.

Era evidente, sin embargo, que la resolución contemplaba la existencia de territorios controlados por los soviets, donde los regímenes soviéticos locales pudieran mantenerse frente a los ejércitos de sus enemigos. En esas regiones los soviets debían integrar sus propias fuerzas armadas, dignas de confianza y disciplinadas, y establecer el núcleo de un "Ejército Rojo" de trabajadores y campesinos que se consolidaría gradualmente como el gran instrumento de fuerza revolucionaria. El entrenamiento de los cuadros de este ejército debía hacerse seriamente y, al mismo tiempo, los comunistas debían trabajar actiyamente dentro de las milicias sostenidas por los terratenientes y dentro de las bandas integradas por elementos desprovistos de tierras y sin trabajo, para atraer al mayor número posible al terreno revolucionario.

Así, el Congreso de Moscú hizo lo posible por formular una nueva política respecto a la Revolución china, de tal manera que la culpa de pasadas derrotas correspondiera a los errores de "oportunistas" de derecha y los ·*putchistas* de izquierda, más que a la Internacional comunista o al gobierno ruso, que de hecho habían sido los principales responsables de la política que había llevado al desastre. Había sido por influencia rusa y del Comintern que el Partido Comunista chino había tratado de cooperar con el Kuomintang, primero desde afuera y luego infiltrándose dentro de esa organización. El frente unido de trabajadores, campesinos, pequeña y gran burguesía había sido aprobado gustosamente por los dirigentes del Comintern, lo mismo que el

frente reducido, omitiendo a la gran burguesía, después de la defección de Chiang. Borodin había sido un factor activo en el intento de proseguir la cooperación con el gobierno de Wuhan después que Chiang se dedicó a matar comunistas y a disolver las organizaciones laborales. De acuerdo con las resoluciones del Congreso de 1928, tanto la izquierda como la derecha del Kuomintang estaban integradas por elementos reaccionarios; pero esto no lo habían descubierto hasta que Wang, lo mismo que Chiang, mandaron a paseo al Partido Comunista. Pero no podía decirse nada en el Congreso que supusiera una crítica a los rusos o al Comintern —sobre todo, nada que pudiera fortalecer la vehemente oposición de Trotsky a la política china de Stalin. Toda la culpa tenía que distribuirse entre los "traidores" del Kuomintang y los propios errores e ineficiencias del Partido Comunista chino.

Las resoluciones aprobadas por los delegados del Partido Comunista chino en Moscú suponían una revisión fundamental de su política, sobre todo porque reconocían la importancia primordial del problema de la tierra y del papel de los campesinos en el movimiento revolucionario. No obstante, se fundaban todavía, en gran medida, en ilusiones. Exageraban demasiado el papel que podían desempeñar los trabajadores industriales en la Revolución. En Rusia, en 1917, él sector industrial constituía sólo una pequeña parte de una economía predominantemente agrícola; pero las grandes fábricas modernamente instaladas estaban situadas estratégicamente en Petrogrado y Moscú, para poder ejercer una influencia decisiva en el momento crítico e incluían un número considerable de industrias pesadas cuyos trabajadores eran principalmente del sexo masculino, núcleo de una fuerza armada revolucionaria, llegado el momento. La industria china no tenía un sector tari altamente desarrollado de industria pesada y no había una ciudad que pudiera desempeñar el papel clave de Petrogrado en la Revolución rusa. En Shanghai predominaba la industria textil y la influencia extranjera ponía poderosos obstáculos en el camino de una acción revolucionaria. Cantón era la ciudad más revolucionaria, pero más bien un centro de empresas comerciales que industriales. Una gran proporción de los trabajadores industriales chinos eran trabajadores manuales o artesanos, dispersos en pequeños grupos o trabajando por su propia cuenta, lo cual no facilitaba su organización en un gran movimiento de clase. Era pura fantasía suponer que el proletariado industrial pudiera ser el principal factor, o siquiera el orientador y dirigente, de la Revolución china, ya fuera ésta burguesa o socialista; pero era difícil que el Comintern o los dirigentes comunistas chinos lo reconocieran, porque el papel preponderante del proletariado industrial era parte de los dogmas del marxismo revolucionario. Como he-

mos visto, aun al llevar al movimiento campesino a un rango de importancia primordial en la estrategia revolucionaria, los comunistas no podían concebir que dirigiera realmente la Revolución y seguían insistiendo en que había que inducirlo a actuar bajo la inspiración y guía de los trabajadores industriales.

No obstante, el cambio político fue decisivo porque, en general, después de 1928 los revolucionarios chinos sólo pudieron actuar, en escala considerable, a través del movimiento campesino. Desde entonces Mao dejó de ser una figura menor y muy criticada entre los dirigentes del Partido Comunista chino y adquirió rápidamente la primacía porque, al seguir actuando de acuerdo con los principios por los cuales había sido criticado con tanta frecuencia, pudo mantener permanentemente un alto nivel de actividad revolucionaria y desafiar los enormes esfuerzos de Chiang Kai-Shek por eliminar su movimiento. Desde 1928 hubo siempre en China regiones sovietizadas, sostenidas por la fuerza organizada del Ejército Rojo, donde se ejercía la acción revolucionaria contra los terratenientes y otros explotadores, se distribuían las tierras y se establecían impuestos más justos y se hacía la guerra en gran escala contra los ejércitos regulares de Chiang y sus lugartenientes con diversa suerte, pero en general con un éxito notable. La historia de estos acontecimientos cae, en su mayoría, fuera del periodo a que se refiere este volumen, que sólo llega hasta la invasión japonesa a Manchuria en 1931. Pero los inicios se produjeron entre 1927 y 1929, con el establecimiento de los primeros soviets chinos y la formación de los primeros Ejércitos Rojos en Hunan, Kiangsi y Hupei. En 1930 este nuevo movimiento se había desarrollado lo bastante para que se reuniera en Shanghai una Conferencia de delegados de las regiones controladas por los soviets y se propusiera la constitución de un gobierno soviético central de China y la redacción de un código de leyes orgánicas. Habría que recorrer todavía un largo camino antes de que un gobierno semejante pudiera tener una existencia real; pero los cimientos esenciales ya estaban echados.

Mientras tanto, el Partido Comunista chino había sufrido, en general, nuevas vicisitudes. El sexto Congreso, celebrado en Moscú, no había sido plenamente representativo y sus decisiones tardaron en ser conocidas ampliamente por todos los miembros del Partido. En junio de 1929, el pleno del Comité Central, reunido en Shanghai, ratificó por fin las decisiones de Moscú y encaminó al Partido en su nueva política. En agosto, Mao y Chu Teh establecieron un sistema soviético en parte de Kiangsi y, ese mismo mes, P'eng Pai, el creador de los soviets de Kwangtung de 1927, fue capturado y ejecutado en Shanghai por el Kuomintang. Al mes siguiente, bajo la dirección del antiguo secretario del Partido Comunista, Ch'en Tu-Hsiu, se celebró en

Shanghai una Conferencia de los grupos de oposición que trató de enfrentar una política contraria a la aprobada en el Congreso de Moscú. Junto a Ch'en había otras figuras importantes del Partido como P'eng Shu-Chih y Liu Jen-Ching. A esto siguió la inmediata expulsión de Ch'en del Partido Comunista y, desde entonces, él y sus partidarios mantuvieron partidos rivales de oposición, acusados en general como Trotskistas, atribuyéndose a Trotsky el haber aconsejado a Ch'en que formara su bloque de oposición.

Por entonces Li Li-San se había convertido en la figura principal de la jerarquía del Partido Comunista, después de sustituir a Ch'ü Ch'iu-Pai cuando éste fue censurado en el Congreso de Moscú. Tocó, pues, a Li poner en práctica la nueva política de Moscú, siguiendo el necesario camino intermedio entre el "oportunismo" y el *vutchismo* y preparando la insurrección sin ponerla en marcha, en espera del surgimiento de la nueva ola revolucionaria. El problema era determinar quién habría de advertir que esto se había producido. Li se vio sometido a constantes demandas de Moscú exigiendo una política más activa. En julio de 1930, bajo la impresión de que el resurgimiento revolucionario era inminente, Li decidió actuar y ordenó que una fuerza campesina de las regiones de Hunan, controladas por los soviets, atacara y ocupara la ciudad de Changsha. El resultado fue una tremenda derrota y Li fue acusado de *putchismo y* amenazado con el retiro de su puesto directivo. A pesar de su fracaso logró reunir una mayoría en el pleno del Comité Central efectuado en septiembre de 1930, a instancias de Ch'ü Ch'iu-Pai, que recienternente había regresado de Moscú para informar sobre la situación de China. Pero Pavel Mif, que había llegado a China en mayo para representar al Comintern, acompañado de un grupo nutrido de estudiantes entrenados en la Universidad Sun Yat Sen de Moscú, adoptó una actitud fuertemente hostil a Li y recibió el apoyo del Comintern. Los estudiantes se decidieron a actuar con energía y, con el apoyo de Mif, se propusieron controlar el Partido. Cuando, en noviembre, el Comintern condenó formalmente la actuación de Li, éste se vio obligado a renunciar a su cargo.

Después de una dura lucha los recién llegados, apoyados por Mif, controlaron la maquinaria del Partido, expulsando a los viejos funcionarios encabezados por Lo Chang-Lung, presidente de la Federación China de Trabajadores y Ho Ming-Hsiang, quien fue apresado y ejecutado por el Kuomintang al año siguiente. Li, depuesto, salió hacia Moscú, donde recapacitó sobre sus supuestos errores y fue aceptado nuevamente. Entretanto Ch'en Shao-Yü, figura importante del grupo que había llegado de Moscú con Mif, ocupó el lugar de Li a la cabeza del Partido, como secretario general.

En esta etapa, Mao Tse-Tung, que había sido elegido para formar parte del Comité Central del Partido en el Congreso de Moscú, aunque no estaba presente, consolidaba su posición en las montañas de Hunan y Kiangsi. Hasta fines de 1930 no fue molestado por ningún ataque militar importante, pero, en diciembre de 1930, Chiang Kai-Shek lanzó su primera gran ofensiva contra la región controlada por los soviets, situada en territorios difíciles, propicios a la acción defensiva de guerrillas. El ataque, después de su éxito.inicial, fue pronto rechazado, pero fue seguido de una segunda y una tercera ofensivas, cada vez con mayores fuerzas, en la primavera y el verano de 1931. Estos nuevos ataques fueron también rechazados y, en noviembre de 1931, el primer Congreso de Soviets Chinos se reunió en Juachin, Kiangsi, y constituyó la República Soviética China, con Mao como presidente y Chu Teh como comandante en jefe de sus fuerzas armadas. Mao fue designado además presidente del Comité Central del Partido, siendo reconocido por fin como la principal figura dentro del movimiento comunista chino. Por entonces Japón había invadido Manchuria y revelaba sus intenciones de convertir a China en país satélite; el Partido Comunista tuvo que hacer frente a un nuevo enemigo. En febrero de 1932, la República Soviética China declaró la guerra al Japón y empezó a abogar por un nuevo frente unido dirigido contra el imperialismo japonés. Pero Chiang Kai-Shek prefirió llegar a un acuerdo con los japoneses que renunciar a su intento de derrocar a los soviets chinos. Lanzó un ataque tras otro, con creciente fuerza, contra las regiones soviéticas hasta que por fin, en octubre de 1934, Mao decidió evacuar la región que había defendido tan valerosamente y conducir a sus fuerzas soviéticas para reunirías con las de otra región soviética establecida en el norte de Shensi. Empezó la famosa "Larga marcha" a través de China y, cerca de un año después, el ejército de Mao llegó a su meta. Pasó otro año hasta que en el otoño de 1936, las fuerzas de Chu Teh, que habían permanecido en Szechwan, se unieron a las de Mao y, a principios del año siguiente, se constituyó un nuevo gobierno soviético de Shensi-Kansu-Ningshia en el noroeste de China, con la capital en Yenán y con Chang Kuo-Tao, veterano del movimiento, que había sido presidente de la Oficina de Organización del Partido Comunista y secretario general de la Federación China de Trabajadores en 1921, como presidente. Vino entonces la guerra chino-japonesa en gran escala, en 1937, que condujo entre otras cosas a la secesión de Chang Kuo-Tao al Koumintang y su expulsión del Partido Comunista en 1938. Pero estos acontecimientos pertenecen a un periodo posterior al que debe referirse este volumen: la narración de este capítulo debe terminar con el principio de la "larga marcha" en octubre de 1934.

Tenemos que dejar, pues, la historia del desarrollo del comunismo chino a medias, cuando las confiadas esperanzas del Comintern de provocar el desplome del capitalismo mundial y una nueva ola revolucionaria todavía no se realizaba en China, aunque la gran depresión económica ya afectaba a todo el mundo y habían resurgido las profecías de un próximo deceso' del capitalismo. En China, el movimiento revolucionario había avanzado poco en cuanto a la recuperación del control sobre las ciudades: sus triunfos se habían producido en el campo y los campesinos, más que los trabajadores industriales, habían asumido la dirección y probado su capacidad de lucha contra los intentos de Chiang por destruirlos. El comunismo chino, inspirado por Mao, había tomado su propia línea, con creciente independencia del Comintern y de la influencia rusa, y había elaborado su propia interpretación de la doctrina marxista. Ch'iu Pang-Hsiu, designado secretario general del Partido Comunista chino en 1932 había sido sustituido por Chang Wen-Tian en 1934; pero Mao, con Chu Teh y Chou En-Lai como sus principales lugartenientes, se había convertido en la personalidad más importante y en el más notable líder nacional.

CAPÍTULO XXVI

JAPÓN, 1914-1931

En Japón, como vimos en el volumen IV de esta historia,[1] el movimiento socialista había sido casi barrido por los arrestos y ejecuciones de los llamados "anarquistas" en 1910-11 y por la supresión de toda la prensa socialista y la prohibición de reuniones de este carácter. Estas medidas afectaron también fuertemente a los sindicatos, dirigidos por socialistas u otros elementos de izquierda. Muchos desaparecieron y otros pasaron a la clandestinidad. Sólo un grupo moderado, encabezado por Bunji Suzuki (1885-1941), y organizado en un organismo central, el Yuaikai, pudo existir abiertamente, con el apoyo de algunos patronos que esperaban orientar a los trabajadores por caminos pacíficos. Suzuki y sus partidarios fueron denunciados, por supuesto, por los socialistas que todavía no estaban presos; pero, hasta fines de la primera Guerra Mundial, el socialismo japonés estuvo prácticamente a la expectativa.

La guerra, sin embargo, favoreció un rápido desarrollo industrial. Japón, aunque aliado a Inglaterra contra Alemania de acuerdo con el Tratado Anglo-Japonés, participó poco en la lucha, con excepción de la ocupación de los territorios chinos ocupados antes por los alemanes, la vigilancia de los mares en el Lejano Oriente y el envío de convoyes para escoltar barcos cargados de mercancías japonesas con destino a Europa. En vez de participar en la contienda, los japoneses dedicaron toda su atención, por una parte, a presionar sus demandas sobre China —los "veintiún puntos"—[2] y establecer su influencia sobre la economía china y, por otra parte, a suministrar a sus aliados europeos grandes cantidades de productos de exportación, sustituyendo a los beligerantes en gran parte del mercado mundial. Estas condiciones provocaron un rápido aumento en el número de trabajadores industriales y una situación de ocupación plena, altamente favorable a las demandas de la clase obrera. Al subir excesivamente los precios, las huelgas se hicieron numerosas, a pesar de la continua represión y hasta el Yuaikai, nada militante, tuvo que actuar y se acercó más que en un principio a la naturaleza de un movimiento sindical real. Esto condujo a que los patronos que lo habían apoyado retiraran su apoyo y crearan otra organización rival, el Roshi-Kyochokai o Sociedad para armonizar

[1] Véase yol. IV, capítulo xxvn.
[2] Véase p. 288.

al capital y al trabajo. Esta medida fue ineficaz: el Yuaikai adoptó el nombre de Nihon-Rodo Sodomzi (Federación Japonesa de Trabajadores) y aumentó rápidamente el número de sus miembros, con un programa que contenía demandas de una jornada de ocho horas, la semana de trabajo de seis días y el sufragio universal. Durante 1918 hubo numerosos motines por la escasez y el alto precio de los alimentos —especialmente el arroz— y el socialismo reapareció como una fuerza social y económica.

Ésta era la situación al terminar la guerra; y el gobierno japonés tuvo que decidir qué actitud debía adoptar ante el movimiento sindical en rápido desarrollo y la creciente presión popular en favor de la reforma política. La victoria de los aliados, en su impacto sobre Japón, adquirió el aspecto de una victoria de la democracia sobre la autocracia y el militarismo y originó un creciente interés en las ideas liberales y democráticas occidentales. Muchas obras occidentales sobre política y economía fueron traducidas y publicadas, bien para la venta al público en general o en ediciones limitadas hechas por sociedades de intelectuales, relacionadas en muchos casos con las Universidades, y algunos periódicos progresistas, como el *Kaizo,* publicaron artículos de escritores democráticos occidentales e iniciaron animadas discusiones sobre las ideas y la política socialista occidentales. En oposición a esto pareció por un momento que Japón pudiera verse envuelto en una guerra continental en gran escala contra los bolcheviques en el Lejano Oriente; pero, después de la retirada de las fuerzas aliadas europeas y la derrota de Kolchak, los japoneses fueron inducidos, bajo una fuerte presión norteamericana, a retirarse de la aventura de Siberia y a modificar su actitud hacia China. Japón participó en las negociaciones que condujeron a los Tratados de Washington de febrero de 1922 y fue uno de los participantes en el Tratado Naval de las Cinco Potencias que regulaba la extensión de las flotas de Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia y del Tratado de las Nueve Potencias, que garantizaba la integridad territorial de China y establecía iguales oportunidades en toda China para el comercio e industria de todas esas naciones y estos tratados ayudaron a preparar el camino al Tratado Ruso-Japonés de 1925.

Respecto a los sindicatos, el gobierno japonés no estaba dispuesto a dar ningún paso hacia el reconocimiento positivo; pero ya no era factible la antigua política de represión y, en efecto, se permitió la existencia y el desarrollo de los sindicatos, aunque sin que éstos adquirieran un *status* legal positivo. La situación culminó con la creación de la Organización Internacional del Trabajo, como órgano de la Sociedad de Naciones, según el Tratado de Versalles. La Organización Internacional del Trabajo se basó en una estructura tripartita, que re-

quería que los gobiernos participantes designaran a la mitad de los delegados después de consultar con las organizaciones de patronos y de obreros. El Yuaikai reclamó el derecho, por ser la mayor organización sindical, de ser consultada pero el gobierno rechazó su demanda e insistió en designar por su cuenta a todos los delegados, a pesar de los requisitos incluidos en la Constitución de la O.I.T. Esto produjo grandes protestas y el gobierno, aunque mantuvo su posición en la Conferencia de constitución de la 0?I.T. en Washington, en 1919, se vio obligado después, por la presión internacional y por la presión democrática interna, a ceder y consultar a la Federación Japonesa de Trabajadores y al Sindicato de Ferroviarios, el mayor sindicato fuera de la Federación, incluyendo a Suzuki y al líder ferroviario Narazaki (1865-1932), como delegados a las próximas reuniones de la O.I.T. En la India surgieron problemas semejantes cuando, en 1919, el gobierno prescindió de M. N. Joshi, designado por el Congreso de Sindicatos de la India, en favor de B. P. Wadia; pero, en este caso, ambos acordaron compartir la delegación, quedando Joshi formalmente como suplente.

En la cuestión del sufragio, el gobierno japonés rechazó la demanda de sufragio universal masculino pero, a principios de 1918, extendió bastante el sufragio, reduciendo el requisito de pago de impuestos de 10 yen a 3. La agitación continuó a pesar de todo y, en 1925, un gobierno de coalición, formado después de las elecciones generales de 1924, promulgó una Ley que establecía el sufragio masculino. No se pensaba todavía en conceder el voto a la mujer que, hasta la guerra, tenía prohibido asistir a las reuniones políticas.

Ni el laborismo ni el socialismo habían llegado a constituir una fuerza política importante, en los años que siguieron a 1918, salvo como grupos de presión, que actuaban principalmente a través de los sindicatos o de pequeños grupos de intelectuales relacionados con las Universidades. Los dos partidos políticos principales eran el Seiyukai, partido conservador tradicional y el Kenseikai conocido después como Minseito, que representaba en general los intereses financieros. En las primeras elecciones después de la reforma electoral, en 1928, fueron elegidos ocho representantes de los trabajadores, pero no como miembros de un partido socialista o laborista sólido. Estaban, de hecho, divididos en tres grupos —el Rono, dirigido por Oyama; el Nichiro, cuyo jefe era Aso, y el Shamin, encabezado por el profesor Abe. La organización se iba extendiendo, sin embargo, de los trabajadores industriales a los pequeños agricultores y se hicieron intentos de efectuar una alianza entre ambos grupos. En 1925 se celebró en Tokio una Conferencia con representantes de ambos sectores pero se produjeron agudas divisiones. La Federación de Trabajadores y otros grupos moderados se

separaron y el Partido Obrero-Campesino (Nomin Rodo-To), integrado por los restantes delegados, fue inmediatamente disuelto por las autoridades sobre la base de que algunas de sus demandas constituían un peligro para el Estado. Por entonces los comunistas empezaban a actuar y a adquirir cierta influencia sobre los principales grupos sindicales de izquierda pero tenían poco apoyo de masas y el viejo movimiento sindical era fuertemente hostil a su intento de dar un giro político al malestar económico.

La primera Ley reglamentando las industrias —con medidas muy suaves— había sido promulgada en 1911 y había entrado en vigor en 1916. Principalmente como consecuencia de la participación de Japón en la O.I.T. se promulgó una nueva Ley en 1923 que entró en vigor, después de algunas enmiendas, en 1926. Limitaba las horas de trabajo de los niños menores de 16 años y de las mujeres a once horas diarias y prohibía el trabajo nocturno de mujeres y niños, pero sin limitar las horas de trabajo de los obreros adultos. Establecía, además, una compensación muy limitada en caso de incapacitación por enfermedad producida por el trabajo o accidente e introducía un sistema de auxilio para gastos funerales en caso de muerte durante el trabajo. Se introdujo también el seguro por enfermedad en 1926 y el gobierno promulgó un reglamento con enmiendas referente a la solución de las disputas laborales y anuló las disposiciones policiacas según las cuales la huelga había sido hasta entonces un delito penal —disposición esta última que hacía tiempo habían considerado impracticable para ponerse en vigor. Japón dio así los primeros pasos hacia la adopción de un código de legislación laboral de acuerdo con la etapa alcanzada por su desarrollo industrial.

Esta etapa de liberalismo relativo no duraría, sin embargo. Llegó abruptamente a su fin cuando la depresión económica mundial y el desarrollo de la crisis de Manchuria en 1931-32. La victoria del Kuomintang en China después del rompimiento de Chiang Kai-Shek con los comunistas[3] había unificado a casi toda China bajo un gobierno comprometido a matener una postura contraria a los privilegios y las concesiones extranjeros y, como Gran Bretaña y los Estados Unidos seguían en general una política conciliatoria respecto a Chiang, después de su rompimiento con la Unión Soviética, la ira china se dirigía principalmente contra la Unión Soviética y Japón, especialmente en relación con el Ferrocarril Oriental Chino controlado por los rusos y el Ferrocarril del Sur de Manchuria controlado por los japoneses. El dictador de Manchuria, Chang Hsieh-Liang, lanzó en 1929 un nuevo ataque contra la administración rusa del Ferrocarril Oriental, ex-

Véase p. 286.

pulsando y arrestando a los funcionarios rusos con el pretexto de que utilizaban la administración del ferrocarril para fines políticos. La Unión Soviética respondió enseguida con la fuerza militar, haciendo incursiones armadas a Manchuria y derrotando a las fuerzas de Chang en diversos encuentros, sin una declaración formal de guerra. Chang se vio obligado a ceder y a reinstalar a los rusos en el control del ferrocarril. Las potencias occidentales presentaron varias protestas a la Unión Soviética, pero sin efecto.

Luego surgieron problemas en relación con el Ferrocarril del Sur de Manchuria, cuya situación se dedicó a minar Chang, negándose a pagar el interés sobre las deudas contraídas en su construcción. Japón protestó, pero no podía actuar en apoyo de su protesta y, dentro del Japón, se desarrolló rápidamente el sentimiento nacionalista, lo que contribuyó a minar la posición del gobierno de Minseito, seriamente afectado también por la depresión mundial. A fines de la década de los veintes, Japón apenas se había recuperado del desastre de los grandes terremotos de 1923 y el Minseito, cuyos patrocinadores económicos en los grandes negocios querían estar en buenos términos con Occidente, restableció el patrón oro cuando la gran depresión empezaba a amenazar. Japón fue afectado duramente por la depresión muy pronto —sobre todo, por la abrupta caída en las exportaciones de seda a los Estados Unidos— y el intento de mantener la balanza de pagos con medidas financieras francamente deflacionistas suponía un considerable desempleo y grandes trastornos en la agricultura. Estas condiciones, en vez de fortalecer a las fuerzas de izquierda, produjeron una ola de sentimientos nacionalistas y militaristas y demandas, no sólo de un cambio en la política económica, sino de que se intentara resolver la situación con activas medidas de intervención militar dirigidas contra el boicot de los nacionalistas chinos a las importaciones de Japón y contra la conducta intransigente de Chang en Manchuria. Los militaristas japoneses, aprovechando esta corriente de sentimiento nacionalista, decidieron recurrir a la guerra abierta en Manchuria y tomaron su capital, Mukden, en septiembre de 1930. Antes de terminar el año, había caído el gabinete del Minseito y el partido Seiyukai había subido al poder. La corta etapa de gobierno relativamente pacífico y liberal llegó abruptamente a su fin; y desde entonces Japón se entregó a una política de expansión imperialista que las potencias occidentales, preocupadas con sus propias dificultades económicas, se mostraban impotentes para controlar. El advenimiento de Hitler al poder en Alemania, a principios de 1933, sólo pareció confirmar el eclipse del liberalismo japonés y alentar la acción drástica contra los movimientos laborales y socialistas. Desde 1931 hasta que terminó la segunda Guerra Mundial en 1945 la atmósfera predominante en Japón

fue el imperialismo militante, con el lema de la "coprosperidad" para disfrazar las pretensiones de predominio japonés en China y en todo el Lejano Oriente. En semejante clima de opinión nacional no había oportunidad para que el socialismo, ni siquiera el sindicalismo, dejaran escuchar su voz. El comunismo sobrevivió como movimiento clandestino, duramente perseguido, pero otras formas de socialismo quedaron virtualmente extinguidas hasta que, en 1945, el pueblo japonés se vio ante la necesidad de ajustarse, en la derrota, a las condiciones de un continente asiático radicalmente cambiado donde la India, Burma, Indonesia, Corea e Indochina después surgían como potencias independientes y la misma China se debatía en una nueva guerra civil, de la que pronto saldría victorioso el comunismo.

CAPÍTULO XXVII

INDIA E INDONESIA

Sería tarea poco provechosa y de hecho imposible, en general, hacer la historia del desarrollo del socialismo entre 1914 y 1930 en algunos países donde se produjeron acontecimientos significativos en estos años, sin dar lugar a movimientos lo suficientemente definidos por su pensamiento o su acción para poder distinguir en ellos los elementos socialistas de otros con los cuales se presentaban aquéllos inseparablemente ligados. Esto es válido sobre todo respecto a la India, donde muchos pensadores y dirigentes del movimiento por la independencia nacional estaban fuertemente influidos por ideas socialistas y algunos, como Jawarhalal Nehru (n. 1889) proclamaban ya que el capitalismo era irreconciliable con la democracia y veían en el socialismo la solución necesaria de la lucha democrática por la independencia nacional, pero donde, con excepción del Partido Comunista, no había formulación importante de una política socialista y hasta los años treintas no se desarrolló ninguna organización socialista significativa —y ni una ni otra se produjeron de hecho hasta después de lograda la independencia de la India a fines de la segunda Guerra Mundial. Una historia del socialismo hindú hasta 1931 no sería más que un recuento de datos dispersos porque, salvo en su manifestación comunista, el socialismo existía sólo dentro del marco del movimiento por la independencia nacional iniciado bajo los auspicios del Congreso nacionalista Hindú y que encontró en este periodo su líder en Mahatma Gandhi (1860-1948), a quien no puede llamarse con justicia ni socialista ni antisocialista, no porque los problemas planteados por el socialismo no se le hubieran formulado, sino porque otras cuestiones le parecían mucho más urgentes y fundamentales. Tengo entendido que en algunas ocasiones Gandhi se refirió a sí mismo, en conversaciones privadas, como anarquista; pero esto era sólo para subrayar su disgusto por la acción estatal centralizada y su creencia en la acción voluntaria inspirada directamente por fuertes concepciones éticas. Si el socialismo parlamentario y, más aún, el comunismo le eran antipáticos, lo mismo sucedía con el capitalismo y la explotación en todas sus formas. Creía, sobre todo, en las virtudes de la comunidad local animada por el espíritu de servicio mutuo y desconfiaba profundamente de los "políticos" que hilaban sus redes de intriga y se entregaban a la busca del poder en un espíritu remoto al de las gentes sencillas y comunes. Incluso el comunismo, que tomó forma en un Partido Comunista hindú en 1924, pero había

encontrado expresión antes en los trabajos de M. N. Roy, su principal teórico en los primeros tiempos y el principal vocero de la India en el Comintern, era en sus manifestaciones prácticas más un problema de antiimperialismo y Revolución mundial que de pensamiento o política claramente socialistas aunque Roy trató de encontrar, por supuesto, en el desarrollo de la lucha de clases, un fundamento para la Revolución que, estaba seguro, los nacionalistas burgueses tratarían de detener y aun de traicionar, tan pronto como consideraran que amenazaba sus intereses como clase.

En la India, como en algunos otros países subdesarrollados, el comunismo se inició principalmente como movimiento en un grupo limitado de intelectuales. Difícilmente hubiera podido comenzar en alguna otra forma si se tiene en cuenta el carácter limitadísimo del movimiento obrero. Pudo lograr, sin embargo, rápidos éxitos en el terreno sindical. El Congreso Hindú de Sindicatos, entrcchamente relacionado en un principio con el Congreso Nacional Hindú no se estableció hasta 1920 —en general como resultado de una considerable expansión de la industria durante la guerra. Por la escasez de trabajadores suficientemente educados como para llenar los puestos clave, muchos sindicatos tenían que acudir a personas de las clases cultivadas y esto fue, sin duda, un factor importante para facilitar la introducción de la política en las cuestiones sindicales y ayudó a los comunistas a acrecentar su influencia en la etapa de gran malestar laboral que siguió a la terminación de la guerra en 1918. En 1927 los comunistas tenían ya el control del Congreso Hindú de Sindicatos pero este organismo no había representado nunca a todo el movimiento sindical hindú y la victoria comunista pronto condujo al establecimiento de una Federación Sindical rival y a la negativa de varios sindicatos importantes con ninguna de las dos fracciones. Entretanto, en 1926, bajo las direcciones del Comintern, los comunistas hindúes habían establecido un nuevo Partido Obrero-Campesino, destinado a aumentar su campo de acción; pero los socialistas, en la medida en que existían como fuerza reconocible, permanecieron dentro del Congreso Nacionalista Hindú y no intentaron crear un partido independiente ni siquiera, hasta 1934, organizar una fracción socialista dentro del movimiento integrado en el Conoreso.

Manabindra Nath Roy (1893-1954) que, en los primeros años del Comintern, no sólo fue el principal líder del comunismo hindú sino el emisario de esa organización en Latinoamérica[1] y China,[2] había participado muy activamente en los primeros debates en Moscú sobre la cuestión de la política comunista en relación con el imperialismo y los movimientos nacionalistas en los países coloniales. Había subra-

[1] Véase p. 267.
[2] Véase p. 296.

yado la opinión de que los capitalistas de estos países harían rápidamente causa común con las clases feudales y con los imperialistas contra los trabajadores y que la gran necesidad era fortalecer los elementos proletarios partidarios de la revolución, sin hacer infructuosas y debilitantes concesiones a los nacionalistas burgueses. En esta cuestión había discutido con Lenin y había logrado hacer sentir su influencia. En pocos años, sin embargo, se sintió muy insatisfecho con la línea adoptada por el Comintern y el Partido en la India; y, en 1928, fue excluido del Partido como "desviacionista". Desde entonces Roy quedó por algún tiempo bastante aislado, sometido al ataque constante de sus antiguos compañeros comunistas y de sus opositores. No dejó, sin embargo, de sostener su actitud y de expresarse abiertamente hasta que fue arrestado y sometido a juicio por el gobierno en 1931 y, a pesar de los esfuerzos de un Comité de Defensa donde participó Jawaharlal Nehru, pasó el siguiente año en la cárcel. Su carrera posterior, apoyando a los ingleses contra los alemanes en la segunda Guerra Mundial, y la actividad que como dirigente de su propio Partido Radical-Democrático llevó a cabo en los años de la posguerra pertenecen a un periodo posterior de esta historia.

La etapa de posguerra en la India se inició con la introducción de las reformas constitucionales de Montagu-Chelmsford, en 1919, que otorgaban cierta autonomía sobre una base provincial, sujeta a altos requisitos para los electores y a una división del campo de gobierno en dos —en asuntos "reservados" y "transferidos" respectivamente—* y a la conservación de una facultad reservada para pasar por encima de los Consejos Legislativos, integrados principalmente por elección, siempre que éstos adoptaran medidas que los gobiernos de la India y el Reino Unido no pudieran aceptar. Este sistema se conoció como "diarquía", inaceptable para los dirigentes del Congreso Nacionalista Hindú. Al principio el Congreso boicoteó las elecciones, con el resultado de que los nuevos Consejos quedaron integrados por "moderados",

* Las reformas Montagu-Chelmsford promulgadas en los últimos días de 1919 implicaban una rendición del poder cauta aunque apreciable hacia los consejos electos, central y provinciales. Una minoría nombrada compuesta, en gran parte, de funcionarios tomaron parte en ellos para diluir la democracia y el sufragio se vio restringido. El virrey y los gobernadores tenían un poder ilimitado de veto y podían conducir la legislación, incluso el presupuesto, mediante su "certificación". Pero en las provincias algunos departamentos, que incluían la educación, la agricultura, el comercio, el trabajo y el gobierno local, se confiaban a ministros hindúes, que eran responsables ante los consejos. La concesión era, de todos modos, grandemente ilusoria, ya que las finanzas continuaban siendo "asunto reservado" a la custodia oficial. La burocracia continuaba manteniendo en sus manos, también, la maquinaria de la ley y el orden. (*Encycloyedia of thc Social Sciences,* vol. IV, Macmillan, Nueva York, 1937, p. 669.) ¡E.]

dispuestos a poner a funcionar el sistema, que fueron ampliamente atacados por los que seguían las orientaciones del Congreso.

En estas circunstancias Gandhi se elevó a una posición de indiscutible preeminencia como líder nacional de la opinión pública hindú. La nueva Constitución dejaba el gobierno central de la India todavía en manos del Virrey y su Consejo Ejecutivo, con limitada participación de dos Cámaras constituidas principalmente por elección, sobre la base de un requisito enormemente alto de propiedad para poder ser elector pero, aun así, susceptibles de ser ignoradas por el Virrey en cualquier momento. Además, antes de que las reformas Montagu-Chelmsford entraran en vigor, el gobierno central se había armado, bajo las notorias "Leyes Rowlatt", de poderes especiales de gran alcance para suprimir toda "sedición" y acabar con cualquier acto revolucionario o conspirativo. Estas medidas se introdujeron en un momento en que, al terminar la primera Guerra Mundial, el país hervía en descontento; y fue en respuesta a su introducción que Gandhi lanzó el primer movimiento nacional de Satyagraha, es decir, de resistencia pasiva organizada. Cuando las Leyes Rowlatt recibieron la aprobación del Virrey, Gandhi respondió ordenando un día de duelo nacional y un paro general en todas las actividades. En contra de sus intenciones, estallaron violentos motines en diversas regiones, especialmente en el Punjab y, el 13 de abril de 1919, el general Dyer, que había sido llamado por las autoridades civiles para reprimir los disturbios de Amritsar, ordenó a sus soldados que dispararan sobre la multitud, matando a cerca de 400 personas e hiriendo a un número mucho mayor.

La matanza de Amritsar, por la que se censuró más tarde a Dyer por el Comité de Investigación Hunter y por una resolución de la Cámara de los Comunes del 8 de julio de 1920, pero que fue defendida por la Cámara de los Lores, empeoró mucho la situación de ánimo en la India. Cuando a la matanza siguió de inmediato el arresto de Gandhi, los disturbios se extendieron más allá del Punjab, frente a la proclamación de la ley marcial. La introducción de las reformas Montagu-Chelmsford se efectuó, pues, en las condiciones más desfavorables: mucho antes de realizarse las primeras elecciones, a fines de 1920, Gandhi había proclamado una política nacional de "cooperación no violenta", en oposición a un gobierno para el cual no sentía "ni respeto ni afecto". En la asamblea del Congreso Nacionalista en la Navidad de 1920 se formuló la demanda de una completa autonomía (*Home Rule)* para septiembre siguiente y se otorgaron a Gandhi facultades casi ilimitadas para organizar la campaña. Poco después, en abril de 1921, Lord Reading sucedió a Lord Chelmsford como Virrey y tuvo que hacer frente a un movimiento de desobediencia civil en rápida expansión, que sería en escala nacional a principios del año siguiente. En febrero

de 1922, sin embargo, en Chauri Chaura en las Provincias Unidas, un grupo de campesinos airados y de voluntarios del Congreso mataron a 21 policías y vigilantes de la aldea y, ante esto, Gandhi, consecuente con su credo de la no violencia, paralizó toda la campaña. A pesar de esto fue arrestado acusado de deslealtad y de conspirar para derrocar al gobierno, siendo sentenciado a seis años de prisión. La represión continuó y, por la decisión de Gandhi, el Congreso se veía impedido de actuar y surgieron en sus filas diferencias entre los que deseaban continuar con la política de abstención electoral y desobediencia civil y los que favorecían acudir a las elecciones para utilizar los Consejos Montagu-Chelmsford, como cámaras de resonancia de la oposición al gobierno. En las segundas elecciones, realizadas a fines de 1923, un gran sector del Congreso Nacionalista se separó de Gandhi y participó como Partido Swaraj (de la Autonomía o *Home Rule),* obteniendo cerca de la mitad de los asientos en la Asamblea Central y decididas mayorías en dos cuando menos de los seis Consejos Provinciales. En la Asamblea Central, cuando su demanda de autonomía fue rechazada por el gobierno, lograron suficiente apoyo en 1924 para aprobar la Ley de Finanzas, que tenía que ser puesta en vigor por el Virrey, bajo sus facultades especiales. El Partido Swaraj no llegó, sin embargo, a la resistencia absoluta: en efecto, actuó desde entonces como oposición más o menos constitucional, solicitando siempre la revisión de la Constitución Montagu-Chelmsford, adelantándose al periodo de diez años, al cabo del cual debía ser sometida en todo caso a reconsideración.

Estos acontecimientos habían tenido lugar, especialmente en 1920 y 1921, sobre un fondo de severo malestar económico, debido a la pérdida de la cosecha de 1920 y a la quiebra industrial de 1921. Pero después de 1921 una serie de buenas cosechas redujeron considerablemente el malestar; y, en 1922 y el año siguiente, se inició la legislación laboral protectora, incluyendo la reglamentación del trabajo infantil y de las horas y condiciones de trabajo. 1921 había sido un año de muchas huelgas y de disturbios campesinos; pero, con las mejores cosechas, el descontento popular disminuyó, aunque la agitación política prosiguió con toda sus fuerzas y serios disturbios producidos en Bengala fueron reprimidos una vez más. Mientras tanto, Gandhi había sido puesto en libertad incondicional, en enero de 1924; pero, fiel a su doctrina de la no violencia, se opuso a la política de muchos de los dirigentes del Congreso Nacionalista y no pudo recuperar su posición de indudable liderato. Por un año, en 1926-27, se retiró de la actividad política. Pero en 1928 reanudó su campaña en favor de la desobediencia civil, si no se otorgaba en un año a la India el *status* de Dominio; y esta política fue suscrita por el Congreso,, con pleno apoyo de la Liga Musulmana, en diciembre be ese año.

Mientras tanto, el gobierno británico había decidido adelantar la fecha para reconsiderar la cuestión constitucional; y, en 1929, la Comisión Simón, que no incluía ningún representante hindú, fue designada para investigar e informar al Parlamento Británico. El Congreso, bajo la influencia de Gandhi, boicoteó a la Comisión, que efectuó sus labores en la India acompañada de continuos estallidos de huelgas y disturbios populares pero, gracias a la contención impuesta por Gandhi, muy poco violentos. En 1930 Gandhi lanzó una nueva campaña de desobediencia civil y fue arrestado nuevamente y condenado a detención por tiempo indefinido.

Pero la campaña prosiguió, a pesar del arresto y encarcelamiento de más de 27 000 de sus partidarios. Antes de su arresto, se había negado a asistir a la primera Conferencia de Mesa Redonda, convocada por el gobierno laborista británico, que debía reunirse en Londres; pero el mes de enero siguiente fue puesto en libertad y, después de negociar con el Virrey, aceptó detener la campaña de desobediencia civil y se le instó a asistir a la Segunda Conferencia de Mesa Redonda, de la cual regresó desilusionado a la India. Reinició entonces la desobediencia civil y fue arrestado una vez más en enero de 1932. En septiembre de ese año anunció su intención de iniciar una huelga de hambre hasta morir si el gobierno no abandonaba sus planes de electorados separados para las clases más oprimidas —los "intocables" hindúes, de los cuales siempre había sido defensor, en contra de los partidarios de la distinción de castas. Se llegó a una transacción en este punto, sobre todo por temer a su muerte. Siguieron nuevos arrestos, amenazas de huelgas de hambre y huelgas efectivas y la apresurada liberación de Gandhi; pero la historia de estos sucesos me llevaría mucho más allá del periodo a que se refiere este volumen. Políticamente, la influencia de Gandhi creció y declinó y, por algún tiempo después del fracaso de las Conferencias de Mesa Redonda, se dedicó cada vez más a su campaña contra los abusos del sistema de castas y menos a las cuestiones directamente políticas. Independientemente que su influencia como líder político creciera o declinara, su posición como maestro moralista creció cada vez más y sus efectos se extendieron a gran número de personas que no podían aceptar plenamente su rechazo de toda forma de violencia.

En las cuestiones económicas Gandhi, como hemos visto, no era socialista en el sentido familiar en Occidente. Para la realización de la revolución no violenta en la que depositaba sus esperanzas, pensaba no en los trabajadores industriales como clase —y, de hecho, no pensaba en ninguna *clase*— sino en las grandes masas del pueblo y, sobre todo, en las grandes masas campesinas y en los idealistas de todas las clases, a los que apelaba para que prestaran ayuda a aquéllos. Creía, por encima

de todo, en formas simples de vida comunitaria y en la renovación de los pueblos de la India como centros de producción comunalmente organizada, en la agricultura y en industrias rurales basadas en el trabajo manual y la manufactura en pequeña escala para el uso doméstico o local. En relación con esto daba gran importancia a las virtudes del Khaddar —tela producida por el hilado y el tejido doméstico- para reducir la dependencia de las importaciones y de los productos de fábricas movidas por energía eléctrica y porque consideraba la práctica de esas simples artes valiosa para el espíritu humano. La insistencia de Gandhi en la *pamchayat,* o comunidad aldeana, tenía algo en común con las ideas de los anarco-comunistas occidentales, en cuanto que ambos destacan el valor de la vida en comunidades cooperativas, en pequeña escala, sin ninguna coerción; pero su punto de vista era distinto, porque era fundamentalmente mucho más un moralista que un político revolucionario y rechazaba toda idea de lucha de clases. Surgirían después agudos antagonismos en las filas del nacionalismo hindú entre los industrialistas, que pensaban en las modernas técnicas industriales como medio para escapar de la pobreza primitiva y los gandhistas, que consideraban la industrialización en gran escala como el enemigo de la libertad humana y de la verdadera democracia. Pero, mientras la India fue un país colonial, el Congreso Nacionalista tuvo que acoger a los partidarios de ambos puntos de vista, así como a muchos de opiniones intermedias, lo mismo que tenía que agrupar a los propietarios de molinos de Bombay y a los sindicalistas rebelados contra ellos. Estos conflictos internos produjeron muchas tensiones, pero en los años veintes sólo los comunistas estaban dispuestos a separarse de un movimiento de liberación nacional que pretendía unir a todas las clases contra el dominio británico más que a considerarse un simple apéndice de un movimiento mundial de rebeldía de clase de tipo proletario.

Aun después de las disensiones de la etapa bélica y de los inquietos años después de 1918, el Congreso Nacionalista siguió siendo, esencialmente, un organismo moderado, que limitaba sus demandas a la autonomía, sin pedir la independencia total ni un Estado soberano, separado del Reino Unido. Demandaba, más bien, la posición de Dominio autónomo y no fue sino en 1930 que declaró como objetivo la plena independencia nacional. Aunque, como la India misma durante la dominación británica, el Congreso era predominantemente hinduista, no apelaba sobre una base religiosa, sino que se dirigía a todos los habitantes de la India, sin importar su filiación religiosa. Tenía, en efecto, gran número de partidarios musulmanes: la Liga Musulmana, fundada ya en 1906 para sostener las demandas de la minoría musulmana sobre la base de la aceptación de la soberanía británica, tenía todavía poca influencia, salvo entre las clases ricas. La idea

misma de un Pakistán independiente, para las regiones donde los musulmanes constituían la mayoría, no había surgido todavía. Los más conocidos dirigentes musulmanes estaban todavía ligados al Congreso o dispuestos a colaborar con éste; y, especialmente en los pueblos, los problemas entre las distintas comunidades y los conflictos religiosos eran mucho menos frecuentes que en los treintas. En casi todas las regiones de población mezclada, los campesinos hinduistas, los musulmanes y los que pertenecían a otras comunidades religiosas vivían generalmente como vecinos sin grandes fricciones, compartiendo los mismos agravios económicos contra los terratenientes, prestamistas y colectores de impuestos, pero participando poco en la política nacional y sin agruparse casi nunca, a no ser en el plano local. El Congreso afirmaba tener un gran apoyo campesino y Gandhi lo obtuvo pronto personalmente; pero una gran proporción de los campesinos eran demasiado pobres y poco instruidos para poder apelar a ellos políticamente. Inclusive Gandhi, con su reputación de santidad y su capacidad para transformar las cuestiones políticas en problemas morales y humanos, pudo cuando más superar sólo momentáneamente los enormes obstáculos en el camino de la unificación en torno a una causa común; y su doctrina de la no-violencia, aunque era profundamente atractiva a grandes masas hinduistas, atraía mucho menos a los musulmanes e incluso a algunos pueblos hindúes, como los Marathas, que tenían una fuerte tradición militar. La influencia de Gandhi crecía y declinaba continuamente, subiendo en general cuando convocaba a una de sus grandes campañas y cayendo cuando, preocupado por los estallidos de violencia que había tratado de evitar por todos los medios, ponía fin a la campaña antes de permitir que fuera desfigurada por la acción violenta. No obstante, aun cuando su influencia política había disminuido más, su influencia moral seguía siendo grande; e, inclusive entre los que rechazaban sus recetas políticas, muchos seguían profundamente marcados por su inspiración moral.

En este medio no había campo, en realidad, para el desarrollo de un movimiento socialista. Había, por supuesto, una demanda continua de reforma agraria para terminar con el sistema *zemindari* según el cual, en las grandes regiones donde fucionaba, los terratenientes locales desempeñaban el papel de colectores de impuestos para el gobierno y pagaban más del 45 % de lo que recibían como impuesto sobre sus tierras. Había también quejas constantes de las exacciones de los prestamistas *(bernias),* que podían cobrar tasas de interés altísimas y con los cuales, en muchas regiones del país, prácticamente todos los habitantes no sólo estaban en deuda sino hasta tal punto que no tenían esperanzas de liquidar jamás sus obligaciones, que eran heredadas por sus hijos a su muerte. Una gran desnutrición era casi uni-

versal en estas regiones y la enfermedad cundía en todas partes, sin esperanza de un mínimo siquiera de atención médica. En las ciudades había sin duda muchos en situación bastante mejor; pero los trabajadores industriales estaban en su mayoría subpagados y sujetos a un serio desempleo, que con frecuencia los hacía regresar a sus pueblos en busca de la simple subsistencia, sin poder contribuir allí a aumentar la producción —porque ya había demasiados habitantes para tan poca tierra cultivable.

Las condiciones prevalecientes de deudas y pobreza absoluta hacían imposible que los aldeanos mejoraran sus métodos de producción, aunque hubieran sabido cómo hacerlo ya que no tenían ni capital ni medios para obtener crédito salvo en condiciones fantásticamente antieconómicas. No digo que estas condiciones desesperadamente debilitantes existieran en toda la India; pero estaban muy extendidas, especialmente en las provincias septentrionales y centrales. Sólo en algunos lugares, como el Punjab, se habían introducido las sociedades cooperativas de crédito, bajo la vigilancia del gobierno, en escala considerable. Casi toda la India rural sufría bajo la doble carga de un latifundismo que no contribuía en absoluto al mejoramiento de la tierra ni de la aldea y de un sistema de préstamo completamente extorsionista y el gobierno, aunque la mayoría de sus funcionarios hacía lo posible de acuerdo con su capacidad para administrar inparcialmente las leyes, era en su relación con los campesinos esencialmente un policía y no una fuente de ayuda.

En estas circunstancias había siempre, por supuesto, un gran descontento y la posibilidad de motines de hambre cuando las malas cosechas reducían a grandes masas a la inanición. Pero aun en las peores épocas el aislamiento de las aldeas hacía muy difícil la organización del pueblo en gran escala; y el movimiento nacionalista tenía además el inconveniente de que sus dirigentes procedían en general de las clases ricas y que, al buscar la unidad nacional, no quería correr el riesgo de molestar a sus más ricos favorecedores, entre los dueños de molinos de Bombay o inclusive algunos terratenientes. Gandhi estuvo siempre de parte del pueblo pero hasta él mismo se preocupó mucho más por la cruzada en favor de los intocables hindúes contra los abusos del sistema de casta, que por las injusticias económicas básicas del campesinado como clase. Se mantuvo siempre en una lucha continua con el Mahasabha —la organización nacional que favorecía la estricta ortodoxia hinduista y la conservación de las castas— pero al mismo tiempo estaba interesado en atraer a la gran mayoría de los hinduistas sin provocar una división que pudiera destruir la fuerza del Congreso Nacional. Era partidario de la igualdad y la cooperación de todos los grupos y credos en su cruzada por la autonomía; pero no estaba dispuesto a realizar

esta cruzada sobre una base que subordinara la unidad nacional a la lucha de unas clases contra otras.

La fuerza de Gandhi residía, no obstante, en que ningún sector del Congreso Nacional podía prescindir de él porque su prestigio personal era inmenso. Este ascendiente personal obligó a los ricos a modificar su política para llegar a un acuerdo con él y evitó que la izquierda, que estaba de parte de los trabajadores y los campesinos, se separara para crear partidos dedicados a defender los intereses de esas clases. No fue hasta los treintas que empezaron a surgir partidos definitivamente socialistas o campesinos, con excepción del Partido Comunista y, cuando surgieron, fue dentro de la órbita del Congreso y prestando adhesión a éste en tanto que había que lograr todavía la independencia nacional. En consecuencia, apenas hay algo que decir en este volumen de un movimiento socialista en la India: lo único que existía era una corriente intelectual favorable hasta cierto punto al socialismo pero desorganizada e incapaz de recabar un gran apoyo popular —salvo en el caso excepcional del Partido Comunista que era de hecho partidario de la revolución más que de una idea positivamente socialista.

Hay que decir algo, sin embargo, de la represión a la que eran sometidos los que intentaran organizar y dirigir movimientos de protesta y autoafirmación colectiva entre las clases trabajadoras de la India, siempre que estos movimientos tomaran una forma de algún modo militante. El ejemplo más notable de esta represión fue el extraordinario juicio por conspiración en Meerut, en 1929 y los años siguientes, donde 31 prisioneros, 3 ingleses y los demás hindúes fueron acusados de "conspiración para privar al rey de su soberanía" sobre la India británica. El juicio de Meerut, efectuado con un funcionario civil que actuó como juez y sin jurado, duró de hecho tres años y medio, durando la preparación del proceso más de medio año. Durante todo este tiempo, los acusados permanecieron en la cárcel y mucho antes de que terminara el juicio los fondos reunidos para la defensa se habían agotado. En Inglaterra estaba en el poder un gobierno conservador cuando comenzó el juicio, pero luego fue sustituido por un gobierno laborista justamente al comenzar el juicio. Pero el cambio de gobierno no benefició a los prisioneros; a lo largo de toda la etapa en que permaneció en el poder el Partido Laborista se permitió que prosiguiera el juicio y no llegó a su fin hasta que el llamado "gobierno nacional" había estado en el poder más de un año. Los hombres juzgados eran en su mayoría comunistas, pero había también socialistas de izquierda sin relación con el Partido Comunista. Las sentencias fueron muy duras, incluyendo una de deportación por toda la vida y otras ocho de deportación por diez años o más, siendo la más ligera de prisión por tres años. Éstas sentencias fueron de hecho muy reducidas por apelación;

pero aun los que salieron mejor pasaron tres años y medio de cárcel antes de ser sentenciados. Sin embargo, no habían sido acusados de ningún acto de rebelión, ni siquiera de violencia. La acusación principal contra ellos era que habían organizado un Partido Obrero-Campesino subversivo, que había servido como organización "anexa" al Partido Comunista de la India y había fundado sindicatos sobre la base de la lucha de clases y la oposición al imperialismo británico así como a la clase patronal de la India.

Es un hecho que desacredita al segundo gobierno de MacDonald que, aun mientras intentaba negociar un acuerdo con la India en la Conferencia de Mesa Redonda, permitió que prosiguiera el juicio hasta su infortunada conclusión. Sin duda la excusa era la reserva del gobierno para presionar al gobierno de la India en una cuestión semejante, ya que este gobierno estaba decidido a perseguir sin cuartel no sólo al comunismo hindú sino a todo lo que pudiera considerarse como su aliado en tanto que fuerza- subversiva. Ésta no es, sin embargo, una razón válida para la inactividad del gobierno laborista, que influyó mucho en la destrucción de la fe de los hindúes en las buenas intenciones del Partido Laborista británico. En Gran Bretaña, muchos socialistas protestaron enérgicamente contra los procedimientos de Meerut; pero el gobierno laborista desconoció estas protestas y el interés de las filas del Partido por los problemas de la India era demasiado pequeño para ejercer una influencia eficaz.

Mientras se efectuaba el juicio de Meerut se dieron los primeros pasos para crear organizaciones socialistas, no comunistas, en algunos lugares de la India. Entre los viejos dirigentes hindúis que se habían vuelto partidarios de las ideas socialistas uno de los más conocidos era Lala Lajpat Rai (1856-1928), principal líder del Punjab, y conocida figura en Inglaterra y Estados Unidos lo mismo que en la India. Y fue en el Punjab que se reunió en diciembre de 1930, una conferencia para fundar un Partido Socialista, con H. N. Brailsford como principal orador. Estaba integrado principalmente por intelectuales, pero tenía el apoyo del Sindicato de Ferroviarios, uno de los sectores más fuertes y mejor organizados del movimiento obrero. Sus patrocinadores incluían a hinduistas y musulmanes. Un movimiento similar, dirigido por M. R. Masani y Asolea Mehta, se desarrollaba al mismo tiempo en, Bombay y había movimientos paralelos en otras regiones. Permaneciendo dentro de la órbita del Congreso Nacionalista, estos grupos socialistas nacientes se dirigían principalmente a la fundación y dirección de sindicatos y pudieron contribuir cada vez más al desarrollo del movimiento sindical hindú, en rivalidad con los comunistas y con los partidarios de Gandhi —porque el sindicalismo hindú tuvo en todas partes, una fuerte tendencia política y la mayoría de los sindicatos eran diri-

gidos por individuos educados, miembros de uno u otro de los grupos o partidos políticos.

Estas primeras organizaciones socialistas estaban formadas en general por jóvenes que habían entrado en contacto a través de los movimientos de desobediencia civil, en muchos casos en la cárcel, y habían llegado a pensar que era necesario que los socialistas, sin abandonar el Congreso, fundaran sus propios organismos para difundir propaganda. No fue hasta 1934 que las organizaciones socialistas locales se unieron sobre una base nacional para formar el Partido Socialista, que permaneció adherido al Congreso hasta después que la India obtuvo su independencia a fines de la segunda Guerra Mundial. Acharya Narenda Deva y Jai Prakash Narayan pronto se elevaron a los puestos directivos en este Partido Socialista del Congreso Nacionalista. En las primeras etapas, los socialistas hindúes hicieron numerosos intentos por cooperar con los comunistas; pero, en el curso de los treintas, se alejaron más. La historia del socialismo hindú, como movimiento organizado, se sale pues del marco de este capítulo. Los socialistas ingleses, hasta 1914, tuvieron un buen historial respecto a los problemas de la India. El pequeño libro de Keir Hardie, *India* (1909), escrito después de su visita a la India en el curso de un viaje alrededor del mundo en 1907, fue un acerbo ataque al sistema de gobierno británico —especialmente a la discriminación racial y a las condiciones económicas del pueblo y las destrucciones de las industrias artesanales de los nativos por la competencia de los productos manufacturados importados de Gran Bretaña. Hardie fue muy criticado en la prensa inglesa por sus discursos en la India, sobre todo por alternar con los "agitadores" nativos y por afirmar que la India debía ser un Dominio plenamente autónomo, lo mismo que Canadá; pero, de hecho, sus declaraciones en la India fueron muy moderadas —mucho más que el libro, donde daba cuenta de lo que había visto. También H. M. Hyndman fue, en sus primeros años, un acre crítico de la política imperialista británica; pero su *Awakening of Asia* (1919) no apareció sino después que su apoyo a la causa británica en la guerra de 1914-18 había destruido ya su influencia sobre el ala izquierda socialista. Annie Besant, después de su conversión a la teosofía en 1889, se convirtió en uno de los principales portavoces de las demandas de autonomía para la India y, durante su larga residencia en la India, escribió extensamente sobre cuestiones políticas y religiosas e influyó mucho en el desarrollo del movimiento del Congreso Nacionalista. Otros amigos notables de la India en Gran Bretaña fueron George Lansbury, H. N. Brailsford y Bertrán Russell, que fue por algunos años el activísimo presidente de la Liga Hindú, organizada por Krishna Menon. Ramsay MacDonald también fue, en un principio, fuerte partidario de la autonomía para la India, aunque se mostró

indeciso cuando tuvo que actuar .como Primer Ministro de 1929 a 1931. El Partido Laborista, en sus Conferencias, aprobó muchas resoluciones en favor de la autonomía de la India y muchos oradores socialistas o nacionalistas radicales hindúes eran bien acogidos por los auditorios laboristas cuando visitaban Gran Bretaña. No había, sin embargo, hay que admitirlo, un profundo interés por los problemas de la India en la gran mayoría de los partidarios del laborismo británico, ni en el electorado en general; y los gobiernos británicos pudieron siempre hacer caso omiso de las protestas socialistas contra el mal gobierno en la India, sin provocar resentimiento de masas. Por esta apatía, los socialistas · nacionalistas hindúes acusaban con frecuencia al movimiento laborista iritánico de insinceridad en sus declaraciones de apoyo a las demandas de la India. La raíz del problema no estaba, sin embargo, en que el Partido Laborista no fuera sincero, sino en que la mayoría de sus miembros estaban preocupados por otras cuestiones que les parecían más urgentes y, como no sabían nada de la India por información de primera mano, no estaban dispuestos a hacer más que protestas ocasionales hasta que la ola creciente del nacionalismo hindú los obligó a darse por enterados. C. R. Attlee, quien como Primer Ministro laborista aceptaría la demanda de independencia de la India después de la segunda Guerra Mundial, firmó el Informe Simón, que precedió a la Conferencia de Mesa Redonda de 1930, y, a pesar de ser rechazado por el Congreso hindú, sirvió de base para la Ley sobre el gobierno de la India de 1935. Attlee, por entonces, veía insuperables obstáculos para la concesión del *status* de Dominio a la India en el conflicto entre hinduistas y musulmanes; en la situación de los estados hindúes gobernados por nativos gracias a acuerdos con Gran Bretaña y en la impracticabilidad de establecer de inmediato un ejército hindú independiente. En 1945 había variado de opinión ante el ulterior desarrollo de la Autonomía (Home *Rule)* de acuerdo con la Ley de 1935, el crecimiento de un ejército cuyos jefes eran en su mayoría oficiales nativos y, sobre todo, la imposibilidad obvia de continuar imponiendo el dominio británico. En los treintas, sin embargo, el hecho de que Atlee hubiera firmado un Informe que fue rechazado por la mayoría de la opinión pública hindú contribuyó a desacreditar al Partido Laborista británico a los ojos de los hindúes que habían confiado antes en el apoyo del laborismo británico para su lucha nacional por la independencia.

INDONESIA

En Indonesia existía ya un pequeño movimiento socialista antes de 1914. Las figuras principales eran H. Sneevliet —alias Maring— (1883-1942), un holandés cuyas actividades han sido mencionadas en

capítulos anteriores. Tenía partidarios especialmente entre los trabajadores ferroviarios: su principal dirigente originario del país era Semaoen. Tanto Sneevliet como Semaoen participaron activamente más tarde en el Partido Comunista. Hasta después de la guerra, el movimiento sólo existía en Java, que seguía siendo su principal baluarte. En 1918 la principal organización nacionalista, Sarekat Islam, adoptó ideas socialistas y eligió a Semaoen como miembro de su comité ejecutivo. Al año siguiente se creó una Central sindical, que pronto se dividió en facciones rivales, moderada y extremista. El antiguo Partido Socialista (I.S.D.V.) se convirtió al comunismo y en 1920 adoptó el nombre de Partido Comunista Indonesio. El I.S.D.V. había estado afiliado al Sarekat nacionalista, pero en 1921, ya decididamente comunista, canceló su afiliación, para seguir cooperando a pesar de ello bastante estrechamente con el Sarekat Islam durante dos años. Entonces fundó una organización nacionalista de izquierda, el Sarekat Rakjab, como rival del antiguo organismo. En 1926 y 1927 hubo levantamientos nacionalistas en Java y Sumatra y Achmad Sukarno (n. 1901) surgió como el principal líder nacionalista.

CAPÍTULO XXVIII

AUSTRALIA Y NUEVA ZELANDIA

AUSTRALIA

Cuando estalló la primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, había gobiernos laboristas en la mayoría de los Estados individuales * y Andrew Fisher (1862-1928) asumió de nuevo el cargo de Primer Ministro del Commonwealth australiano en el curso del siguiente mes. Cuando Fisher renunció, en octubre de 1915, y fue a Londres para representar al Commonwealth, su sucesor a la cabeza del gobierno laborista fue William Morris Hughes (1864-1952), del que ya se ha hablado, en relación con los inicios de su carrera, en el volumen IV de esta historia.[1] El Partido Laborista apoyó en un principio la guerra, frente a la enérgica oposición de los partidarios de los Trabajadores Industriales del Mundo y de una sección de los sindicatos que había experimentado su influencia. Desde su establecimiento en Australia en 1907, los Trabajadores Industriales del Mundo, dirigidos por Tom Barker, habían abogado vigorosamente por un programa de sindicalismo industrial, con la "Gran Central" como objetivo final y habían realizado una campaña cada vez más intensa contra el sistema de arbitraje favorecido por el Partido Laborista y los moderados de los sindicatos. Las duras sentencias impuestas a los dirigentes de izquierda en relación con las huelgas y *lock-outs* de Broken Hill de 1908-1909 y la disputa de Brisbane de 1912 habían despertado fuertes sentimientos de protesta y la influencia de los Trabajadores Industriales del Mundo había aumentado, aunque nunca reunió a un gran número de miembros ni se acercó a la realización práctica del proyecto de una gran central sindical. Lo que ayudó a lograr su propaganda fue cierta amalgama de los sindicatos en organizaciones laborales más amplias y, con ello, un fortalecimiento del sentimiento en favor de una mayor solidaridad de clase. El convencimiento de que se necesitaba una mayor unidad ganó terreno en el campo político también y, en 1915, el Partido Laborista australiano estableció por primera vez un Ejecutivo Federal, integrado por representantes de los partidos en los diversos Estados. Esto, sin embargo, no contribuyó a salvar el abismo existente entre el ala derecha y la izquierda: por el contrario, este abismo se ahondó con las dife-

* Pertenecientes a la Commonwealth o Comunidad Británica. [E.]

[1] Véase vol. IV, p. 301.

rendas en torno a la cuestión bélica. A fines de 1916, el mismo Partido Laborista se había dividido por el problema de la conscripción militar para prestar servicio en ultramar y el gobierno de Hughes, reconstituido como coalición antilaborista, se había propuesto destruir la organización de los Trabajadores Industriales del Mundo, ilegalizándola de acuerdo con la Ley de Asociaciones Ilegales y se dedicó a perseguir a los líderes de izquierda hostiles a la causa bélica. Desde este momento Hughes se acercó cada vez más a Lloyd George en la política de "llevar la lucha hasta el final" contra los alemanes, fue miembro del gabinete de guerra británico y emprendió, en Australia, una dura batalla no sólo contra la izquierda sindical sino también contra sus antiguos colegas del Partido Laborista, que se habían negado a apoyarlo en la cuestión de la conscripción.

Aun antes de 1914 se había introducido en Australia un sistema de servicio militar obligatorio por el gobierno de Fisher, pero sin facultad para hacer el servicio obligatorio fuera del continente australiano. Los contingentes australianos que sirvieron en Europa estuvieron integrados por voluntarios y, a medida que continuó la guerra y creció la demanda de soldados,, fue más difícil llenar las filas de estos contingentes. Hughes propuso, en consecuencia, cuando era todavía Primer Ministro laborista, hacer esa conscripción obligatoria y logró persuadir a sus colegas de que se sometiera la cuestión a un referéndum entre los electores. El referéndum, que dividió agudamente al Partido Laborista en el Parlamento del Commonwealth, dio como resultado una derrota por escaso margen del proyecto del Primer Ministro •—por 1 060 033 votos contra 1 087 557. Entonces, en noviembre de 1916, Hughes y 25 de los 65 miembros laboristas del Parlamento se separaron del *caucus* o grupo laborista; y Hughes, en vez de renunciar a su cargo, instó a los antiguos opositores de su gobierno laborista a unirse a su grupo en un gobierno de coalición. La mayoría del Partido Laborista respondió expulsando a Hughes y sus partidarios y reconstruyó el Partido de la mejor manera posible. La división puso fin a los gobiernos laboristas en el Commonwealth por doce años. No fue hasta 1929 que el Partido Laborista estuvo de nuevo en posición de formar gobierno —bajo un nuevo dirigente, James Henry Scullin (1877-1953), quien se mantuvo en el poder desde ese año hasta 1932, pero con la seria desventaja de la falta de mayoría en el Senado. Un año después de la derrota de 1916. Hughes realizó un segundo referéndum sobre la misma cuestión y fue derrotado de nuevo —esta vez por una mayoría más considerable, de 1 187 747 contra 1015 159 votos. Pero permaneció en el poder después de esta nueva derrota y pudo mantener su posición hasta 1923.

La lucha en torno a la conscripción se peleó con gran dureza por

ambas partes. Hughes y su grupo hicieron lo posible por presentar a todos los que se le oponían como "desleales" antibelicistas pero, de hecho, muchos de los oponentes no eran contrarios a la guerra, sino que consideraban el servicio obligatorio como contrario a las libertades australianas o, simplemente, no querían ser enviados, o que sus parientes fueran enviados, como soldados al otro extremo del mundo para participar en una lucha en la que consideraban que Australia tenía muy remoto interés. Había, sin embargo, entre los opositores de Hughes, un vigoroso grupo de militantes antibelicistas y, contra éstos, el nuevo gobierno procedió a actuar drásticamente, de acuerdo con la Ley de Precauciones de Guerra de 1914 y la nueva Ley de Asociaciones Ilegales, que proscribía a los Trabajadores Industriales del Mundo como organización ilegal y que fue utilizada para atacar a otros grupos políticos y laborales militantes. Los Trabajadores Industriales del Mundo fueron los que sufrieron más esta actitud. Doce de sus dirigentes más conocidos fueron arrestados en noviembre de 1916 y acusados de conspirar para realizar actos incendiarios y de sedición. Otros, incluyendo a Barker, ya estaban en la cárcel. Sentencias muy severas se pronunciaron contra la mayoría de los doce: Peter Larkin, hermano del dirigente irlandés, James Larkin, fue condenado a prisión por diez años, junto con Charles Reeve, que había participado activamente en la Organización de los Trabajadores Industriales del Mundo desde un principio.

Algunos otros fueron condenados a prisión por cinco años; y todo el grupo permaneció en la cárcel hasta 1920, cuando el gobierno laborista de Nueva Gales del Sur se decidió a designar un juez como Comisionado Especial para investigar el asunto. El Comisionado, juez Ewing, consideró que, aunque algunos de los prisioneros habían sido justamente declarados culpables, otros nunca debieron ser condenados y otros habían recibido sentencias sin proporción con las pruebas existentes en su contra. Peter Larkin estaba entre estos últimos y fue puesto en libertad después de cumplir menos de la mitad de su sentencia. Esto no sucedió, sin embargo, sino cuando la guerra había terminado ya hacía dos años. Entretanto, antes de terminar la guerra, Tom Barker había sido deportado en 1918 a Chile, de donde se dirigió a la Unión Soviética. *I*

Los arrestos y procesos de los dirigentes de los Trabajadores Industriales del Mundo, aunque debilitaron necesariamente a la izquierda, no impidieron que surgieran serios conflictos laborales al año siguiente en Nueva Gales del Sur. Se iniciaron en los talleres de ferrocarriles, con la introducción del sistema de "tarjetas" que los trabajadores resintieron como un paso hacia la conscripción y un recurso para acelerar injustamente el trabajo. El conflicto se extendió, primero a otros em-

pleados de ferrocarriles y luego a los mineros y los estibadores y se produjo una dura lucha, durante la cual el gobierno y los patronos introdujeron esquiroles para sustituir a los huelguistas y, cuando estos últimos fueron obligados a someterse por inanición, se dedicaron a acabar con los activistas sindicales. También en este caso el gobierno laborista de Story en Nueva Gales del Sur ordenó por fin, en 1921, una investigación especial, que demostró que muchos ferroviarios eran todavía sometidos a represalias por haber participado en la disputa. Pero el gobierno de Story cayó antes de poder actuar de acuerdo con el informe y no se logró ninguna reparación.

Cuando terminó la guerra hubo nuevos estallidos de malestar laboral y algunos pequeños grupos de izquierda, que habían logrado sobrevivir a la represión volvieron a aparecer abiertamente. Muchos declararon su solidaridad con la Tercera Internacional y solicitaron la afiliación. En 1920 varios se unieron para establecer el Partido Comunista, que fue aceptado como miembro de la Internacional y sustituyó a los Trabajadores Industriales del Mundo como núcleo de agrupación para la opinión de extrema izquierda. Al principio, el nuevo Partido Comunista tenía muy pocos miembros y no intentó desafiar al Partido Laborista, presentando candidatos a las elecciones federales o locales; pero gradualmente logró controlar algunos sindicatos y, desde 1925, empezó a postular sus propios candidatos que, en algunos casos, obtuvieron bastantes votos, pero sin alcanzar un éxito positivo. Mientras tanto el gobierno federal, presidido por Hughes, aunque perdió algunas de las facultades especiales que se le habían otorgado durante la guerra, conservó otras según la Ley de Abrogación de la Ley de Precauciones de Guerra, de 1920, y ese mismo año alteró las disposiciones de la Ley de Arbitraje, para facultar a los tribunales a imponer fuertes multas a los sindicatos acusados de incitar a la huelga en desafío a los laudos de arbitraje federales que, en general, eran desfavorables a las demandas de los trabajadores. Aun antes de 1914 había existido la tendencia en el Tribunal de Arbitraje y los organismos que debían determinar los salarios en los diversos estados a establecer condiciones mucho menos favorables que las puestas en vigor por ese Tribunal cuando el famoso Juicio Harvester, en 1907. Los proyectos del juez Higgins para la implantación de altos y progresivamente crecientes niveles mínimos de vida habían sido derrotados, primero por las decisiones de la Suprema Corte limitando las facultades del Tribunal de Arbitraje y, después, por la actitud hostil de sus sucesores, que en su mayoría eran políticos antilaboristas. En relación con el costo de la vida, los salarios ya habían empezado a descender antes de 1914 y la caída continuó durante la guerra y después de ella. No obstante, muchos sindicatos, temerosos del resultado de los conflictos laborales,

se apegaron al sistema de arbitraje, que recibió también el apoyo permanente de la mayoría de los líderes políticos laboristas.

El sentimiento en contra de la aplicación que se hacía del arbitraje continuó creciendo, a pesar de todo, y para resolver el problema del creciente malestar, el gobierno del Commonwealth logró en 1926 la promulgación de la Ley Penal, que le otorgaba nuevas facultades represivas. Dos años después, en 1928, empezó una nueva epidemia de huelgas, que prosiguió hasta 1930. La más seria de todas se produjo en 1928 en los muelles, provocada por la introducción de un sistema de despidos, muy resentido como intento de imponer condiciones de esclavitud y, al año siguiente, entre los trabajadores madereros, a quienes el Tribunal de Arbitraje impuso reducciones de salarios y peores condiciones de trabajo en un momento de prosperidad económica y elevación de precios. En este último caso, los trabajadores madereros de Nueva Gales del Sur y Victoria fueron a la huelga contra la aceptación del laudo del Tribunal. Por ello fueron arrestados y multados numerosos líderes sindicales y el gobierno del Commonwealth invocó una disposición de la Ley de Arbitraje que lo autorizaba a ordenar una votación secreta sobre la vuelta al trabajo. La mayoría de los trabajadores se negaron a participar en la votación y, de la minoría que participó, sólo unos cuantos no votaron en contra de la aceptación del laudo. El gobierno ordenó entonces el arresto de los principales dirigentes de la huelga —entre ellos el antiguo dirigente de los Trabajadores Industriales del Mundo, Charles Reeve, y J. S. Garde, secretario del Consejo del Trabajo de Nueva Gales del Sur. El jurado los absolvió sin intervención del abogado defensor, doctor H. V. Evatt (n. 1394), afirmando que no existía base para una acusación en su contra. Pero muchos hombres arrestados por encabezar piquetes durante la huelga fueron menos afortunados y recibieron penas de cárcel de 6 a 18 meses por ataques a esquiroles. Por último, a pesar de las importantes contribuciones financieras de otros sindicatos no afectados en la disputa, los trabajadores madereros tuvieron que poner fin a la huelga justamente cuando volvía al poder un gobierno laborista en el Commonwealth, después de un largo periodo de ausencia. En casi todo ese año —1929— los mineros del carbón del norte de Nueva Gales del Sur fueron sometidos a *lock-out,* ya que los patronos pedían reducciones de salarios que ellos se negaban a aceptar. En este caso, la disputa se prolongó hasta el año siguiente y terminó con la denota de los trabajadores después de un choque con la policía, enviada para proteger a los esquiroles, donde un minero resultó muerto y otros siete heridos por el fuego policiaco.

Mientras se producían estas luchas, el recién establecido Consejo Australiano de Sindicatos —un tardío intento de unificación de las

fuerzas sindicales, en toda Australia— había cobrado valor para denunciar al sistema de arbitraje y declarar un boicot del Tribunal de Arbitraje. Pero las derrotas sufridas por los sindicatos en los muelles, ferrocarriles e industrias madereras y mineras abortaron esta decisión y, sobre los talones de estas derrotas, vino la gran depresión de 1931 y los años siguientes, que resultó en un enorme desempleo y una aguda declinación de la fuerza de los sindicatos. El gobierno laborista hizo lo posible por proteger las condiciones de los trabajadores durante la depresión pero sus poderes eran limitados, especialmente debido a que el Senado antilaborista podía bloquear sus medidas legislativas. En 1932 perdió la mayoría en la Cámara Baja y cayó, entregando nuevamente el poder a la coalición antilaborista, que siguió gobernando a Australia hasta la segunda Guerra Mundial y durante el transcurso de ésta.

En este recuento del socialismo australiano entre 1914 y la depresión de los treintas no hay muchas señales de nuevo pensamiento socialista. El comunismo australiano, nuevo como movimiento, captó en general a los antiguos partidarios de los Trabajadores Industriales del Mundo y la izquierda sindical, sustituyendo el anarquismo o anarcosindicalismo de la etapa anterior por la nueva doctrina del "centralismo democrático" con muy poca diferencia práctica, a pesar de la amplitud del abismo teórico entre ambas tendencias. Australia estaba demasiado lejos del centro del conflicto entre comunismo y socialdemocracia y entre las Internacionales rivales para ser demasiado afectada por este conflicto y había diferencias importantes entre los partidos socialdemócratas y laboristas de Europa y el Partido Laborista australiano, que habían participado mínimamente en las actividades de la Segunda Internacional de preguerra. Es verdad que el Partido Laborista australiano adoptó en 1921 el objetivo de la socialización, por largo tiempo demandada por la sección de Queensland y por otros grupos progresistas. Mientras que antes sólo pedía la "propiedad colectiva de los monopolios" y, en términos generales, la "extensión de las funciones industriales y económicas del estado y el municipio" en 1921 se declaró en favor de "la socialización de la industria, la producción, la distribución y el comercio" —un amplio proyecto de nacionalización que lo acercaba a las declaraciones de los partidos socialistas europeos. Ésto no suponía, sin embargo, una gran diferencia práctica, al estar excluido del gobierno del Commonwealth y por haber disminuido su fuerza en muchos de los estados. En Queensland y Nueva Gales del Sur se produjo cierta ampliación de la empresa de propiedad pública; pero, en Nueva Gales del Sur, ya se habían producido antes de la guerra, bajo la influencia de W. A. Holman (1871-1934), y Holman, después de romper con el Partido Laborista por el problema de la conscripción en 1916, se retiró de la política en 1920 y volvió a ejercer

como abogado.[2] Aun en Queensland, donde el Partido Laborista permaneció en el poder con E. G. Theodore (n. 1884), los desarrollos de la empresa pública no alteraron considerablemente la estructura general de la economía y, en el plano del gobierno del Commonwealth, las esperanzas suscitadas por la creación del Banco del Commonwealth en 1911 habían sido desalentadas aun antes de 1914 y totalmente anuladas después por los cambios introducidos en su administración en 1924, cuando el control de su política fue enttegado virtualmente a los bancos comerciales. En la política práctica, la adopción de la socialización como un objetivo a seguir por el Partido Laborista australiano, como fin a largo plazo, no significó una gran diferencia: no hizo nada para reconciliar los antagonismos entre los políticos laboristas y el ala izquierda afiliada antes a los Trabajadores Industriales del Mundo y que, en los veintes, cayó cada vez más bajo la influencia comunista.

El progreso en los terrenos de la legislación de servicio social y reforma social fue también obstaculizado en el plano del gobierno del Commonwealth por la caída del poder del Partido Laborista. La Ley Federal de Impuesto sobre la Tierra de 1910, que había sido proyectada como la primera medida de un gran ataque a la posición privilegiada de los grandes terratenientes, fue gradualmente disminuida en su eficacia por la reducción en la escala de los impuestos y por no adoptar éstos a los nuevos valores de la moneda. La Ley pronto dejó de ejercer efectos observables sobre la distribución de la propiedad de la tierra o los ingresos rendidos a sus propietarios. En el plano de los gobiernos provinciales, por otra parte, se progresó algo en los estados donde el Partido Laborista pudo ejercer una influencia continuada. En Queensland, donde el Partido Laborista permaneció en el poder, primero con T. J. Ryan y luego con Theodore, de 1915 a 1929, se introdujo el seguro contra el desempleo en 1923; y Nueva Gales del Sur dio un paso importante con la Ley de Dotación Infantil de 1926. Éstos no fueron, sin embargo, más que sucesos aislados producidos en un medio generalmente desfavorables inclusive a las demandas laboristas moderadas; y cuando por fin, en 1929, el Partido Laborista ganó nuevamente una elección del Commonwealth y J. H. Scullin asumió el cargo de Primer Ministro pudo lograrse muy poco puesto que el Senado era controlado por la oposición y por la gran depresión industrial de los años siguientes. Las fuerzas del laborismo en Australia permanecieron hondamente divididas entre moderados que, en general, aceptaban la responsabilidad del funcionamiento del sistema económico australiano sin cambios sociales fundamentales y una activa minoría de izquierda que,

2 Véase vol. IV, p. 319.

aunque aceptaba en gran medida la dirección comunista a falta de otra, se preocupaba en realidad mucho menos por el comunismo como movimiento revolucionario mundial que por sus agravios económicos inmediatos, producidos por la administración del sistema de arbitraje y los métodos represivos utilizados por gobiernos sucesivos contra los sindicatos más agresivos y sus dirigentes de izquierda. En efecto, Australia no contribuyó prácticamente con nada, durante estos años, al pensamiento socialista, aunque en Queensland se debieran a Theodore algunas incursiones en el terreno del comercio y la producción estatales. No se publicó en este periodo un solo libro o folleto socialista de verdadera importancia, a no ser que tomemos en cuenta los trabajos ocasionales referentes a temas como la controversia en torno a la conscripción, o el estudio crítico de V. Gordon Childe, *How Labour Governs Australia* (1923). La biografía de Holman, escrita por H. V. Evatt, *Australian Labour Leader,* de carácter también altamente crítico, no apareció hasta 1940.

NUEVA ZELANDIA

En Nueva Zelandia, como vimos en el volumen IV,[3] el movimiento laborista había sufrido desastrosas derrotas durante los años inmediatamente anteriores a 1914. La fuerza de la Federación de Trabajadores izquierdista había sido totalmente quebrada en sucesivas huelgas y disturbios donde se había utilizado ampliamente a los esquiroles y las guardias civiles, formadas por campesinos y clase media; y el sistema de arbitraje, que originalmente se pensó para proteger y ayudar a los trabajadores, se había convertido en un arma contra ellos por la facultad otorgada al Tribunal de Arbitraje para registrar sindicatos "moderados" o inclusive de esquiroles y para que sus laudos aceptando solicitudes de registro fueran de carácter obligatorio para todos los trabajadores en las industrias afectadas —aun contra la oposición de sindicatos no registrados, que representaran a una mayoría de los trabajadores afectados. El movimiento sindical se había dividido en grupos contendientes, que aceptaban y repudiaban respectivamente el sistema de arbitraje; y también políticamente el movimiento se había dividido en facciones rivales. En las elecciones generales de 1914, los partidos rivales —Socialdemócratas y Laborista Unificado— habían presentado candidaturas, pero sólo habían obtenido dos asientos cada uno, además de uno que tocó a un candidato laborista independiente de ambos partidos. Los conservadores parecían estar firmemente asentados en el poder político, los sindicatos totalmente eclipsados y el

3 Véase vol. IV, pp. 329 ss.

gobierno seguro del apoyo de una poderosa Organización de Defensa de los Ciudadanos, lista en cualquier momento para actuar enérgicamente contra cualquier signo de renacimiento de la militancia laboral. La antigua alianza liberal-laborista, que con Ballance y Seddon había unificado a los trabajadores industriales con los pequeños agricultores y un amplio sector de las clases medias, se había roto y, en un país predominantemente agrícola, dominado entonces por pequeños agricultores más que por los grandes rancheros y terratenientes absentistas, la debilidad de los trabajadores industriales, cuando intentaron actuar por sí solos, había quedado decisivamente demostrada.

Las condiciones de la guerra condujeron pronto a una coalición del partido dominante —Conservador o Reformista— con los liberales, quedando unos cuantos representantes socialdemócratas y laboristas para integrar la oposición. Esta situación condujo pronto a una fusión de los grupos rivales laboristas y socialistas, que se unieron en 1916 para formar un Partido Laborista dirigido principalmente por los antiguos grupos de izquierda, con H. E. Holland (1868-1923) como la figura más importante.[4] El nuevo partido declaró que su objetivo era la socialización general; pero, en la práctica, pronto se dedicó a cuestiones más inmediatas —antes que nada, a los problemas producidos directamente por la guerra y después a los agudos problemas del desempleo de posguerra , la protección de los niveles de salarios y el desarrollo de servicios sociales para aliviar los agudos sufrimientos experimentados por los trabajadores en los años de depresión. En 1918 el Partido Laborista, sin retirar sus objetivos socialistas a largo plazo, proclamaba una política inmediata consistente, no en el socialismo sino "en la línea de avance hacia el socialismo" y anunciaba que su programa sería "experimental más que doctrinario". Empezaba, de hecho, a pesar de los antecedentes izquierdistas de la mayoría de sus dirigentes, a convertirse en el partidario de una política avanzada de "Estado benefactor", en la esperanza de recobrar el apoyo de los grandes sectores de opinión pública que había perdido en los años de intensa militancia laboral antes de la guerra.

En la izquierda había una considerable oposición a la política belicista del gobierno y, en la última parte de la etapa bélica, el desarrollo de un sentimiento realmente antibelicista, especialmente entre los restos integrantes de la Federación de Trabajadores, izquierdista, de antes de la guerra. Después de la Revolución rusa hubo una considerable circulación de folletos y revistas marxistas y bolcheviques y, desde 1919, como en Australia, pequeños grupos que simpatizaban con el Comintern hicieron su aparición.

[4] Sobre la carrera anterior de Holland, véase el vol. IV, pp. 316 y 342.

En 1915 los mineros, antes grupo dirigente de la Federación de Trabajadores, se separaron de ésta para integrar una sección de la Federación de Mineros Australianos, dejando a la Federación de Trabajadores en sus últimos alientos. La guerra, sin embargo, trajo la ocupación plena y los sindicatos recuperaron" parte de su fuerza; en 1919 se creó una nueva organización central, llamada Alianza de Trabajadores, para sustituir a la Federación. Los dispersos grupos comunistas se unificaron en 1921 para formar un Partido Comunista, primero ligado al de Australia, con el que permaneció asociado hasta 1928, cuando por fin se admitió su afiliación al Comitern como sección independiente. Fue un partido pequeño durante todo el periodo a que se refiere este capítulo.

En 1922 la depresión económica de posguerra afectó a Nueva Zelandia. El gobierno disminuyó los sueldos de los empleados públicos y el Tribunal de Arbitraje permitió una serie de drásticas reducciones. El desempleo reapareció en gran escala entre los trabajadores industriales y, a falta de un sistema de auxilio por parte del estado a los desempleados, se extendieron en las ciudades severas dificultades. Hubo numerosas huelgas de marinos y mineros en 1923, y de ferroviarios al año siguiente, que terminaron con la derrota. Después mejoraron las condiciones por un tiempo pero nuevamente en 1926 se impuso una seria ola de desempleo. Flolland, dirigente del Partido Laborista, murió en 1923 y fue sustituido por Peter Fraser (1884-1950) quien representó en 1926 al parlamento una Ley sobre el desempleo, que establecía el derecho al trabajo o al mantenimiento a través de fondos suministrados en parte por el presupuesto y en parte por una contribución de los patronos de 2 libras por cada trabajador sin empleo; pero, por supuesto, este proyecto de Ley no tenía posibilidad alguna de aprobación por los partidos en el poder.

Desde 1926 la situación del trabajo siguió empeorando, hasta la depresión económica mundial y a través de ésta, en los primeros años de la década de los treintas que, por supuesto, agravó mucho las cosas. Los precios de los productos agrícolas bajaron agudamente y serias dificultades en la balanza de pagos afectaron a la economía de Nueva Zelandia. Para resolver la creciente crisis, el gobierno recurrió a rigurosas medidas deflacionistas y disminuyó los gastos públicos al nivel más bajo posible. Los patronos industriales y agrícolas por igual recurrieron a importantes rebajas de salarios y los subsidios públicos y privados fueron drásticamente reducidos. También las obras públicas se limitaron al mínimo, a pesar del gran número de obreros sin trabajo. Los patronos, que hasta entonces habían apoyado en general el sistema de arbitraje, se volvieron en su contra basándose en que no reducía los salarios hasta el nivel en que los desempleados

estaban dispuestos a aceptar trabajo. Pedían el derecho a reducir los salarios como se les antojara conveniente, sin interferencia alguna del Estado, y el gobierno cedió haciendo voluntario el recurso al Tribunal de Arbitraje en vez de obligatorio. De hecho se hizo inevitable la introducción de un sistema regular de subsidio para los desempleados que se morían literalmente de hambre; pero el gobierno, ahora en manos del Partido Unificado que había surgido del antiguo Partido Liberal, insistió en el principio de que no se hicieran pagos excepto por trabajo realizado y que aun estos pagos debían cubrir sólo el nivel estricto de subsistencia. Uno de los efectos de esta actitud fue que un gran número de desempleados fueron ocupados en labores casi inútiles, realizadas con un mínimo de capital, para dedicar al mayor número posible a algún género de trabajo, aunque éste fuera inconveniente o antieconómico. Esto condujo a muchos patronos, particularmente en las fincas, a despedir a sus trabajadores de planta para obtener luego sus servicios como trabajadores "subsidiados", con tasas de salarios mucho más bajas. Se desarrolló una especie de sistema de subsidios mínimos del tipo de Speenhamland,* con devastadores efectos sobre la tasa de salarios y la moral. En 1928 el gobierno convocó a una Conferencia Industrial Nacional, donde los patronos presionaron en favor de la abolición del arbitraje estatal, pero aceptaron también que había que hacer algo para organizar un sistema general de ayuda a los desempleados. El gobierno creó también un Comité del Desempleo, con una minoría de miembros de los sindicatos, para considerar lo que debía de hacerse y este organismo, al redactar su informe en 1930, presentó un proyecto para el financiamiento del subsidio principalmente mediante un impuesto por cabeza sobre todos los adultos, hombres y mujeres, suplementado por un impuesto de un penique por libra sobre todos los ingresos superiores a 200 libras y las ganancias no repartidas, así como un pequeño impuesto sobre la tierra, teniendo en cuenta que los propietarios rurales no pagaban impuestos sobre el ingreso. El Comité rechazó la proposición de introducir un seguro de desempleo mediante contribuciones, sosteniendo que impondría una carga muy pesada a la industria si se exigía la contribución de los patronos. El gobierno promulgó entonces una ley que establecía un im-

* *Speenhamland system:* Un sistema de subsidios mínimos adoptado por los magistrados del Berkshire en 1795, por el cual los salarios de los trabajadores se suplían por diezmos hasta cierto nivel, con un pequeño socorro adicional por cada hijo. En un momento crítico los jueces de Berkshire se vieron forzados a adoptar este remedio desesperado, pero fue un plan pernicioso, ya que transfirió injustamente la carga de los salarios de los patronos a los causantes, animó a los agricultores a pagar sueldos inadecuados y degradó al trabajador a la condición de indigente. *Encyelopaedia Britamiica,* vol. 21, Londres, 1954 pp 200-1 [E.¡

puesto por capitación de 30 chelines a todos los hombres mayores de veinte años, pero omitiendo los demás impuestos recomendados por el Comité y sustituyéndoles un subsidio extraído de los impuestos generales. El fondo debía ser utilizado principalmente para suministrar trabajo, pero debían pagarse pensiones de subsistencia, en tanto que lo permitieran los fondos, a aquellos a quienes no se pudiera encontrar trabajo. Se excluía totalmente a las mujeres, tanto del impuesto por capitación como de recibir beneficios de acuerdo con el plan.

Este proyecto se convirtió en Ley justamente antes que la depresión mundial se hiciera sentir en todo su impacto sobre Nueva Zelandia. Al comenzar la depresión, el gobierno intensificó sus medidas deflacionistas y la proposición de otorgar pensiones de subsistencia a los sin trabajo fue olvidada por el momento. Es dudoso que ningún país adelantado tratara a sus desempleados tan mal como Nueva Zelandia en los años de aguda depresión. En 1931 la Alianza de Trabajadores convocó a una Conferencia Sindical general con el fin de organizar la resistencia concertada contra las rebajas de salarios y en esta reunión se presentaron demandas en el sentido de organizar la negativa general a pagar rentas, así como la demanda de huelga general; pero la mayoría de los sindicatos tenían demasiada conciencia de su debilidad para considerar este plan y nada se logró. El movimiento sindical estaba aún dividido entre la Alianza, que representaba a los grupos más militantes, y los viejos Consejos industriales y laborales locales, defensores del sistema de arbitraje y todos los intentos por lograr la unidad entré ambos fracasaron hasta unos años después, cuando lo peor de la depresión había pasado. Entonces, en 1935, cuando el Partido Laborista acababa de ganar las elecciones generales y había asumido el poder, se logró una unidad formal en forma de una nueva Federación General de Trabajadores; pero hubo una nueva división de la izquierda al año siguiente.

Los intensos sufrimientos que tuvo que pasar el pueblo de Nueva Zelandia, incluyendo los pequeños agricultores y los empleados lo mismo que los trabajadores industriales, en estos años de deflación y depresión tuvieron un marcado efecto sobre el Partido Laborista, que se vio obligado a concentrar su atención en la elaboración de una política reformista general y en la actitud de los pequeños agricultores, comerciantes y empleados en relación con el partido. La política agudamente deflacionista del gobierno y el tratamiento inhumano otorgado a los que se veían obligados a solicitar subsidio, aunque fuera en las condiciones más humillantes, llevó a un gran núcleo de opinión de la clase media a apoyar al Partido Laborista, que modificó considerablemente su primitivo punto de vista para responder a las demandas de los nuevos miembros y para atraer a un mayor número. Estos cambios.

de opinión y de política condujeron al Partido Laborista al triunfo en las elecciones generales de 1935 y colocaron a Nueva Zelandia, hasta entonces tan atrasada en el campo de la legislación social, en el camino hacia la creación de un Estado benefactor, con un programa notablemente avanzado de seguridad social y control estatal sobre la empresa privada en interés de la estabilidad económica. Pero estos acontecimientos se salen de la etapa a la que se refiere este volumen. De 1914 a 1935 los movimientos laborista y socialista de Nueva Zelandia habían quedado demasiado dislocados por las denotas de los años inmediatamente anteriores a la guerra mundial, y por el aislamiento que fue el precio de su rompimiento con los intereses predominantemente agrícolas, para poder llevar adelante una acción efectiva para la protección de salarios y condiciones de trabajo —mucho menos para lograr un avance en la dirección del socialismo. Gradualmente, durante esta etapa de adversidad, habían reagrupado y desarrollado sus fuerzas y la recuperación había sido mucho mayor en el terreno político que en el laboral. Bajo la presión del desempleo y la depresión, el Partido Laborista había ido tanteando el camino hacia la nueva política que, desde 1935, se dedicó a poner en práctica. En esta política el socialismo, o la socialización directa, sólo debía desempeñar un papel menor, aunque los responsables de esto eran, en general, los que habían formado en su juventud el ala izquierda. En cierto sentido, habían sido castigados por la experiencia; se habían convencido de que la primera tarea era poner fin a los duros sufrimientos que habían aplastado a los trabajadores durante la larga etapa de gobierno reaccionario. En consecuencia, trazaron una política destinada a resolver las condiciones inmediatas y, si no demostraron una orientación claramente socialista, pudieron efectuar una sorprendente y rápida transformación en las condiciones de vida del pueblo y establecer nuevamente, ahora sobre la base de una directiva laborista, algo parecido a la antigua alianza radical cuyo principal promotor había sido John Ballance.

CAPÍTULO XXIX

EL SOCIALISMO Y LOS DERECHOS DE LA MUJER, 1914-1931

Durante el periodo a que se refiere este volumen se produjo una transformación de gran alcance en el *status* político de la mujer. Este cambio se produjo en muchos países, y se extendió más allá del campo en que se manifestó de manera más espectacular —el del derecho de sufragio. Hasta 1914 se había concedido el voto a la mujer sólo en algunos países que practicaban el gobierno parlamentario. Nueva Zelandia había sido la precursora, en 1893, seguida de Australia en 1902, Finlandia en 1907 y Noruega en 1913. Finlandia había sido el primer país donde las mujeres no sólo habían votado sino que habían sido electas en número considerable para las sucesivas Dietas entre 1907 y 1914. En los principales países, sin embargo, a las mujeres se les negaba todavía en 1914 el derecho de voto en las elecciones parlamentarias, a pesar que en algunos de ellos la agitación en gran escala en favor del sufragio femenino tenía ya una larga historia —especialmente en los Estados Unidos v Gran Bretaña. El movimiento británico por la emancipación de la mujer, social y política, se remontaba a los últimos años del siglo xvin cuando Mary Wollstonecraft publicó su libro, *A Vindication of the Rights of* W'*ornen,* en 1792. Desde entonces la cuestión de los derechos de la mujer fue continuamente discutida, extendiéndose a los Estados Unidos en el siglo xix. En Inglaterra y los Estados Unidos las mujeres desempeñaron cierto papel en los inicios de los movimientos radicales y socialistas. En los Estados Unidos el movimiento cobró forma en la Convención sobre los Derechos de la mujer, en Séneca Falls, Nueva York, en julio de 1848 y logró su primer triunfo cuando, en 1869, las mujeres de Wyoming recibieron el voto en las mismas condiciones que los hombres. Colorado siguió a Wyoming en 1893 y Utah e Idaho en 1896; pero las mujeres de los Estados Unidos no pudieron votar en las elecciones federales hasta 1920. En Inglaterra, cuando la Segunda Ley de Reforma entró en vigor en 1867, se sostuvo que el término "hombres" empleado en la Ley incluía a las mujeres y muchas mujeres fueron de hecho registradas como votantes; pero al año siguiente los tribunales desautorizaron esta pretensión. Cuando el sufragio se extendió más, en 1884, las mujeres siguieron excluidas y así siguieron las cosas hasta 1918, cuando se otorgó el voto por fin a las mujeres mayores de 30 años. Diez años después los derechos de voto se extendieron a todas las mujeres en las mismas condiciones que

los hombres. La lucha por el voto para la mujer había alcanzado su culminación en Gran Bretaña durante los años de 1906 a 1914, cuando Mrs. Emmeline Pankhurst (1858-1928), antes prominente figura del Partido Laborista Independiente en Manchester, encabezó el movimiento militante en favor del sufragio femenino organizado por la Unión Social y Política Femenina. Esta Unión había sido fundada en 1903, en oposición a un movimiento más antiguo dirigido por Mrs. Millicent Garrett Fawcett, a quien Mrs. Pankhurst acusó de atender exclusivamente a las demandas de las mujeres de clase media y de ineficacia por limitarse a formas de presión estrictamente legales. Muchos socialistas se adhirieron al nuevo movimiento militante; pero pronto Mrs. Pankhurst tuvo dificultades con el Partido Laborista que, aunque apoyaba sólidamente los derechos de la mujer a un trato igual, no estaba dispuesto como organismo a suscribir la demanda de Mrs. Pankhurst de que se diera al problema de la mujer absoluta prioridad sobre todos los demás ni a apoyar los métodos violentos adoptados por las "sufragistas". La Unión, como su predecesora, se convirtió en la práctica, principalmente en un movimiento de clase media tanto que una sección del Este de Londres se separó bajo la dirección de Sylvia Pankhurst, una de las hijas de Mrs. Pankhurst para convertirse en la Federación de Sufragistas del East End, con apoyo predominante en la clase obrera, lo que condujo a este grupo, después de cambiar su nombre por el de Federación Socialista de Trabajadoras, a adherirse al Partido Comunista en 1920 y a incurrir en la desaprobación de Lenin por "enfermedad infantil de izquierdismo". Mucho antes, el núcleo principal de la Unión había sufrido otras divisiones, provocadas fundamentalmente por la dirección autocrática practicada por Mrs. Pankhurst y su hija mayor Christabel. Cuando estalló la guerra en 1914, Mrs. Pankhurst y la Unión Social v Política Femenina apoyaron con vehemencia la causa bélica y dedicaron todos sus esfuerzos a reclutar mujeres para ios servicios de guerra y los trabajos de envío de suministros, reclamando después el voto para la mujer en recompensa de los servicios prestados durante los años de guerra. Recibieron su recompensa en la Ley de Representación Popular de 1918 y las mujeres mayores de 30 años votaron en las elecciones generales de ese año contribuyendo a la enorme victoria de la coalición de Lloyd George sobre el Partido Laborista.[1] No obstante, en el nuevo Partido Laborista podían afiliarse las mujeres en los mismos términos que los hombres y el Partido dio pleno apoyo al sufragio femenino, aunque la Ley definitiva de 1928, que suprimió la discriminación de las mujeres menores de 30 años, fue promulgada por un oobierno conservador.

i Véase vol. V, p. 368.

En todos los países beligerantes la guerra provocó un gran incremento en el empleo de la mujer, sobre todo en trabajos industriales, lo que produjo un gran desarrollo de la participación femenina en muchas ramas de la actividad social y económica. Muchas mujeres sustituyeron a los hombres llamados al servicio militar en puestos sindicales y en las cooperativas, los mismo que en diversos cargos en los partidos políticos y en trabajos profesionales y, según el consenso casi general, los efectos fueron satisfactorios. Mucho se logró en la supresión de prejuicios irracionales, preparando el camino para la aceptación de la igualdad ciudadana. Sería demasiado afirmar, sin embargo, como han hecho algunos, que las mujeres debieron el derecho al sufragio en muchos países, después de 1918, al reconocimiento de sus servicios bélicos, tanto porque el voto para la mujer se obtuvo no sólo en países beligerantes sino también en países neutrales, sino porque el movimiento en favor del sufragio femenino había ido ganando terreno muy rápidamente antes de la guerra. Puede ser inclusive que, en algunos países, grupos conservadores anteriormente hostiles a la extensión del sufragio al verse obligados a ceder ante las demandas de que se concediera el voto a todos los hombres adultos, aceptaran la inclusión de la mujer en la esperanza de que esto aseguraría, al menos por cierto tiempo, un predominio de votantes conservadoras, más susceptibles que los hombres a la influencia religiosa. En todo caso, a fines de 1920 el número de Estados donde se había otorgado a las mujeres el derecho de votar en las elecciones parlamentarias había subido de los 4 de 1914 a 28, sin incluir Rusia, donde las instituciones establecidas por la Revolución se basaban en una total igualdad de sexos en todas las esferas de la vida. Los principales países donde se negaba todavía a las mujeres el derecho de voto después de 1920 eran Francia, España y Suiza, así como Bélgica, donde las mujeres tenían el derecho a ser electas pero no, salvo en un número limitado de casos especiales, el derecho de votar. Las revoluciones alemana y austríaca habían implantado la plena igualdad de derechos políticos lo mismo que las Constituciones de los nuevos Estados creados después del desplome de Austria-Hungría, es decir, Polonia y Checoslovaquia, aunque en Hungría, como en Gran Bretaña, sólo se otorgó el derecho de voto a las mujeres mayores de 30 años. En Francia, Italia y Bélgica las mujeres tuvieron que esperar la concesión de derechos de votación en las elecciones parlamentarias hasta después de la segunda Guerra Mundial; pero Suiza es hoy el único país importante de gobierno parlamentario donde aún están excluidas, sin contar a España donde se ha destruido el parlamentarismo, después de un breve interludio de sufragio universal bajo la Constitución Republicana en los treintas.

El movimiento socialista no puede pretender adjudicarse, ni exclu-

sivamente ni primordialmente, la responsabilidad de los grandes cambios que se produjeron en las relaciones entre el hombre y la mujer desde 1914. Puede afirmarse justamente, sin embargo, que las mujeres recibieron fuerte apoyo socialista a sus demandas de igualdad en la ciudadanía y que, siempre que los socialistas estuvieron en el poder, el principio de igualdad de derechos fue enérgicamente afirmado —sobre todo en Rusia, pero también en gran escala en los países escandinavos. La primera mujer que ocupó un cargo de ministro fue la danesa Nina Bang, designada Ministro de Educación en 1924. Varias mujeres ocuparon puestos menores en el gobierno laborista británico de ese año y, en 1929, Margaret Bondfield entró en el gabinete laborista como Ministro de Trabajo. En la Unión Soviética las mujeres no desempeñaron de hecho un gran papel en la dirección política, siendo la principal figura Alexandra Kollontai, que ocupó diversos puestos diplomáticos de importancia. Otra rusa notable, Marie Spiridonova, dirigente de los socialrevolucionarios de izquierda, no ocupó ningún cargo en el gobierno de coalición, de corta vida, integrado por bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda, de 1917-18. En los Estados Unidos, la primera mujer que desempeñó un cargo político importante fue Francés Perkins, que desempeñó la Secretaría de Trabajo durante doce años con Franklin D. Roosevelt en la presidencia.

La Segunda Internacional, durante el periodo de preguerra, había celebrado, en relación con su propio Congreso, una serie de Conferencias Internacionales a las que acudieron mujeres delegadas de sus secciones afiliadas y, en estas reuniones, se aprobaron resoluciones integrando un programa de demandas de igualdad para ambos sexos y comprometiendo a las mujeres miembros de la Internacional a trabajar activamente por la causa de la paz. Antes vimos cómo, después del abandono del proyectado Congreso de Viena en 1914, Clara Zetkin, secretaria de la sección femenina de la Internacional, logró efectuar los preparativos para una Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, que se reunió en Suiza en 1915 e hizo declaraciones contra la guerra y en favor de una paz negociada inmediata. En los años de guerra no fue posible celebrar otra conferencia, pero cuando la nueva Internacional Laborista y Socialista celebró su Congreso constituyente en Hamburgo, se efectuó una Conferencia especial femenina, ligada a aquél y, en esta reunión, se creó un Comité Internacional de Mujeres Socialistas, que en seguida envió una representación al Comité Ejecutivo de la Internacional Laborista y Socialista. Otra Conferencia de Mujeres se efectuó en relación con el Congreso de Marsella de 1925 y el Congreso adoptó por unanimidad una resolución, presentada por Adelheid Popp, de Austria, para la constitución de un comité consultivo internacional de mujeres socialistas, que debería ser elegido por los par-

tidos afiliados y que se encargaría, bajo la dirección del Comité Ejecutivo, de la organización de una conferencia internacional de mujeres que debería celebrarse paralelamente a cada Congreso y que sería responsable de la solución de los problemas de las mujeres, en nombre de la Internacional. Se insistió vigorosamente en que no se trataba de que las mujeres difirieran en cuanto a política o principios de los hombres y que el comité femenino debía ser elegido, no sólo por las mujeres, sino por los partidos en general, representando a hombres y mujeres por igual y este acuerdo satisfizo a los que se inclinaban a desconfiar de cualquier organización que representara a las mujeres como un grupo separado. En lo sucesivo se efectuaron con regularidad Conferencias de Mujeres, ligadas a los Congresos de la Internacional Laborista y Socialista y el Comité Consultivo Femenino desempeñó un papel generalmente reconocido en sus labores. Se celebró regularmente un Día Internacional de la Mujer, con grandes concentraciones y manifestaciones en muchos de los países más importantes. A fines de 1930 el número de mujeres afiliadas a la Internacional Laborista y Socialista se había elevado a un millón y había 65 mujeres miembros de los diversos Parlamentos nacionales. En 1929, los socialistas belgas, a pesar de la inclusión en el Programa del partido de una declaración en favor de la igualdad de derecho al voto para hombres y mujeres, votaron en el Senado contra una proposición del Partido Católico de extender el sufragio a la mujer. Esto provocó una aguda controversia dentro del Partido y, en 1931, el Congreso del Partido no sólo reafirmó la igualdad de sufragio establecida en su Programa, sino que dio instrucciones a sus representantes de votar en favor de la proposición católica cuando ésta fuera presentada de nuevo. No obstante, nada se logró en Bélgica ni en Francia hasta la terminación de la segunda Guerra Mundial.

En diversas cuestiones surgieron agudas diferencias entre los grupos de mujeres socialistas de los distintos países, tanto en el plano nacional como en las Conferencias de la Internacional. Por ejemplo, las mujeres de los países escandinavos se oponían en su mayoría a una legislación especial para la protección de las trabajadoras, sosteniendo que debían aplicarse leyes protectoras de ambos sexos, mientras la mayoría de los demás partidos apoyaban medidas especíales para las mujeres, dentro de la línea de la legislación laboral existente. Otra cuestión candentemente debatida era la del control de la natalidad, a lo que se oponían enérgicamente las católicas y otras que temían una división, por esta cuestión, del movimiento obrero. Respecto a este problema, las mujeres inglesas adoptaron una posición intermedia, favoreciendo la información referente al control de la natalidad a los que lo desearan por organismos oficiales médicos y de servicio social, pero negándose a que el movimiento

laborista como tal apoyara o se opusiera al control de la natalidad como política social. No obstante, en general, estas diferencias no fueron extremadas y la Sección Femenina de la Internacional Laborista y Socialista pudo adoptar una línea común en torno a casi todas las cuestiones debatidas en sus Conferencias. Las austríacas y las alemanas desempeñaron un papel especialmente activo en esta esfera de actividad de la Internacional, obstaculizada por la debilidad de la organización femenina en muchos países, especialmente en Francia e Italia. Adelheid Popp y Emmy Freundlich, que fue también presidenta de la Liga Internacional de Mujeres fueron las más importantes representantes austríacas; de Francia, la principal figura.en el movimiento femenino fue Louise Saumonneau y de Gran Bretaña Marión Phillips y A. Susan Lawrence, quien ocupó un cargo en el gobierno laborista de 1920 a 1931.

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN: COMUNISMO Y SOCIALDEMOCRACIA DE 1914 A 1931

En el plan original del cuarto volumen de la *Historia del -pensamiento socialista* pensaba referirme a todo el periodo que va desde el estallido de la guerra mundial en 1914 hasta el nuevo estallido de 1939. Me parecía que un periodo de un cuarto de siglo no era demasiado largo, teniendo en cuenta que el primero y el segundo volúmenes abarcaban etapas de más de cuarenta años —de 1789 a 1850 y de 1850 a 1889. Era cierto, por otra parte, que para el siguiente periodo de veinticinco años, de 1889 a 1914, había tenido que aumentar el tercer volumen hasta más de mil páginas. Tan pronto como me dediqué a desarrollar el plan de detalle comprendí que el proyecto original no serviría, porque no era posible, sin perder la unidad esencial de tratamiento, estudiar las revoluciones que acompañaron y siguieron a la primera Guerra Mundial y el periodo de contrarrevolución y creciente tensión internacional que se desencadenó con la depresión mundial de los treintas y la victoria del nazismo en Alemania, dentro de un solo libro. Alteré, pues, el plan y decidí, después de alguna vacilación, interrumpir el relato alrededor de 1931, para referirme sólo a las primeras etapas de la gran depresión y concentrar la atención en las consecuencias de la gran Revolución rusa de 1917, dividiendo el movimiento socialista mundial en dos facciones contendientes entre las cuales era muy difícil que sobrevivieran núcleos de opinión intermedios o desviacionistas o, en todo caso, que ejercieran una poderosa influencia en el curso de los acontecimientos.

La Segunda Internacional, que se prolongó desde 1889 hasta su colapso en agosto de 1914, sostuvo, a pesar de los agudos conflictos de política que surgieron en su seno, una concepción del socialismo como fuerza mundial fundamentalmente unificada. Esta unidad, rota en 1914 en el terreno de la organización, desapareció del campo del pensamiento y de la acción como consecuencia de la Revolución bolchevique en Rusia y del surgimiento del comunismo con su doctrina de la Revolución mundial al estilo ruso. Porque el comunismo de la Tercera Internacional a partir de 1919 implicaba un deliberado intento, de alcance mundial, de dividir a los movimientos socialistas v obreros de todos los países en facciones agudamente opuestas en lucha por la adhesión de los trabajadores y condujo a la coexistencia no sólo de partidos rivales, comunistas y laboristas o socialistas, sino de movimientos

sindicales opuestos y a perpetuos conflictos dentro de los sindicatos de cada país. En estas circunstancias no había ya la sombra de un movimiento socialista mundial único animado por el propósito común de derrocar al capitalismo e implantar en su lugar al socialismo. En vez de unificarse para destruir al capitalismo, los movimientos socialistas rivales se dedicaron a pelear entre sí y los que intentaron destacar lo que había en común entte ellos, con la esperanza de reunificarlos, vieron en todas partes contrariados sus esfuerzos por los fanáticos de ambos lados. En opinión de los comunistas, los reformistas y los "desviacionistas" revolucionarios —es decir, los llamados "trotskystas"— eran calificados de "socialtraidores" mientras que, del otro lado, la mayoría de los llamados "traidores" afirmaban abiertamente que no podía haber socialismo sin "democracia" —entendiendo por democracia el gobierno parlamentario basado en una estructura de partidos contendientes y en el gobierno de la mayoría dentro de condiciones de sufragio universal y elecciones 'libres".

En consecuencia, para escribir la historia del socialismo —del pensamiento o de la acción— después de 1917 no se tiene que estudiar ya un solo movimiento o tendencia, sino cuando menos dos —a no ser que esté dispuesto a limitar su concepción del socialismo, excluyendo completamente a una u otra. Esta exclusión sería en la práctica muy difícil, porque cualquiera que sea la opinión del autor respecto a las pretensiones de uno u otro grupo de ser el verdadero heredero de la tradición socialista común, tendría que referirse prácticamente al conflicto entre ambos y a las numerosas tendencias socialistas que no pueden identificarse plenamente con ninguno de los dos. Aunque estuviera dispuesto —y yo no lo estoy— a considerar los desarrollos del pensamiento y la acción en los Estados comunistas de un solo partido como si se apartaran del socialismo propiamente dicho tendría que ocuparse de otros países donde el comunismo ha competido directamente con el socialismo no comunista por la adhesión de las clases trabajadoras y el campesinado. Y no podría presentar un recuento equilibrado ni justo de los acontecimientos o teorías sin analizar las relaciones entre ambos. Por diferentes que puedan ser el comunismo y la socialdemocracia, o el socialismo democrático, en sus filosofías y métodos de acción, es innegable que tienen algunos elementos comunes —por ejemplo, el abogar por la propiedad pública y el control de los recursos esenciales y de los instrumentos de producción y la creencia en la misión histórica de la clase trabajadora para efectuar la transición del capitalismo a la empresa pública.

El problema de si ha de hacerse esto mediante la toma revolucionaria del poder por los trabajadores o por un partido que pretenda representarlos o mediante la conquista pacífica del poder por la acción

parlamentaria a través del sufragio universal, por importante que sea, no puede presentarse de la misma manera en todos los países; porque, por una parte, no todos poseen las instituciones parlamentarias de gobierno que presupone el segundo de estos métodos y, por otra parte, en algunos que poseen estas instituciones no hay posibilidad real de una revolución violenta ni de recurrir a una dictadura de un solo partido. Habría sido tonto decir a los socialistas rusos, a principios de 1917, que debían proceder sólo mediante métodos constitucionales parlamentarios y no tendría mayor sentido ofrecer el mismo consejo hoy a los socialistas de Arabia Saudita o Siam o algunos países de América Latina —o a los socialistas negros de la Unión Surafricana. Sería igualmente una tontería instar a los socialistas de los países escandinavos o de Gran Bretaña y los Estados Unidos a dirigir sus esfuerzos hacia el establecimiento de una dictadura del proletariado a través del "partido único" —aunque ninguno de estos absurdos ha dejado de tener partidarios, porque no hay límite para las fantasías de que son capaces los individuos cuando empiezan a generalizar basándose en casos especiales que confunden con cuestiones de principios universales.

El historiador del socialismo, cuando penetra en la etapa que empezó con la primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa de 1917 no puede evitar, en mi opinión, la inclusión en su análisis del comunismo y la socialdemocracia y, con ellos, de todas las tendencias variables que no pueden incluirse enteramente en ninguna de estas ideologías. Porque las dos, así como todas las variantes, son herederas de la vieja tradición socialista, así como el protestantismo y el catolicismo son herederos de un cristianismo antes unido, dentro del cual existieron herejías y cismas mucho antes de la Reforma.

Cuando se ha determinado así el enfoque general, en favor de un análisis que comprenda a todos, el historiador tropieza aún con considerables dificultades porque tiene que referirse, en general, no a pasadas disputas sobre las cuales pueda emitir juicios tolerablemente objetivos y desapasionados o pueda dejar que sus lectores juzguen por sí mismos a la luz de una presentación razonablemente objetiva de los hechos, sino a disputas muy vivas y que necesariamente provocarán su pasión y la de los lectores, de manera que difícilmente puede esperar que se le reconozca el haber expuesto imparcialmente todos los aspectos de las cuestiones que debe examinar. El pasado inmediato está tan ligado al presente y al futuro que tendemos a enfocarlo con nuestras actitudes y conductas efectivas y posibles y atribuirle conclusiones derivadas de estas fuentes. Así, nuestros juicios de la Revolución bolchevique y de la participación de Lenin son susceptibles de estar teñidos por nuestra opinión de la Unión Soviética de hoy y, por otra parte, las opiniones que adoptemos respecto a los socialistas parlamentarios des-

pues de 1918 estarán afectadas por nuestras actitudes acerca de los partidos integrantes de la Segunda Internacional.

En relación con estas cuestiones me precio de estar en mejor posición que muchos de mis compañeros socialistas para ser justo entre las dos opiniones extremistas, porque no he podido aceptar ninguna de las dos. Me opongo enérgicamente, por principio, a la doctrina comunista del "centralismo democrático", que en mi opinión conduce fatalmente a la burocracia centralizada y a la destrucción de la libertad personal y la libertad de pensamiento y acción. Pero no me opongo menos al capitalismo y a las graves desigualdades sociales y económicas que supone y no puedo aceptar la opinión de que es ilegítimo actuar contra estas injusticias a no ser por medios constitucionales y parlamentarios, aun donde estos medios no existen o son evidentemente ineficaces. Estoy en contra de la revolución violenta, cuando el camino hacia el cambio fundamental por medios constitucionales esté efectivamente abierto para el pueblo; pero no puedo aceptar que la democracia sea un presupuesto necesario del socialismo, si se entiende por "democracia" el uso exclusivo de los métodos parlamentarios en países donde no existe de hecho ninguna tradición de gobierno parlamentario ni instituciones parlamentarias capaces de ser utilizadas para realizar el cambio hacia el socialismo. Esta actitud me ha colocado, en mi edad adulta, entre los partidarios del socialismo de izquierda no comunista; posición que, en mi país, habría tropezado con muchas dificultades para sostener si hubiera sido un político activo en lugar de un político de "cátedra" o académico. Nunca, ni siquiera por un momento, he considerado la posibilidad de hacerme comunista, la idea me repugna; pero con frecuencia me he exasperado profundamente con el abandono de los principios socialistas por los partidos y movimientos laboristas y socialistas de Occidente y me he propuesto no dejarme llevar por mi hostilidad hacia el comunismo a ninguna alianza en su contra con los enemigos declarados del socialismo. Esto me ha colocado con frecuencia en una posición bastante aislada, que he podido sobrellevar sin mayores molestias porque nunca he participado activamente en la política, excepto como escritor con la suerte de vivir en un país donde he podido emitir libremente mis opiniones. He podido, así, observar y, dentro de los límites que yo mismo me he impuesto, participar en los conflictos de opinión sin dejarme envolver en ellos profundamente como vocero de ningún partido o facción determinados, aunque he sido miembro del Partido Laborista cerca de cincuenta años y he ocupado cargos primero en el movimiento del socialismo gremial y después, durante el último cuarto de siglo, en la Socielad Fabiana reorganizada y en la Nueva Oficina Fabiana de Investigación. No sugiero que todo esto me capacite para ser imparcial, ni siquiera objetivo, al hacer la

historia del socialismo durante el periodo estudiado en este volumen pero creo que me da ciertas ventajas sobre aquellos que han sido atraídos totalmente dentro de las órbitas del comunismo o de la socialdemocracia parlamentaria al estilo occidental.

La época de la historia del socialismo analizada en este volumen es aquella en que, principalmente como resultado de la primera Güera Mundial, el comunismo se ha desarrollado como amenaza mundial del imperialismo capitalista y del orden social existente y, por otra parte, de toda especie de socialismo reformista o evolucionista moderado. Este doble desafío está vigente hoy; pero asumió una nueva y diferente forma cuando el fascismo, en su forma alemana o nazismo, subió al poder en Alemania en medio de la gran depresión mundial de los treintas. El fascismo, es cierto, había conquistado Italia mucho antes y habían surgido tendencias fascistas en otros muchos países —por ejemplo en Hungría y los Balcanes— para no mencionar a China. Sin embargo, sólo se convirtió en peligro mundial al subir al poder Hitlcr porque sólo en sus manos se convirtió en una tercera fuerza amenazando por una parte, en escala mundial, al socialismo y al comunismo y por otra al parlamentarismo capitalista planteando la cuestión de si debía considerársele propiamente como una nueva forma, quizás definitiva, del capitalismo imperialista o como una doctrina y un modo de vida totalmente diferentes. Mi opinión, desde un principio, fue que esta última concepción era la más correcta y que la humanidad tenía que hacer frente a una amenaza inevadible contra la cual era necesario agrupar a todos los opositores que pudieran adherirse a la lucha: de tal manera que, por el momento, la resistencia al fascismo se convirtió en una cuestión mucho más urgente que el intento de derrocar al capitalismo. Podía llegarse sin duda a la conclusión anticipada de que muchos capitalistas, sobre todo en Alemania, se pondrían al lado de los nazis e intentarían utilizarlos para servir a los fines del capitalismo; pero esto no probaba, en mi opinión, de ninguna manera que el nazismo fuera simplemente una forma del capitalismo. Me parecía algo fundamentalmente diferente y susceptible, en caso de prevalecer, a subordinar el capitalismo a su propia doctrina de militarismo y superioridad racial —un enemigo mucho peor de la decencia humana y del progreso en el arte de vivir.

Esta convicción de que el fascismo no era, y no es, simplemente el capitalismo en su última etapa de guerra abierta contra los trabajadores, sino que era —y es— una tercera fuerza por derecho propio —o más bien por su propio mal— influyó en mi decisión de detenerme, en este volumen, en la toma del poder por Hitler en Alemania y dejar para un estudio posterior la lucha antifascista de los treintas y las repercusiones del facismo en el curso de los acontecimientos y las formas del

pensamiento político en la Unión Soviética, para poder concentrar la atención en el desarrollo del pensamiento socialista entre las Revoluciones de 1917 y los años siguientes y la aparición de la amenaza fascista en una forma claramente identificable. Me he ocupado j>ues, fundamentalmente, en este volumen: primero, de estos cambios revolucionarios y sus consecuencias al romper la unidad del socialismo y del movimiento obrero y, después, de la suerte del socialismo, incluyendo al comunismo y sus aliados, en el mundo de la posguerra hasta, la gran depresión. Esto supone, lo comprendo, interrumpir la historia, en relación con algunos países, en un momento inconveniente; pero los países a los que esto se aplica no son, en general, aquellos a los que debe dirigirse primordialmente la atención en la etapa que ahora nos interesa. La división entre los veintes y los treintas es válida, no sólo para Alemania y la mayoría de Europa occidental, incluyendo Gran Bretaña, sino también para los Estados Unidos, donde la depresión y el Nuevo Trato de Roosevelt distinguen claramente los treintas de la década anterior y también, me parece, para la Unión Soviética, donde el stalinismo constituyó una actitud radicalmente diferente de la de Lenip, o Trotsky, aunque esta actitud se injertara en raíces leninistas.

Empiezo la historia, pues, después de un capítulo preliminar que se refiere al impacto de la guerra sobre el movimiento socialista en su aspecto internacional, con las Revoluciones rusas y su influencia sobre el socialismo como factor en los asuntos internacionales. En este momento, lo esencial es comprender que los bolcheviques pensaban en su revolución, no como una sustitución local o nacional de un régimen capitalista-imperialista por uno socialista, sino el primer paso decisivo de una Revolución mundial que debían hacer, a su imagen y semejanza, los trabajadores de todos los países y, sobre todo, en primer lugar los de toda Europa, con Alemania como punto clave para su extensión a los países capitalistas más avanzados. Creían que la Revolución estaba destinada, por necesidad histórica, a extenderse de esta manera y que, si no sucedía esto, su propia Revolución no podría sobrevivir, aunque confiaban en que, aunque fuera derrotada temporalmente, surgiría de nuevo como lo había hecho después de los desastres de 1905-6. Emplearon, pues, todos los medios a su alcance para fomentar la revolución en otros países —sobre todo en Alemania— y de encaminar a las fuerzas revolucionarias en Alemania y los demás países a plegarse a sus propias concepciones, derivadas de lo que ellos habían logrado, de la manera correcta de hacer una revolución, tomando muy poco en cuenta las situaciones diversas en que estaban situados socialistas v sindicalistas en otros países ni las diferentes tradiciones que se habían desarrollado en los distintos movimientos obreros. Enormemente orgullosos de sus propios logros —y más aún cuando se sostuvieron firme-

mente contra la intervención de las grandes potencias capitalistas— esperaban que los demás países manifestaran su admiración por el ejempío soviético siguiéndolo lo más cerca posible, al pie de la letra, y prescindiendo en absoluto de todas las tradiciones obreras y socialistas que obstaculizaran la estrecha imitación del modelo bolchevique. ¿No habían logrado acaso hacer la Revolución socialista mientras que en otros países, mucho más avanzados, el proletariado que debía haber tomado la iniciativa se había quedado ignominiosamente rezagado dejándose llevar a la carnicería de la guerra por los belicistas capitalistas? La tarea evidente de los socialistas en todo el mundo era recuperar el tiempo perdido y realizar sus propias revoluciones bolcheviques o, si esto no era posible, crearles a sus clases dominantes los mayores problemas, impidiendo así que éstas movilizaran sus fuerzas para derrocar a la Unión Soviética. Para los bolcheviques rusos esto parecía una simple cuestión de deber y lealtad al país que había dado un ejemplo tan importante e inspirador. "Quien no está con nosotros está contra nosotros", parecía ser la moraleja evidente.

Con este principio los bolcheviques, frente a la enorme amenaza de la contrarrevolución dentro de Rusia, se dedicaron deliberadamente a dividir el movimiento socialista mundial. Por supuesto, ellos no se plantearon así las cosas. Su propósito, tal como lo concebían, no era dividir a los trabajadores sino separarlos de sus líderes traidores que se mostraban desleales a la causa revolucionaria. En su opinión, todo trabajador era un revolucionario potencial y sólo podía impedirse que se convirtiera realmente en revolucionario si se le engatusaba y se le desviaba por falsos guías. El futuro, tal como lo concebían, no era de movimientos obreros revolucionarios y reformistas rivales disputándose la victoria, sino de un solo movimiento revolucionario que debería enfrentarse sólo a un puñado de dirigentes reformistas desacreditados abandonados por sus antiguos partidarios. Los comunistas de la Unión Soviética y, bajo su influencia, la Internacional comunista, se entregaron, con prodigiosa confianza en su capacidad para hacerlo, a convertir a las masas a su punto de vista. La necesidad histórica, pensaban, estaba de su parte —y no sólo eso, ya que el éxito mismo de su propia Revolución demostraba que la época estaba madura para otras. No se trataba, pues, de una división que pudiera debilitar a la clase trabajadora separándola en contra de sí misma. Los dirigentes de derecha quedarían pronto sin partidarios y no contarían más. El verdadero peligro estaba en los centristas —los que se oponían al ala derecha pero se negaban a aceptar la doctrina comunista—, porque éstos podrían lograr desviar temporalmente a un sector de los trabajadores, aunque las "contradicciones" inherentes a su actitud evitaría que pudieran seguir una política realmente positiva. A la larga también ellos estaban condenados

a perder su influencia; pero, momentáneamente, podían atraer bastante apoyo como para obstaculizar la extensión de la Revolución mundial. Por tanto, había que luchar contra ellos, más vigorosamente que en contra de los líderes de derecha, por todos los recursos que pudieran utilizarse para minar su influencia sobre los trabajadores, con buenas intenciones pero confundidos, que tomaban sus bellas palabras por verdaderas intenciones revolucionarias.

Con este espíritu el Comintern redactó sus "veintiún puntos", con el fin primario de excluir a todos aquellos grupos que, movidos por la simpatía hacia la Revolución bolchevique, deseaban entablar relaciones fraternales con ella sin suscribir totalmente los métodos rusos como aplicables a todo el mundo. Con este espíritu los dirigentes del Comintern, impulsados por Zinoviev y el Partido Comunista ruso, se dedicaron a destruir a los minoritarios de Longuet (entonces-convertidos en mayoría) en Francia, a Fredrich Adler y Otto Bauer en Austria con su Internacional "Dos y media", a la facción cuasicomunista de Serrati en Italia, al Partido Laborista Independiente en Gran Bretaña y, sobre todo, al Partido Socialdemócrata Independiente en Alemania. Lo que es más, lograron en general realizar esta labor de destrucción. El Partido Socialdemócrata Independiente fue dividido y su minoría derrotada empujada a reagruparse con el Partido Socialdemócrata de derecha; se obligó a la Internacional de Viena a unirse a la Segunda Internacional reconstituida; el Partido Socialista francés fue conquistado para el comunismo y el grupo centrista empujado a asociarse al ala derecha; y, en Italia, todo el movimiento socialista fue tan desintegrado que se abrieron las puertas al fascismo y se llevó a comuni-tas y no comunistas a un desastre común. En cuanto a la Revolución mundial, no se produjo. La República soviética de Hungría fue rápidamente derrocada y dio paso al "terror blanco" de Horthy; la República soviética de Baviera apenas surgió para ser destruida; la Revolución comunista alemana fue un lamentable fracaso y, en Gran Bretaña y casi todos los demás países de la Europa Occidental —para no mencionar a los Estados Unidos— jamás llegó a producirse un movimiento revolucionario de alguna importancia. Juzgada por la medida de sus primeras esperanzas v aspiraciones, la Internacional comunista fue un egregio fracaso. En vez de dejar al ala derecha aislada v desprovista de partidarios, le entregó a gran parte de los antiguos grupos centristas. En vez de hacer la Revolución mundial contribuyó, al dividir !as fuerzas socialistas y proletarias, a permitir el triunfo del fascismo, primero en Italia v luego en Alemania y en casi toda la Europa oriental. Se hizo evidente, inclusive para los rusos, que habían calculado mal las potencialidades revolucionarias de las clases trabajadoras del mundo y que era indispensable, no revisar su doctrina fundamental, pero sí aceptar la necesidad de

esperar a que se produjera la esperada crisis del capitalismo mundial, dando origen a un nuevo estallido de sentimiento revolucionario.

Así, el pensamiento comunista sobre el futuro fue dominado cada vez más por la idea de que el capitalismo mundial, aunque había logrado de alguna manera reconstruirse después de las dislocaciones de la guerra, *debía* estar acercándose rápidamente a su "crisis definitiva", tal como lo habían concebido Marx y Engels cuarenta años antes, cuando empezaba a producirse la gran depresión de los años setentas. Esta crisis, de hecho, había demostrado no ser definitiva y había dado lugar, no a un estallido de acción revolucionaria, sino más bien al surgimiento de numorosos partidos socialdemócratas que siguieron una orientación cada vez menos revolucionaria. La "próxima vez", sin embargo, debía ser diferente. El capitalismo mundial se disolvería por su incapacidad para mantener su funcionamiento y las masas recurrirían en todas partes a la revolución como ia única salida. La esperanza y la confianza fueron así diferidas, no abandonadas; y, mientras tanto, la quintaesencia del deber de todos los buenos socialistas era proteger a la Unión Soviética contra sus enemigos y de los gobernantes de la Unión Soviética demostrar lo que antes se había considerado impracticable —el establecimiento del "socialismo en un solo país" como modelo que deberían imitar los demás tan pronto como la próxima crisis madurara la situación.

Este cambio de orientación, sin ningún cambio en las ideas fundamentales, se produjo en los veintes, mucho antes de la crisis y, forzosamente, del advenimiento de los nazis al poder sobre las ruinas de la República de Weimar. No implicaba, en ese momento, una revisión fundamental de las perspectivas del mundo comunista, aunque exigía una nueva estrategia para los comunistas *in partibus infidelium.* Estos tuvieron que adaptarse a una política de espera, dispuestos constantemente, al mismo tiempo, a acudir en defensa de la Unión Soviética, Hasta que se produjera la crisis tenían que hacer lo posible por combatir las tendencias de derecha o reformistas en los movimientos obreros de sus propios países, ganar influencia en los sindicatos y, cuando fuera posible, lograr que se les aceptara como aliados por las organizaciones a cuyos líderes atacarían por la espalda a la primera oportunidad. No era éste un camino fácil; pero, en vista de que debía posponerse necesariamente la Revolución mundial y de la obligación primaria de defender a la Unión Soviética en toda circunstancia, no había otro camino. La situación sólo cambió cuando la crisis económica mundial y la conquista de Alemania por los nazis obligó a seguir una nueva línea. Porque la crisis trajo consigo, no una ola de fervor revolucionario, sino la contrarrevolución en Alemania v en otros países y, en aquellos acostumbrados al gobierno parlamentario, un serio debilitamiento temporal

del movimiento obrero, especialmente en el terreno sindical, pero también en el político. En Gran Bretaña el eclipse del gobierno laborista, aunque dio como resultado una transitoria inclinación hacia la izquierda de la opinión obrera, dejó al movimiento en un estado mucho más débil del que sólo pudo recuperarse lentamente; y, en los Estados Unidos, el Nuevo Trato, aunque fue seguido de una gran expansión del sindicalismo en los terrenos hasta entonces inexplorados de las industrias de producción en masa, no logró restablecer al socialismo norteamericano siquiera al modesto nivel que había alcanzado en la primera década del siglo xx.

No sólo la Revolución mundial, a pesar de los grandes malestares engendrados por la depresión, pareció pronto tan lejana como siempre en los grandes países capitalistas; ahora tenía que hacer frente a un nuevo y despiadado enemigo, que no respetaba las tradiciones de la conducta civilizada que hasta entonces habían servido para moderar la intensidad del conflicto de clases en los países capitalistas más avanzados. Los comunistas tuvieron entonces, aunque sólo fuera para proteger a la Unión Soviética contra el peligro fascista, que buscar aliados donde se pudiera y, en vez de rechazar a todo el que no estuviera dispuesto a adoptar totalmente la doctrina comunista, a pedir en voz alta el 'Trente Unido" contra el fascismo. Es cierto que esto sólo constituía todavía un cambio en la "línea del partido" y no un cambio básico de actitud; porque el "Frente Unido" que querían los comunistas debía permitirles asumir la dirección y, en lo posible, dominar a los demás grupos con los cuales sentían la necesidad de cooperar en la cruzada antifascista. No obstante donde, como en Gran Bretaña, sólo tenían escasos partidarios y la constitución del "Frente Unido" los habría dejado en una absoluta minoría, su objetivo era en realidad no tanto formar un solo frente con sus opositores dentro de la clase trabajadora como apelar a aquellos mismos elementos centristas que antes habían denunciado y atraer además al mayor número posible de intelectuales y estudiantes sin partido, que sentían repugnancia ante el irracionalismo y la brutalidad de la doctrina nazi. Los treintas se convirtieron así en la época de los "compañeros de viaje" que, ansiosos por participar en la lucha antifascista, se asociaron a los comunistas como los enemigos más verbales y directos del fascismo, sin tener muy en cuenta las bondades de la doctrina comunista y, en muchos casos, sin comprender realmente lo que ésta implicaba. Estos simpatizantes eran los más crédulos en relación con lo que sucedía en la Unión Soviética bajo Stalin, porque tenían tan pocas bases para comprobar lo que se les hacía creer y querían creer y porque sentían que creyéndolo se colocaban en el bando correcto de la lucha contemporánea.

Ya sé que nunca hay una razón realmente suficiente como para

engañarnos a nosotros mismos o para dejar que nos engañen. Sin embargo, en los treintas había razones eminentemente buenas para colocar la lucha contra el fascismo muy por encima de cualquier otra cuestión. En los veintes, por el contrario, era mucho más difícil determinar qué era lo primero —en todo caso, después que desapareció el peligro inmediato de intervención armada en Rusia por las potencias occidentales. Cuando la "nueva política económica" empezó a dar resultados evidentes, muchos que no eran en absoluto comunistas abrigaron grandes esperanzas para la Unión Soviética, cuya planificación económica y social, en sus primeras etapas, parecía obtener notables éxitos, aun antes de iniciado el primer Plan Quinquenal. Muchos deseaban un relajamiento del control totalitario una vez superadas las más desesperadas escaseces económicas y esperaban que la Unión Soviética se ajustara a una forma de socialismo no demasiado incompatible con las ideas occidentales del valor de la libertad personal y de la democracia política. Había, especialmente entre los jóvenes, en Occidente y en el resto del mundo, un fuerte deseo por admirar a la Unión Soviética y aprovechar al máximo sus notables realizaciones económicas y educativas. Existía inclusive, en los sectores más inesperados, una tendencia a admirar al Partido Comunista por la devoción de sus miembros y a contrastar la flexibilidad de los lazos que unía a los miembros de los partidos socialistas occidentales tales como la rigurosa disciplina de los comunistas —para gran desventaja de los primeros. Los Webb, con su amplio estudio sobre *Soviet Communism, a* New *Civilisation?,* se convirtieron después en los principales exponentes de esta actitud. En los veintes y principios de los treintas, la Unión Soviética se abrió a los turistas de muchos países, la mayoría de los cuales, aunque criticaran los aspectos totalitarios, volvían elogiando el progreso económico y educativo que se estaba logrando.

Es posible sostener, indudablemente, que muchos socialistas que en los veintes expresaban admiración por los progresos económicos v sociales de la Unión Soviética no eran realmente movidos a la admiración por estas realizaciones, sino que estaban en una actitud favorable a admirar cualquier cosa que hiciera la Unión Soviética, independientemente de su calidad real. Era por supuesto evidente, para cualquier visitante o estudioso que analizara verdaderamente los hechos, que la Unión Soviética era un país muy pobre y que sus niveles de vida eran enormemente inferiores a los del Occidente capitalista. Lo que se admiraba no era, pues, el nivel de realizaciones alcanzadas realmente en lo económico o en lo social, sino más bien el enorme esfuerzo hecho para mejorar la economía y difundir la educación ampliamente entre el pueblo —o, al menos, desarrollar avanzadas técnicas industriales y suministrar servicios sociales y educación a la clase trabajadora urbana

en rápido desarrollo. Para estos admiradores no tenía mayor importancia que los niveles fueran realmente bajos: lo que contaba era el esfuerzo por elevarlos y, al hacerlo, consolidar la Revolución y fortalecer lo suficiente a la Unión Soviética como para enfrentarse al peligro del cerco capitalista y, en un momento dado, rivalizar y hasta superar los niveles de los países capitalistas avanzados. Es verdad, sin duda, que era en este espíritu que muchos socialistas admiraban profundamente a la Unión Soviética —algunos aun más porque la vida parecía ofrecer allí los medios de vivir heroicamente por un ideal, que no encontraban en los movimientos socialistas de sus propios países. La "sangre y el sudor" del mundo comunista, en vez de repugnar a estos observadores, los incitaba a una admiración que las realizaciones reales no merecían entonces por sí solas. Sólo cuando la Unión Soviética recurrió a la colectivización en masa en el campo, en un enorme intento por socializar el espíritu y las prácticas agrícolas de la gran población campesina, se extendió la crítica de los que eran activamente hostiles al sistema en general y se negaban a verle nada bueno a los observadores de buena voluntad, a los que chocó la falta de escrúpulos con que se llevó a cabo la colectivización y conmovieron las consecuencias en la matanza en masa de animales y ia evidente mala administración de muchos de los grandes experimentos agrícolas recién inaugurados. El hambre en Ucrania y otras regiones, atribuida a una colectivización demasiado apresurada y, al fracaso de las cosechas, contribuyó mucho a enajenar las simpatías occidentales y a desviarlas hacia los *kulaks* que eran las principales víctimas. No obstante, hasta 1939, gran parte de la buena voluntad creada por las revoluciones de 1917 y el éxito indudable en el desarrollo industrial persistió entre las clases trabajadoras de los países occidentales y entre los que consideraban a la Unión Soviética como líder natural de la lucha antifascista.

Surgieron, sin embargo, a fines de la década de los veintes, vigorosas críticas a la Unión Soviética de parte de muchos comunistas y de los que se sentían molestos por la falta de escrúpulos con que se ponían en práctica algunas políticas en Rusia. Desde que Trotsky fue despojado de todo poder o, más concretamente, desde que fue expulsado de Rusia, sus opiniones encontraron apoyo en grupos minoritarios de muchos países. No fue sino más tarde que el "trotskismo" se convirtió en un calificativo oprobioso empleado para denigrar a cualquier comunista disidente que se opusiera a la disciplina stalinista por cualquier razón; pero los primeros trotskistas, que eran en su mayoría simpatizantes de Trotsky más que simples opositores de Stalin, empezaron pronto a ejercer una influencia disolvente sobre la disciplina monolítica exigida a los comunistas extranjeros por el Comintern. Era natural que, en muchos casos, estos grupos hicieran causa común con

otros disidentes que habían entrado en desacuerdo aun antes con la política oficial —por ejemplo, los sindicalistas industriales y otros elementos de izquierda que se habían mostrado partidarios del control democrático de las fábricas por los trabajadores. El Comintern se había propuesto, en un principio, atraer a sus filas a los movimientos unionistas industrial, sindicalista y de los *shop stewards* que en varios países se habían rebelado contra los partidos socialistas existentes. Había logrado asimilar a algunos de estos elementos y que aceptaran la doctrina de que los sindicatos debían someterse firmemente al control del Partido Comunista. No obstante, había entre ellos algunos rebeldes espontáneos contra la disciplina que no encontraban a su gusto la concepción del "centralismo democrático". En la Unión Soviética estos rebeldes eran rápidamente liquidados o exilados sin mayores escrúpulos; pero en otros países estaban fuera del alcance del Partido y sólo era posible atacarlos mediante virulentas críticas. Algunos eran anarquistas y efectuaban su propaganda en los pequeños grupos anarquistas que han seguido existiendo en casi todos los países. Otros, por ejemplo en los Estados Unidos, crearon partidos o sociedades comunistas disidentes, de corta vida y muchos participaron en la investigación en gran escala del caso Trotsky que presidió el filósofo de la educación John Dewey. Pero ninguna de estas facciones pudo arraigarse en gran escala, aunque en los treintas los partidos trotskistas aparecieron inclusive en algunos países asiáticos. Nunca pudo establecerse un movimiento comunista rival, en oposición a la influencia disciplinada del Comintern, con el apoyo ruso. No podía haber sino "astillas" del movimiento, disputando con todo el mundo y entre sí y, además, ineficaces porque no tenían medios de hacerse escuchar más allá de círculos muy estrechos.

Desde el momento en que culminó la gran disputa entre Stalin y Trotsky, fue muy difícil descubrir cuál era la verdadera raíz del conflicto. Éste se había iniciado, como vimos[1] con el merecido ataque de Trotsky a la burocratización del Partido Comunista bajo la influencia de Stalin. Pero pronto se extendió a un campo mucho más amplio y se desvió cuando Stalin, a pocos años del rompimiento, pareció poner en práctica algunas de las políticas que Trotsky había recomendado. Trotsky había sido de los primeros en subrayar el peligro de ceder demasiado a los campesinos y la necesidad imperativa de impulsar rápidamente la industrialización para fortalecer a la clase trabajadora industrial. Pero fue Stalin quien lanzó el Plan Quinquenal, con su gran énfasis en el desarrollo económico, y la política de colectivización agrícola, destinada a atraer la mano de obra excedente hacia la industria y a convertir al campesino en algo análogo al trabajador industrial. Es ver-

[1] VcaNe p. 111.

dad que Trotsky, como exponente de la doctrina de la "revolución permanente", había dado gran importancia a la opinión de que la Revolución sobreviviría en Rusia sólo si podía convertirse en Revolución mundial mientras que Stalin se convirtió pronto en el principal expositor de la idea del "socialismo en un solo país". Ésta era una diferencia real, basada en el caso de Stalin en un reconocimiento más claro de que las perspectivas de una pronta revolución en los países capitalistas avanzados habían desaparecido, si es que habían existido en algún momento. Esta diferencia, sin embargo, aunque de importancia fundamental en la conformación de la política soviética después del primer lustro de los veintes, no alcanza a explicar la ferocidad con que el Partido Comunista soviético y el Comintern persiguieron a todo el que podía ser acusado de ponerse de parte de Trotsky o de actuar bajo su influencia. Cada vez se hizo más y más aparente que el problema real estaba en la diferencia entre la concepción monolítica del llamado "centralismo democrático", que significaba de hecho la dominación de todo el movimiento comunista desde un único centro por la camarilla gobernante del Partido Comunista de la Unión Soviética y la concepción opuesta de un movimiento que actuara sí bajo una severa disciplina central, pero que trazara su política mediante la libre discusión entre los miembros activos del partido —libre dentro del Partido, hasta el momento en que se tomaran efectivamente decisiones vitales. Éste siguió siendo el problema realmente fundamental pero quedó oculto tras la multitud de otras cuestiones de controversia que tenían que resolverse y, más aún, bajo el peso de los insultos indiscriminados con que los stalinistas atacaban a sus críticos y manchaban el nombre de Trotsky —cuando no lo suprimían totalmente.

Mientras estas disputas cobraban fuerza dentro del movimiento comunista, los centristas, como hemos visto, eran reducidos a polvo entre dos piedras de molino: el socialismo reformista y el comunismo revolucionario. El centro, tal como estaba en 1919 al terminar la Gran Guerra, experimentaba cada vez mayores dificultades. Su principal fuerza residía en los países donde la socialdemocracia había sido una poderosa fuerza antes de la guerra —sobre todo en Alemania, Austria c Italia. En relación con otras facciones socialistas era la más fuerte en Austria, que no era ya capital de un imperio multinacional sino un pequeño Estado predominantemente alemán con enormes dificultades económicas y con la prohibición de sus vencedores de buscar remedio en una unión con la nueva República alemana. En la superficie de la cuestión, el hecho más sorprendente respecto a Austria en la posguerra es la incapacidad de los comunistas para quebrar la unidad del Partido Socialdemócrata. Los trabajadores austríacos, atrincherados en la Viena "Roja" y otros baluartes industriales menores, permanecieron fieles casi

unitariamente al viejo Partido y, en los primeros años de la República, pudieron dominar en el plano político. Pero tan pronto como los antisocialistas pudieron reorganizar sus fuerzas después de los trastornos de la Revolución austríaca, se hizo evidente que los socialistas, por firme que fuera su control en Viena, no podían agrupar una mayoría en todo el país y tenían que escoger entre la coalición con sus principales oponentes, los socialcristianos, al precio de renunciar a sus esperanzas de convertir a Austria en un país socialista o renunciar a participar en el gobierno para conservar su independencia y poder efectuar su propaganda sin el obstáculo de una alianza con la derecha. No se trataba de una selección transitoria porque la pequeña Austria de la posguerra estaba constituida de tal manera como para provocar un conflicto permanente entre la capital, Viena, excesivamente crecida y la parte agrícola del país, donde los socialistas no podían influir eficazmente. Al principio había dentro del Partido Socialcristiano elementos campesinos progresistas, con los cuales no tenían los socialistas grandes dificultades para trabajar. Pero el peso de la Iglesia católica se lanzó con gran fuerza contra este grupo y más a la derecha de los socialcristianos había grupos francamente reaccionarios que odiaban a la República y soñaban con liquidar a los marxistas traidores y a los judíos y de restaurar a los Habsburgos o crear un reino sin rey al estilo de la Hungría de Horthy.

Ante este estancamiento político, los socialistas austríacos incapaces de lograr una mayoría para gobernar el país, se vieron obligados a concentrar su atención a aprovechar lo más posible su inconmovido control de Viena. Allí, a pesar de enormes dificultades económicas, hicieron maravillas en el desarrollo de los servicios sociales, la atención a los desempleados, la construcción de sus famosos bloques de casas de apartamentos para los trabajadores, en el mantenimiento de rentas muy bajas y, en medida no menor, en el impulso a la cultura popular. Pudieron sostener esta política, recibiendo por ella grandes elogios de muchos visitantes extranjeros y de muchos conciudadanos, hasta que Austria, nunca sólida económicamente, fue afectada duramente por la gran depresión económica. Desde entonces la posición de los socialistas se debilitó cada vez más, especialmente después que Hitler subió al poder en Alemania. Ante la creciente violencia del Heiinwehr reaccionario v el control del gobierno central por el ala reaccionaria del Partido Socialcristiano, los socialistas tenían que escoger continuamente entre hacer concesiones para evitar la guerra civil y adoptar una posición que los conduciría de seguro a una guerra civil que significaría el hambre en Viena. Cedieron una y otra vez, hasta que por fin el *Führcr* socialcristiano, Engelbert Dollfuss, auxiliado por el Heimwehr, pisoteó a la República democrática, sólo para que su régimen fuera derrocado poco

después por la invasión de los nazis, que anexaron Austria al Tercer Reich. El final de esta trágica historia no pertenece, sin embargo, a este volumen, sino al siguiente. Lo que nos interesa ahora es el hecho de que de todos los partidos socialdemócratas de la posguerra en Europa, el austríaco pareció por un tiempo el más constructivo y el más representativo de la izquierda no comunista.

Por eso mismo fue sometido naturalmente a los ataques más feroces del Comintern y de los teóricos de la ortodoxia comunista. "Austromarxismo" se convirtió en término de ácido reproche entre los que habían señalado a los centristas como sus enemigos más peligrosos. Los escritos de Otto Bauer y Karl Renner sobre el socialismo y el problema de las nacionalidades, con su insistencia en el nacionalismo cultural, fueron caricaturizados y detractados por Stalin y sus discípulos. Los austríacos fueron acusados de enemigos del verdadero marxismo y de traicionar la doctrina materialista para seguir a los extraños dioses del idealismo kantiano y machiano, de traicionar a la República soviética húngara de Béla Kun por no ir en su ayuda y, después, de no oponerse firmemente a la marcha de la reacción encabezada por Seipel y Starhemberg. Es cierto que, cuando fracasó definitivamente su intento de tender un puente entre la Segunda y la Tercera Internacionales, se adhirieron a la nueva Internacional Laborista y Socialista, que unificó a la Segunda Internacional revivida y a los restos de su Internacional "Dos y media", la Unión de Viena.[2] Pero ¿qué otra cosa podían hacer? No había lugar para ellos en el intransigente Comintern y no estaban en posición de mantenerse solos. La precariedad de la situación internacional de Austria y el callejón sin salida político de la situación interna los empujaron a buscar aliados donde pudieran encontrarlos.

Los otros partidarios importantes del centrismo se encontraban en Alemania y Francia y, con un sentido algo distinto, en Italia. En Alemania y Francia el factor que más había contado en la integración del centrismo había sido el desarrollo del sentimiento antibelicista. Los minoritarios en Francia, encabezados por el nieto de Marx, Jean Longuet, y los socialistas alemanes independientes —Haase, Ledebour, Dittmann y los delegados sindicales de Berlín dirigidos por Richard Müller— surgieron como antagonistas de los "socialpatriotas", partidarios de la guerra hasta el fin, que dominaban a la mayoría de los partidos socialistas. Unos y otros incluían en un principio a muchos que después se adhirieron á los Partidos comunistas francés y alemán; pero en un principio estuvieron dominados por socialistas que "bailaban en la cerca" e incluían aun a algunos que, aparte de su pacifismo, pertenecían esencialmente al ala derecha. Un ejemplo notable de este paci-

2 Véase p. 206.

fismo de derecha era el veterano revisionista Eduard Bernstein, quien pronto abandonó el Partido Socialdemócrata Independiente y regresó al Partido Socialdemócrata, cuando pasaron a primer plano las cuestiones de la posguerra. Había figuras análogas en el Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña y en el Partido Socialista de los Estados Unidos. En general, sin embargo, los partidos y grupos centristas estaban más a la izquierda que los "social-patriotas" pero de ninguna manera se identificaban con los comunistas y pensaban en reunificar al movimiento obrero mundial en torno a una política que permitiera amplias diferencias de aplicación de un país a otro, antes que dividirlo en dos facciones rivales. La llamada Internacional "Dos y media" no intentó ser una Internacional independiente, sino servir de vehículo de unión de la Segunda y la Tercera Internacionales.

En Alemania, como vimos,[3] el Partido Socialdemócrata Independiente —después de separarse del Partido Socialdemócrata original, durante la guerra, para participar a su lado durante un tiempo en el gobierno instaurado por la Revolución de 1918— retiró sus ministros y recobró su independencia, sólo para caer en manos de los comunistas en el Congreso de Halle, de 1920. Una gran fracción, no obstante, se separó entonces e intentó mantener al Partido Socialdemócrata Independiente como partido no comunista; pero muy pronto este partido encontró insostenible esta posición en medio de los conflictos entre los comunistas y el Partido Socialdemócrata y, en 1922, la mayoría de los miembros restantes del Partido Socialdemócrata Independiente acordaron volver al Partido Socialdemócrata, quedando sólo un pequeño grupo, encabezado por el veterano Georg Ledebour que, rechazando al comunismo y al Partido Socialdemócrata, dejó de ejercer influencia política. Así, en Alemania, el centrismo quedó fuera de acción como fuerza organizada, dejando al movimiento alemán desastrosamente minado por el conflicto permanente entre los comunistas y el ala derecha dominante. Es fácil, por este eclipse, declarar que el Partido Socialdemócrata Independiente fracasó, y merecía fracasar, porque nunca tuvo una política o un programa realmente unificado, sino que estaba constituido por diversos elementos unidos sólo por su antagonismo con los socialistas mayoritarios. Esta acusación es, efectivamente, bastante justificada. El Partido Socialdemócrata Independiente, de los años 1918 a 1920, era una agrupación algo incoherente de parlamentarios descontentos, delegados sindicales e intelectuales socialistas, unificados por la desaprobación a la política de Eber y Scheidemann y más aún por la de Noske, pero que oscilaban en sus actitudes positivas de una fe en los métodos parlamentarios y la república de Weimar hasta la

« Véase vol. V, p. 135.

creencia que la Revolución de 1918 había quedado a medias y que era necesario impulsarla adelante mediante la acción revolucionaria. Después del Congreso de Halle, los partidarios de esta última opinión se pasaron en su mayoría al Partido Comunista, mientras que los parlamentarios trataron de sostener al Partido Socialdemócrata Independiente con los restos que de él quedaban. Del gran número de miembros que adoptaban una actitud intermedia entre estas dos, muchos salieron del partido de tal modo que el centrismo, aunque sobrevivió como actitud, dejó de ser efectivo como núcleo organizado de opinión. A la luz de los acontecimientos posteriores se hizo evidente que el Partido Socialdemócrata Independiente cometió un error fatal al participar en el gobierno de 1918 sin asegurarse que compartía efectivamente el control del mismo. Cuando los ministros socialdemócratas independientes comprendieron el error y se retiraron era demasiado tarde: el poder estaba firmemente en manos de sus contrarios y la amenaza comunista se convirtió en el punto de atención real de ¡a oposición de izquierda. Esto se demostró en el Congreso de Halle, que destruyó definitivamente la posibilidad de un movimiento centrista eficaz en la República de Weimar.

En Francia el curso de los acontecimientos fue diferente, pero el resultado fue el mismo en algunos aspectos. Los minoritarios antibelicistas se habían convertido en mayoría antes de terminar la guerra y pareció por un momento que el Partido Socialista francés, dirigido por Longuet, surgiría como partido centrista, dentro del cual los derrotados "socialpatriotas" se verían obligados a seguir la línea. En Francia, sin embargo, la propaganda del Comintern tuvo mucho más éxito que en Alemania, en gran medida porque siguió arrastrando consigo a la gran mayoría de la opinión sindicalista o unionista de izquierda. Ayudados por estos elementos, los comunistas pudieron dominar el Congreso del Partido Socialista y apoderarse de la maquinaria del antiguo partido, aunque no de la mayoría de sus diputados parlamentarios. La consecuencia fue que los parlamentarios anticomunistas, apoyados por la derrotada minoría de miembros del partido, creó un nuevo Partido Socialista donde la influencia predominante tocó, no a los centristas, sino a la vieja ala derecha a la que aquéllos habían derrotado en 1918. Como en Alemania, hubo de nuevo dos partidos: el Socialdemócrata y el Comunista; pero mientras que en Alemania los socialdemócratas predominaban y tenían casi todo el apoyo sindical, en Francia la situación era inversa. Los comunistas franceses llegaron a ser, no sólo la fuerza política principal, apoyada por una gran proporción de trabajadores manuales sino también, llegado el momento, la fuerza predominante en el movimiento sindical. En ambos países el centrismo quedó casi borrado como movimiento efectivo.

No obstante las situaciones francesa y alemana eran radicalmente diferentes, porque Alemania sí atravesó una Revolución, de cierto tipo, mientras que en Francia la revolución no fue, en los veintes, sino una remota posibilidad. Esto se debió principalmente, por supuesto, a que Francia, en 1918, era ya una República democrática con vieja tradición revolucionaria detrás, mientras que Alemania, hasta el final de la guerra, había sido un Estado militarista y autocrático, que tuvo que eliminar a los Hohenzollern y a sus pequeños príncipes por sus errores y para aplacar a los vencedores aliados y acomodarse a las condiciones del mundo de posguerra. Los alemanes tenían que hacer una revolución, aunque no quisieran; los franceses, vencedores de la primera Guerra, no la necesitaban —o, en todo caso, aunque algunos fueran teóricamente revolucionarios que consideraban a la República burguesa como su enemigo de clase, estos elementos no pensaban en absoluto intentar su derrocamiento por medios violentos. En consecuencia, surgió en Francia una peculiar situación, de un poderoso movimiento revolucionario sin intenciones reales de hacer la revolución. El resultado, desastroso desde entonces para la política francesa, ha sido la existencia dentro de la República de un fuerte Partido Comunista incapaz de desempeñar un papel constructivo en el desarrollo de la República ni de actuar contra ésta —una virtual exclusión de los privilegios de la ciudadanía para gran parte de la clase trabajadora, salvo en el corto intervalo del experimento de Frente Popular de los treintas y el episodio todavía más breve de gobierno de coalición, incluyendo a los comunistas, después de 1945.

En Italia, la historia es diferente, culminando con la destrucción por el fascismo de todo el movimiento socialista y obrero —izquierda, derecha y centro— arrastrados por el desastre común. Cuando terminó la guerra el Partido Socialista italiano, como hemos visto,[4] era mucho más de izquierda que los partidos socialistas de los demás países aliados, habiéndose opuesto consistentemente a la guerra y participado en un primer lugar en los intentos realizados durante la guerra por unificar a las fuerzas del socialismo internacional en su contra. Puede casi afirmarse, en efecto, que los socialistas italianos no tenían un ala derecha, excepto en algunos sindicatos, habiendo sido expulsada antes de 1914. Turati, que encabezó después al ala derecha más moderada y constitucional del partido, era en esencia un centrista más que un hombre de derecha, en el sentido ordinario del término. El Partido Socialista italiano dio prueba inmediatamente de su simpatía por la Revolución bolchevique y no tardó en solicitar la admisión al Comintern.

[4] Véase Vol. V, p. 333.

Entonces empezaron, sin embargo, los problemas; porque los italianos, aunque deseosos de participar en la nueva Internacional, no querían aceptar, en su mayoría, la rígida disciplina que este organismo exigía ni recibir sus órdenes para determinar su conducta. En particular, después de lograr que el Partido suscribiera una política de izquierda avanzada, Serrad y los demás dirigentes no querían provocar una división expulsando a los disidentes que preconizaban una línea menos intransigente. Si Turati estaba dispuesto a permanecer en el Partido en interés de la unidad, a pesar de su desacuerdo con la actitud de éste, Serrad no quería hacer que él y sus partidarios salieran, al precio de perder una parte importante de su apoyo parlamentario. El prestigio de Turati era grande, tanto en Italia como en los círculos socialistas de otros países y sus servicios al socialismo italiano habían sido notables. En coasecuencia, la guerra a ultranza del Comintern contra los centristas, tal como se establecía en los "veintiún puntos", fue muy mal acogida por los dirigentes italianos que trataban de mantener unido al Partido y la oposición en este sentido fue reforzada por una reserva tradicional a aceptar una disciplina centralizada. El sindicalismo, como el anarquismo, era una fuerza real en el movimiento italiano y se desconfiaba mucho de la autoridad y el control centralizados. El Partido italiano se negó, pues, a aceptar los "veintiún puntos" y se enredó en una prolongada disputa con el Comintern. Las minorías de la extrema izquierda se separaron y se incorporaron completamente al comunismo; pero inclusive ellos oponían resistencia a la disciplina de Moscú. El Comintern, sin embargo, siguió insistiendo y, en consecuencia, hubo una división, no de la derecha, sino de la izquierda.

Entretanto, los socialistas italianos tenían que enfrentarse a crecientes dificultades en el país, así como en sus relaciones internacionales. ¿Debía o no producirse una Revolución italiana? El Estado italiano era muy débil en comparación con el de Francia, y hasta el de Alemania y, en el periodo que siguió a 1918, el gobierno estuvo casi paralizado. No obstante, aunque los gobiernos antisocialistas eran demasiado débiles para gobernar efectivamente, no existía una voluntad revolucionaria común a sus oponentes. Había que hacer frente, además, a los nacionalistas románticos, encabezados por DAnnunzio, y al movimiento fascista todavía embrionario cuyo inspirador era el ex socialista Mussolini; y todos ellos podían apelar a los decepcionados sentimientos nacionalistas y a las frustraciones producidas por la dislocación y el malestar económicos. La consecuencia fue que el movimiento obrero italiano sólo anduvo la mitad del camino hacia la Revolución y luego retrocedió. La ocupación de las fábricas no podía haber tenido éxito sin la decisión de los líderes de avanzar más allá, hacia la revolución y la mayoría de ellos no tenían la suficiente confianza como para ha-

cerlo. Intentaron, en vez de esto, una especie de lucha de guerrillas que dio a Mussolini, ayudado por los grandes intereses financieros, el máximo de oportunidad para enfrentarles su ejército ilegal de matones y rufianes, ante cuyo recurso de fuerza se vieron gradualmente obligados a ceder, hasta que cobró suficiente fuerza para destruirlos totalmente y establecer el Estado fascista, con su fachada de organización corporativa y fervor popular nacionalista. Ante esta demagogia, teóricamente despreciable, pero prácticamente eficaz, los socialistas de todas las tendencias y variantes se vieron obligados a emprender una ignominiosa retirada. El socialismo italiano se extinguió durante una generación; no obstante, cuando se restableció, al finalizar la segunda Guerra Mundial, reaparecería algo parecido a la antigua estructura: una pequeña ala derecha socialdemócrata, dirigida por Saragat, un gran partido centrista, encabezado por Nenni y un poderoso partido comunista, dirigido por Togliatti —éste último mucho más fuerte que los comunistas del periodo posterior a la primera Guerra Mundial. En Italia, a diferencia de Francia y Alemania, el centrismo, aunque eclipsado durante el largo interludio fascista, habría de surgir de nuevo.

Había, en efecto, en la situación italiana factores que sirven para explicar esta diferencia. Italia, mucho más que Francia o Alemania, es un país dividido, con avanzadas regiones industriales, principalmente en el Norte, pero también con regiones rurales muy empobrecidas y atrasadas, sobre todo en el Sur. Es también un país con una tradición débil e interrumpida de gobierno parlamentario y con una fuerte tradición de conflictos entre la Iglesia y el Estado y entre la Iglesia y el movimiento obrero. Es un país donde prevalecen fuertes sentimientos locales, difíciles de organizar en escala nacional en los terrenos político o sindical. Ha cambiado mucho, sin duda, desde los años veintes; pero estos factores permanecen y siguen impidiendo que la clase trabajadora italiana acepte con unidad la necesidad de actuar constitucionalmente a través de la maquinaria parlamentaria o de conjugar fuerzas para derrocarla —porque apenas saben que quieren sustituirle. Su política —y esto se aplica en gran medida a los comunistas lo mismo que a los socialistas de Nenni— es una especie de centrismo a falta de algo mejor, diferente a los centrismos a que me he referido en Francia y Alemania, pero también equilibrado entre el constitucionalismo y la Revolución, como la propia Italia está balanceada entre industrialismo y primitivismo —entre los extremos de Turín y el Sur mal informado y lamentablemente pobre.

Finalmente, en Gran Bretaña, el centro, representando principalmente en 1918 y los años siguientes por el Partido Laborista Independiente, nunca se convirtió en poder efectivo. Hubo, ciertamente, apenas terminada la guerra un considerable fermento de izquierda, especial-

mente en los principales sindicatos, pero no pudo reunir un gran apoyo político. Hubo grandes huelgas en 1919, 1920 y 1921 y nuevamente en 1926, cuando la huelga general agrupó nuevamente por un tiempo a las fuerzas de izquierda que habían sido derrotadas en la lucha minera de 1921. Pero sólo por unos meses en 1919, mientras el capital era emplazado ante la Comisión Sankey del Carbón, pareció que la izquierda tenía el juego en sus manos. Aun entonces pronto se hizo evidente que el control del Congreso de Sindicatos y del Partido Laborista estaba a salvo en manos moderadas. Tampoco surgió, ni siquiera en la culminación de los conflictos laborales de 1919, siquiera una señal de intención revolucionaria. El Partido Laborista acababa de ser vencido por la coalición de Lloyd George en las elecciones generales de 1918; pero esto no impidió que aceptara el parlamento como política establecida, seguro de que en todo el país no existía un solo grupo revolucionario que fuera necesario tomar en cuenta. La Federación de Mineros y algunos otros sindicatos grandes hacían presión, sin duda, en favor de demandas de importante alcance, de nacionalización y control por los trabajadores; pero inclusive éstas no eran en ningún sentido demandas revolucionarias y, cuando los mineros apelaron a los demás trabajadores para que los apoyaran mediante una acción laboral, la demanda no era en absoluto de una acción revolucionaria, sino sólo de una huelga puramente legal —y ni siquiera esta demanda encontró el apoyo del resto del movimiento. Había, por supuesto, algunos pequeños grupos que llegaron a organizarse más tarde como Partido Comunista; pero eran una escasa minoría y sabían, como los demás, que estaba descartada una Revolución en Inglaterra. Había también una izquierda no comunista; pero en su mayoría no era revolucionaria en teoría y mucho menos en la práctica. Quería un partido laborista más agresivo y más socialista y una mayor militancia dentro de los sindicatos, pero sólo con la esperanza de un avance más rápido hacia el socialismo por medios no violentos.

El Partido Laborista Independiente, durante la guerra y después de ésta, tuvo la reputación de encontrarse mucho más a la izquierda que el Partido Laborista, al que seguía afiliado a pesar de las diferencias en torno a la política referente a la guerra. Mientras duró la guerra, el pequeño grupo de miembros del Parlamento patrocinado por el Partido Laborista Independiente actuaron en efecto como un partido distinto, aunque siguieran apareciendo como miembros del Partido Laborista. Cuando terminó la guerra, el Partido Laborista Independiente vio profundamente alterada su posición en el Partido Laborista, como consecuencia de la nueva Constitución de este partido, que por primera vez admitía miembros individuales y establecía una organización regular en cada distrito parlamentario y del nuevo Programa del Partido,

Labour and the New Social Order, que comprometía al partido a un objetivo socialista claramente evolucionista. Estos cambios privaron al Partido Laborista Independiente de su derecho a ser el principal representante del socialismo dentro del partido y de su *status* como la única organización en gran escala abierta a socialistas individuales. El Partido Laborista Independiente había aumentado considerablemente el número de sus miembros durante la guerra, constituyendo los nuevos reclutas una mezcla de pacifistas, y socialistas de izquierda; y surgieron en su interior numerosas disputas cuando intentó definir su actitud hacia los problemas de la posguerra, en lo interior y en el terreno internacional. Su líder más conocido, Ramsay MacDonald, había estado estrechamente asociado a los cambios efectuados en el Partido Laborista; y desde 1918 actuó mucho más como figura representativa del Partido Laborista que como vocero de los laboristas independientes. Philip Snowden, quien siguió actuando por algún tiempo como dirigente laborista independiente, se oponía vigorosamente al Comintern y a todas las formas de doctrina comunista, así como a la tendencia laboral de izquierda que influía fuertemente a muchos de los miembros más jóvenes del Partido Laborista Independiente. Considerado —y considerándose a sí misma— como representante del internacionalismo centrista en el movimiento obrero británico, la dirección del Partido Laborista Independiente se lanzó pronto a una acida disputa con el Comintern en torno a la "dictadura" y a los "veintiún puntos" y una pequeña minoría de izquierda acabó por separarse del partido para unirse al Partido Comunista. La mayoría se mantuvo unida, a pesar de agudas diferencias en relación con el control por los trabajadores y la política de huelga. Cuando estas cuestiones se hicieron menos inmediatas después de la derrota de los mineros en 1921, las diferencias entre el Partido Laborista v el Partido Laborista Independiente se hicieron menos marcadas. El grupo del Clydeside, el elemento más fuerte del Partido Laborista Independiente, fue responsable en gran medida por el retorno de MacDonald a la dirección del Partido Laborista en 1920, bajo la errónea creencia que esto fortalecía el ala izquierda de los laboristas. Pronto se desilusionaron con la experiencia del primer gobierno laborista de MacDonald de 1924 y con la actitud del Partido Laborista en los años siguientes; y, al subir el segundo gobierno de MacDonald en 1929 pronto se encontraron en definida oposición al mismo, especialmente en relación con su política relativa al problema de desempleo. En 1931 se había llegado a una situación tal que el Partido Laborista Independiente se negaba a aceptar la disciplina del Ejecutivo del Partido Laborista, que respondía negándose a suscribir la postulación de los candidatos laboristas independientes. Estas disputas condujeron a la secesión del Partido Laborista Independiente del Partido Laborista en 1932, actúan-

do desde entonces los pocos candidatos electos en las anteriores elecciones generales, bajo los auspicios del Partido Laborista Independiente, como un partido totalmente distinto. Desde ese momento el Partido Laborista Independiente tuvo pocos miembros, excepto en Clydeside. Siguió en el Parlamento como partido pequeño hasta la segunda Guerra Mundial y sigue existiendo todavía hoy como pequeña organización socialista independiente, pero ya sin apoyo en el Parlamento. Internacionalmente, se adhirió al principio, en los años veintes, a la Internacional "Dos y media" de Viena y, cuando este organismo desapareció se hizo miembro de la nueva Internacional Laborista y Socialista como organización afiliada del Partido Laborista. Como ya hemos visto,[5] realizó en los veintes una animada campaña en favor del "socialismo en nuestro tiempo", con Clifford Alien como principal influencia inspiradora. Por un tiempo esta campaña pareció devolverle su perdida influencia como grupo "escrupuloso" adherido al Partido Laborista; pero cuando se disputó definitivamente con el Partido Laborista en 1931 un grupo importante de sus miembros se negaron a seguirlo para separarse del partido y se unieron a otros grupos de izquierda en el Partido Laborista para formar una nueva organización de propaganda socialista avanzada, la Liga Socialista.[6] La historia de esta organización y de los grupos que la integraron cae, sin embargo, fuera del periodo cubierto en este .volumen.

En Gran Bretaña, durante la década de los veintes, el comunismo siguió siendo una fuerza menor. El Partido Comunista de Gran Bretaña casi no tenía representación en el Parlamento y sólo pudo obtener algunos puestos en las elecciones para los gobiernos locales. Tampoco pudo lograr influencia considerable en los sindicatos, a pesar de sus esfuerzos para hacerlo a través del "Movimiento Minoritario", cuyo nombre mismo bastaba para subrayar lo limitado de su alcance. Naturalmente, los comunistas tuvieron más suerte entre los desempleados y, en algunas regiones carboneras, entre los mineros, que se dolían aún de sus repetidas derrotas. Pero aun entre estos grupos, su influencia era muy limitada. Aumentó algo en los treintas, como resultado de la depresión económica y del surgimiento del fascismo; pero ni siquiera entonces logró algún apoyo en las masas. También el centrismo, aunque reunía más simpatizantes, parecía en los veintes más una tendencia dentro del Partido Laborista que un movimiento independiente organizado; porque, de ningún modo tenía el conjunto del ala izquierda del Partido Laborista relación con el Partido Laborista Independiente, ni el Partido Laborista Independiente era en su totalidad de izquierda o de centro, a pesar de la campaña en pro del "socialismo en nuestro tiempo". Hasta 1914 el movimiento británico, aunque perteneció a la

5 Véase vol. V, pp. 399-400.
e Véase capítulo XXI.

Segunda Internacional, había desempeñado, aparte de Keir Hardie, sólo un pequeño y aislado papel en los asuntos socialistas internacionales; y después de 1918 esta tendencia hacia el relativo aislamiento conservaba aún parte de su fuerza, a pesar de la participación del Partido Laborista y del Congreso de Sindicatos en las Internacionales de posguerra. El laborismp inglés, que daba por supuesta la acción parlamentaria como método político esencial y, en todo caso después de 1926, reducido a una política puramente defensiva en los problemas laborales, se situaba en el plano internacional entre los movimientos socialistas y obreros mundiales más moderados y pacíficos, al lado del escandinavo —con excepción transitoria de los noruegos—, el belga y el holandés. La defección de MacDonald y Snowden y de algunos otros dirigentes en la crisis de 1931 lo inclinó políticamente, por un tiempo, a la izquierda; pero la dirección nunca dejó de estar en manos de moderados, entre los cuales la principal figura, después de la salida de MacDonald y Snowden, era Arthur Henderson. Henderson, principal creador y organizador del nuevo Partido Laborista de 1918, se ocupó cada vez más en los veintes de las cuestiones internacionales —sobre todo, del intento de constituir la Sociedad de Naciones como fuerza efectiva para la paz y el desarme por acuerdos internacionales. Estas preocupaciones lo situaron un poco al margen de las actividades diarias relativas a la política interior; pero su influencia fue grande y siempre tendiente a mantener unificado al partido combinando la moderación política con una negativa a disputar más de lo necesario con los que favorecían una línea más militante.

Sería tedioso proseguir este análisis de las tendencias centristas en los principales países extendiéndolo a un campo más amplio. Sólo he tratado de demostrar cómo y por qué la izquierda y el centro no comunistas, que parecieron reunir un considerable núcleo de apoyo en los años que siguieron a 1917 en muchos países se desintegraron y tuvieron que volver en general a las organizaciones controladas predominantemente por la derecha reformista, como ocurrió en Francia y Alemania, o fueron totalmente eclipsados junto con sus rivales, como en Italia y más tarde en Alemania y Austria. En escala mundial, esto significó que la contienda prosiguió entre los comunistas por una parte y los socialdemócratas predominantemente de derecha por otra —representados por Internacionales rivales— y que las opiniones intermedias, cuando no fueron silenciadas, sólo encontraron expresión en general en el plano nacional sin encontrar un punto de unificación internacional.

En efecto, muchos de los que habían sido centristas, mientras existió el centro como fuerza independiente, se inclinaron a la derecha más de lo que hubieran deseado cuando, rechazados por los comunistas, se vieron obligados a adherirse nuevamente a los partidos socialdemócra-

tas dominados por el ala derecha parlamentaria. Aunque conservaran simpatías izquierdistas les resultaba difícil darles efectividad y la constante denuncia por parte de los comunistas gradualmente desvanecieron sus tendencias de izquierda y los condujo a aceptar la dirección de la derecha y en muchos casos a pasarse totalmente a ella. No es psicológicamente fácil mantener un sentimiento de camaradería hacia personas que lo denuncian y lo critican constantemente a uno y el ataque comunista fue casi siempre particularmente agudo y ofensivo. Así, la derecha obtuvo el apoyo de muchos centristas aun contra la voluntad de éstos y el centrismo, aunque nunca del todo eliminado, se convirtió aun en el plano nacional, en la mayoría de los países, en una corriente inefectiva de la opinión minoritaria.

A través del periodo a que se refiere este volumen, el socialismo, excepto en su forma comunista, permaneció esencialmente europeo. Los comunistas hicieron grandes esfuerzos por extender su influencia a otros continentes, especialmente Asia y América Latina, apareciendo en ambos continentes principalmente como opositores del imperialismo capitalista y del dominio colonial abierto o disfrazado. En Africa, en ese momento, era difícil encontrar un punto de apoyo para iniciar cualquier movimiento. En Australia y Nueva Zelandia tuvieron cierto éxito en los sindicatos, pero no lograron integrar movimientos políticos eficaces. En el frente asiático, ayudados por la presencia de la Unión Soviética como potencia asiática a la vez que europea, parecieron lograr durante un tiempo éxitos notables en China, sobre la base de su alianza con el Kuomintang. Pero cuando —después de la muerte de Sun Yat Sen y la "marcha hacia el norte" de las fuerzas del Kuomintang bajo la jefatura de Chiang Kai-Shek— Chiang se volvió contra ellos, expulsó a los consejeros rusos y acabó con la izquierda del Kuomintang, estos triunfos se perdieron rápidamente y la influencia comunista sólo se mantuvo a través de la persistente guerra de guerrillas de Mao Tse-Tung y sus compañeros, llevando el peso de la pelea los campesinos más que los trabajadores industriales. En otros lugares de Asia los comunistas lograron consolidar la República de Mongolia con Sukebatur (1893-1923) y Choibalsung (1895-1951) como Estado satélite y lograr algún apoyo en Indonesia y en otras regiones del sureste de Asia; pero estos triunfos fueron muy limitados y, aun en la India, todavía bajo el dominio británico después de las reformas Montagu-Chelmsford, el comunismo, con M. N. Roy como principal exponente teórico, no tuvo gran apoyo popular frente a la influencia predominante de Gandhi y el Congreso Nacionalista Hindú. Es verdad que en la India, en los veintes, el socialismo no comunista tuvo aún menos importancia —de hecho, casi no existió hasta que hizo su aparición el Partido Socialista del Congreso en la siguiente década. A fines de los veintes el comu-

nismo asiático pareció virtualmente una fuerza agotada; empezó a recuperarse un poco bajo el impacto de la depresión mundial; pero no había de hacerse considerable sino hasta que la segunda Guerra Mundial creó las condiciones para un nuevo resurgimiento del nacionalismo asiático contra el control imperialista.

Tampoco logró mucho el comunismo, a pesar de los esfuerzos del Comintern, en América Latina hasta que la depresión de los treintas vino a reforzar su influencia. No sólo en Perú, sino en otros países, el movimiento aprista, basado en un llamado a los campesinos y la pequeña burguesía así como a los trabajadores industriales, se ajustaba a las condiciones existentes mucho más que el Comintern excepto en Buenos Aires y en algunos otros escasos centros industriales. Además, en América Latina las tradiciones sindicalista y anarquista tenían hondas raíces en muchos sectores del proletariado y oponían poderosos obstáculos a las ideas del llamado "centralismo democrático" y la disciplina de partido exigida por la filosofía comunista. Aun en México hubo una larga pausa después de la Revolución de los años inmediatamente anteriores a la primera Guerra Mundial y la influencia comunista se hizo sustancial sólo después del periodo a que se refiere este volumen; mientras que en los Estados Unidos lo único que pudieron lograr los comunistas fue una proliferación de reducidas sectas, demasiado ocupadas en pelearse entre sí para dedicar demasiada energía en la imposible tarea de convencer a un sector importante de la clase trabajadora norteamericana. El Comintern siempre pudo reunir en sus asambleas un grupo mezclado de delegados de países fuera de Europa; pero apenas representaban otra cosa, en su mayoría, que a sí mismos; aunque exiliados entrenados en Moscú eran adoctrinados en gran número y enviados nuevamente como misioneros a sus propios países.

Los comunistas intentaron en todo caso, en sus esfuerzos por combatir a las grandes potencias capitalistas, dar al comunismo una influencia mundial, en otros continentes lo mismo que en Europa: los partidos socialdemócratas y laborista, por otra parte, no trataron en lo más mínimo de dar a su doctrina un sentido o una aplicación universales. Sin duda, el Partido Laborista británico apoyó con tibieza las demandas de autonomía de la India; pero sus dirigentes no habían llegado a pensar en la independencia de la India —mucho menos en la separación de la India del Imperio Británico. Los socialistas franceses pensaban en Argelia como parte de Francia, que difería del resto sólo por una gTan población de origen no europeo, y consideraban a Marruecos, Túnez e Indochina como territorios que debían ser gobernados desde Francia, con participación limitada de una minoría de habitantes nativos plenamente asimilados a la cultura francesa.

No había tampoco, al terminar la primera Guerra Mundial, grupos

importantes en las regiones coloniales o en otras áreas económicamente subdesarrolladas con los cuales pudieran establecer fácilmente contactos los socialistas no comunistas. Su filosofía socialista evolucionista los hacía pensar en términos no de revoluciones ni de levantamientos coloniales, sino cuando más de avances graduales hacia formas limitadas de autonomía que pudieran encajarse dentro del marco del dominio colonial o que fueran compatibles con éste, en países políticamente independientes, con la cooperación pacífica con los inversionistas extranjeros mantenida dentro de cierto orden por sus propios gobiernos. Disgustándoles la revolución en sus países, tendían a desaprobarla en las regiones coloniales o semicoloniales. Y aunque teóricamente estaban en contra de la desigualdad racial y la discriminación —y no todos lo estaban— pensaban más bien en la desaparición gradual de estos males que en su supresión forzosa. Además, muchos socialistas sentían un agudo malestar ante el nacionalismo, que en sus propios países era simplemente una influencia reaccionaria y militarista y no hacían distinción entre los nacionalismos de los países independientes y los de aquellos sujetos al dominio extranjero. No estaban en absoluto dispuestos, como los comunistas, a aprovechar prácticamente cualquier oportunidad para crear problemas a las grandes potencias capitalistas, poniéndose de parte de cualquier movimiento nacionalista que se opusiera a su dominio. Digo "prácticamente cualquier oportunidad" porque inclusive los comunistas, especialmente después de su experiencia con el Kuomintang, desconfiaban de los movimientos nacionalistas que se mostraban directamente hostiles al movimiento obrero o se dedicaban a destruirlo por medios demagógicos, fascistas o semifascistas. Hubo muchos zigzagueos en la política comunista respecto a los diversos movimientos nacionales, especialmente en Latinoamérica; y, en los países predominantemente agrícolas nunca fue fácil encontrar el camino para reconciliar la insistencia en un revolucionarismo estrictamente proletario con la alianza a los movimientos antiextranjeros, cuyo principal apoyo o cuya dirección al menos procedía de las clases medias. La reconciliación fue más fácil en los treintas, cuando la oposición al fascismo se había convertido por el momento en la fuente de la política internacional comunista. Pero aun entonces resultaba con frecuencia difícil.

Los comunistas, no obstante, de acuerdo con sus capacidades, trataron de influir en escala mundial mientras que los socialdemócratas y los laboristas ni siquiera lo intentaron. Los dirigentes de la Segunda Internacional reconstituida habían empezado por declarar inequívocamente que socialismo y "democracia" - con lo cual se referían al gobierno parlamentario— eran inseparables y subrayaban un agudo conflicto entre "democracia" y "dictadura" como la base misma de su contienda con el Comintern. Esto, aunque se ajustara bastante bien

a las condiciones de la Europa Occidental después de 1918, no podía servirles de instrumento satisfactorio de acercamiento a pueblos que no poseían la costumbre del gobierno parlamentario, aunque estos pueblos estuvieran demasiado subdesarrollados desde el punto de vista industrial para que la dictadura del proletariado tuviera para ellos un significado práctico.

El socialismo se convertía así en algo por lo que podía lucharse efectivamente, al menos por el momento, sólo en los países avanzados con sistemas de gobierno parlamentarios y los socialdemócratas se quedaban sin nada que decir a gran parte del mundo e inclusive de Europa. Había, en efecto, en los países balcánicos y en algunos países de la Europa oriental recién emancipados del dominio extranjero —por ejemplo, en Polonia— grupos de socialistas occidentalizados —en su mayoría intelectuales—• a los que podía apelarse en estos términos, pero aun en estos países el fundamento democrático-parlamentario podía significar poco para las masas que, en la mayoría de los casos, pronto tendrían que enfrentarse a los intentos de supresión violenta por parte de gobiernos autocráticos de una u otra especie. La socialdemocracia, o el socialismo "democrático", se convirtió así, en los veintes, en una doctrina limitada a los países parlamentarios más avanzados perdiendo el internacionalismo más amplio que la Segunda Internacional de preguerra había afirmado suscribir.

No quiero decir que ésta fuera la principal razón de la incapacidad del socialismo no comunista en los años de posguerra para producir un impacto efectivo fuera de la Europa occidental y Central. Una razón más importante fue que, en las regiones dominadas por el imperialismo, los nuevos movimientos nacionalistas estuvieron inevitablemente dominados en sus primeras etapas por la burguesía y por intelectuales surgidos principalmente de sus filas y que inclusive los burgueses o intelectuales que simpatizaban con las clases pobres consideraban un camino mucho más positivo construir un movimiento nacionalista unificado que quebrar el movimiento nacional, encabezando una revuelta de los pensamientos de algunos individuos casi aislados, sólo en los de los pobres contra los ricos. Ésta habría sido la actitud prevaleciente aunque los socialistas anticomunistas hubieran hecho un verdadero esfuerzo por adaptar su doctrina a las necesidades de los pueblos sometidos y subdesarrollados lo que, como hemos visto, no hicieron. Como no lograron hacerlo, no se impulsó la creación siquiera de movimientos socialdemócratas débiles en la mayoría de los países en cuestión; y en estas regiones el socialismo no comunista empezó a tener historia, aparte treintas, bajo el impacto de la depresión mundial. Por eso he dedicado tan poco espacio en este volumen al desarrollo del socialismo fuera de los países avanzados y la Unión Soviética, pero aún es posible que

algunos lectores consideren que ha sido demasiado el espacio en relación con la realidad.

En el volumen IV de este estudio[7] traté de demostrar que en el único país occidental muy avanzado fuera de Europa, los Estados Unidos, la decadencia del movimiento socialista se había iniciado ya antes de 1914, después de un periodo de desarrollo bastante rápido, pero todavía en pequeña escala, durante la primera década del siglo. Relacionaba esta decadencia al hecho de que el socialismo norteamericano había sido, a través de su periodo de desarrollo, principalmente una doctrina importada, llevada a los Estados Unidos por olas sucesivas de inmigrantes europeos y además a que la corriente de inmigración, mientras siguió fluyendo sin limitación, tendió a dividir a la clase obrera norteamericana en dos grupos —los que habían adoptado el "modo de vida" norteamericano y.adquirido el *status* de trabajadores calificados y los nuevos inmigrantes, generalmente de los países menos desarrollados de Europa, ocupados principalmente en trabajos menos calificados, con niveles de vida mucho más bajos. Estos factores obstaculizaban fuertemente el establecimiento de un movimiento sindical unificado así como la adhesión al socialismo de los grupos plenamente asimilados y relativamente bien pagados en la Federación Norteamericana del Trabajo. Además, después de la guerra, las restricciones a la inmigración disminuyeron la proporción de inmigrantes de Europa y apresuraron la asimilación de los que ya se encontraban en los Estados Unidos. Los norteamericanos que se adhirieron al comunismo en 1919 y 1920 incluían a una gran proporción de inmigrantes bastante recientes de la Europa oriental —especialmente de Rusia—; y la parte no comunista del socialismo norteamericano fue dominada cada vez más por inmigrantes, con frecuencia con mayor tiempo de estancia en los Estados Unidos, procedentes de la Europa occidental —incluyendo a un gran número de judíos. Ninguno de estos grupos podía apelar con efectividad a la gran mayoría de trabajadores norteamericanos dadas las condiciones de los veintes; y cuando, en los treintas, la gran depresión estimuló a un núcleo mayor de sentimiento anticapitalista, éste no adoptó sin embargo, en general, una forma socialista, aunque aumentó considerablemente por un tiempo el volumen de la opinión comunista y casi comunista. Los partidos socialistas no comunistas de la Europa occidental no tenían, de hecho, mucho más que decir a los trabajadores norteamericanos que a los asiáticos o africanos. Su doctrina, concebida en términos de su propia situación, no se ajustaba a las condiciones de los Estados Unidos.

Hasta qué punto pueda considerarse esto una crítica de la socialdemocracia posterior a 1918 dependerá necesariamente de la concepción

? Véase vol. IV, p. 232.

que tenga el lector del carácter esencial del socialismo como doctrina. Para los marxistas socialdemócratas ortodoxos, como Kautsky, era parte integrante de la doctrina socialista que el socialismo fuera en la práctica el necesario sucesor de una estructura capitalista avanzada. El capitalismo y la industrialización avanzada eran considerados presupuestos indispensables para el desarrollo de un fuerte proletariado capacitado para asumir el control de la sociedad en sus manos. La Revolución bolchevique era considerada errónea porque había supuesto la toma del poder por un partido que representaba cuando más a un proletariado inmaduro en un país todavía predominantemente agrícola. Por eso era inevitable que acabara desintegrándose o que, en caso de mantenerse, se convirtiera en una tiranía autoritaria totalmente reñida con los principios socialistas. Aunque Kautsky hubiera tenido razón en esta opinión —y aunque hasta cierto punto la tenía— se desprendería que el socialismo propiamente dicho no podía tener un sentido directo o inmediato excepto para los países relativamente escasos que ya habían alcanzado el nivel necesario de desarrollo capitalista. El socialismo kautskista no podía ser, por su naturaleza misma, una doctrina universal ni lograr una adhesión en todo el mundo mientras los métodos del capitalismo avanzado no se hubieran extendido a todos los países. Sin duda Kautsky estaba convencido de que esto habría de suceder a largo plazo —¿no predecía constantemente la decadencia del campesinado y la creciente "mistificación" de la empresa capitalista?— y de que los proletariados de los países avanzados podrían, al establecer el socialismo, servir de orientación a todo el mundo y apresurar considerablemente el ritmo de industrialización en todas partes. No obstante, tenía muy poco que decir a los pueblos y a los trabajadores de los países menos desarrollados, excepto que tendrían que esperar su turno y atravesar el desarrollo capitalista como una etapa necesaria en el camino hacia la victoria del socialismo.

Esta idea descansaba en una concepción de la futura Revolución socialista que debería producirse, en un país tras otro, a medida que cada uno llegara a la etapa justa. En contra de esto, los comunistas, especialmente en un principio, sostenían la idea de una única e indivisible Revolución mundial que se produciría, no en un país tras otro de acuerdo con la fase económica a la que hubiera llegado cada uno, sino tan pronto como el capitalismo mundial, considerado como una estructura única aunque compleja, llegara al punto en que sus contradicciones inherentes, previstas por Marx, lo incapacitaran para mantenerse o para proseguir el desarrollo económico. Según esta opinión, era casi un accidente histórico que la Revolución se hubiera iniciado en Rusia más que en uno o más países del capitalismo en desarrollo. Lo que había sucedido era que se había roto la cadena del capitalismo

por el eslabón más débil y esto había dado una oportunidad que debía aprovechar el proletariado de todo el mundo uniéndose a la Revolución y convirtiéndola en una insurrección mundial contra el dominio capitalista. "¡Trabajadores del mundo, unios!" era un lema que significaba no sólo que los trabajadores de cada país debían ayudar a los de otros países, sino que en realidad había una sola clase trabajadora en todo el mundo, a la que se llamaba para que actuara unificada contra un único o indivisible orden capitalista mundial.

Esta actitud era, como lo demostraron los acontecimientos, poco realista; pero en todo caso suministró a los comunistas una doctrina que podía predicarse, como llamado a la acción, en todas partes y no sólo en la minoría de países capitalistas avanzados. Al lado de ella, fuera de estos últimos países, la doctrina socialdemócrata parecía poco atractiva e inclusive, en muchos casos, sin relación con la situación local. Cuando Stalin, desalentado de sus esperanzas de una rápida Revolución mundial, se dedicó a construir el "socialismo en un solo país", se perdió de inmediato parte de la fuerza del comunismo como llamado al mundo entero porque entonces tuvo que pedir a los trabajadores de los demás países que se adhirieran a la defensa de la Unión Soviética en vez de hacer la Revolución por su propia cuenta. Pero aun cuando el llamado comunista se debilitó de esta manera, los socialdemócratas carecían todavía de una doctrina de alcance mundial para oponérsela; porque difícilmente podían pedir a los trabajadores de los países subdesarrollados que acudieran en *su* defensa, ni los trabajadores de esos países hubieran podido hacer nada para defenderlos si se hubiera hecho ese llamado. En Alemania la socialdemocracia tenía que luchar contra el fascismo o rendirse sin ayuda de los trabajadores de otros países, atrasados o desarrollados; porque estaba peleando —o dejando de pelear— evidentemente su propia batalla y no la del proletariado como clase en escala mundial.

Esta situación era, en efecto, inevitable. La doctrina del socialismo parlamentario suponía necesariamente realizar la campaña del socialismo principalmente en el plano nacional, sobre una base de independencia de cada grupo socialista nacional, para que cada cual estuviera en libertad de adaptarse a las exigencias electorales de su propia estructura estatal y del clima de opinión nacional. Sólo si la Sociedad de Naciones se hubiera constituido como super Estado con un poder legislativo supremo sobre todos sus miembros, y los medios para poner en vigor su autoridad, las cosas habrían sido distintas; y, por supuesto, semejante supersociedad no era ni remotamente factible ante la fuerza de sentimiento nacionalista y la relativa debilidad de la solidaridad internacional fundada en sentimientos de clase o en sentimientos humanistas. La socialdemocracia suponía no sólo diluir

los programas socialistas para adaptarlos a las posibilidades electorales, sino trazarlos siguiendo líneas nacionales, para ajustados a las condiciones de cada país. Excluía toda especie de programa internacional de acción unificada tal como el que aceptaban los comunistas como cuestión de principios revolucionarios de alcance universal.

No quiere decir esto que los comunistas estuvieran en lo justo y los socialdemócratas equivocados porque la doctrina comunista de Revolución mundial, por universal que fuera su alcance, era profundamente antirrealista. Descansaba en dos supuestos falsos: que el capitalismo mundial había llegado casi al fin de la cuerda y que los trabajadores de todo el mundo, aunque todavía no estuviesen maduros para la acción revolucionaria, lo estarían como un solo hombre tan pronto como sus falsos líderes traidores fueran desenmascarados por los comunistas y privados así de todo apoyo. El capitalismo, después de una notable recuperación en los veintes, se acercó en efecto a dar la razón al primer supuesto por la estúpida manera en que hizo frente a la gran depresión —de la cual, sin embargo, se recuperó considerablemente mucho antes de 1939. Pero la segunda profecía fue totalmente negada por los hechos ya que, en vez de abandonar a los "socialtraidores" una gran proporción de los trabajadores de los países avanzados se agruparon en torno a ellos más firmemente debido a los ataques y vilipendios comunistas.

Tampoco hay que entender, sin embargo, que los socialdemócratas tuvieran la razón. Principalmente por hostilidad hacia los comunistas, limitaron el socialismo hasta convertirlo esencialmente en una doctrina de la Europa occidental en vez de una doctrina de alcance mundial y no lograron brindar ningún mensaje a las masas de los países coloniales y subdesarrollados ni a quien no estuviera en posición de seguir seguramente el camino parlamentario. No hay deuda que no se pague: la socialdemocracia sufrió en los treintas, cuando los nazis conquistaron Alemania y se propusieron conquistar Europa y cuando la gran depresión hizo del desempleo un cáncer que destruyó la fuerza de los trabajadores. Sólo en algunos países especialmente favorecidos, como Suecia y Dinamarca, pudo mantenerse en esa época. En los grandes países capitalistas quedó, en el mejor de los casos, refugiada contra la tormenta hasta que la segunda Guerra Mundial vino a darle una oportunidad de escapar.

En los países escandinavos, a los socialistas les fue mucho mejor que en otros países occidentales durante los años de posguerra. No pudieron hasta más tarde obtener claras mayorías en los distintos Parlamentos, pero lograron notables avances electorales y estuvieron en posición de formar varios gobiernos minoritarios con el apoyo de los elementos más progresistas de la burguesía o de los pequeños agricultores.

En general, los partidos socialistas escandinavos eran moderados y no intentaron introducir el socialismo: sus esfuerzos se concentraron en la promulgación de una legislación social progresista, el mejoramiento del sistema impositivo y la presión en favor de medidas efectivas para auxiliar a los desempleados mediante obras públicas. Sólo en Noruega, bajo la influencia de Martin Tranmael, el Partido Laborista adoptó por un tiempo una política agresiva de izquierda, que lo acercó al Comintern —y luego se alejó de éste cuando se negó a aceptar los dictados del Comintern en el manejo de sus asuntos. En Suecia y Dinamarca, aunque surgieron movimientos y partidos de izquierda durante o después de la guerra, sus partidarios constituían sólo una pequeña minoría y los partidos socialdemócratas ortodoxos conservaron su influencia predominante. En Suecia, el líder socialdemócrata Hjalmar Branting fue designado Ministro de Finanzas en un gabinete de coalición ya en 1918, pero renunció unos meses después, volviendo al poder en 1920, a la cabeza de un gabinete totalmente socialista que, por no tener mayoría, sólo duró seis meses. Todavía sin una clara mayoría, Branting asumió el poder nuevamente al año siguiente y entonces mantuvo su posición, con un breve intervalo, hasta su muerte en 1925. Su colega, Richard Sandler (n. 1884), lo sustituyó entonces, pero fue derrotado en 1926, por la cuestión del auxilio a los desempleados. En lo sucesivo los socialistas se mantuvieron en la oposición hasta 1932, cuando el impacto de la depresión mundial los devolvió al poder bajo la capacitada dirección de Per Albin Hansson (1880-1946), quien permaneció en su cargo durante los treintas y pudo por primera vez poner en práctica una parte sustancial de la política esencialmente moderada de su partido.

Entretanto, ya en 1916, los socialdemócratas daneses, encabezados por Thorvald Stauning (1873-1942) habían entrado en una coalición bajo la dirección de los radicales. Los socialdemócratas aumentaron considerablemente su fuerza en las elecciones generales de 1920 y 1924 y, en ese año, Stauning asumió el poder a la cabeza de un gabinete enteramente socialdemócrata que, aunque no poseía una mayoría, permaneció en el poder por dos años. En 1926 los socialistas sufrieron un pequeño retroceso electoral y una coalición de derecha volvió al poder; pero en 1930 pudieron asumir nuevamente el poder, esta vez con el apoyo de los radicales. Desde entonces Stauning permaneció en el gobierno como Primer Ministro hasta la segunda Guerra Mundial.

En Noruega, después del rompimiento con el Comintern, el Partido Laborista permaneció en la oposición hasta 1928. Entonces, como partido más grande, aunque sin mayoría, formó un gobierno socialista, que fue derrotado casi inmediatamente cuando presentó un proyecto algo drástico para la redistribución de la riqueza. Su derrota fue con-

firmada en las elecciones generales de 1930, durante las cuales sus contrarios lo acusaron de querer introducir el bolchevismo. J. L. Movvinckel, a la cabeza de la coalición antisocialista, asumió entonces el poder hasta 1932, cuando su gobierno cayó por su incapacidad para actuar con eficacia en relación con el problema del desempleo. El Partido Laborista subió entonces al poder con Johan Nygaardsvold (1879-1952) y lo conservó a través de los años treintas.

Se verá por lo que se ha dicho que las principales realizaciones efectivas del socialismo escandinavo pertenecen a los treintas y fueron, en gran medida, un resultado de la crisis económica mundial, que intensificó las demandas de seguridad social y de acción positiva para aumentar el volumen de la ocupación. Los países escandinavos fueron menos afectados, de hecho, que casi todos los demás por la crisis, porque sus principales exportaciones se sostuvieron mejor, en general. Sufrieron lo bastante, sin embargo, como para atraer muchos miembros a los partidos socialistas y estos partidos estaban entonces en posición de actuar eficazmente porque las dificultades no eran aplastantes. Las bases para esta acción positiva hacia el establecimiento del "Estado benefactor" habían sido echadas, por supuesto, con anterioridad; pero hasta la depresión los partidos socialistas tuvieron muy limitadas oportunidades para poner en práctica su política. No obstante, durante los veintes, ganaron regularmente influencia. Un análisis más completo de la socialdemocracia escandinava pertenece, por tanto, al próximo volumen más que a éste. En los treintas, no sólo muchos socialistas sino muchos progresistas no socialistas considerarían admirativamente a Suecia como exponente de un "camino intermedio" y como demostración de que podían hacerse considerables avances hacia el "Estado benefactor", sin gran extensión de la empresa socializada ni un ataque de frente a las instituciones capitalistas. Algunos elogios se habían hecho ya antes de 1932, cuando los socialdemócratas se abrían paso cautelosamente hacia la conquista del poder político, aprovechando entretanto las divisiones entre sus opositores y relativamente sin obstáculos de los movimientos comunistas que, después del rompimiento de Noruega con el Comintern, nunca lograron controlar un gran núcleo de apoyo. La situación escandinava era, sin embargo, *sui generis;* porque una vez que estos países se liberaron de las constituciones antidemocráticas utilizadas para contener el progreso hasta 1914, predominó claramente en ellos el sentimiento democrático sobre las pretensiones aristocráticas o simplemente reaccionarias y resultó difícil para los intereses capitalistas resistir eficazmente a las demandas que tenían el apoyo, no sólo de los trabajadores industriales, sino de la mayoría de los empleados y en muchos casos de los pequeños agricultores. El socialismo escandinavo, sobre todo en Dinamarca, pero también en gran medida

en Suecia, se desarrolló en una línea no de lucha de clases del proletariado contra todos los demás grupos, sino más bien de reformas tendientes a paliar la desigualdad social y económica, sin dar demasiada importancia a la socialización más allá de algunos monopolios claves. En Dinamarca y Suecia la gran fuerza del movimiento cooperativista entre consumidores y agricultores reforzó poderosamente esta tendencia hacia la legislación "benefactora" más que la socialización; mientras las estrechas alianzas entre los partidos socialistas y los sindicatos, así como la estrechamente unida organización de los patronos, tendían a controlar la militancia. En los grandes Estados capitalistas y en los demás pequeños países avanzados de la Europa occidental no existían condiciones realmente semejantes. Los suecos, los daneses y los noruegos estaban en posición, en general, de tomar el camino que desearan; pero en la mayoría de los otros países los partidos socialistas no podían seguir este ejemplo. En todos estos casos, los socialistas tenían enemigos mucho más poderosos e implacables contra los cuales debían luchar; y, en casi todos ellos, aunque no en todos, la sacialdemocracia reformista tenía que afrontar también dificultades mucho mayores opuestas por la izquierda socialista y comunista.

Porque, a través de los veintes, a pesar del dominio del Comintern por la Unión Soviética, el comunismo fue efectivamente, y no sólo por intención declarada, una fuerza de izquierda. Su objetivo era la Revolución, con el proletariado representado por los partidos comunistas a la cabeza y con el derrocamiento de la "democracia burguesa", sobre todo en los grandes países capitalistas, como su fin directo y en lo posible inmediato. Los comunistas hacían, sin duda, lo posible por inculcar la idea de que el primer deber del proletariado era defender a la Unión Soviética contra sus enemigos; pero esto había que hacerlo, en la medida en que lo permitiera la oportunidad, fomentando revoluciones comunistas en otros países o, cuando esto fuera realmente impracticable, mediante luchas sin cuartel contra los dirigentes socialdemócratas, en la esperanza de despojarlos de sus partidarios. Los Frentes Unidos de que habló con tanta frecuencia el Comintern en los veintes no eran Frentes Unidos del tipo que los comunistas propusieron en la siguiente década, cuando su atención se concentró en el esfuerzo por constituir movimientos comunes contra el fascismo y el nazismo sobre una base más amplia. Aun entonces trataron, por supuesto, de establecer esos frentes, en la medida de lo posible, bajo su propia dirección; pero estaban dispuestos, si era necesario, a cooperar con cualquiera que abogara por la resistencia unificada a los dictadores facistas, mientras que en los veintes era una herejía cooperar con los socialdemócratas excepto con el propósito de destruir la influencia de los dirigentes. No fue hasta que la crisis económica mundial trajo consigo

el nazismo, en vez del esperado colapso del capitalismo, que la actitud de los comunistas cambió fundamentalmente; y aun entonces la mayoría no quiso admitir que el fascismo pudiera ser en esencia, otra cosa que el último golpe del capitalismo destinado a una rápida disolución presionado por sus inevitables "contradicciones".

En el momento en que interrumpimos la historia del socialismo en este volumen, el capitalismo mundial, ya existente en la Unión Soviética —donde nunca había alcanzado un alto nivel de desarrollo—, parecía haberse reconstruido por fin, en opinión de observadores superficiales, después de las dislocaciones de la guerra. En casi todas partes se había vuelto al patrón oro —la base tradicional del cambio internacional entre los países avanzados— y, aunque esta vuelta había supuesto grandes dificultades deflacionistas y desempleo, los defensores del capitalismo se sentían con derecho a felicitarse a sí mismos por haber atravesado el periodo de mayor peligro sin que la revolución social se extendiera más'allá de la Unión Soviética; porque, aunque en China se había producido la revolución, no era tan subversiva como había amenazado ser y no había conducido a una liga entre China y la Unión Soviética —de hecho, a lo contrario. Había, sin duda, muchas señales de lo precario de esta recuperación del capitalismo desde el momento del primer desplome del mercado de valores de Nueva York en 1929 y los más penetrantes podían observar cuan escaso equilibrio real había tras la estructura restaurada del cambio internacional. Pero, en todo caso, el peligro de Revolución mundial y aun de que se extendiera la militancia obrera parecía haber retrocedido, si no enteramente desaparecido. La Unión Soviética, embarcada en sus primeros intentos de amplia planificación y desarrollo industrial y recién lanzada a su colosal intento de colectivización agrícola, no parecía tener por el momento mucha energía disponible para causar trastornos más allá de sus fronteras; y la idea de derrocarla mediante la intervención militar extranjera había sido rechazada, excepto por unos cuantos fanáticos. En general, la mayor parte del mundo parecía estabilizarse bajo el dominio de un sistema capitalista no fundamentalmente distinto al de los años anteriores a 1914. Había menos reyes y muchos más electores para las elecciones parlamentarias y se había extendido considerablemente, al menos formalmente, el gobierno parlamentario democrático y responsable, sólo conmovido en parte por la victoria del fascismo en Italia y la tendencia hacia dictaduras autoritarias y opresoras en la Europa oriental y sudoriental. En el terreno económico, salvo aquí y allá, estos cambios políticos no parecían haber producido mucha diferencia, aunque se había recrudecido el nacionalismo económico que la Sociedad de Naciones sólo había logrado controlar mediante la no muy existosa "tregua arancelaria". Continuaban las negociaciones para llegar a un acuerdo sobre

el desarme y no parecían del todo desprovistas de posibilidades de éxito. En los Estados Unidos, que se habían convertido en la zona clave para la determinación de las perspectivas económicas mundiales, había todavía, a pesar de la inestable condición de los mercados de valores, muchos supuestos expertos[8] que profetizaban un futuro de creciente e ininterrumpida prosperidad y vociferaban que el pueblo norteamericano no necesitaba una revolución porque ya habían tenido una que había resuelto los problemas esenciales y había ligado el bienestar de los trabajadores firmemente a la prosperidad de la clase patronal.

En estas circunstancias pocos, en 1929 y aun en 1930, tuvieron alguna premonición de la magnitud de la próxima tormenta. Los comunistas, por supuesto, siguieron haciendo profecías de que el capitalismo estaba destinado a explotar bajo la presión de sus contradicciones internas y que la Revolución mundial sólo había sido diferida temporalmente, mas no derrotada. Pero, en lo esencial, estas predicciones se hacían *a priori* y no sobre la base de una observación directa de los hechos y las tendencias inmediatos; y la gran depresión, cuando se produjo, tomó menos por sorpresa a los comunistas que al mundo capitalista o a los socialdemócratas, ocupados en proyectar mejoras importantes en los servicios sociales, en la legislación laboral y en la creación de obras públicas para los desempleados. En gran medida, la gran conmoción de 1917 parecía limitarse con éxito a la atrasada Rusia y haber sido derrotada en el resto de Europa. El gobierno laborista que asumió el poder en Gran Bretaña en 1929 no tenía idea de la situación a la que tendría que enfrentarse y se encontró indefenso y sin una política a seguir cuando estalló la tormenta en 1930 y 1931. Por supuesto, sin una mayoría propia, el gobierno de MacDonald no estaba, en todo caso, en posición de realizar una audaz política socialista; pero su actuación demuestra claramente que no deseaba hacerlo, ni siquiera seguir los consejos ofrecidos por sus propios partidarios de izquierda y por un grupo influyente de liberales progresistas encabezados por J. M. Keynes. En efecto, los liberales keynesianos pudieron hacer una campaña en favor de una política más audaz para resolver el desempleo. Ningún Ministro de Finanzas conservador habría podido ser un sostenedor más ortodoxo de la política financiera capitalista tradicional que Philip Snowden; ningún Primer Ministro más temblequeante que Ramsay MacDonald; ningún gabinete pudo sentirse más desorientado que el de MacDonald cuando tuvo que hacer frente a una crisis de una naturaleza que la mayoría de sus miembros eran incapaces de comprender. El Partido Laborista británico, reputado como el más fuerte y con mejor equipo de todos los partidos socialistas y laboristas del mundo

[8] Por ejemplo, el profesor T. N. Carver.

capitalista, cayó del poder en 1931, con una estruendosa crisis que despertó grandes dudas acerca de la solidez de la postura socialdemócrata y habría podido dar un fuerte impulso al sentimiento pro-comunista si al mismo tiempo los comunistas no hubieran estado tratando erróneamente el problema de Alemania.

Este mal planteamiento fue aún más desastroso que la ignominiosa caída del gobierno laborista en Gran Bretaña. Juzgando equivocadamente la naturaleza real del nazismo y francamente hostiles al Partido Socialdemócrata, con su política de rendición permanente a la presión reaccionaria, los comunistas alemanes y el Comintern cometieron el fatal error de considerar a los socialdemócratas sus principales enemigos y aun de unirse contra ellos en alguna ocasión con los nazis. Había sin duda, buenas razones para criticar duramente la línea socialdemócrata, que permitía a Hitler y los militaristas reaccionarios y nacionalistas minar cada vez más la República de Weimar, sin adoptar ninguna postura en contra. Pero en una situación donde la única esperanza descansaba en la acción unificada de la clase trabajadora, era una locura imperdonable ponerse de parte de la más peligrosa de las fuerzas reaccionarias. Esta locura fue facilitada indudablemente por el hecho de que muchos nazis eran excomunistas, que se habían incorporado desalentados y desilusionados a las filas nazis. Pero no dejaba de ser por ello una locura imperdonable, por la que tuvieron que pagar un terrible precio los trabajadores de Alemania. Porque la fuerza impulsora detrás del nazismo no era el capitalismo —aunque obtuviera, por supuesto, mucha ayuda capitalista—, era el nacionalismo agresivo y el racismo elevados al frenesí por el malestar material y espiritual; y la única esperanza de combatirlo con éxito estaba en unificar en su contra a todos los que pudieran adherirse a una cruzada en favor de la decencia y la razón, y no oponerle un contrafanatismo que repelía y excluía a la mayoría de partidarios potenciales.

La Revolución Alemana de 1918 fue de hecho, como hemos visto,[9] el ejemplo más completo de la manera errónea de hacer una revolución. Los reformistas que quieren sólo cambios graduales y no demasiado radicales pueden permitirse hasta cierto punto incorporar a la nueva estructura la mayor parte de la antigua —utilizar la burocracia y los tribunales existentes e inclusive los oficiales del ejército, aunque la medida en que puedan hacerlo depende de las actitudes mentales de estos grupos sociales. Una revolución verdadera, por otra parte, debe, para sobrevivir, si no barrer en absoluto con todo lo anterior, efectuar cuando menos un cambio decisivo en la composición de los altos cargos administrativos, el poder judicial v las fuerzas armadas y debe colocar de inmediato en las posiciones claves a personas en

9 Véa-e vol. V, p. 126.

cuyo apoyo a la causa revolucionaria pueda confiarse. En vista de la arraigada postura reaccionaria de la mayoría de los funcionarios más altos, de los jueces y de los oficiales en Alemania, era imperativo retirarles todo poder. Esto resultaba sin duda difícil en un país derrotado en la guerra y duramente afectado por las condiciones bélicas, bajo la amenaza además de una continua intervención hostil e inclusive del hambre. Pero, si no se hacía, la Revolución tenía que fracasar y las fuerzas desordenadas de la reacción recobrarían fuerza y confianza. En las circunstancias de la Alemania de 1918-19 era desastroso negarse a resolver nada respecto al futuro mientras no fuera elegida una Asamblea Constituyente por sufragio universal para debatir y decidir —tanto más cuanto que los mismos socialdemócratas carecían de una visión clara de lo que querían— y que tales métodos tenían que dar origen forzosamente a un *putsch* izquierdista, que forzaría al gobierno revolucionario a fusilar a un sector activo de los partidarios de la Revolución y dividiría así fatalmente a la clase trabajadora. Es posible que los *putschistas* cometieran un error al dejarse provocar a la realización de actos que no podían menos que fracasar. En mi opinión estaban equivocados pero esto no excusa a los líderes socialdemócratas cuyos desastrosos errores provocaron la situación.

Por supuesto, como hemos visto, la realidad de las cosas es que Ebert y Scheidemann y el resto de los dirigentes socialistas mayoritarios —y muchos de los socialistas independientes también— eran "revolucionarios", no por propia voluntad, sino porque no podían evitarlo dadas las circunstancias de noviembre de 1918. El Reich de los Hohenzollern se disolvió en el caos y se veían obligados a sustituir algo en su lugar. La disolución se produjo en condiciones totalmente diferentes a las que los teóricos de la socialdemocracia alemana habían hecho esperar a sus seguidores. Estos teóricos habían esperado un aumento de la representación parlamentaria socialista, que culminara con la obtención de una mayoría en el Reichstag que exigiría entonces al emperador la aceptación de una Constitución democrática y que tomaría en sus manos el poder en una forma constitucional. Los socialistas alemanes de derecha nunca se habían planteado realmente la cuestión de qué sucedería si el emperador, en vez de aceptar sus demandas, ordenaba a los militares el arresto de los diputados y procedía a eliminar a los demócratas. Esta posibilidad era demasiado desagradable para considerarla seriamente, especialmente cuando los sindicatos alemanes se habían mostrado totalmente contrarios a la idea de asumir la responsabilidad de una huelga general en cualquier condición que ésta pudiera producirse. Los dirigentes sindicales habían demostrado claramente que la responsabilidad de una huelga general convocada con fines políticos tendría que corresponder al Partido y no a los sin-

dicatos. En efecto, esta cuestión de la huelga no había sido resuelta aunque Kautsky, lo mismo que Rosa Luxemburgo, habían intentado plantearla; y el problema de lo que sucedería si el imperio se desplomaba y el poder pasaba a manos del Reichstag donde los socialistas constituían todavía una minoría nunca se habían llegado siquiera a plantear. Ésta era, sin embargo, la situación que se presentó en 1918 a los socialistas alemanes. El resultado fue que no supieron qué hacer y cayeron en el intento de construir una República democrática dejando en sus cargos a los antiguos funcionarios y jueces de mayor categoría, a los grandes terratenientes y capitalistas en posesión de su poder económico y a los cuerpos de oficiales en situación de atacarlos por la espalda, mientras que nominalmente acudían en su ayuda.

Esto no quiere decir que los alemanes hubieran debido intentar en 1918 una revolución comunista al estilo de la rusa, con dictadura del proletariado, sistema unipartidista y el resto de sus características. En Alemania semejante Revolución habría dividido a los trabajadores en vez de unirlos y habría estado condenada al fracaso aunque sólo fuera porque, aparte de otros factores, habría tenido como consecuencia la intervención militar de las fuerzas aliadas. Había, sin embargo, otros caminos intermedios. Habrían podido utilizar el poder del gobierno socialista provisional para decretar de inmediato la división de las grandes propiedades territoriales, la socialización de las grandes corporaciones capitalistas y, sobre todo, la sustitución de los que ocupaban puestos claves en el Reich por personas leales a la Revolución y dispuestas a senaria de buena fe. Nada de esto se hizo, no sólo porque los dirigentes socialdemócratas tenían miedo, sino porque no querían hacerlo. Temían el colapso de la sociedad existente mucho más de lo que deseaban un orden social realmente nuevo y por estos temores traicionaron a la Revolución y contribuyeron al triste fin de la República.

Así, en la dura situación de emergencia de la posguerra, tanto los comunistas como los socialdemócratas siguieron políticas erradas. Los socialdemócratas se dejaron convertir en esclavos del dogma parlamentario lo mismo que los comunistas se sometieron al mito ruso. Los mismos rusos, que habían hecho su Revolución con los únicos medios efectivos a su alcance, no sólo comprendieron mal la situación del resto del mundo —especialmente de los países occidentales avanzados— sino que convirtieron el expediente de un partido disciplinado en el dogma de un gobierno unipartidista y permitieron que el llamado "centralismo democrático" degenerara, principalmente por influencia de Stalin, en centralismo sin demdcracia. Los peores efectos de estas perversiones no se manifestaron hasta los treintas; pero mucho antes la venganza contra Trotsky había constituido una advertencia de lo que podría ocurrir. El movimiento socialista parecía desastrosamente dividido entre

socialistas que ya no pensaban siquiera en el socialismo y socialistas que se negaban a admitir que pudiera haber diversos caminos hacia el socialismo en países diversamente situados y que sólo reconocían un camino —la simple imitación de lo que se habían visto obligados a hacer los rusos. Los pocos que no habían caído en ninguno de estos errores se encontraban indefensos bajo los ataques aunados de las facciones contendientes.

No obstante la Revolución rusa, a pesar de los males que resultaron de ella en lo internacional y en lo interno, sigue siendo ün grande y glorioso acontecimiento. El zarismo que derrocó era una monstruosa y estúpida tiranía que impedía en absoluto el bienestar del pueblo ruso —de los intelectuales, así como de los campesinos y obreros. Era una estructura obsoleta y repugnante que tenía que ser derrocada y sustituida, no por el caos, sino por un nuevo poder lo bastante fuerte como para introducir a los rusos al mundo contemporáneo. Si los bolcheviques no hubieran aprovechado la oportunidad cuando ésta se presentó, parece improbable .que ningún otro grupo hubiera podido mantener unificada a Rusia, rechazar a los invasores y echar las bases de una economía avanzada y de la creación de oportunidades más democráticas de educación y capacitación técnica para la producción. Es verdad que esto lo lograron los bolcheviques sólo al precio de enormes sacrificios inmediatos, de terribles inhumanidades hacia los supuestos enemigos de la Revolución y del desarrollo de una estructura política sofocante de espionaje y control policiaco. En cuanto a esto, los sacrificios eran en gran medida inevitables, pero la inhumanidad y los abusos del Estado policía habrían podido evitarse considerablemente con una mejor dirección. Por los errores de gobierno hay que atribuir a Stalin gran parte de la responsabilidad; pero es absurdo atribuirle exclusivamente a él esos errores, o a un pequeño grupo de "realistas" amorales de los cuales era el jefe. La raíz del problema no era el llamado "culto de la personalidad", que no era sino una odiosa excrecencia. Era más bien el culto al centralismo y su correspondiente: una enorme maquinaria burocrática manipulada por hombres que, herederos de las funestas tradiciones de la antigua Rusia, identificaban la fuerza con la falta de escrúpulos y asimismo descartaban la moral como un "prejuicio burgués".

A pesar de todo, estoy seguro que la Revolución rusa actuó como una enorme fuerza de liberación. Si reprimió la libre expresión y la libertad política, al mismo tiempo liberó a un mayor número de rusos de la brutal represión social y económica del antiguo régimen y creó no sólo una clase de trabajadores más capacitada y calificada para el uso de las máquinas, sino con oportunidades culturales c intelectuales mucho mayores. El hecho de que estos logros fueran manchados por

el abuso del poder político no les quita valor. Hay otras tiranías y opresiones además de la política y libertades distintas a las democrático-liberales justamente valoradas en los países occidentales. No es fácil lograr el equilibrio justo entre el bien y el mal; pero, en todo caso, no abrigo duda alguna de que el balance a largo plazo será favorable.

BIBLIOGRAFIA

GENERAL

Los únicos recuentos generales importantes del socialismo después de 1914 se encuentran en *Social Economic Movements* (1944), de H. W. Laidler, basado en su obra anterior *Socialism in Thought and Action* y en la *History of Socialist Thought* (1920 y ediciones posteriores), del mismo autor, y en la *Histoire du mouvement ouvrier,* vol. II (París, 1939) y vol. III (París, 1953), de Édouard Dolléans. La obra de Laidler cubre un campo más amplio, incluyendo referencias a casi todos los países donde existía un movimiento socialista apreciable y con análisis de los desarrollos del cooperativismo y de los acontecimientos políticos, aunque sin examinar los sindicales. Es, sin embargo, bastante pedestre y por lo que respecta a los países menores apenas hay un intento de valoración o de explicación de los hechos narrados. Hay una parte extensa dedicada al comunismo, pero no se estudian detenidamente los movimientos comunistas en los diversos países. El libro de Dolléans es mucho más selectivo: no trata de abarcar a todos los países y se concentra principalmente en lo sucedido en Francia y en los acontecimientos internacionales estrechamente relacionados con el desarrollo del comunismo y la lucha entre los comunistas y sus opositores. Es, sin embargo, mucho más original que el libro de Laidler. En cuanto a las demás historias, la *Histoire du *ocialisme européen* (1948), de Élie Halévy, es algo ligera, pero inteligente. *The Socialist Tradition: Moses to Lenin* (1946), de Sir Alexander Gray, es ameno y sugerente, pero poco profundo. *Democracy and Socialism* (traducción inglesa de 1939) de Arthur Rosenberg, es bueno en lo que se refiere a los conflictos entre el comunismo y la socialdemocracia. La *Histoire du socialisme au xx" siécle* (1948), de L. Valiani, es también ligera aunque interesante. Su obra más extensa de historia del socialismo no ha llegado aún desgraciadamente a la etapa moderna. Los dos volúmenes de Paul Louis, Cent *cinquante ans de pensée socialiste* (París, 1947 y 1953), contienen una serie de estudios sobre diversos pensadores socialistas, con extractos de algunas de sus principales obras. Estos estudios son desiguales, pero valiosos por sus análisis de algunos autores cuyas obras no son de fácil acceso para el lector en general. Véase también el *Dictionary of Socialism* (1924), de A. S. Rappoport y el *Gran dictionaire socialiste* (París, 1924), de A. C. A. Compere-Morel, continuación de la anterior *Encyclopédie socialiste* (1912-13), mencionada en la .bibliografía general del volumen IV. Debemos referirnos nuevamente al libro de Max Bcer *Fifty Years of International Socialista* (1935) y a su obra *Social Strugsjes and Modcrn Socialism* (1925); véase también *I.abour and Internationalism* (Nueva York, 1929), de L. L. Lorwin; *Histoire de l'anarchie* (París, 1949), de A. Sergent y C. Harmel y *Sourenirs d'tm militant socialiste* (París, 1934), de Émile Vandervelde.

Las obras sobre teoría y política socialista aparecen anotadas en la bibliografía referente a los capítulos dedicados a los diversos países o al conflicto entre las Internacionales rivales. Aparte de las obras escritas por comunistas importantes, o en directa oposición a ellos, el periodo de posguerra hasta los treintas no fue muy productivo en el campo de la teoría socialista. En Alemania no hubo grandes sucesores de Kautsky y de Bernstein ni en Francia de Jaurés. Émile Vandervelde había hecho lo mejor de su obra antes de 1914 lo mismo que Louis de Brouckere. En Gran Bretaña los Webb produjeron su *Constitution for the*

Socialist Commonwealth of Great Britain en 1920 y su extensa obra sobre Soviet *Communism* en 1935. Mi libro sobre *Self-Government in Industry* apareció en 1917, y *Social Theory* en 1920. *Socialism: Criticál and Constructive* de Ramsay MacDonald se publico en 1921. Ni los italianos ni los españoles produjeron obras notables. En Austria el breve estudio de Otto Bauer Der *Weg zum Sozialismus* apareció en 1919. La importante *Psychology of Socialism* de Henri de Man data de 1928; su *Plan du travail* pertenece a la década siguiente. *Auihority in the Modern State* (1930), *A Grammar of Politics* (1925), *Communism* (1927) y *Liberty in the Modern State* (1930), de Harold Laski pertenecen a la etapa estudiada en este volumen. Los trabajos de tendencia izquierdista y ampliamente leídos de John Strachey se publicaron en los treintas, como las obras de Herbert y Hugh Dalton mencionadas en relación con el capítulo xri.

CAPÍTULO II

Dos volúmenes publicados en 1915 contenían estudios de las actitudes de los diversos partidos y movimientos socialistas al estallar la guerra en 1914; *The Socialists and the War* (Nueva York, 1915), de W. English Walling y *Socialism and the War* (1915), de A. W. Humphrey. Para un estudio posterior véase *International Socialism and the World War* (Harvard, 1935), de M. Fainsod e *International Labour, Diplomacy and Peace, 1914-1919* (Filadelfia, 1941), de A. Van der Slice. Las actividades de la Conferencia de Zimmerwald de 1915 fueron registradas en *Conférence Socialiste International á Zimmerwald, rapport officiel pour la press'e* (Berna, 1915) y las de la Conferencia de Kierthal de 1916 en *Seconde Conférence Socialiste International du Zimmerwald* (París, 1916). Hubo también informes en alemán y en otros idiomas. Sobre la abortada Conferencia de Estocolmo de 1917 se publicó un informe de las actividades del comité organizador en francos, con el título de *Stockholm* (Estocolmo, 1918). Es de suponerse que se haya editado igualmente en otros idiomas, pero sólo conozco la versión francesa.

Las actividades de la Conferencia Socialista Internacional de Mujeres efectuada en Berna, en marzo de 1915, se recogieron en un suplemento del *Berner Tangwachi,* del 3 de abril de 1915.

Entre las obras dedicadas al fracaso de la Segunda Internacional se encuentran el folleto de Lenin, *La Débácle de la Seconde Internationale* (Suiza, 1915), Der Krieg *und die Internationale* (1914), de Trotsky, *Die Internationale und der Krieg* (Berlín, 1915), de K. Kautsky, *Les socialistes et la guerre* (París, 1915), de C. Rakovsky, *L'lnternationale a vécu* (París, 1915), de O. Boulanger; *The Policy of the International* (discurso y entrevista) (Londres y otros lugares, 1916), de C. Huysmans; *Die Krise der Sozialdemokratie* (1916), de Rosa Luxeinburgo (firmado "Junius"); Die *Internationale der Arbeiterklasse und der europáische Krieg* (Tubinga, 1916), de E. Bernstein; *Die Internationale und der Weltkrieg* (Leipzig, 1916), de C. Grünberg; *Les socialistes et la guerre européenne* (Bruselas, 1916), de J. Destrce; Le *mouvement ouvrier pendant la guerre* (París, 1936), de A. Rosmcr; *La sociale-démocratie ct la guerre* (París, 1916), de G. V. Plejanov; Le *socialismo et la guerre* (París, 1915), de C. Rappoport.

Sobre el movimiento de Zimmerwald véase también *Memoirs of a Zimmerwnldian* (Leningrado, 1925) y *My Life as a Rebcl* (1938), de Angélica Balabanova; las *Memoirs of Lenin,* 2 vols. de N. Krupskaia, editado en Nueva York en 1930 y 1933; *L'crreur de Zimmcrwald-Kienthal* (París, 1917), de S. Grumbach; Les *socialistes de Zimmerwald et la guerre* (París, 1917), de F. Loriot.

Sobre el movimiento socialista internacional en general véase *The Workers' International* (1921), de R. W. Postgate; *Labour and Internationalism* (Nueva York, 1929), de L. L. Lorwin.

Véase también el *Labour International Handbook* (ed. R. Palme Dutt) (1921) y el *Year-book of the International Socialist Labour Movement* (ed. J. Braunthal) (1956).

CAPÍTULO III

Las obras sobre las Revoluciones rusas de 1917 son tan numerosas que sólo podemos mencionar aquí algunas. *Diez días que conmovieron al mundo* (1919), de John Reed es un documento vivido de un testigo ocular. *History of the Russian Revolution* (traducción inglesa, 1932), de L. Trotsky, es un estudio magistral escrito por uno de los principales protagonistas. Otro testimonio notable de primera mano es *The Russian Revolution, 1917* (1955), de N. N. Sukhanov, abreviado por J. Carmichael de la versión rusa original, *Zapiski o Revolutsii,* publicada en ruso, en seis volúmenes, en 1922-23. Estas tres obras son las más notables. Otras obras importantes son *The Bolshevik Revolution, 1917-1923* (3 vols., 1950-53), de E. H. Carr; el primer volumen de la vida de Trotsky, de I. Deutscher, *The Prophct Armed: Trotsky, 1879-1921* (1954) y, del mismo autor, *Stalin: a Political Biography* (1949); *Three Who Made a Revolution* (Nueva York, 1948), de B. D. Wolfe; *Die russische Revolution: eine kritische Würdigung* (Berlín, 1922), de Rosa Luxemburgo; *Memoirs of Lenin,* de N. Krupskaia (Nueva York, 1930-3); *Lenin,* de Trotsky (traducción inglesa, 1925); Lenin (en alemán, 1927; trad. inglesa, 1928), de V. Marcu; *War and Revolution in Asiatic Russia* (1918) y *Reminiscences of the Russian Revolution* (1921), de M. Philips Price; *The First Time in History* (Nueva York, 1924), de A. L. Strong; *Six Red Months in Russia* (1918), de Louise Bryant. Para un testimonio anarquista, véase *Ninteen Seventeen: The Revolution Betrayed* (traducción inglesa, 1954), de Voline (V. N. Eichenbaum).

Sobre los antecedentes de la Pievolución véase *Russia in Flux* (1941),y *The Russian Peasant, 2* vols. (1942), de John Maynard; *Lenin and his Rivals* (1955), de D. W. Trcadgold; *The Origins of the Communist Autocracy* (1955), de L. Shapiro; *The Decline of Imperial Russia* (1952), de H. Seton-Watson; I¡ *populismo russo, 2* vols. (Turín, 1952), de F. Venturi; *Lenin en Suisse* (Ginebra, 1952), de M. Pianzola.

Hay que citar también *A History of Russia* (1926), *My Russian Memoirs* (1931) y *The Fall of the Russian Monarchy* (1939), de Bernard Pares; *Russia, a Social History* (1931) e *History of Russian Literature* (1927), de D. S. Mirsky; *Brief History of Russia, 2* vols. (trad. inglesa, 1933), de M. N. Pokrovsky; *The Background of the Russian Revolution* (1929), de A. F. Meyendorff; Tfíe *Origin of Russian Communism* (trad. inglesa, 1937 y *The Russian Idea* (1947), de N. Berdiaev; The *Russian Peasant Movement* (1937), de L. Owen; *Rural Russia under the Oíd Régime* (Nueva York, 1949), de E. T. Robinson; *To the Finland Station* (1940), de E. Wilson; *The Prelude to Bolshevism* (1919), *The Catastrophe* (1927) y *The Crucifixión of Liberty* (1934), de A. F. Kerensky; Die *russische Revolution und die sozialistische Internationale* (1932), de P. B. Axelrod; *The Gxeat Russian Revolution* (New Haven, 1936), de V. Chernov; *The Bolcheviks and the World War* (Stanford, 1940), de H. Ganken y H. H. Fisher; *Through the Russian Revolution* (Nueva York, 1921), de A. R. Williams; *Three Aspects of the R.usúan Revolution* (1918), de É. Vandervelde; *The*

Russian *Revolution, 1917-1921, 2* vols. (1935), de W. H. Chamberlin; The *Bolshevik Revolution, 1917-1918, Documents and Materials* (1934) e *International Communism and Civil War in Russia, April-December 1918, Documents and M,.'.criáis* (1936), de J. Bunyan y H. Fisher; *Raymond Robbins's Own Story* (¡920), de VV. Hard; *Memoirs of a British Agcnt* (1932), de R. H. Bruce Lockharr. *La Revolution russe,* 3 vols. (París, 1931), de H. Rollin; *Memoirs of a Terrorist* (Nueva York, 1931), de Boris Savinkov.

CAPÍTULO IV

Sobre la actitud ante la guerra de la socialdemocracia alemana véase *Germán Social Democracy during the War* (1918), de Edwyn Bevan; Le *socialísme impcrialiste dans l'Allemagne contemporaine* (París, 1918) y *La décomposition politique du socialisme allemand, 1914-1919* (París, 1919), de C. Andler; *The Germán Social Democratic Party, 1914-1921* (Nueva York, 1949), de A. J. Berlau; Die *Sozialdemokratie im Weltkrieg* (Berlín, 1915), de E. David; Les *socialismes francais et allemand et le probléme de la guerre, 1870-1914* (Ginebra, 1953), de M. M. Drachkovitch, *The Dilemma of Democratic Socialism* (Nueva York, 1952), de P. Gay; Die *deutsche Sozialdemokratie in und nach dem Weetkriege* (Berlín, 1919), de K. Hainisch; Die *deutsche Sozialdemokratie und der* Weítferiege (Berlín, 1915) y Drei *Jahre Weltrevolution* (Berlín, 1918), de P. Lenseh; *England und Wir* (Berlín, 1917), de Max Schippel; ZM *Deutschlcnds Erneuerung* (Jena, 1916), de Wolfgang Heine; *Sozialisten und Krieg* (Viena, 1937), de K. Kautsky; *The Socialist Party in the Reichstag and the Declaratimi of War* (1915), de P. G. La Chesnais; *Spartakus im Krieg* (Berlín, 1927), de Ernst Meyer; *Memoirs of a Social Democrat, 2* vols. (trad. inglesa, 1929), de P. Scheidemann; *La Belgique envahie et le socialisme international* (París, 1917), de É. Vandervelde; *La Minorité socialiste allemande* (París, 1916), de J. Bourdeau; *Geschichle der politischen Parteien in Deutschland* (1924), de L. Bergstrasser; Hugo *Haase, sein Leben und Werke* (Berlín, 1930), de E. Haase; Die *Arbeitsgemeinschaft im neuen Deutschland* (Leipzig, 1915), de F. Thimms y K. Legien.

Sobre el movimiento espartaquista, véase *Spartakusbriefe* (publicado eventualmente durante la guerra) y *Spartakus in Kriege* (editado por el Partido Comunista alemán después de la guerra, en 1927); *The Germán Spartacists: their Aims and Objects* (sin fecha, 1920?); *Reden und Aufsatze* (Hamburgo, 1921) y *Ausgewahlte Reden, Briefe und Schriften* (Berlín, 1952), de Karl Liebknecht; *Rosa Luxemburgo* (trad. inglesa, 1940), de Paul Frólich.

Sobre el movimiento de los delegados sindicales, véase *Vom Kaiserreich zu Republik,* 3 vols. (Berlín), de R. Müller.

CAPÍTULO V

Algunas de las obras citadas para el capítulo ur sirven también para este capítulo; por ejemplo, las dedicadas al movimiento espartaquista y a los delegados sindicales.

Sobre la Revolución alemana de 1918 v los acontecimientos posteriores véase especialmente *Germany in Transition* (1923), de M. Philips Price; *The* New *Germany* (1920), de G. Young; The *Birth of the Germán Republic* (1931), de Arthur Rosenberg; The *Germán* Revolution *and After* (1923), de H. Stroebel;

The Germán Revolution, 1918-1919 (Stanford, 1922), de R. H. Lutz; *Memoirs of a Germán Social Democrat, 2* vols. (trad. inglesa, 1929) y *Der Zusammenbruch* (Berlín, 1921), de P. Scheidcmann; *Vólkerrecht und Vólkcrpolitik* (Berlín, 1919) y Die *deutsche Revolution* (1921), de E. Bernstein.

Puede acudirse también a *Gesammelte Schriften* (Berlín, 1919), de Kurt Eisner; *Eichhorn über die]anuarereignisse* (Berlín, 1919), de E. Eichhorn; Die *Revolutionskoinmandantur Berlín* (Berlín, 1922), de A. Fischer; Die *deutsche Sozialdemokratie in und nach dem Weltkrieg* (Berlín, 1919), de K. HaenUch; Der *Ledebour Prozess* (Berlín, 1919), de George Ledebour; Der *Bürgerkrieg in Deutschland* (Berlín, 1925), de R. Müller; *Praktische Wirtschaftspolilik* (Berlín, 1919), de R. Wissell; Die *Sozialisierung* (Tubinga, 1919), de K. Bycher.

Sobre acontecimientos posteriores, véase *The Decline of the Germán Republic* (1935), de R. T. Clark; *The history of the Germán Republic* (1936), de A. Rosenberg; *Geschichte der U.S.P.D.* (Berlín, 1922), de E. Prager; Die *November Revolution* (Berlín, 1928), de H. Müller; *Aus der Warkstaat der Revolution* (Berlín, 1919), de Emil Bart; *Taktik und Organisation der revolutionáren Offensive* (Berlín, 1921), anónimo; *Unser Weg* (Berlín, 1921), de Paul Levi; *Autobiography of a Germán Rebel* (1940), de Toni Sender.

CAPÍTULO VI

La principal autoridad es E. H. Carr, con *The Bolshevik Revolution, 1917-1923,* 3 vols. (1950-53). Véanse también otras obras citadas en la bibliografía del capítulo n, especialmente las de Trotsky, Sukhanov y Deutscher. Otras fuentes importantes son *Moscou sous Lénine* (París, 1953), de A. Rosmer; *Ma vie,* de L. Trotsky, con un apéndice de A. Rosmer (París, 1953); *La Revolution inconnue 1917-1921* (París, sin fecha), traducido parcialmente como *Nineleen Seventeen* (1954) y *1917: The Russian Revolution Betrayed* (1954), de L. Voline, seudónimo de V. M. Eichenbaum; In *the Workshop of the Revolution* (1955), de I. N. Steinberg; *Vie et Mort de Trotsky* (París, 1951), de Víctor Serge; *Pered Burey* (Nueva York, 1953) —en ruso—, de V. M. Chemov; *ausgewáhlte Artikeln und Reden, 1908-1926* (Berlín, 1953), de F. Dzerzhynski; Tfie *Formation of the Soviet Union, 1917-1923* (1954), de R. Piper; *Red Russia* (1919), de John Reed.

De las obras de Lenin, véanse especialmente *El Estado y la P\evohición* (1917); *La Revolución proletaria* (1918); *La Revolución agraria en Rusia* (1918); *The Soviets at Work, April 1918* (Glasgow, 1919); *Will the Bolsheviks Maintain Power?* (1922). Pueden consultarse también otros trabajos en *The Essentials of Lenin* —dos volúmenes de *Selected Works* (1947)— y las obras completas, publicadas en inglés, con anotaciones, sustituidas después por doce volúmenes de *Selected* Works (publicados en distintas fechas). Véase también *The Leiters of Lenin* (1937). Consúltese además *The Defence of Terrorism* (1921), de L. Trotsky.

Entre los estudios de extranjeros véanse *The Rtissian Revolution, 1917-1921* (Nueva York, 1935), de W. H. Chamberlin; *Russia* (1941), de Bernard Pares; Russia: *from Czarist Empire* te *Socialism* (Nueva York, 1937), de Helen Pratt; *History of Bolshevism* (1939), de Arthur Rosenber. Consúltense también *Outline History of the Communist Party of the Soviet Union, 2* vols. (1935) de N. Popov y la *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética, editada por una Comisión del Comité Central, 1938* (Moscú, 1939) con carácter oficial —ambos libros muy poco originales--; *Moscow, 1911-1933* (1933), de A. Monk-

house; *Six Weeks in Russia in 1919* (1919), de A. Ransome; *Van 1 de la revolution russe* (París, 1930), de Víctor Serge.

Sobre los anarquistas y el levantamiento de Kronstadt y sobre los socialrevolucionarios, véase *The Kronstadt* Revoít (folleto de 1935 traducido al inglés en 1942), y *The Piussian Enigma* (1940), de A. Ciliga; *Die Kronstadt Rebelión* (1922) y *The Bolshevik Myth* (1925), de Alex Berkman; *My Disillusionment in Russia* (1925), de Emma Goldman; *La Commune de Kronstadt* (París, 1949), de Ida Milt; *Spiridonova, Revóluiionary Terrorist* (1935), de I. Z. Steinberg; *Le procés des social-révolutionaires á Moscou* (Bruselas, 1922), de É. Vandervelde y E. Wauters; *Avec Stalin dans le Kremlin* (París, 1930), de B. Bazhanov.

De las numerosas obras dedicadas a la teoría general del comunismo sólo puedo mencionar algunas. Véanse *The A.B.C. of Communism* (1922), de E. Preobrazhensky; *Imperialism and World Economy* (1930), de N. Bujarin; *The Bolshevik Theory* (1920) y *How to Make a Revolution* (1934), de R. W. Postgate; *Bolshevism: Pratice and Theory* (1920), de Bertrand Russell; *Marx, Lenin and the Science of Revolution* (1926), de Max Eastman; *Bolshevism: Theory and Practice* (Nueva York, 1932), de W. Gurian; *The Philosophy of Communism* (1933), de J. Macmurray; *Creative Revolution* (1920), de E. y C. Paul; *Russia's lron Age* (Boston, 1934), de W. H. Chamberlin; *Soviet Communism: A New Civilisation?, 2* vols. (1936), de S. y B. Webb; *Why 1 support Bolshevism* (trad. inglesa sin fecha, 1919?), de Rene Marchand; *The Theory and Practice of Communism* (1950), de R. N. Carew Hunt; *The Revolutionary Crisis of 1918-1921 in Germany, England, ltály and France* (Chicago, 1922), de W. Z. Foster; *Leninism,* 2 vols., de J. Stalin (1929 y 1933); *The Pattern of Communist Revolution* (1953), de H. Seton-Watson; *Reason and Revolution* (1941), de H. Marcuse; *Germán Marxism and Russian Communism* (1954), de J. Plamenatz; *Stalin* (1939), de B. Souvarine; Frotn *Marx to Lenin* (Nueva York, 1922), de M. Hillquit; *The Dictatorship of the Próletariat* (1919) y *Communism and Socialism* (Nueva York, 1922), de Karl Kautsky; *Dictatorship or Democracy?* (Nueva York, 1922) y *The Revolution Betrayed* (1937), de L. Trotsky.

CAPÍTULO VII

Sobre el eclipse del imperio austrohúngaro véase *The Dissolution of the Habsburg Monarchy* (1929), de O. Jászi; *The Habsburg Monarchy* (1948), de A. J. P. Taylor y sobre los acontecimientos de la posguerra, *Federalism in Central and Eastern Europe* (1945), de R. Schlesinger.

Sobre Austria en la posguerra hay extensa información en *Austria from Llabsburg to Hiller, 2* vols. (Berkeley, 1948), de C. H. Gulik que debió citarse, si lo hubicramos"conocido antes, en la bibliografía correspondiente al volumen IV de esta obra. Es desgraciadamente demasiado detallado —y demasiado caro—• para la mayoría de los lectores; pero es la obra indispensable para el estudiante serio. Una fuente original muy importante es The *Austrian Revolution* (1923; trad. inglesa —desgraciadamente abreviada—, 1925), de Otto Bauer. Véase también In *Search of the Millennium* (1945) y The *Tragedy of Austria* (1948), de Julius Braunthal; *Austria and After* (1938), de F. Borkenau; *Im Sturm eines Jahrhunderts* —sobre la historia del socialismo austríaco— (Viena, 1952), de J. Hannak; *Osterreich von dem Erasten zur Zweiten Republik* (Viena, 1953), de K. Renner; Die *ósterreichische Gewerlschaftsbewegung* (Bruselas, 1955), de F. Klenner; The *Civil War in Austria* (Nueva York, 1934), de J. Deutsch; *Erinnerungen* (Viena, 1953), de J. Bóhm.

Sobre Hungría, véase *Revolution and Counter-Revolution in Hungary* (1924), de Oskar Jaszi; *Memoirs: Faith without Illusion* (1956), del conde Karolyi; *Im Kreuzfeuer zweier Revólutionen* (Munich, 1924), de W Boehm; *Modem Hungary, 1660-1920* (1923), de E. Horvath; *Hungary* (1934) y *Hungary and Successors* (1937), de C. A. Macartney; *The Hungarian Revolution* (trad. inglesa, sin fecha, 1919?), de C. H. Schmitt; *Revolutionary Essays* (sin fecha, 1919?), de Béla Kun; *The Facts about Communist Hungary* (1919), de Alice Riggs Hunt; *Klassenkampfe und Diktatut des Próletariats in Ungarn* (1920), de Béla Szanto; *Die ókonomischen Prohleme der proletarischen Diktats* (?), de E. Varga; *Bolshevism in Hungary: the Béla Kun Period* (1931) —útil por su apéndice de nombres—, de A. Kaas y F. De Lazaruvics. Véase también *Easterñ Euro-pe Between the Wars, 1918-1941* (1945), *The East European Revolution* (1950) y *The Pattern of Communist Revolution* (1953), de Hugh Seton-Watson; *The Communist International* (1938), de F. Borkenau; *Histoire des démocraties poptdaires* (París, 1953), de F. Fejto.

Sobre Checoslovaquia véase *The Evolution of Socialism in Czechoslovakia* (Praga, 1924); *Masaryk's Democracy* (Chapel Hill, 1941), de W. P. Warren; *Czechoslovakia* (1938), de E. P. Young; *My War Memoirs* (1929), de E. Beneys; *La formation de l'état tchéchoslovaque* (1923), de M. Mercier; *A History of the Czech and Slovaks* (1943), de R. W. Seton-Watson; *The Political* Porfíes *in Czechoslovakia* (1936), de J. Chmeler.

CAPÍTULO VIII

Son especialmente útiles los dos libros de Hugh Seton-Watson ya citados —*Eastern Europe between the Wars* (1945) y *The East European Revolution* (1950). Sobre los diversos países no hay mucho, aparte de las obras dedicadas principalmente a los años posteriores a 1945.

Véase también *The Untamed Balkans* (1941), de F. W. L. Kovacs; *The Economics of Peasant Farming* (1939), de D. Warriner.

Sobre Yugoslavia, debe consultarse *Yugoslavia-terre d'expérience* (Monaco, 1953), de Jules Moch y, en serviocroata, *Sotzialistichka Shtampa u Srbiji de xx Schweitz, 2* vols. (Zurich, 1952), editado por N. Crulovic. Véase también la autobiografía de Tito, escrita en colaboración con V. Dedijer, *Tito Speaks* (1953), y *Tito Lifts the Curtain* (1955), de Hallam Tennyson. El gobierno yugoslavo ha publicado algunos folletos en inglés describiendo su labor constructiva en varios terrenos y varias revistas son editadas también en francés e inglés, como *Questions actuelles du socialisme* (París, mensual) y Review *of International Affairs* (Belgrado, quincenal); pero todas se refieren esencialmente al periodo posterior a 1945.

Véase también *The Birth of Yugoslavia* (1922), de H. Baerlein.

Sobre Bulgaria, véase *Ljudi i Pigmeji* (Belgrado, 1953), de Ivan Karnivanov, comunista disidente; *The Socialist Movement in* Bulgaria (1931), de T. Tchitchovsky; Bulgaria *Past and Present* (1936), de G. C. Logio; *La Bulgarie coopérative* (1927), de K. G. Popoff; *Bulgarische Wirtschafts-Geschichte* (1929), de I. Sakasov.

Sobre Rumania, véase *The Land and the Peasant Reform in Rumania* (1930) de D. Mitrany; La *Reforme agraire en Roumanie* (1928), de V. Bercam; *The Agrarian Revolution in Rumania* (1924), de J. L. Evans; *A History of the Roumanians* (1934), de R. W. Seton-Watson; *The Making of Roumania* (1934), de T. W. Riker; *Roumania: its History, Politics and Economics* (1933), de G. C.

Logio; *Roumania: Política! Problems of an Agrarian State* (1951), de H. L. Roberts.

Sobre Albania, véase *Albania Yesterday and Tomorrow* (folleto, 1927), de H. C. Woods; *L'Albanie en 1921* (1922), de J. Godart.

Sobre Grecia, *Modcrn Grece* (1931), de J. Mavrogordato; *The Modern Greeks* (1945), de A. R. Burn; *La Grece économique* (1939), de G. N. Cafinas; *A Short History of Modern Grece* (1946, edición revisada), de E. S. Forster; *Grece* (1944), de K. Gibberd; *Grece* (1945), de A. W. Gomme; *Grece* (1928), de W. Miller.

Sobre Turquía, véase *Nationalism in the Near East* (1929), de H. Kohn; *Turkey* (1935), de T. L. Jameson; *The Making of Modern Turkey* (1936), de H. Luke: *Modern Turkey* (1940), de J. Parker y A. Smith; Titrfeey (1926), de A. J. Toynbee y K. P. Kirkvvood; *Turkey* (1942), de B. Ward; *Modern Turkey* (1925), de'E. G. Mears.

CAPÍTULO IX

Las principales fuentes son los Informes de los diversos Congresos Internacionales Socialistas y Comunistas, de la Segunda Internacional de Berna y la Internacional Laborista y Socialista, de la Internacional Comunista y de la Unión de Viena (Internacional "Dos y media")- No es necesario citarlos uno a uno. Los Informes de la Internacional Laborista y Socialista contienen informes especiales sobre los movimientos socialistas en los países afiliados. Véanse especialmente los Informes del Congreso de Marsella de 1925, del Congreso de Bruselas de 1928 y del Congreso de Viena de 1931.

Los Informes de los Congresos del Comintern son simplemente reproducciones más o menos literales de los debates del Congreso —con frecuencia mal traducidos al inglés—, con el recuento de algunas actividades del Comité Ejecutivo. Hay volúmenes separados dedicados a casi todos los años —quizá a todos— donde se transcriben las tesis y resoluciones adoptadas. La mayor parte de la información detallada sobre los diversos partidos comunistas debe extraerse de los archivos de la *International Press Correspondence* (desde 1922), órgano oficial del Comintern y de *La Internacional Comunista* desde 1919. Él mejor Informe del Congreso inaugural —el de 1919— se encuentra en una edición especial de *Inyrecor,* de marzo de 1924. Véase también el volumen especial de Informes, Le *mouvement communiste international,* presentados al Segundo Congreso (1920) y *Les partís communistes d'Europe, 1919-1955* (París, 1956), de B. Lazitch, que incluye una breve historia del Comintern y de los partidos que lo integraron.

No hay una historia general de las Internacionales no comunistas después de 1914. Pueden consultarse, sin embargo, The *International Labour Movement* (1945), de John Price y *Labour and Internationalism* (Nueva York, 1929), de L. L. Lorwin; Fiffy *Years of International Socialism* (1935), de Max Beer; *Socialism, National and International* (1942), de F. Borkcnau; *Social-Economic Movcments* (1944), versión revisada de *Socialism in Thought and Action* (1920) y *A History of Socialist Thought* (varias ediciones), de H. W. Laidler; *Demoúracy and Socialism* (1939), de Arthur Rosenberg; The *Tragedy of European Labour* (1943), de A. Sturmtal: *A History of Socialism* (1930), de S. P. Markham; *Socialism of To-day* (Nueva York, 1916), de W. E. Wallino y otros.

Las primeras fases de la lucha entre las Internacionales rivales puede seguirse en *The Two Internaiionals* (1920), de R. Palme Dutt y en *Labour Internatio-*

nal Haudbook, editado por Dutt (1921). Véase también el *Official Report of the Conférence between the Second and Third Internationals and the Vienna Union,* efectuada en Berlín, en abril de 1922. Deben estudiarse también *World Revolution, 1917-1936* (1937), de L. R. C. James, desde un punto de vista trotskista; *The Communist International* (1933) y *Der europáische Kommunismus* (Berna, 1952; trad. inglesa, 1953), de F. Borkenau; *The Pattern of Communist Revolution* (1953), de H. Seton-Watson; *The First Five Years of the Communist International, 2* vol. (Nueva York, 1945), de L. Trotsky; *Geschichte der Kommunistischen Internationale* (Berlín, 1929), de C. Kabakchiev; From *Lenin to Stalin* (Nueva York, 1937), de V. Serge; *Offener Brief an Genossen Lenin* (1919), de H. Gorter; *Left-wing Communism: an Infantile Disorder* (1920), de Lenin; *L'lntemationale socialiste entre les deux guerres mondiales* (París, 1954), de Maria Sokolova; *Mémoires d'un révolutionnaire de 1901 a 1941 (París,* 1915), de Víctor Serge; En *la borrasca* (Buenos Aires, 1942) y *Revolución y regresión* (Buenos Aires, 1949), de Rudolf Rocker; *The Bolsheviks and the World War: the Origins of the Third International* (Stanford, 1940), de H. H. Fisher, *Lénine et la Troiúeme Internationale* (París, 1950), de B. Lazitch; Los *organizaciones obreras internacionales* (Madrid, 1933), de A. Nin.

Sobre los movimientos sindicales internacionales véanse los Informes de las Internacionales rivales —la Federación Internacional de Sindicatos de Amsterdam y la Internacional Roja de Sindicatos. Véanse también *Labor and Internationalism* (1929), de L. Lorwin. Sobre la Internacional Roja de Sindicatos, *Marx and the Trade Unions* (1942) y *The International Council of Trade and Industrial Unions* (1920), de L. Losovsky; *The Reds in Congress* (1921), de J. T. Murphy; *The Constitution of the Red International of Labour Unions* (1921); *Resolutions and Decisions adopted at the First International Congress of Revolutionary Trade and International Unions,]uly 1921* (Glasgow, 1922); *Towards Trade Union Unity* (sin fecha, 1926?), de G. Zinoviev.

CAPÍTULO X

Véase *Labour and Internationalism* (Nueva York, 1929), de L. Lorwin; *Empire and Commerce in Africa* (1920), de L. S. Woolf; *Kenya* (1924), de Norma Leys; *Informes* (véase la bibliografía del capítulo ix) de la Internacional Laborista y Socialista, especialmente el Informe del Congreso de Bruselas, 1928, vol. II, *The Colonial Problem; Memorándum of War Aims* (1917 y ediciones posteriores}, del Partido Laborista: *Memorándum of Allied War Aims* (1918); *Metnoranda on International Affairs* (1918-19) y *The Labour Party and the Peace Treaty: A Handbook for Speakers* (1918); *Stockhólm: Rapport du comité d'organisation da la Conférence Internationale de Stockhólm* (Estocolmo, 1918); *The Labour International Handbook* (1921), del Labour Research Department; *Arthur Henderson* (1938), de M. A. Hamilton.

Véanse también, para los antecedentes, *The War of Steel and Góld* (1914), de H. N. Brailsford; *Ten Years of Secret Diplomacy* (1915 y ediciones posteriores) y *The Black Man's Burden* (1920), de E. D. Morel; *The Great Illusion* (1910), de Norman Angelí; *Imperialism* (1900), de J. A. Hobson.

Véanse también los libros citados para el capítulo IX.

CAPÍTULO XI

El mejor estudio.desde un punto de vista socialista del surgimiento del fascismo italiano es *The Rise of Italian Fascism* (traducción inglesa, 1938), de A. Rossi.

La versión francesa nene algunos materiales omitidos en la versión inglesa. Véase también *Le régime fasciste itálien* (París, 1928), de E. Ferrari y *L'economie corporative fasciste en doctrine et en fait* (París, 1934), de A. Rosenstock-Frank. Un valioso estudio introductorio, más especializado, es el de W. Hilton Young, *The Italian Left* (1949). Hay que citar también *Mussolini's Italy* (1935), de H. Finer y *The Fascist Dictatorship in Italy* (1927) y *Under the Axe of Fascism* (1936), de G. Salvemeni. Sobre Mussolini, véase su libro *My Autobiography* (trad. inglesa, sin fecha); *Mussolini in the Making* (1938), de G. Megaro y sus propios escritos y discursos incluidos en Le *Fascisme: doctrine, institutions* (París, sin fecha, varias ediciones —hay una traducción parcial al inglés—) y *Mussolini parle* (París, sin fecha, 1929?); además Vie *de Mussolini* (París, 1926), de L. Roya; *Storia di quattro anni* (1946), de P. Nenni.

Las *Lettere del carcere y Passato e presente* de Antonio Gramscci fueron reeditados en Turín en 1953 y sus contribuciones a L'ordine *nuevo* (1919-20) al año siguiente. *Palmiro Togliatti,* de M. M. Ferrara, apareció en París en 1954. Véanse también *Storia del partito comunista italiano* (Milán, 1953), de F. Bellini y G. Galli.

Una selección de los trabajos de Giacomo Matteotti, *Matteotti contro il fascismo,* editado por Anna Pagliaca, apareció en Roma y Milán en 1954, lo mismo que *Bruno Bozzi,* de Gino Castagno, en 1955.

Sobre el anarquismo italiano, véase *Mezzo secólo di anarchia 1898-1945* (Ñapóles, 1954), de A. Borghi. Sobre los sindicatos, véase *I sindicati in Italia* (Barí, 1955), de G. di Vittorio y otros. Sobre los campesinos, II *movimento contadino nd Lazio, 1870-1922* (Roma, 1952), de A. Caracciolo.

Sobre el desarrollo del socialismo, véase *Storia del socialismo nel secólo xx* (Florencia, 1954), de L. Valiani y, para una bibliografía general y cronología *L'ltalie, des origines a 1922* (París, 1952, en la serie "Mouvements ouvriers et socialistes (chronologie et bibliographie"), de A. Leonetti. Véase también I cowgressi *socialisti italiani della Prima alia Terza Internationale* (Milán, 1920) e II *partito socialista italiano* (Milán, 1921), de F. Meda; *Cinquant'anni di socialismo in Italia* (Ancona, 1946), de P. Gentile; Cento *anni di movimento operaio* (Milán, 1935) y *Storia del movimiento operaio italiano* (1946), de R. Rigola; *Saggio sulla storia del movimento operaio in Italia* (1930), de G. Zibordi; II *movimento cattolico in Italia, 1870-1922* (Florencia, 1923), de E. Vercesi; II *movimento sindicóle cristiano* (Roma, 1950), de L. R. Sanseverino; *La lotta sociale in Italia, 1848-1925* (Florencia, 1948), de G. Spadolini.

Véase además *Trent'anni di "Critica sociale"* (Bolonia, 1921), de F. Turati; *Attraverso le lettere di correspondenti, 1880-1925,* editado por A. Schiavi (Barí, 1947); y *Le vie maestre del socialismo* (Bolonia, 1921); y *Filippo Turati* (Roma, 1924), de A. Levy; Esilio e morte *di Filippo Turati* (Roma, 1956) y *Filippo Turati* (Roma, 1955), de A. Schiavi y, del mismo autor, *Anna Kuliscioff* (Roma, 1955). Añádase *Andrea Costa* (Roma, 1955), de Schiavi a la bibliografía del volumen IV.

CAPÍTULO XII

Deben citarse los Informes Anuales del Partido Laborista, el Partido Laborista Independiente, la Sociedad Fabiana y otras organizaciones; los *Labour Year Books* de 1916, 1919 y años posteriores, la *Encyclopaedia of the Labour Movement* (1928) y *The Book of the Labour Party,* 3 vols. (1925). Véanse también los sucesivos *Programmes,* del Partido Laborista, desde *Labour and the New Social Order* (1918).

Para una historia esquemática del movimiento »brero, véase *Short History of the British Working-class Movement, 1789-1947* (edición revisada, 1948), de G. D. H. Colé; *The Common People, 1746-1946* (1939, edición revisada, 1954), de G. D. H. Colé y R. Postgate; además, también de G. D. H. Colé, *History. of the Labour Party from 1914* (1948); *History of British Socialism* (1919, nueva edición en 1929), de Max Beer; *Fifty Years March* (1950) y *The Rise of the Trade Unions* (1954), de Francis Williams; *Labour in Politics* (1925), de K. Hutchison; *The Post-war Conditions of the British* Worfeing Cíass (1937), de G. A. Hutt; *The Conditions of Britain* (1937), de G. D. H. y M. Colé.

Consúltense además los *Beatrice Webb's Diaries,* editados por Margaret Colé, *1912-1924* (1952), *1924-1932* (1956) y *Beatrice Webb* (1945), de Margaret Colé, así como *The Webbs and iheir Work* (1949), editado por la misma autora; *The Rise and Decline of Socialism in England* (1926), de J. Clayton.

Entre las mejores biografías y autobiografías se encuentran *Arthur Henderson* (1938), de M. A. Hamilton; Life *of George Lansbury* (1951), de R. Postgate; *Memoirs* (1923), de Tom Mann; *Autobiography, 2* vols. (1934), de Philip Snowden; *Experiment in Autobiography* (1934), de H. G. Wells; Emest *Bevin* (1952) , de F. Williams; Beatrice *and Sidney Webb* (1932), de M. A. Hamilton.

Véase también Calí *Back Yesterday, Memoirs, 1887-1931* (1953), de Hugh Dalton; *Solo Trumpet: Some Memoirs of Socialist Agitation and Propaganda* (1953) , de T. A. Jackson; Serving *My Time* (1940) y Selected *Anieles and Speeches, 1919-1936* (1953), de H. Pollitt; *Labour is My Faith* (Dunfermline, 1954), de J. Clunie; *My Life of Revolt* (1935), de D. Kirkwood; *The Beloved Rebel* (1955) —biografía de James Maxton— de John MacNair; *Don Roberto* (R. B. Cunninghame Graham), de A. F. Tschiffely (1937); *Workman's Cottage to Windsor Castle* (1931), de J. Hodge; *Memories and Reflections* (1931), de Ben Tillett; Pügrim *to the Left* (1938), de S. G. Hobson; *Life of Ramsay MacDonald* (1939), de la que sólo ha aparecido un volumen, de Lord Elton; *The Tragedy of Ramsay MacDonald* (1938), de L. MacNeill Weir; *Memoirs, 2* vols. (1937), de J. R. Clynes: *Mary Macarihur* (1925), de M. A. Hamilton; The Home Frout (1933), de E. Sylvia Pankhurst; *Proletarian Pilgrimage* (1935) y Left *Turn* (1936), de John Patón; Inside *the Left* (1942) y *Socialism Over Sixty Years: the Life of Jowett of Bradford* (1946), de A. Fenner Brockway; H. *M. Hyndman, Prophet of Democracy* (1928), de F. J. Gould; *The Lastt Years of H. M. Hyndman* (1923), de R. T. Hyndman; *My Life jar Labour* (1924), de R. Smillie; *As It Happened* (1954), de C. R. Attlee.

Sobre los años bélicos, véase Labour in Wartime (1915), *Trade Unionism and Munitions* (1923), *Workshop Organisation* (1923), *Labour in the Coal-Mining Industry* (1923), todos de G. D. H. Colé; *Labour in Transition* (1921), de W. A. Orton; British *Labour and the War* (1919), de Paul Kellogg y Arthur Gleason; What *the Workers Want* (1920), de A. Gleason.

Sobre la actitud de MacDonald durante y después de la guerra, véase Porlia*ment and Revolution* (1919) y Socialism: *Critical and Constructive* (1921), de J. R. MacDonald.

Sobre la huelga general de 1926, véase *A Workers' History of the Greai Strike* (1927), de R. Postgate, J. F. Horrabin y Ellen Wilkinson; *The General Strike* (1926), de R. Page Arnot; *The General Strike* (Chapel HUI, 1931), de W. H. Crook; *The British General Strike* (Nueva York, 1926), de Scott Nearing; The *General Strike* (1957), de J. Symons.

Sobre teoría y política socialistas, *A Constitution for the Socialist Comonwealth of Great BriUiin* (1920) y The *Dccay of Capitalist Civilisation* (1923),

de S. y B. Webb; *The Intelligent Woman's Guíele to Socialism and Capitalism* (1928), de Bernard Shaw; *The Work, Wealth and Happiness of Mankind* (1932) y *The Shape of Things to Come* (1933), de H. G. Wells; *The Next Ten Years in British Social and Economic Policy* (1929) y *The Principie of Economic Planning* (1935), de G. D. H. Colé; *Socialisation and Transpon* (1935), de H. Morrison; *Practicable Socialism for Britain* (1935), de Hugh Dalton; *The Socialist Case* (1937), de Douglas Jay; *Economic Equality in the Co-operative Commonwealth* (1933), de W. S. Jevons; *The Labour Party in Perspective* (1937), de C. R. Attlee; Plan *or* No Plan? (1934), de Barbara Wootton; *The Modern Case for Socialism* (1928), de A. W. Humphrey; *History of the Fabián Society* (revisada, 1925), de E. R. Pease.

Sobre el socialismo gremial, véase *National G-uilds* (1914), de S. G. Hobson y A. R. Orage; Oíd *Worlds for New* (1917), de A. J. Penty; *The Acquisitive Society* (1920), de R. H. Tawney; *Self-Government in Industry* (1917), *Labour in the Commonwealth* (1918), *Chaos and Order in Industry* (1920), *Guild Socialism Restated* (1920), *Social Theory* (1920), de G. D. H. Colé; *Roads to Freedom* (1918), de Bertrand Russell; *The Meaning of Nationals Guilds* (1920), de M. B. Reckitt y C. E. Beckhofer; *National Guilds and the State* (1917), de S. G. Hobson; *An Alphabet of Economics* (1917), de A. R. Orage; *The Guild State* (1919), de G. R. S. Taylor; *Guild Socialism* (1922), de N. Carpenter; *Guild Socialism* (1920), de G. C. Field. Consúltense también los archivos de New *Age* y de *Guildsman,* que se convirtió en el Gwild SoctaZist en 1921, y se asimiló a New *Standards* (1923-24).

Sobre los sindicatos, véase también *The Trade Union Movement of Great Britain* (Amsterdam, 1926), de W. M. Citrine; *Trade Unions* (1928), de A. Creech Jones; *Organised Labour* (1924), de G. D. H. Colé.

CAPÍTULO XIII

El estudio general más manejable es el tercer volumen de la *Histoire du mouvement ouvrier,* de E. Dolléans. De la parte moderna de esta obra hay cuando menos dos ediciones distintas [vol. II, 187M936 (1939) y vol. III, 192! *a nos jours* (1953)]. Para los antecedentes generales, véase *France under the Republic* (1940), de D. W. Brogan. Véase también *A History of the French Labour Movement, 1910-1928* (Stanford, 1930), de M. R. Clark; *Contributions a l'histoire du socialisme francais,* 1905-1933 (París, 1934), de F. Gaicher *Histoire du socialisme en France* (última edición, París, 1950) de Paul Louis e *Histoire du syndicalisme francais* (París, 1945), de R. Botherau, Le *socialisme en France depuis 1904* (París, 1934), de A. Zévaes; además, *Chronologie du mouvement syndical ouvrier en France, 1791-1946* (París, 1947), de G. Thorel; *Histoire du mouvement ouvrier, 2* vols. (París, 1936), de R. Garmy; *Histoire du syndicalisme francais* (1937), de G. Lefranc; *Histoire du mouvement syndical en France* (1947), de J. Montreuil; *Traditionalisme et syndicalisme, 1884-1941* (1943), de P. Vignaud.

Debe añadirse a las biografías de Jaurés citadas en la bibliografía del volumen IV, la *Vie de Jaurés* (París, 1954), de Marcelle Auclair y, sobre las relaciones de la primera, preguerra entre el socialismo francés y el alemán, *Jaurés et l'Allemagne* (París, 1935), de M. Lair y Les *socialismes francais et allemand et le probléme de la guerre, 1870-1914* (Ginebra, 1953), de M. N. Druchkevitch. Una colección de los escritos de Léon Blum se está editando actualmente.

Véanse también *Georges Sorel* (Harvard y Londres" 1951), de R. Humphrey; *Jean Jaurés* (París, 1929), de É. Vandervelde; *Jean Jaurés* (Nueva York, 1936), de H. R. VVeinstein; *De Jaurés a Léon Blum* (París, 1938), de H. Bourgin; *Jouhaux et le C. G.* T. (París, 1937), de R. Millet; *The Labour Mouvement in Post-war France* (Nueva York, 1931), de D. J. Saposs; *Son of the People* (1938), de M. Thorez; *De Jaurés á Lénin* (París, 1930), de O. Frossard.

Puede verse, además, la *Carta abierta a Lenin,* del Partido Comunista francés (1918).

CAPÍTULO XIV

Sobre el socialismo belga, véase Le *Parti ouvrier belge* 1885-1925 (1925), de É. Vandervelde; *Histoire du mouvement socialiste belge* (1931), de J. Devalte; *Histoire du socialisme en Belgique* (Bruselas, 1953), de M. Antoine Pierson; *Histoire anecdotique du mouvement ouvrier en Pays de Liége* (Lieja, 1955), de J. Bondas; The Trade *Union Mouvement in Belgium* (1925), de C. Mertens; Le *mouvement syndical en Belgique* (1936), de L. Delsinne; *Évolution et structure du mouvement ouvrier socialiste en Belgique* (1953), Céntrale d'Education Ouvriére; *Histoire du mouvement ouvrier belge,* de N. Masson.

Añádase a la lista del volumen IV, Le *parti ouvrier belge des origines a* 1894 (Bruselas, 1955), de Léon Delsinne y la nueva edición de *Oeuvres choisis,* de L. de Brouckére, de las cuales han aparecido en Bruselas, en 1954 y 1955 los volúmenes I y II. También *Émile Vandervelde* (Bruselas, 195?), de J. Messinne. Véase, además, *Belgian Problems since the War* (New Haven, 1929), de L. Pieraud.

Para los trabajos teóricos de De Brouckére, Vandervelde y otros, véase la bibliografía del capítulo xvi (en el volumen IV).

Sobre Suiza, Untérwess, *1900-1950* (Olten, 1953), de Jacques Smid; Her*mann Greulich and Charles Fouriet* (Zurich, 1949), de W. Kups; Die Entstefe*ung der Kommunistichen Partei der Schveeiz* (Zurich, 1952), de Hainz Egger; Die Entwicfehing der *soziálistischen Ideen in der Schveeiz bis zum Ausbruch des Weltkrieges* (Zurich, 1935), de H. Gridazzi.

CAPÍTULO XV

Sobre Holanda, véase *Gedankschriften,* 4 vols. (Amsterdam, 1927-31), de P. J. Troelstra. Además, *The Makin of Modern Holland* (1944), de A. J. Barnouw; *Holland* (1936), de J. E. Morris; The *Netherlands* (1942), B. Landheer (ed.)

Sobre los países escandinavos en general, véase *Freedom and WAfore* (1953), editado por G. B. Nelson —un volumen patrocinado conjuntamente por los Ministros de Asuntos Sociales de Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia—; The *Northern Countries in World Economy* (1937); The *Northern Tangle* (1946), de R. Kerney; The *Scandinavian Countries* (1948), de B. J. Houde.

Sobre Dinamarca, véase *Denmark* (1927), de C. Holland; *Danish Agriculture: its Economic Development* (1937), de E. Jensen; *Denmark: a Social Laboratory* (1939), de P. Manniche; *Denmark and the Danés* (1932), de E. C. Williams; *Denmark, the Land of Co-operation* (1936), de F. C. Howe; *Modern Denmark: its Social, Economic and Agricultural Life* (1927), de H. Jones; *Democracy in Denmark* (Washington, 1936), de J. Goldmark; Det *Danska Demokraties Historie, 1871-1921* (Copenhague, 1921), de E. Wünblad y A. Anderson.

Sobre Suecia, *Present Day Sweden* (Estocolmo, 1937), de N. Bohman; *The New Sweden* (Nueva York, 1939), de B. Braatoy; Zur *Geschichte der Arbeiterbewegung in Schweden* (Jena, 1925), de R. Heberle; Frai* *Branting till Lenin* (Estocolmo, 1953), de Z. Hóglund; *Minnen,* 3 vols. (Estocolmo, 1951 y 1954), de Emst Wigforss; *Comparative Labour Movements* (1952), de W. Galenson; *Sweden: in the Middle Way* (1936), de M. W. Childs; *The Trade Union Movement in Sweden* (1927), de S. Hanssen; *The Government of Labour Relations in Sweden* (1942), de J. J. Robbins; *The Swedish Collective Bargaining System* (1941), de P. Norgren; *Den Svenska Socialdemokratiens ldentvecklung* (1941), de H. Tingsten; *Sweden's Co-operative enterprise* (1940), de N. Lamming; *The Rise of Modern Industry in Sweden* (1939), de A. Montgomery; *Modern Sweden* (1937), editado por E. Nylander; *A Short History of Sweden* (1934), de R. Svanstróm y C. Palmsterna.

Sobre Noruega, véase *The Trade Union Movement in Norway,* informe de la Lands Organisation —central sindical— (Londres, 1955); *Labour in Norway* (1949), de W. Galenson; *History of the Norwegian People* (1932), de K. Gjerset; *Norway* (1925), de G. Gathome Hardy; *The New Norway* (Oslo, 1937), de O. Grinley; *Social Reform in Norway* (Los Ángeles, 1935), de J. E. Nordskog; *Norway* (Oslo, 1935), de J. Vidnes.

Sobre Finlandia, *Finland* (1938), de J. Hampden Jackson; *Finland: a Nation of Cooperators* (1931), de T. Ohda; *Finland: the New Nation* (1936), de A. Rothery; *Soumi: the Land of the Finns* (1926), de A. M. Scott; *Nationalism in Modern Finland* (1931), de J. H. Wuorinen; *Finland* (1931), de K. Gilmour; *Finland: the Republic Furthest North* (1929), de E. van Kleet; *Finland* (1931), de T. W. Atchley; *La guerre d'indépendence de Finlande, 1918* (1938), de J. V. Hannela; L'ceuvre *de protection sociale en Finlande* (1928), de E. Kuusi; La *Finlande* (1931), de J. L. Perret; *Die Oberfláchengestaltung Finlands* (1938), de V. Tanner; *The Finish Revolution: a Self Criticism* (1919), de O. W. Kuusinen.

CAPÍTULO XVI

El mejor libro es *The Spanish Labyrinth* (1943), de Gerald Breman. Véase, además, *The Spanish Cockpit* (1937), de F. Borkenau; *Spain* (1942), de S. de Madariaga.

Lessons of the Spanish Revolution, 1936-39 (1953), de V. Richards, es obra de un anarquista, que se refiere principalmente a un periodo posterior al estudiado en este volumen. Lo mismo sucede con *Nacht ühcr Spanien,* de A. Soudrey y La *Grande Trahison* (París, 1953), de J. Hernández —ex comunista—, así como *Homage to Catalonia* (1938) de G. Orwell y *The Civil War in Spain* (1938), de G. Jellinek.

CAPÍTULO XVII

Muchas de las obras citadas para los capítulos n y v son importantes también para este capítulo. Sobre la "nueva política económica", véanse especialmente las referencias en *The Bolshevik Revolution,* ya citada, de Carr y *The lnterregnum, 1923-1924* (1954), del mismo autor y en *Soviet Economic Development since 1917* (1948), de M. H. Dobb; *The Development of the Soviet Economic System* (1946), de A. Baykov; *The Economic Life of Soviet Russia* (1931) de C. B. Hoover; *A History of the U.S.S.R.* (1950), de A. Rothstein.

Sobre el conflicto entre Stalin y Trotsky, véase *The Lessons of October, 1917* (1925), *Cours Nouveau* (edición francesa, con comentario de Boris Suvarín, París, 1924), y *The Revolution Betrayed* (1937), de L. Trotsky; *Since Lenin Died* (1925), *Trotsky, the Portrait of a Youih* (1926), de Max Eastman; *Bolshevism in Retreat* (1923) y *After Lenin* (1924), de M. S. Farman; *Mes tribuíations en Russie soviétique* (París, 1921) y The Great *Russian Revolution* (Yale, 1936), de V. Chernov.

The Rise of Russia in Asia (1950), de D. J. Dallin; *Nationalism in the Soviet Union* (1933), de H. Kohn; The *Management of the Industrial Firm in the U.S.S.R.* (Nueva York, 1954), de D. Gramick.

Sobre planificación y política soviética hasta principios de los treintas, véanse *Socialist Planned Economy in the Soviet Union* (Nueva York, 1932), de V. V. Obelenski y otros; *Txoélve Studies in Soviet Russia* (1933), editado por Margaret Colé; *Humanity Uprooted* (1922), Rea Bread (1931) y The Great *Offensive* (1933), de Maurice Hindus; New *Russia's Primer* (Boston, 1931), de M. Ilin; The *Russian Financial System* (1935), de W. B. Reddaway; *Russia Twenty Years After* (Nueva York, 1937), de Victor Serge; The Soviet *World* (Nueva York, 1936), de Anna Louise Strong; The *Soviets in World Affairs, 2* vols. (1930) y *Soviet Journey* (Nueva York, 1935), de Louis Fischer; *Changing Man: the Educational System in the* U.S.S.R. (1937), de Beatrice King.

CAPÍTULO XVIII

Sobre Ucrania, véase The *Unknown Revolution* (1955), de Voline (V. M. Eichenbaum); The *Ukrainian Revolution, 1917-1920* (Princeton, 1952), de J. S. Reshetar; *Ukraine under the Soviets* (Nueva York, 1953), de C. A. Manning; *Isaac Mezcpa* (1954), de Panas Fedenko; *History of Anarchism in Russia* (sin fecha), de E. Yaroslavsky —útil principalmente porque refleja el punto de vista ruso sobre Makhno.

CAPÍTurxi XIX

Véase Poland, *1914-1931* (1932), de R. Machray; *Rosa LuxemburgX*1940), de P. Frólich; The Rise *of the Polish Democracy* (1940), de W. J. Rose; *History of Poland* (1942), de O. Halecki; Pilsudsfei (1936), de G. Humphrey; *Pilsudski* (1935), de E. Y. Patterson; *Pilsudski and Poland* (1929), de R. Landau; Rosa *Luxemburg, Karl Liebknecht, Leo Jogiches* (1921), de K. Radek.

CAPÍTULO XX

Véase The Rise *of the Germán Republic* (Nueva York, 1928), de H. G. Daniels; The Fa¡í *of the Germán* Repufcüc (1935), de R. T. Clark; The *History of the Germán Republic* (1936), de A. Rosenberg; Die *vierzehn Jahre der ersten deutschen Republik* (1936; revisada en 1953), de F. Stampfer; *Mensch und Kámpfer* (Zurich, 1954), de G. Ledebour; *Autobiography,* de Cari Ulrich; Frie*drich* Ehert (Berlín, 1954), de M. Peters; *Arthur Stegerwald* (Colonia, 1952), de J. Dentz; Der Weg war Lang (Berlín, 1949 y 1954), de Paul Loebe; *Gustav Dahrendorf* (Berlín, 1955), de W. G. Ochilevski; Die *deutschen Gewerkschaften* (Heidelberg, 1954), de W. Abendroth; *Erinnerungen* (Zurich y Viena, 1949), de Gustav Mayer; Die *Genossenschaftsbewegung* (1925), de T. Cassau; *Lóhne*

und Konjunctur in Deutschland, 1887-1932 (Berlín, 1933), de J. Kuczynski; *Karl Legien* (1929), de T. Leipart; *Die deutschen parteien* (Berlín, 1932), de S. Neumann; *Schriften, Aufzeichnungen, Reden* (Dresde, 1926), de F. Ebert; *Von Kiel bis Kapp* (Berlín, 1920), de G. Noske; *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte,* 4 vols. (Stuttgart, 1926-1931), de H. Cunow; *Die Programme der* S.P.D. *von Gotha bis Gorlitz* (1926), de P. Weidmann.

The Works Councü: A Germán Experiment in Industrial Democracy (1928), de C. W. Guillebaud; *Die Sozialisierung der deutschen Kohlenwirtschaft* (Berlín, 1921), de O. Hué; *Der Krieg un die Arbeitsverhaltnisse* (Stuttgart, 1928), de P. Umbreit y O. Lorenz.

CAPÍTULO XXI

Consúltese la bibliografía del capítulo xi.

CAPÍTULO XXII

Consúltese la bibliografía del capítulo ix.

CAPÍTULO XXIII

Sobre los Estados Unidos hay gran cantidad de materiales, difíciles de manejar, dispersos en los dos enormes volúmenes de D. D. Egbert y S. Persons, *Socialism and American Life* (Princeton, 1952). Véase también el *American Labor Year Book* (Rand School, Nueva York, 1916-32); *The American Labor Who's Who* (Nueva York, 1915), editado por S. De León.

Sobre la historia del Partido Socialista norteamericano, véase *The Socialist Party of America* (Nueva York, 1955), de D. A. Shannon. Consúltese además *Loóse Leaves from a Busy Life* (Nueva York, 1934), de Maurice Hillquit; *Social Economic Movements* (1944), de H. W. Laidler; *New Tactics in Social Conflict* (Nueva York, 1926), de H. W. Laidler y N. Thomas; *As* I *See It* (Nueva York, 1932) y *America's Way Out* (Nueva York, 1932), de N. Thomas; *Socialism versus Bolshevism* (Nueva York, 1935) y *American Communism* (Nueva York, 1927, edición revisada, 1947), de J. Oneal; *The Unfinished Task* (Nueva York, 1934), de L. Corey; *Towards Soviet America* (Nueva York, 1932) y Frow *Bryan to Stalin* (Nueva York, 1937), de W. Z. Foster; *The Communist Party of the United States: its History, Role and Organisation* (Nueva York, 1941) y *What is Communism?* (Nueva York, 1936), de Earl Browder; It *Can be Done* (Nueva York, 1938), de J. H. Maurer; *Labor and Farm Parties in the United States,* 1828-1928 (Nueva York, 1928), de N. Fine; History *of Trade Unionism in the United States* (Nueva York, 1922) y *A Theory of the Labor Movement* (Nueva York, 1928), de S. Perlman; *The Labor Movement in America* (Nueva York, 1938), de M. R. Clark y S. F. Simón; *History of the Labor Movement in the United States* (Nueva York, 1947), de P. S. Finer; *Seventy Years of Life and Labor* (Nueva York, 1943), de S. Gompers; *The American Federation of Labor* (Washington, 1933), de L. L. Lorwin; *A History of Labor in the United States* (Nueva York, 1935) —continuación de la obra de J. R. Commons— por S. Perlman y P. Taft; *American Labor Struggles* (Nueva York, 1936), de S. Yellen; *Left Wing Unionism* (Nueva York, 1926), de. D. J. Saposs; *History of the American Working Class* (Nueva York, 1926), de

A. Bimba; *Rebel America: the Story of Social Revolt in the United States* (Nueva York, 1934), de L. Symes y T. Clement; *An American Testament* (Nueva York, 1936), de Joseph Freeman; *Debs, Haywood, Ruthenberg* (Nueva York, 1939), de E. G. Flynn; *Labor in America* (Nueva York, 1944; revisada en 1955), de H. U. Faulkner y Mark Starr.

Véase también la bibliografía del capítulo XXI del volumen IV.

Sobre Canadá, Left *Turn, Canadá* (1945), de M. J. Coldwell; *Social Ylanning in Canadá* (1935), de F. R. Scott y otros.

CAPÍTULO XXTV

El mejor estudio de los movimientos obreros latinoamericanos es *Le mouvement ouvrier en Amérique Latine* (París, 1953), de V. Alba. Véase también *Labour Movements in Latín America* (1947), de R. J. Alexander.

Sobre México, véanse las obras citadas en la bibliografía del capítulo XXII (en el volumen IV) y *Organised Labor in México* (Chapel Hill, 1934), de Marjorie Clark.

Sobre Argentina, añádase la *Historia del socialismo argentino* (Buenos Aires, 1934), de J. Oddone.

CAPÍTULO XXV

Hay una gran riqueza de material importante en la *Documentary History of Chinese Communism* (1952), de C. Brandt, B. Schwartz y J. K. Fairland. Véanse además *The Far East in World Fólitics* (1937), de G. F. Hudson; Tfte *Invasión of China by the Western* World (1937), de E. R. Hughes; *War and Politics in China* (1943), de Sir John Pratt. Hay que citar también *History of Modern China* (1954), de K. S. Latourette; *Soviet Policies in China 1917-1924* (Nueva York, 1924), de A. S. Whiting; *China Phoenix* (1955), de Peter Townsend; *From Yunan to Peking: the Chinese People's War for Liberation* (Pekín, 1954), de Liao Kai-Lung; *Moscova and the Chinese Communists* (Stanford, California, 1953), de R. C. North; *Chinese Thought from Confucius to Mao Tse-Tung* (1954), de H. G. Crick; Storm *over Shanghai* (?) de A. Malraux; *Red Star Over China* (1937), de E. Snow; *Revolution and Counter-Revolution in China* (Calcuta, 1946 —edición original en alemán—) y *La libération nationale des Indes* (París, 1927), de M. N. Roy; *The Tragedy of the Chínese Revolution* (1938), de H. Isaacs; *Problems of the Chinese Revolution* (Nueva York, 1932), de L. Trotsky; *The Chinese Soviets* (Nueva York, 1934), de V. A. Yakhontoff; *The Unfinished Revolution in China* (Boston, 1947), de I. Epstein; *The Challenge of Red China* (Nueva York, 1945), de G. Stein; *Chinese Communism and the Rise of Mao* (Harvard, 1956), de B. L. Schwartz.

CAPÍTULO XXVI

Véase *The Left Wing in faipanese Politics* (Nueva York, 1952), de E. S. Colbert; *Red Flag in fapan, 1919-1950* (Harvard, 1952), de B. Swearingen y P. Langer; *The Far East in World Politics* (1937), de G. F. Hudson; *Shakai-shugisha to Narimada* (Tokio, 1947), de Isao Abe; *Watakushi* No *Shakaishugi* (Tokio, 1950), de Eijiro Kawai; JVIm-sliH-seiji No *Kaiko* To *Tombo* (Tokio, 1954), de Tetsu Katayama.

CAPÍTULO XXVII

The Rise and Fulfilment of British Rule in India (1934), de E. Thompson y G. T. Garret; *India in Transition* (1922), de M. N. Roy y A. Mukherji; *The Communist Party of India: a Short History* (1954), de M. R. Masani; *Caste and Democracy* (1933), y *Asia and Western Dominance* (1953), de K. M. Panikkar; *India Going Red?* (Poona, 1954), de A. Nevett; *Autobiography* —la mejor edición es la Adyar (hindú) (1930)— y otras obras incluyendo *Towards Non-violent Socialism* (Ahmedabad, 1951); *Autobiography* (1936), de Jawaharlal Nehru; *The Indian National Struggle, 1920-1934,* de S. C. Bose; *Socialism and the National Revolution* (Bombay, 1946), de Acharga Narendra Deva; *The Political Mind of India* (Bombay, 1952) y *Democratic Socialism* (Bombay, 1954), de Asoka Mehta.

CAPÍTULO XXVIII

Sobre Australia, la fuente más útil es *Short History of the Australian Labour Movement* (revisada, 1944), de B. Fitzpatrick y, además, su libro *The British Empire in Australia,* 1834-1939 (1941). Consúltense también *History of the Australian Labour Mouvement: a Marxist Interpretation* (1945), de E. W. Campbell. Sobre los antecedentes, véanse *Australia* (1930; ed. revisada en 1945), de W. K. Hancock; *Economic History of Australia* (1938), de E. O. G. Shann; *The Economic Development of Australia* (1944), de A. G. L. Shaw; *Thirty Years: the Commmvóealth of Australia, 1901-1931* (1933), de A. N. Smith.

Véase también el valioso capítulo de Lloyd Ross en la obra *Australia* (1947), editada por C. Hartley-Grattan; *Australian Labour Leader* (1945) —una extensa biografía de W. A. Holman— de H. V. Evatt; State *Socialism in Victoria* (1933), de F. W. Eggleston; *How Labour Governs in Australia* (1923), de V. G. Childe; *Social Services in Australia* (1939), de W. G. K. Duncan (ed.); *Democracy in the Dominions* (1947), de A. Brady; The *Fixation of* Wages in *Australia* (1929), de G. Anderson.

Sobre Nueva Zelandia, véase la muy breve *Outline History of the New Zealand Labour Mouvement* (1941), de S. Scott; *New Zealand: a Short History* (1936), de J. C. Beaglehole; New *Zealand in the Making* (1930) y *Short History of New Zealand* (1935), de J. B. Condliffe, Poverty *and Progress in New Zealand* (1941) y The *Quest for Security in New Zealand* (1942), de W. B. Sutch; *Socialism in New Zealand* (1938), de J. A. Lee.

ÍNDICE DE NOMBRES

INDICE GENERAL



Este libro se acabo de imprimir el día 31 de mayo de 1974. en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109; y se encuadernó en Encuademación Progreso, S. A., Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 5 ,000 ejempla -es.

Historia del pensamiento socialista

VI- Comunismo y Socialdemocracia

SEGUNDA PARTE

Este volumen de la ***Historia del pensamiento socialista*** de G.D.H. Colé, segunda parte del estudio que comprende del año 1914 al 1931, se refiere y analiza principalmente las luchas entre los partidos comunistas y los socialistas por apropiarse la voluntad de las organizaciones obreras, tema que se empezaba a vislumbrar en la Primera Parte (tomo V). Esta trataba principalmente sobre los países orientales de Europa, más influidos de inmediato por la Revolución rusa y las luchas que la siguieron, así como de las que tenían lugar en la propia Rusia y en el seno de las Internacionales hasta 1921. Incluía también un capítulo sobre la Alemania de la guerra, el triunfo del fascismo en Italia y la historia de la Gran Bretaña desde 1914 hasta la huelga general. En este volumen, por lo tanto, Colé estudia los demás países europeos: así como los americanos y asiáticos —también a partir de la influencia de la Revolución rusa—, la Rusia de la "nueva política económica" —hasta el Plan Quinquenal de Stalin—, la batalla abierta de las Internacionales, la República de Weimar (1922-1931), la Gran Bretaña hasta la caída del segundo gobierno laborista y el socialismo y los derechos de la mujer.

El volumen termina con un capítulo en el que Colé establece ciertas conclusiones sobre el periodo: en él deslinda virtudes y defectos de las diversas tendencias izquierdistas y propone resoluciones a los problemas que desligan y aun convirtieron en contrincantes a unos y otros.

